



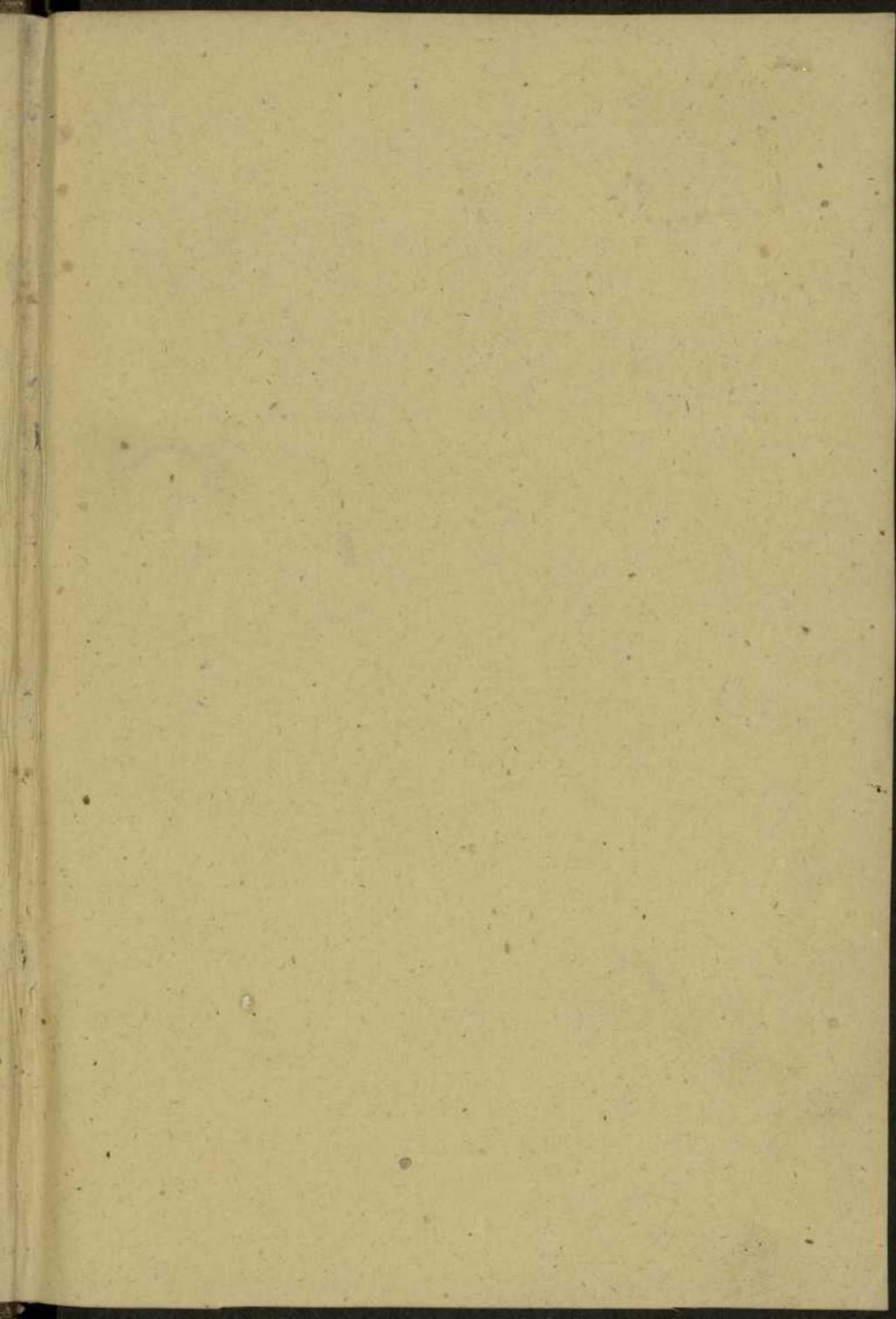
ARIA
CIA

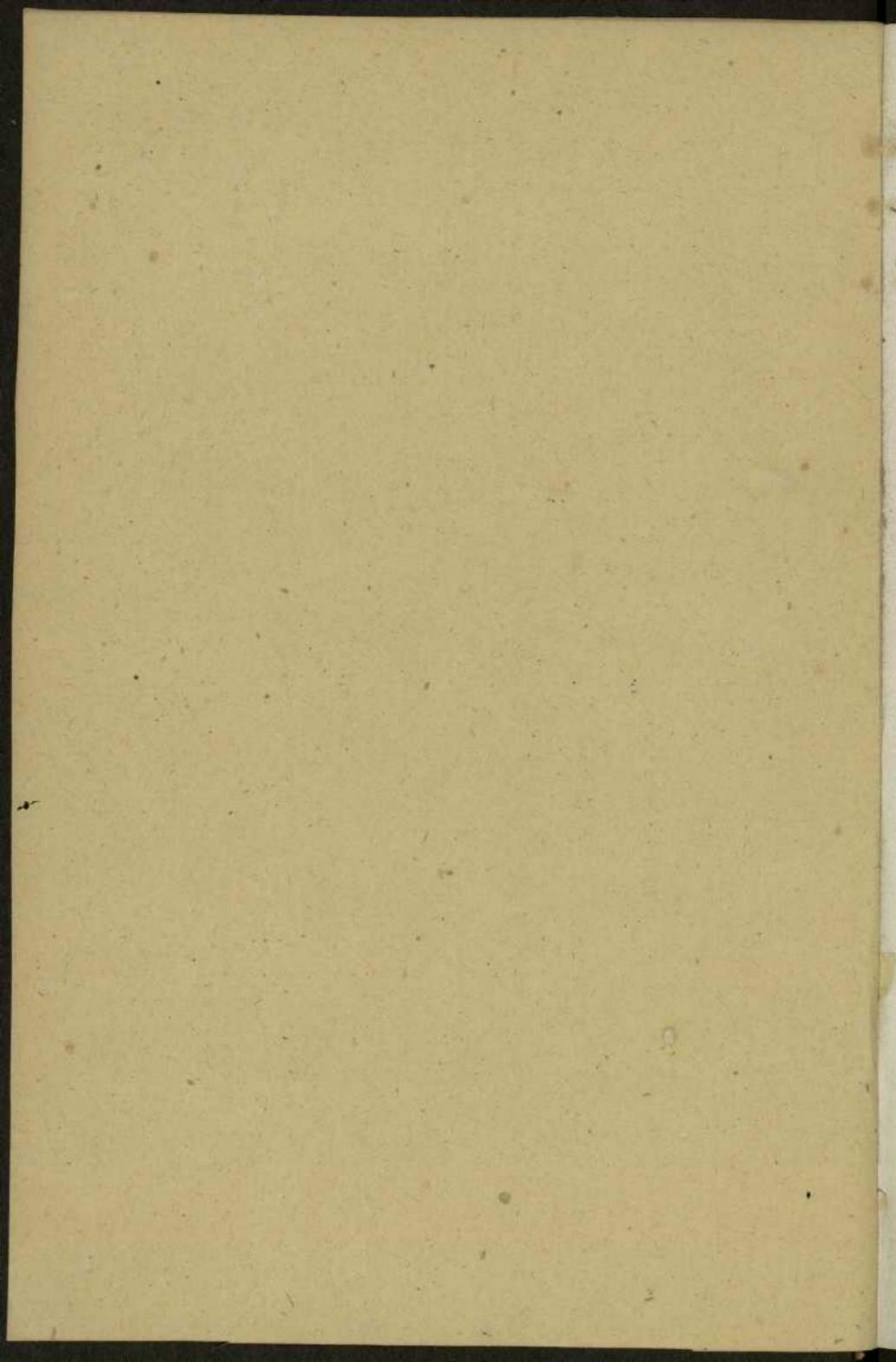
124

16124
~~8027~~

~~21~~
141

16124





LA MARAVILLA.

Administracion, calle de la Leona, n.º 4.—Barcelona.

Gran sociedad editorial

dirigida

POR D. MIGUEL DE RIALP.

Publica las mas grandes obras del saber humano en tomos de 350 á 400 páginas en 4.º, con primorosas láminas y ricamente encuadernados á la suiza con mosaicos de oro y brillantes colores.

OBRAS PUBLICADAS.

Seccion Instructiva		Seccion Recreativa.	
	Tomos		Tomos
<i>La Geografía Universal</i> , por Malte-Brun, Balbi y otros.. . . .	2	<i>Historia de Gil Blas</i> de Santillana, por Mr. Le Sage.	2
<i>Atlas Geográfico Universal</i> , compuesto de 18 magníficos mapas iluminados.	1	<i>El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha</i> , por Miguel de Cervantes Saavedra.	2
<i>Historia de Inglaterra, Escocia, é Irlanda</i> , por J. A. Fleury.	3	<i>Ivanhoe</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>Historia de Italia</i> , por Julio Zeller.	2	<i>Quintín Durward</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>La Moral Social</i> , por Adolfo Garnier.	1	<i>Rob Roy</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>Compendio de los libros históricos de la Santa Biblia</i> , por el P. Fernando Scio (con licencias).. . . .	1	<i>Guy Riquenaud, el Oficial Aventurero</i> , por Sir Walter Scott.	2
<i>Historia Antigua</i> , por Mr. Guillemin	2	<i>Los Tres Mosqueteros</i> , por Dumas.	2
<i>Historia Romana</i> , por V. Duruy.	2	<i>Obras selectas, críticas, satíricas y jocosas</i> , de D. Francisco de Quevedo y Villegas.	1
<i>Historia de Portugal</i> , por Bouchot..	1	<i>A Bordo y en Tierra</i> , por Fenimore Cooper.—Primera parte.	1
<i>Historia de Rusia</i> , por Romey y Jacobs.. . . .	2	<i>Lucia Harding</i> , por Fenimore Cooper.—Segunda parte de <i>Abordo y en Tierra</i>	1
<i>Historia de las Cruzadas</i> , por Michaud y Poujoulat.	1	<i>Veinte años Despues</i> , por Dumas.—2.ª parte de los <i>Tres Mosqueteros</i> .	2
<i>Historia de Francia</i> por Teófilo Lavalée (vén publicado 2 tomos.)		<i>Los Amores de Paris</i> , por Feval.	2
		<i>El Vizconde de Bragelone</i> 3.ª parte de los <i>Tres Mosqueteros</i> (vén publicados 3 tomos.)	

EN PRENSA.

Historia de los Estados Escandinavos.
Historia de los Estados Unidos.
Historia filosófica de la Mujer.
Historia Griega.
Cronología Universal.

La Bruja del Mar.
El Corsario Rojo.
Los Piratas del Mississipi.
Bella-Rosa.
Recuerdos de un Médico.
El conde de Lavernie.

PUBLICADA FUERA DE SECCION.

La Sagrada Biblia, en latin y castellano, anotada por Scio de San Miguel. 40 tomos.

EN PRENSA.

Historia de los Sobéranos Pontífices, por Artaud de Montor. . . de 12 á 14 tomos. 4 tomos.

LAS OBRAS DE LAMARTINE, traducidas por D. Angel Fernandez de los Rios.



HISTORIA

DE LOS

FRANCESES

desde la época de los galos hasta nuestros días.



TOMO II.



HISTORIA

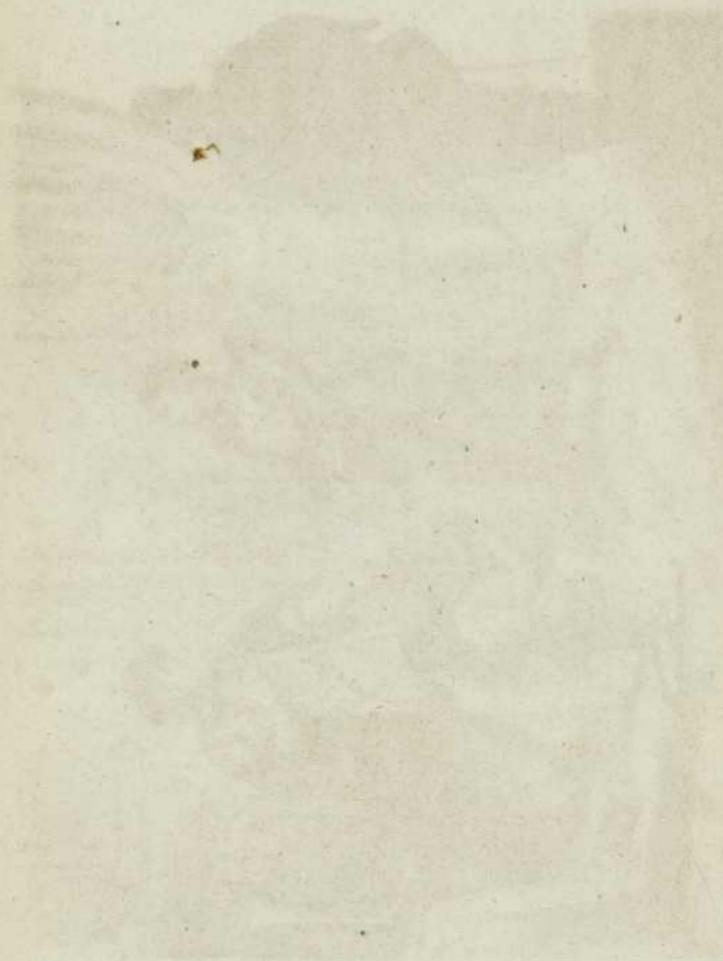
DE

FRANCOSES

Desde la época de las cruzadas hasta el presente

TOMO II





HISTORIA
DE LOS
FRANCESES

DESDE LA ÉPOCA DE LOS GALOS HASTA NUESTROS DIAS,

POR M. TEÓFILO LAVALÉE

traducida de la última edición

- **POR D. GREGORIO AMADO LARROSA.**

El hombre marcha, pero Dios le guía,
FENELON.

—
TOMO SEGUNDO.
—

MADRID
LIBRERÍA DE SAN MARTIN
calle de la Victoria, 9.

BARCELONA
LIBRERÍA DEL PLUS ULTRA
Rambla del Centro, 15.

1859.

HISTORIA

DE LOS

FRANCOSES

POR M. TEOFILO LAVALÉE

Imprenta de **LUIS TASSO**, en Barcelona.

calle Guardia, 15.

TOMO SEGUNDO.

BARCELONA
LIBRERIA DE SAN MARTIN
Rambla del Centre, 15.

MADRID
LIBRERIA DE SAN MARTIN
calle de la Victoria, 3.

1855.

HISTORIA

DE LOS

FRANCESES

DESDE LA ÉPOCA DE LOS GALOS HASTA NUESTROS DÍAS.

TOMO SEGUNDO.

CONTINUACION DEL LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO IV.

Guerra de los albigenses. (1207—1215.)

§. I.—*Estado político é intelectual de la Francia meridional.*— Aunque existian bajo dominaciones diferentes la Provenza, el Delfinado, la Septimania, la Gascuña, la Aquitania y hasta Cataluña y Aragón, se consideraban entre sí como un mismo país; y todos los habitantes del mediodía tenían el nombre de *provenzales*. Dos casas ejercian la supremacía sobre las demás familias soberanas de estas comarcas. La primera era la de los reyes de Aragón, soberana del condado de Provenza, del Rosellon y la Cerdeña, señora feudal del Bearn, de Bigorra, del Armañac, Montpellier y Carcasona; casa que parecia destinada á tener en el mediodía de Francia igual fortuna que los Capetos en el norte. La otra era la casa de San Gilles que, vasalla de los reyes de Francia y de los emperadores, poseía el condado de Tolosa, el ducado de Septimania y el marquesado de Provenza, y era señora feudal de Beziers, de Foix y de Cominges. Había adquirido el Agenois de los reyes de Inglaterra en 1196, y el Gevaudan de los reyes de Aragón en 1204, y reinaba directa ó indirectamente en todo el país comprendido entre el Lot, las fuentes del Loira,

el Ródano, el Isera, los Alpes, el Durance, el Mediterráneo, el Aude, el Ariege y el Garona.

El mediodía de la Francia parecía destinado á formar un reino aparte. Sus ciudades eran grandes, libres ó industriales: sus habitantes hacian alarde de sus riquezas y su ilustracion; sus costumbres caballerescas, sus espléndidas fiestas, sus relaciones comerciales con los árabes, sus cortes de amor y los atrevidos cantos de sus trovadores, hacian de este país un mundo distinto, querido de España, envidiado de Italia, aborrecido de Francia, y que inspiraba tanto entusiasmo á sus habitantes que lo llamaban comunmente el paraíso terrenal. Por otra parte el feudalismo no habia echado muy profundas raíces en todas las comarcas de derecho romano: el régimen municipal estaba allí en todo su vigor, y la aristocracia del pueblo se hallaba á igual altura que la señorial. Su lengua la mas rica y armoniosa que hayan jamás hablado los hombres, y admirada por todos los ingenios, casi llegó á ser el idioma nacional de la Italia; pero no se formó con ella, por bella y armoniosa que fuese, un hombre de genio ni una grande obra que dieran á la Provenza la gloria que acarrearón á Italia un siglo mas tarde Dante y su *Divina Comedia*. Su prosa pedantesca y legista solo ha producido fútiles y enojosos escritos: su poesía no es mas que una música fugitiva: todos sus escritores son igualmente graciosos, elegantes y sonoros, sin que traten jamás de asuntos graves y filosóficos: el amor libertino es el objeto ordinario de sus cantos; y muy raras veces se encuentra en ellos la fuerza y el entusiasmo, y sí tan solo el ingenio. No existió allí la poesía instintiva, impetuosa é irregular de las naciones jóvenes; es la de un pueblo viejo y gastado antes de tiempo; se conoce á primera vista que no tenia porvenir; y su rápida desaparicion se explica por el exámen moral de este país singular. Debajo del ropel de civilizacion con que se adornaba, no se descubre mas que una refinada corrupcion, la costumbre descarada del engaño, la codicia refrenada, la sutileza de ingenio, los sentimientos falsos, el orgullo de las riquezas (1), la locura de la

(1). En una fiesta á la que asistieron Enrique II de Inglaterra, Alfonso de Aragon y Raimundo VI de Tolosa, un simple caballero hizo labrar una fanega de tierra donde sembró 30.000 sueldos, otro hizo cocer todos los panes con lumbre de hachas de cera, y otro mandó quemar treinta caballos.

prosperidad, la política sin caridad y la crueldad fría y reflexiva. La civilización de la Galia meridional se parece á la del bajo imperio y á la de los árabes.

§. II.—*Herejía de los albigenses.*—Un pueblo tan extraño á la constitución temporal de la Europa debía naturalmente tender á alejarse de su constitución espiritual. Efectivamente, se esparció por todo el mediodía «desde Beziers hasta Burdeos» una nueva herejía (1). Era hija de la secta de los paulicienses especie de maniqueos arrojados del Asia en el siglo sexto por los emperadores griegos, y que se había esparcido por el Occidente. Sus doctrinas se propagaron sorda y lentamente, principalmente en el mediodía de la Galia donde había reinado mucho tiempo el arrianismo con los visigodos. Estos herejes se llamaban *patarinos* ó *albigenses*. Nos son casi del todo desconocidas sus creencias, y todo lo que se sabe es que detestaban el yugo de Roma, á quien llamaban la prostituta de Babilonia, que desechaban los sacramentos, la misa, el culto de las imágenes y el purgatorio, y proscribían el uso de la lengua latina, pues se querían separar de la confederación europea. Dicen que la vida de los albigenses era virtuosa, exaltado su zelo y su espíritu guerrero, solitario y austero; y que ensalzaban la pobreza absoluta. «Sus costumbres son irreprochables, dice san Bernardo; no hacen mal á nadie, sus rostros están flacos y abatidos por los ayunos; no comen el pan de los perezosos y trabajan para sustentarse (2).» Casi toda la población de las ciudades abrazó la herejía, y esta tuvo su gerarquía, sus pontífices y sus misioneros y fué protegida por los príncipes. «El error llegó hasta insinuarse en los sacerdotes: las iglesias estaban arruinadas y abandonadas; y los mas nobles eran los mas manchados y los que arrastraban á la multitud (3).» Los trovadores, que tan influyentes eran en la opinión pública, ayudaban con sus cantos á que se propagase la herejía. La poesía, licenciosa ya por su índole, se apoderó de las costumbres corrompidas del clero, las satirizó, no con la mofa sencilla del norte, sino con un entusiasmo de cólera inagotable; y popularizó de este modo en el mediodía el odio contra la Iglesia. El nombre de sacerdote se convirtió en una injuria, y en muchos lugares arro-

(1) Poema traducido por Fauriel, p. 5.—(2) Obras de san Bernardo, serm. 65.—

(3) Gervasio de Douvres, p. 441.

jaron y maltrataron á los monjes. Tolosa fué mirada como la Roma de la nueva religion, y se tuvo en ella en 1167 un concilio á donde acudieron los diputados de las iglesias albigenses de toda Europa y hasta del Asia.

El mediodía presentaba además otro espectáculo; los albigenses eran tolerantes para con todas las creencias, y vivian en buena armonía con los judíos. Esta raza perseguida durante diez siglos por toda Europa, gozaba en la Galia meridional todos los derechos civiles; poseia alodios y feudos, ocupaba altos destinos en la administracion y en el tesoro, y tenia sinagogas y escuelas de las que salieron filósofos y médicos distinguidos. Estos judíos eran los que por su contacto perpetuo con los árabes esparcian las ciencias metafísicas y naturales en el Occidente; y habian traducido en hebreo á Avicenas, Averroes y los comentadores árabes de Aristóteles. El *Languedoc* (1) parecia otra Judea, y era el escándalo de todos los cristianos.

No se habian escapado estas novedades al ojo avizor de los papas. La Iglesia gozaba del gobierno general de la sociedad, y el principio de que «fuera de la Iglesia no hay ningun bien,» era la base del derecho cristiano feudal. Y en efecto era tan fundamentalmente católico en lo temporal el orden social, que cualquiera protesta contra la autoridad exclusiva é inflexible de la Iglesia hubiera sido un acto de verdadera insurreccion política. No creer, era conspirar; renunciar á la Iglesia, era renegar la patria europea y romper el lazo social. En cuanto á lo espiritual reinaba en todos los espíritus la idea de que «la verdad una y universal tiene el derecho de perseguir con la fuerza las consecuencias de su unidad y universalidad», y el ejercicio de este derecho terrible y poderoso de los papas alcanzaba hasta á sus enemigos. De modo que si la herejía de los albigenses hubiera conseguido este derecho, si el catolicismo hubiera sufrido una reforma prematura, y la libertad prevalecido antes que la fe diera todos sus frutos, la creencia de la Europa hubiese sido incompleta y abortada. Además, si la tentativa municipal y democrática del mediodía vencia, y este representante del viejo mundo con su

(1) Se llamaban países de la *lengua de Oc* todos los que hablaban la lengua provenzal. Yo doy anticipadamente este nombre al país que era el centro de esta lengua, y el cual lo conserva.

espíritu de conservacion y amor al pasado, conseguia su objeto, el feudalismo del norte y el mundo jóven, que encerraba en sí el movimiento del progreso, recibian un golpe de muerte. En fin si el país de la lengua provenzal se convertia en una nacion particular, estaban perdidas la suerte y la nacionalidad de la Francia.

Era forzoso pues destruir á toda costa la herejía de los albigeneses y la nacionalidad provenzal. Fueron destruidas... pero ¿porqué medios? La religion, la civilizacion, la lengua y la independencia de la Galia meridional, fueron extinguidas con sangre, y solo á este precio salvaron los prelados los principios de la unidad cristiana y de la nacionalidad francesa.

§. III.—*Inocencio III predica una cruzada contra los albigenes*.—Roma envió ya sus legados y misioneros al Languedoc á mediados del siglo onzeno: el mismo san Bernardo creyó allí su presencia necesaria; pero fué recibido con frialdad, y en algunos lugares con silbidos y canciones injuriosas. Mas tarde los reyes de Inglaterra y de Francia conferenciaron sobre los medios que eran precisos para reprimir aquella herejía tan amenazadora para la Europa feudal. Empezaron las persecuciones contra los sectarios; murieron en la hoguera algunos de sus jefes, y el papa excomulgó al vizconde de Bezieres que los protegía. En fin el hombre que refrenaba á los reyes é instruía á los pueblos, aquel cuyo sublime genio comprendia toda la grandeza y el destino de la Iglesia... Inocencio III, volvió sus miradas hácia aquel rincon de tierra donde el entendimiento mostraba independencia y rebeldía. Era inmenso el peligro. La reforma habia penetrado ya en Hungría, Bulgaria, Lombardía y España, y generalmente en todos los países de lengua romana. Además por todas partes se despertaba un espíritu contrario á la autoridad: reinaba Aristóteles en las escuelas de Paris, Pedro Lombard repetía los errores de Abelardo; y aparecian diversas herejías en Alemania, en los Alpes y en los Países Bajos. El islamismo además ganaba terreno en Asia y amenazaba á España con una nueva invasion.

Inocencio III envió al Languedoc legados y monjes del Cister, á quienes ayudó un sacerdote español, piadoso y caritativo, que era Domingo, fundador de la inquisicion. El país les recibió con

burlas y versos satíricos. Volviéronse indignados, y contaron que habian visto al conde de Tolosa Raimundo VI rodeado de concubinas, con judíos por ministros, aventureros incendiarios de iglesias y asesinos de sacerdotes por soldados, y por amigos herejes á quienes queria confiar la educacion de sus hijos; y que al hablar de éstos decia: «Sé que voy á perder la tierra por ellos, pues bien! estoy dispuesto á sufrir esta pérdida y la de mi cabeza (1).» El papa lanzó el anatema contra los albigenses, los condenó al destierro, dió todos sus bienes al que de ellos se apoderase, excomulgó á los señores que se negaban á perseguirlos, y envió á Pedro de Castelnau «para abatir á los impíos incrédulos (2).» Armado el legado de un poder dictatorial, recorrió la provincia pidiendo suplicios para los herejes; pero los señores y los pueblos los protegían. «Arrojados de vuestras tierras, les decían los legados.—No podemos, respondían ellos; nos hemos criado juntos, son parientes nuestros, y vemos que su vida es buena y honrada (3).» Igual resistencia halló Castelnau en el clero, de modo que suspendió y depuso á muchos obispos. Incitó despues á los señores del Languedoc y de Provenza á una paz general que permitiera disponer de todas las fuerzas para exterminar á los herejes, y halló una viva oposicion en el conde de Tolosa. Entonces fué cuando el papa le excomulgó (1207) y le escribió la carta siguiente:

«Hombre pestilente, ¿hasta donde llega vuestra locura al desafiar las leyes divinas y unir os con los enemigos de la fe? ¿Quién sois pues que así os negais á firmar la paz y osais separaros de la unidad de la Iglesia? Impío, cruel y bárbaro tirano, ¿no os avergonzais de favorecer á los herejes y de responder á los que os lo reprenden, que hallareis entre ellos un obispo que probará que su creencia es mejor que la de los católicos? Si dudais de las llamas eternas, ¿no temeis los castigos temporales que habeis merecido con vuestros crímenes? Sabed, si no os arrepentís, que os quitaremos los dominios que teneis en la Iglesia universal, y que mandaremos á todos los príncipes que se alcen contra vos como enemigo de Cristo y perseguidor de la Iglesia. La mano

(1) Guillermo de Puy-Laurens, historia de los albigenses.—(2) Poema traducido por Faurel, p. 7.—(3) Guillermo de Puy-Laurens.

del Señor se extenderá sobre vos para aniquilaros (1).» El conde aterrado se sometió y juró exterminar á los albigenses, pero como tardaba en cumplir su promesa, Castelnau fué á recordársela, lanzó de nuevo contra él la excomunion, y se alejó de San Gilles altivo y tranquilo, aunque solo, en medio de un pueblo indignado. Un servidor del conde siguió al legado y se unió con él en una posada. Allí le insultó y le mató (1208).

A la nueva de su muerte Inocencio tronó desde lo alto de su cátedra, pidió venganza á todos los cristianos, y les mostró con el dedo á los proscritos. «Sabed, escribió al rey, á los obispos y á los barones de Francia, que cargamos de anatemas al conde de Tolosa, desatamos á todos los que estén con él ligados, permitimos á todos los católicos que acometan su persona, y se apoderen de sus bienes y los conserven. Si quiere enmendarse, no ceséis por eso de hacer pesar sobre él el castigo que ha merecido, y arrojadle á él y á sus secuaces, arrebatándoles sus tierras. Concedemos el perdon de todos los pecados á los que se armen contra estos apestados provenzales, raza perversa y maldita. ¡Jésus, pues, soldados de Cristo! ¡Alzaos, pues, novicios de la milicia cristiana! Muévao el gemido universal de la Iglesia! Desaparezcan los herejes, y establézcanse en su lugar colonias de católicos (2)!»

Los monjes del Cister (3) fueron los heraldos de la nueva cruzada, y su predicacion fué acogida con transporte. Ya se habia perdido el gusto de ir al Asia; el viaje al mediodía era corto, la guerra fácil, la presa abundante, y las indulgencias mas latas que las de Tierra Santa. El zelo religioso, el afan del saqueo y el odio contra los provenzales, sublevaron á todo el norte bárbaro y pobre contra el mediodía rico, orgulloso y envidiado. Sangrientas represalias iban á alcanzar los versos satíricos contra el clero y la Francia. Tomaron la cruz Eudo II duque de Borgoña, los condes de Nevers, de Auxerre y de Génova, y una mul-

(1) Cartas de Inocencio III. Coleccion de Balucio lib. X. cart. 69.—(2) Id. ibid. lib. XI, cart. 26, 27, 28 y 29.—(3) La órden de san Benito fué la única en el Occidente hasta el establecimiento de los dominicos y franciscanos en 1216; pero habia sufrido varias reformas. Una era la de Cluni de la que salió Gregorio VII, otra la de Cister fundada por San Bernardo. Veinte años despues de la muerte de este santo, habia tres mil conventos de la reforma del Cister. Eran los monjes mas populares y la milicia mas adicta de los papas.

titud de obispos y señores; y les siguieron los siervos y aventureros de todas las naciones. Felipe Augusto fué el primero en solicitar una cruzada contra su pariente y vasallo Raimundo; pero no quiso ponerse al frente de una guerra tan favorable á la extension de su poder. «Tengo á los lados, escribió al papa, dos leones grandes y terribles, que son Othon el emperador y Juan de Inglaterra, y por esta razon no puedo salir de Francia. Hago bastante con permitir á mis barones que vayan á combatir á los perturbadores de la fe (1).»

§. IV. — *Raimundo Roger de Bezieres pierde sus bienes y muere envenenado.*—Reuniéronse tres ejércitos, uno en Puy, otro en Lyon y el tercero en Burdeos. Se componian de franceses, borgoñones, loreneses, etc. (1209). Los Estados y señores del mediodía se descuidaron de formar una coalicion para su defensa á la vista de estos extranjeros que iban á atacar su existencia nacional, sus libertades y su religion. Los pueblos meridionales á pesar de la comunidad de costumbres y de lenguaje tenian existencia separada y diversos intereses, y se dejaron atacar uno despues de otro sin defenderse mutuamente. Tres señores eran los que estaban mas amenazados. Raimundo VI conde de Tolosa, marqués de Provenza y duque de Narbona; Raimundo Roger II vizconde de Bezieres, de Carcasona y de Albi (2), y Raimundo Roger I conde de Foix (3), cuya familia habia abrazado la reforma. Raimundo de Tolosa intentó al principio interesar en su favor á sus dos señores feudales, Felipe de Francia y Othon de Alemania, pero fué rechazado por los dos. Entonces acudió con Raimundo de Bezieres al concilio que presidian Arnaldo y Milon, legados de la Santa Sede, y que se habia reunido en Valence para arreglar la marcha de los cruzados. Demostró allí la mas humilde sumision, negó su culpabilidad en la muerte de Castelnau, y se declaró hijo fiel de la Iglesia; pero fueron inútiles sus palabras. El vizconde de Bezieres le dijo: «Es preciso armar á todos nuestros amigos, súbditos y aliados, y defender-

(1) Hist. de los albigenses por el abad de Vaux de Cernay, cap. X.—(2) Esta casa gozaba derechos de regalía en seis condados desde el fin del siglo IX. Prestando juramento de fidelidad alternativamente á los condes de Tolosa y á los de Barcelona, se mantuvo independiente.—(3) Esta casa data desde el fin del siglo X. Era vasalla á la vez de los condes de Tolosa y de Barcelona.

nos hasta morir, de los prelados y del ejército.» Raimundo envió al papa nuevas súplicas, puso en su poder siete de sus mejores castillos, y juró obedecer todos sus mandatos si quería levantarle la excomuni-n. Inocencio dirigió á los legados la siguiente instruccion: «Acometeréis á los que se han separado de la unidad aisladamente, pero no empedezis por el conde de Tolosa si veis que no apoya á sus vecinos. Dejadle por algun tiempo. De este modo serán destruidos mas seguramente, y el conde, al ver su ruina, puede ser que vuelva en sí; pero si persiste en su maldad, acometedle cuando esté solo y no pueda ser socorrido por los demás (1).» Con esta instruccion el legado Milon admitió al conde de Tolosa á la humillante ceremonia de la absolucion: le hizo jurar que licenciaria sus tropas, que perseguiria á los herejes y no estableceria nuevos impuestos; y despues le puso en el cuello su estola, por la que le reconcilió con la Iglesia. Raimundo tomó la cruz.

Raimundo de Beziers se puso en estado de defensa y armó á todos sus súbditos. Era un caballero jóven, valiente, de talento y adorado de sus vasallos. Deseando entablar negociaciones le respondieron los legados «que todo era inútil, y que lo único que podia hacer era defenderse hasta morir, porque ya no merecia el perdon (2).» El ejército de los cruzados, guiado por Raimundo de Tolosa, se dirigió á Beziers. Era una plaza muy fuerte donde se habian retirado todos los habitantes de los contornos. La clase media, célebre en el mediodía por su valor, habia hecho terribles preparativos de defensa, y á pesar del innumerable ejército que rodeaba la ciudad, los sitiados respondieron así su obispo al intimarles que le entregaran los herejes: «Decid al legado que nuestra ciudad es buena y fuerte, que nuestro Señor no nos dejará desamparados, y que antes de rendirnos nos comeremos á nuestros propios hijos (3).» No se contentaron con tan rebelde respuesta, sino que se lanzaron locamente fuera de la ciudad para acometer á los franceses; pero envueltos por los aventureros que precedian á los caballeros fueron derrotados y

(1) Cartas de Inocencio III, lib. XI, carta 252.—(2) Crónica anónima de Tolosa titulada: Historia de los hechos de armas de Tolosa con las pruebas justificativas de la Historia del Languedoc. No parece ser otra cosa que un compendio del poema publicado por Fauriel.—(3) Id. ibid. p. 14.

rechazados hasta las puertas de la ciudad. Los sitiadores entran entonces por ellas mezclados con los vencidos y sucumbe la ciudad. Entonces los vencedores se dirigen al legado Arnaldo, le preguntan que es lo que se debe hacer para distinguir á los albigenses de los católicos, y responde él con estas palabras que citan los historiadores católicos: «Matadlos á todos! Dios ya conocerá á los suyos (1).» Hízose entonces la carnicería mas horrible que se haya visto jamás en el mundo. No se perdonaron ancianos, jóvenes, ni aun los niños de pecho. Todos los que pudieron se refugiaron en la grande iglesia de San Nazario, donde los sacerdotes hacian oír el sonido de las campanas en defecto de la voz humana; pero ni el tañido de las campanas ni el sacerdote revestido con sus sagradas vestiduras, ni la cruz, ni el altar pudieron impedir que se pasase todo á cuchillo. La ciudad fué saqueada, incendiada por todos lados de tal modo, que todo fué destruido y quemado, y que no quedó ni un solo habitante con vida (1209) (2).»

Despues de este espantoso holocausto de treinta á cuarenta mil víctimas, esparcióse un terror general: los habitantes abandonaron las ciudades y las aldeas: rindiéronse sin resistencia cien castillos fortalecidos con buenas guarniciones; y los cruzados llegaron hasta los muros de Carcasona, donde se habia albergado el jóven Raimundo Roger. Vino al campo el rey de Aragon Pedro II señor feudal del vizconde, é interpuso vanamente su mediacion. El legado consintió tan solo en dejar salir á Raimundo y la duodécima parte de sus habitantes, quedando los demás á su disposicion. «Antes me dejaré desollar vivo,» gritó el osado y rebelde jóven. No caerá en su poder ni el mas miserable de mis súbditos, pues todos por mi causa se encuentran en peligro. Moriré defendiendo mi derecho y mi contienda (3).» Comenzaron los ataques que fueron rechazados con vigor. Entonces el legado ofreció una capitulacion, y el vizconde fiado en su palabra se presentó en el campo de los cruzados para hacer el tratado. Fué preso con toda su escolta, y la ciudad aterrada se rindió. Los vencedores permitieron salir á los habitantes, á excepcion de cuatrocientos cincuenta que pagaron su herejía en la hoguera.

(1) Cæsar Heisterb. lib. V. cap. 21.—Anquetil.—(2) Crónica anónima de Tolosa, p. 41.—Poema traducido por Fauriel p. 37.—(3) Fauriel, p. 49.

Carcasona fué saqueada y se sometieron todas las plazas cercanas.

Los Estados de Raimundo Roger fueron entonces ofrecidos á los grandes señores de la cruzada, que los rehusaron. Solo los aceptó Simon de Monfort. Era este un hombre valiente, austero y ambicioso; recibió el homenaje de los vasallos del jóven Roger, distribuyó las tierras y castillos conquistados á los caballeros de Francia, publicó ordenanzas contra los herejes, y quiso continuar la guerra contra ellos. Pero todos los grandes barones partieron con sus soldados contentos con haber ganado abundante botin y las indulgencias por sus cuarenta dias de servicio, y no le quedaron á Monfort mas que cuatro ó cinco mil hombres. Puso guarnicion en algunos castillos, siguió la campaña con algunos caballeros, se apoderó de Albi y de muchas otras plazas, y persiguió al conde de Foix que se creía seguro en sus fortalezas del Pirineo. Tomó á Pamiers y á Mirepoix, y obligó al conde á jurar fidelidad á la Iglesia.

Parecía terminada la guerra: los herejes estaban muertos ó dispersos: dos de sus protectores se habian sometido á Roma, y el tercero estaba prisionero. Pero este era el mas temido: sus desgracias y su valor les habian creado partidarios hasta entre los cruzados. Raimundo Roger II, décimo octavo vizconde de Beziers, de Albi y de Carcasona murió envenenado (1209).

§. V.—*Raimundo VI pierde sus Estados.*—Abrumaban en tanto los legados á Raimundo VI con la prohibicion de entrar en su capital, pidiéndole que entregase á todos sus súbditos herejes, y favoreciendo por todos los medios posibles los designios de Monfort para que este heredase sus Estados. «Raimundo envió á Monfort mensajeros para saber si queria arreglarse con él, pues de lo contrario estaba resuelto á perseguirle á él y á los suyos (1).»

El conde y la municipalidad de Tolosa apelaron á la Santa Sede. El desventurado Raimundo, deseando evitar á toda costa la desgraciada suerte del vizconde de Besieres, abandonó sus Estados acompañado de los cónsules de Tolosa, atravesó la Francia y la Alemania, cuyos reyes le recibieron con frialdad, y llegó á

(1) Crónica anónima de Tolosa, p. 50.

Roma donde expuso su causa al papa (1210). Inocencio le recibió con bondad, y queria absolverle, pero los legados le escribieron que si perdonaba al conde seria inútil todo lo que se habia hecho pro de la Iglesia (1).»

Raimundo se presentó en el concilio de San Gilles; pero á pesar de las órdenes de Inocencio quedaron desoidas sus palabras. Redobló sus ruegos y humillaciones, lloró delante del legado, y le entregó el castillo de Tolosa; pero no alcanzó su sospechoso arrepentimiento el perdón que deseaba. Sus amigos le excitaban á la guerra ¿pero no veia los estados vecinos conquistados, al rey de Aragon aterrado recibiendo el homenaje de Monfort y aun dándole su hijo en rehenes? Tropas de peregrinos llegaban sin cesar á la voz de los monjes del Cister, y sabia que luego que tomase las armas, ya no tenia otro recurso que la muerte.

Se reunió un nuevo concilio en Arles. Fué citado á él y compareció (1211). Allí le hicieron las proposiciones siguientes, «no en audiencia pública, dice la crónica contemporánea, sino particularmente (2): 1.º Que arrojara del país á los judíos, pusiera á los herejes en poder de Monfort para hacer de ellos lo que quisiera, y obligar á sus súbditos á vestir de penitentes, y á sus nobles á dejar las ciudades para ir á vivir en los campos como villanos. 2.º Que despidiera á todos sus soldados, arrasase todos sus castillos, y no se opusiera mas á la marcha de los cruzados. 3.º Que partiera á la Tierra Santa y que no volviera de allí hasta que se lo mandase la Iglesia. Con estas condiciones le devolverian todas sus tierras y señoríos, cuando pluguiera al legado y á Monfort (3).»

Raimundo se asombró al oír estas proposiciones, y partió sin responder y devorándole la rabia el corazon. Con el decreto del concilio en la mano recorrió sin descanso á Tolosa, Montalvan, Moissac y Agen, leyendo á todos los habitantes las condiciones que le habian impuesto. Caballeros y villanos dijeron que mas querian morir que sufrir un castigo que haria de ellos unos siervos, y que huirian del país antes que tener por señores á los franceses (4).» Todos tomaron las armas. Los señores vecinos de Cominges, de Foix y de Bearne, que no eran herejes ni católicos,

(1) Cartas de Inocencio III, lib. XII, ep. 407.—(2) Crónica anónima de Tolosa, p. 38.—(3) Id. p. 39.—Fauriel, p. 400.—(4) Id. p. 46.—Id. p. 403.

pero sí irreligiosos saqueadores de iglesias y perseguidores del honor de las mujeres, llegaron con sus montañeses á defender á Raimundo, convencidos de que su causa era la de todo el mediodía.

Volvió á comenzar la guerra.

Nuevos cruzados acudieron en tropel; eran alemanes, loreneses y flamencos que mandaban el duque de Austria, los condes de Juliers, de Mons, etc. Monfort se apoderó con su ayuda de muchas plazas y sometió el Quercy. Lavaur hizo una resistencia heroica: todos sus defensores fueron quemados ó ahorcados. Tolosa ofreció la mas humilde sumision; pero se le respondió «que mientras no hubiese arrojado á su conde y jurado fidelidad á los que la Iglesia le daba por señores, seria perseguida como herética (1).» Volvió á comenzar el sitio (1211); pero los tolosanos eran numerosos y resueltos, y obligaron á Monfort á abandonar la plaza. Marchó entonces contra Foix. Se hacia la guerra con extremo encarnizamiento; pocas veces se perdonaba á los prisioneros; los cruzados quemaban ó ahorcaban al que se resistia, y los albigenses se entregaban á sangrientas represalias. Balduino hermano del conde de Tolosa, abrazó el partido de los cruzados. Cayó en poder de su hermano, que le hizo juzgar sumariamente y condenar á muerte; y el conde de Foix y sus hijos fueron los ejecutores de la sentencia, ahorcándole de un nogal. No se detenía el torrente de hombres que acudían desde el norte al mediodía, y todos los dias se veían llegar prelados al frente de sus feligreses; la mayor parte se volvían descontentos aunque cargados de botin, «porque conocían que el legado y Monfort, aunque defendían una causa muy justa, no debían asolar el país como lo hacían (2).» Siempre salió vencedor el conde de Cristo, el atleta del Señor, el nuevo Macabeo (estos eran los títulos que daban á Monfort), que derrotó completamente á los condes de Tolosa, de Bearne y de Foix, bajo las murallas de Castelnaudary (1212), se apoderó despues del Agenois, que era enteramente católico, y destruyó las fortalezas de este país, «para que no pudiera dañar, decía, de un modo ú otro á la cristiandad (3).» Devastó el Quercy, Foix y Cominges; y solo le quedó Tolosa y

(1) Carta de la municipalidad de Tolosa al rey de Aragon.—(2) Cronica anónima de Tolosa, p. 76.—(3) Puy-Laurens, cap. 46.

Montalvan á Raimundo VI, que huyó á la corte del rey de Aragón con toda su familia.

Estaba terminada al parecer la conquista. Simon distribuyó á los señores de Francia cuatrocientos treinta y cuatro feudos conquistados. Los hijos del norte reemplazaron á los del mediodía en las sillas episcopales, porque el patriotismo entibiaba á los últimos: el legado Arnolfo, fué nombrado Arzobispo de Narbona, el abad de Vaux-Cernay, obispo de Carcasona y el arcediano de Paris obispo de Beziers. Se ordenó en un parlamento, habido en Pamiers para arreglar la administracion del país conquistado, que no pudieran casarse con los franceses las viudas é hijas de los señores de Languedoc; fueron desterradas las mujeres de los que peleaban contra los cruzados y se confiscaron sus bienes; y los aldeanos y gentes de baja esfera fueron atendidos y hasta tratados con cariño (1212). Estas medidas, la guerra y los suplicios hicieron desaparecer la mitad de la poblacion libre que se gloriaba de descender de los romanos y los godos, reemplazándola con gentes del norte que trajeron las leyes y la lengua de su país. Desde entonces el mediodía se sometió enteramente al régimen del feudalismo, quedaron para siempre destruidas sus tentativas democráticas, y su aristocracia de ciudadanos quedó ahogada bajo la aristocracia feudal.

§. VI.—*Intervencion del rey de Aragón.—Batalla de Muret.—Sumision de los señores del mediodía.*—Vencidos, despojados y excomulgados los condes de Tolosa, de Bearne (1), de Cominges (2) y de Beziers, (este era Raimundo Trancavelo, hijo de Roger, de cinco años de edad), solo tenian esperanza en el rey de Aragón, verdadero soberano feudal del mediodía, vivamente interesado por la suerte de los provenzales á quienes miraba como compatriotas. Este príncipe se hallaba ocupado el año anterior con todos los reyes de España en rechazar la terrible invasion de los almohades, bárbaros que vinieran del Africa en número de trescientos

(1) Este era Gaston IV décimo cuarto vizconde de Bearne. Los vizcondes de Bearne de los cuales el primero se remonta al año 819, tan pronto rendian homenaje á los reyes de Aragón como al duque de Gascuña, pero en realidad eran independientes. Era un país libre y regido por *fueros* y usos muy notables.—(2) Era Bernardo IV décimo tercero conde de Cominges. Estos condes, de los que el primero se remonta al 900, rendia homenaje á los duques de Gascuña

mil ; pero cuando la península se vió libre por la gran batalla de las Navas de Tolosa, entabló negociaciones en favor de los meridionales (1212). El concilio de Lavaur desechó sus proposiciones. Entonces declaró «que tomaba bajo su proteccion á los excomulgados y sus dominios;» y los cinco condes pusieron sus Estados en su poder prometiéndole obedecer en todo (1213). Envió una embajada al papa y le demostró que no armaba á los peregrinos la piedad sino la codicia: que se queria mas destruir la nacion provenzal que la herejía, pues perecian mas católicos que albigenses á manos de los cruzados; y en fin que Monfort se habia apoderado de muchos paises donde no se encontraba una sola persona sospechosa de herejía. «Todo está ya sometido á la Iglesia, decia el rey; acabese pues de predicar la cruzada; no se confundan los inocentes con los criminales; y si Raimundo de Tolosa es culpable, no se castigue á sus hijos, á sus feudatarios y á sus súbditos (1).»

Pocas veces se oia en Roma un lenguaje tan franco y atrevido. Al recibir este mensaje se arrepintió Inocencio III. Habia visto despreciados sus mandatos en lo relativo á la justificacion de Raimundo VI y la disposicion de sus dominios que habia expresamente prohibido se entregasen al primero que los ocupara; reprendió á Monfort y á los legados por su ambicion y crueldad, les acusó de la muerte del vizconde de Bezieres, les mandó que devolviesen sus Estados á los condes de Foix, de Cominges y de Bearne; en fin hizo cesar la predicacion de las cruzadas y revocó sus indulgencias. Los perseguidores quedaron absortos al ver aquel cambio; pero tenían en su favor la opinion pública que aprobaba la guerra. Se mantuvieron firmes contra la Santa Sede, y á pesar de sus órdenes, se negaron á oír la justificacion de Raimundo, y absolver á los demás condes; y pidieron la destruccion de Tolosa y el exterminio de sus habitantes. Decian ellos «que la desaparicion de esta nueva Sodoma seria la salvacion de los cristianos.» Estremecióse Inocencio III con este encarnizamiento: la política enmudeció á la compasion; y conoció que el menor paso hácia atrás haria bambolear la fe y daría confianza é impunidad á los sectarios. «Sabed, le escribieron, que si el país

(1) Cartas de Inocencio.—Historia del Bearne por Marca, lib. VI, cap. 15 y 17.

quitado á sus tiranos les es restituido á ellos. ó á sus herederos, es inminente la ruina de la Iglesia (1) » Entonces el papa revocó sus órdenes, confirmó la excomunion y la cruzada, y amenazó con toda su cólera al rey de Aragón, «si se oponía á la consumacion de una obra santa, en la que estaban igualmente interesadas la causa de Dios y la de la Iglesia (2).»

Don Pedro entonces resolvió emplear la fuerza para libertar al mediodía, pasó con un ejército los Pirineos y llegó á Tolosa. Inmenso fué el regocijo de sus habitantes, uniéronse los condes proscritos y las milicias municipales, y todos juntos fueron á sitiar á Muret, cuya guarnicion era un obstáculo para los tolosanos, que dominaba el Garona. Monfort acudió á defender la plaza. Se trabó una batalla en las orillas del río. Salieron vencedores los caballeros de Francia inferiores en número, pero superiores en disciplina á los de España. Don Pedro murió, y las milicias de Tolosa perecieron en gran número bajo el hierro de los cruzados ó en las aguas del Garona (1213).

Engrandecido Simon con esta victoria, que fué celebrada como un milagro por toda Europa, continuó sus conquistas en el Quercy, el Rouergue, el Agenois y hasta en el Perigord (1214). Se apoderó de Nimes y entró cual vencedor en Montpellier. Aunque las ciudades de este país estaban libres y puras de herejía, detestaban á Monfort «lo mismo que á todos los franceses (3),» pero no se atrevieron á hacerle resistencia. En seguida recorrió el marquesado de Provenza y obligó á sus barones á rendirle homenaje: casó á su primogénito con la heredera del delfinado de Viennois (4), á su segundo hijo con la de Bigorra y á su sobrino con la de Cominges. La familia de Monfort ambicionaba dominar en todo el mediodía.

La corte de Roma volvió á tomar de nuevo sus ideas de moderacion prescribiendo la indulgencia y enviando nuevos legados dispuestos á la paz. Los condes estaban desesperados, errantes, sin ejército y sin recursos: pidieron perdon, pusieron sin condicion sus personas y sus bienes en manos de la misericordia de la Iglesia, jurando aceptar el lugar de destierro ó ejecutar la peni-

(1) Cartas del concilio de Lavaur á Inocencio.—(2) Cartas de Inocencio, lib. XVI, ep. 55.—(3) Vaux-Cernay cap. 81.—(4) Era la hija única de Guignes VI, pero este se casó, y tuvo un hijo que le sucedió.

tencia que se les impusiera. Los legados consintieron en absolverlos, y hasta restablecieron á Gaston de Bearne en su señorío. Un concilio reunido en Montpellier decidió que Monfort ocuparía los Estados de los otros cuatro condes «como príncipe y monarca del país (1215) (1).» El papa confirmó esta sentencia provisionalmente y hasta que se hubiera instruido la causa mas ampliamente en un concilio general que convocó en Roma en la Iglesia de San Juan de Letran. Los condes se sometieron, y Raimundo VI partió á Tolosa donde permaneció como un particular en casa de un vecino. Todos los señores hicieron homenaje á Monfort, y todas las ciudades le abrieron las puertas. Entró en Tolosa en compañía de Luis, hijo de Felipe Augusto, que venia con una multitud de caballeros á hacer su peregrinacion contra los albigenses. Parecia singularmente escojido el momento del viaje de este príncipe, pues la herejía estaba ya del todo vencida, y se creyó que iba á defender á su pariente Raimundo ó á reivindicar los derechos de soberanía feudal del rey de Francia. El legado empero le declaró que él no podia atacar lo que se habia hecho, considerando que no venia mas que como peregrino y que el país habia sido conquistado por el papa. Burlado Luis en sus esperanzas solo contribuyó á agravar las desgracias de los vencidos y propuso saquear y quemar á Tolosa; pero Monfort se contentó con desarmar á los habitantes y arrasar las fortificaciones de la ciudad. El príncipe contó á su regreso el éxito de su expedicion á su padre, y este solo le contestó con un profundo silencio (2).

§. VII.—*Concilio de Letran.*—Convocóse el concilio general de Letran. Asistieron á él casi todos los obispos y abades de la cristiandad, con los embajadores de todos los reyes (1215). Se decretó en él una quinta cruzada para libertar á la Tierra Santa, la terminacion de la guerra contra los albigenses, y se discutió sobre la particion de los países conquistados por los católicos. Los condes de Tolosa, de Foix y de Cominges se presentaron ante el concilio y abogaron con calor en pro de su causa. Numerosas voces se levantaron en su favor y revelaron con indignacion el exterminio del mediodía, y las ofertas constantes de sumision de los pueblos. «¡ Por vosotros, dijeron los condes á los legados, han

(1) Vaux-Cernay cap. 81.—(2) Fauriel, pág. 225. *El 20 de Mayo de 1215* (1)

perecido los buenos y los justos, y han quedado sin castigo los malvados; por vosotros han muerto en Beziers treinta mil personas y diez mil en Tolosa!» Inocencio quedó vivamente sorprendido al oír á los condes herejes, y tanta sangre derramada hizo conmovér su piadoso corazón. «¡ Volvedme mis tierras, gritó con delirante osadía el conde de Foix á los legados. Si no lo haceis, os lo pediré todo.... mis tierras.... mi derecho y mi herencia delante de Dios en el día del juicio (1)!» El papa trató con bondad á los desgraciados condes, y acabó por declarar que les daba permiso para volver á tomar posesion de sus tierras, quitándoselas á los que injustamente las retenian. Al oír estas palabras los obispos partidarios de Monfort le convencieron de que esto era comprometer la causa cristiana y condenar la cruzada; y que si así lo hacia, nadie jamás se querría mezclar en los asuntos de la Iglesia. Hicieron además un elogio de Monfort que habia arrojado los herejes para poblar el país con los franceses, que tantas regiones habian conquistado á la Iglesia.

Después de largos debates los condes de Foix y de Cominges partieron con la vaga esperanza de volver á adquirir sus dominios. El conde de Tolosa fué declarado incapaz de gobernar sus Estados por no profesar la fe católica, excluido de su soberanía, y condenado al destierro: y sus Estados fueron adjudicados á Monfort, exceptuando la Provenza que quedaba reservada. El anciano Raimundo partió de Roma, pero su hijo, á quien el papa amaba mucho, hizo nuevas peticiones, y logró una audiencia de Inocencio. Entonces le dijo este muy conmovido: «No quiero que te quedes sin señorío: tuyo es el condado de Venaissin con sus pertenencias; y Monfort poseerá lo demás.» El jóven lo rehusó.— «Yo no pido mas, le dijo, sino el permiso de conquistar mi país.—Pues bien, respondió el compasivo papa, hagas lo que hagas, Dios te permita comenzar bien y acabar mejor (2).» Estas imprudentes palabras anunciaban que no se habia terminado aun la sangrienta historia de los albigenses.

Felipe Augusto se manifestaba indiferente en esta guerra, á pesar de habérsele pedido muchas veces que asistiera á los cruzados. No dejaba por tolerancia quemar á los herejes en sus esta-

(1) Fauriel, p. 241.—(2) Id. p. 242.—Crónica de Tolosa p. 414 á 421.—2067 (1)

dos y arrojar de su reino á los judíos desde el principio de su reinado; le tenían ocupado en el norte intereses mas inmediatos, y la cruzada solo le prometia lejanas ventajas. Aunque vió con pesar la ambición y las victorias de Monfort, no intentó hacer valer jamás sus derechos de soberanía sobre los estados de Tolosa, y dejó que los concilios dispusieran de ellos sin hacer ninguna reclamacion. La Iglesia trabajaba sin que él lo supiera en pro del engrandecimiento del trono francés, y al exterminar á los mas poderosos señores del mediodía, formaba el reino de Francia sobre las ruinas de la nacionalidad provenzal.

La corona de los Capetos era definitivamente la que debia recoger los frutos de aquella guerra.

CAPÍTULO V.

Batalla de Bouvines.—Reinado de Luis VIII.—Fin de la guerra de los albigenses. (1212—1229.)

§. I.—*Batalla de Bouvines.*—Desde que el consejo de los pares pronunció su fallo contra Juan Sin Tierra se habia convertido aquel en una institucion política, por cuyo conducto publicaba el trono sus ordenanzas, que no solo se circunscribian á su propio dominio, sino que eran obedecidas en todas partes como emanacion de la soberanía (1). El poder legislativo ejercido por todos los señores, nó aislada sino colectivamente, tendia á reunir con el lazo de una ley comun á todas las partes esparcidas de la nacion, y una voluntad pública substituía á la individualidad. Véase cesar el espíritu de localidad y establecerse un gobierno general; y la monarquía feudal empezaba á reemplazar á la confederacion feudal.

Los barones miraban con pesar la marcha invasora del trono:

(1) En todas las ordenanzas de aquella época se encuentra este encabezamiento: «Felipe rey de los franceses, Eudo duque de Borgoña, Hervei conde de Nevers, Rainoldo conde de Boloña, Guy de Dampierre, Gaucher de San Pablo y otros magnates de Francia han acordado por unanimidad y han arreglado por mútuo consentimiento,» etc. etc.

se habian enojado de la peregrinacion del hijo del rey al medio-día, porque sabian que á pesar de sus demostraciones en favor de los proscritos, Felipe estaba muy contento de la destruccion de los señores provenzales. Buscaron todos los medios para recobrar su independenciam y fijaron todas sus esperanzas en Juan Sin Tierra. Pero este, tirano, licencioso y cruel como su padre era [incapaz de abrazar un plan de conducta, y se hallaba en aquella época en una triste posicion. Se quejó del papa por el nombramiento de un arzobispo de Canterbury, y fué excomulgado. Entonces persiguió al clero, se rodeó de malvados feroces que abrumaron sus súbditos con tiranías, y se hizo odioso de todos por sus crueldades y excesos (1211). El papa ofreció la corona de Juan á Felipe, y los mismos barones ingleses invitaron al rey de Francia á que pasase á su país. Juan llamó en su ayuda á su sobrino Othon IV, pero no se hallaba este en situacion oportuna para auxiliarle. Elegido por la proteccion de Inocencio, tomó contra el papa sus armas, y fué excomulgado. Su rival Federico II, hijo de Enrique VI, favorecido por el papa, y coronado emperador, acababa entonces de hacer alianza con Felipe Augusto (1212). De modo que los reyes de Germania y de Inglaterra depuestos por el papa y abandonados de sus súbditos, eran enemigos de los reyes de Francia y de Sicilia; pero tenian por aliados á los condes de Flandes, de Holanda y de Bolonia que eran amigos de Othon IV, y á los pueblos recientemente sometidos á Felipe que preferian la dominacion de Juan. Iba pues á trabarse una guerra importante y de extensos y complicados intereses, que era la continuacion de la contienda del imperio y el sacerdocio.

El rey de Francia tuvo en Soissons un parlamento de barones (1213), porque no ejecutaba nada siu estas asambleas que recordaban los antiguos campos de Marte. Ligáronse con él por medio de un tratado para hacer la guerra al rey de Inglaterra, el duque de Borgoña y los condes de Nevers, de Bar, de Nemours, de Dreux, de Vendome, etc. Reuniéronse por todas partes soldados y naves. Hacia tres siglos que la Francia no habia mostrado un poder tan compacto y temible. Era ya realmente un Estado, no un señorío. Un legado, que espío los preparativos de la expedicion, pasó á Inglaterra, descubrió á Juan el peligro que le amenazaba, y le indujo á que se humillára á la Iglesia. El rey de In-

Inglaterra «aterrado y obligado por sus barones (1)» consintió en todas las concesiones que le pidieron en favor del clero: ofreció al papa su reino; y este se lo dió en feudo con el tributo anual de 1,000 marcos de plata. Según la ley feudal la protección del Señor era siempre un derecho del vasallo, y por esto el legado manifestó á Felipe que desistiese de su empresa contra un feudatario de San Pedro. El rey de Francia se indignó de este mandato; pero como marchaba á Inglaterra únicamente en la calidad de ejecutor de las órdenes de la Santa Sede, obedeció este poder que formaba y deshacía á su voluntad las tempestades, y volvió sus armas contra Flandes.

«Era conde de Flandes Ferrando de Portugal, casado con una hija de Balduino IX emperador de Constantinopla; se negó á acudir al parlamento de Soissons y se hizo aliado de Othon IV. Aunque su país era reputado como el primer condado de Francia, oscilaba incesantemente entre la Inglaterra y la Germania, excitaba la envidia de los franceses por sus riquezas, sus libertades y su orgullo, y era una de las provincias que más codiciaba Felipe, el cual muchas veces decía que Flandes se convertiría en Francia ó Francia en Flandes (2).»

«Esparciéronse los franceses por las llanuras flamencas con devastadora furia (1213). La escuadra se apoderó de Gravelines y saqueó á Dam: el ejército de tierra tomó á Cassel, Ipres, Brujas, y llegó á los muros de Gante que era una de las ciudades más ricas del mundo. Quiso Felipe abatir el orgullo de sus habitantes «y obligarles á doblar la cerviz bajo el yugo de un rey (3),» pero se vió en la precision de levantar el sitio y acudir á Dam, donde acababa de ser derrotada su escuadra. Dam fué incendiada, Brujas, Ipres y Gante puestas en rescate; Courtray, Oudenarde y Donay saqueadas, y Lila quemada y sus habitantes degollados ó vendidos. Despues de tan espantosas ejecuciones, Felipe licenció su ejército y se volvió á Paris.

«Juan debiera haber distraído á Felipe invadiendo el Poitou, pero no quisieron seguirle los barones y obispos de Inglaterra. Solamente despues de haberles firmado una carta confirmando sus libertades feudales, consiguió reunir un ejército con el cual

—(1) Rymer, t. 1, p. 185.—(2) Mateo París.—(3) Guillermo el Breton, vida de Felipe cap. 9.

desembarcó en la Rochela (1214). Subleváronse entonces contra los franceses el Poitou, la Turena, el Anjou y la Normandía, y Othon que no podía sostenerse en Alemania, llegó por la frontera del norte para reanimar su causa derrotando al aliado de Inocencio y de Federico. Othon se hallaba sin soldados, pero se apresuraron á socorrerle con fuerzas considerables los condes de Flandes y de Holanda, y los duques de Brabante y de Limburgo. Felipe veía en peligro todas sus conquistas, y la cruzada contra los albigenes le quitaba en aquel momento una multitud de soldados. Llamó pues á todos sus barones y á las milicias de las municipalidades. Los nombres de Juan y de Othon daban á su contienda un carácter nacional, y en realidad los dos reyes y sus aliados solo eran enemigos particulares de Felipe, pues no provenian sus fuerzas de Inglaterra y de Germania sino de la misma Francia. Era una guerra puramente feudal y una conjuracion de la aristocracia francesa contra el trono. Ya los señores de la Aquitania se habian repartido de antemano el reino con los reyes de Inglaterra y de Germania y los señores del norte (1). La contienda entre el imperio y el sacerdocio se mezclaban en todas las demás, de tal modo que esta no parecía mas que un episodio. El poder de la Iglesia estaba tan amenazado en Flandes como en el Languedoc, porque Juan y Othon, que estaban excomulgados, declaraban «que solo habian tomado las armas para obligar al clero á vivir de limosna (2).» Felipe se presentaba como defensor nato de la Iglesia, y excitaba el ardor de sus caballeros, recordándoles que Othon y su ejército eran enemigos de la sociedad cristiana y estaban puestos fuera de la ley comun. «Solo nosotros, decia, somos cristianos, gozamos de la comunión y de la paz de la santa Iglesia y defendemos sus libertades (3)»

Luis, primogénito del rey, marchó hácia el Loira con tres mil caballeros y siete mil infantes. El rey Juan que habia ya pasado el rio y se habia apoderado de Angers, hizo una tentativa contra Nantes; pero fué vencido en Roche-au-Moine por el príncipe Luis que le persiguió hasta el Poitou.

Felipe entretanto entró en Flandes y volvió á encontrar en el

(1) Guillermo el Breton, vida de Felipe pág. 300.—(2) H. de Filipida, cap. 40.—

(3) Guillermo el Breton, vida de Felipe p. 279.

puente de Bouvines al ejército de Othon, compuesto enteramente de flamencos, brabantinos, holandeses, etc. (27 de agosto de 1214). Trabóse la batalla que fué muy encarnizada y la primera en que reinó un poco de orden y ciencia militar. Felipe corrió inminentes peligros, distinguiéronse las milicias municipales, y quedó la victoria por los franceses. Cayeron prisioneros los condes de Flandes y de Boloña, otros tres condes mas y veinte y cinco barones. «Apesar de que siendo todos del reino y habiendo conspirado contra Felipe, merecian ser condenados á muerte segun las leyes del reino, el rey mostró su misericordia concediéndoles la vida (1).» El conde de Flandes fué encerrado en el Louvre, y gobernó en tanto su esposa sus estados. El condado de Bolonia se adjudicó á un hijo natural del rey. Othon se retiró á Brunswick y no volvió á aparecer mas. Su derrota fué el triunfo del papa, y Federico II fué reconocido como único emperador. Abandonado Juan por los señores del Poitou, que vieron de cerca sus vicios, firmó una tregua de cinco años con Felipe, y regresó á Inglaterra.

La batalla de Bouvines fué un acontecimiento de interés nacional. Consolidó á un mismo tiempo el trono y el reino, y sancionó la sentencia de los pares contra el rey Juan, que era el preludio de la ruina del vasallaje feudal. De modo que «Felipe fué recibido por el clero y el pueblo con lágrimas de alegría y aclamaciones nunca oidas (2).»

§. II.—*Juan firma la gran carta y es depuesto por los barones ingleses.*—La derrota de Juan hizo llegar al colmo la desafeccion de sus barones, y su regreso causó la revolucion que dió principio á las libertades nacionales de Inglaterra. Guillermo el Conquistador habia creado el trono feudal, y sus sucesores exagerando los derechos y sus consecuencias, se habian arrogado un poder tan tiránico que tan odioso era á los señores normandos como á los siervos sajones. La aristocracia formaba en Inglaterra un cuerpo compacto con derechos é intereses comunes, que rendia una subordinacion exacta al poder real. Esta era la seguridad de los vencedores sobre los vencidos; pero los barones no querian exponer sus bienes y su vida al capricho del trono que se rodea-

(1) Guillermo el Breton, vida de Felipe p. 292.—(2) Guillermo de Nangis.

ba de tropas asalariadas y exigia monstruosos impuestos á todas las clases. Los descontentos se habian contenido con la destreza de Enrique II y la popularidad de Ricardo, pero estallaron ante la insolente cobardía de Juan (1215).

Se reunieron los obispos y barones para recobrar las libertades feudales que veian poseer aun á la nobleza de Francia, y pidieron al rey una carta que asegurase sus derechos. Juan se resistió con todo su poder, y dijo: «que nunca concederia las libertades que exigian, pues iban á convertirle en un esclavo.» Pero los barones estaban armados, eran los verdaderos señores de Inglaterra, y habian tenido mucho cuidado en hacerse aliados á los pequeños feudatarios y á los vecinos de Londres, de modo que su lucha contra el trono era de un interés público y tenia un aspecto nacional. Obligaron pues sus súbditos á Juan á firmar la *gran carta de las libertades comunes*, origen del poderío de la aristocracia inglesa, que ha sido siempre la protectora de la nacion, y que ha hecho en Inglaterra el mismo papel benéfico y civilizador que el trono en Francia. Se resolvió en esta carta que ningun hombre libre podia ser preso, expropiado ó proscrito, sino por sentencia de los pares y la ley del país. Licenciados los soldados mercenarios, y abolidos los impuestos extraordinarios, se resolvió tambien por ella que no podia establecerse ningun tributo territorial sin el consentimiento de los barones, obispos y caballeros, los cuales debian ser convocados con este objeto en *parlamento* (1). Si el rey violaba algun artículo de la carta, autorizaba ella misma á los barones «á perseguirle y hacerle la guerra de todos modos hasta corregir la violacion y el abuso.» La gran carta fué mas un retroceso al feudalismo que una constitucion nueva, y por lo tanto la desesperacion del trono inglés, que hizo en ella durante un siglo treinta y cinco confirmaciones. Juan no se sentia humillado al prestar su sumision al papa, porque el vasallaje no era entonces en sí mismo indecoroso, pero sí habia sufrido la humillacion mas profunda al acceder á las con-

(1) Este es el origen del *parlamento*. Los obispos y barones eran convocados individualmente y formaban la cámara de los lores; los caballeros eran convocados colectivamente, y en vez de venir todos, enviaban diputados. Mas tarde se pidieron comisionados á las ciudades, y de este modo se formó la cámara de los comunes.

cesiones exigidas por sus nobles. «Rugió como un animal feroz,» y en su desesperacion recurrió á Inocencio III. La Iglesia aborrecia por instinto el poder señorial que aislado y en todas partes y circunstancias se habia resistido á su dominacion universal. A pesar de hallarse al frente de la liga de los barones el arzobispo de Cantorbery, protector natural de las libertades inglesas, y de intitularse aquella ejército de Dios y de la santa Iglesia, el papa condenó la coalicion y anuló la gran carta. Juan salió á campaña con un ejército de cuarenta mil aventureros que habia hecho venir de Brabante, Normandía y Gascuña, á los que dió permiso para saquear las tierras de los señores. Estos entonces invocaron el apoyo del extranjero y ofrecieron la corona de Inglaterra á Luis, hijo de Felipe (1215).

El rey de Francia que se aprovechaba de todas las locuras de su rival, aceptó la proposicion, é Inocencio III le amenazó con la excomunion. Juan envió á decir á Felipe por conducto de los legados: «Soy vuestro vasallo por las tierras que poseo en Francia; pero no teneis derecho para disponer del reino de Inglaterra, y si lo haceis, recurriré al consejo de los pares.» A pesar de la amenaza del papa Luis desembarcó en Inglaterra, recibió el homenaje de sus barones, y juró respetar y guardar sus libertades (1216). Juan retrocedió ante él, y abandonado de sus soldados mercenarios murió de pesar.

Se introdujo entonces la discordia en el partido de los barones. La mayor parte de ellos contentos de haberse desembarazado de Juan é inquietos al ver los castillos de Inglaterra en poder de los franceses, reconocieron á Enrique III hijo de Juan, que contaba diez años de edad, y publicaron la gran carta en su nombre. Quedaron aislados y en número muy inferior los partidarios de Luis que fueron excomulgados lo mismo que su jefe, que vió su ejército derrotado en Lincol, y su escuadra en Douvres. Luis se decidió á capitular. Renunció la corona de Inglaterra, alcanzó la libertad, la vida y los bienes de sus aliados, y se volvió á Francia (1217).

§. III.—*Raimundo VI recobra sus Estados.—Sitio de Tolosa.—Muerte de Simon de Monfort.*—Los decretos del concilio de Letran fueron exactamente observados, y era completa la sumision del Languedoc. Simón de Monfort partió á Francia á pedir á Feli-

pe II la investidura de los países conquistados. Su viaje fué un continuado triunfo: el pueblo que le miraba como un santo se precipitó á su encuentro para verle y tocar su caballo y sus vestidos. El rey aceptó su homenaje (1216).

Llegaron al mismo tiempo á Provenza los dos Raimundos, y fiados en la promesa del papa se prepararon á recobrar su herencia. Los habitantes de Marsella, de Aviñon y de Tarascon los recibieron con las más vivas aclamaciones y tomaron las armas. Raimundo el joven atacó á Belcaire: el sitio fué terrible; pero á pesar de los esfuerzos de Simon, se apoderó de la ciudad. Raimundo el anciano pasó á Aragon, alzó un ejército y pasó los Pirineos. El movimiento fué casi general, y Tolosa hizo secreta alianza con sus antiguos señores. Monfort furioso con tantos desastres que borraban su fama, acudió veloz y obligó á Raimundo á hacer una retirada. Se dirigió despues contra su hijo, intentó vanamente recobrar á Belcaire, y volvió á Tolosa con la determinacion de destruirla para vengarse de la pérdida de la Provenza. La ciudad, aterrada con sus amenazas, suplicó humildemente: los vecinos, por consejo de sus obispos, se presentaron á Simon; pero los franceses se apoderaron de las puertas. Los tolosanos, furiosos y llenos de desesperacion, corrieron á tomar las armas, hicieron barricadas en las calles y las casas, y diéron tres batallas dentro de la ciudad, «no como gentes razonables sino como leones rabiosos (1).» Monfort mandó pegar fuego á dos barrios y amenazó á los infieles diciendo que cortaría la cabeza á los vecinos que tenia en su poder. La ciudad entonces se rindió con condiciones que desgraciadamente no fueron respetadas por el vencedor. El campeón del catolicismo demolió los principales edificios, los torreones y las puertas, é impuso á la ciudad el pago de treinta mil marcos.

«Despues de haber despedazado todos los huesos de la reina, y la flor de las ciudades (2),» Monfort marchó contra el conde de Foix que habia vuelto á tomar las armas al mismo tiempo que sus aliados, pero apenas habia partido de Tolosa cuando los tolosanos llamaron al anciano Raimundo. Este acudió con los condes de Foix y de Cominges y un pequeño cuerpo de aragoneses

(1) Crónica anónima de Tolosa, p. 154.—(2) Fauriel p. 126.

y catalanes, venció á los cruzados que se oponian á su paso, y penetró por fin en Tolosa «la deseada.» Fué inmenso el entusiasmo (1217). «Nobles y villanos, grandes y pequeños le obsequiaron con las mas bellas manifestaciones que se hayan visto jamás; se arrojaban á sus piés, lloraban de alegría, le besaban el vestido y las rodillas diciendo: Hé aquí á nuestro hombre de *paratge* que ha recobrado todo su poder.» Armándose despues con piedras y palos se arrojaron sobre la guarnicion francesa y la obligaron á salir de la ciudad. Caballeros, mujeres y niños bailaban, cantaban, formaban barricadas, fabricaban armas, y gritaban: «Dios guarde y proteja á la bella Tolosa, pues ha vuelto nuestro soberano (1).»

Raimundo era un hombre débil y de escasa inteligencia, pero era su verdadero señor: el representante de su nacion, amaba á sus súbditos y protegía sus libertades: habia padecido con ellos, como ellos habia sido humillado, y estaba animado del mismo sentimiento de animosidad y de odio contra los franceses. Ya no se peleaba por su falsa religion sino por la independenciam de su país, por sus familias, su nombre y sus riquezas que el norte ansiaba aniquilar. Trescientos mil hombres se habian arrojado sobre esta tierra proscrita, saqueándola y vejándola á su placer por espacio de ocho años, y agotando su sangre y su oro. Aunque por sus pecados y su rebelde obstinacion merecian un justo castigo los que estaban manchados con la herejía, todas las clases de la poblacion habian sufrido igualmente: campesinos y ciudadanos habian sido diezmados por las hogueras, y saqueados por los peregrinos: obispos y monjes habian sido arrojados de sus iglesias: príncipes y caballeros desterrados de sus castillos, y á todos se les veia errantes por la Provenza y Aragon. Si acaso les permitian permanecer en el Languedoc era declarándolos sin derecho para empuñar la lanza, montar un caballo de guerra y vivir en una ciudad amurallada.

La presencia del anciano Raimundo reanimó el ardor general: caballeros y ciudadanos acudian en su defensa del Albigeois, del Quercy, de Gascuña, de Cataluña y de Navarra; volvian á levantarse las torres y murallas de Tolosa; y se despertaba la poesía, no

(1) Crónica de Tolosa p. 169.—Fauriel p. 429.

para modular cantos de amor, sino acentos de dolor. ¡Tolosa y Provenza! decían los trovadores; tierras de Agen, de Beziers y Carcasona! en qué esplendor nos hemos visto y cuál es nuestro abatimiento ahora! «Noble Tolosa, reina de las ciudades, cuánto tiempo has sido esclava (1)!» Y arrojaban gritos de desesperación, de odio y de venganza contra Francia. Y decían al anciano conde: «tú que anonadas y aniquilas á los franceses haciéndote un puente con sus cadáveres, ó conde, Dios te ayude! Dios te dé poder y fuerza (2)! Que el *paratge* abata el orgullo del norte! ¡que no quede nadie de esa raza extranjera que quiere extinguir las luces! Mueran los franceses (3)!»

Monfort acudió á marchas forzadas á asistir á Tolosa. «¡Moriremos todos! decía, ó vengaré la afrenta que me han hecho los de esa ciudad (4)!» Pero fué rechazado en todos los asaltos con pérdida considerable: los tolosanos, armados tan solo de picas y paños se arrojaban con rabia sobre los asaltadores, «no pudiéndose vengar bastante de ellos, tanto era lo que los aborrecían (5). «Los franceses se intimidaron al ver tan encarnizada resistencia: Monfort tenía pocas tropas, porque desde que no se predicaba la cruzada, se veía reducido á sus soldados asalariados. En vano pedía socorros «para derrocar el escollo de la cristiandad.» Subleváronse todas las ciudades; por dó quiera reaparecían los herejes; y la conquista perdía todo lo que había ganado en tantos años. No obstante Simon se obstinó durante nueve meses en entrar en Tolosa, y en un combate nocturno fué muerto por una piedra arrojada desde la ciudad por unas mujeres (1217). «La piedra, dice el trovador que ha cantado aquella terrible guerra, restauró aquella noche al *paratge* y humilló el *orgullo* del norte.»

Amaury, hijo de Simon, recibió el homenaje y juramento de su ejército; pero viendo que todas las provincias se habían sublevado y sometido á Raimundo el Rouergue, el Quercy y el Agenois, levantó el sitio y se retiró á Carcasona. En vano se

(1) Crónica de Tolosa p. 124.—(2) Poesías de los trovadores por M. Raynouard, t. IV, p. 132 y 344.—(3) Fauriel, p. 491, 557, 589.—Las palabras *paratge* y *orgullo* son empleadas sin cesar por el autor de la crónica. Se cree que tienen el sentido de *civilización* y *barbarie*.—Nos parece que el autor se ha equivocado en la etimología que da á la palabra *paratge*, que en lengua provenzal significa nobleza ó hidalguía. N. del T.—(4) Crón. anón. de Tol. p. 184.—(5) Id. p. 471.—Faur. p. 535.

predicó la guerra contra los albigenses; absorbían el zelo religioso y entusiasmo guerrero de la Europa los preparativos de la quinta cruzada acordada en el concilio de Letran.

§. 1V.—*Quinta cruzada de Oriente.—Muerte de Inocencio III.*— Los cristianos de la Siria abandonados á sus propias fuerzas y reducidos á la posesion de Tiro y Tolemaida, ya no veían llegar mas hermanos de Occidente. Murieron Amaury de Lusignan y su mujer Isabel de Anjou. Una hija de Isabel, heredera del reino de Jerusalem, se casó con un simple caballero francés llamado Juan de Brienne (1210); pero la guerra santa solo ganó con este matrimonio un rey y ningun ejército. Toda la Europa estaba ocupada en las guerras de Felipe de Saboya con Othon de Brunswick, en las de Felipe Augusto con Juan Sin Tierra y en la cruzada contra los albigenses. En vano escribió Inocencio III á todos los reyes y pueblos; su voz era impotente.

El orbe cristiano comenzó á hablar de las expediciones á ultramar tan indispensables entonces, y en las que tanta gente perecía: no existían los deseos y necesidades que engendraran las primeras guerras, ni se miraba con extrañeza á los musulmanes de quienes nada tenia que temer la Europa; las mismas cruzadas habian hecho nacer ideas mas libres y mas extensas, y por todas partes se alzaba el espíritu de exámen que pedia una reforma en la Iglesia. El concilio de Letran no pudo despertar el entusiasmo; y fueron necesarias indulgencias prodigiosas, plegarias, penitencias públicas, la paz predicada á todos los reyes, y la poesía provenzal que intentaba dar al oriente la actividad del norte, para hacer tomar la cruz á algunos príncipes. Desesperado Inocencio con esta tibieza resolvió conducir él mismo la cruzada. La muerte interrumpió sus planes. Murió (1217) despues de haber vencido á los albigenses, á Juan Sin Tierra y al imperio, despues de haber elevado el pontificado al apogeo de su grandeza, y realizado en cuanto era posible los proyectos de Gregorio VII. Sin embargo su muerte causó mucha inquietud y amargura. Tenia el genio de Gregorio, pero nó su fe en sí mismo; y toda su política durante el fin de su vida fué contradictoria y vacilante. Vencedor de los albigenses, ayudaba á los dos Raimundos contra los cruzados: soberano del trono inglés, perseguía á la aristocracia en favor del déspota Juan; y en fin

sentó en el trono imperial á un gibelino, un Hohenstauffen, el mayor enemigo del pontificado... á Federico II. La monarquía pontificia se aproximaba á su período de decadencia.

La muerte de Inocencio no impidió que se llevara á cabo la cruzada. Los duques de Austria y de Baviera, los condes de Bar, de Nevers, de la Marca y una multitud de señores de Francia y Germania se embarcaron resueltos á atacar el Egipto. Había muerto Malek-Adel y su imperio estaba repartido entre sus hijos. Aterróse Seffeddyn-Abubekre, que poseía el Egipto y la Palestina, al saber la nueva invasion de los cristianos; porque se oía ya retumbar por el oriente la tempestad de los mogoles, y el kalifa de Bagdad llamaba á todos los fieles en defensa del islamismo contra Gengiskan. Los cruzados desembarcaron en Egipto sin obstáculo y sitiaron á Damietta durante diez y ocho meses. Los musulmanes ofrecieron entregar á Jerusalem en rescate de esta ciudad; los cruzados desecharon esta proposicion con indefinible orgullo; y cuando entraron victoriosos en Damietta (1219), ya no hallaron habitantes, pues habian perecido cuarenta mil durante el sitio. Desde allí marcharon los cristianos al Cairo; pero reducidos á la mitad por la peste se vieron bien pronto obligados á emprender su retirada y evacuar á Damietta y todo el Egipto (1221).

S. V.—*Victorias de los albigenses.—Muerte de Felipe Augusto.*—Esta desastrosa cruzada dió alas y consistencia á la insurreccion albigense. El jóven Raimundo recorrió el Rouergue, el Quercy y el Agenois recibiendo demostraciones públicas de adhesion y fidelidad; pero en vano intentó hacer que Felipe Augusto reconociese su derecho, porque la Francia veía con pesar perdidas sus conquistas, y el trono empezaba á tomar una parte activa en aquella guerra. Luis, hijo del rey, el duque de Bretaña, treinta condes, seiscientos caballeros y diez mil arqueros se reunieron con Monfort que estaba sitiando á Marmande (1219). Los defensores se rindieron salvando sus vidas, y el hijo de Simon se apoderó de la ciudad durante las negociaciones. El jóven Raimundo y los condes de Foix y de Cominges vencieron al mismo tiempo á otro cuerpo de cruzados en la batalla de Basiege. Los tolosanos juraron defenderse hasta morir, y su generosa resistencia alcanzó un éxito glorioso. Despues de dos meses y me-

dio los franceses se vieron obligados á levantar el sitio: Castelnaudary se sublevó contra su guarnicion, recibió en sus muros al jóven Raimundo y sostuvo un bloqueo de ocho meses (1220): Beziers llamó á su vizconde: insurreccionáronse Montalban, Agen y otras ciudades; y solo les quedó á los franceses la ciudad de Carcasona.

Los herejes volvieron á levantar la cabeza. En vano predicó una cruzada el papa Honorio III; en vano instituyó la órden de la Santa Fe para combatir á los albigenses. Habian perdido su influjo las cruzadas, y vencia el Languedoc. Desanimado Amaury, sin soldados ni dinero, ofreció sus estados á Felipe, y el papa le mandó que los aceptase (1222). El rey no quiso obedecer, ya orque no deseaba empeñarse en una nueva guerra, ya porque no creia llegado aun el momento favorable. Viejo ya y debilitado preferia consolidar sus primeras conquistas, ocuparse en la administracion interior, favorecer el comercio y la agricultura, fortificar y animar sus ciudades; y en estos cuidados pasó sus últimos años. Murieron casi al mismo tiempo Felipe Augusto, Raimundo VI de Tolosa y Raimundo Roger de Foix (1223).

§. VI.—*Luis VIII rey de Francia.—Guerra contra los ingleses.—Cruzada contra los albigenses.—Muerte de Luis VIII.*—Una nueva generacion de príncipes iba á continuar la guerra de los albigenses. Raimundo VII conde de Tolosa y Roger Bernardo conde de Foix, jóvenes y llenos de actividad y valor, unidos por la amistad y la desgracia, hicieron alianza con Raimundo Trancavelo, vizconde proscrito de Beziers, y siguieron la senda de sus victorias. Amaury privado de todo socorro estaba cercado en Carcasona por este triunvirato de jóvenes que iban á vengar las desgracias de sus padres en los hijos de Simon. Hizo una tregua con ellos, abandonó la ciudad, y se volvió á Francia con los pocos caballeros que le quedaban (1224). Luego que llegó á Paris cedió de nuevo al rey de Francia Luis VIII todos sus derechos sobre los países conquistados por su padre (1), y desde entonces

(1) Amaury fué nombrado condestable de Francia en 1231, y murió al regresar de una cruzada á la Tierra Santa en 1241. Su hijo llamado Juan, solo dejó una hija que se casó con Arturo II conde de Bretaña. De este matrimonio nació Juan de Monfort tan célebre en el siglo XIV como duque de Bretaña.

la guerra de los albigenses fué una contienda del trono francés con los grandes feudos del mediodía.

Luis VIII, según las ideas de su época y los proyectos de su padre, se creía el sucesor de Carlomagno, y como tal llamado á reinar en toda la Galia. «Planta tus tiendas sobre los Pirineos, le decían los poetas, que es preciso que engrandezcas tus estados hasta allí, para que poseas sin intermedio todos los dominios de tus abuelos. Haz brillar tus armas victoriosas en el país de Tolosa y arroja la herejía de toda la extensión de tu reino (1).»

La Aquitania llamaba con mas urgencia su ambición, pues era preciso arrojar de allí «al dragon blanco de los ingleses (2).» Acababa de expirar la tregua firmada con Enrique III (1224), y volvieron á comenzar las hostilidades. El rey de Francia avanzó rápidamente hácia el Poitou, que se rindió con la Rochela, Limoges y Perigueux, ciudades adictas á la dominación de los Plantagenets; y el conde de la Marca, Hugo X, prestó homenaje á Luis con todos los señores de la Aquitania. Defendieron mal á su rey los barones ingleses; se hallaban discordes con él; iban aislando poco á poco sus intereses de los del continente, y ocupados en acrecentar su poder á expensas del trono, se interesaban poco en una guerra enteramente personal para Enrique y que hubiera podido aumentar la fuerza real contra ellos mismos.

Reunióse un concilio en Bourges (1225) á donde acudieron los condes de Tolosa, de Foix y de Beziers. Raimundo VII ofreció todas las reparaciones y restituciones posibles, y dijo que «reinar era obedecer á la santa Iglesia. Nosotros obedeceremos humilde y fielmente en todo y por todo las órdenes del papa sin menoscabar por eso la dominación de nuestros señores el rey de Francia y el emperador (3).» Suplicó al legado «que visitara una por una las ciudades de su provincia, y averiguase el estado de su fe; y si encontraba alguno que se apartase de la creencia católica, protestaba que estaba dispuesto á hacer con él un ejemplar castigo. En cuanto á él, añadió que estaba pronto á sufrir un exámen de su fe, y á hacer públicamente penitencia si había pecado. Pero fueron desoidas todas sus ofertas, y el conde apesar de su catolicismo solo pudo obtener el perdón con condiciones

(1) Guillermo el Breton, Filipida.—(2) Id. ibid.—(3) Vida de Luis VIII.

de renunciar á su herencia para sí y para los suyos (1).» Esta accion manifestó claramente que todos deseaban la ruina de la democracia meridional por medio del feudalismo del norte y la trasformacion de la Provenza en nacion francesa (2).

El concilio decretó una cruzada, y el rey de Francia se encargó de alzarla. La Iglesia concedió á los peregrinos las mas extensas indulgencias, y á Luis el diezmo de las rentas eclesiásticas durante cinco años; excomulgó á los barones que se negasen á prestar el servicio feudal á los pares, obligó á Enrique III á hacer una tregua, prohibió al rey de Aragon que hiciera el menor movimiento en favor del pueblo enemigo de la ley (3), y mandó á los cristianos que rompiesen todas sus relaciones con el país proscrito. Raimundo VII fué solemnemente excomulgado con todos sus súbditos y partidarios. Se formó un ejército procedente de las diversas partes de Francia, y que era tan inmenso que, segun dicen los contemporáneos, ascendia á cincuenta mil caballeros. Todas las fuerzas, todas las pasiones, todo el poder de la nacion estaban amontonados contra el desgraciado país de los albigenses, y la Europa, á quien se le ordenaba la inmovilidad y el silencio, era espectadora de este terrible drama, en que todo un pueblo puesto fuera de la ley comun era condenado al exterminio por haber intentado sustraerse á la confederacion cristiana.

El mediodía se llenó de terror: los señores y las ciudades se apresuraron á hacer su sumision y enviar sus rehenes; y Raimundo se vió abandonado por todos sus aliados, menos el conde de Foix. Era jefe del ejército el cardenal-legado Santángelo que se dirigió por el valle del Ródano, y llegó á los muros de Aviñon. Esta ciudad excomulgada se habia distinguido doce años antes en la guerra de los albigenses por sus crueldades y su energía; y prisionero en ella el príncipe de Orange habia sido desollado vivo y descuartizado. Era libre é imperial, estaba gobernada por un *podestá* y cónsules, y competia en riquezas, poblacion é industria con las repúblicas italianas. Su señor era Raimundo VII conde marqués de Provenza, su soberano feudal Federico II, como emperador y rey de Arles, y era completamente ex-

(1) Mateo París, p. 272.—(2) *Ibid.* p. 280.—(3) Nicolás de Bray, poema sobre los hechos y hazañas de Luis VIII.

tranjera para la Francia. Ofreció á Luis VIII el paso al través de los arrabales, donde el ejército se proveyó de armas, máquinas y víveres. Queriendo el rey pasar por medio de la ciudad á guisa de vencedor, se opusieron los magistrados y cerraron las puertas. Comenzó entonces el sitio que duró tres meses (1226). Aviñon se defendió vigorosamente: Raimundo se apoderó de los víveres de los cruzados, los inquietó con escaramuzas, y el hambre y las enfermedades diezmaron el campo francés. No obstante la ciudad se vió obligada á rendirse. Gracias á la intervencion del emperador los vencedores se contentaron con la muerte de los soldados mercenarios, impusieron un tributo á los habitantes, y destruyeron las murallas y trescientas casas fortificadas con torreones.

Durante el sitio considerables cuerpos de los cruzados recorrieron el Languedoc que esperaba aterrado al enemigo; rindiéronse sin resistencia Nimes, Carcasona, Beziers, Castres, Albi y la mayor parte de los castillos; y los condes de Tolosa y de Fox, acompañados tan solo de un corto número de amigos fieles, se retiraron sin combatir dejando el campo á los franceses. Como era preciso dar un aspecto de cruzada á esta conquista política, buscaron por todas partes á los herejes, y llegaron á encontrar por fin *uno* solo que se ocultaba en las cavernas y fué quemado con gran pompa.

Aun quedaba en poder de los albigenses Tolosa; el invierno se acercaba, el ejército habia sufrido grandes pérdidas, y se estaba formando una liga de señores contra el trono, cuyas tendencias les intimidaban. Habia partido ya del campamento, á pesar de los mandatos del rey, Teobaldo IV, conde de Champaña, célebre por sus poesías y su talento; y se apresuraban á seguirle los demás barones. Luis puso guarniciones en las plazas, encargó á Huberto, señor de Beaujeu, el cuidado de terminar la guerra y el gobierno del país, y regresó por Auvernia á Francia. Acometido Montpensier por la epidemia que habia devastado su ejército, y segun dicen otros por un veneno que le diera Teobaldo, que era reputado amante de la reina, y viendo cercana la muerte, hizo jurar á los señores que reconocieran por su rey á su hijo Luis, de once años de edad (1226).

§. VII.—*Luis IX, rey de Francia.*—*Regencia de Blanca de Cas-*

tilla.—*Oposicion y derrota de los barones.*—En la dinastía Capeta solo habia existido un rey de menor edad, que fué Felipe I; pero el trono y el reino no eran mas que palabras en aquella época. Ahora eran ya realidades; mas Luis IX, al suceder á su padre sin haber sido coronado en vida de este, iba á experimentar resistencias, porque no estaba aun incontestablemente establecido el principio hereditario en la corona de Francia. Además, los barones, á quienes inquietaban las usurpaciones morales y materiales del trono, querian aprovecharse de la minoría del nuevo rey para hundirlo en la nulidad de sus antecesores; pero era su madre Blanca de Castilla, mujer tierna y enérgica, piadosa y elegante, magnánima y fiel, cuya vida es un testimonio de lo que habian hecho del corazon y del espíritu de las mujeres el cristianismo y la caballería. Pretendió regentar el reino durante la minoría de su hijo. Era universalmente reconocido el derecho de las mujeres en el gobierno de los feudos, y en la misma Francia se habia visto á Felipe Augusto dejar la regencia á su madre al partir para la Tierra Santa; pero el trono francés no era un feudo sino un poder único y general, y los barones pretendieron que habiéndose convertido la Francia en un reino de primer orden, no podia dejarse abandonado en manos de una mujer. A la sombra de un ataque al poder de Blanca, querian dar el golpe al trono. Dijeron que no consentirian en la consagracion del jóven Luis hasta que les diese garantías contra el capricho del consejo de los pares, restableciese las antiguas libertades feudales, llamadas por ellos libertades de la nacion, y diese libertad á los condes hechos prisioneros en la batalla de Bouvines. Esto último probaba que aquella victoria habia sido ganada al poder señorial y no á los enemigos nacionales. La oposicion que los barones hacian á Blanca de Castilla era una verdadera reaccion de la aristocracia feudal contra la marcha progresiva y usurpadora de la monarquía. Los barones franceses se encontraban casi en la misma posicion, respecto á Luis IX, que los barones ingleses con Juan Sin Tierra, pero fué otra su conducta y muy diferente el resultado. El trono inglés era tiránico y detestado, y la nobleza muy amada porque se apoyaba en las clases inferiores y parecia hacer causa comun con ellas: el trono francés, por el contrario, era protector y querido, y la nobleza

aborrecida, porque se aislaba de las clases inferiores y solo ambicionaba recobrar su antiguo poder para esclavizarlas. Esta fué la causa de los dos caminos diferentes que siguieron las dos naciones, aunque partiendo del mismo punto. El trono se puso en Francia al frente de la civilización, y la aristocracia en Inglaterra.

Blanca apoyada por la opinión popular halló un gran sosten en el cardenal Santángelo, que tenia un talento superior, y que según decían sus enemigos era su amante. Envió pues su hijo á Reims, y lo hizo consagrar (1227). Solo un noble asistió á la ceremonia: el duque de Borgoña, Hugo IV. Entonces sin pedir á nadie sus poderes y sin tomar otro título que el de madre del rey, gobernó el reino abrigándose con el nombre de su hijo que pareció ser en efecto el que reinaba.

Los barones se armaron y se negaron á reconocer á Luis, á quien llamaban bastardo é hijo de la española. Teobaldo, conde de Champaña, Pedro de Dreux, duque de Bretaña (1), Hugo de Lusignan, conde de la Marca, Ricardo, duque de Aquitania, y secretamente el mismo Raimundo VII de Tolosa entraron en la liga señorial. Importábales poco que los Capetos sucumbiesen y que no se restableciese la república federal. Los barones eligieron por rey á un señor de alta nobleza, pero pobre de territorio, buen caballero y el mas á propósito para ser un nuevo Hugo Capeto. Este era Enguerrando de Coucy (2), que no tardó en adornarse con las insignias reales. Enrique III era jefe nominal de la confederación, pero sus contiendas con los nobles de Inglaterra le obligaron á la inacción, y todo el peso de la liga recayó en Teobaldo. Los enemigos de Blanca decían que este era su amante, á pesar de rayar ella en los cuarenta años y no tener él mas que veinte y cinco; y tan calumnioso rumor adquirió

(1) Era biznieto de Luis VI que se casó en 1213 con la heredera de la Bretaña, hija de la célebre Constanza y de Guy de Thouars. Fué el tronco de la última dinastía de los duques de Bretaña.—(2) Enguerrando III en el nombre, llamado el Grande, era biznieto de Tomás de Marle. Fué el que hizo construir el famoso castillo de Coucy, del que queda una torre que tiene 172 piés de altura y 365 de circunferencia. Tenia por divisa:

*No soy rey, ni duque, ni príncipe, ni conde, sí;
Pero soy el señor de Coucy.*

alguna consistencia cuando se vió al conde, no obstante los grandes preparativos de guerra, abandonar á sus aliados y someterse á Luis IX. Los barones acometieron á Orleans donde se hallaba el jóven rey con su madre. Blanca y su hijo se salvaron por el lado de Paris, pero encontraron cortado el camino en Montlhery, y llamaron en su defensa á los habitantes de la ciudad, «con la que habian unido siempre la fortuna los reyes de Francia (1).» Los parisienses salieron armados, libertaron al rey y le condujeron en triunfo hasta sus murallas (1227).

Los nobles se separaron; pero el duque de Bretaña que habia jurado expulsar del reino á la extranjera con tinuó la guerra. Blanca convocó á los barones y marchó á Bretaña; pero no enviándole estos mas que diez hombres cada uno, se vió en el mayor apuro hasta que Teobaldo acudió á defenderla. Dejóse este no obstante seducir por la esperanza de casarse con la heredera del duque de Bretaña, y fué precisa una carta del rey para romper este enlace (1228). Los señores descontentos de las continuas mudanzas de Teobaldo volvieron entonces contra él sus armas y devastaron sus dominios. Blanca le defendió á su vez, y obligó á los nobles á que evacuaran la Champaña.

La guerra continuó aun por espacio de tres años y terminó con el tratado de San Aubin de Cormier, que afirmó la victoria del trono (1231). Luis recibió el homenaje de todos los nobles, y el conde de Champaña no obtuvo el perdon de sus antiguos aliados sino despues de prometer que haria una peregrinacion á la Tierra Santa. Quedaron sin decision hasta el año 1234 las pretensiones de Enrique III y Luis IX sobre la dependencia de la Bretaña, por el motivo de ser vasalla de la Normandía, provincia poseida por el rey de Francia y revindicada por el de Inglaterra. En aquella época Pedro de Dreux se reconoció vasallo de Luis, y abdicó el ducado de Bretaña del que era administrador hasta la mayor edad de su hijo Juan I, que prestó tambien homenaje de vasallo al rey de Francia.

§. VIII.—*Fin de la guerra de los albigenses. — Tratado de Paris. Establecimiento de la Inquisicion.*—El Languedoc se aprovechó de estas turbulencias para salir de su estupor. Humberto de

(1) Pasquier lib. V, carta 2.

Beaujeu fué vencido muchas veces, pero Blanca le envió siempre tropas á pesar de los peligros que la amenazaban en el norte. Redoblaron su severidad los concilios y la inquisicion, y los franceses devastaron de tal modo las campiñas, que los tolosanos se vieron obligados á rendirse por hambre. Los desgraciados habitantes del Languedoc perdieron todo su aliento y se decidieron á someterse sin ninguna condicion. Firmóse el tratado en Paris (1229); Raimundo VII se entregó desarmado en manos de sus enemigos y accedió á todo lo que quisieron. Dejaronle la mitad de la diócesis de Tolosa, el Agenois y el Rouergue vitaliciamente y con condicion de que formarían el dote de su hija única; Blanca se encargó de la custodia de esta heredera y la destinó para su tercer hijo Alfonso, porque á pesar del ardor de su fe católica no le repugnaba unirse á una familia, mas que hereje, desgraciada. Las diócesis de Narbona, Maguelona, Nimes, Uzès, Viviers, Gevaudan, Albigeois y la mitad de la Tolosana fueron reunidas inmediatamente á la corona de Francia, y formaron con las diócesis de Carcasona, Beziers y Agde quitadas á Raimundo Trancavelo, las dos senescalías de Belcaire y Carcasona. El papa recibió el marquesado de Provenza y se lo dió al rey de Francia para que lo custodiase. Algun tiempo despues la Santa Sede dió su usufructo á Raimundo en recompensa de su sumision; porque una vez conseguido lo que se deseaba, y sujeto y tranquilo el país, se le trató con blandura y gozó de alguna independenciam. Prometió además Raimundo pagar veinte mil marcos de plata en beneficio de las iglesias y para volver á levantar las fortificaciones de las ciudades que entregaba, y en cuanto á las que retenia, ó tuvieron guarnicion francesa, ó fueron sus murallas destruidas. Despició sus tropas asalariadas, y juró tomar las armas contra sus súbditos y aliados si se negaban á dar cumplimiento al tratado. Fundó tambien cátedra de teología y de derecho canónico en Tolosa, y este fué el origen de la universidad de esta ciudad. Con tales condiciones recibió su absolucion por medio del legado que le dió públicamente de disciplinas en la puerta de Nuestra Señora de Paris. El conde de Foix obtuvo la paz y la restitucion de sus estados con análogas condiciones; y Raimundo Trancavelo, enteramente expropiado, se retiró á la corte de Aragon.

De este modo fueron destruidos , en beneficio del trono y del reino de Francia , los mas poderosos señoríos del mediodía y el núcleo de la nacion provenzal. El Languedoc no pudo ya rehacerse de su derrota ; sorda y lentamente fueron atacadas sus libertades , se entorpeció su civilizacion , declinó su lengua hasta perderse en informes jergas , dejeneraron su comercio y su industria ; y aunque empezaban á prevalecer en el país las leyes y usos del norte , tardó tres siglos á recibir el nombre de Francia. El espíritu de independencia del mediodía se conservó y manifestó en todas las épocas , algunas veces por rebeliones , muchas por quejas , y siempre por su repugnancia á admitir las ideas del norte.

Se organizó definitivamente la inquisicion en el concilio de Tolosa con el objeto de consolidar la conquista. Era una policia presente en todas partes al mismo tiempo que un tribunal constantemente amenazador para los vencidos. Al principio fué poco cruel , porque era profundo el terror y habian desaparecido los sectarios ; pero despues castigó con rigor las tentativas de rebellion contra la Francia ó de oposicion á la Iglesia. Este deplorable resultado de la cruzada albigense , á pesar de haberse llevado á cabo por insinuacion y deseo de los poderes temporales que se sirvieron de ella como un medio de gobierno y un instrumento de represion contra sus súbditos , fué una de las causas de la ruina de la monarquía pontificia ; porque todo poder que se ve obligado á usar de suplicios para sostenerse , está muy cerca de su caida. El pontificado acababa de salir victorioso de su lucha contra la reforma , pero manchado de sangre y debilitado. Aunque se presentó en aquella guerra cual custodio de la constitucion general de la Europa y defensor de la fe cristiana , el interés religioso estaba tan íntimamente confundido con el político , que no pudo desprenderse del todo de este último aspecto. La coaccion de los disidentes por medio de los suplicios , aunque legítima tal vez bajo el aspecto temporal , fué su perdida ; y puso tan tirante el resorte de su poder político , que acabó por hacerse pedazos entre sus manos en siglos posteriores.

SECCION III.

Decadencia de la monarquía universal de la Iglesia. (1229—1328.)

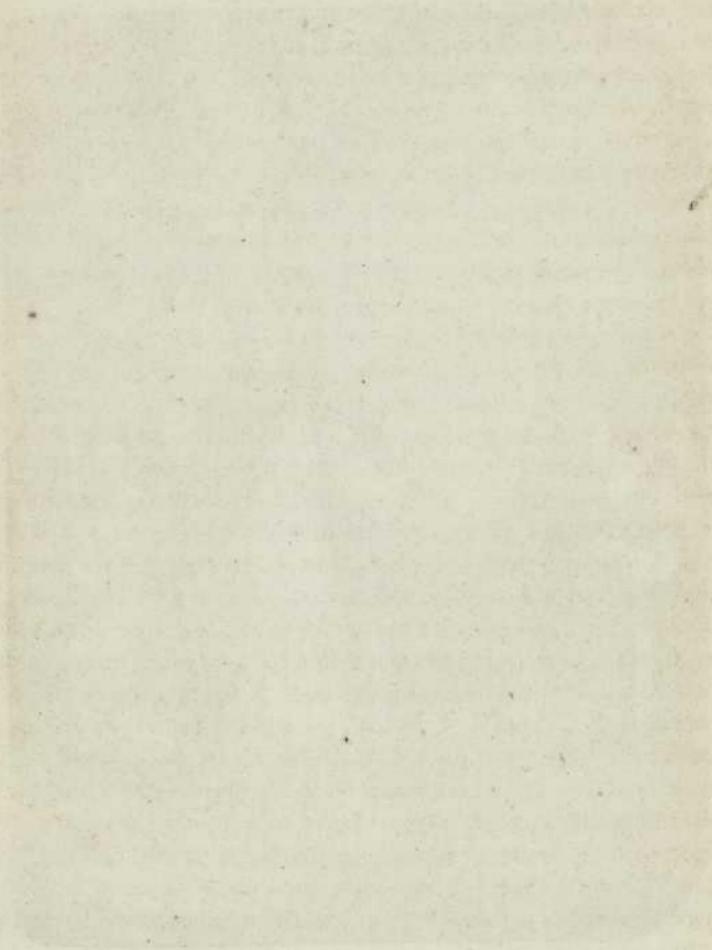
CAPÍTULO I.

Federico II y Luis IX. (1229.—1243.)

§. I.—*Guerras del imperio y del pontificado.—Cruzada de Federico II.—Juan de Brienne, emperador de Constantinopla.*—Federico II, rey de Nápoles y Sicilia, y emperador elegido por el favor de los gibelinos y la protección de Inocencio III, era un hombre de ciencia y de talento, guerrero, legislador y poeta; protegía las bellas artes, escogía entre los sábios sus amigos, y fué el primero que dió estabilidad á la lengua italiana. Su reinado es el siglo heroico de Alemania, la época de los torneos y de la poesía. «Era un noble rey, dice un contemporáneo, pero tambien muy disoluto y entregado á toda clase de libertinaje hasta llegar á no tener ningun cuidado de la vida eterna (1).» Insultaba con sus costumbres sarracenas todas las creencias de su siglo, «y manifestaba extremada inclinacion al islamismo, pues habia sido educado en Sicilia donde a may or parte de los habitantes son musulmanes (2).» Era enemigo de la Santa Sede como heredero de los Hohenstauffen, rey de Nápoles y emperador, tenia las mismas pretensiones que sus antepasados, «y el designio de establecer en Italia el trono de los nuevos césares. Este fué el nudo secreto de todas las contiendas que tuvo con los papas (3).» Debiendo ocultar muy cuidadosamente sus proyectos si queria llegar á este fin, por haber sido elevado al imperio por Inocencio y coronado por Honorio, manifestaba una extrema sumision á los pontífices y un encarnizamiento criminal contra sus enemigos. Bajo este designio cedió á la Iglesia los dominios de la célebre Matilde, por los que ha-

(1) Villani.—(2) Djemal'Eddin, continuacion de la Historia de Tabary en la bibliografía de las cruzadas de M. Michaud, t. II p. 350.—(3) Voltaire, Ensayo sobre las costumbres cap. 42.





bían estado en pugna durante un siglo los papas y los emperadores.

Diez años hacia que había tomado la cruz (1213); pero como se cuidaba muy poco de cumplir su voto no asistió á la quinta cruzada. Habiéndose casado con la hija de Juan de Brienne que había venido á Occidente á buscar defensores, tomó el título de rey de Jerusalem, hizo grandes preparativos para una cruzada, y se comprometió á ir á Palestina bajo pena de excomunion. No obstante dilató de nuevo su viaje, se ocupó en sojuzgar las repúblicas lombardas, y respondió á las representaciones del papa diciéndole que «la Italia, que era su herencia, estaba llena de herejes, y que dejarlos impunes para ir atacar á los sarracenos seria dejar el hierro en la herida (1).»

Gregorio IX, sobrino de Inocencio III, sucedió á Honorio (1227). «Era un anciano de una reputacion sin mancha, segun decia el mismo Federico, de una moralidad incontestable, que brillaba por su ciencia, su piedad, su elocuencia y sus virtudes entre sus contemporáneos como una estrella en el cielo.» Imbuido en las ideas de Gregorio VII y resuelto á avasallar al mundo á la unidad católica, sospechaba los proyectos ambiciosos de Federico, y veía con horror su vida licenciosa y su corte llena de musulmanes, judfos y cortesanas. El era quien le había dado la cruz, y le obligó á partir á la Tierra Santa. Federico se embarcó en Brindis, pero habiéndose declarado en su ejército una enfermedad epidémica, se hizo desembarcar á los tres dias, y aplazó la expedicion. Cuando llegó esta nueva á oídos de Gregorio, se afirmó en el convencimiento de que el emperador se burlaba de su juramento y de los cristianos, y puso en entredicho sus dominios. Federico se enojó contra el pontífice, descubrió la política de la corte de Roma, y la acusó de hacer traicion á la causa europea por su ambicion y su sed insaciable de riquezas. «Que se unan, decia, las potencias temporales contra la tiranía romana, y no se llevará á cabo el entredicho en mis Estados.»

Volvió á comenzar la guerra entre el poder espiritual y el temporal, entre los güelfos y gibelinos.

Los dos enemigos se persiguieron con encarnizamiento por

(1) Mateo París, p. 366.

medio de sus escritos y sus armas. Federico hizo sublevar contra el papa las colonias de sarracenos que habia establecido en su reino, y Gregorio, arrojado del Estado pontificio, fulminó dos veces el anatema contra el emperador. Queriendo este sincerarse en la opinion pública de la acusacion de perjurio y burlar la sentencia del papa, resolvió hacer un simulacro de cruzada. Entró en negociaciones con el sultan del Cairo, y partió á Palestina con una simple escolta de seiscientos hombres. Los cristianos de Oriente, sabedores de su llegada, recibieron con horror al emperador excomulgado, que se alababa de su fama de impiedad, y la acrecentaba con su cónnivencia con el sultan. Le regaló Malek-el-Kamel un harem que excitó la indignacion general, y hasta los mismos sarracenos le acusaron « de ser en extremo adicto á la ley de Mahoma (1). » Los cristianos no quisieron obedecerle, y se vió obligado á dar sus mandatos « en nombre de Dios y de la república cristiana. » El sultan se halló tambien expuesto al fanatismo de sus soldados, que estaban llenos de enojo por su amistad con el infiel. Los dos soberanos comenzaron á negociar secretamente, y determinaron una tregua de diez años, por la cual la Ciudad Santa, Nazaret y Belen serian entregadas á Federico, pero conservando los musulmanes el cuartel del templo y una mezquita en Jerusalem (1228). Cristianos y sarracenos se opusieron con notable ardor á esta paz sacrilega. La rendicion de Jerusalem era una satisfaccion ilusoria y casi una burla, porque no pudiendo ser defendida ni fortificada la ciudad por Federico, debia volver á caer forzosamente en poder de los musulmanes á las primeras hostilidades. « Mi objeto, decia el emperador á los sarracenos, no es libertar la ciudad, sino asegurar mi reputacion en el Occidente (2). » Y satisfecho y gozoso por haber mostrado á la Europa, que un príncipe excomulgado hacia mas por la causa cristiana que habian hecho todos los ejércitos latinos durante cuarenta años, se dirigió á Jerusalem, donde entró triunfalmente en medio de la consternacion de los cristianos. Huyeron los sacerdotes antes que llegara á la iglesia del Santo Sepulcro; y Federico, de noche, furtivamente y en medio de sus soldados se vió obligado á tomar por sí mismo de

(1) Continuacion de Guillermo de Tiro.—(2) Makrisi, Historia de los Ayubitas, en la bibliografía de las cruzadas, t. II, p. 714.

un altar la corona. El odio que le manifestaron le arrastró á cometer violencias contra los cristianos de Siria; y por último salió del país cargado de maldiciones y burlándose él mismo de su cruzada.

Entretanto atacó su reino de la Pulla con un ejército enviado por la Santa Sede Juan de Brienne, que, sostenido por las repúblicas de Italia, pretendia el imperio. Llegó Federico y venció á Brienne (1229). El papa le excomulgó de nuevo con todos sus dependientes, hasta aquellos que le manifestasen la menor obediencia y respeto. El emperador se intimidó con una guerra tan interminable. Hizo negociaciones: se humilló y obtuvo por fin su perdon con la paz (1230).

Juan de Brienne era uno de esos caballeros de aventura que nos pintan los poemas de la edad media conquistando hermosas damas y poderosos reinos á mandobles y estocadas. De simple y pobre gentil-hombre llegó á obtener por su valor la mano de la nieta de Foulques de Anjou, heredera del reino de Jerusalem. Habiéndole quitado su título su yerno Federico, se hizo campeón del papa y fué vencido. Tenia entonces ochenta años; pero era tanta su nombradía, que despues de la muerte de Roberto de Courtenay, cuarto emperador latino, fué elegido para ocupar el trono de Constantinopla (1230). Siete años ciñó esta corona que bamboleaba con los ataques de los griegos, musulmanes y búlgaros.

Siguiéronle á Constantinopla muchos caballeros franceses. El amor á la guerra y el afan del botin y de las aventuras los arrastraba á todas partes, mientras la Francia gozaba una paz profunda bajo la administracion de Blanca. Ayudaron en sus conquistas de Valencia y Mallorca los guerreros del mediodía á Jaime I rey de Aragon, y entre ellos se hallaban especialmente los proscritos del Languedóc (1228 á 1236). Las contiendas de Enrique III con sus barones aglomeraron en Inglaterra una multitud de aventureros de Aquitania, que tomaron parte contra los señores en defensa del rey (1233). En fin habiendo heredado el reino de Navarra Teobaldo de Champaña, vendió á la corona de Francia los condados de Chartres, Blois y Sancerre, levantó un ejército de caballeros del norte, y conquistó su herencia (1233).

§. II.—*Decadencia y corrupcion del clero.—Fundacion de las órdenes mendicantes.—Persecucion de los herejes, y predicacion de una cruzada.*—La confederacion cristiana sentia que se deshacian paulatinamente sus lazos, mas por las opiniones independientes que se manifestaban en todas partes, que por las pretensiones de Federico II. La herejía habia abierto en la monarquía pontificia una herida muy profunda, y á pesar de las hogueras siempre encendidas contra los disidentes, veíanse sin cesar surgir por donde quiera partidarios de la reforma. Empezaba á discutirse todo; el poder del papa, los derechos de los soberanos y la libertad de los individuos. La metafísica de Aristóteles alcanzaba tanta autoridad como la del Evangelio: la dialéctica se movaba de las mas graves cuestiones; y la razon elevaba las opiniones mas atrevidas. Hasta el clero parecia fuera del yugo de la fé: no pensaba mas que en aglomerar riquezas, y hacia causa comun con los nobles para oprimir á los pobres. La vida de los sacerdotes era desordenada y sensual, las iglesias estaban convertidas en lugares de excesos, negocios y placeres; y deshonraron al santuario las fiestas de los *locos y de los asnos*.

Gregorio IX intentó hacer retroceder el clero á su antiguo origen plebeyo, instituyendo las órdenes mendicantes de san Francisco y santo Domingo. Estos nuevos religiosos debian llevar una vida práctica y no contemplativa para reemplazar al clero secular en todas sus funciones: su mision era colocarse en la mas baja condicion social para recordar la pobreza y humildad evangélica, no tener mas superioridad que la que da la ciencia y el zelo, estar ambulantes y sin patria, no vivir mas que de limosna, no poseer nada en propiedad; y en fin no tener mas que un jefe, el papa, y serle enteramente adictos, haciéndole de misioneros, mensajeros y colectores. Los frailes mendicantes, enemigos de los clerics nacionales, libres de la jurisdiccion episcopal y encargados de la educacion popular, formaron luego una milicia formidable, salida enteramente del pueblo, mezclada siempre con él, que hablaba su mismo lenguaje, llevaba sus groseros vestidos y comia su pan negro. Como teólogos sábios y oradores populares, poseidos de mística exaltacion, de humildad y espíritu de penitencia, regeneraron

la Iglesia en el ánimo de los pueblos, ó lograron acallar sus justas quejas contra las riquezas, el orgullo y los excesos del clero.

El papa intentó reanimar la fe por medio de estos nuevos auxiliares, y estrechar el lazo social con la persecucion de los disidentes y la guerra de Oriente. Lanzó contra los herejes los decretos mas severos y confió la inquisicion á los dominicos (1223). Adoptaron entonces los tribunales eclesiásticos formas violentas; los bienes de los condenados fueron repartidos entre denunciadores y jueces; y fué permitido á cualquiera prender á una persona sospechosa de herejía. Todos los soberanos obedecieron estos decretos, y el mismo Federico se valió de la inquisicion para aniquilar, con el pretexto de la herejía, á los súbditos que se resistian á su despotismo. Luis IX, que empezaba á gobernar sin intervencion de su madre, quiso restringir la jurisdiccion clerical, pero Gregorio le amenazó con la excomunion, y le escribió diciéndole «que Dios le habia confiado al mismo tiempo los derechos del imperio celeste y del terrenal (1234).»

Raimundo VII fué el que, por astucia ó por conviccion, se mostró mas encarnizado contra sus súbditos: dió el premio de un marco de plata al que denunciara á un hereje: confiscó los bienes y arrasó las casas de los que daban asilo á los proscritos, y citó ante los tribunales de la inquisicion á los que estos no se atrevian á aprisionar. Tanto rigor excitó turbulencias, y los inquisidores fueron perseguidos y asesinados en muchas ciudades. Enojado el papa acusó á Raimundo de connivencia y le excomulgó (1236). El conde se lanzó entonces en brazos del partido gibelino, y sin desavenirse con la Francia, hizo la guerra mas activa en la Provenza en favor de Federico II.

Con el objeto de reunir soldados contra el emperador el papa resolvió una cruzada, y la hizo predicar por sus frailes mendicantes. Las pasiones religiosas que estaban degeneradas, se reanimaron mas por la crueldad que por la fe, y se prepararon todos á la guerra santa para exterminar á los judíos (1235). Tomaron la cruz Teobaldo de Champaña y Pedro de Dreux: siguió su ejemplo Enrique III, y prometió su asistencia Federico II. Cuatro años necesitaron los peregrinos para hacer sus prepara-

tivos. Otras colonias cristianas pedían además el auxilio de Occidente; caía á pedazos el imperio de Constantinopla, y Balduino II de Courtenay, sucesor de Juan de Brienne, recorría la Europa pidiendo dinero y soldados. El papa protegió sus esfuerzos, y Luis IX le dió un socorro de doscientas mil libras, por el cual recibió la santa corona de espinas (1238).

La guerra del imperio y del sacerdocio estaba entonces aplazada y dormida, pero se alzaron entre Gregorio y Federico nuevas disensiones. Los soldados de la cruz habían tomado las armas para intimidar al emperador, contra quien las hubieran empleado á la menor indicacion del pontífice, que para ir á la Tierra Santa; y por esta razon se esforzó Federico en retardar la cruzada contra Siria por medio de astucias y promesas, llegando al extremo de dispersar el ejército que marchaba á Constantinopla por Italia. Era de opinion de que debía animar á los cristianos un peligro é interés mayores que la conquista de Grecia y Palestina, cual era la defensa de la Europa contra los mogoles.

§. III.—*Invasión de los mogoles.—El papa excomulga á Federico II.—Luis IX rehusa la corona imperial en favor de Roberto de Artois.*—Después de la destruccion del imperio romano habia cesado el Asia central de arrojar sobre el Occidente sus hordas de tártaros, pero salió de su reposo al principiarse el siglo XII. Conducíalas entonces el Atila de la edad media, el terrible Genghis nacido en 1163 en las orillas del Opón. Las guerras feudales de Europa y hasta la gran tempestad de las cruzadas no son mas que juegos de niños comparadas con las invasiones gigantescas de Genghis, en las que murieron millones de hombres por el hierro ó por el hambre. Conquistó la Tartaria y la China, taló la India, la Pérsia, y destruyó el grande imperio de los khorasmianos (1), trastornando el Asia desde el mar Oriental hasta el Caspio. Genghis murió en 1227, pero sus hijos continuaron sus conquistas. Avanzó hácia el Asia occidental un grande ejército mongol. Llenos de terror los musulmanes de Siria y Egipto imploraron el auxilio de las naciones latinas, pero los mogoles no pasaron el Eufrates y continuaron por el norte su camino hácia

(1) Este imperio comprendía el Turkestan, la Trasoxiana, el Korasmo, el Khorazan, et c.

el Occidente. Sometieron el Kaptshak (país situado entre el Jaik, el Wolga y el Don), conquistaron la Rusia, devastaron la Polonia, la Silesia y la Moravia, y redujeron á cenizas á Moscow, Kiow y Varsovia (1239). Destruyeron la mitad de la población de la Hungría con todas sus ciudades, y parecía que los bárbaros no sólo querían hacer desaparecer la civilización, sino la raza humana.

Esparsióse el terror por todo el Occidente, pero nadie se movió (1238). Calló Gregorio IX, y la voz de Federico fué impotente para sublevar la Europa, pues los dos enemigos se ocupaban más de sus proyectos de monarquía universal que de la invasión de los tártaros. El emperador aunque italiano de nacimiento, de costumbres y lenguaje, quería apoyarse en la Alemania para lograr sus designios, daba franquicias á sus ciudades, aumentaba el número de sus caballeros asalariados, se esforzaba en unir á la sociedad germánica por medio de la comunidad de acción y de sentimientos; pero no hallaba un centro en Alemania, y era solo Roma lo que codiciaba. Peleó sin descanso contra las repúblicas lombardas, hizo elegir rey de los romanos á su hijo Conrado, y dió á su hijo natural Hencio el reino de Cerdeña, como antigua dependencia del imperio. « Todo el mundo sabe, decía, que he jurado recobrar todo lo que ha sido desmembrado del imperio, y lo haré con todo empeño (1). » Gregorio IX, cuya edad casi secular apagaba su ardimiento, se decidió no obstante á hacer la guerra al ver esta última usurpación; reanimaron el fervor religioso las predicaciones y las persecuciones, dos ejércitos de cruzados estaban dispuestos á correr en su defensa, y la Francia era gobernada por un rey muy piadoso. Creyó llegado el papa el momento de abatir á su enemigo. Le acusó de haber dicho que tres impostores habían engañado al mundo, Moisés, Jesús y Mahoma, de haberse hecho proclamar por sus legistas « la ley viviente sobre la tierra (2), » de violar los derechos de san Pedro por sus usurpaciones en Italia, etc.; y lanzó contra él la excomunión, le declaró excluido de su dignidad, puso en entredicho á cualquier país que le diera asilo, y escribió al rey de Francia diciéndole que había escogido para el trono imperial á Roberto conde de Artois (1239).

(1) Mateo Paris, p. 410.—(2) *Imperator est animata lex in terris.*

Un legado llevó aquella decisión á Luis IX y á toda la nobleza de Francia, pero con gran sorpresa del papa le respondieron los franceses: «¿Cómo ha tenido tanta audacia el pontífice de llegar á desposeer á tan gran príncipe, que no tiene igual entre cristianos, sin haberle convencido de sus acusaciones? Si ha merecido ser depuesto, debía serlo por medio de un concilio general. Para nosotros es aun inocente y amigo, y no hallamos en él ninguna maldad. Sabemos que ha servido fielmente á Jesucristo, exponiéndose por él á los peligros del mar y de la guerra, y reputamos poco justo al papa, que en vez de secundarle, ha intentado despojarle durante su ausencia. No queremos exponernos á inminentes peligros acometiendo á Federico en su poder, pues le ayudarán muchos reinos, y tendrá además en su favor la justicia de su causa. Si el papa con nuestra ayuda llega á vencerlo, todos los príncipes del mundo caerán tambien vencidos á sus piés (1).»

Después de oír este lenguaje atrevido de los primogénitos de la Iglesia, era fácil reconocer que se habia efectuado en los ánimos una revolucion, y que se habian trasformado en oposicion formal y declarada las largas protestas de los reyes y de los nobles contra la monarquía pontificia. Luis IX y sus barones enviaron embajadores á Federico para manifestarle su ortodoxia y estrechar con él su alianza. Comenzó otra vez entre el papa y el emperador la guerra que incendió toda la Italia.

§. IV.—*Cruzada de Grecia y de Siria.—Guerra del papa y del emperador.—Firmeza de Luis IX.*—Partieron las dos cruzadas (1239). Balduino II atravesó la Alemania y Hungría con un ejército compuesto enteramente de franceses, y llegó sin obstáculo á Constantinopla; pero el imperio se hallaba en una situación tan desastrosa, que este socorro solo sirvió para retardar su caída definitiva. El papa puso estorbos á los cruzados de la Siria para favorecer con su tardanza la empresa de Balduino, y Federico les prohibió el paso por el imperio. Indignados los peregrinos contra estos dos rivales se embarcaron en Marsella, y desanimados de antemano llegaron á la Tierra Santa (1240). Mas que las armas de los musulmanes la anarquía destruía los ves-

(1) Mateo París, p. 461.

[tiguos de las colonias cristianas. No había allí gobierno ni rey; cada cual trataba aisladamente con los sarracenos, y todos se negaban á obedecer Federico. La llegada de los cruzados no hizo mas que aumentar el desórden; y despues de algunos esfuerzos infructuosos, volvieron estos á partir en el momento en que llegó Ricardo, hermano de Enrique III, con los peregrinos ingleses (1241). Este limitó su afán á obtener del sultan de Egipto la libertad de los prisioneros y una tregua de doce años. La mitad de la Judea quedó en poder de los cristianos, pero despolblada y miserable; y debia volver á caer en poder de los sarracenos desde las primeras hostilidades.

Los mogoles habian llegado hasta las orillas del mar Adriático; pero desparramados y sin fuerza al llegar á tanta distancia de su punto de partida fueron fácilmente rechazados. Conrado, hijo del emperador, los venció en las orillas del Danubio (1241), y los hizo retroceder hasta Rusia donde subsistió su dominacion hasta el siglo XVI.

La Europa meridional se inquietó poco de la invasion de aquellos bárbaros; estaba ocupada en la guerra del papa y el emperador. Gregorio hizo predicar una cruzada contra su enemigo, y Federico condenó á muerte á todos los que tomasen la cruz. Este se esforzó en hacer considerar esta guerra como movida por la ambicion personal del pontífice. Gregorio pretendió hacer de ella una cuestion que interesase á todo el mundo cristiano, y con este objeto convocó un concilio en Roma para hacer condenar al emperador por toda la Iglesia. El clero se apresuró á obedecer al papa, pero Federico cerró todos los caminos de Italia. Los obispos de Francia se embarcaron en Génova en las naves de esta república que era adicta al partido güelfo, pero fueron atacados por la armada imperial y cayeron prisioneros (1241). Aquel suceso excitó gran sensacion en Francia, y Luis IX escribió á Federico una carta-bula que respiraba el candor, la rectitud de espíritu y la nobleza de sentimientos del santo rey. Despues de recordarle la union casi siempre constante de los emperadores y los reyes de Francia, y de quejarse con una moderacion llena de firmeza del cautiverio de los prelados, le dijo: «Es preciso que vuestra grandeza les haga dar la libertad, pues solo nos satisfará de este modo. Consideramos su detencion como una in-

juría, y la majestad real perdería toda su consideración si calláramos en caso semejante. Recordad que rechazamos á los legados de la Iglesia que querían pedirnos auxilio en perjuicio vuestro, y que no pudieron obtenerlo en nuestro reino contra vuestra majestad. Pese pues vuestra prudencia imperial nuestra demanda, y sepa que ella no se limita solo á alegar á su poder ó voluntad, pues no es tan débil el reino de Francia para someterse de antemano á sus amenazas (1).»

Esta carta obtuvo un éxito completo. Federico puso en libertad á los obispos de Francia, y la muerte de Gregorio IX hizo languidecer la guerra entre el sacerdocio y el imperio.

§. V.—*Política de Luis IX.—Liga de los señores del mediodía contra el rey.—Batalla de Saintes.—Tregua entre Luis IX y Enrique III.*—La Francia contaba entonces con un digno sostén de su honor y sus intereses, con un verdadero jefe nacional, pues ocupaba el trono el hombre mas santo que haya jamás mandado á los hombres. Rígido para sí mismo é indulgente para los demás, hacia Luis IX de la virtud la regla única de su conducta. Tenía el sentimiento mas exquisito de sus deberes, y profundamente convencido de que el trono era una carga para con sus semejantes, la sostenía con el único interés de servir á la humanidad con la voluntad mas acendrada y para complacer á Dios. Luis IX halló el genio en su conciencia.

Sus antecesores acrecentaron por ambición su poder á expensas de la república feudal, y él continuó su obra por virtud. La independencia de los grandes vasallos era el reinado de la violencia, su sumisión el reposo de los débiles y los pobres, y por eso deseaba engrandecer el trono y el reino de Francia. Formábase ya un vasallaje mas inmediato y mas sumiso: los miembros de la familia real, adquiriendo grandes señoríos, se impregnaban del espíritu hostil de los pueblos que gobernaban; pero su subordinación era mayor que la de los jefes nacionales que reemplazaban; no podían olvidar que eran parientes del rey, y tomaban en cierto modo el aspecto de tenientes suyos.

Roberto, primer hermano de san Luis, se había encargado del condado de Artois (1237), que era una de las provincias conquis-

(1) Pedro de Vignes, lib. I carta 43.

tadas en el norte y mas hostiles á la Francia; y la alianza de Roberto con la familia del duque de Brabante, agregaba al reino las provincias septentrionales.

El Poitou y la Auvernia fueron dadas al segundo hermano del rey Alfonso, cuyo casamiento con la heredera de Raimundo VII aseguró la posesion de la mitad del Languedoc y de la Provenza. Luis le acompañó hasta el Poitou, y convocó unas cortes en Saumur para que los barones le rindieran homenaje (1241); pero estos miraron con pesar la ceremonia, se retiraron para reunir sus soldados, y llamaron en su ayuda al rey de Inglaterra, que no habia desistido de sus pretensiones y derechos al Poitou. Formóse bien pronto una liga entre los reyes de Inglaterra, de Aragon, de Navarra, de los señores del Poitou, á cuya cabeza se hallaba el conde de la Marca y Raimundo VII, que intentaba por medio de las guerras del sacerdocio recobrar su poderío y que habia llamado al Languedoc á todos los proscritos. Todo el mediodía pues se sublevaba contra el poder del norte, invencible entonces en manos de un hombre amado y venerado de todos los cristianos.

Alfonso tenia su corte en Poitiers y convocó allí á sus vasallos. El conde de la Marca estaba casado con Isabel condesa de Angulema, viuda de Juan Sin Tierra y madre de Enrique III. Estimulado por ella, se presentó á Alfonso y le dijo: «Estaba decidido á prestarte homenaje, pero he mudado de opinion, y vengo á jurarte y afirmarte que jamás seré tu vasallo (1).» Dijo, se lanzó sobre su caballo y partió. Luis IX convocó entonces la caballería de Francia y mandó á las municipalidades que preparasen armas y provisiones. Hizo reunir mil carros para trasportar las tiendas, las máquinas, las municiones y las armas: cuatro mil caballeros ricamente equipados se pusieron bajo sus banderas; y los escuderos, sargentos y arqueros que formaban el resto del ejército, ascendieron á mas de veinte mil (2).»

Enrique, en guerra aun con sus barones de Inglaterra, no obtuvo de ellos ningún auxilio, y llegó al Poitou casi solo, pero con dinero para pagar á los insurgentes. Los nobles no se habian alzado aun, y el conde de la Marca se halló solo con el rey in-

(1) Mateo París, p. 514. — (2) Id. p. 518.

glés. Luis IX avanzó rápidamente hacia el Poitou y la Marca, y aunque los habitantes devastaron todo el país, se apoderó de todas las plazas. En vano quiso Enrique III defender el paso del Charente en Taillebourg; se retiró á Saintes donde se trabó un combate muy encarnizado, y los poitevinos fueron completamente derrotados.

El rey de Inglaterra se preparaba á sostener el sitio; pero intimidado con la frialdad de los habitantes, huyó á Blaye y desde allí á Burdeos. Luis entró en Saintes, y el conde de la Marca y los demás barones le prestaron sumision (1242).

Raimundo VII se puso en movimiento; solo los señores de los Pirineos acudieron en su defensa, y los reyes de España faltaron á su promesa. No obstante se sublevó todo el Languedoc; las ciudades arrojaron las guarniciones francesas, y estaba ya conquistado todo el país cedido por el tratado de Paris. Viéronse salir de sus guaridas á los herejes que habian escapado de cuarenta años de persecucion; tomaron el castillo de Aviñonet donde se hallaba el tribunal de la inquisicion, é hicieron morir en los tormentos á trece inquisidores. Raimundo se reunió en Burdeos con Enrique III, renovó su alianza, y le excitó á continuar la guerra; pero conoció por su tibieza que el mediodía iba á ser muy pronto la única víctima de los franceses. Estaban ya excomulgados él y todos sus aliados, y Luis IX hizo avanzar dos cuerpos de ejército. Pidió este entonces al clero los subsidios para una cruzada albigense, el desaliento sucedió á la fiebre de venganza que habia abrazado al Languedoc, y el conde de Foix, el mas fiel amigo de Raimundo, cansado de una guerra tan perpétua, rompió su homenaje y se puso bajo la dominacion directa del rey de Francia. El conde de Tolosa se estremeció al ver la nueva cruzada, y se sometió sin condicion. Luis se compadeció de él, «por consejo de su madre, que procedia como mujer discreta, y para adquirir estas comarcas asegurando la paz del reino (1),» consintió en restablecer en todo su vigor el tratado de Paris, con la condicion de que todos los habitantes del Languedoc le jurasen obediencia (1242).

Estaban ya inquietados el Poitou, la Marca, la Saintonge y el

(1) Po; -Laurens, cap. 49.

zaba homenajes, hacia alianzas, y quería por medio de un casamiento recobrar el poderío de sus padres, con cuyo objeto había repudiado dos mujeres y puesto sus ojos en la hija de Berenguer. Pero semejante union acarrearba graves consecuencias á la Francia. Si Raimundo tenia hijos, quedaban deshechos los efectos del tratado de Paris; la nacion provenzal se constituia mas poderosa que nunca bajo el gobierno de un solo jefe enemigo de la Francia, en torno del cual se agruparian todos los señores del mediodía, y se veia por fin de este modo comprometida la monarquía de Felipe Augusto y San Luis.

Raimundo Berenguer murió (1245) antes de llevar á cabo su proyecto, Beatriz fué reconocida su heredera, y se presentó entonces un nuevo pretendiente á la mano de la condesa, uno que era jóven, valiente y emprendedor. Este era Carlos de Anjou. Los estados de la Provenza temieron acarrear una guerra devastadora y sufrir una conquista si preferian en vez del príncipe francés al proscrito Raimundo, y se sometieron á la voluntad de Luis IX; pero el pueblo «que tenia un ódio invencible á los franceses (1), contempló la próxima dominacion de los reyes de Francia con una profunda repugnancia;» y los trovadores exclamaron con dolor: «En vez de un valiente soberano, los provenzales van á obedecer á un señor francés, que no dejará edificar torres ni castillos, ni permitirá que los provenzales empuñen lanza y escudo! Antes morir todos que sufrir tal mengua (2).» Fué preciso ceder á pesar de estas protestas, y la Francia era tan poderosa, que toda guerra de los pequeños Estados contra ella podia tacharse de locura. Entraron en Provenza algunas tropas francesas: Raimundo VII, engañado por los ministros de Beatriz y falto de soldados, retrocedió al llegar su rival; y Carlos de Anjou se casó con gran pompa con la rica heredera (1246) de Berenguer.

La Provenza era un país comercial, populoso y civilizado; enviáronse para gobernarla senescales que violaron sus libertades, la abrumaron con impuestos y trataron á los habitantes como vencidos: esto ocasionó quejas, resistencias y proyectos de rebeldía que fueron siempre ahogados por la mano de hierro de

(1) Mateo París, p. 412.—(2) M!lot, Historia de los trovadores, t. II, p. 237. (1)

los conquistadores. Quedó desde entonces asegurada la sumision del mediodía, y el reino de Francia poseyó las costas del Mediterráneo desde la boca del Var hasta el lago de Leucate.

No quedaron mas grandes vasallos extranjeros á la familia real que los condes de Flandes y de Champaña, y los duques de Borgoña, de Bretaña y de Aquitania, que aunque independientes en sus estados, eran feudatarios del rey de Francia y se reconocian inferiores suyos. El bisabuelo de Luis IX solo poseia cinco ó seis de los actuales departamentos, y este reinaba por sí ó por medio de sus hermanos en cuarenta y cinco de estas modernas divisiones. Existen pocos ejemplos en la historia de un engrandecimiento adquirido con tanta rapidez y por tan débiles medios; é indudablemente fué debido á la fuerza de los acontecimientos que arrastraba invenciblemente á todas las partes de la antigua Galia á formar una sola nacion bajo un gobierno único, al mismo tiempo que á la sabiduría de cinco grandes personajes que dirigieron los destinos del reino de Francia. Fueron estos, Luis VI, Suger, Felipe Augusto, Blanca de Castilla y San Luis (1).

CAPÍTULO II.

Cruzada de San Luis en Egipto. (1243—1254).

§. I.—*Eleccion de Inocencio IV.—Politica de la Santa Sede.*—
Veinte y dos meses habian pasado ya desde la muerte de Grego-

(1) No se limitaba el engrandecimiento de los Capetos al territorio de Francia, y su poder exterior durante la última mitad del siglo XIII solo puede compararse con el de Luis XIV en 1700, ó el de Napoleón en 1810. Efectivamente « la Francia no era la primera nacion de la Europa cuando reinaban sus hijos en Siria, Chipre, Armenia, Constantinopla, Atenas, Nápoles, Navarra y Hungría; cuando San Luis intentaba conquistar el Egipto, y su hijo, no contentándose con la Provenza y la Sicilia queria fundar en Africa una colonia cristiana; y en fin cuando para ir desde Paris á Jerusalem, siempre, por decirlo así, se viajaba por posesiones francesas? ¿Y habia un punto político en el Mediterráneo donde los franceses no hubiesen tomado ó intentado tomar posicion, poseyendo casi al mismo tiempo Marsella, Nápoli, Mesina, Malta, Corfú, Duraz, Nápoles, Constantinopla, Ródas, Chipre y Tolemsida, y codiciando además á Túnez y Alejandría? ¿Ese mar que da al que lo domina el imperio de la Europa, no era entonces, como tantas veces lo hemos deseado, un lago francés? » (Relaciones de Francia con Oriente por T. Lavallée).

rio IX: los cardenales no habían podido coordinar sus opiniones en la elección de un papa, y el poder de la Iglesia bamboleaba: faltándole un jefe, se propagaba hasta entre los obispos el espíritu de independencia; descontentos los pueblos, acusaban de ambición á los cardenales; y las colonias de Oriente pedían el apoyo de un pontífice. Salió por fin elegido (1243) Inocencio IV de la casa genovesa de Fieschi. Era un hombre que rebosaba en las mismas ideas que sus antecesores, de tanta ciencia y austeridad como ellos, pero de mas violencia y dureza. Los sucesores de Inocencio III, aunque diferentes por su nacimiento, patria y educación, parecían un mismo hombre con distintos nombres; eran la política de la Santa Sede personificada. El nuevo pontífice dirigió sus primeras miradas hácia las colonias cristianas.

Aprisionado Balduino II en su capital por los griegos, salió á recorrer la Francia y la Italia pidiendo socorros. La tempestad de los mogoles pasó por Siria cerca de los establecimientos latinos, cuya existencia ignoraban los bárbaros; pero cuando los cristianos se creían libres de todo peligro, vencidos y rechazados los korasmianos por los tártaros, se arrojaron sobre la Tierra Santa, la devastaron con furia, se apoderaron de Jerusalem, y degollaron á todos sus habitantes (1244). Hizo alianza con ellos el sultan del Cairo. Los cristianos se unieron con otros príncipes musulmanes, presentaron batalla á los korasmianos, y fueron enteramente derrotados. Ya se creían perdidas las colonias cristianas cuando los bárbaros se desavinieron con el sultan del Cairo, y fueron vencidos en dos batallas. Volvió á caer la Siria bajo la dominación egipcia y sufrió mas que nunca.

Estas nuevas consternaron á la cristiandad, y la voz pública pidió la paz entre el sacerdocio y el imperio, para que este dedicase todos sus esfuerzos en pró del Asia. Pero á pesar de haber sido siempre la posesión de la Tierra Santa la causa mas activa del poder pontificio, y que este descendía ó se aumentaba segun la prosperidad ó decadencia de aquel país, no fué objeto de los cuidados de Inocencio la salvación de las colonias cristianas, sino la lucha del sacerdocio y del imperio. Desde que el pontificado derramaba tanta sangre para asegurar la fe, había desaparecido la caridad de sus consejos, y en su lenguaje contra

los enemigos de su monarquía universal, solo se usaban las palabras de muerte y destruccion. Los pueblos no comprendian esta política implacable que queria la ejecucion íntegra de su sistema, y cerraba los ojos ante los males que ocasionaba; y cuando el nuevo papa rechazó todas las proposiciones pacíficas, y emprendió la persecucion de Federico con mas encarnizamiento que sus antecesores, pareció al mundo que su conducta no estaba solamente impelida por el interés de la cristiandad, sino por la ambicion del poder.

La autoridad temporal y la espiritual iban á trabar una lucha á muerte; no lo ocultaba Inocencio IV. «Destruiremos primero al dragon, decia hablando del emperador; y bien pronto serán despedazadas las serpientes (1).» Pero como no tenia fuerza material que oponer á la de Federico huyó de Italia y llegó á Francia, «asilo ordinario de los papas perseguidos (2).» La fe en este país no se habia entibiado aun, y el pueblo creia en la santa proteccion de los papas; pero la aristocracia los odiaba cada vez mas, y el trono empezaba á ver en ellos unos rivales, pues los embajadores de Federico le habian indispuéstó de antemano contra Inocencio. Luis IX tuvo en Citeaux una entrevista con el pontífice, y le declaró «que en cuanto el honor le permitiera le defenderia contra el emperador, pero que no podia recibirle en su reino, si no se lo permitia antes el consejo de los grandes, que no puede despreciar ningun rey de Francia.» Inocencio IV se refugió entonces en Lyon, ciudad libre é imperial, cuya municipalidad era aliada de las repúblicas lombardas, y convocó en ella un concilio general para tratar de las desgracias de Siria y Grecia, de la invasion de los mogoles y de la contienda del sacerdocio y del imperio (1245).

§. II.—*Concilio de Lyon.—Deposicion de Federico II.*—Esta solemne asamblea de la cristiandad atrajo una multitud de prelados y á los embajadores de casi todos los príncipes. Asistieron tambien el emperador Balduino II y los condes de Tolosa y de Provenza. El asunto de las primeras deliberaciones versó sobre las adversidades de las colonias cristianas. Federico, por medio de sus embajadores, propuso que se pondria al frente de los fie-

(1) Mateo París.—(2) Muratori, t. VI, p. 549.

les para arrojar á los tártaros de Europa , reconquistar la Grecia y libertar la Tierra Santa. Inocencio se enojó con violencia de los perjurios é impiedades del emperador , denunció sus persecuciones contra el clero, sus proyectos contra la Santa Sede, sus alianzas con el sultan de Egipto , y en fin las colonias de sarracenos que habia fundado en Italia para servirse de ellas contra los cristianos. Los embajadores reconviniéron al papa su ambicion , sus pretensiones de soberanía sobre todas las coronas, y el peligro en que su obstinacion ponía á la cristiandad entera. Fué increíble el escándalo. Cualquiera que fuese el vencedor de esta deplorable lucha , debía forzosamente salir perdiendo en la consideracion de los pueblos.

El concilio decretó una cruzada á Grecia y á Siria , y redactó todas las ordenanzas necesarias para exigir impuestos y soldados ; tomó muy poco interés por la invasion de los tártaros, abandonó á su propia defensa á la Hungría, y se ocupó con predileccion de la acusacion contra el emperador. Federico fué citado ante el concilio y no compareció. A pesar de la elocuencia de los embajadores imperiales y de sus protestas contra la legalidad de esta asamblea europea, que no contaba todos sus representantes , y á pesar de apelar á un concilio mas completo (1245), Inocencio fulminó la sentencia de excomunion contra Federico en medio del mas solemne aparato y del asombro general. Quitó al condenado al mismo tiempo sus tres coronas; todos sus súbditos quedaron libres del juramento de fidelidad ; fueron puestos en entredicho todos los paises que le dieran asilo , y los electores recibieron orden de nombrar otro emperador , reservándose el pontífice las coronas de Nápoles y de Jerusalem. «¡Día de cólera , de tribulacion y de dolor ! exclamaron los embajadores. Alegraos , herejes ! quedad tranquilas razas de paganos ! Haced sin miedo ni piedad vuestras invasiones , sarracenos y mogoles !—He hecho mi deber, respondió el papa ; lo demás pertenece á Dios.» Y entonó con los cardenales el cántico de accion de gracias. Terminado el canto todos los asistentes volvieron hácia el suelo la antorcha que llevaban en la mano y la apagaron, Todo volvió á sumirse en el silencio, y se disolvió el concilio.

La voz pública condenó á Inocencio, y alzáronse contra él poe-

tas y legistas. Nadie le negaba su derecho; pero al usarlo contra un príncipe solo, conocian todos que era preciso el olvido y la paz; y veian con espanto al vicario de Cristo encarnizado en la guerra. Titubeaban las convicciones de los obispos al vindicar el yerro del papa, y se defendian diciendo que habian permanecido neutrales en el concilio, y que este no habia sido general. Inocencio, viéndose solo contra todos y fortalecido con su invencible conciencia, no titubeó y se preparó á la guerra. Federico, cuando recibió la sentencia que le proscribia de las naciones y no le dejaba un rincon de tierra cristiana donde asentar el pié, lleno de rabia y desesperacion se hundió la corona imperial en la cabeza y exclamó: «Aun es mia, y si ha de caer, será á costa de sangre.»

Güelfos y gibelinos, italianos y teutones, todos corrieron á las armas: el pontífice pedia en nombre de la fe y la libertad á los pueblos que sacudiesen el yugo de un impío y tirano: el emperador sublevaba á los príncipes contra el poder *tirano* de los papas en nombre de la razon y de la independenciam de las coronas; les proponia hacer retrogradar al clero á su primitiva modestia, y anunciaba en voz alta el designio de poner bajo su dependencia á la Iglesia. Esparció por toda Europa las elocuentes cartas de su secretario Pedro de Vignes, uno de los mas brillantes ingenios de su siglo, y pintó con toda su desnudez las faltas de la corte de Roma. «No soy el único, dijo á los reyes, á quien el clero haya tratado tan indignamente, y no seré el último. ¿Cuánto no debeis temer vosotros si yo, emperador, coronado por la mano de Dios, por la eleccion de los príncipes y la aprobacion de la Iglesia, puedo ser desposeido? No tengo igual entre los soberanos, y nadie me puede hacer caer de mi trono imperial. Dios solo juzga á los reyes, y él solo puede castigarlos.»

§. III.—*Luis IX toma la cruz.—Guerra de Inocencio IV y Federico II.*—En medio de esta fermentacion general y superiormente á todos estos hombres abrasados de cólera y venganza, se nos aparece una figura siempre tranquila, pura y santa. Luis IX, firme en su fe y en su dignidad, sigue siempre un camino recto respetando las convicciones del papa, deplorando sus violencias, pensando solo en la religion cuando la política la

hacia olvidar á todos, y recordando que la comunidad cristiana habia decretado socorrer á sus hermanos de Asia, que por las discordias de Occidente sufrían y esperaban.

Ya un año antes hallándose en una enfermedad tan grave que se creyó por muerto, Luis habia hecho voto de tomar la cruz (1244). Luego que recobró la salud resolvió, á pesar de las lágrimas y ruegos de su madre, cumplir la promesa que debia á Dios. No era solamente la piedad quien allí le guiaba, no; por que su alma llena de ternura y suavidad, sentia que era una cobardía culpable abandonar á los cristianos de ultramar. Las pasiones políticas comenzaban entonces á reemplazar á las religiosas: tocaba á su término la edad heroica del feudalismo: se habia extinguido el entusiasmo de las cruzadas; y aunque existian aun vivas simpatías hácia los hermanos de Oriente, se creia la muerte segura si se les iba á auxiliar, y habia concluido ya el siglo de la devocion. La resolucion del rey de Francia excitó pues una profunda admiracion: su sacrificio por la causa cristiana en un tiempo en que la habian abandonado primero los reyes, despues los nobles y en seguida el clero y el pueblo, le hizo cien veces mas querido y venerable. Los predicadores de la cruzada habian logrado muy poco éxito, pero lo alcanzó todo el ejemplo del rey.

En un parlamento convocado en Paris, su piedad hizo renacer el honor, ya que nó el zelo religioso; y tomaron la cruz sus tres hermanos, los duques de Borgoña, de Brabante y de Bretaña, los condes de la Marca, de Dreux, de Bar y de Soissons y una multitud de obispos y caballeros (1245). Luis empezó desde entonces sus preparativos que duraron tres años, y quiso poner la paz en todas partes para alcanzar mas prosélitos en su empresa. Flandes estaba despedazada por la guerra civil desde la muerte de Margarita hija del primer emperador latino de Constantinopla, y los condes de Avesne y de Dampierre hijos de dos matrimonios se disputaban su posesion. Luis dió el Hainaut á los de Avesne y la Flandes á los Dampierre pacificando de este modo el país; propuso un tratado á Enrique III con condiciones muy moderadas, y renovó la tregua durante el tiempo de la cruzada, al ver que lo rehusaba. Estimuló á Raimundo Trancavelo y á los proscritos del Languedoc á reconciliarse con la Iglesia

tomando la cruz, para sacar fuera del reino á los que en su ausencia pudiesen turbarlo. Trancavelo le vendió sus derechos por 600 libras de renta; y esto es lo único que le quedó al heredero de los vizcondes de Beziers, de Carcasona, de Agde, de Rasez, de Albi y de Nimes, de todos los bienes que habian poseído sus antepasados (1).» Su posteridad se perdió de tal modo que no se halla ningun vestigio de ella.

La sentencia del papa habia producido su efecto: güelfos y gibelinos se hicieron una guerra encarnizada. Los primeros empezaban á vencer, y ya habian elegido por emperador á Enrique de Thuringe (1216). Federico se intimidó, se humilló y suplicó la mediacion de san Luis: ofreció ir á Siria y no volver mas, y pidió solo su absolucion y la dignidad imperial para su hijo. Luis tuvo largas conferencias con Inocencio, suplicándole que accediese á las proposiciones de Federico y extendiese hasta él su inmensa misericordia. «No se trata de mí, le respondió con firmeza el pontífice, sino de la causa de toda la cristiandad (2).» Entonces el santo rey le dijo: «Mi corona queda con vuestra decision en peligro, y vuestra será la culpa si se retarda la cruzada, porque antes que todo, debo conservar mi reino como las niñas de mis ojos, pues de su conservacion depende la vuestra y la de la cristiandad.—Yo defenderé á la Francia, respondió el papa, mientras viva, del cismático Federico, de mi vasallo Enrique y de todos sus enemigos (3).» En vano le demostró el rey que la excomunion de Federico, además de privar á la cruzada de un poderoso brazo, obligaba á los franceses á cambiar su plan de guerra invernando en Chipre y nó en Sicilia, y desembarcando en Egipto y nó en Siria, pues Federico era rey de Sicilia y de Jerusalem. El papa estuvo inflexible. Se habia resuelto irrevocablemente en los consejos de Roma acabar con la casa de Hohens-taufen, y la iglesia no tenia otro pensamiento, otro interés ni otro fin. Era forzoso que hiciera triunfar sus principios de unidad y de autoridad, ó ser víctima del imperio. Luis se escandalizó de tan tenaz obstinacion, y se retiró resuelto á llevar á cabo su empresa solo con la ayuda de Dios.

Continuó la guerra en Italia con nuevo encarnizamiento (1247).

(1) Historia del Languedoc, t. III.—(2) Mateo París, p. 640.—(3) Id. p. 640.

El pontífice llegó á tal extremo de violencia, que comprometió al sultan del Cairo á romper su alianza con Federico. Este, mas culpable aun, no teniéndose ya por cristiano, pues nada debia á la patria cristiana que de su seno le arrojaba, dió parte á los musulmanes de los preparativos de guerra de los franceses (1). Siendo vencedor habia cometido las mayores crueldades, y vencido caia en la desesperacion y suplicaba humildemente. Tan pronto queria cruzar los Alpes y hacer prisionero á su enemigo en Lyon, como pensaba en llamar en su ayuda á los turcos ó á los tártaros (2). El papa para tener soldados libertaba de su juramento á los cruzados, prohibia á los holandeses y frisonos que tomasen la cruz, y abrumaba á los cristianos con impuestos para atender á los gastos de la guerra. Nada le acobardaba ni detenia. Muerto en la guerra Enrique de Thuringe, hizo elegir á Guillermo conde de Holanda; habiéndose perdido un convoy con 50,000 marcos, hizo fundir los vasos y campanas de las iglesias para organizar un ejército de diez mil hombres. Los hermanos de santo Domingo y san Francisco eran sus mas ardientes auxiliares, y corrian con los piés descalzos, el crucifijo en la mano, predicando contra el impío Federico y sublevando á todos los siervos artesanos y aventureros. Federico los persiguió en todas partes, y condenó á la hoguera al que obedeciera las bulas del papa.

Compadeciéronse los nobles de Francia de la desgracia del emperador; llenos de recelo y temor por el poderío del clero, se quejaron sobre todo de sus tribunales que habian invadido todas las jurisdicciones. Formaron una liga con el objeto de defender y recobrar sus derechos en contra de la Iglesia, y publicaron el siguiente atrevido manifiesto, que atestigua las ideas independientes de la nobleza.

« Considerando que la supersticion de los clérigos absorbe la jurisdiccion de los príncipes seculares de tal modo, que siendo hijos de siervos, juzgan segun ley á los hombres libres, aunque observando la de los antiguos conquistadores, y que son los que nosotros debíamos juzgar; y considerando que el reino fué conquistado por la guerra y nó por el derecho escrito, prohibimos

(1) Makisi en la bibliografía de las cruzadas, t. I. p. 749.—(2) Mateo París, p. 621.

que nadie en adelante se presente ante el juez eclesiástico, sino por herejía, matrimonio ó usura, bajo la pena de perder sus bienes y la mutilacion de un miembro..... para que recobrando nuestra antigua jurisdiccion, los clérigos enriquecidos con nuestros despojos, vuelvan al estado de la Iglesia primitiva y á su vida de contemplacion, y para que mientras nosotros nos entregamos á la vida activa, nos hagan ver los milagros que hace tanto tiempo no tiene el siglo ocasion de ver (1).» El jefe de esta liga era el duque de Bretaña: todos los nobles fueron incitados á entrar en ella, y se establecieron subsidios de hombres y dinero para hacer resistencia á las sentencias de los tribunales eclesiásticos y á la misma excomunion.

Intimidaron poco estos nuevos enemigos á Inocencio IV. «Solo nos afligimos, dijo, por el pernicioso ejemplo que recibirán las demás naciones, y porque los que han formado contra la Iglesia tan inaudita conjuracion son los que mas confianza nos merecian cuando el perseguidor de la cristiandad nos amenaza con mas desesperacion (2).» Mandó á los prelados franceses que permanecieran firmes en la defensa de los derechos eclesiásticos y persiguiesen á los rebeldes con todo el rigor de las leyes (1247): excomulgó á los barones; y esto, si no llegó á deshacer la liga, al menos la redujo á la inaccion.

§. IV.—*Parte Luis IX á la cruzada.—Desembarco de los franceses.—Toma de Damietta.*—La cruzada distrajo á la nobleza de su tentativa, y todo el reino se preparaba por medio de dones, reparaciones y penitencias. Luis redoblaba sus virtudes y su piedad; por todas partes ponía orden y justicia, protegía á los judíos, arrojaba á los vagos de su ejército, acogía á los labradores y artesanos con los que deseaba volver á poblar la Tierra Santa, y recogía instrumentos de labor y utensilios de todos los oficios. Su madre debia regentar el reino durante su ausencia. Mandó que sus barones fueran á Paris á prestarle juramento «de que guardarian fe y lealtad á sus hijos si le sucedia alguna desgracia en su viaje á ultramar (3) (1248).»

(1) Pruebas de las libertades de la Iglesia galicana, t. I, p. 229.—(2) Rainaldi Ann. a. 1247.—(3) Joinville, edicion de 1785 t. I, p. 51.—Y así me lo mandó, añade el historiador que era senescal de Champaña, pero yo que no era súbdito suyo, me negué á prestarle juramento.

La cita general era en Chipre á donde se habian conducido ya inmensas provisiones para el ejército del rey. Estaba bien escogido el sitio, pues la cruzada amenazaba al mismo tiempo á la Siria y al Egipto. Además Enrique de Lusignan, que reinaba en Chipre, acababa de ser nombrado por el papa rey de Jerusalem en lugar de Federico. Luis salió de Paris con su mujer y los condes de Artois y de Provenza: vió en Lyon al papa, á quien suplicó nuevamente en favor del emperador: se embarcó en Aguas Muertas, cuyo puerto habia sido profundizado por mandato suyo, llegó á Chipre y pasó allí el invierno para dar tiempo de reunirse á los cruzados. Entonces fué cuando se resolvió atacar el Egipto. El mas poderoso de los sultanes que se disputaban los estados de Saladino y que al mismo tiempo reinaba en Siria, era el del Cairo. Segun la opinion popular debia conquistarse la Tierra Santa en las orillas del Nilo. El proyecto era grandioso; los preparativos se habian hecho con prudencia; estaba bien organizado el ejército con suficientes provisiones y bajo las órdenes de un solo jefe; todo presagiaba el éxito mas completo.

Luis salió de Chipre por la prima vera seguido de una escuadra de mil ochocientas naves de diversas dimensiones, y llegó á la vista de Damietta á los cuatro dias de navegacion (1249). Hallábase á la sazón mortalmente enfermo Nedjin-Eddin sultan de Egipto, que habia confiado á sus emires la custodia de las costas, y estaba seguro de su excelente caballería compuesta de esclavos circasianos á quienes llamaban *mamelucos*. Una escuadra inmensa cubria la costa y las bocas del Nilo. Los franceses se precipitaron en barquichuelos con la lanza en la mano, y llegaron á la orilla bajo una lluvia de piedras y flechas. Luis fué el primero que con la espada en la mano se arrojó al agua. Todos le siguieron, rechazaron á los sarracenos y los hicieron retirar hasta Damietta. Tan profundo terror se apoderó de los infieles, que abandonaron esta populosa, rica y bien fortificada ciudad, que treinta años antes sostuviera un sitio de diez y ocho meses. Los cruzados entraron en ella el 7 de junio. Todo contribuía á favorecer su empresa; contaban ya con una plaza de depósito, provisiones abundantes, una de las bocas del Nilo y un tiempo favorable; el sultan arrastraba una existencia lánguida, los musulmanes estaban desorganizados; y los jefes de los *mamelucos*,

de los cuales acababan de ser decapitados cincuenta por la périda de Damietta, esperaban su muerte con impaciencia. La cruzada habia sido dirigida hasta entonces con destreza y felicidad, pero comenzaron bien pronto los yerros. Damietta fué saqueada; y como los cristianos temieran que estaba próxima la inundacion, esperaron cinco meses y medio los refuerzos que traía Alfonso conde de Poitiers. Durante este largo reposo se introdujeron en el campo la indisciplina y los excesos; no fué ya mas obedecido Luis, y los musulmanes se reanimaron.

§. V.—*Batalla de Mansourah.*—*Retirada de los franceses.*—*Cautiverio de San Luis.*—Por fin el ejército compuesto de sesenta mil hombres, de los cuales veinte mil eran caballeros, se puso en marcha (20 de noviembre) hácia el Cairo, empleando un mes en recorrer las dos leguas que separan á Damietta de Mansourah. Existe allí un canal largo y profundo que separa las aguas del Nilo en Aschmoup llamado Thanis. En vez de arrojar sobre él un puente, resolvieron los franceses taparlo con una calzada que volviese las aguas á la parte cortada del Nilo; pero fueron sitiados en su campamento por los sarracenos que quemaron sus máquinas con el fuego griego, y al cabo de cincuenta dias vieron que su empresa era impracticable. Escasearon los víveres, comenzaron las enfermedades, y el ejército se disminuyó en una tercera parte. Por último se llegó á descubrir un vado en el canal. El conde de Artois, los templarios y el conde de Salisbury con doscientos hombres, que eran los únicos ingleses que acudieran á la cruzada, formando un cuerpo de cuatrocientos caballeros, se pusieron á la vanguardia, pasaron el canal, y en vez de esperar el ejército, se arrojaron sobre los musulmanes que derrotaron y persiguieron hasta Mansourah. Pero luego que entraron en la poblacion los enemigos cerraron las puertas, cortaron y fortificaron las calles, y desde lo alto de las casas despedazaron á los cruzados que perecieron todos despues de combatir como desesperados durante siete horas (8 de febrero de 1250). Entretanto el ejército pasaba lentamente el canal; al saber el peligro de la vanguardia, se precipitó sin orden en la llanura; sus diversos cuerpos fueron separados unos de otros, rodeados por una multitud de enemigos; y por todas partes se trabó una infinidad de combates desordenados que duraron hasta la noche.

Por fin los franceses, despues de manifestar un valor que parece fabuloso, quedaron dueños del campamento de los sarracenos. Al felicitar al rey por su victoria, reflexionando como habia sucedido, respondió «dad gracias á Dios; y gruesas lágrimas comenzaron á deslizarse de sus ojos (1).» La alegría y la confianza animaban en tanto al ejército de los musulmanes.

Murió Nedjin-Eddin; Bibars, jefe de los mamelucos, tomó el mando de los sarracenos, mientras esperaba la llegada del nuevo sultan Touram-Schah, y acometió á los cristianos con una numerosa caballería (11 de febrero). Esta segunda batalla fué mas terrible que la primera. Todavía fueron rechazados los musulmanes; pero los franceses se hallaban debilitados y reducidos á la mitad: casi todos los caballeros estaban heridos ó enfermos, y no habia caballos. Se detuvieron para descansar en vez de volver á toda prisa á Damietta; la llanura estaba cubierta de cadáveres, y los que habian caido en el canal, elevados á la superficie del agua por la putrefaccion, formaban un dique de la extension de un tiro de piedra. No se podian dejar los mártires sin sepultura, y el rey mismo se puso á enterrarlos; pero este trabajo acrecentó el contagio, que se hizo mas terrible aun con la obstinacion de los cruzados en observar la cuaresma. Perdieron mes y medio abismados en esta clocaca, donde se agregó el hambre á las demás calamidades: todo el rio por ambos lados estaba ocupado por la escuadra musulmana que detenia los convoyes que llegaban de Damietta.

Resolvióse por fin volyer á pasar el canal; pero la retirada se efectuó con el mayor desórden (27 de marzo). Colocáronse sobre las galeras los enfermos, heridos y sacerdotes. Luis estaba atacado del contagio. Quisieron que subiera á las naves, pero se negó constantemente, diciendo: «que mas queria morir que dejar á su pueblo (2),» y se puso en la retaguardia. El ejército marchó á la desbandada á lo largo del rio, acosado por los innumerables enemigos que degollaban á todos los rezagados; y las galeras fueron tomadas y destruidas con todo lo que en ellas habia. La retaguardia hizo increíbles esfuerzos, y Luis se portó allí como héroe y como santo, hasta que debilitado por la enfermedad, se

(1) Joinville, t. I. p. 212—(2) Id. t. I. pág. 145.

vió obligado á detenerse (1). Todos le creyeron muerto. Los sarracenos le rodeaban; y Godofredo de Sargine le defendió, dice Joinville, «del mismo modo que un buen servidor ahuyenta las moscas de la taza de su señor.» Gauthier de Chantillon pereció tambien defendiendo el sitio donde yacia el rey. La retaguardia seguia peleando aun, cuando un traidor ó cobarde gritó que Luis mandaba que se rindiera. Entonces cesó la pelea, y el enemigo cargó de cadenas al rey y á sus dos hermanos (6 de abril). La derrota fué entonces completa, y los cruzados se arrojaron bajo el alfanje de los infieles para evitar, subiendo al cielo, tantas adversidades. Los sarracenos degollaron friamente durante muchos dias á la mayor parte de los prisioneros desconocidos, y no quedaron mas que el rey, sus barones y sus caballeros, casi todos heridos ó enfermos, que fueron conducidos á Mansourah. Una parte de los prisioneros que no quiso abjurar su fe, fué degollada allí, y los demás conducidos como esclavos al Cairo. Luis y sus barones se resistieron gloriosamente contra toda proposicion deshonrosa, y jamás se manifestó mas grande Luis que en el infortunio. Comenzaron las negociaciones. El sultan, que temia á sus emires y queria desembarazarse de esta guerra, pidió á los cristianos por su rescate un millon de bizantes, la rendicion de Damietta y una tregua de diez años. Luis no quiso aceptar estas condiciones hasta que las aprobara la reina, como soberana de Damietta y de los últimos dominios de los cruzados. «¿Cómo es posible, exclamó el mahometano, que un hombre se someta de este modo á una mujer?—Es mi dama y mi compañera, respondió el rey cristiano.»

Se firmó por fin el tratado. Los sarracenos embarcaron á sus prisioneros y los bajaron hasta Fariskur. Entonces los mamelucos, irritados hacia mucho tiempo contra el sultan, se sublevaron, y cayó bajo sus alfanjes el último descendiente de los Ayoubitas (1.º de mayo de 1250). Este fué el origen de la dominacion de los mamelucos que duró cinco siglos y medio, hasta el momento en que los mismos franceses volvieron á aparecer en Egipto con ideas de colonizacion política, que lograron igual éxito que las de colonizacion cristiana del siglo XIII. El hom-

(3) Los autores árabes dicen que esto acaeció en *Minich-abou-Abdallah*. Se ignora si es este lugar, pero se cree que fué cerca de *Baramoun*.

bre mas virtuoso y el mas grande de la historia, Luis IX y Napoleón, han visto frustrado su intento al querer regenerar el país de donde salió la civilización de Occidente.

S. VI.—*Evacuacion del Egipto por los franceses.—Permanencia de Luis IX en Siria.*—Después de la muerte de Touran-Schah, los prisioneros creyeron que habia llegado su hora postrera. Los mamelucos los abrumaron de injurias y amenazas. «Hazte caballero, le dijo su jefe á San Luis, ó eres muerto.—Hazte cristiano, respondió el héroe, y te haré caballero.» Pero tambien le trataron con respeto, y si hemos de dar crédito á Joinville, hasta tuvieron intencion de proponerle el trono de Egipto. El tratado firmado por el sultan se cumplió por fin; y aunque los mamelucos quisieron que el rey lo jurase en términos que le parecían injuriosos á la religion, se resistió con valor y constancia, y los musulmanes se vieron obligados á contentarse con la palabra de «este príncipe franco el mas altivo, decian ellos, que se viera jamás en Oriente.» Damietta fué entregada á los sarracenos que mataron á los enfermos, saquearon los bagajes y tuvieron de pronto el antojo de degollar á todos los prisioneros. Un emir dijo en voz alta que los muertos no pagarian rescate, y se llevó á cabo el tratado (8 de mayo de 1250).

Luis se embarcó con los restos de su ejército en naves genovesas: una parte de él hizo velas para Europa, y la otra, en la que iba el rey, llegó á Tolemaida en el estado mas lamentable. Quedaron doce mil cristianos prisioneros en Egipto.

Luis no quiso abandonar el Oriente antes de rescatar los cautivos y asegurar la existencia de las colonias cristianas. Las únicas ciudades que les quedaban en Siria á los latinos eran Tiro y Tolemaida: Jerusalem estaba despoblada: las campiñas parecían enteramente desiertas; y dejar á los cristianos en este estado de desolacion, era declarar que se renunciaba á la posesion de la Tierra Santa, y entregar á sus habitantes á la espada de los musulmanes. El Occidente se llenó de terror cuando supo los desastres de los franceses, «blasfemó del Señor, acusándole de injusticia,» pero no dió un paso para vengarlos. El papa «preguntó á Dios con gemidos, por qué pagaba las virtudes del mas santo de los reyes con tantas desgracias;» pero no suspendió su guerra contra los Hohenstauffen. Murió Federico II enve-

nenado cuando iba á socorrer á San Luis (1250), y volvió Inocencio IV á Roma á reanimar con su presencia á los güelfos. Excomulgó á Conrado IV hijo de Federico, y predicó una cruzada contra él en detrimento de la de Oriente (1251). Blanca dió prisa á su hijo para que volviera á su reino; y Luis á pesar de los ruegos y consejos de sus barones, persistió en permanecer en Palestina hasta salvar de su completa ruina á los cristianos de ultramar.

Regresaron á Francia los dos hermanos del rey; y Alfonso, conde de Poitiers, tomó posesion de los estados de su suegro. Murió Raimundo VII (1248), cuando se preparaba á partir á la cruzada, «y fué muy llorado de sus pueblos, que veian en él á su último señor natural, y no esperaban otro de su linaje (1).» Blanca reunió á la corona en virtud del tratado de Paris los estados de Languedoc, haciendo prestar juramento á su hijo ausente (1250). Alfonso recorrió la provincia, juró á los cónsules y vecinos de las ciudades conservar sus libertades, les dió gobernadores franceses, y se volvió á Paris con gran disgusto de los habitantes, que hubieran querido al menos que su señor permaneciera entre ellos y se connaturalizase en el país.

Los desastres de San Luis regocijaron en extremo á los gibelinos, en especial (2) á los de la Provenza, que creian que su nuevo señor no volveria de Egipto; y Arles, Marsella, Aix y Aviñon volvieron á recobrar su independencia. El regreso de Carlos de Anjou los sumió en la consternacion. Este príncipe puso sitio á Arles, la tomó, y destruyó su organizacion republicana (1252). Igual suerte cupo á Aviñon, y Marsella no fué rendida hasta seis años despues. De este modo se fué estinguiendo la independencia de estas ciudades que habian tomado por modelo á las repúblicas de Lombardia.

§. VII.—*Popularidad de San Luis.*—*Cruzada de los pastorcillos.*—*Regreso de San Luis.*—Nunca habia sido tan popular Luis IX como despues de sus adversidades; no fueron notados sus yerros militares, pues en aquellos tiempos no se exigia á los reyes la habilidad de los capitanes sino la bravura de los caballeros; sus virtudes brillaron con el mas interesante esplendor durante to-

(1) Guillermo de Puy-Laurens. cap. 48.—(2) Villani, lib. VI.

da su expedición; y era mas que un héroe, mas que un grande hombre... un santo y un mártir. No animaba á la Francia otro deseo que el de volar á su socorro, y se indignó cuando el pontífice romano predicó una cruzada contra el desgraciado hijo de Federico. Parecia á todos que el único interés de Luis IX, el campeón mas leal que tuviera jamás la república cristiana, debía ser el de la Iglesia; y el pontificado victorioso en su lucha contra el imperio, iba perdiendo cada día, por su indiferencia hácia el santo rey, su poderío y su popularidad. Los nobles de Francia se opusieron á la cruzada predicada contra Conrado: Blanca declaró que serian confiscados los dominios de los que se comprometiesen en aquella guerra; y los dominicos se vieron precisados á cesar su predicacion. El pueblo se conmovió con el abandono del santo rey. «Dios está enojado, decian, por el lujo de los prelados y el orgullo de los caballeros, y solo los pobres podrán libertar la Tierra Santa (1251).» Un hombre que se titulaba soberano de Hungría, recorrió las campiñas llamando á los siervos, pastores y pobres á la cruzada. Siguióle una multitud de aldeanos, aventureros, excemulgados y bandidos. La predicacion de esta turba popular fué temible para el clero, á quien amenazaba arrojando mofas y dicerios contra sus riquezas, sus excesos y su orgullo. De las palabras pasaron á los hechos y degollaron en Orleans veinte y cinco sacerdotes. La reina, que hasta entonces habia protegido este movimiento, creyendo que favoreceria á su hijo, envió soldados contra esta *chusma* que amagaba destruirlo todo: los señores y las milicias de las municipalidades los persiguieron con ardor: «fueron muertos por todas partes como perros rabiosos (1);» y cesaron los atropellos.

Luis en tanto reparaba en parte los desastres de Palestina: no tenia á su lado mas que setecientos caballeros; y ya que no podia combatir, intentó negociar con todas las potencias que rodeaban las colonias cristianas. Envió una embajada á Sartak, biznieto de Genghis, que protegía á los cristianos en el Asia central y era enemigo de los musulmanes: se aprovechó de las guerras entre los mamelucos de Egipto y los sarracenos de Si-

(1) Mateo París, p. 550.

ria, derrotó á estos últimos en diversos encuentros, libertó á todos los cautivos hechos en Egipto durante veinte años, y volvió á alzar las fortificaciones de Cesárea, Sidon, Jafa y Tolemaida. De este modo pasó cuatro años, atendiendo á los mas penosos detalles del gobierno de la Tierra Santa. Fueron abandonándole uno tras otro sus caballeros, y solo se resolvió á partir cuando supo la muerte de su madre (1253). Ella era su mano derecha, «y la amaba, segun él mismo decia, mas que á ninguna otra criatura mortal.» No solo le habia encargado la regencia durante su peregrinacion, sino que se dejaba gobernar por ella como un niño en su vida privada; en todas las ocasiones seguia sus consejos y su voluntad, y parecia que se gloriaba, al apoyar siempre sus mandatos «en la voluntad de su señora y muy querida madre.»

Llegó á Paris despues de seis años de ausencia, llevando impresas en su rostro las huellas de una profunda tristeza, «porque segun decia, él habia sido la causa de que la cristiandad se hubiera abismado en la deshonra y la confusion (1254, 12 de setiembre) (1).»

CAPÍTULO III.

Legislacion de San Luis.—Octava cruzada.—Reinado de Felipe III.
(1254—1285.)

§. I.—*Relaciones de Luis IX con Inglaterra, Aragon, Alemania é Italia.*—«Luis IX, dice Joinville, fué el rey que mas trabajó para poner la paz y concordia entre sus súbditos, y en especial entre los príncipes y señores de su reino y de sus vecinos.» Así aparece al menos en los últimos años de su reinado. Las combinaciones políticas de San Luis fueron constantemente inspiraciones de su conciencia.

Hemos visto cuanto atendia al engrandecimiento de su reino, pero sus adquisiciones jamás fueron obra del fraude ó de la violencia; y á pesar de los consejos de los barones que le incitaban á que dejase que los reyes enemigos suyos se derrota-

(1) Mateo París p. 770.

sen y empobrecieran entre sí, únicamente intervino en sus contiendas para apaciguarlos. Siguiendo estas ideas, dudaba de la legitimidad de las conquistas de su abuelo, y «de remordian la conciencia» las continuas reclamaciones de Enrique III. Creyó pues, que mientras una paz definitiva no arreglase sus diferencias, quedaria sin resolver la soberanía de los países conquistados, y que le seria mas ventajoso asegurarse por una libre transaccion la posesion legítima de alguna parte de ellos. Con esta idea y á pesar de la oposicion de sus nobles, hizo un tratado por el cual devolvió al rey inglés, bajo la condicion de vasallaje, el Lemosin, el Perigord, el Quercy, el Agenois y una parte de la Saintonge; y conservó en plena soberanía la Normandía, la Turena, el Anjou, el Maine y Poitou (1258). Hallóse de este modo consolidada la obra de Felipe II y de Luis VIII; pero las provincias cedidas volvieron con repugnancia á la dominacion de los Plantagenets.

Iguales negociaciones estableció con el rey de Aragon con el objeto de arreglar los límites de ambos reinos, que se hallaban mezclados por feudos muy complicados. Por el tratado que firmaron Luis IX y Jaime I, quedó este independiente en su reino y conservó en plena soberanía á Cataluña y al Rosellon (1258). De este modo fué definitivamente ahogada la nacionalidad provenzal, pues desde entonces el rey de Aragon dejó de ser mirado por los del mediodía como un soberano y compatriota, y tuvieron que resignarse á ser franceses la Provenza y el Languedoc.

El mismo espíritu de conciliacion animó á Luis en los negocios de Alemania é Italia. La muerte de Federico debilitó el poder imperial: Conrado IV combatió contra Guillermo de Holanda por el imperio, y por las dos Sicilias contra su hermano natural Manfredó; y murió dejando un hijo de tres años llamado Coradino á quien solo le quedaron los ducados de Suavia y de Franconia (1254). La Santa Sede estaba muy gozosa: veíase muy pronto cerca del término de su ambicion: la casa de Hohens-tauffen no tenia mas defensor que Manfredó; y era preciso aniquilar á este bastardo de Federico que era tan famoso, impío y libertino como su padre. Inocencio declaró que ponía el feudo de las Dos Sicilias bajo la inmediata dominacion de san Pedro: formó un ejército; fué recibido con entusiasmo por las repúbli-

cas italianas, y se dirigió á Nápoles. Pero Manfredo que habia reunido un ejército de aventureros alemanes y sarracenos, derrotó al belicoso pontífice, que murió poco tiempo despues (1254).

Alejandro IV, sucesor de Inocencio, llamó al trono de Nápoles á Edmundo hijo del rey de Inglaterra (1255); pero Manfredo con su talento, valor y astucia conservó el reino bajo su dominacion. Durante este tiempo murió Guillermo de Holanda (1256: los príncipes de Alemania se dividieron para darle sucesor, y unos nombraron á Ricardo hermano del rey de Inglaterra, y otros á Alfonso X rey de Leon y de Castilla (1257). Esta es la época del largo interregno de Alemania que duró veinte y tres años, durante los cuales se separaron del imperio los reyes de Dinamarca, de Polonia y de Hungría, y se desmembró tambien la misma Italia. Se consolidó entonces la aristocracia germana, las ciudades formaron entre sí ligas para su mútua defensa, y siete príncipes se abrogaron el derecho exclusivo de elegir á los emperadores. Fueron estos el rey de Bohemia, el duque de Sajonia, el margrave de Brandeburgo, el conde palatino del Rhin y los tres arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréveris. Regularizóse este derecho en 1356 por una constitucion imperial llamada *Bula de oro*, y estos siete príncipes fueron los únicos doctores del imperio germánico hasta 1648.

Las continuas relaciones de los provenzales con los italianos despertaron la ambicion de Carlos de Anjou, que se habia hecho ya dueño de algunas plazas del Piamonte, restableciendo á los güelfos en Florencia, y ejercía una grande influencia en las repúblicas lombardas. Entonces dirigió sus miradas á la corona de Nápoles, y ofreció sus servicios al papa. Urbano IV, sucesor de Alejandro (1261) era francés: acosado por las hostilidades de Manfredo, veía con dolor que Edmundo no venia de Inglaterra y que cesaba de enviar dinero á Italia para pagar á sus partidarios. Resolvió pues trasladar la corona siciliana á una familia mas adicta, y trabajó para que se hicieran proposiciones á san Luis. Negóse este; pero el conde de Anjou continuó con el papa sus secretas negociaciones, que debian producir un dia tan graves resultados (1262).

§. II.—*Relaciones de Luis IX con sus barones.—Pragmáticas de este rey contra las guerras particulares y los desafios judiciales.*—

Igual espíritu de justicia y de respeto á los derechos adquiridos animó las relaciones de Luis IX con sus vasallos. Admitía el rey la sociedad del modo que estaba constituida, pero la consideraba moralmente mas perfectible; propúsose pues, no destruir el feudalismo, sino impedir todo el mal que pudiera hacer, y sustituir en todas partes el derecho á la fuerza. Obrando de este modo de buena fe, se efectuó inadvertidamente una inmensa revolucion cuya última consecuencia ha sido la monarquía absoluta.

Hemos visto como las guerras particulares eran el riguroso resultado de la independencia feudal, y que la Iglesia al reprobárlas, se habia esforzado en restringirlas por medio de la tregua de Dios. Luis respetaba escrupulosamente el derecho de resistencia á la opresion que empleaba contra sí mismo; pero su razon y su virtud no podian admitir esas guerras privadas que engendraban la anarquía, lo ponian todo bajo la ley de la fuerza bruta, y oprimian á los débiles y á los pobres. Las consideraba indignas de una sociedad civilizada y cristiana, en especial desde que existia una justicia pública en el consejo de los pares y los tribunales del rey. Por esta razon mandó que hubiera en sus dominios una tregua de cuarenta dias entre el ofensor y el ofendido, y que el mas débil pudiera recurrir al fallo real (1245). Esta pragmática solo era aplicable á sus inmediatos vasallos; pero el grito de la conciencia y las quejas de los oprimidos, le obligaron á darle mas extension, y publicó otra (1257) que empieza con estas palabras: «Sabed que por deliberacion de nuestro consejo, hemos prohibido en nuestro reino las guerras, los incendios y los atropellos é injurias hechas á los labradores (1).» No es probable que los principales vasallos obedecieran esta ordenanza que usurpaba sus derechos; pero su promulgacion indica por sí sola un progreso social, y era bastante que existiera para que muchos oprimidos recurrieran á ella.

Los combates judiciales eran tambien una consecuencia del feudalismo profundamente arraigado en las costumbres, y habian sido prohibidos muchas veces por el clero y en especial por Gregorio VII. «Las pruebas por medio de juramento, decia este

(1) Coleccion de las Ordenanzas, t. I.

pontífice, los testigos y las pesquisas son muy suficientes sin llegar á tentar á Dios.» Pero los barones imperiales creyeron que era mas noble hacerse justicia por sí mismos, y pocas veces se sometian á la lentitud de las formas judiciales. Luis prohibió absolutamente á todos el desafío en sus dominios (1260). «Lo que se probaba antes por medio del combate se probará en adelante por testigos ó escritos.» Obligó á observar esta ley en las posesiones de sus vasallos inmediatos, y la hizo respetar en muchos casos. Le impulsó á esta determinacion un acontecimiento muy ruidoso.

Enguerrando IV, señor de Coucy y vasallo inmediato de la coroná, puso presos sin formacion de causa á tres jóvenes nobles sospechosos de haber cazado en sus tierras (1256). Luis le mandó prender, conducir á la torre del Louvre y comparecer delante de su tribunal; pero la casa de Coucy conservaba con tenacidad las antiguas costumbres feudales, y estaba unida por alianza, no solo con todas las familias soberanas, sino tambien con la de Francia. El duque de Borgoña, los condes de Champaña, de Bar y de Soissons, parientes y amigos del acusado, se apresuraron á acudir al consejo del rey, al cual pertenecian. Coucy por sus insinuaciones declaró que no queria someterse á un fallo, y que estaba dispuesto á defenderse en un combate. El rey se opuso pronunciando estas notables palabras: «Cuando se trata de pobres, iglesias y personas que exigen nuestra compasion, no debe fiarse en el juicio del combate, *porque el combate no es via de derecho* (1).» Y obligó á los jueces á pesar de su repugnancia y de sus ruegos, á pronunciar la sentencia. Coucy fué condenado á 12.000 libras de multa, á la privacion del derecho de justicia y de caza y á numerosas expiaciones. Esta sentencia excitó muchas quejas entre los nobles, pues era un atentado, no solamente contra su independendencia política, sino contra su seguridad individual. «Si yo fuera rey, dijo el castellano de Noyon, pondria presos á todos los barones. Se ha dado el primer paso y no le costaria ya mucho.—Yo no pongo presos á mis barones, respondió el rey, sino que los castigo cuando faltan (2).»

§. III.—*Nuevo poder de los legistas.—Apelaciones y casos reales.*

(1) Vida de San Luis, por el confesor de la reina Margarita p. 379.—(2) Id. *ibid.*

—*Principios del parlamento.*—Adquirieron vigor los consejos feudales, y los señores, que los miraban con disgusto, se confundían en medio de las pruebas, actas y alegatos judiciales. De modo que poco á poco fueron reemplazados estos consejos por *jueces reales*. Uniéronse á los jueces, caballeros que se sentaban con el señor, personas nuevas que habian estudiado las leyes, y que como consejeros ó suplentes al principio, fueron despues magistrados de profesion. El único pensamiento que tuvieron estos *legistas* se dirigió á ocupar en el tribunal el sitio de los barones que los hacian sentar desdeñosamente á sus piés. Para lograrlo convirtieron la legislacion en la ciencia mas sutil, mas fastidiosa y complicada, devolvieron todo su vigor al derecho romano, deslumbraron y aturdieron con su saber á los barones ignorantes que abandonaron los tribunales por fastidio y por orgullo, y llegaron por fin á juzgar solos. Continuaron entonces ellos con pasion la revolucion inaugurada por san Luis. Nunca imaginó este el proyecto sistemático de usurpar el poder de los barones, cuya legitimidad reconocia, y fué de los que menos observaron sus ordenanzas. Los *legistas* abrigaron la ambicion de minar y destruir el feudalismo por todos los prebostes y medios posibles, de oponer al ejército de barones otro de jueces, notarios diestros en los embrollos, escritos y pergaminos, y en fin convertir el trono en un poder modelado sobre el de Teodosio ó Justiniano, tipo ideal que admiraban en sus libros. «Si quiere el rey quiera la ley» fué su doctrina, y la aparejaron con todas las falsas semejanzas que recogieron en los códigos antiguos (1).

La base de todo su sistema consistió en trocar las competencias y centralizar en el consejo real toda la jurisdiccion de los consejos señoriales, por medio de las *apelaciones* y los *casos reales*. Segun el derecho feudal, el vasallo condenado por el tribunal de su señor podia acusar á su juez de deslealtad y provocarle al combate. Habiendo abolido Luis las guerras particulares y los desafios judiciales, mandó que en el caso expresado, el pleito pasara en apelacion á su consejo; de modo que los jueces del consejo del rey se vieron convertidos en jueces definitivos de los

(1) «El rey es soberano antes que todo, dice Beaumanoir, y puede crear estos establecimientos si quiere por utilidad comun.» (*Cont. de Beauvoisis*, cap. 34).

asuntos fallados en primera instancia por los barones, ó de los asuntos en que estos mismos estaban interesados. Acrecentóse aun mas esta usurpacion de los legistas con la extension dada á las *casos reales*, es decir, á las causas en que el rey, como jefe de la monarquía feudal, debia juzgar por sí mismo; y como estos casos no estaban determinados, la destreza de los magistrados trasformó en casos reales todas las causas de alguna importancia, y despojó en realidad á los tribunales de los barones de toda jurisdiccion. Se llegó á declarar como principio que todas las personas libres podian pedir justicia al rey, escoger su juez y quejarse directamente de su señor en el consejo real.

Este consejo tomó entonces exclusivamente el nombre de *parlamento*: tuvo desde entonces sus audiencias en un sitio fijo en Paris durante las grandes festividades; y comenzó á tener un libro de registro donde copiaba sus decisiones. Los legistas solo entraron en este tribunal *como consejeros*, y nó como jueces; pero poco á poco llegaron á apoderarse de todo el poder judicial.

§. IV.—*Relaciones del rey con sus súbditos.—Ordenanzas para las municipalidades, impuestos, moneda, justicia, etc.—Filosofía y literatura francesas.*—Todas las usurpaciones del trono sobre el poder feudal redundaban en beneficio y utilidad del pueblo, de modo que este estaba animado hácia el rey de un amor y veneracion extremos. Acostumbraba este á decir á su hijo: «Te ruego que te hagas amar del pueblo de tu reino, porque mas querria que viniera un extranjero á gobernar bien y lealmente al pueblo, que lo gobernases tú mal y tiránicamente (1).» No despreció jamás el consejo de los vecinos, y era tan concienzuda su justicia, que los llamaba á su lado antes de redactar sus principales ordenanzas. Les permitió que se repartieran entre ellos los tributos, les dejó que adquiriesen feudos con la condicion de no ejercer en ellos el derecho de justicia mas que por su autoridad, y les dió toda la libertad que podian alcanzar. Se declaró siempre opuesto á la fundacion de municipalidades; no instituyó mas que la de Aguas Muertas, y abolió las de Reims y Beauvais. Habia declarado Luis VIII que consideraba á todas

(1) Joinville, t. I, p. 5.

las ciudades municipales dependientes directamente de la corona, y Luis IX emitió el mismo principio, y exigió de ellas el servicio militar. Viéndose con fuerza y con fama de protector, mostró la repugnancia que le causaba la independencia local de las municipalidades, y no comprendió la necesidad de estas garantías contra el despotismo aristocrático en una época en la que le había comprimido el poder real. «Movido por un sentimiento de devoción y de piedad, dió á muchos siervos de sus dominios el don de la libertad; porque segun decia, lo mismo pertenecen á Jesucristo que á nosotros los siervos, y en un reino cristiano no debemos olvidar que son nuestros hermanos (1).» Protegió el comercio y la industria, aunque algunas veces con poco discernimiento, pero siempre con buena fe; hizo estatuto para los oficios de Paris, y reformó el prebostazgo de esta ciudad, el cual se hallaba en un estado tan desordenado «que el pueblo bajo no se atrevia á permanecer en los dominios del rey (2).»

Los impuestos fueron muy pesados durante su reinado, y no abolió ninguno de los que halló establecidos, porque á medida que era mas amplio el gobierno del trono, tenia necesidad de ser mas rico para pagar sus agentes, y además porque casi todos los barones recibian sueldo del rey, y habia costado la cruzada sumas enormes. Los prebostazgos reales que daban en 1202 32000 libras, pagaban el doble en 1265, lo cual es al mismo tiempo un signo de la prosperidad pública y de las exigencias reales. El erario era muy ingenioso para encontrar la materia imponible, y no habia una necesidad ó acción del hombre que no pagasen contribucion. Fueron muy frecuentes las quejas, y si Luis no pudo contenerlas disminuyendo los impuestos, lo intentó poniendo un límite á la multiplicidad y alteracion de las monedas. Existian aun en aquella época ochenta señores que la acuñaban, y que por las mútuas exclusiones, los diversos valores y las escandalosas falsificaciones de sus metales, causaban gran confusion en las relaciones sociales y entorpecimientos al comercio. Luis, sin pensar que su innovacion era mas favorable al progreso del trono que al bienestar del pueblo, fijó el valor de la moneda en setenta y nueve granos el sueldo de plata, man-

1) Ordenanzas del Louvre, t. I, p. 5.—(2) Joinville, t. II, p. 149.

dando que circulase en todo el reino hasta en los dominios de los grandes feudatarios. Esta ordenanza fué hecha por consejo y concurso de doce vecinos y firmada por ellos. Luego que la moneda del rey por su superioridad se esparció por todas partes, originó la tendencia y deseo de que fuera la única del reino, y de que desapareciesen por su poco valor las monedas señoriales.

La actividad intelectual del santo rey, ó mas bien la exquisita delicadeza de su conciencia no se limitó á estas innovaciones. Puso coto á los abusos del poder de los jueces, prebostes y vizcondes de las ciudades de sus dominios, y les hizo responsables de sus actos con sus propios bienes. Hizo un ensayo de centralización imitando á Carlomagno, enviando á las provincias comisionados con pleno poder sobre los vizcondes, prebostes y jueces que oyeron las quejas, reformaron los abusos y solo dieron cuenta al rey de sus gestiones. Dió reglas al procedimiento criminal, prohibió los arrestos arbitrarios y el tormento en muchos casos, publicó leyes civiles notables por su tendencia á restablecer el derecho romano, y leyes penales muy severas. «Quiso que la justicia fuera recta é imparcial y que se atendiera al pobre lo mismo que al rico (1).» Viósele muchas veces salir vencido en los pleitos que tenia con los particulares, y él mismo no se desdibaja de hacerse juez en las diferencias de sus súbditos (2). «Muchas veces sucedia que yendo á pasear al bosque de Vincennes, al salir de misa en el verano, se sentaba al pié de una encina, y oia á todos los que iban á hablarle de sus negocios (3).» Perseguia el desórden por todas partes, y llevó su deseo hasta el extremo de querer castigar los delitos particulares de conciencia, y sobre todo las blasfemias. Un insulto al Criador era en la opinion de aquella época religiosa un grito de rebelion contra la sociedad.

Su ilustrada proteccion dió un impulso muy activo á las inteligencias. Él creó la Sorbona ó facultad de teología. La universidad de Paris protegida por él con nuevos privilegios atrajo á todos los sábios de Europa; y fueron á estudiar á ella Alberto el Grande, Tomás de Aquino y Roger Bacon.

(1) Joinville, p. 149.—(2) Historia de Paris por Lavallée p. 42.—(3) Id. ibid.

Fué el siglo de oro de la escolástica, cuya forma habia perfeccionado la lógica de Aristóteles, permitiendo una especie de alianza entre la teología y la filosofía. El principal intérprete de esta filosofía fué santo Tomás de Aquino, entendimiento filosófico de la mas elevada capacidad, conocido con el sobrenombre de el Angel de la escuela, y cuya *Suma teológica* es por su forma una de las obras maestras del ingenio humano. Fué muy querido y consultado por san Luis. La lengua francesa comenzó á ser un idioma universal, no solo por la influencia de las armas francesas sino por su excelencia. Los mismos extranjeros escribian en esta lengua, porque segun expresion de uno de ellos, su hablar es el mas agradable y mas comun á todos los pueblos (1). Aparecieron notables escritores; unos, herederos de la sociedad romana, de su lengua y de sus libros, vivieron con los recuerdos de la antigüedad y menospreciaron todos los esfuerzos del arte moderno que miraban como bárbaros, y estos fueron los eruditos que publicaron las traducciones, los tratados científicos, las obras de escolástica, etc.: otros se manifestaron animados del espíritu de la época en que vivian, y fueron los poetas que compusieron las novelas fecundas é interminables y los cuentos sencillos y malignos. Distínguese entre estos Teobaldo conde de Champaña, el primer poeta francés que puede leerse, y entre los escritores de lengua moderna sobresale el cronista Joinville, el amigo y confidente del santo rey: El libro que nos ha dejado es único, lo mismo que el héroe cuya vida nos relata: Luis IX fué feliz en haber tenido tal historiador, y Joinville tan grandioso asunto; y los dos se dan brillo mútuamente y se hacen amar. El senescal de Champaña es el verdadero representante de aquella literatura espontánea é independiente la cual nada debe á la antigüedad y tiene mas sentimiento que forma. Rebosando de sensibilidad, sencillez y heroismo, nos dice sinceramente y sin aparato todas sus ideas, sensaciones y debilidades: y es en fin un escritor eminentemente francés por su carácter y su talento.

§. V.—*Relaciones del rey con el clero.—Pragmática sancion.—Carácter nuevo de la monarquía.*—Bajo el reinado de un monarca tan santo el trono tendia á suceder al pontificado como poten-

(1) Bruneto Latini, *El Tesoro*.

cia política, y á heredar la devoción y sumisión que los pueblos tenían á los vicarios de Cristo. Menos hábiles y mas egoístas estos que sus antecesores, perdian de dia en dia su crédito en la pública opinion, gastaban toda su fuerza en mantenerse en su antigua posicion sin conocer que perdian su popularidad, y cuanto mas violentos eran sus medios, los reyes mas se mostraban protectores y los pueblos menos sumisos. Manifestábase la oposicion por todos los medios de publicidad que entonces existian; y eran mas insolentes cada dia los cantos de los trovadores y los cuentos de los copleros. Las iglesias de todos los paises además de tender á hacerse nacionales eran hostiles á la corte de Roma, porque esta las agotaba con impuestos invertidos en su propia causa, se atribuía la distincion de todas las dignidades eclesiásticas, y por medio de sus *rescriptos, reservas y gracias expectativas* acababa de apoderarse de todas las rentas de los obispos y abadías. Viendo cuán opresor era el pontificado, Luis IX, de acuerdo con el clero de Francia y el mismo pueblo, intentó poner coto á su poder. Impelido por los legistas, publicó la célebre ordenanza llamada *pragmática sancion*, por la cual se prohibió la simonía, se aseguró la eleccion de las dignidades eclesiásticas, y no sacó mas dinero la corte romana sin consejo y aprobacion del rey y clero de Francia (1269).

○ Era esto una clara protesta contra la monarquía de la Iglesia, una especie de declaracion de independencia de los reyes y los pueblos, y un ataque en fin tanto mas rudo para el pontificado, cuanto que procedía del hombre mas santo del siglo. El texto de la ordenanza era muy vago en sí mismo, pero los legistas lo comentaron, escudriñaron y torturaron con tal pasion, que le hicieron decir todo lo que quisieron, y la pragmática sancion fué un arsenal inagotable contra Roma. El parlamento se encargó desde entonces de la lucha de la corona contra la Santa Sede, y buscó aliados entre los teólogos de la Sorbona y de la Universidad, que combatieron con éxito las órdenes mendicantes, y quisieron, como los legistas, llegar hasta lograr la independencia de la Iglesia *gálica*. Atacada la monarquía pontificia por tantos enemigos, unánimes todos en la misma empresa, es decir, en el deseo de hacer prevalecer el trono sobre el pontificado, forzosamente debía muy pronto sucumbir.

A pesar de la oposicion que hacia san Luis al poder supremo de los pontífices, dejábase arrastrar por su zelo religioso hasta el extremo: pidió á la Santa Sede que estableciese en su reino la inquisicion (1259): persiguió con rigor á los herejes, blasfemos y usureros; y agravó la desgraciada condicion de los judíos. «Nadie, decia él á Joinville, si no es buen clérigo y teólogo perfecto, debe disputar con los judíos; pero el hombre lego cuando oiga hablar mal de la fe cristiana, no solo debe defenderla con palabras, sino con una espada bien cortante, y traspasar el cuerpo de los malvados y blasfemos con ella todo lo que pueda entrar (1).» Sus prácticas de piedad eran á veces pueriles y minuciosas: su alma tierna se abismaba en los éxtasis del misticismo: su afecto hácia los dominicos y franciscanos era tan grande, que hubiera querido, segun decia, hacer dos partes de su persona y dárselas á estas dos órdenes. Se afilió en la orden de san Francisco y hasta tuvo intencion de abdicar la corona para acabar su vida en un convento.

En fin san Luis atacó, humilló y debilitó á las grandes potencias de la sociedad feudal, la nobleza y el clero, elevó al trono sobre ellos, y dió bajo su abrigo al pueblo un lugar humilde y estrecho sin duda, pero el único que podia ocupar y apetecer. Se ve pues por estas empresas, que tanta extension tuvieron en el porvenir, á que altura habia llegado san Luis por el único impulso de su conciencia. Mas hizo él en favor del trono con sus virtudes, que sus antecesores con sus guerras, dando al mundo el ejemplo de un poder ideal, imágen de Dios sobre la tierra, y el mejor de los gobiernos humanos. Luis IX ha sido un hombre único en la historia. De modo que desde su reinado la corona de Francia es la unidad social en accion y en pensamiento, por su ilustracion, su equidad y su espíritu nacional, y se presenta bajo una forma nueva. Es ya una grande magistratura, centro y lazo de la sociedad, depositaria y protectora del orden público, de la justicia general y del interés comun. «El rey era la ley. Nunca tuvo un representante mejor obedecido y mas reverenciado el principio del derecho. Un carácter místico y sagrado selló la antigua monarquía de Francia que descansó en la fe de los pueblos (2).»

(1) Joinville p. 11.—(2) M. Lermnier.

El inmenso trabajo legislativo de san Luis fué llevado á cabo con la ayuda de Pedro de Fontaine, Pedro Villete y Estéban Boileau; y produjo los siguientes monumentos: 1.º Los reglamentos de Luis IX, especie de código civil y criminal publicado en 1270, donde se ven mezclados con el derecho romano los usos francos, las ordenanzas de los reyes y los cánones de los concilios. 2.º Los reglamentos de los oficios de Paris.

Luis IX se ocupó casi exclusivamente de este trabajo durante los últimos años de su reinado, y en los sucesos exteriores se guió solo por la concordia y la benevolencia. Los mas importantes eran la guerra de la aristocracia inglesa contra el trono, y la del sacerdocio y el imperio que ya se terminaba.

§. VI.—*Victoria de la aristocracia inglesa sobre el trono.—Conquista de Nápoles por Carlos de Anjou.*—Cansados los nobles de Inglaterra de Enrique III que violaba sin cesar las cartas que alcanzaran de él y de su padre, tomaron las armas y le arrancaron nuevas concesiones, llamadas *Constituciones de Oxford* (1258). El jefe de ellos era Simon de Monfort, conde de Leicester, hijo tercero del vencedor de los albigenses. Continuó la guerra civil, y los nobles quisieron terminarla haciendo que el tribunal de Luis IX decidiese la contienda; mas no considerándole como señor feudal del rey inglés, sino como al mas santo de los hombres (1263). Este sentenció en favor de Enrique III conociendo las ideas represivas de la aristocracia. Los barones no admitieron la sentencia y decidieron la cuestion (1264). Pusieron presos á Enrique y á sus hijos, y los nobles quedaron dueños del gobierno.

Esta derrota arruinó el partido de Edmundo en Italia, y Urbano IV ofreció á Luis IX «como á su brazo derecho» la corona de Sicilia para su hermano Carlos (1264). Era este el protector declarado de los güelfos, y acababa de ser elegido senador por mediacion del papa, cuyo título le hacia jefe del gobierno municipal de Roma. Luis rechazó al principio las pretensiones del papa; vencido despues por su hermano consintió en dejarle obrar, pero negándole su intercesion. Carlos no tardó en reunir un ejército, pues la paz que reinaba en Francia estimuló á los nobles, siempre ansiosos de aventuras, á ir á pelear al otro lado de los Alpes contra los impios de la casa de Suavia, enemigos de la

Iglesia y amigos de los sarracenos. Además el papa mandó predicar una cruzada contra Manfredo, y redimió de su juramento á los cristianos cruzados para ir á la Tierra Santa, con condicion de que contribuyeran con su espada á la conquista de Nápoles. Carlos se embarcó en Provenza con treinta naves, llegó á Roma, y fué coronado por Urbano, á quien rindió homenaje (1266). Pasó entretanto los Alpes al mando de Roberto de Bethune, hijo del conde de Flandes y yerno de Carlos, el ejército de tierra que contaba cinco mil caballos, diez mil ballesteros y quince mil peones. Acogióronlos con gusto los güelfos, y llegaron sin combatir á Roma. Carlos se puso en camino y encontró en Benevento el ejército de Manfredo, compuesto casi enteramente de sarracenos. Este fué derrotado y muerto. Carlos tomó á Benevento la cual fué saqueada siendo degollados sus habitantes. Nápoles y Mesina le abrieron sus puertas; y los dos reinos se sometieron al mismo tiempo que sus dependencias, que eran Cerdeña, Malta y las islas Jónicas. Los vencedores se esparcieron por los países conquistados, se distribuyeron las tierras y los empleos, y ejercieron sobre los habitantes la mas odiosa tiranía.

§. VII.—*Destrucion del califato de Bagdad.— Toma de Constantinopla por los griegos.— Preparativos de una nueva cruzada.*— La Tierra Santa habia llegado durante aquel tiempo al último grado de miseria. Salió de la Persia una nueva banda de mogoles conducida por Houlagou nieto de Genghis, y tomó á Bagdad. Murió entonces á manos del mogol, que destruyó el califato, Móstazem el VI califa desde Abubekre, y el XXXVII de los Abasidas (1258). Los bárbaros se esparcieron por la Siria, amagaron destruir los estados musulmanes, y los cristianos, en su odio ciego contra el mahometismo, los recibieron como libertadores. Pero los mogoles fueron vencidos y rechazados hasta el Asia central; y habiendo elegido los mamelucos por sultan á Bibars, el asesino del último Ayoubita y vencedor de san Luis, redujeron á los cristianos al mas lamentable estado. Tomaron á Antioquia, degollaron diez y siete mil fieles, y vendieron cien mil (1268). No les quedó á los latinos mas que Trípoli y Tolemaida.

Estas calamidades llenaron de consternacion al Occidente, pero no reanimaron el entusiasmo religioso ni el deseo de venganza. Sucedió esto cuando Carlos de Anjou conquistaba las Dos Si-

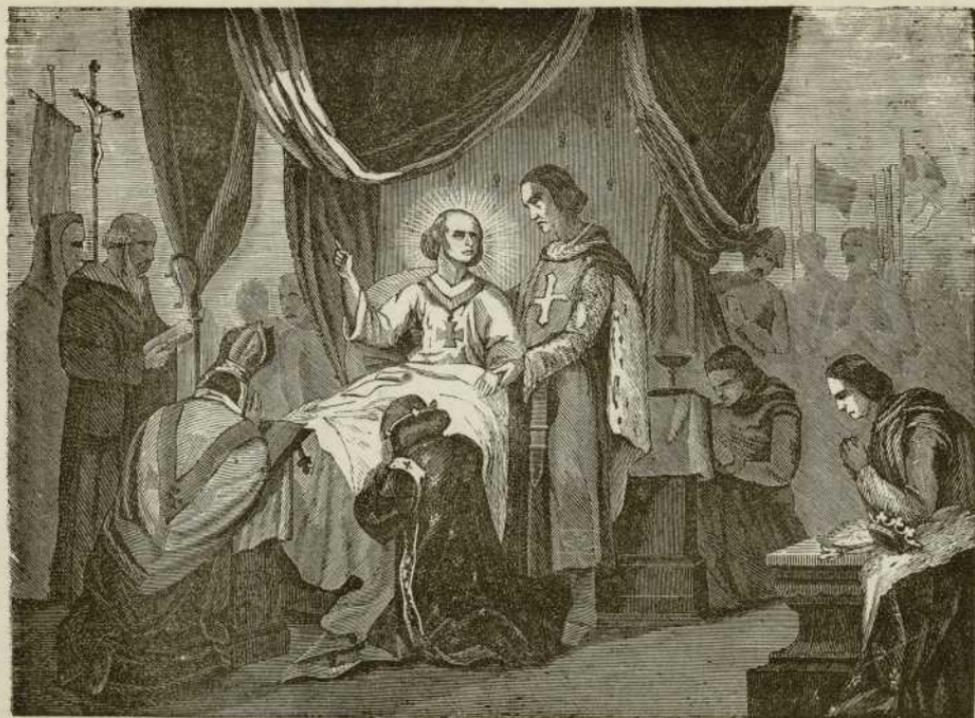
cilias: la Santa Sede solo dirigia hácia éste lado toda su atencion y consumia los esfuerzos de los cristianos en la destruccion definitiva de la casa de Suavia. Se habian trocado las pasiones políticas de la Europa occidental: todos los intereses comenzaban á reconcentrarse en la patria temporal; y los cristianos se acostumbraban á perder sin dolor aquellas lejanas colonias á donde no queria ir ya nadie. Reinando los Paleólogos en Nicea, tomaron los griegos á Constantinopla sin que se conmoviesen los latinos, y en vano recorrió toda la Europa Balduino II pidiendo dinero y soldados para recobrarla.

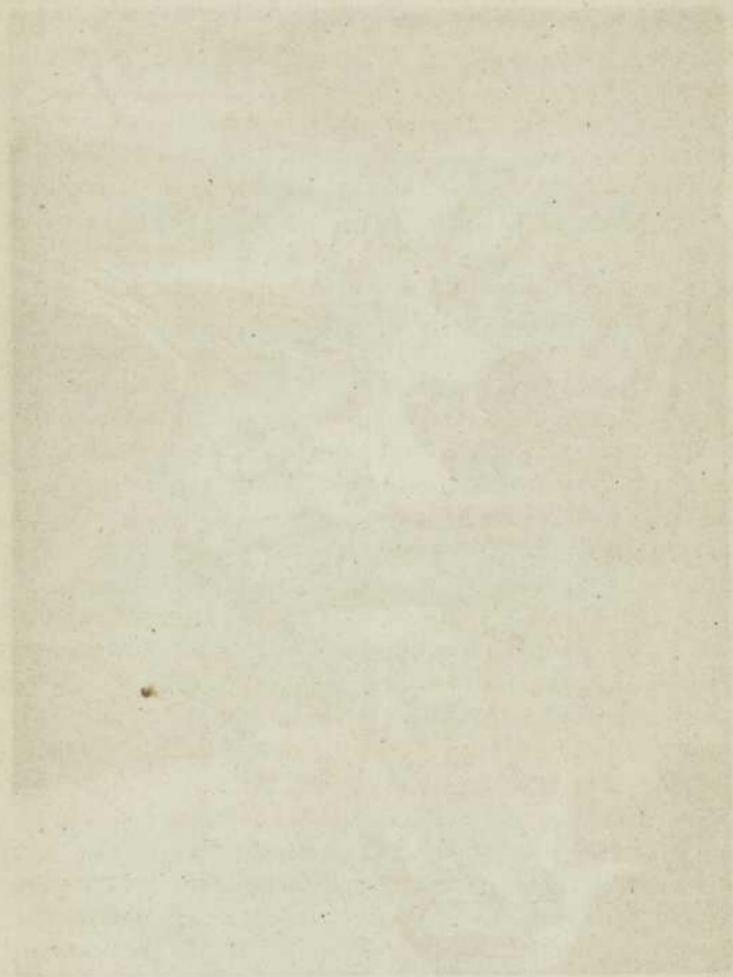
Solo un hombre conservaba las pasiones heroicas de la edad media, y alimentaba aun la esperanza de libertar las colonias cristianas. Era san Luis que aun no habia dejado la cruz. No podia estar en reposo al saber que los infieles degollaban á los cristianos; el grito de las víctimas venia á estremecerle en sus oraciones, y sentia en su alma como un remordimiento y el afán del martirio. Resolvió pues hacer una nueva cruzada, que anunció á los barones en un parlamento solemne (1267), y causó á todos grande sorpresa y dolor; pero los señores no se atrevieron á hacer oposicion al buen rey, que minado por la enfermedad y extraviado por la exaltacion de su piedad se sacrificaba por el bien de los cristianos. Todos creyeron que moriria en la expedicion. Tomaron la cruz sus tres hijos con los condes de Tolosa, de Flandes y de Champaña, mas por obediencia que por devocion. Joinville se negó á hacerlo persuadido de que «los que aconsejaban la empresa, hacian un mal inmenso y pecaban mortalmente.» Siguieron el ejemplo del rey el nuevo monarca de Sicilia, cuyas fuerzas eran muy importantes, y Eduardo duque de Aquitania con otros muchos príncipes. Se consagraron tres años á hacer los preparativos. El clero, que se hallaba agotado con tantas cruzadas de toda especie, hizo inútiles reclamaciones y contribuyó á los gastos de la expedicion que fueron enormes, pues el rey se habia encargado de mantener á los señores durante el viaje. Luis entró en negociaciones con todos los soberanos, y hubiera querido dar á toda la Europa la paz para que llevase contra los infieles todas sus fuerzas reunidas. Las guerras de los güelfos y gibelinos, del pontificado y del imperio, solo podian apaciguarse con la definitiva destruccion de uno de los dos partidos; y habia llegado ya este momento.

§. VIII.— *Destruccion de la casa de Hohenstauffen.*— Llegó á Italia Coradino, hijo de Manfredo IV, para recobrar el reino de sus padres (1268). Era un niño de diez y seis años, valiente y de talento, que reunió en torno suyo á todos los gibelinos, y llegó á Roma sin resistencia. El papa excomulgó á «este retoño de una raza de vívoras.» Carlos de Anjou salió á su encuentro con un ejército y le alcanzó en Tagliacozzo. Coradino fué vencido y cayó prisionero. El vencedor, hombre de un carácter sombrío, austero é inhumano, creyó asegurar su conquista y acabar de un golpe con los gibelinos desembarazándose del último Hohenstauffen; le hizo condenar por sus propios satélites por haber hecho armas contra la Iglesia, y Coradino murió en el cadalso. Perecieron con él todos sus compañeros, y los gibelinos fueron desterrados de todas partes y víctimas del suplicio. Hallóse entonces la Italia enteramente libre de la dominacion teutónica, y Carlos fué su soberano por muchos títulos. Como favorito de los papas y *senador* reinaba en Roma; en los Estados de la Iglesia como *vicario imperial*; en la Toscana como *pacificador*; era señor directo de muchas ciudades del Piamonte, y le reconocian por jefe las repúblicas lombardas. No estaba aun satisfecha su ambicion; soñaba en la conquista del imperio de Oriente, y se preparó á hacerlo trasladando á su casa los principados de Albania y Acaya (1).

De la casa de Suavia solo quedó una hija de Manfredo casada con el rey de Aragon. De este modo se cumplió la venganza de los pontífices de Roma; se destruyó la familia imperial que tendía á la monarquía universal, y humilló al poder temporal el espiritual. El pontificado al parecer se hallaba en fin triunfante y en el apogeo de su grandeza, pero habia quedado debilitado y vencido por su propia victoria, en la que habia agotado todos sus esfuerzos. El progreso de la opinion pública desacreditaba su poder moral; la pérdida de Palestina y Constantinopla habia abierto una brecha en su poder material, y podia preverse desde

(1) Alcanzó el primero haciendo valer los derechos de los reyes de Sicilia á las colonias fundadas por los normandos en el Epiro en el siglo XI, y el segundo casando á uno de sus hijos con la heredera de Ville-Hardouin, que adquirió este principado en la conquista de Constantinopla. (*Ensayo histórico de las relaciones de Francia en Oriente*, Lavallée.)





léjos la ruina de su universal monarquía. El reino de Francia, que era su apoyo y su instrumento, le daba el primer golpe con la pragmática sancion (1269), y no estaba muy distante el día en que la dominadora espiritual del Occidente seria la envilecida y corrompida esclava de su antigua aliada. La última cruzada que se preparaba era la señal de su próxima caída, y la monarquía teocrática debia acabar con las guerras sagradas, pues era su causa y efecto.

§. IX.—*Octava cruzada.—Muerte de Luis IX.*—Luis IX encargó la regencia al abad de San Dionisio, y se embarcó en Aguas Muertas con sus tres hijos, el conde de Tolosa su hermano, y el conde de Artois su sobrino (1270). Cerdeña era el primer punto de reunion de los cruzados. Modificóse allí el objeto del viaje, y no se sabe por qué motivo se decidió que se tomase el rumbo de Túnez, donde reinaba un príncipe musulman. La mitad del ejército estaba ya enfermo, y los nobles tenían repugnancia de ir á Siria. Carlos de Anjou, á quien contrariaba la expedicion por sus proyectos sobre Constantinopla, cobraba tributos del soberano de Túnez; el espíritu de las cruzadas habia degenerado tanto que se creía libre cualquiera de su voto, con tal que hubiera muerto infieles, ya en Europa, ya por causas que no fueran religiosas. «Dieron á entender al rey que el país de Túnez ayudaba con grandes fuerzas al sultan del Cairo causando mucho daño á la Tierra Santa, y creyeron los barones que una vez estirpada esta mala raiz, reportaria mucha utilidad á la cristiandad (1).» Parece imposible que semejantes razones alucinassen á Luis, pero le hicieron creer que como hacia algun tiempo que unian con la Francia al rey de Túnez relaciones de amistad, el moro no estaba muy distante de hacerse cristiano. Cegado por el ardor de su proselitismo y las instancias de los barones, debilitada tal vez su razon por la enfermedad, el rey cometió la falta de trocar el objeto de su empresa. Largo camino habia de cruzarse para ir á Jerusalem desde Túnez, cuando el feroz Bibars estaba amenazando la última ciudad cristiana de la Siria, y el rumbo que se daba á la guerra santa anunciaba que la expedición que iba á hacerse seria la última cruzada. El desembarco se efectuó sin resistencia; la

(1) Guillermo de Nangis, p. 277.

sombra de la antigua Cartago intentó defenderse y fué tomada por asalto. Entró en ella una parte del ejército, y la otra se quedó expuesta á los rayos del sol africano y á las flechas de los moros. No habia llegado aún la escuadra de Carlos de Anjou, y se esperaba este poderoso refuerzo para atacar á Túnez, pero la peste se apoderó del ejército, haciendo en él espantoso estrago. El rey cayó enfermo, y vió acercarse el fin de sus dias con la tranquilidad mas perfecta. Dió á su hijo las mas interesantes instrucciones, en las que se dilató su alma tan pura y tan sublime, y murió lleno de fe, y entregado enteramente á Dios (25 de agosto de 1270). Dice Voltaire «que no es posible al hombre ser mas virtuoso.»

Dejó tres hijos, Felipe III llamado el *Atrevido* que le sucedió, el conde de Alenzon, que murió en el reinado siguiente sin posteridad, y Roberto conde de Clermont de Beauvoisis. Este se casó con Beatriz heredera de los señores de Borbon, y fué el tronco de la ilustre casa que tres siglos despues subió al trono de Francia (1).

§. X.—*Felipe III rey de Francia.—Reunion del Languedoc.*—La escuadra de Carlos de Anjou entró en el puerto en el momento en que Luis IX espiraba. Dos meses de débiles hostilidades no hicieron mas que dar rienda suelta al descontento general que contenia la presencia del santo rey, y todos mútuamente se acusaban de haber faltado á su voto no marchando á Palestina. Se entablaron negociaciones pacificas con los moros que consintieron en todo lo que les pidieron los cristianos en pago de su partida; y se estipuló un tributo anual de veinte mil onzas de oro al rey de Nápoles, la libertad de los cautivos, y la libre entrada en sus puertos al comercio de los francos. Luego que se hizo el tratado, se embarcaron los cruzados y tomaron el rumbo de Sicilia. La mayor parte de ellos tenian el designio de volver á partir á la Tierra Santa; pero una tempestad se tragó casi toda la armada á la vista de Sicilia, y un gran número de ellos, que se salvaron de este desastre, murieron de resultas del viaje al re-

(1) Los soberanos del Borbonés pretenden descender de Carlos Martel, pero no entraron en relación con los reyes Capetos hasta el reinado de Luis IX. Se cuentan diez y seis señores desde Borbon hasta Beatriz.

gresar á Francia. Contáronse entre estos la esposa del nuevo rey, Teobaldo conde de Champaña, su mujer, Alfonso conde de Tolosa y la suya, último vástago de la casa de San Gilles.

A su regreso á Francia Felipe III se apoderó de la rica herencia de su hermano Alfonso (1271). Reuniéronse á la corona el condado de Tolosa, el Rouergue, el Agenois y el Quercy, sin ser comprendidos en el reino de Francia, juraron fidelidad al rey, reservándose sus libertades, sus leyes romanas y el derecho de formar sus tribunales, y conservaron sus costumbres é inclinaciones extranjeras. Felipe se aprovechó de una contienda feudal con el conde de Foix para mostrar al mediodía todo su poder (1272). Visitó este país algunos años despues (1279), juró solemnemente respetar sus privilegios, y estableció en Tolosa un parlamento independiente del de Paris, dél que dependian las senescalías de Tolosa, Carcasona, Beaucaire, Rouergue, Quercy y Perigord, dando de este modo una especie de existencia nacional á todo el Languedoc. Sus sucesores imitaron este miramiento, y ninguno de ellos dejó á su advenimiento de visitar los «países conquistados de la lengua de Oc;» pero á pesar de sus esfuerzos no llegaron á reemplazar á los antiguos soberanos en el ánimo de los habitantes, que si no los miraron con odio, tampoco con cariño. El condado de Venesino, que era la segunda parte de la herencia de los Raimundos, observando el tratado de Paris, fué entregado al papa que lo poseyó hasta 1790.

§. XI.—*Decadencia del poder imperial.—Concilio de Lyon.—Ruina de la Tierra Santa.*—La muerte de Luis IX lanzó en el olvido las guerras sagradas; y á nadie causaban dolor los desastres de la Tierra Santa que agonizaba bajo el alfanje de los mamelucos, hasta que Gregorio X, un sacerdote virtuoso que habia sido testigo de los males de la Palestina, subió al solio pontificio vacante dos años hacia (1271). Resolvió este pontífice hacer el último esfuerzo para salvar á los cristianos de Oriente. Antes empero era indispensable apaciguar la Europa. Trabajó con este objeto con la mas benéfica actividad, y Alemania le fué deudora del fin de la anarquía que la despedazaba desde que con la casa de Hohenstauffen acabaran las pretensiones imperiales. Su solicitud alcanzó que se uniesen los príncipes alemanes para elegir por emperador á Rodolfo de Hapsbourg, señor insignificante de la

Helvecia (1272). Reconstituyóse entonces sobre nuevas bases la monarquía germánica: siguió llevando el título de imperio de los césares; pero fueron cada vez mas desconocidas de hecho sus pretensiones á la dominacion del Occidente. Los emperadores no fueron ya mas que mezquinos soberanos mal obedecidos, y que solo se ocupaban en el engrandecimiento de su familia. Las miradas y afanes de Rodolfo de Hapsbourg se dirigieron hácia el Austria, la Bohemia y los países eslavos del oriente del imperio; y esta fué la política constante de su casa y la causa de su engrandecimiento. Olvidó los proyectos de dominacion en Italia: el nuevo emperador reconoció y confirmó la donacion de Carlomagno á la Santa Sede, y al ceder sus estados á la Iglesia, se separaron estos definitivamente de los del imperio, pero la Santa Sede solo ejerció sobre estos países una soberanía mas de nombre que efectiva. Luego que el edificio de la monarquía universal quiso erigirse en potencia temporal de Italia, y los papas intentaron someter á su dominacion efectiva al país que llamaban el patrimonio de san Pedro, cayó en escombros toda la obra de Gregorio VII.

Viendo Gregorio X en paz á la Alemania prosiguió en sus proyectos de cruzada, y convocó un concilio general en Lyon (1274). Asistieron á él mas de seiscientos dignatarios del clero, los embajadores de Paleólogo y el patriarca de Constantinopla. Se estableció en él la reunion de las iglesias de Oriente y de Occidente; pero como el poder pontificio no era bastante fuerte para sacar partido de este inmenso resultado tanto tiempo deseado, solo fué ilusoria y efímera esta reunion. Se decretó una cruzada; pero nadie tomó la cruz á pesar de la solemnidad de la asamblea, las exhortaciones del papa y las promesas de la alianza de los mogoles, cuyos embajadores asistieron al concilio. El papa murió dos años despues, y no se volvió á hablar mas de la cruzada. Entonces los cristianos de Oriente fueron cayendo unos tras otros bajo el hierro de los mamelucos. Tolemaida se sostuvo aun quince años, y durante este tiempo no alcanzaron ningun auxilio sus gritos de dolor; los infieles la sitiaron por fin con todas sus fuerzas, y aunque se defendió por espacio de tres meses con desesperacion, fué tomada por asalto, saqueada y destruida desde sus cimientos. Nada quedó á la cristiandad de aquellas co-

lonias que tanta sangre y tantos tesoros durante dos siglos le habian costado (1). Dejó de existir la barrera entre la barbarie del Asia y la civilizacion de Europa, y la invasion mahometana volvió á emprender su marcha hácia el Occidente. Pero era tan terrible el golpe que le habian dado las cruzadas, que necesitó ciento setenta años para llegar á Constantinopla; y cuando esta ciudad cayó en poder de los infieles, estaba tan asegurada la civilizacion europea, que nunca pudo la invasion traspasar el Danubio. La barbarie turca quedó aislada y extranjera siempre en el rincon de la tierra cristiana que aun ocupa en nuestros dias.

§. XII.—*Primera concesion de nobleza.—Proceso de Labrosse.*—El reinado de Felipe III es oscuro y monótono. Faltan los historiadores durante medio siglo. Todo lo que sabemos acerca del rey se reduce á que era «poco instruido y muy retirado del mundo.» Su historia parece una continuacion de la de su padre. Aprovechó empero el impulso que dieron los legistas al poder real, y que se

(1) No quedan mas que recuerdos de tantos esfuerzos y conquistas, de tan innumerables batallas, de aquella epopeya que fué la mas maravillosa de la historia, en la que las mas nobles pasiones engendraron los hechos mas heróicos! Pero estos recuerdos durarán tanto como el nombre de Francia, y los deben conservar preciosamente sus hijos, como descendientes de una generacion que dejó sus huesos en todos los campos de la Europa, para sembrar en ellos algunas ideas y no recoger mas que gloria. Nó; tanta sangre y sacrificio no se han prodigado sin fruto para la Francia, para su engrandecimiento y su porvenir. El patrimonio de una nacion (¿y quién mejor que ella lo sabe?) no lo componen solamente las ciudades conquistadas, la acumulacion de provincias y el territorio material que varia con las victorias ó las derrotas, nó; lo componen su gloria, sus grandes acciones, sus beneficios, el reconocimiento y simpatía de los pueblos, los recuerdos que deja en todas las comarcas donde ha ejercido su dominacion; territorio moral que es independiente de los caprichos de la fortuna, y que la Francia puede sobre todo reivindicar en Oriente. Todo es allí francés desde las cruzadas; los sitios empapados en la sangre de sus antepasados, los mares, las ciudades, las montañas, las ruinas, y hasta las arenas del desierto están llenas de tradiciones gloriosas; y donde quiera que halle la investigadora mirada de un viajero un lienzo de muralla ó un vestigio de monumento, encontrará allí algun escudo, nombre ó escombros que recuerde á la Francia. Los mismos habitantes dicen que es tierra francesa, y que un dia será reconquistada por sus armas. ¿Cuándo vendrán? preguntan los cristianos con esperanza. ¿Cuándo vendrán? repiten con terror los musulmanes. *Frangi*, dice un viajero, es todo lo que pueden concebir de mas invencible y poderoso. Este nombre equivale para ellos al del genio de la guerra, del demonio victorioso, del espíritu que brama como la tempestad y todo como ella lo arrebató. (T. Lavallée).

manifestó principalmente con la primera ejecutoria ó carta de nobleza que, segun dicen, concedió el rey á su platero. Era una usurpacion muy atrevida, y por decirlo así sacrilega, y el mas rudo ataque que pudiera sufrir la aristocracia. La nobleza estaba formada solamente por la tierra, que era la base del feudalismo: los reyes Capetos eran reyes del mismo origen que los barones, pues el poder de unos y de otros tenia igual fecha y título; y al atribuirse el derecho de instituir nobles, el trono se convertia en un poder sobrehumano y hacia una revolucion de inmensa trascendencia. La merced de la nobleza quitaba la separacion de las categorías y las amalgamaba todas; formaba una escala para que en lo venidero pudiera cualquiera elevarse por ella tanto con la carrera civil como con la religiosa, y por medio del talento ó las riquezas se podia llegar á gozar los derechos que hasta entonces solo diera el nacimiento. Quedaba pues admitida la igualdad de los hombres, no solo por ley religiosa sino por ley civil, y si no de hecho, al menos como principio.

Grande inquietud causaron á la nobleza estas innovaciones; pero habia llegado á tanta altura el poder de la corona, que solo manifestaron los nobles su oposicion por medio de sordas intrigas, é intentando bajamente la ruina de los ministros cuyo poder envidiaban. Distinguíase entre estos Pedro Labrosse, cirujano de San Luis, hombre de baja esfera, oriundo de Turena, que llegó á ser tan poderoso, que los prelados y caballeros le manifestaban el mas profundo respeto y le daban ricos regalos, persuadidos de que alcanzaba del rey todo lo que queria, pero le profesaban en secreto odio y envidia (1). Complicáronle para vengarse de él en un negocio muy difícil y expuesto, en el que tuvo que luchar con las calumnias de los cortesanos, y mas aun con la belleza y las lágrimas de María de Brabante, segunda mujer del rey, acusada por el mismo Labrosse de haber hecho matar á un hijo real del primer matrimonio. Se nombró una comision para juzgar al favorito. Este es el primer ejemplo de los procesos por jueces de comision, en los que los legistas fueron los odiosos instrumentos de las venganzas de un partido. El procedimiento fué de los mas secretos é inicuos, y Labrosse murió en el patíbulo (1276).

(1) Guillermo de Nangis.

§. XIII.—*Guerras de los franceses en España.*—Enrique el Gordo, rey de Navarra y conde de Champaña, murió dejando una hija (1274). Su viuda, hija de Carlos de Anjou, llevó á la corte de Felipe á la princesa que se destinaba para el primogénito, y quedaron de hecho reunidas á la corona la Champaña y la Brie. Entraron al mismo tiempo los franceses en Navarra y tomaron posesion del reino. Gozaba este país como todas las monarquías cristianas de España de ilimitadas libertades, y los navarros, despreciando á los franceses, se sublevaron (1276). Marcharon contra ellos dos ejércitos; mandaba el uno compuesto de meridianales Roberto de Artois, que sitió á Pamplona y la entregó al saqueo, y el otro Felipe III, que por hallarse privado de víveres en aquel país medio salvaje, solo pudo llegar hasta el Bearne. Navarra se vió en la precision de rendirse.

Otro motivo llamaba á los franceses á la península: la corona Capeta representaba en Europa el papel del imperio, y señora de Francia é Italia, intentaba extender su dominacion hasta España. Alfonso X, rey de Castilla, tenia dos hijos, Fernando y Sancho. El primero murió dejando dos hijos, y las cortes de Segovia, en vez de reconocerlos por herederos de Alfonso, eligieron á Sancho que era querido de la nacion por sus victorias alcanzadas á los moros (1275). Como Fernando estaba casado con una hija de San Luis, Felipe III tomó á sus hijos bajo su proteccion. Siguióse una guerra poco activa entre él y Alfonso X; y habiendo interpuesto el papa su mediacion, firmaron una tregua ámbos monarcas.

§. XIV.—*Vísperas sicilianas.*—*Guerra de Aragon.*—*Muerte de Felipe III.*—El rey de Aragon y yerno de Manfredo, Pedro III, fué el enemigo mas implacable de la Francia. Protegió y dió asilo á los proscritos gibelinos, y excitado por Prócida, noble de Salerno, alimentaba grandes proyectos contra Carlos de Anjou. Los conquistadores de Nápoles se habian hecho odiosos por sus crueldades y excesos: la Sicilia, medio árabe y medio salvaje, amaba siempre á los descendientes de Manfredo, y abrumada de impuestos y vejaciones, aborrecia «al ante-Cristo que le habia dado por rey el padre de los cristianos.» Toda la Italia y los mismos pontífices estaban ya cansados del despotismo sombrío y cruel de Carlos de Anjou. Mientras reclamaba Constantinopla toda la

atenclon de los cristianos, se estaba tramando una vasta conspiracion entre el rey de Aragon, el emperador Paleólogo y los sicilianos. El móvil fué Prócida. El primero de estos equipó una armada con el dinero del emperador, anunció que iba á hacer una guerra á los musulmanes de Africa y se lanzó al mar. Prócida recorrió entretanto la Sicilia, repartió armas y dinero, y prometió que pronto verian á sus libertadores: el 30 de marzo de 1282, en el momento en que las campanas llamaban á visperas á los fieles de Palermo, los habitantes mataron á un francés que habia insultado á una mujer, y esto fué la señal de una carnicería que duró un mes, y se extendió por todas las ciudades de Sicilia. Todos los franceses fueron muertos ó proscritos. Los sicilianos llamaron á Pedro de Aragon, que cruzaba con su armada los mares de Africa, y le reconocieron por rey.

Carlos volvió luego á poner sitio á Mesina, pero llegó la armada aragonesa y le obligó á volver á embarcarse. Las *visperas sicilianas* habian excitado la indignacion de toda la Francia, y una multitud de caballeros pasó á Italia á ayudar á Carlos de Anjou, á quien miraban como el jefe de la casa de Francia por su edad, su talento y su vasta dominacion. El papa Martin IV, que era francés de nacimiento, se declaró contra los sicilianos y publicó contra ellos una cruzada. Inútiles fueron todos estos auxilios, y Carlos no experimentó mas que derrotas. Roger de Lauria incendió su armada en Catania y en Reggio; era este el mejor marino de su siglo. Humillado y furioso Carlos propuso á Pedro un combate particular de cien caballeros (1283). A pesar de las prohibiciones del papa, el aragonés aceptó el desaffo, y los dos se dieron cita en la Aquitania; pero Eduardo I, que acababa de suceder á Enrique III, se negó á custodiar la liza.

Carlos llegó á ella con el rey de Francia y tres mil caballeros; Pedro se dirigió en secreto á Burdeos, y bajo un disfraz recorrió el campo del combate, protestó que no habia encontrado seguridad para la libertad é igualdad de la lid, y se volvió á su reino. Se rebeló la Calabria durante esta comedia (1): el conde de Alen-

(1) Esta *comedia*, como la llama el autor, es uno de los hechos mas gloriosos de Pedro el Grande. Bien claramente mostró Carlos de Anjou en esta ocasion, que no era tan cumplido caballero, como los historiadores franceses nos dicen, pues acudiendo al sitio del duelo con tres mil guerreros, y rodeando Burdeos de ase-

zon, hermano de Felipe III, fué derrotado y muerto, y los aragoneses terminaron la conquista de Sicilia.

Martin IV declaró entonces á Pedro excluido de la corona de Aragon, y se la ofreció á Felipe III, que la aceptó para su hijo segundo (1284). Se predicó contra los aragoneses y sicilianos una cruzada que se llevó adelante con ardor. Carlos de Anjou hizo formidables armamentos en los puertos de Provenza; pero Roger de Lauria derrotó completamente la armada provenzal en Malta, hizo vela con direccion á Nápoles, y alcanzó una segunda victoria á la escuadra napolitana, haciendo prisionera en ella al hijo de Carlos que la mandaba. El padre partió á Nápoles y murió lleno de dolor y de humillacion (1285).

Preparábase para entrar en España un ejército que contaba, segun dicen, veinte mil caballeros mandados por Felipe III y sus dos hijos. El primogénito Felipe IV llevaba el título de rey de Navarra como esposo de la heredera de los Teobaldos, y el menor, Carlos de Valois, el de rey de Aragon. Además de la conquista de Aragon tenian proyectado atacar á Castilla, donde reinaba Sancho desde la muerte de Alfonso X. La cita era en Tolosa, y el resultado mas efectivo de estas expediciones fué el familiarizar al mediodía con la dominacion francesa. El rey de Mallorca y soberano del Rosellon y Montpellier, que era hermano y enemigo de Pedro, entregó sus castillos, y solo Elne, que se resistió, fué tomado por asalto y saqueado. Cruzaron los franceses los Pirineos, Felipe se apoderó de Rosas y puso sitio á Gerona. Pedro III estaba al parecer perdido; no tenia mas soldados que montañeses desnudos y sin armas, y era aborrecido como enemigo de las libertades de Aragon por sus súbditos, los cuales le obligaron á restituirles todos sus derechos, y le salvaron decretando un levantamiento en masa contra los enemigos. Gerona fué tomada por los franceses; pero las enfermedades empezaron á diezmar el ejército. Las escuadras catalanas tenian una inmensa superioridad sobre las francesas, compuestas de naves proven-

chanzas, con otros pormenores que cuentan las crónicas, Carlos se portó como desleal, cobarde y mal caballero. Pedro el Grande llevó á cabo una empresa en extremo arriesgada presetándose en Burdeos, y exponiendo su vida á un peligro casi seguro, dando de este modo una prueba del valor y lealtad que le hicieron salir vencedor en todas sus empresas. (Nota del T.)

zales y genovesas (1), y Roger de Lauria salió vencedor en dos combates. El ejército francés emprendió su retirada, sucediéronse unos á otros los desastres, pereció el resto de los soldados, víctima de la miseria y las enfermedades, y el mismo rey murió en Perpignan (1285).

CAPÍTULO IV.

Felipe el Hermoso y Bonifacio VIII. (1285—1303.)

§. I.—*Felipe IV, rey de Francia.—Tratado de Tarascon.*—Dos nuevos reyes deseosos de continuar las guerras de España y de Italia aparecieron al mismo tiempo que Felipe IV llamado el Hermoso. Sucedió á Carlos de Anjou, Carlos llamado el Cojo, prisionero de los aragoneses mientras administraba sus estados su primo Roberto de Artois. Pedro III murió un mes despues que Felipe III dejando á su primogénito Alenso los reinos de Aragón y Valencia, y á su segundo hijo Jaime la Sicilia. Martín IV tuvo sucesores impotentes cuyos nombres quedaron en la oscuridad.

Continuó la guerra débilmente en todas partes. Perdió la escuadra de Francia dos combates marítimos, Lauria devastó las costas del Languedoc y los aragoneses conquistaron las Baleares. Entabláronse negociaciones bajo la equitativa mediación de Eduardo I, rey de Inglaterra, y Carlos el Cojo alcanzó su libertad provisionalmente, con la condicion de que renunciaria la Sicilia (1289). Felipe IV se opuso á este tratado, y Carlos se negó á volver á cargarse de cadenas. Principió otra vez la guerra, los hijos de la Cerda fueron abandonados por el rey de Francia, este hizo alianza con Sancho de Castilla, y Alfonso de Aragón fué vencido por Carlos el Cojo. En fin Carlos y Alfonso hicieron un tratado en Tarascon (1291) en el que mutuamente se reconocieron el uno como rey de Aragon, y el otro como rey de Sicilia, abandonando los dos las causas de Carlos de Valois y de Jaime de Sicilia. Felipe IV no accedió á este tratado, pero no

(1) Los catalanes fueron los mas hábiles navegantes de su tiempo y su táctica naval era muy curiosa.—Ramon Muntaner.

continuó la guerra. Murió Alfonso poco tiempo después, y su hermano Jaime heredó el reino de Aragón y llegó á conservar la dominación de Sicilia.

§. II.—*Adelantos administrativos de la corona.*—Felipe se ocupó mas de la administracion de su reino que de estas guerras para él de ningún interés inmediato: solo contaba diez años cuando subió al trono, pero guiado por los consejeros de su padre y de su abuelo, continuó su obra con la mas acertada actividad, aunque no con iguales sentimientos. La corona se habia engrandecido naturalmente despues de Luis IX, solo con asegurar la paz y el bien general. Con Felipe IV el trono quiso ser absoluto por ambicion, por orgullo, por el afan de gobernar arbitrariamente y sin tener en cuenta el bien público; y el nuevo rey se aprovechó de la fe que el pueblo profesaba al poder que santificara Luis IX, para convertirlo en despotismo. Lo estableció pues á expensas de las municipalidades y del clero.

Las ciudades municipales defendian con mucho trabajo su independencia. A medida que se iban formando los grandes estados, no solo tenian que pelear con los pequeños señores sino con poderosos soberanos, y esta resistencia fué aun mas difícil cuando los grandes estados se confundieron con el poder real. Además no solo debian refrenar las ambiciones de los vecinos sino sus turbulencias interiores. La vida de las municipalidades era muy tumultuosa, y su libertad, comprada para gozar y conservar el órden y la seguridad, era turbulenta y precaria: reproducíanse en estas pequeñas repúblicas las violencias y barbaries de los castillos feudales: eran continuos en ellas los saqueos, las venganzas y la anarquía: combatian allí sin cesar la democracia del populacho y la aristocracia de la clase media; y ensangrentaban todos los dias sus calles los odios entre los oficios y las rivalidades de los barrios y toda clase de partidos. De modo que habian desaparecido un gran número de municipalidades espontáneamente y por la fuerza; sus enemigos se aprovechaban de sus desórdenes para esclavizarlas, y ellas mismas pedían con frecuencia la intervencion de un vecino poderoso. La mayor parte de ellas envidiaban á las ciudades reales, que contemplaban tan felices y tranquilas bajo un poder fuerte y protector, y sólicitaban descansar al abrigo del despotismo. El trono ayu-

dado por sus legistas hizo todos los esfuerzos posibles para destruir las municipalidades; y como no tenia nada que temer del vecindario, y sí mucho que esperar de su espíritu de orden y de negocios, les dió en cambio de su independencia el bienestar material y la paz. Hizo en su favor numerosas ordenanzas, sacó de su seno los juriconsultos mas adictos y los agentes civiles; y en fin, dándoles una parte del poder, acrecentó su prosperidad y satisfizo su modesta ambicion.

Igual embate sufrió el poderío del clero; las ordenanzas usurparon los privilegios clericales y principalmente la jurisdiccion de los tribunales eclesiásticos, excluyeron á los sacerdotes de las funciones judiciales, no solo en el dominio real, sino en todo el reino; y estos no fueron aptos para ejercer los empleos de jueces, *maires*, regidores, etc. (1287).

La Francia, á beneficio de estas innovaciones, empezó á disfrutar una verdadera administracion. Se cuentan en este reinado trescientos cincuenta y cuatro actas públicas ú ordenanzas. Jamás habia sido tan activa la corona, mezclábase en todo, redactaba reglamentos para todo, hasta leyes minuciosas é inquisitoriales sobre los gastos, y esparcia por las provincias prebostes, senescales y escribanos que trabajan en beneficio suyo. El parlamento adquirió una organizacion regular y enteramente legítima: se instituyeron las cámaras de informaciones y de peticiones, y el cargo de *perseverante del rey*, origen del ministerio público (1291), á quien una ordenanza de 1302 le mandó que residiera en Paris. Este fué el gran medio de gobierno de Felipe. El parlamento no cesó de sumariar á los sacerdotes y á los nobles, protegió á los judíos y herejes contra la inquisicion, prohibió las guerras particulares, puso obstáculos á las adquisiciones eclesiásticas, y unió sordamente las jurisdicciones feudales.

§. III.—*Guerra con los ingleses.*—La corona continuó su obra de engrandecimiento material. El reino de Francia se convirtió muy pronto en el estado mas compacto de Europa. Con el matrimonio de Felipe con la heredera de los Teobaldos se reunieron á la corona la Champaña y la Brie: igual suerte alcanzaron la Marca y el Angoumois despues de la muerte de Hugo III de Lusitania, por medio de una sentencia del parlamento que quitó estos condados á sus legítimos herederos; y mas tarde recayó

en la familia real el condado de Borgoña con el matrimonio de su segundo hijo con la heredera Juana. Este enlace dió á Felipe IV la administracion de esta provincia y acarreó una revolucion á sus habitantes. La destreza frecuentemente fraudulenta de los legistas ocasionó muchas otras reuniones, entre ellas la del señorío de Montpellier, y no quedaron mas que cuatro feudos, de los cuales el mas difícil de adquirir y cuya posicion mas codiciaba Felipe era el ducado de Guiena.

Se conservó la paz entre los reyes de Francia é Inglaterra despues del tratado de Burdeos. Eduardo I era un príncipe hábil, que despues de haber adquirido un nombre en Palestina, habia vencido á los galos y obligado á los escoceses á reconocerle como su señor feudal, pero respetaba á Felipe como buen vasallo y le habia cedido el Quercy por una renta de 3.000 libras. Las ciudades de la Guiena eran muy adictas á la dominacion inglesa, que protegía sus libertades y su comercio de vinos: solo los nobles se inclinaban en favor de Francia por sus costumbres caballerescas; y no se habia interpuesto aun entre franceses é ingleses el odio ciego que los arrastró despues á continuas y encarnizadas guerras. Las circunstancias no favorecian los proyectos ambiciosos de Felipe. Rompió la paz una contienda oscura que se trabó entre los marineros de Guiena y los de Normandía (1292). Los marinos de ambas naciones sin rompimiento declarado se hicieron la guerra en todas partes con furor, y los gascones intentaron sorprender á la Rochela. El rey de Francia mandó entonces á sus súbditos que ocupasen pacíficamente los dominios de Eduardo I y castigasen á los culpables, pues el derecho empezaba á ser un medio mas eficaz que la fuerza para obtener justicia, y porque Felipe era mas legista que caballero. Las guarniciones inglesas rechazaron á los dignatarios públicos de justicia: Felipe citó á Eduardo para que compareciese ante su consejo para responder de tan osado insulto (1293), y «tratar de otro negocio que convenia proponer en contra suya (1).» El rey inglés envió á su hermano para rendirle sumision en su nombre, y mandó á sus tenientes «que pusieran en poder y voluntad del rey de Francia las tierras de Gascuña,» bajo condicion

(1) Rimer t. II. El ob. obligaba «el feudo» el cual se apelaba

de que serian devueltas á los ingleses despues de cuarenta dias.

Los gascones durante este tiempo cometieron muchos actos de abierta hostilidad contra los franceses, y al acabarse el plazo, Felipe se negó á devolver la Guiena, intimando nuevamente á Eduardo á que compareciera ante el consejo de los pares (1294). Irritado el rey de Inglaterra de esta violacion de palabra y juramento, se negó á comparecer ante el tribunal de Felipe, le preparó enemigos por todas partes y dió armas á los gascones. Felipe entonces hizo que el parlamento pronunciase la condenacion de Eduardo y la confiscacion de sus feudos de Francia.

La contienda de los dos reyes puso en movimiento una gran parte de la Europa. Felipe tenia por aliados á los galos y escoceses; Eduardo á Adolfo de Nasau, rey de los romanos, y al conde de Flandes. La rebelion de los galos obligó á Eduardo á permanecer en Inglaterra; pero este venció al rey de Escocia Juan Bailleul, quien, obligado á renunciar la corona, murió prisionero (1297). Adolfo de Nasau debia invadir la Francia con los señores del Norte, pero no se movió y se contentó con escribir á Felipe cartas llenas de injurias. El conde de Flandes queria casar á su hija con el hijo de Eduardo, y Felipe, bajo pretexto de felonía, hizo prender al padre y á la hija, y los encerró en el Louvre. Solo en Guiena fueron activas y directas las hostilidades, pero siendo iguales las derrotas y las victorias. Felipe estaba exhausto de dinero; y despues de haber saqueado á los judíos y falsificado la moneda, impuso contribucion al clero.

§. IV.—*Principio de la contienda de Bonifacio VIII y Felipe IV.*
—Ocupaba entonces la silla pontificia Bonifacio VIII, de la familia de los Gaetani, anciano enérgico y astuto, elegido por la influencia francesa (1295). Era protector de los gibelinos y amigo declarado de la Francia; obligó á Jaime de Aragon á que cediese la Sicilia á Carlos el Cojo; destinó para el imperio de Oriente á Carlos de Valois; y por fin intentó por todos los medios posibles ensalzar en Italia á la casa de Francia. Dábale disgusto la guerra que sin razon se hacian Felipe y Eduardo, que era para los dos reyes un motivo para abrumar los pueblos y al clero con inmensas exacciones. Pidió á Felipe que pusiera en libertad al conde de Flandes é hiciera una tregua con Inglaterra. Viendo el pontifice, el cual se apellidaba «el elegido de Dios sobre los

reyes y los reinos para juzgarlos con majestad desde lo alto de su trono y disipar los males con sola su mirada (1), » que el rey de Francia se daba muy poca prisa en obedecerle, lanzó una bula violenta, en la que excomulgó á todos los clérigos que consintieran en pagar un impuesto sin orden de la Santa Sede, y á todos los que le estableciesen « sin considerar su dignidad (1296) (2).»

Lleno de enojo el jóven rey al recibir esta bula, prohibió la permanencia de los extranjeros en Francia, y la exportacion de dinero, víveres y caballos sin su permiso. Esto era un ataque indirecto contra el papa cuyas rentas procedian de diferentes tributos impuestos al clero europeo. Le respondió el papa con la bula siguiente :

« Seducido por un consejo malicioso, has publicado una ordenanza que ataca indirectamente la libertad eclesiástica, quita á los que no han nacido en tus dominios la facultad de permanecer en ellos y ejercer su comercio, y causa mucho daño y opresion tanto á tus súbditos como á los extranjeros. El cariño que todos te profesaban ha empezado á entibiarse, y no hay pérdida mayor para un rey que la del amor de sus súbditos. Si ha sido tu intencion hacer un perjuicio por medio de tu ordenanza á nuestros hermanos y á nos, á sus bienes y á los nuestros; seria no solo una imprudencia sino una locura querer llegar con tus manos temerarias hasta las cosas sobre las que no tienen ningun poder los principales seglares, y merecerás la sentencia de excomunion. Advierte, hijo mio, á qué extremo te han conducido tus consejeros. No era esta la conducta de tus abuelos tan ardientemente adietos á la Santa Sede. Por otra parte nos no hemos determinado que dejen los clérigos de ayudarte cuando lo necesitas en la defensa de Francia, sino que lo hicieran solo con nuestro permiso, por las intolerables exacciones que tus agentes han ejercido sobre todas las clases, ya religiosas, ya seglares. Si amenazase á tu reino tan querido de la Iglesia un gran peligro y necesidad, la Santa Sede echaria mano de las cruces y los cálices antes de dejarlo perecer. Exhortamos pues á tu majestad real á que recibas los remedios que te ofrece la mano paternal, y te corrijas de tu error. Conserva nuestro cariño y bondad, y no

(1) Reynaldi Annales, a. 1301. — (2) Pruebas de las diferencias de Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso, p. 44.

nos obligues á recurrir á medios inusitados, que emplearemos á nuestro pesar cuando nos lo dicte la justicia (1).»

Este lenguaje era brusco y altivo; pero los reyes estaban habituados á los ásperos sermones de los pontífices, y la bula de Bonifacio solo pareció extraña á Felipe y sus legistas. El papa alimentaba todas las ideas de sus antecesores; pero le faltaba la fe en la legitimidad de sus pretensiones, las cuales veía que no estaban de acuerdo con las necesidades y las opiniones de la época. Por otra parte la Santa Sede estaba acostumbrada á amar al trono francés, en el que siempre encontró fidelidad y adhesión; de modo que Bonifacio se dió prisa en dar explicaciones á su bula luego que supo el desagrado de Felipe, declarando que de ningun modo pretendia privar al clero de hacer al rey los dones que exigieran las necesidades del reino, ni de satisfacer á la corona los servicios feudales que le debia. Continuó concediendo todas sus gracias á la casa de Francia en Italia; y para darle un testimonio eficaz de su cariño, elevó solemnemente á Luis IX al rango de los santos (1297).

Pero el orgulloso Felipe estaba animado del mas vivo resentimiento contra el papa: no podia tolerar que otro hombre tuviera derecho de interponerse entre él y sus vasallos; y quiso desde entonces desembarazarse de este importuno defensor de la moral pública, y hacer á la corona tan independiente de la Iglesia como de la aristocracia. Mandó que sus legistas contestaran al papa que el gobierno temporal pertenece á los reyes, los cuales son superiores á todos los poderes vivientes (2). Añadió «que los clérigos no solo eran miembros de la Iglesia sino tambien ciudadanos de Francia, y que debian ayudar al reino con sus subsidios ya que no podian hacerlo con las armas; que la denegacion de socorrer al príncipe contra sus enemigos era un delito de lesa majestad, etc. (3).» No obstante suspendió las exacciones contra el clero; el papa modificó sus pretensiones, y las dos potencias parecian quedar reconciliadas. Entonces Felipe se esforzó en poner término á la guerra con los ingleses para estar desembarazado en la grande empresa en que habian naufragado Enrique IV y Federico II.

(1) Pruebas de las diferencias de Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso, p. 155.—
(2) Id. *ibid.* p. 28.—(3) Id. *ibid.* p. 25.

§. V.—*Creacion de pares.—Tregua con Inglaterra.—Reunion de Flandes á la corona.*—Inauguró su plan separando al duque de Bretaña de su alianza con los ingleses, y creándole par al mismo tiempo que á Roberto, conde de Artois, su primo y á su hermano Carlos, conde de Valois. Era una innovacion del mismo género y mas osada aun que la concesion de nobleza. Al crear pares, el descendiente de los duques de Francia no se rodeaba de iguales en soberanía, sino de súbditos muy adictos; y el cargo de par solo fué una dignidad. La vanidad de los señores no les dejó ver la idea de esta innovacion; y el trono era ya tan poderoso, que los príncipes independientes tuvieron á grande honor estrechar por medio de la dignidad de par sus lazos de vasallaje.

Habiendo salido de la prision Guido, conde de Flandes, dejando á su hija en rehenes y jurando no hacer mas alianzas con Eduardo, llegó á Flandes, y formó una liga formidable con el rey inglés, Adolfo de Nasau, y con los señores de los reinos de Lorena y de Borgoña. Felipe juró vengarse de este perjurio, y renovó las ordenanzas de san Luis sobre las guerras particulares, los combates judiciales y los torneos, reuniendo por este medio un fuerte ejército que condujo á Flandes (1297). Estaba el rey en secreta inteligencia con la clase media de este país, cuyos privilegios violara Guido, y que habian elevado hasta el trono sus quejas. Abandonado el conde por sus súbditos se retiró á Brujas, y sus dos hijos se encerraron en Lila y en Courtray. Mientras Felipe sitiaba á estas dos ciudades, Roberto, conde de Artois, se dirigió por la Flandes marítima á encontrar en Tourner el ejército enemigo. Venció á los flamencos; rindiéronse Lila y Courtray, y á excepcion de Brujas y Gante cayó en poder de Felipe todo el país. Se hallaba Guido en la situacion mas desesperada; no salia á pelear ningun señor de Lorena ni de Borgoña y el emperador se hallaba amenazado con la pérdida de su corona, pues Alberto de Austria, su rival, habia hecho con Felipe una alianza en la « que se convinieron en que el reino de Francia, que á la sazón llegaba hasta el Mosa, extenderia hasta el Rhin los límites de su dominacion (1).» En fin Eduardo llegó á Flandes con tan débil ejército, que los dos aliados evacuaron á

(1) Guillermo de Nangis, p. 257.

Brujas y se retiraron á Gante. Ocupaban los franceses entonces la Guiena, abandonada de su soberano, y la Escocia sublevada por Wallace rechazó á los ingleses y obligó á Eduardo á volver á su isla. El rey no tuvo mas remedio que pedir desde Inglaterra una tregua y la mediacion de Bonifacio VIII (1298).

Felipe accedió á la tregua y aceptó el mediador, no en calidad de papa, sino como persona particular. Propicio siempre Bonifacio para la Francia, le envió con anticipacion una copia de su decision. En ella determinaba que los dos reyes quedasen provisionalmente poseyendo lo que ocupaban en la Guiena en el momento de la tregua; pero que la parte de Eduardo permaneciera en poder del papa hasta que ambos soberanos acabasen de arreglar amistosamente la particion del ducado (1). Los dos aceptaron y ejecutaron el tratado. El rey de Inglaterra se casó con la hermana del rey de Francia para consolidarlo, y su hijo Eduardo «quedó prometido á Isabel, hija de Felipe.» Este último matrimonio fué la causa de cien años de guerra entre ambas naciones.

Felipe y Eduardó rompieron mutuamente las alianzas que habian hecho con otros príncipes, Wallace fué vencido y muerto y la Escocia volvió á caer bajo la dominacion inglesa. Las tropas de Eduardo evacuaron la Flandes, y la ocuparon los franceses enteramente á excepcion de Gante. El conde Guido, aconsejado entonces por Carlos de Valois, se entregó á la generosidad del rey con sus hijos, sus nobles y castillos. Felipe correspondió á esta confianza enviando al conde al Louvre, y haciendo que sentenciara el parlamento la reunion de Flandes á la corona (1299). En seguida partió á visitar su conquista que era la mas importante que habia hecho hasta entonces un rey Capeto, «y fué recibido con gran pompa por los flamencos, que hicieron ostentacion de todas sus riquezas.» Al principio prometió aumentar sus libertades, pero excitó su codicia el aspecto del lujo de aquellos comerciantes que no tenia igual en el resto de Europa. «Creía que era yo sola la reina, dijo su esposa mirando con avidez salvaje las ricas pedrerías y adornos de las vecinas de Brujas, pero estoy viendo aquí mas de seiscientas (2).» Desde entonces solo pensó Felipe en sacar dinero de su conquista.

(1) Rymer, t. I, parte II, p. 200.—(2) Continuacion de Nangis, p. 54.

§. VI.—*Exacciones de Felipe IV.—Consecuencias de su contienda con Bonifacio VIII.*—A medida que las pasiones morales, que habian dado tanta excitacion á la edad heroica, perdian su intensidad, ocupaban su lugar las pasiones materiales; y el oro empezaba á ser el dios único y el fundamento de todo poder. No solo se buscó por medio del comercio y de la industria, á los que dió un nuevo vuelo esta sed universal de riquezas (1), sino por vías sobrenaturales ó ilícitas. Quiso fabricarlo la alquimia; la magia lo mendigó á los espíritus infernales, y la falsificacion de moneda fué el delito mas comun. La usura era la llaga social; se personificó en el judío, nacion inmunda y atormentada, siempre rechazada, y dió principio á la guerra sorda del dinero y de la industria contra la espada y la violencia. El oro no era tan solo para los reyes un manantial de goces personales, sino el único recurso de su gobierno. Los papas habian administrado el mundo con la palabra, y los reyes solo podian administrar sus estados con un poder material. Fué preciso pagarlo todo; el ejército, el parlamento, los prebostes, los jueces, los nobles y hasta el clero, de modo que Felipe IV estaba continuamente falto de dinero y lo buscaba por todos los medios posibles. Unas veces arrancaba por la violencia sus riquezas á los judíos y lombardos que sacaban de Francia sus ganancias, y otras abolia la servidumbre en sus dominios de Languedoc, convirtiendo sus derechos en una contribucion pecuniaria. Su recurso principal era la alteracion de las monedas, por medio de la cual cobraba en realidad de todo el reino. Ocupado únicamente de sí mismo, le importaban muy poco los sufrimientos y necesidades de sus súbditos, les arrebatava sus riquezas sin precaucion ni discernimiento, y entorpecía el comercio y la industria que no tenian ninguna garantia contra su caprichosa codicia. Los legistas hallaban siempre en las leyes romanas razones justas en favor de estas exacciones, que hacian triunfar los tormentos, y emitian el principio de que solamente el rey tenia derecho de imponer á su gusto y sin oposicion tributos á sus súbditos.

El clero era principalmente objeto de estas vejaciones rentís-

(1) La línea anseática creada en 1164 comprendía en el siglo XIV ochenta ciudades entre las cuales estaban Amberes, Ostende, Dunkerque, Calais, Ruan, San Malo, Burdeos, Bayona y Marsella.

ticas. El papa no cesaba de quejarse; pero no por eso quedaba menos amigo de los franceses, y se hacia odioso en Italia por la parcialidad que manifestaba por ellos. Dió á Carlos el Cojo el apoyo de Jaime, rey de Aragon, contra el mismo hermano de este, Federico, á quien los sicilianos habian sentado en el trono: hizo amigos de la casa de Anjou á sus dos mayores enemigos Juan Pró-cida y Roger de Lauria: sentó en el trono de Hungría al nieto de Carlos el Cojo, á pesar de los mismos húngaros que habian elegido á Andrés el Veneciano; y en fin nombró á Carlos de Valois duque de Spoleto, capitán general de la Iglesia, vicario del emperador en Italia y pacificador de la Toscana, prometiéndole ayudarle á subir al trono imperial, del cual desposeyó á Alberto de Austria el Excomulgado, asesino de Adolfo de Nasau.

Bonifacio al apoyar y favorecer de este modo á la casa de Francia, solo lo hacia con el objeto de aumentar el engrandecimiento de la Iglesia, y experimentaba un disgusto al no hallar en Felipe un hijo sumiso y un instrumento dócil. Las disensiones entre el pontificado y el trono francés eran un asunto doméstico, y por decirlo así interior, pero podia fácilmente preverse que el dia en que comenzase la lucha entre los dos poderes que mutuamente se habian sostenido siempre, sucumbiria el pontificado, porque pelearia contra su apoyo material en una época en que estaba conmovida la fuerza que le daba la fé. Bonifacio presagió el peligro, pero no pudo guardar un silencio culpable al ver que su primogénito atacaba los derechos de la Iglesia. La poca dulzura y moderacion de su carácter le impelió á sostenerse desesperadamente en esta guerra civil á pesar de sus peligros, y á morir sobre los restos del grande edificio fundado por Gregorio VII.

§. VIII.—*Jubileo del año 1300.—Bula contra Felipe IV.*—Acababa de inaugurarse el siglo décimocuarto, y el papa quiso celebrar el primer año con una ceremonia que reanimase la fé cristiana. Concedió pues indulgencia plenaria á todos los fieles que visitaran aquel año el sepulcro de los santos apóstoles. Esta novedad fué acogida con transporte. Era el último y pálido reflejo de las cruzadas. Muchos millones de hombres hicieron su peregrinacion á Roma: la ciudad no tenia bastante sitio para hospedarlos, y se alzaron campamentos en las llanuras inmediatas. Bonifacio

se llenó de orgullo al aspecto de todos aquellos fieles que venían á besarle los piés, y cuando los embajadores de Alberto de Austria le pidieron que reconociera á su señor como sucesor de Carlomagno, les recibió con la corona imperial en la cabeza y la espada desnuda en la mano diciéndoles: «Yo soy el César y el emperador (1).» Creyó que el pontificado era omnipotente como en el siglo de Urbano II, y que con sola una palabra podía interesar á la Europa en pro de la causa de la Iglesia; pero solo había convocado al mundo á presenciar los funerales de la monarquía pontificia, y el jubileo del año 1300 fué la última ceremonia en que se adornó con las insignias imperiales.

La contienda con el rey de Francia habia tomado un carácter en extremo hostil y desabrido: Felipe no ponía límite á sus usurpaciones, ni á sus reprensiones Bonifacio, y para terminar las contestaciones, el papa nombró legado de Francia á Bernardo Saissetti, obispo de Pamiers. No podia ser mas desacertada la eleccion; pues Saissetti además de ser de un carácter exaltado é impropio para su mision pacífica, era hijo del Languedoc y se acordaba que su país habia sido independiente. No ocultaba pues su odio «contra los enemigos de la lengua provenzal que tantos males habian causado á los tolosanos,» y habia inducido á los condes de Foix y de Cominges á arrojar de sus dominios á los franceses y formar un reino con la Galia meridional. Su conducta en la corte de Francia se distinguió por lo altiva y poco tolerante, y excitó la indignacion de Felipe que se decidió á comenzar la lucha (1301). Saissetti regresó á Pamiers; y sabiendo que el rey se preparaba á cometer con él una violencia, iba á refugiarse en Roma, cuando fué preso en su palacio episcopal y conducido á Paris. La corte secuestró sus bienes, y envió comisionados al Languedoc para recoger informaciones de sus enemigos. Sus criados sufrieron el tormento, y se dió principio á un sumario que fué un modelo de iniquidad. Los legistas fueron los instrumentos de esta violacion de la libertad eclesiástica, pues mas que jueces concienzudos é inflexibles, eran esclavos encargados de buscar en la ley una razon para satisfacer la voluntad del soberano. La informacion de los procesos era una ciencia

(1) Benvenuto de Emola, sobre el Arte de las fechas, t. II p. 31.

nueva que había tomado de la inquisición sus formas, sus tormentos, su misterio, su mismo lenguaje, y que no tenía otro objeto que encontrar culpables. El juez, empapado de una crueldad fría y servil, miraba como un mérito el sorprender, escudriñar y embarazar al acusado: no imaginaba que debía ver si era malo ó bueno en sí mismo lo que le mandaban, sino que creía cumplir con todo su deber hallando razones para condenar á los que ponían en sus manos. La ciencia de las leyes se convirtió en una especie de fanatismo. La Iglesia había combatido con textos á los herejes; los juristas hicieron otro tanto, no contando para nada con las razones, y la ley se convirtió en una arma invencible, fecunda, de mil formas en las manos de estos *caballeros en derecho*, cubiertos de textos y palabras sutiles. ¡Este es no obstante, aun que impuro, el origen de la magistratura francesa que ha sido la salvaguardia y el guia de las libertades nacionales!

Saissetti compareció ante el consejo del rey y fué acusado de herejía y simonía. Era este el crimen que comunmente se imputaba á todos los que se queria aniquilar; su verdadero delito consistía en su adhesión á los derechos de la Iglesia, y en su deseo de dar la independencia al Languedoc. Lo negó todo, y excitó la cólera de los nobles hasta tal punto, que le dijeron: «No sabemos qué nos detiene para que no os matemos en el acto (1).» Encerráronle en un calabozo bajo la custodia del arzobispo de Narbona, y Felipe hizo saber al pontífice, «que le impulsaba para que vengase las injurias de Dios, del rey de Francia y de todo el reino, privando de las sagradas órdenes y de todo privilegio clerical á un hombre condenado á muerte, pues su vida prolongada por mas tiempo corromperia todo lo que le rodease, y para que el rey pudiera hacer á Dios judicialmente un sacrificio con un malvado incorregible (2).»

Bonifacio respondió: «Segun derecho divino y humano, los legos no tienen ningun poder sobre la libertad de los clérigos; deje venir tu grandeza á Roma á ese obispo, pues deseamos tenerlo á nuestro lado, y devuélvele sus bienes y los de su iglesia. Te advertimos que no te atrevas á llegar con tus manos codicio-

(1) Historia del Languedoc, t. IV, p. 102.—(2) Pruebas de las diferencias, p. 630.

sas hasta cosas como estas, y evites de hoy en adelante ofender á la majestad divina ó á la dignidad apostólica, porque no sabemos cómo podrias evitar la sentencia de nuestros cánones (1).»

Convocó en seguida en Roma al clero francés para consultarle sobre las infracciones á las libertades de la Iglesia, de que eran culpables Felipe y sus ministros, y dirigió al rey una bula que empezaba de este modo (1301): «Escucha, ó hijo mio, los consejos de un padre tierno y cariñoso. No te dejes persuadir por los que te dicen que no tienes superior en la tierra, y que eres independiente del jefe soberano de la jerarquía eclesiástica. El que tales opiniones defiende es un insensato, y si persiste en este error, deja de pertenecer á la grey católica. Dios nos ha constituido, aunque indignamente, superior á los reyes y á los reinos, imponiéndonos el yugo de la servidumbre apostólica para arrancar, destruir, dispersar, edificar y plantar con su nombre y su doctrina, para apacentar la grey espiritual, para fortalecer á los enfermos, curar á los heridos, etc.» Vituperó entonces todas las acciones malvadas de Felipe, nó en calidad de soberano de los reyes, sino como sacerdote supremo, por los pecados que cometa y los que hacia cometer: reprendió sus ataques contra las iglesias, la dilapidacion de sus rentas, los entorpecimientos que ponía al comercio, la expulsion de los extranjeros y las alteraciones de las monedas. «Por mucho cariño y afecto que te profesamos, añade, tanto á tí como á tu casa y tu reino, no debemos pasar en silencio el dolor que nos causas al ofender la majestad divina desde que abrumas á tus súbditos, afliges tanto á legos como á sacerdotes, apuras con exacciones inmoderadas á los pares, condes, municipalidades y masa del pueblo, etc.» En fin le habló del desprecio de los extranjeros, del odio de sus súbditos y del juicio de la posteridad que le contaria entre los malos reyes y entre los hombres deshonestos (2).

Enfurecióse Felipe al leer esta reprension audaz que le quitaba la máscara á los ojos de los cristianos, hizo arrojar la bula al fuego, alejó de Francia al obispo que la habia traído, lo mismo que al obispo de Pamiers; y queriendo que todos sus súbditos participaran de su cólera y tomaran parte en su contienda, con-

(1) Pruebas de las diferencias. p. 661.—(2) Id. p. 47.

vocó un parlamento mas numeroso que los que tuviera hasta entonces.

Además de que la bula no era tan injuriosa y despótica como decia Felipe, contenia acusaciones tan justas y verdaderas, tan sanas ideas sobre el poder de los reyes y los derechos de los pueblos, tanta moderacion y fuerza y tal ternura y severidad paternal, que no era prudente ponerla ante los ojos de la nacion. Por esta razon esparció por todas partes el canciller Pedro Flotte, en vez de la larga y decente reprension de Bonifacio, este seco y grosero escrito que pretendió que fuera un resúmen de la bula, y de la cual no contenia una palabra. «Bonifacio obispo, servidor de los servidores de Dios, á Felipe rey de los franceses. Queremos que sepas que nos debes sumision tanto en lo espiritual como en lo temporal, que no te pertenecen las colaciones de beneficios y prebendas, que si guardas los beneficios vacantes es para reservar los frutos á los sucesores; y que si tú has conferido alguno consideramos esta colacion sin valor, y la revocamos declarando herejes á todos los que piensen de otro modo (1).»

El papa acriminó tan imprudente falsificacion, explicó su bula verdadera, de la cual algunas palabras podian herir la independencia de los franceses, y protestó de que al hablar de su superioridad sobre los reyes y los reinos, significaba la superioridad moral y eclesiástica sobre los pecadores. «Pedro Flotte, dijo en pleno consistorio, nos ha acusado de que hemos mandado al rey que debia reconocer que poseia por nos su reino. Hace cuarenta años que nos hicimos doctor en derecho, y sabemos que uno y otro poder proceden de Dios. ¿Cómo puede creerse pues que haya podido concebir nuestro entendimiento semejante necedad y extravagancia? No pretendemos usurpar el poder del rey; pero este no puede negar tampoco que está bajo nuestra dependencia cuando se trata del pecado (2).»

A pesar de estas explicaciones, Pedro Flotte esparció al público la respuesta que Felipe no se atrevia á mandar al papa: «Felipe por la gracia de Dios, rey de los franceses á Bonifacio, que se llama papa, poco ó nada de salud. Sepa tu enormísima fatuidad que no dependemos de nadie en lo temporal, etc.»

(1) Pruebas de las diferencias, p. 44.—(2) Id. p. 77.

§. VII.—*Primeros estados generales.*—Reunióse entonces el parlamento convocado por Felipe. Habíase dado este nombre hasta aquella época á las conferencias de los barones, ora fuesen entre ellos, ora con el rey, ya se tratase en ellas de un fallo feudal, ya de la publicacion de una guerra ó de la formacion de una ordenanza: y unas veces era un tribunal de justicia, otras un consejo privado ó una asamblea legislativa. No estaban absolutamente definidas sus prerogativas; su poder y utilidad dependian enteramente de las circunstancias, y no habia nada de fijo ni de regular en el modo de efectuarse su convocacion, el número de sus miembros y los asuntos de que se habia de tratar. Solo tenian asiento en ellas los barones y los prelados, y los legistas fueron introducidos, nó como miembros, sino como consejeros judiciales. Felipe, que no ignoraba que el pontificado pretendia ser el tutor del pueblo, quiso interesar en su contienda á la clase media, y llamó á su consejo á los diputados de las universidades y municipalidades, de modo que el parlamento de 1302 presentó el aspecto, ya que no la realidad, de una asamblea representativa de las tres clases de la sociedad, por el número y condicion de sus miembros, y por esto se la considera como la primera asamblea de los *estados generales*.

El parlamento se reunió en Paris en la Iglesia de Nuestra Señora, y no se ocupó de otro asunto que de la contienda de Bonifacio y de Felipe (10 de abril de 1302). Nadie se atrevió á levantar su voz en favor de Roma, y cada clase escribió una carta vituperando al papa. El clero en su impaciencia por las exacciones pontificias buscaba, como el pueblo, un apoyo en la corona, llamaba libertades de la Iglesia galicana á su absoluta sumision á la voluntad de un soberano, y en su extremada irritacion contra la corte de Roma, temió no solo un rompimiento de Francia con el papa sino con todos los prelados. Intentó adquirir una posicion nacional, rehusando el apoyo que le ofrecia el jefe de los cristianos contra el despotismo real, é igual docilidad manifestaron los barones. «Bonifacio, dijeron estos, ha hecho llamar á los prelados y doctores de Francia para corregir y enmendar los excesos, opresiones y daños que, segun dice, han cometido el rey nuestro señor y sus ministros contra las iglesias, universidades y el pueblo de este reino; cuando tanto nosotros como las

universidades y el pueblo no queremos recibir ninguna correccion por otra autoridad ó poder que el del rey nuestro señor (1). No se ha conservado la carta del pueblo; pero es cierto, segun una peticion de este al rey, publicada algun tiempo despues, que manifestó aquél su opinion, diciendo que debia el monarca conservar las soberanas franquicias de su reino, las cuales no reconocian superioridad temporal en la tierra mas que en Dios.

Los cardenales respondieron á las cartas de los estados generales negando las acusaciones hechas contra el pontífice, y los le-gistas por su parte publicaron eseritos en los que emitian por principio que «el rey manda en su reino sin responsabilidad humana» El papa trató á la Iglesia galicana de hija insensata, y declaró desposeidos de sus dignidades á los prelados que no acudieran al concilio de Roma. «Nuestros antecesores, dijo, han depuesto á tres reyes de Francia, y haremos lo mismo con este. Sin nuestro apoyo no estaria seguro en su trono, pues sabemos cual es el cariño que profesan á los franceses los alemanes, bor-goñones y los del Languedoc (2).»

A pesar de las amenazas de Felipe salieron de Francia cua-renta y cinco obispos. Mandó este confiscar sus bienes y formar-les proceso, y fueron ahorcados algunos sacerdotes. Para conse-guir la alianza del rey de Inglaterra, hizo con él un tratado de paz y le devolvió toda la Guiena (1303). En fin, aunque jefe na-tural de los güelfos, colmó de favores á los Colonas que eran gi-belinos y enemigos eternos del papa, á quienes este perseguia con encarnizamiento y que se hallaban refugiados en Francia. Tambien Bonifacio buscó aliados (1303), quiso reconciliarse con los gibelinos, reconoció por emperador á Carlos de Austria, ex-citó á los flamencos á que sacudiesen el yugo francés, acogió á Federico de Aragon y le reconoció como rey de las Dos Sicilias; y por último excomulgó á todos los que, aunque fuesen los mis-mos reyes, impidiesen á los obispos ir á Roma.

§ IX.—*Concilio de Roma.—Muerte de Bonifacio VIII.—Fin de la monarquía teocrática.*—Se reunió el concilio, y expuso en él el papa su doctrina. «La Iglesia, dijo, es una pero tiene dos espadas la espiritual y la temporal. La primera está en las manos de los

(1) Pruebas de las diferencias, p. 60. — (2) Id. p. 77.

sacerdotes y en poder de la Iglesia, y la segunda, que es también de la misma Iglesia, está en las manos de los reyes, pero sujeta á la voluntad del pontífice (1).» Pretendió que en virtud de su poder espiritual, tenía derecho de vigilar la conducta de los reyes en la administración de sus estados, de escuchar las quejas de sus súbditos y de deponerlos si se resistían. Propuso una pacificación humillante para Felipe, y mandó á su legado que le excomulgase si no escuchaba su fallo.

Felipe convocó también nuevos estados generales «para tratar de asuntos concernientes á la independencia de su corona (1303).» Los legistas defendieron el trono con mas furor que entusiasmo; se encarnizaron al destruir la monarquía pontificia, que miraban como el eje del feudalismo, deseosos de fundar sobre sus restos el poder judicial, y de reemplazar la ley á la fe en el mundo cristiano. Guillermo de Nogaret, profesor de derecho en Tolosa, tomó la palabra contra el papa en esta nueva asamblea (2), y le acusó de simonía, de herejía y de los vicios mas infames. Otro jurisconsulto del mediodía, llamado Guillermo de Flasian, suplicó al rey que convocase un concilio general, y que citase ante él á Bonifacio. Felipe accedió á esta petición, é invitó á los barones, prelados, ciudades y comunidades religiosas á que se adhiriesen á la convocación de un concilio general. Recibió setecientas actas de adhesión, y se declaró altamente en favor del trono la Universidad, á quien el rey siempre había protegido, y que estaba animada de antiguos odios contra los papas.

Bonifacio respondió á este nuevo ataque diciendo: «Cuando colmábamos al rey de beneficios, nos tenía por muy católico. ¿Cuál es la causa de una mudanza tan súbita y de su irreverencia filial? Sépalo el mundo entero: por haber querido cicatrizar la llaga de sus pecados é imponerle la amargura de una penitencia, es porque se rebela contra nos y nos llena de atroces injurias. Si se abre este camino á los príncipes, quedan envilecidos los papas. ¡Dios nos guarde de dar el ejemplo de tal cobardía! Yo cortaré el mal de raíz (3).» Entonces se decidió á deponer solemnemente á Felipe y á dar su reino á Alberto de Austria, y

(1) Pruebas de las diferencias, p. 54.—(2) De este desciende la familia de Perrenon tan célebre al fin del siglo XVI.—(3) Pruebas de las diferencias, p. 175.

redactó con este objeto una bula donde justificaba extensamente su conducta. Súpolo el rey de Francia (de antemano, y resolvió prevenir el golpe. Iba á demostrar al mundo cristiano lo que era materialmente el poder indefinible del papa, que no siendo nada en realidad, pretendia abarcarlo todo: iba á libertar á los pueblos y á los reyes de un tutor decrepito, cuya única fuerza, la opinion pública, habia casi desaparecido, é iba á desplomar con el mas leve empuje el carcomido edificio de Gregorio VII.

Guillermo de Nogaret partió á Italia con Sciarra Colona y algunos otros enemigos del papa, reunió una tropa de aventureros y corrompió á los magistrados de Anagni, ciudad natal y permanencia del anciano pontífice. Todos se conjuraron «tanto para quitar como para conservar la vida de Bonifacio (1), y habiéndoseles franqueado las puertas, entraron en Anagni la víspera del día en que habia de ser publicada la bula fatal. Rompieron las puertas del palacio del papa y gritaron «¡Viva el rey de Francia! ¡muera Bonifacio!»

Al oír las primeras voces este anciano de ochenta y seis años, se viste los hábitos pontificales, se corona con la tiara, toma en sus manos las llaves y la cruz, se sienta cerca del altar en su cátedra apostólica, y espera á los conjurados lleno de calma y de majestad. Estos llegan furiosos con la injuria en los labios y blandiendo los asesinos aceros. «Hijo de Satanás, grita Colona, deja la tierra que has usurpado!—Toma mi cuello, toma mi cabeza, responde el pontífice, pero vendido como Jesucristo y pronto á morir, al menos moriré papa.» Colona se arroja sobre él, le hiere en la mejilla con su manopla, y le hubiera hecho pedazos á no ser por los esfuerzos de Nogaret. Le llenaron de ultrajes, saquearon su palacio, y le tuvieron tres dias preso sin darle alimento. Sublevóse por fin el pueblo de Anagni volviendo de su estupor, todas las aldeas vecinas tomaron las armas, recobró el papa su libertad, y fueron arrojados los franceses de la ciudad.

El mundo entero se sobrecogió de terror al saber tan escandaloso atentado. «El Cristo está cautivo en la persona de su vicario, exclamó el poeta que debia cantar tan maravillosa época (2);

(1) Villani, lib VIII, cap. 63 — (2) Dante Alighieri, que se hallaba en Paris en aquel mismo año.—Este Homero del cristianismo, que pertenece por su genio á la Europa cristiana, ha dado al mundo en la *Divina Comedia*, un cuadro sombrío y apa-

ha sido insultado segunda vez, ha bebido de nuevo hiel y vinagre, y está condenado á muerte entre dos ladrones (1).» Pero nadie salió en su defensa, y la empresa criminal de Felipe tuvo el resultado que este esperaba. Bonifacio regresó á Roma; pero debilitado por la vejez y el dolor perdió los sentidos, y pocos años despues le hallaron muerto en la cama y manchado de sangre. Dicen que el desventurado anciano se rompió la cabeza cayendo contra la pared.

De este modo acabó la vida del último de los grandes papas de la edad media, del mártir de la monarquía universal de la Iglesia, la cual terminó con su muerte: de este modo halló venganza la derrota de los emperadores por manos de la monarquía de Francia que era la primogénita de la Santa Sede; y de este modo tambien se arruinó el imperio romano espiritual que habia agotado sus fuerzas despues de haber vencido al imperio romano temporal. Pero no pereció del todo la obra de Gregorio VII; no se alteró la fe, que fué aun durante dos siglos la base del sistema social, quedó en su misma plenitud la autoridad espiritual del pontificado, y los pueblos no dejaron de dedicarle su respeto y su adoracion á pesar del envilecimiento en que iba á caer. Existia entonces realmente y de hecho la república cristiana: la Europa era aun una confederacion de pueblos compatriotas por la fe y las luces, y la lengua de la Iglesia era aun tambien el sello de la civilizacion.

Como potencia temporal teocrática terminó entonces el pontificado su mision, pero sin confesar jamás su decadencia. No quiso reconocer á la sociedad emancipada de sus trabas, y conservó sus pretensiones como esos reyes que se adornan con los títulos de los reynos que han perdido. No obstante, léjos de usar de la fuerza para hacerlos valer, se mantuvo constantemente en la defensiva y solo los emitió bajo el aspecto de su poder espiritual. Esta monarquía misteriosa fué durante trescientos años por sus principios espirituales de unidad y de universalidad el lazo,

sionado de las ideas, sentimientos y costumbres de aquella época. Creacion popular, donde domina la gran figura del pontífice y que está impregnado de esa ciencia que resume todas las demás, la teología; cosmogonía social, cántico misterioso y especie de apocalipsis que solo el poeta ha comprendido perfectamente.

—(1) Purgatorio, cap. XX.

la fuerza y la causa de todos los progresos del Occidente, y si sucumbió, fué porque quiso perpetuar en lo temporal estos mismos principios, y tendió á conservar inmóvil al mundo cristiano, á convertir el despotismo en provecho de los pontífices y nó de los pueblos, y á tener eternamente en andadores á las naciones capaces de caminar por sí solas. El trono, cuya educacion era obra del pontificado, se separó pues de esta soberana decrepita adquiriendo de ella en herencia la confianza de los pueblos, la inviolabilidad, infalibilidad y el absolutismo.

CAPÍTULO V.

Complemento de la revolucion anterior.—Batalla de Courtray.—

Simonia de Clemente V.—Condenacion de los templarios.—Establecimiento de la ley sálica.—Extincion de la raza directa de los Capetos. (1303—1328)

§. I.—*Consecuencias de la revolucion anterior.*—Se habia efectuado una revolucion, su fecha es la de la muerte de Ponifacio VIII; pero su origen debe buscarse en los acontecimientos que precedieron á la ruina de la monarquía pontificia. Estos son el acto de manifestarse un trono nuevo en hecho como en derecho; el dejar de ser santa, protectora y pública para convertirse en viciosa, despótica y egoista; la reunion de la mayor parte de los grandes feudos á la corona; la extincion de las municipalidades; el no ser la Francia una sola provincia de la monarquía pontificia, sino una nacion distinta que se manifestó por los estados generales; la inauguracion de los parlamentos; la terminacion de las cruzadas, y el acto en fin de inaugurarse las guerras nacionales que van á ocupar todos los brazos é inteligencias. Vamos á ver completarse esta revolucion en los veinte y cinco años que siguieron á la muerte de Bonifacio VIII, con la primera victoria de las turbas populares sobre los señores feudales, con la esclavitud del pontificado, la destruccion de los templarios, el establecimiento de la ley sálica y la extincion de la rama directa de los Capetos.

§. II.—*Batallas de Courtray y de Mons-en-Puelle.*—Antes que

se hubiese terminado la lucha entre el pontificado y el trono, se había alzado en el mundo una nueva potencia; era la del pueblo que iba á entrar en lucha abierta con todas las demás. El pueblo manifestó su existencia y su fuerza con una primera victoria en Flandes, donde la clase media era tan rica, orgullosa y turbulenta. Este país, cuyos lazos de vasallaje para con la Francia eran tan débiles, se indignó de estar bajo la directa dependencia de un rey tan poco cuidadoso en respetar sus bienes y privilegios. Santiago de Chatillon, su gobernador, abrumó á los flamencos con exacciones y tiranías tan odiosas, que estalló en Brujas una sublevacion general, y fueron pasados á cuchillo tres mil franceses que habia en la ciudad (1302). Se puso al frente de los insurgentes un hijo del conde Guido, que se apoderó de Courtray y sitió á Cassel. Casi todas las ciudades de Flandes se sublevaron y arrojaron á los franceses.

Felipe envió á Flandes á Roberto de Artois con siete mil y quinientos caballos, diez mil arqueros y treinta mil infantes. Los flamencos en número de veinte mil esperaron al ejército francés en Courtray detrás de un canal. Los franceses con su general á la cabeza se precipitaron desordenadamente en el canal que inundaron con sus cuerpos, y los flamencos cayeron sobre ellos haciendo una horrible carnicería (1302). Perecieron allí Roberto de Artois, el condestable de Nesle, el canceller Flotte, doscientos grandes señores y seis mil caballeros. Era la primera vez que luchaban cuerpo á cuerpo la democracia y sus gentes de á pié con la aristocracia y sus caballeros cubiertos de hierro. La victoria de los flamencos fué un notable acontecimiento. Existia ya el pueblo y era preciso tratar con él en adelante de potencia á potencia. La nobleza concibió contra él el odio mas profundo, y se formó desde entonces tácitamente una coalición perpetua entre los nobles de todos los países contra los villanos, á quienes persiguieron como unos infieles en las encarnizadas guerras que fueron las cruzadas de los caballeros de aquella época.

Había gozado hasta entonces la caballería de Francia la mas elevada nombradía militar, tanto en las cruzadas como en las guerras feudales; casi nunca habia sido vencida en batalla campal, y siempre habia alcanzado grandes victorias. Comienzan con la jornada de Courtray esas sangrientas derrotas que vere-

mos multiplicarse en la época siguiente, y que todas fueron ocasionadas por el orgullo y la ignorancia de los caballeros. La destreza, el valor y el patriotismo adornan desde entonces á los *villanos* y la *canalla*, á quienes abruman con su desprecio. La nobleza hundi6 en un abismo á la Francia, y la salv6 el pueblo. Con estas vergonzosas derrotas terminó la segunda época de la aristocracia, la verdadera aristocracia feudal, que empezó despues de la batalla de Pontanet, y quedó destruida en el siglo decimoquinto. Cinco jornadas agotaron esta sangre tan rica y ardiente; Courtray, Crécy, Poitiers, Nicópolis y Azincourt, y los cadalsos de Luis XI se empaparon despues con la restante.

Al saber Felipe IV el desastre de Courtray, redobl6 su energfa y su violencia. Oblig6 á los nobles y villanos á llevar su vajilla de plata á la fábrica de moneda, y la pag6 con dinero falsificado (1302): vendió la libertad á los siervos de la corona y la nobleza á los vecinos de los púeblos: mand6 que por cada cien libras de renta poseida por los nobles ó los clérigos se presentase un hombre armado; que cada cien hogares de plebeyos pobres dieran seis soldados de á pié, y que fuera llamado á las armas el plebeyo que poseyera veinte y cinco libras de producto. En cambio de estas medidas despóticas publicó una gran ordenanza de reforma, por la cual quedaban prohibidas las guerras particulares para siempre; puso límites á la inquisicion y á la jurisdiccion eclesiástica, lo mismo que á las confiscaciones, aboli6 la prision por deudas, refren6 los abusos de poder de los senescales y jueces, y regularizó la administracion de justicia, mandando que hubie-ra cada dos meses audiencia en los juzgados, y todos los años dos parlamentos en Paris, dos tribunales ó *echiquiers* (1) en Ruan, un parlamento en Tolosa y dos veces los *dias de Troyes* en Champana.

Reuni6se en Arras un ejército de diez mil caballos y cuarenta mil infantes, y el rey, que lo mandaba, entr6 en Flandes; pero los insurgentes, que tenian ochenta mil hombres sobre las armas, pelearon ventajosamente en todos los encuentros. Felipe se hallaba entonces en lo mas caluroso de su contienda con Bonifacio VIII, y viendo llegar el invierno, hizo una tregua. Al año

(1) Era el consejo supremo feudal de los duques de Normandía. Debía corregir lo que hubieran fallado mal los jueces de todos los demás tribunales.

siguiente mandó que el conde Guido saliera de su prision, y lo envió á sus indomables súbditos para inclinarlos á la paz (1302). Pero el anciano, acogido con entusiasmo por los flamencos, les felicitó por sus victorias y les dió su bendicion. Despues volvió á su prision donde murió (1303). Reunió entonces Felipe un ejército de cincuenta mil infantes y doce mil caballos, y entró en el país. Los flamencos en número de sesenta mil, mandados por el hijo del conde Guido, estaban delante de Lila: no se intimidaron de que las galeras genovesas asalariadas por Felipe hubiesen destruido su armada en Zirikzée, y asaltaron al ejército francés en Mons-en-Puelle, donde fueron completamente derrotados (1304). En vez de abatirse con este desastre, reunieron en menos de tres semanas un segundo ejército, y atacaron á Felipe que sitiaba á Lila, «pues estaban resueltos, segun decian, á morir peleando antes que vivir esclavos.» Aterrado el rey de esta guerra interminable resolvió hacer la paz mas humillante que hubiera concedido jamás á sus vasallos un rey de Francia. Reconoció la independenciam de Flandes, exceptuando el lazo feudal, y recibió el homenaje del primogénito del conde Guido. No le quedaron á la Francia mas que Lila, Douai y Orchies.

De este modo se frustró la reunion del mas importante de los grandes feudos del Norte, y solo alcanzaron un éxito parcial las tentativas hechas desde esta época. Creció con el tiempo la independenciam de los flamencos, y en la actualidad es extranjera para Francia la mayor parte de aquel país. Este fué el primer descabro que experimentó el trono francés en su obra de unidad nacional, lo cual enseñó á los pueblos que era posible defender contra él su independenciam.

§. III.—*Eleccion de Clemente V.*—Los cardenales se apresuraron á dar un sucesor al desgraciado Bonifacio VIII (1303). Fué este Benedicto XI, hombre recto y firme, que hizo temer á Felipe que habia sido inútil su victoria. En un principio entabló negociaciones con el rey humildemente, le alzó despues la excomunion, y luego que vió el poder pontificio un poco fortificado, y que el mundo cristiano estaba aun resentido de los ultrajes hechos á su jefe, volvió á tomar vigor y excomulgó á los conjurados del suceso de Anagni, y á los que le habian dado órdenes, consejo ó auxilio. Apenas se habia esparcido es. a bulapor toda

Europa, cuando los que en ella heria le dieron una terrible respuesta. Benedicto XI murió envenenado (1304). Los historiadores contemporáneos acusan de este crimen á Nogaret y á sus cómplices, y uno de ellos nombra á Felipe el Hermoso.

Nueve meses trascurrieron sin que pudiesen quedar acordes los cardenales sobre el sucesor de Benedicto XI. El cónclave estaba dividido entre los Gaetani, güelfos y parientes de Bonifacio VIII, y los Colona, gibelinos y amigos de Francia (1305). Los Colona propusieron secretamente á los Gaetani que les presentasen tres candidatos, entre los cuales prometian hacer la eleccion en el término de cuarenta dias. Hecho el acuerdo, los Gaetani prometieron tres prelados, hechuras de Bonifacio VIII y enemigos de Felipe IV. Inmediatamente los Colona enviaron al rey de Francia los tres nombres en secreto, aconsejándole que eligiera á Bertran de Got, arzobispo de Burdeos, de la familia de los condes de Lomagne y súbdito del rey inglés. Era su mas acérrimo enemigo: pero Felipe llamó á Bertran á una secreta entrevista en la abadía de San Juan de Angely, le descubrió el estado del cónclave, y le propuso hacerle nombrar papa si queria acceder á las siguientes condiciones: 1.^a Que le reconciliara con la Iglesia; 2.^a que absolviera á sus agentes; 3.^a que le concediera un diezmo impuesto al clero de Francia, durante cinco años; 4.^a que volviera á los Colona sus bienes y honores, é hiciera entrar en el sacro colegio diez franceses designados por él; 5.^a que censurara la conducta de Bonifacio. Se retuvo la sexta condicion reservándose el dársela á conocer á su tiempo. Era el medio de obtener de su hechura todo lo que quisiera. Transportado de alegría el arzobispo se arrodilló ante el rey, accedió á todas sus peticiones, le juró por la santa hostia entera sumision, y se terminó la venta que completaba la ruina del pontificado. Un mensajero llevó á los Colona la eleccion de Felipe. Bertran de Got fué elegido con el nombre de Clemente V, y los sucesores de san Pedro perdieron tal vez para siempre la magistratura suprema de la cristiandad.

El prelado que acababa de trastornar el orden social de la Europa con su eleccion simoníaca no se atrevió á pisar la capital del mundo cristiano: abjuró esta permanencia tan hábilmente escogida y tan obstinadamente conservada por sus antecesores,

para vivir vergonzosamente á la sombra del dueño que se habia creado, y que de él exigió como condicion de su venta. Se quedó en Francia, yendo á hacerse coronar á Lyon con gran sorpresa de todos los cristianos (1305). El imperio teocrático no tenia ya centro y podia decirse que no existia. Quedó olvidada la política de Gregorio VII; el pontificado no era ya la barrera sino el instrumento de la tiranía de los reyes, pues del campo de los débiles habia pasado al de los fuertes. Despues de su coronacion se apresuró el papa á pagar el precio de su eleccion llamando á los Colona, dando la púrpura á seis hechuras del rey de Francia, revocando las censuras fulminadas contra Felipe y sus agentes, autorizando al rey á oprimir á su clero y prodigando las indulgencias para una cruzada en favor de Carlos de Valois que pretendió el imperio de Constantinopla. Habia un mundo entero entre Bonifacio VIII y Clemente V. Este se fué á ocultar en Aviñon, ciudad del dominio de los reyes de Nápoles, donde sus sucesores en número de siete, franceses todos y nacidos en el mediodía de Francia, residieron durante setenta años. Este es el destierro del pontificado que los italianos han llamado el *cautiverio de Babilonia*.

§. IV.—*Evacciones de Felipe IV.—Sericidumbre de Clemente V.*

—Ya no tenia el trono quien criticase sus actos, y podia entregarse á todos sus despóticos caprichos. Lo que sobre todo atormentaba á Felipe era el deseo de oro, y no se pasaba ningun año sin que pusiera en planta algun nuevo medio para falsificar las monedas. En ocho años varió el valor del marco de plata desde ocho libras y diez sueldos á dos libras y catorce sueldos. Suspendió el derecho de acuñar moneda, que gozaban en algunos feudos los grandes señores, para dar mayor salida á sus monedas alteradas; pero se multiplicaron los monederos falsos y eran insuficientes para reprimirlos los decretos de Felipe. Los hizo entonces excomulgar por el papa, como si hubiera querido hacer de la falsificacion de moneda una prerogativa real. Lanzó ordenanzas sobre ordenanzas para dar algun crédito á sus monedas, prohibiendo unas veces que se pesasen y otras que se comparasen con las extranjeras; pero advirtió bien pronto que si todas las monedas estaban falsificadas, no le pagarian mas que con ellas, y perderia él tambien á su tiempo. Entonces hizo acuñar

moneda buena, mandó que esta sola tuviera curso, y que la antigua solo se recibiera por una tercera parte de su valor nominal. Esta determinacion causó una rebelion general porque trastornaba todas las transacciones y obligaba á los deudores á pagar tres veces la cantidad de sus débitos. Un gran número de ciudades se valieron de la fuerza para defenderse de esta iniquidad, y el pueblo de Paris tomó las armas. Era esta la primera rebelion contra el trono, y la primera manifestacion del poder popular (1036) (1).

Felipe se vió sitiado en el palacio del Temple donde le salvaron los arqueros. Numerosos suplicios dieron fin al tumulto, y se modificaron las ordenanzas sobre las monedas. Agotados entonces todos sus recursos, resolvió llenar las arcas de un solo golpe y por un descarado latrocinio; en un dia y hora determinados, sin que nadie concibiera la menor sospecha, pues tan completo era su sistema de política tiránica, mandó prender á todos los judios del reino y hundirlos en los calabozos, y sin mas formalidades, despues de confiscar sus bienes, los hizo salir de Francia (1306).

Habia Felipe obtenido para esta última iniquidad la autorizacion del papa, pues era el instrumento con el que legitimaba sus tiranías. A pesar del servilismo del pontífice, el rey le atormentaba sin cesar, y á la menor incertidumbre le amenazaba con la sexta condicion de su venta; eterna peticion siempre concedida y jamás satisfecha, especie de espantajo indestructible por medio del cual tenia sujeto á la cadena á su esclavo. Ultimamente le llamó á Poitiers y le pidió en virtud de la sexta condicion que condenase la memoria de Bonifacio VIII, declarase á este pontífice usurpador, hereje é infame, anulase todos sus actos, y que fuesen sacados sus huesos del sepulcro y quemados públicamente (1307). Era esto conmover la religion desde sus cimientos, trastornar la Iglesia, poner en duda todos los poderes eclesiásticos y hasta anular la eleccion de Clemente. El papa se negó, intentando evadirse con un disfraz, pero lo retuvieron violentamente el rey y sus ministros (2). Entonces trató aquel

(1) Véase el estado de la poblacion de Paris en esta época en la *Historia de Paris* de T. Lavallée, p. 14.—(2) Vida de Clemente V, por un monje de San Victor (Script. Italic. tom. III, p. 462).

de calmar con su sumision al implacable dueño que se habia creado , y acabó por diferir el juicio de Bonifacio VIII para un concilio general que convocó en Viena para el año 1310. Dispuesto á todo para desviar al rey de tan fatal cuestion , dió el reino de Navarra al primogénito Luis , el reino de Hungría á Charoberto nieto de Carlos el Cojo , y le colmó á él y á su familia de dinero y dignidades. Entonces fué cuando Felipe pareciendo que olvidaba su persecucion contra Clemente le pidió , siempre como sexta condicion de su tratado , la destruccion de la órden de los templarios.

§. V.—*Proceso de los templarios.*—La peticion de Felipe era un modo nuevo de obligar al pontífice á suicidarse. La órden de los templarios contaba mas de quince mil caballeros : era una milicia adicta á la Iglesia , por la que hacia dos siglos que vertia su sangre y la única porcion del clero francés que abrazó el partido de Bonifacio ; la única que manifestara su descontento por las exacciones y usurpaciones de Felipe ; la mas independiente y poderosa de la aristocracia feudal , y por último , la sociedad mas rica de Europa. Su capital era Paris y casi todos ellos eran franceses. El papa sintió un extremo dolor al oír la peticion de Felipe , y sin embargo le prometió dar principio á las informaciones necesarias para tan grande empresa ; pero la perplejidad del pontífice enojaba al implacable rey , y segun «mandato suyo, el 13 de octubre de 1307 fueron detenidos y encerrados en diferentes puntos , al amanecer , y al mismo tiempo , todos los templarios que pudieron hallarse en el reino de Francia (1).» Esta violencia súbita y misteriosa causó un terror general. Nadie concebía la menor sospecha , porque el rey habia manifestado siempre á los templarios una íntima amistad ; él mismo pidió ser afiliado en la órden ; y acababa en fin de llamar de Oriente al gran maestro Santiago de Molay bajo el pretexto de un proyecto de cruzada , habiéndole pedido además que fuera padrino de uno de sus hijos.

El mismo día de la prision de los templarios convocó en su palacio á la Universidad y á los vecinos de Paris , y les descubrió los crímenes de que estaban acusados los caballeros , como trai-

(1) Guillermo de Nangis, a. 1307.

ción para con la cristiandad, idolatría, libertinaje, etc. Luego que obtuvo la servil aprobación de aquella asamblea, se trasladó al Temple con sus legistas y arqueros, y se apoderó del tesoro y los archivos de la orden. Después envió á toda la Francia un manifiesto en el que explicaba su conducta, escribió á todos los soberanos, y á favor de la preponderancia que ejercía en Europa, fueron hundidos en calabozos en todas partes los templarios y confiscados sus bienes.

Por mandato de Felipe dió principio la inquisición de Francia á las informaciones y los tormentos; y casi todos los caballeros, hasta el mismo maestre, confesaron la mayor parte de las cosas de que los acusaban, por absurdas é inverosímiles que fueran. Es probable que los templarios trajeran por su larga permanencia en Oriente creencias temerarias, y costumbres corrompidas, pero eran siempre fieles á la causa cristiana en una (1) época en que todo el Occidente la habia abandonado. Continuaban aun combatiendo á los enemigos de Cristo en las islas del Mediterraneo; defendian palmo á palmo las fronteras de Europa, y solo el poder espiritual podia juzgarlos por sus desarreglos y creencias, que por otra parte ninguna turbulencia causaban. Pero la corona temia á estos religiosos militares que se habian aglomerado en Francia por los desastres de la Tierra Santa, y que podian dar apoyo á la aristocracia ó al pontificado. Los templarios, aliados de todas las familias nobles, propietarios de diez mil castillos, guerreros fabulosamente célebres por su valor, enemigos de los legistas y los monjes, tenian la desgracia de poseer el mas rico tesoro del mundo; y á los ojos de Felipe eran unos enemigos que era forzoso aniquilar.

Clemente V se afligió é indignó de las violencias ejercidas contra una orden que solo por él podia ser juzgada. Suspendió pues los procedimientos, y exigió que pasase el negocio á su tribunal. Felipe se enojó inmoderadamente, y dijo al pontífice: «No sufriré tal ultraje! lo he tomado por mi cuenta como campeón de la fe y defensor de la Iglesia (2).» Clemente se vió preci-

(1) Parece ser cierto que en la ceremonia de recepción el novicio renegaba del Crucificado y escupia en la cruz. Se ignora la significacion de este uso absurdo, pero fué la llave principal de las acusaciones de los templarios, y lo que alzó al pueblo contra ellos.—(2) Dupuy, p. 11.

sado á confirmar los procedimientos empezados por los obispos, y á aprobar las acusaciones y la confiscacion de los bienes de la órden, reservándose solo el derecho de juzgar á los jefes. El rey no se contentó con el consentimiento del pontífice; y sabiendo que el pueblo profesaba una gran veneracion á los últimos soldados del Santo Sepulcro, quiso convertir su condenacion en un asunto de interés nacional. Convocó pues en Tours á los estados jenerales « para obtener el fallo y la aprobacion de todas las clases tocante á los templarios, y se declaró en ellos que los caballeros merecian la muerte (1308) » Diez y seis príncipes y señores se presentaron como acusadores de la órden, é impulsaron al rey á que obrase contra ella.

Felipe tuvo despues de esta asamblea una nueva conferencia con el papa en Poitiers: hizo que interrogase á setenta y dos acusados, le pidió que los condenase, y le prometió en cambio una parte de los bienes de la órden. El pontífice, esperando salvar á los templarios, instituyó cuatro comisiones inquisitoriales en Francia, Italia, Alemania y España, para juzgar á los caballeros y hacer una relacion sobre la órden en un concilio general que convocó en Viena para el año 1311 (1).

Reunióse en Paris la comision de Francia compuesta de ocho obispos (1309). Se presentó ante ella el gran maestre de los templarios, el cual despues de haber protestado su inocencia se quedó tan aterrado de las acusaciones hechas contra la órden y de las confesiones de su miembros, que no se atrevió á emprender su defensa, y apeló sencillamente para él solo al fallo del papa. Quinientos sesenta y seis caballeros, que hacia dos años se hallaban hundidos en los calabozos, fueron entonces presentados á la comision y denunciaron las barbaries de que habian sido víctimas. Sus defensores hicieron una atrevida protesta, declarando que los templarios eran inocentes y pidiendo que fueran juzgados por el concilio general. Este proceso duró mucho tiempo, en el cual se oyeron doscientos treinta testigos sin aclararse el asunto, y el pueblo de Paris, que se quejaba de los sufrimientos de los acusados, siguió todos sus trámites con vivo interés. Viendo Felipe tanta lentitud, y sabiendo que las comi-

(1) Vida de Clemente V por un monje de San Victor.

siones pontificias de España, Italia y Alemania, habían absuelto á los templarios, mudó de plan. Hizo que se observase la bula del papa en la que aprobaba los primeros procedimientos de los obispos, y despues de esto mandó que se convocaran los concilios provinciales. Marigny, arzobispo de Sens y hermano del primer ministro del rey, era el presidente del de Paris, y dió principio al proceso de los presos de Paris. Los templariós se vieron entonces juzgados al mismo tiempo por dos tribunales. En vano la comision inquisitorial reclamó, y los acusados apelaron al papa; el concilio de Paris en un solo dia condenó á la hoguera á cincuenta y cuatro templarios, los cuales sufrieron su castigo (1309). Los demás concilios provinciales mandaron iguales ejecuciones con la misma rapidez: los caballeros que se libraron de la muerte, fueron condenados al cautiverio y á las mas rudas penitencias; y los grandes dignatarios de la órden quedaron presos, reservándose el papa el sentenciarlos. La comision inquisitorial continuó instruyendo el proceso de los reos condenados y ejecutados, y no se disolvió hasta dos años despues.

§. VI.—*Revolucion de Helvecia.*—*Eleccion de Enrique VII.*—La Italia siempre despedazada por los güelfos y gibelinos, no veia ya al papa ni al emperador. Clemente V se cuidaba poco de los güelfos á quienes no conocia, y el sacro colegio, compuesto casi enteramente de franceses, parecia haber olvidado la antigua política de la corte de Roma. Alberto de Austria en tanto se hacia el sordo al llamamiento é imprecaciones de los gibelinos; únicamente se ocupaba de extender su dominacion por Alemania y principalmente en la Helvecia. Este país, que habia formado parte del reino de Borgoña, era entonces provincia inmediata del imperio, y se hallaba repartida en una multitud de estados. Zurich, Basilea, Berna, etc., eran ciudades imperiales, y los cantones de Uri, Schwitz y Unterwalden tenian gobernadores nombrados por el emperador. Alberto, como conde de Hapsbourg, tenia grandes posesiones en Helvecia, y pretendió extender en ella su dominacion y formarse un estado para uno de sus hijos. Subleváronse los cantones de Uri, Schwitz y Unterwalden, arrojaron á los gobernadores austriacos y formaron una liga para el sosten de sus libertades reservando los derechos del imperio (1303). Alberto marchó contra ellos, y fué asesinado

por su sobrino (1315). Los austriacos fueron vencidos en Morgarten; y la liga de los tres cantones se hizo mas fuerte con la agregacion de Lucerna en 1332, de Zurich en 1351, y de Glaris, Zug y Berna en 1353.

Cuando murió Alberto, Felipe IV pidió al papa la corona imperial para Carlos de Valois, cuyos proyectos sobre Constantinopla tuvieron un éxito desgraciado. Clemente se la prometió; pero como jamás la Iglesia se habia visto tan amenazada, si adquiria la corona imperial la casa de los Capetos, soberana ya de los tronos de Francia, Nápoles, Navarra y Hungría, escribió á los electores que se apresurasen á nombrar un príncipe alemán, y les indicó al conde de Luxemburg. Este fué elegido, tomó el nombre de Enrique VII, y prestó juramento al papa por las inmunidades y donaciones de la Iglesia. Trocáronse los papeles. Clemente le excitó á que marchase á Italia á poner la paz entre los güelfos y gibelinos, y escribió á los italianos que reconocieran á Enrique por su soberano.

§. VII.—*Proceso de Bonifacio VIII.—Concilio de Viena.—Abolición de la orden de los templarios*—Enojado Felipe del engaño del papa, le persiguió con nuevas peticiones. Era el rey para el papa uno de esos demonios de las leyendas de aquel siglo, á quien se ha vendido el alma, y que está atormentando con exigencias sin número. En vano le habia sacrificado la orden de los templarios para distraerle de su persecucion contra el cadáver de Bonifacio; el inexorable rey no dió un momento de reposo á su hechura hasta que se entabló el escandaloso proceso (1309). Nogaret y Plasian reunieron una multitud de testigos, que denunciaron las costumbres y creencias de Bonifacio, acusándole de simonía, ateismo, magia y de los vicios mas infames. Es muy probable que las ideas de este pontífice habian sido mas atrevidas que las de su siglo, y sus costumbres bastante irregulares; mas, ó lo hemos de tener por loco, ó no podemos creer los testimonios de los que le acusaron de haber hecho ostentacion de su incredulidad y sus excesos. Pero era tan considerable el número y la importancia de los acusadores, y tan amenazadoras las instancias de Felipe, que Clemente se vió hundido en un abismo de dudas y dolorosas perplejidades. Amonotonó dilaciones sobre dilaciones, interlocutorios sobre prelimi-

nares, y protestas sobre excepciones; negoció, se humilló, amenazó y llegó á arrastrar el asunto durante dos años, hasta que por fin, viéndose desarmado de excusas se resistió abiertamente. Felipe conoció que no podia ir mas léjos, consintió en suspender su persecucion, y en dejarla hasta la decision del papa y el futuro concilio; y Clemente publicó una bula con la que terminó el proceso, que es el mayor acto de deferencia que haya dado la corte de Roma á una autoridad extranjera (1311) (1). Despues de haber dicho en ella que la Francia era el pueblo amado de Dios, y sus reyes los defensores y fieles hijos de la Iglesia, declaró que solo el zelo de la verdad habia movido á Felipe al perseguir la memoria de Bonifacio, y que era enteramente inocente del atentado de Anagni. Despues se reservó el conocimiento y decision del negocio, y suprimió todas las sentencias, excomuniones y declaraciones que perjudicaran los derechos y libertades de su reino.

Se reunió el concilio general en Viena, y asistieron á él trescientos obispos, el papa y el rey de Francia (1311). Se hizo una proclama invitando á los defensores del Temple para que se presentasen. Casi todos los caballeros que se habian librado de la persecucion estaban ocultos ó errantes. Se presentaron nueve en nombre de dos mil de sus hermanos, y Clemente los hizo poner en un calabozo. Indignados los obispos, declararon que no podian condenar á ningun acusado sin haberle oido antes. El papa entonces, despues de haber conferenciado secretamente con Felipe, por sí y por via de providencia suprimió y anuló la orden de los templarios « como muy sospechosa » y dió sus bienes á los hospitalarios. « De este modo se aniquiló la orden de los templarios, dice uno de los miembros de la comision inquisitorial, despues de haber peleado ciento ochenta y cuatro años, y de haber sido colmada de riquezas y privilegios por la Santa Sede. Pero no se debe imputar la falta al pontífice, porque es cierto que él y el concilio basaron su juicio sobre los alegatos y las pruebas que les presentara el rey de Francia (2). »

El concilio de Viena, que acababa de quitar al Santo Sepulero sus defensores, decretó una cruzada, y Felipe tomó la cruz con

(1) Sismondí. Historia de los franceses, t. IX, p. 231.—(2) Bernardo Guidon, in vita Clement V.

toda su familia. El juramento de ir á la Tierra Santa no era mas que una vana ceremonia, ó mas bien una irrisión impía, por la cual el papa daba al rey el derecho de imponer diezmos al clero y al pueblo. Despues de esta nueva prueba de servilismo, Clemente V quiso tomar su desquite, y en la última sesión del concilio declaró de pronto que Bonifacio VIII habia sido legítimo pontífice, limpio de herejía, y que eran calumniosas las acusaciones que contra él se habian intentado. «El rey y los suyos se llenaron de confusion (1)» y el papa disolvió el concilio.

§. VIII.—*Reunion de la ciudad de Lyon á la corona.—Castigo del gran maestro de los templarios.—Fin del reinado de Felipe IV.*—Al volver del concilio, Felipe hizo una importante adquisición para cuyo logro trabajó cuatro años (1310 á 1314). Era la de Lyon ciudad rica, populosa y comercial que pertenecía de derecho al reino de Arles, y cuya soberanía estaba de hecho repartida entre los vecinos y el arzobispo. El rey de Francia tenia en ella un empleado para administrar justicia en el arrabal de San Justo, é intentaba por este medio apoderarse de toda la ciudad. Pero los vecinos tomaron las armas, arrojaron al teniente del rey y tomaron el castillo de San Justo. Felipe envió un ejército y se rindieron los lioneses. El arzobispo, conducido á Paris, se vió obligado á ceder sus derechos de soberanía al rey de Francia. El papa no se atrevió á decir nada, el emperador no hizo ninguna protesta, y de este modo se reunió á la corona de Francia la antigua capital de la Galla romana.

Los últimos años del reinado de Felipe IV son oscuros; algunas tiranías rentísticas, pequeñas rebeliones y muchos suplicios nos revelan tan solo la existencia de este rey imperioso, siniestro y desapiadado. Nos es desconocida su vida interior. Se nos aparece siempre velado de sombras y misterios, devorado siempre por el afán del poder y ocupado del porvenir de la monarquía como lo atestigua su última ordenanza, que restringió á los herederos varones el derecho de sucesion, y preparó de este modo la ley sálica. No se le conocieron mas placeres que sus negocios; no tuvo favoritos; y la historia solo habla de sus ministros tan activos y malvados como él, de Enguerrando de Ma-

(1) Villani, lib. IV, 22.

rigny, el inventor de los robos rentísticos, de Plasian su legista sutil y feroz, y de Nogaret, el ejecutor de sus planes sobre el pontificado. Ningun historiador relata sus costumbres, y es de creer que su corte no era muy austera. Tuvo tres hijos hermosos como él, casados los tres, cuyas mujeres fueron acusadas de adulterio (1314). Blanca, segunda hija de Othon IV conde de Borgoña y esposa de Carlos de la Marca hijo tercero del rey, fué encerrada en un calabozo y entregada á las brutalidades de sus carceleros que la hicieron madre (1). Juana, primogénita y heredera del mismo Othon, volvió á los brazos de su marido; pero Margarita, hija de Roberto II duque de Borgoña y casada con Luis primogénito del rey, murió ahogada luego que su marido subió al trono.

Este triple escándalo no era mas que el preludio de la triste suerte reservada á los tres hijos del rey, que en el intervalo de catorce años, debían bajar despues de su padre desde el trono á la tumba. La mano de Dios iba á caer sobre el brillante linaje de los Capetos, y segun la opinion popular, la postrera iniquidad de Felipe IV fué la señal de estallar la divina venganza.

Estaba destruida la orden de los templarios, pero habian quedado en los calabozos de Paris el gran maestre y otros tres dignatarios cuyo fallo se habia reservado el papa. Felipe los hizo presentar ante una comision nombrada por el pontífice que los condenó á perpetua prision. Al oír la sentencia, el gran maestre y el comendador de Normandía retractaron sus primeras confesiones y protestaron de su inocencia. Los comisionados quedaron absortos y volvieron á deliberar; pero antes de que hubiesen tomado una decision, Felipe declaró relapsos á los templarios, y los hizo quemar delante del jardin de su palacio (11 de marzo de 1314). Los dos mártires en medio de las llamas no cesaron de protestar de la inocencia de la orden del Temple, y maravillado el papa de su constancia, creyó lo que le dijeron de que habian aplazado á él y al rey desde la hoguera á comparecer delante de Dios, este en el término de un año y el otro en el de cuarenta dias.

El 20 de abril Clemente V cumplió la profecía de los dos tem-

(1) Continuacion de Nangis, año 1314.

plarios, y el 29 de noviembre, atacado Felipe IV de una enfermedad de consunción, « que fué para muchos objeto de gran sorpresa y estupor (1), » siguió á su cómplice á la tumba: solo tenía 46 años.

§. IX.—*Reinado de Luis X llamado el Colérico.*—Felipe IV, rey enteramente moderno y creador del orden civil y del poder absoluto, dió tres golpes mortales al feudalismo con la creacion de nuevos pares, el poder conferido al parlamento constituido sedentario, y el establecimiento de los estados generales. La nobleza sufrió con dolor estas innovaciones, y se formaron en el último año de su reinado en todas las provincias ligas de señores para hacer resistencia á la opresion real. Se negaron estos á pagar los impuestos, recobraron su derecho de acuñar moneda, y buscaron el apoyo de las municipalidades: El rey se vió obligado á hacer un llamamiento á las ciudades, y solo con concesiones obtuvo la paz. La reaccion volvió á comenzar luego despues de su muerte.

Estallaron entonces contra el sistema y los agentes políticos de Felipe IV la nobleza, el clero y el pueblo. Se necesitaba una víctima para saciar el odio universal; y la venganza de la nobleza distinguió entre los ministros del difunto rey á Enguerando de Marigny, á quien llamaban « coadjutor y gobernador de todo el reino, y que parecia un segundo rey (2). » Carlos de Valois le acusó de malversaciones de caudales y de todos los impuestos de que estaba cargado el pueblo, y añadió á estas acusaciones el crimen ordinario de los inocentes, la magia (1315). El nuevo rey Luis nombró una comision que no permitió al acusado pronunciar una sola palabra en su defensa, y fué condenado al patíbulo despues de un odioso procedimiento. No cesó con Marigny la persecucion; casi todos los demás ministros fueron desterrados ó privados de sus empleos con extrema alegría y satisfaccion del pueblo. Los jueces, juzgados á su vez tambien, fueron víctimas de las crueldades judiciales que habian inventado.

No contenta aun la nobleza con esta venganza se confederó en muchas provincias para recobrar sus franquicias, y pidió la

(1) Continuacion de Nangis, año 1314.—(2) Guidon, Vida de Clemente V.

igualdad de la moneda, garantías para la libertad de los individuos y propiedades, el restablecimiento de los combates judiciales, las justicias señoriales, la abolición del tormento, la publicidad de los debates en causas criminales, etc. Esta reacción feudal hubiera llegado á ser invencible y á colocar en Francia á la aristocracia en la situación que tenia en Inglaterra; pero en vez de obrar en un solo cuerpo, de dar unidad á sus peticiones, de hacer alianza con el pueblo, de reclamar el restablecimiento regular de los estados generales y de hacerse protectora de las libertades públicas, la nobleza obró por provincias y hasta por individuos, hizo reclamaciones y resistencias aisladas y manifestó su egoísmo. Luis X hizo numerosas concesiones y quedó muy debilitado el trono. Volvieron á comenzar las guerras particulares, los nobles acuñaron moneda falsa (1), y quedó casi destruida la obra de Felipe IV.

Entonces el rey buscó el apoyo de las clases inferiores con una ordenanza, donde sorprende oír por vez primera hablar al poder político el mas noble lenguaje; pero lo habian copiado los legisladores de los códigos romanos, y ocultaba simplemente una medida fiscal. « Como segun el derecho natural, dice esta ordenanza, todos los hombres nacen libres... y que muchos de nuestros súbditos están sujetos á los lazos de la servidumbre, lo que nos disgusta mucho; nos, considerando que nuestro reino es llamado el de los francos, y queriendo que no desmerezca el nombre de la realidad... queriendo tambien que los demás señores que tienen siervos tomen ejemplo de nos para darles franquicia... deseamos que sean libres todos con buenas y valederas condiciones, etc. (2). »

Estas condiciones eran el dinero en primer lugar, pues Luis tenia necesidad de él para hacer la guerra al conde de Flandes; pero los siervos se cuidaron poco de salir de su estado que les aseguraba la vida y el alimento, mientras que libres y pobres caian bajo la dependencia de la clase media, poseedora de los oficios y del dinero. Tuvo pues poco efecto la ordenanza de Luis X. Obligó á algunos siervos á comprar su libertad; se la tasó á un precio elevado; y estas vejaciones paralizaron el movimiento de me-

(1) Segun una ordenanza de Luis X tenían aun derecho de acuñar moneda treinta y un señores.—(2) Esta ordenanza estaba calcada sobre otra dada por Felipe el Hermoso en favor de los siervos de Valois.

jora de la poblacion agrícola, que tan rápido habia sido en tres siglos y que iba á suspenderse por espacio de mas de cien años. El rey entonces buscó dinero, imponiendo contribucion á los comerciantes italianos, prohibiendo el tráfico con los flamencos y llamando á los judíos, arruinando de este modo el comercio penoso ya y difícil en Francia por la falta de caminos y por sus numerosos señores aficionados á saquear á los viajeros. Reunió por fin un ejército pero no fué mas feliz su expedicion contra los flamencos, y murió al año siguiente dejando una hija y á su mujer en cinta (1316).

§. X.—*Promulgacion de la ley sálica.*—Los barones se apresuraron á apoderarse del gobierno «esperando á los que debian gobernar el reino» y parecia suspense el poder real. Felipe, conde de Poitiers, hijo segundo de Felipe IV, corrió á Lyon, donde se hizo elegir por el papa, y reunió en Paris algunos señores adictos. Por consentimiento de estos se decretó que Felipe reinaria en Francia y Navarra hasta el parto de la reina, y si daba esta á luz un niño, el conde regentaria el reino durante ocho años, entregán oselo libremente entonces al hijo del rey como al verdadero heredero, á quien obedecería ya como á su soberano. Si por el contrario nacia una hija, el conde seria reconocido rey (1). Era esto cortar rápidamente la mas importante cuestion de sucesion que se habia presentado en la historia de los Capetos.

Todos estos reyes se habian sucedido en línea recta y de padre á hijo. Si la viuda de Luis X no daba á luz un varon, ¿podia heredar la corona Juana, hija de este rey? Era universalmente reconocido en el régimen feudal que las mujeres, en defecto de herederos varones, tenian derecho de heredar los feudos, de lo cual hemos visto una multitud de ejemplos, de modo que todos los soberanos de Europa, á excepcion de los emperadores y los reyes de Francia, gozaban sus derechos por mujeres. Mirábanse como feudos todas las coronas, menos la de Carlomagno; ¿pero podia considerarse como tal la monarquía francesa? ¿no era la magistratura mas augusta de Europa despues de la de los césares de Alemania? Parecia extraño á todo el mundo que el segundo cetro cristiano recayese en manos de una niña, especialmente en

(1) El monje de San Victor, p. 477.

una época en que este dominaba á la mitad de Europa, al pontificado y hasta al imperio. No era la incapacidad política de las mujeres lo que se temía, sino el paso de la corona á una familia extraña en un tiempo en que se nacionalizaba la Francia, y era cada dia mas marcada su separacion de los demás paises.

Faltando una constitucion regular, el derecho estaba evidentemente en pro de la hija de Luis X. La decision de Felipe y sus barones violaba este derecho, pero no fué sin oposicion. Eudo duque de Borgoña defendió á Juana, que era nieta suya, y obligó á Felipe á un tratado, por el cual «su regencia solo debia prolongarse hasta que las dos hijas de Luis X (suponiendo que la reina diera á luz una niña) llegasen á la pubertad. Entonces debian reinar ellas en Navarra, Champaña y Brie, si renunciaban al reino de Francia; pero no haciendo esta renuncia, debian recobrar los derechos de su padre (1).»

Los barones aprobaron este extraño tratado que si hubiera sido ejecutado, dejaba durante quince ó veinte años en una anarquía la cuestion de sucesion y el gobierno de Francia. Felipe reinó sin oposicion desde entonces. La reina dió á luz un niño que fué reconocido rey con el nombre de Juan, pero que no vivió mas que cinco dias. En seguida el regente, faltando al tratado y apoyándose en la primera decision de los barones, marchó á Reims con sus dos tios y algunos servidores adictos, se apoderó de la catedral que circundó de soldados, y se hizo consagrar (1317) á pesar de las protestas del duque de Borgoña y del conde de la Marca. Volvió despues á Paris, convocó á los clérigos y vecinos en los mercados con muchos grandes y personas notables del reino, «y se declaró allí que no podian heredar las mujeres la corona de Francia (2).»

Así se llevó á cabo esta revolucion importante que puso la corona de Francia fuera del derecho comun de Europa, y le dió un carácter de dignidad excepcional y fuerte magistratura. La fuerza fué la que resolvió la cuestion; pero como siempre tiene esta necesidad de apoyarse en el derecho, los legistas buscaron algun texto con que legitimar la usurpacion de Felipe V, é invocaron un artículo del código sálico concebido en estos térmi-

(1) Pruebas de la Historia de Borgoña, t. II, p. 224.—(2) Guillermo de Nangis, p. 222.

nos: « Ninguna porcion de herencia de la tierra sálica pertenece á la mujer, pues toda pertenece al sexo masculino. » Era preciso mucha mala fe ó ignorancia para sujetar el derecho de sucesion al trono feudal á un artículo hecho antes que hubiera no solo reyes franceses, sino ni aun reyes francos, porque la monarquía Capeta no tenia ninguna semejanza con las de Clodoveo ó Carlomagno. La primera era simplemente un mando militar; la segunda una dignidad católica é imperial, y las dos eran por otra parte electivas por derecho si no de hecho. No obstante, la *ley sálica*, así la llamó la convencion que excluyó del trono á las mujeres, fué una ley popular y fundamental en Francia, que decretada por el hecho de la usurpacion de Felipe y aprobada por la opinion pública, se introdujo íntimamente en las ideas nacionales, y fué despues indestructible.

§. XI.—*Reinado de Felipe llamado el Largo.*—*Persecucion de los franciscanos, pastorcillos, judíos, etc.*—A pesar de que la corona adquiria tanta fuerza con la nueva ley, parecia haberse detenido al principio en su progreso. Se creó bajo el pretexto de defender á la heredera legítima, una vasta oposicion que debilitaba todos sus actos. Felipe V apuró todos sus esfuerzos para destruirla, prometió á los barones que les devolveria sus privilegios, confirmó las franquicias de las ciudades municipales, alcanzó el consentimiento de la Santa Sede, repartió el oro por todas partes, y se hizo aliados suyos, casando con ellos sus hijas, al heredero del conde de Flandes, al delfin de Viennois y á Eudo duque de Borgoña. Este último casamiento, que reunió en una misma casa el condado y ducado de Borgoña y el condado de Artois (pues la hija de Felipe V era heredera por su madre de estos dos últimos feudos), fué una dicha para el nuevo rey, porque el duque de Borgoña enrecompensa de los dos condados que adquiria, vendió la causa de su pupila, cediendo á Felipe los derechos de Juana á la herencia de su padre, y casándola con el hijo del conde de Evreux, hijo tercero de Felipe el Atrevido. Aunque Juana era muy niña, le hizo firmar muchas actas de renuncia á los reinos de Francia y de Navarra. De este matrimonio nació Carlos llamado el Malo.

Felipe, luego que se vió seguro en el trono, se ocupó activamente en la administracion, regularizó la organizacion del

consejo de las cuentas y del parlamento, estableció la saludable doctrina que impedía que fuera enajenable el dominio real, renovó la ordenanza de Luis X relativa á la emancipación de los siervos, dió constituciones á los nobles y vecinos de la Auvernia y del Perigord, redactó ordenanzas sobre los bosques, dió armas y capitanes á sus *buenas ciudades*, etc. (1318).

A pesar de este progreso administrativo, era siempre muy infeliz la suerte de los siervos que no tenían ningun protector. El pontificado se hallaba desdorado por Juan XXII, pontífice orgulloso, hechura é instrumento de los reyes de Francia, que solo pensaba en recobrar en Italia los dominios de la Santa Sede, independientes desde Clemente V, y agotaba la cristiandad con la guerra que emprendiera con este objeto contra los Visconti, señores de Milan, que duró cerca de un siglo. En medio de la corrupción de los jefes de la Iglesia, eran siempre fieles á su origen é institución los frailes mendicantes de san Francisco, que formaban una milicia adicta á la Santa Sede, salida enteramente de las clases mas inferiores de la sociedad. Defendieron estos en su entusiasmo por la pobreza y su exaltada adhesión á la Santa Sede que aun no tenían dominio en sus alimentos, y que con todo lo suyo, bienes, vestidos y comida pertenecian al papa. Estas pretensiones de abnegacion absoluta y evangélica eran una amarga censura de las orjías de la corte de Aviñon, y Juan XXII acusó á los franciscanos de herejía, y los persiguió. El pueblo se puso de parte de aquellos pobres sacerdotes, considerándoles como mártires, pues eran unos imitadores de Jesucristo en sus oraciones, su pobreza y sus sufrimientos.

Los franciscanos se exaltaron cada vez mas en su místico amor por la pobreza; y los del Languedoc, que habian respirado el aire albigense, llamaron al papa el Antecristo, pidieron la reforma del clero y predicaron contra la inquisicion. «Si san Pedro volviera al mundo, decian ellos, sería declarado hereje por sus sucesores. En la actualidad hay dos iglesias; una carnal, colmada de riquezas, hundida en los placeres y nutrida por los vicios, que mandan el papa y los cardenales; y la otra espiritual, virtuosa, frugal y pobre; es la del Espiritu Santo, cuyo reinado comienza (1).» Redobláronse entonces las persecuciones, se encen-

(1) Guillelmo de Nangis, año 1316.—Fleury, Historia eclesiástica t. XXIX p. 291.

dieron las hogueras, en especial en el mediodía, perecieron los desgraciados frailes en considerable número, y la orden se puso bajo la protección del emperador Luis de Baviera, á quien el papa se negaba á reconocer (1319).

Felipe V, para alcanzar popularidad habia tomado la cruz; pero Juan XXII le prohibió cumplir su voto descontentando al pueblo. Los habitantes de las campiñas, siervos y pastores, irritados por su miseria y la impiedad de los grandes, se alzaron en masa para ir á la Tierra Santa (1320). Devastaron muchas provincias saqueando las iglesias, rindiendo los castillos, pasando á cuchillo á los judíos, y se dirigieron á Aviñon. Tomaron las armas entonces el rey, los barones, los prelados y la clase media contra estos miserables, é hicieron en ellos una espantosa carnicería.

Además de estos desgraciados, existian otros hombres aun mas dignos de lástima. Eran los leprosos abominados en todas partes y separados de los vivientes por la misma Iglesia. Su número era muy considerable, pues se contaban mas de dos mil leproserías en Francia y mas de treinta mil en Europa. Se les acusó de haber hecho pacto con el diablo para envenenar las fuentes, pues las ideas de hechicería se hacian mas populares á medida que la fe se corrompia; el papa mismo creyó en la magia y la persiguió con bárbaro terror. Con sola esta vaga acusacion, mandó el rey aprisionarlos; y siervos, villanos y nobles se arrojaron sobre ellos, y los degollaron ó quemaron (1321). En fin, los judíos que se hallaban en el último escalon de esta larga escala de miserables, y sobre quienes hacian recaer las persecuciones los campesinos maltratados por los señores, fueron perseguidos como aliados de los leprosos; el rey y los nobles se apoderaron de sus despojos, y « en muchas provincias los quemaron á todos sin distincion.»

Al considerar esta multitud de víctimas ¿no parece que jamás la humanidad ha sido tan infeliz y despreciada? No habia ni un rayo de compasion para el que queria salir de la opresion; y franciscanos, pastorcillos, leprosos y judíos eran proscritos, acosados y muertos como hostiles y temibles para los que tenian algun poder ó riqueza. Se comparaba la desventura de la época con amargura y dolor con las que la habian precedido; se echa-

ba la culpa á los reyes de Francia, y segun la creencia popular, Dios habia maldecido la raza de Felipe el Hermoso por boca de Bonifacio VIII. Fortificóse esta creencia con la prematura muerte de Felipe V que solo contaba treinta años, creyendo todos que habia sucumbido bajo el peso de las maldiciones de su pueblo (1322).

§. XII.—*Reinado de Carlos IV llamado el Hermoso.*—Se cumplió bien pronto la ley de sucesion que hiciera Felipe V para subir al trono, en contra de su familia Fueron excluidas sus cuatro hijas, y fué reconocido como rey sin oposicion con el nombre de Carlos IV el conde de la Marca, hijo tercero de Felipe IV (1).

El fin de la dinastía Capeta está lleno de oscuridad y monotonía: y todo lo que se distingue en este reinado con claridad se reduce á algunas ordenanzas administrativas, persecuciones de los franciscanos, hostilidades en Guiena contra los ingleses, la abolicion de la famosa municipalidad de Laon, la ereccion del señorío de Borbon en ducado en favor de Luis I nieto de San Luis, y en fin un viaje de Carlos IV al Languedoc (2). Continuó no obstante el movimiento administrativo, y se engrandeció el parlamento, convirtiéndose en representante del rey y haciendo temblar á todos los poderes. Habiéndose hecho célebre por sus crueldades un noble del mediodía llamado Jourdain de l'Isle, fué citado á comparecer ante el parlamento; pero Jourdain mandó prender al enviado de los legistas. Entonces el osado enemigo del parlamento fué conducido á la fuerza á Paris, donde á pesar de la predileccion de todos los príncipes, de su alta cuna, y su parentesco con el papa, fué condenado á la horca, y «ejecutado en un público cadalso (1325).»

Juan XXII continuaba desde su prision de Aviñon usando de las prerogativas de sus antecesores contra los césares y en favor de los reyes de Francia. Representaba en Italia un papel subal-

(1) Será preciso llamarle Carlos V segun la nomenclatura vulgar de los historiadores antiguos, pues la dinastía de Carlomagno cuenta cuatro reyes con el nombre de Carlos: Carlomagno, Carlos el Calvo, Carlos el Gordo y Carlos el Simple.—(2) Este viaje al Languedoc se cree fué el origen de los Juegos Florales de Tolosa, especie de academia ó escuela de retórica con la que se creyó conservar la lengua provenzal. Pero ya no habia trovadores. Siete vecinos de Tolosa quisieron hacer el papel de tales, pero la institucion de los juegos florales no fué suficiente para detener la decadencia de la lengua provenzal.

terno, pues los nombres de güelfos y gibelinos ya no recordaban mas que odios hereditarios de familia. Toda la ambicion del papa se cifraba en poner aquel país bajo el dominio de los reyes de Francia ó de Nápoles. Excomulgó á Luis de Baviera contra quien emprendió una guerra insignificante, para la cual abrumó al clero con impuestos. Estaba de acuerdo en esto con Carlos IV que tenia su parte; «el uno esquilaba á la desventurada Iglesia, dice Nangis, y el otro la desollaba.» Sus legados publicaron por todas partes que habia llegado el dia de devolver á la Francia el cetro de Carlomagno. Carlos IV asalarió á los valacos, polacos y rusos para acometer á la Alemania, y se hizo aliado de Leopoldo duque de Austria y de Juan de Luxemburgo rey de Bohemia (1323). Pero tenia en contra suya el odio que los alemanes tenian al papa francés, y la oposicion de los franciscanos que defendian á Luis de Baviera; y quedaron frustradas todas sus tentativas ambiciosas. El emperador, en respuesta á la excomunion que le habia lanzado el papa desde Aviñon fué á Roma, convocó un concilio en el que Juan XXII fué depuesto y condenado á ser quemado como hereje, é hizo nómbrar un papa de su partido que fué un franciscano que se intituló el papa de los pobres (1).

§. XIII.—*Extincion de la rama directa de los Capetos.*—Mientras tenian lugar estas oscuras contiendas, la mano que habia herido á Felipe IV á los cuarenta y seis años de edad, á Luis X á los veinte y cuatro y á Felipe V á los treinta, cayó sobre Carlos IV que no contaba mas que cuarenta y cuatro. No ha existido mejor por los sucesos una creencia popular. «Cuando advirtió Carlos que se acercaba la hora de su muerte (1328) y que la reina iba á dar á luz un hijo, quiso que su primo hermano Felipe de Valois fuera *mainburg* (tutor) y regente del reino hasta que aquel estuviera en edad de reinar, y que en el caso de ser hija, se reuniesen los doce pares y los grandes barones de Francia para dar el reino á quien tuviera derecho (2).» La reina dió á luz una niña.

Segun la última voluntad del rey y la opinion pública, la extincion de la línea directa ponía á la nacion en poder de sí mis-

(1) Este es el emperador que llamaba año *de la libertad* al del nacimiento de Jesucristo.—(2) Froissard, t. I, p. 121 edicion de M. Bouchon.

ma, y solo la eleccion debia decidir la grave cuestion de la sucesion por línea colateral. Se presentaron dos pretendientes; el uno era Felipe, conde de Valois, hijo de Carlos y hermano de Felipe IV, y el otro Eduardo III, rey de Inglaterra, hijo de Isabel la hija de Felipe IV. Los barones se reunieron en la corte con los diputados de Paris y de las ciudades, y se declaró en virtud de la ley sálica, que Isabel no podia trasmitir á su hijo los derechos que ella no poseia, y que si se admitia el principio de herencia por línea femenina, estaba mas próximo del trono que Eduardo el conde de Evreux hijo de la hija de Luís X. En consecuencia «los doce pares y los altos barones de Francia dieron por unanimidad el trono á Felipe conde de Valois, y de este modo el reino, segun opinion de muchos, se separó de la línea mas recta (1).»

Este fué el término de la primera rama de los Capetos que dió catorce reyes notables casi todos por sus virtudes ó por su talento, y uno de ellos el hombre mas grande de la edad media. Es la familia que ha prestado servicios mas eminentes á la nacionalidad francesa. Con esta brillante dinastía se termina la edad heroica del feudalismo.

Se ha completado ya la revolucion que hizo naufragar á la monarquía de la Iglesia: es esclavo el pontificado: no existe ya su poder temporal; y hasta su autoridad espiritual ha perdido algo de su fuerza. Se termina la edad de la fe, y empieza una época de transicion, de sacudimiento espiritual y sufrimientos materiales, detrás de la cual se descubre la época del exámen.

(1) Froissard, t. I, p. 14 y 122.

LIBRO SEGUNDO.

LOS VALOIS Ó LA FRANCIA CONSTITUIDA EN MONARQUÍA FEUDAL CON
LOS ESTADOS GENERALES. ÉPOCA DE TRANSICION DEL FEUDALISMO. (1328—1589.)

SECCION I.

Primeras guerras de los ingleses en Francia. (1328—1380.)

CAPÍTULO I.

Reinado de Felipe VI. (1328—1350.)

§. I.—*Ideas generales sobre la segunda época feudal.*—Las bases de la primera época feudal eran el orden social constituido teocráticamente, la monarquía considerada como un feudo, la Francia confederada en estados feudales, y los pueblos formando municipalidades; no existir nacion ni gobierno general, y ser las guerras particulares la única justicia, y las cruzadas la pasión y el hecho mas predominantes. Nada de esto existia ya. Empezamos á ver delinearse de una manera oscura é indecisa sobre las sociedades aisladas y distintas del clero, de la nobleza y del pueblo, las dos grandes figuras de la monarquía y la nacion. Entramos en una época nueva que presenta dos períodos diferentes bien marcados: la primera, que comienza con el siglo décimocuarto y acaba con el décimoquinto, es un tiempo de eclipse para el pontificado, de decadencia para la aristocracia, y de acrecentamiento doloroso para el trono y el pueblo. Es la época mas estéril y menos orgánica de la historia, la mas monótona, aunque tambien la mas tumultuosa, y en la que la especie humana parece que anda como arrastrando al través de las ruinas de la que precede. «Mirada en sí misma y aparte de sus resultados, es una época sin carácter, en que la confusion va creciendo sin que se aperciban las causas, cuyo movimiento carece de direccion y su agitacion de resultados, y en la que por fin todos los elementos de la organizacion social, el trono, la nobleza, el clero y el

pueblo parecen que giran al rededor de un mismo círculo, igualmente incapaces de progresos y de reposo. Se hacen tentativas de todos géneros y todas quedan frustradas: se intenta afirmar los gobiernos, fundar libertades públicas y hasta reformas religiosas; pero nada se lleva á cabo. Si alguna vez el género humano ha parecido condenado á un destino agitado y estacionario, y á un trabajo sin descanso y estéril, ha sido desde el siglo décimocuarto al décimosexto, pues tal es la fisonomía de su condicion y de su historia (1).» Y no obstante al través de esta anarquía material y espiritual, digna de una época de transicion, se empieza á entrever su segundo período, el de renacimiento y de creación, que principia en las guerras de Italia, el descubrimiento de la América y la reforma de Lutero, y es el de la Europa moderna.

§. II.—*Advenimiento de Felipe VI.—Guerra contra los flamencos.*
—La familia que ascendia al trono de Francia estaba en armonía con esta época. Produjo trece reyes, casi todos incapaces ó malvados: y sus yerros y vicios retardaron el progreso de la nacion, y acumularon sobre ella las calamidades. «La Francia no ha tenido una época mas desgraciada que la del reinado de la rama de los Valois (2),» y Felipe VI, el primero de estos reyes, abre una era de sangre, de deshonra y de torpeza que dura mas de un siglo.

El reino de Francia era en esta época el primero de los estados cristianos. Su corte, tan celebrada por sus costumbres caballerescas, su nobleza tan célebre y tan brillante, y su trono en torno del cual giraban como vasallos los reyes de Navarra, Escocia Mallorca, Bohemia, Hungría y Nápoles, todos parientes ó aliados de los Valois, daban á Francia un aspecto de grandeza suprema, sobre todo al lado del imperio y del pontificado envilecidos. Pero Felipe solo veia en el trono un modo de satisfacer su pasion por el lujo, los deleites y la guerra: y gobernó sin plan de conducta ni ideas fijas ni conciencia en sus deberes, guiado por sus caprichos y pareciendo solo un rey de sus señores.

Su primer cuidado fué hacer confirmar con la consagracion la decision de los barones que le habian elevado al trono; y des-

(1) Guizot, *Civilización europea* 8.^a leccion p. 8 —(2) El presidente: Henault, t. I, p. 221.

pues para contentar «á la que era la legítima heredera, según muchos decían (1),» concluyó un tratado con Juana, condesa de Evreux, por el cual le devolvió el reino de Navarra que sus dos antecesores habían poseído indebidamente y le dió los condados de Angulema y de Mortain, en cambio de la Champaña y de la Brie, que fueron definitivamente agregados á la corona de Francia (1328).

Legitimaron la elección de Felipe la ceremonia de la consagración, la renuncia de Juana y el silencio de Isabel que gobernaba durante la menor edad de Eduardo III; y era preciso para que esta elección se popularizase que el nuevo rey se mostrase buen caballero ante sus barones. Una sola guerra podía arrastrar á los unos y hacerle temible á los otros. La mas brillante y agradable de las guerras á los ojos de los señores era la que se emprendiese contra el pueblo, y en especial contra el de Flandes tan orgulloso con las cuatro mil espuelas de oro cogidas en Courtray. Se presentó una ocasión favorable. Luis I, conde de Flandes, llamado de Nevers (2), violó los privilegios de sus súbditos, que se rebelaron: cayó prisionero y alcanzó su libertad por las súplicas del rey de Francia, pero con la promesa de respetar las franquicias de Flandes. Huyó á París y pidió el auxilio de su soberano. Felipe llamó á sus barones, que acudieron con entusiasmo, y marchó á Flandes con un ejército que contaba ciento sesenta banderas, entre ellas las del rey de Bohemia y de muchos príncipes extranjeros que habían tomado las armas con ardor contra los enemigos comunes de toda la nobleza. Los franceses llegaron hasta los muros de Cassel, los acometieron diez y seis mil flamencos, los cuales perecieron todos; y tomaron á Cassel, Ipres y Bernes. Brujas se rindió y Felipe regresó á Francia después de devolver á Luis de Nevers sus estados.

Lleno de gloria con esta expedición, se vengó de las reclamaciones de Eduardo III, intimándole que le prestara homenaje por la Guiena. El rey de Inglaterra trató á los mensajeros con insolencia; pero como los barones ingleses desaprobaban la guerra, se vió obligado á acudir á Amiens, donde le esperaba Felipe (1332). En la catedral de esta ciudad y en medio de la corte mas

(1) Froissard, t. I.—(2) Nieto de Roberto III y segundo sucesor de Guy de Dam-pierre.

pomposa se arrodilló Eduardo delante de su soberano, sin corona, sin espada y sin espuelas, y se declaró vasallo suyo como duque de Guiena. Regresó á su país lleno de cólera por tan humillante ceremonia, y esperó el momento favorable de hacer valer las pretensiones que renunciaba tan abiertamente con su homenaje.

§. III.—*Proceso de Roberto de Artois. — Progreso de los legistas. — Decadencia del pontificado.*—«La persona que mas ayudó al rey Felipe para llegar al trono fué Roberto de Artois (1),» nieto del conde de Artois que murió en Courtray. Este habia dejado su condado, nó á su nieto, pues el padre habia ya muerto, sino á su hija Mahalta, esposa de Othon IV, conde de Borgoña. Roberto reclamó su derecho en el reinado de Felipe IV, y el parlamento sentenció en contra suya, á pesar de parecer evidente, segun las costumbres feudales, que las hembras solo eran llamadas á heredar en defecto de varones; pero Mahalta habia casado sus hijas con los hijos de Felipe IV, y se queria de este modo reunir el Artois á la corona. Cuando la ley sálica cambió todas las ideas y principios hereditarios Roberto reclamó de nuevo su herencia en el reinado de Felipe V, pero este era esposo de la heredera de Mahalta, y el parlamento desechó segunda vez la demanda de Roberto. Habiendo subido al trono Felipe IV, el mejor amigo de Roberto, y casado con una hermana suya, renovó este su reclamacion. Mahalta fué á Paris con su hija la viuda de Felipe V, pero las dos murieron muy pronto, segun dicen, envenenadas por Roberto, y sus derechos pasaron á la primogénita de Felipe V, esposa de Eudo IV duque de Borgoña. Llevado el negocio ante el parlamento, fueron declarados falsos los testigos y documentos que presentó Roberto. Formáronle entonces un sumario, sus cómplices fueron condenados á muerte y ejecutados; y Roberto huyó de la corte. Intimidado á comparecer ante el consejo de los pares, se refugió en Bruselas (1332), y un decreto del parlamento le condenó al destierro y á la confiscacion de sus bienes. El rey persiguió con inexplicable encarnizamiento á su antiguo amigo, y dejó que aprisionaran y llenaran de deshonra á su propia hermana por decreto del parlamento. Roberto quiso vengarse. Estaban en-

(1) Froissard. t. I, p. 45.

tonces en su apogeo de credulidad y fama las ciencias mágicas, y se buscaban en las potencias del infierno remedios para las miserias ó injusticias de la tierra; y el clero mismo acreditaba estas creencias persiguiendo á los hechiceros. Roberto intentó matar al rey y á sus enemigos hechizándolos, es decir, haciendo fabricar y bautizar por un hechicero figuras de cera á imágen de las personas que querían matar, y traspasándoles el corazon con una aguja. Felipe, al saber esta maniobra, se llenó de terror, y Roberto huyó entonces á Inglaterra (1334), donde enardeció el odio de Eduardo, á quien persuadió que debía hacer valer los derechos que tenia á la corona de Francia.

Los legistas habian servido de instrumento á los odios del poder en este proceso poco conocido en nuestros días; pero no se limitaba su influencia á representar este papel vergonzoso; seguian impulsando el progreso administrativo é inspiraban al trono una multitud de ordenanzas sobre el comercio y la industria, sobre los límites de las jurisdicciones civil y eclesiástica, y principalmente sobre las monedas, cuyas variaciones y alteraciones eran el mejor manantial de las rentas reales. El trabajo mas importante de los Valois fué encontrar dinero. Tuvieron necesidad de él no solo para subvenir á los gastos del gobierno, que eran considerables, sino para su lujo que creció con su poder. Buscaron en todo materias imponibles, y Felipe halló una muy productiva, aunque muy onerosa para el pueblo, en la sal, cuyo monopolio se atribuia. Los impuestos tomaron en su reinado una forma regular, y el tribunal de las cuentas adquirió un gran ascendiente político con la sancion y empadronamiento de las ordenanzas rentísticas. Los legistas se convirtieron en un nuevo poder, y terminaron con el parlamento la victoria que codiciaban desde que habian entrado en él. Una ordenanza de 1344 dió á los consejeros *relatores* iguales derechos que á los consejeros *jueces*, y transformó enteramente el parlamento en tribunal de justicia. Al mismo tiempo que vencian los legistas á la aristocracia, proseguian su guerra contra el clero, admitiendo la primera *apelacion de abuso* de parte del conde de Forez, cuyos dominios habian sido puestos en entredicho por el arzobispo de Lyon. El parlamento anuló el entredicho, y secuestró el poder temporal del prelado hasta que obedeciera su decreto.

En medio de tanto progreso, deslumbrado el trono por su grandeza, carecía de tacto y discernimiento: solo pensaba en infundir respeto á fuerza de lujo y de pompa: todas sus virtudes caballerescas se reducian á gastar mucho, llevar una vida opulenta y dar suntuosas fiestas. No se pedia á los reyes mas que el valor y la generosidad; y estas eran las únicas excelencias que el pueblo ensalzaba en ellos. La nobleza imitó el fausto real con que se enorgullecia, se hizo cortesana para gozar las liberalidades del soberano, oprimió á los siervos de sus dominios para subvenir á sus gastos; y obtuvo por fin del rey la reduccion de sus deudas y la prision de sus acreedores «con la excusa de que existia una conjuracion de personas de ínfima clase para arruinarla (1).» El clero habia olvidado el papel que habia representado tan dignamente en los últimos siglos, y era codicioso y corrompido. Juan XXII, dió el ejemplo; su avaricia no tuvo límites, y se dijo que sus tesoros ascendian á 23 millones de florines en el dia de su muerte; los franciscanos tenian razon al acusarle de una codicia tan ajena á los papas de las épocas anteriores. No cesaron estos pues, á pesar de las persecuciones, de descubrir las torpezas del alto clero, y llegaron á atacar la ortodoxia del papa, cuyas sutiles doctrinas encerraban una herejía. Estas doctrinas habian sido condenadas por la Sorbona; Felipe VI amenazó con la hoguera á los predicadores del papa, y alcanzó sobre él un ascendiente tan despótico que le obligó á retractarse de sus opiniones teológicas. Juan murió de pesar (1334).

Sucedióle Benedicto XII. Era un hombre suave y benéfico que deseaba reconciliarse con el emperador. «Pero si lo hiciera, dijo á los embajadores de Luis IV, el rey de Francia me trataria peor que á Bonifacio VIII.» Felipe fué á visitarle á Aviñon, le obligó á declarar públicamente «que no podia reconciliar con la Iglesia á los enemigos del rey de Francia,» y se aprovechó de la debilidad del pontífice para dar libre curso á las pretensiones de su antecesor á la corona imperial.

El Oriente inspiraba aun recuerdos de gloria, y se veian continuamente predicadores que reanimaban la compasion de los cristianos hácia las desventuras de la Tierra Santa. El mismo Luis-

(1) Continuacion de Guillermo de Nangis, p. 26.

ñan, rey de Chipre y de Jerusalem vino á solicitar el auxilio de la Europa contra los turcos que se dirigian hácia el Occidente. Se decretó una cruzada (1336). Felipe tomó la cruz é hizo grandes preparativos; pero en recompensa de su adhesion á la causa cristiana, pidió al papa para sí la corona imperial, el restablecimiento del reino de Arles para uno de sus hijos, la corona de Italia para su hermana; y además para los gastos de la cruzada el tesoro pontificio, la disposicion de todos los beneficios de Francia, y el impuesto de un diezmo sobre toda la cristiandad por espacio de diez años. Si Benedicto hubiera concedido estas peticiones, hubiera dado á los Valois lo que el pontificado negó durante tres siglos á los reyes de Germania. Lo rehusó tambien y no se efectuó la cruzada.

§. IV.—*Situacion de Flandes.—Principio de la guerra de los ingleses en Francia.—Batalla de la Eclusa*—Empezaron á manifestarse por fin los odios que alimentaban mútuamente Eduardo III y Felipe VI. El rey de Inglaterra envió á Eduardo Baillec á arrojar del trono de Escocia á David Bruce aliado de la Francia. Bruce se refugió en la corte de Felipe, que le dió soldados y dinero para recobrar su reino. Eduardo entonces se declaró abiertamente contra Bruce y él mismo hizo la guerra en Escocia. Encónose la contienda, mas otro era el teatro donde debia al fin estallar.

La Francia y la Inglaterra habian llegado al mismo grado de civilizacion, tenian iguales costumbres, la misma lengua, estaban unidas por la guerra y el comercio, y formaban en Europa un mundo aparte, teniendo por intermediaria á Flandes, país unido á la Francia por el lazo feudal y á la Inglaterra por sus intereses. Flandes pues debia ser el campo de batalla de ambas naciones

Rica ya por su comercio la Inglaterra, pero con una industria naciente, sacaba mucha utilidad de sus lanas que enviaba á toda Europa (1).» Flandes era la nación que en especial compraba sus lanas para elaborarlas y esparcir las por todos los países convertidas en paños. De esto resultaba una íntima alianza de intereses entre Flandes é Inglaterra, y los esfuerzos constantes de los

(1) Mateo de Westminster p. 340.

reyes ingleses para separar á los flamencos del dominio francés. Por su parte los reyes de Francia habian querido siempre dominar aquel país tan importante por su posicion y sus riquezas. En el reinado de Felipe IV no se habia llevado á cabo aun su reunion completa; pero el lazo feudal no se habia roto, y la política de los reyes franceses habia sido siempre la de proteger á los condes de Flandes contra sus súbditos para estrechar mas este lazo.

Luis de Nevers era enteramente adicto á la Francia y permanecia comunmente en Paris. Felipe VI le mandó que hiciera prender á los ingleses que comerciaban en sus estados. Eduardo despues de este injusto ataque prohibió la exportacion de lanas á Flandes, y mandó que nadie usara en Inglaterra mas que los paños fabricados en el país (1336) (1). Todos los telares quedaron paralizados, y los tejedoras emigraron en masa á Inglaterra rebelándose toda la Flandes contra su señor. Santiago Artevelt, cervecero de Gante, que era el agitador de este pueblo turbulento, convocó á los diputados de esta ciudad, á los de Brujas y de Ipres, y les «demostró que no podian vivir sin el apoyo del rey de Inglaterra, porque toda la Flandes dependia de la fabricacion de paños, y sin lana mal se podia tejer (2).» Entonces los flamencos depusieron á Luis conde de Nevers y entraron en negociaciones con Eduardo. El rey inglés que parecia temer la guerra, pidió la mediacion del papa; pero Felipe, que le provocaba por todos los medios, le intimó á que le entregara á Roberto de Artois, y habiéndole contestado Eduardo con la negativa, preparó naves y soldados. Eduardo hizo alianza con los príncipes del imperio, y prometieron auxiliarle los duques de Brabante, de Gueldre, de Hainaut, de Luxemburgo y de Juliers; pero antes que pudiera prepararse, Felipe envió á Inglaterra su escuadra, que taló sus costas, y condujo su ejército á Guiena.

Eduardo intimó entonces á Felipe á que le diera la corona de Francia, y envió una armada á Flandes. Aunque esta contienda parecia movida por la ambicion personal de Eduardo, y que la Francia debia defender al rey de su eleccion, la guerra era mas popular en Inglaterra que en Francia. Se trataba por la vez primera de una cuestion vital, á saber, si Flandes, tan importante

(1) Walsingham, Historia de Inglaterra año 1336.—(2) Sauvage, p. 145.

y temible á la Inglaterra por su posicion geográfica y su espíritu industrial, seria inglesa ó francesa; cuestion que originaba no solo la guerra de cien años que empezaba, sino contiendas sangrientas de cinco siglos, y cuestion que aun en el dia no está enteramente resuelta.

Los preparativos fueron muy lentos por ambas partes. A medida que las guerras perdian su carácter feudal, eran mas costosas á los reyes, los cuales debian pagar á los nobles soldados, y comprar armas y provisiones. Eduardo desembarcó en Amberes: encontró á los señores de los Países Bajos muy frios en favor suyo, y á los mismos flamencos tranquilizados con las concesiones de su conde, y se dirigió al emperador (1338). Enojado Luis IV de la esclavitud del papa francés, habia resuelto ir á Roma con un ejército para hacerse absolver á la fuerza. Reunió en Coblenza una dieta á la que concurrieron diez y siete mil caballeros ó barones, y promulgó en ella un decreto que declaraba la dignidad imperial independiente del pontificado, y al emperador jefe del mundo cristiano. Eduardo acudió á esta asamblea, y le pidió justicia contra Felipe conde de Valois que le retenia los dominios de sus antepasados y hasta la corona de Francia. El emperador acusó tambien á Felipe ante la dieta por los feudos que tenia el imperio, y cuyo homenaje le rehusaba. La asamblea declaró entonces á Felipe excluido de la proteccion imperial, y le desterró de la cristiandad. Luis IV nombró á Eduardo teniente suyo en los Países Bajos para la guerra que el imperio declaraba á la Francia.

El débil emperador acababa de renovar las pretensiones de Enrique IV y de Federico II, pero eran vanas ceremonias tanto la supremacia de la cristiandad dada al César romano y la declaracion del vasallaje de los reyes de Europa, como el destierro del imperio promulgado contra el soberano de Francia. A pesar de los esfuerzos de Luis para dar un carácter europeo á la guerra entre Eduardo Plantagenet y Felipe de Valois, esta no era mas que una contienda de dos reyes, señores absolutos de sus estados sin oposicion del papa ni del emperador. El mismo Eduardo se habia humillado solo por ambicion delante de Luis IV, y cuando este quiso que se prosternara bajo su trono y le besara los piés, se alzó con indignacion diciendo que era rey por la

gracia de Dios. El pontificado se despertó al saber la ceremonia de Coblenza, prohibió á Eduardo que tomase el título de vicario imperial, protestó de las pretensiones del emperador, y le amenazó con una nueva excomunion si persistía en sus proyectos hostiles á la Francia. Las bulas del papa y los decretos de la dieta arrojaron á la Alemania en una espantosa anarquía. Atormentado Luis por su conciencia y dudando de sus derechos, no prestó ningun auxilio á Eduardo, y este se halló reducido á sus propias fuerzas.

Los preparativos de Felipe eran formidables; pero habia agotado el dinero del reino, y era extremo y general el descontento. Los ñobles emprendieron con entusiasmo esta guerra; pero muchos estaban en secreta inteligencia con Eduardo, y el «rey vió tantas traiciones y tantas personas culpables de ellas, que se intimidó en extremo (1).» Irritado el pueblo con las perpetuas alteraciones de las monedas, se rebeló en muchas provincias, y Felipe se vió obligado á convocar los estados generales. Estos le declararon solemnemente que «el rey no podia imponer tributos en Francia sin el consentimiento de los estados.» Desde aquel dia se hizo nacional este principio, y adquirió tanta fuerza, que durante dos siglos no lo violaron sin riesgo los reyes.

Eduardo arrastró tras de sí á sus aliados poco fieles y muy descontentos, entró en Francia por Cambresis, y lo devastó todo hasta el Oise (1339). Felipe le salió al encuentro, y los dos ejércitos se hallaron frente á frente en Vironfosse. El ejército francés era numéricamente superior al de Inglaterra, y habia en él cuatro reyes, seis duques, treinta y seis condes, cuatro mil caballeros, doscientas veinte y siete banderas y sesenta mil hombres de las municipalidades; pero Eduardo habia ocupado una posicion casi inexpugnable. Aconsejaron á Felipe sus barones que esperase hasta que el enemigo, cuyos recursos se hallaban agotados, se retirase por sí mismo. Efectivamente, bien pronto retrocedió Eduardo, licenció su ejército y regresó á Bruselas. Persuadido allí de que no tendria ningun éxito su guerra sin el apoyo de los flamencos, volvió á anudar sus relaciones con Artevelt. «No ha habido jamás en ningun país, dice Froissard, du-

(1) Froissard, t. I. p. 100.

que, conde ni príncipe que mandara una nacion durante tanto tiempo y tan despóticamente como este cervecero (1),» que bien pronto llegó á formar una liga entre las ciudades de Flandes, y les convenció á que reconociesen á Eduardo como rey de Francia. Este era el único medio de eludir los juramentos de fidelidad de los flamencos, pues era dudoso el derecho de los dos reinos pretendientes. Eduardo les prometió devolverles las ciudades de Douai, Lila y Behume, y se concluyó la alianza (1340).

El rey inglés dirigió entonces á los barones franceses un manifiesto en el que declaraba que volvía á tomar el gobierno de la Francia, que injustamente le habia robado el conde de Valois. Confirmó los privilegios de la nobleza, del clero y las ciudades, abolió los impuestos, prometió observar las ordenanzas de San Luis, é incitó á las demás provincias á que imitasen el ejemplo de Flandes. Solo el conde de Hainaut respondió á este llamamiento, y Eduardo regresó á Inglaterra para hacer los preparativos de una segunda campaña.

Felipe organizó un numeroso ejército mandado por su hijo Juan duque de Normandía para invadir el Hainaut y Flandes, en tanto que una escuadra compuesta de ciento y cuarenta naves castellanas y genovesas impedian á Eduardo su regreso. Juan entró en Hainaut, cuyo país devastó furiosamente; pero fué vencido en el sitio de Quesnay, donde empezaron á usarse los cañones y morteros (2). Los historiadores hablan de estas nuevas máquinas de guerra sin admiracion, pues las consideraban mas embarazosas que eficaces, y ninguno de ellos presagió la revolucion que iba á causar el descubrimiento de la pólvora. Eduardo salió de Inglaterra y encontró la armada francesa que llevaba á bordo cuarenta mil hombres y estaba situada cerca de la Eclusa en una ensenada donde no podia maniobrar. La atacó y la derrotó completamente. Los franceses perdieron la mayor parte de sus naves con veinte mil hombres, y los ingleses quedaron señores absolutos del mar (24 de junio de 1340).

(1) Froissard, t. I, p. 185.—(2) El conocimiento del salitre y de sus propiedades proviene de Oriente, y se cree que los árabes enseñaron á la Europa la composicion de la pólvora. Su uso como agente para lanzar proyectiles data en Europa del principio del siglo XIV. Los primeros que la emplearon fueron los ingleses y despues de ellos los franceses.

Este desastre decidió á los franceses á hacer su retirada á Arras. Eduardo llegó á Gante donde se le reunieron todos sus aliados. Tenia cuatro mil caballos y nueve mil arqueros, una numerosa caballería alemana y las milicias de Flandes. Todos juntos ascendian, segun dicen, á cincuenta ó sesenta mil hombres, con los cuales fué á poner sitio á Tournay; pero perdió el tiempo sin fruto bajo los muros de esta ciudad, al mismo tiempo que Roberto de Artois tenia que alzar el sitio de San Omer. Felipe se dirigió á Tournay con un ejército considerable, en que iban los reyes de Navarra, Bohemia y Escocia, los duques de Lorena, Bretaña y Borgoña, los condes de Flandes, Saboya y Génova; pero los rios y pantanos impidieron la batalla. Algunas pequeñas reñidas, en las que siempre salian vencedores los franceses, desalentaron á los flamencos de tal modo que alzaron las tiendas y se pasaron en masa á las filas enemigas. Eduardo, despues de agotar su dinero, vió como los príncipes del imperio abandonaban su alianza y el emperador le quitaba un título de vicario, á la Guiena invadida por las tropas francesas, y á la Inglaterra devastada por los escoceses. Entabló negociaciones y consiguió una tregua de dos años (1340). De modo que á pesar de su victoria de la Eclusa, se habia estrellado en la segunda expedicion cual en la primera, y no poseia aun una sola ciudad de la nacion de la que pretendia ser el soberano. «Pero sobrevino un acontecimiento que le proporcionó mejor y mas provechosa entrada en el reino (1).»

§. V.—*El conde de Monfort y el de Blois se disputan el ducado de Bretaña.*—El duque de Bretaña Juan III murió sin sucesion (1341). De sus dos hermanos el uno habia muerto dejando una hija llamada Juana, y el otro era Juan, conde de Monfort. El derecho feudal daba el ducado á la condesa de Blois, que era la hija del hermano de Juan III; pero como la ley sálica habia trastornado todas las reglas de sucesion, apoyándose el conde de Monfort en el ejemplo de Felipe de Valois, se apoderó de Nantes y de Rennes, y se hizo reconocer duque de Bretaña. El conde de Blois apeló al parlamento que adjudicó el ducado á Juana. La nobleza y la Bretaña francesa apoyaron á esta, y el

(1) Froissard, t. II, 20.

pueblo y la Bretaña céltica que representaban realmente el partido nacional, se pusieron de parte de Monfort, porque la elevacion del conde de Blois hubier sido una especie de conquista francesa.

Monfort partió á Inglaterra, reconoció á Eduardo por rey de Francia, y le prestó homenaje por la Bretaña. De este modo el interés, haciendo variar los principios, impulsaba á Felipe de Valois, ascendido al trono por la exclusion de las mujeres, á proteger la línea femenina, y á Eduardo, que queria reinar por el derecho de las mujeres, á sostener las pretensiones de la línea masculina. Los dos rivales pudieron continuar la guerra sin violar la tregua.

Carlos de Blois, hombre austero y desapiadado y que pasaba por santo, entró en Bretaña con un poderoso ejército mandado por Juan duque de Normandía. Tomada Nantes por traicion, Monfort cayó prisionero y fué conducido al Louvre; pero su mujer Juana de Flandes se vistió la armadura de los caballeros: con su hijo en los brazos recorrió las ciudades de Bretaña, que inflamó con su heroismo y su hermosura, y á pesar de la toma de Rennes y de la traicion de muchos grandes señores, se retiró al puerto de Hennebon para recibir allí el auxilio de los ingleses. Sitiada en esta ciudad desplegó un valor casi fabuloso; siempre armada, defendia la brecha ó hacia salidas, y llegó con ayuda de los ingleses á hacer levantar el sitio (1342). Sus romancescas aventuras excitaron el entusiasmo de los caballeros de toda la Francia, y le conquistaron numerosos partidarios. Era una imagen de la mujer feudal que queria á fuerza de virtudes varoniles reconquistar la capacidad que le habia quitado la ley salica. Parecia que en aquel siglo decrepito las grandes virtudes solo pertenecian á los débiles.

No hay asunto mas fastidioso que la relacion de las batallas y sitios de que abunda esta guerra. Se peleaba sin arte y sin método para hacer hermosas proezas que no dieron ningun resultado. Todo está rodeado de murallas, do quiera se sostienen sitios, las ciudades son tomadas por asalto, incendiadas y saqueadas: no hay compasion ni humanidad; y son muertos los vencidos como criminales. Los arenales incultos y las rocas de la Bretaña salvaje se inundaron de sangre durante veinte y cua-

tro años. Fué el país de la gloria y de las aventuras, y si los caballeros mostraron en él tanto valor como astucia y tanta audacia como crueldad, los vecinos de las ciudades y los campesinos solo participaron de los sufrimientos.

Eduardo se preparaba á volver á empezar la guerra. Deseaba hacerse popular entre sus súbditos, y con este objeto, al pretender la corona de Francia, se hacia cada vez mas inglés, desechaba los recuerdos de la conquista normanda, proscribia de los tribunales el idioma francés, y hacia que predominase en Inglaterra el elemento sajón. Su gobierno era activo, ilustrado y protector de todos los intereses, y asociándose al pueblo inglés en sus pasiones, logró de él todo lo que quiso. Al expirar la tregua, envió á Bretaña á Roberto de Artois con una escuadra de cuarenta y seis naves en las que iba Juana de Monfort. Felipe armó treinta y dos embarcaciones castellanas, cuyo mando dió á Luis de España ó de la Cerda (1) uno de los mejores marinos de aquella época para impedir el paso á los ingleses. Se trabó la batalla cerca de Guernesey. «Allí estaba la condesa de Monfort armada, que bien valia como un hombre porque tenia un corazon de leon, llevaba una espada muy pesada y cortante, y peleaba muy bien y con valor (2).» Una tempestad separó á los combatientes. La armada inglesa en muy deplorable estado fué arrojada á las costas de Bretaña. Roberto de Artois se apoderó de Vannes, pero perdió muy pronto esta ciudad, y fué á morir á Inglaterra de resultas de una herida. Eduardo llegó con un numeroso ejército, concentró sus fuerzas en los muros de Nantes, donde se hallaba sitiado el conde de Blois, pero el duque de Normandía acudió en defensa de este con cuarenta mil hombres. Entonces los ingleses retrocedieron hasta Vannes, y ya se preparaba una batalla cuando con la intervencion de los legados del papa Clemente VI se concluyó una nueva tregua, que comprendia á los flamencos y escoceses.

Durante esta tregua, Felipe solo se ocupó en amontonar di-

(1) Era hijo de Alfonso de la Cerda que disputó el trono de Castilla á Sancho IV y á Fernando IV, y que abandonando sus pretensiones en 1305, se había retirado á Francia. Luis fué coronado en 1345 rey de Canarias (islas recientemente descubiertas) por el papa Clemente VI, pero no intentó hacer valer esta soberanía imaginaria.—(2) Froissard, t. II, p. 495.

nero por medio de ordenanzas fiscales muy ruinosas; para cuya formacion contribuyeron los simulacros de estados generales, de los que no nos hablan los historiadores, pues era una institucion poco popular aun y de escasa fuerza. Impuso cuatro dineros por libra sobre el valor de toda mercancia cada vez que fuese vendida (1343), alteró las monedas, y determinó que conservar su valor durante un mes, perdiendo tres quintas partes durante los seis meses siguientes, y una quinta parte seis meses despues, además de las pérdidas anteriores. No se sabe cuál seria el resultado de tan desastrosa medida, que debió trastornar todas las fortunas, causar la escasez pública y fomentar turbulencias. Los historiadores guardan un completo silencio sobre la suerte del pueblo, el cual parecia robustecerse con el sufrimiento, y no piensan mas que en relatar de un modo prolijo y romancesco los hechos de armas, los torneos y los latrocinios de los caballeros. Juan Froissard, cronista muy precioso por la gracia y sencillez de su lenguaje, interesa vivamente por esta razon á pesar de ser un poco exagerados sus relatos; no pasa por alto el menor detalle del sitio mas insignificante, y apenas dedica una línea á los grandes acontecimientos del siglo.

Felipe apremiaba á sus pueblos para los gastos de las fiestas de su corte. Convidó á una de estas solemnidades, á las que concurrían todos los príncipes, á los señores de Bretaña, que eran partidarios del conde de Blois y tenían relaciones de amistad con el rey de Inglaterra; pero en medio de las fiestas se apoderó de ellos, y sin proceso ni sentencia mandó que les cortasen la cabeza. Algunos dias despues tuvieron igual suerte tres caballeros normandos (1344). Se esparció el rumor de que los señores bretones estaban vendidos á Eduardo, y tramaban grandes crímenes contra el rey y contra la Francia, y nadie se atrevió á alzar la voz contra estas ejecuciones.

§. VI.—*Renovacion de la guerra entre Felipe y Eduardo.*—*Batalla de Crecy.*—La Bretaña se llenó de indignacion y conoció que se atentaba contra su independenciam. La viuda de una de las víctimas de Olivier de Clison, tomó las armas, se apoderó de muchos castillos, sorprendió algunas naves francesas y fué á ofrecer su hijo á la condesa de Monfort. Eduardo rompió la tregua (1345) bajo el pretexto de «que los nobles de Bretaña que

le eran adictos habían sido entregados tiránicamente á una muerte ignominiosa (1),» y preparó tres expediciones. El primer ejército desembarcó en Guiena, devastó el Perigord, venció á los franceses en Auberoche y se apoderó de Angulema. Montfort, que había huido de su prision, desembarcó en Bretaña con el segundo ejército; pero murió cuando apenas se había reunido con su heroica esposa, y continuó la guerra Juana en nombre de su hijo. Eduardo al frente del tercer ejército, desembarcó en Flandes, donde fué recibido por Artevelt, que era el soberano absoluto del país. Gante, Ipres y Brujas hacían la ley á las demás ciudades y no reconocían la autoridad de su conde. Para asegurar la independencia de Flandes, Artevelt resolvió darle otro soberano, y propuso á los flamencos que reconocieran por conde al hijo de Eduardo. Hubo con este objeto una asamblea de los diputados de todas las ciudades; pero temieron estos cargar con una responsabilidad tan trascendental, porque era un sentimiento muy poderoso aun para los pueblos feudales el respeto al derecho del señor natural, y por otra parte, porque miraban con envidia la autoridad soberana de Artevelt y el modo absoluto con que disponía de las rentas públicas. Sublevaron al pueblo contra él, y este tribuno tan notable por su talento como por sus violencias, fué muerto en su casa con setenta de sus partidarios. Eduardo entonces enfurecido regresó á Inglaterra; pero habiéndole Flandes enviado diputados para renovar la alianza, no se atrevió á vengar la muerte del que llamaba su «buen amigo» y «querido compadre (2).»

Felipe continuaba en tanto sus preparativos de guerra, y para recoger dinero convocó (1346) los estados del norte ó de la *Lengua de Ovi* en Paris, y á los del mediodía ó de la *Lengua de Oc* en Tolosa; porque aun existían dos Francias diferentes en costumbres, en lengua y en leyes. Las dos asambleas declararon que «desagradaban mucho al pueblo» la gabela de la sal y el impuesto de los cuatro dineros por libra; no obstante los aprobaron, y su producto se invirtió en las fiestas de la corte. Pero como eran insuficientes estos tributos, difíciles de cobrar, y causaban tan ruidosas quejas, Felipe prefirió la alteración de mone-

(1) Rymer, t. V, p. 433.—(2) Froissard, t. II, p. 259.

das que producía tesoros mas seguros y considerables; de modo que son tan numerosas sus ordenanzas sobre este objeto, que es imposible seguir las variaciones monetarias.

Se reunió en el mediodía un grande ejército mandado por el duque de Normandía, en el que iban los duques de Borgoña y de Borbon, el condestable, el delfin de Auvernia y una multitud de barones. Se apoderó de Angulema y sitió á Aiguillon, pequeña y fuerte plaza situada en la confluencia del Lot y del Garóna; pero los mil y quinientos ingleses que la defendían se resistieron durante cuatro meses, burlándose de cincuenta ó sesenta mil hombres que los acometían.

Resuelto Eduardo á libertar á Aiguillon, partió con un brillante ejército compuesto de cuatro mil hombres de armas, mil arqueros y diez y ocho mil infantes con una multitud de altos barones y caballeros. Los vientos contrarios le arrojaron de las costas de Gascuña. Entonces uno de los señores llamado Godofredo de Harcour, desterrado de Francia por la tiranía de Felipe, le inspiró la idea de libertar á Guiena desembarcando en Normandía, «país sin fortificaciones, rico y feraz, que hacia cien años no habia sufrido la guerra (1).» Eduardo desembarcó sin obstáculo en la península de Cotentin, donde tenia sus feudos Harcourt (1346). Hizo marchar á su ejército en tres columnas paralelas, de las que dos se apoyaban en los costados y sostenían la del centro, mientras la escuadra seguía las costas. Esta marcha con un plan tan notable de invasion atestigua mas ciencia militar de la que se habia mostrado desde muchos siglos. La Normandía se hallaba enteramente indefensa, pues toda la caballería francesa estaba al otro lado del Loira, y sus habitantes orgullosos con las riquezas que habian amontonado durante un siglo despreciaban á los ingleses, y habian propuesto á Felipe renovar á sus expensas la conquista de Guillermo el Bastardo. Todos huyeron ante Eduardo, que devastó á Harfleur, Cherbourg, Valognes, Carcutan y San Lo. «Todo fué arrasado, destruido y saqueado sin piedad:» los ingleses se llevaron inmensas riquezas de este país, lleno de fábricas y fértiles campiñas, y llegaron hasta las murallas de Caen. Al saber la invasion, el condestable

(1) Froissard, t. II. p. 33.

se retiró precipitadamente á esta ciudad, que tenia de veinte á treinta mil habitantes ; pero los ingleses la tomaron por sorpresa y fué entregada al mas cruel saqueo, «siendo una cosa maravillosa el modo con que la conquistaron (1).» Allí fué donde Eduardo encontró, segun dicen, el borrador del proyecto de la conquista que tramaban los normandos segunda vez en Inglaterra ; la envió á su reino, donde fué leida en todas las iglesias , estimulando vivamente el espíritu nacional , y consiguió hacer popular su contienda con Felipe de Valois.

La invasion de la Normandía no produjo el éxito que se esperaba en favor de la Guiena ; solamente algunos señores abandonaron el ejército de Aiguillon, y Felipe reunió otro tan numeroso en Paris. Véase en él al rey de Bohemia, al duque de Lorena, los condes de Saboya y de Namur y otros príncipes del imperio, que eran enemigos de Luis de Baviera, contra quien habian elegido emperador, por mediacion del papa, á un hijo del rey de Bohemia ; pero que habiendo sido vencidos y hallándose refugiados en Francia, tenian deseos de combatir contra el aliado de Luis de Baviera. Parecia pues que se habia frustrado el plan de Eduardo : érale preciso llegar á Flandes entretanto á través de la Normandía y el Vermandois, siguiendo las costas para salvarse del ejército de Paris, y pasar primero el Sena y despues el Somme. Aproximóse á Ruan : los puentes estaban cortados, y una parte del ejército francés guardaba la orilla derecha. Entonces subió por el Sena siguiendo la orilla izquierda, taló todo lo que halló á su paso, sin hallar un solo puente, y llegó á Poissy perseguido siempre por los franceses. La cercanía de Paris, la falta de víveres, la sublevacion de los paises devastados y la presencia de un ejército doble que el suyo hacian muy crítica su posicion ; pero sabia los planes de sus enemigos por los partidarios que tenia entre ellos, y acababa de saber que las milicias flamencas se habian puesto en movimiento para reunirse con él. Una maniobra diestra le consiguió el paso del Sena, y avanzó á marchas forzadas hácia el Somme, no dejando detrás de sí mas que muertos y ruinas. Las milicias del Vermandois intentaron detenerle y las destruyó completamente. Felipe se puso en su

(1) Froissard, p. 320.

persecucion con ocho mil caballeros, seis mil arqueros genoveses y treinta ó cuarenta mil infantes. Resuelto á encerrarle entre el Sena y el Somme, de rendirle por hambre y hacerle prisionero mandó cortar ó fortificar todos los puentes del Somme, y guardar el vado de Blanche-Tache, en Abbeville, con catorce mil hombres. Eduardo se hallaba en la mas apurada situacion, sin provisiones, con un ejército inferior de la mitad, embarazado con el botin y que empezaba á desanimarse. Quiso entrar en negociaciones; pero Felipe que ardía en deseos de vengar sus provincias devastadas, rehusó todas las proposiciones, y juró no dar cuartel á su enemigo. Eduardo no tenia mas medio que combatir ó rendirse, cuando un prisionero le indicó el vado de Blanche-Tache. Dirigióse hácia allí rápidamente, dió un terrible combate al cuerpo que lo defendía y llegó á pasar al otro lado del rio. Felipe que le habia seguido, llegó cuando el flujo le cerraba el paso, y fué á atravesar el rio por Abbeville.

Habiendo Eduardo llegado á Ponthieu, que pertenecía á su madre, se halló estrechado en la costa, sin naves y con el ejército rendido con una marcha continua de cuarenta y cinco dias. Se paró, tomó buena posicion cerca de Crecy, hizo descansar un dia entero á su ejército, y se puso en orden de batalla (25 de agosto de 1346). No tenia mas que treinta mil hombres, de los cuales cuatro mil ginetes y diez mil arqueros eran ingleses, y el resto del ejército se componia de irlandeses ó galos semi-salvajes. Los repartió en tres divisiones que escalonó sobre una altura, mandó que sus ginetes se pusiesen á pié y sus arqueros en la vanguardia. Felipe salió de Abbeville, hizo andar á su ejército cinco leguas en medio de la lluvia y el calor, y llegó á Crecy en la mas horrible confusion. Ginetes, arqueros y milicias marchaban á la aventura llenando muchas leguas de terreno con sus batallones desordenados. Debían formar la vanguardia los arqueros genoveses y el conde de Alenzon, hermano del rey; pero « ni el rey ni sus mariscales podian subordinar á los suyos, porque habia tan inmenso número de grandes señores, que todos querian allí hacer alarde de su poder; así caminaron sin orden ni concierto hasta que se acercaron á sus enemigos (1), » cuyo campo es-

(1) Froissard, t. II. p. 356.

taba silencioso, inmóvil y bien ordenado. Se informó Felipe de la formidable posición de los enemigos, y sus nobles le aconsejaron que dejara descansar á sus tropas; pero luego que vió á los ingleses, se le enardeció la sangre porque los aborrecía, y dijo á sus mariscales: «Haced pasar delante á nuestros genoveses y comenzad la batalla en nombre de Dios y del señor san Dionisio (1).»

Los genoveses estaban cansados, mojados y descontentos: marcharon á la fuerza y cayeron bajo las flechas de los arqueros ingleses, y de «los morteros que arrojaban *con fuego pequeñas balas de hierro* (2);» quisieron huir pero un escuadrón de ginetes franceses les cerró el camino. El rey de Francia al ver el estado de la vanguardia, con grande desacierto exclamó: Matad, matad á toda esa canalla, que no hace mas que estorbarnos el paso (3).» Entonces los caballeros se arrojaron sobre los genoveses, que se defendieron, mientras los ingleses tiraban sobre los unos y los otros en medio del mas espantoso tumulto. No se perdía ningun tiro. El conde de Alenzon y sus señores hicieron prodigios de valor; rompieron la línea de arqueros ingleses, vencieron la segunda división mandada por el príncipe de Gales, y alarmaron á la segunda. Los guardas del joven llamaron en su ayuda á Eduardo que mandaba la tercera línea; pero él que veía ganada la batalla desde la altura, les respondió que quería dejarle ganar sus espuelas y que fuera suya la jornada.» En efecto, el cuerpo de batalla de los franceses se había dispersado al seguir la vanguardia, y se esforzaba inútilmente bajo las espadas de los irlandeses y las lanzas de los hombres de armas. La retaguardia comenzó á huir. Nadie se ocupaba mas que en hacer proezas y morir heroicamente. El rey de Bohemia anciano y ciego, haciendo atar su caballo á los de dos de sus barones, se arrojó en medio de la pelea y quedó muerto con sus compañeros «después de haber descargado á ciegas sus mandobles.»

Perecieron con él los duques de Borbon y de Lorena, los condes de Alenzon, de Flandes, de Nevers y de Saboya, seis príncipes mas, dos arzobispos, ochenta barones con bandera, mil doscientos caballeros y treinta mil soldados. «No se dió cuartel

(1) Froissard, t. II, p. 337.—(2) Villani, lib. XII—(3) Froissard, t. II, p. 337.

á nadie, pues así lo habían determinado los ingleses (1).» Felipe que había rescatado con su valor su desacierto y su crueldad, huyó hasta Amiens y vió completamente destruido su ejército, el mas poderoso que mandara jamás un rey feudal. Fué el primer gran desastre que experimentó la Francia en una batalla verdaderamente nacional, mucho mas vergonzoso que el de Courtray, pues combatió toda la caballería francesa, y el reino quedó muy débil de honor, de poder y de consejo (2).» Fué tambien la segunda herida material y moral de la aristocracia. Era pues evidente que no pertenecía solamente la defensa de la Francia por medio de las armas á los nobles; y el pueblo iba á demostrar bien pronto como peleaba y moría por su patria.

§. VII.—*Sitio de Calais.*—Mientras se daban en tierra estas grandes batallas, se hacia en el mar una guerra encarnizada y de piratas, en la que unos y otros ahorcaban á los prisioneros, devastaban las costas y arrebatában por botin á los habitantes. Luis de la Cerda adquirió en ella una gran celebridad, y siempre quedaron vencidos los ingleses. Ninguna ciudad habia mostrado en esta guerra tanto entusiasmo como Calais, que «habia enusado infinitos perjuicios al comercio inglés, y se dirigian contra ella todos los odios de la Inglaterra (3).» Eduardo despues de su victoria se dirigió hácia esta ciudad y la puso sitio. Deseaba formarse un puerto en la Mancha, á siete leguas de las costas inglesas, por donde pudiera entrar fácilmente en Francia y á hacer á su marina la soberana del estrecho. El sitio de Calais fué muy popular en Inglaterra. Todas las ciudades marítimas se cogitaron, y proporcionaron á Eduardo una escuadra de setecientas treinta y ocho naves tripuladas por quince mil marines, que cerró el puerto de la ciudad sitiada. Calais, que no podia esperar condiciones de ninguna especie, se defendió con heroísmo. Eduardo perdió la esperanza de tomarla por la fuerza, la rodeó de un campamento de barracas, donde su ejército descansó de sus fatigas, y esperó que el hambre le entregase la ciudad que era la puerta de Francia.

Entretanto el ejército del mediodía levantó el sitio de Aiguillon, y por orden de Felipe se replegó hácia el norte. Entonces

(1) Froissard, t. II. p. 360.—(2) Id. t. II. p. 371.—(3) Villani, lib. XII.

los ingleses de Guiena devastaron el Perigord y el Saintonge y se apoderaron de Poitiers, pero al dirigirse al Languedoc, los detuvo el conde de Armagnac con las milicias de la provincia.

Los aliados de Francia eran tan desgraciados como ella. Los escoceses á instancias de Felipe invadieron la Inglaterra, pero fueron derrotados en Nevil-Cross por la reina de Inglaterra y quedó prisionero en ella David Bruce. Carlos de Blois atacó en vano en Bretaña á Roche-Verrieu; fué derrotado y preso dejando la guerra á su mujer Juana, en la que se mostró como digna adversaria de la condesa de Monfort. En fin, los flamencos persistieron en la alianza inglesa, y quisieron obligar al nuevo conde Luis II, hijo de Luis de Nevers, á casarse con la hija de Eduardo; pero al oír su negativa, lo hundieron en un calabozo. Luis pudo huir y se refugió en Francia. Entonces los flamencos entraron en el Artois, que devastaron, y quedaron dueños de las cercanías de Calais, por el lado de Gravelines.

Calais esperaba con constancia á sus libertadores; los pueblos vecinos hacian mil esfuerzos para enviarle provisiones, y sus marineros se deslizaban al través de la armada inglesa hasta la plaza; pero eran insuficientes todos estos socorros. Felipe no pudo reunir un ejército sino despues de un año de esfuerzos; se hallaba la nacion cansada y agotada por esta guerra; ninguna noble pasion estimulaba el valor; los caballeros solo tomaban las armas con la esperanza del botin, y las municipalidades por el temor del saqueo; el patriotismo era aun una pasion desconocida que nació de esta guerra. El rey recogió el dinero con el monopolio de la sal, falsificando la moneda y despojando á los lombardos, y marchó á libertar á Calais. Pero las cercanías de la ciudad estaban impracticables, era difícil romper el campamento inglés, y vanamente desafió á Eduardo y quiso entrar en negociaciones, pues se vió obligado á retirarse.

Reducidos los de Calais al último extremo, y no esperando ya ningun auxilio, propusieron rendirse, salvando solo la vida (1347). Irritado Eduardo de tan larga resistencia, que le habia costado la enorme suma de 337,000 libras esterlinas, les respondió que se rindieran sin condicion por el rescate ó por la muerte; pero sus caballeros le manifestaron que iba á dar un mal ejemplo. «Pues la mayor gracia, dijo, que los de Calais alcanzarán de mí, es que

me envíen de la ciudad seis vecinos de los mas notables con la cabeza descubierta, desnudos, una cuerda al rededor del cuello, y las llaves de la ciudad y del castillo en sus manos, para hacer de ellos lo que me parezca.»

Al oír estas condiciones los de Calais empezaron á gritar y llorar amargamente. Un momento despues se puso en pié el vecino mas rico de la ciudad que se llamaba Eustaquio de Saint-Pierre, y habló delante de todos de este modo: Grande impiedad y dureza seria dejar morir á un pueblo tan leal. Yo abriego la hermosa esperanza de que alcanzaré gracia y perdón en Jesucristo si muero por salvar á este pueblo, pues quiero ser el primero en entregarme á la voluntad y merced del rey de Inglaterra.— Luego que Eustaquio de Saint-Pierre acabó de hablar, todos ensalzaron su heroismo, y muchos hombres y mujeres se arrojaron á sus plantas llorando tiernamente. Despues de él se levantó otro honradísimo vecino y de muchos negocios, que tenia dos hermosas hijas, y dijo que haria compañía á su compadre Eustaquio. Se llamaba este Juan de Aire. Levantóse despues un tercero llamado Santiago de Wissant, que era muy rico en alhajas y herencias, y dijo que haria compañía á sus primos. Lo mismo hizo Pedro de Wissant su hermano, y los dos mas que se necesitaban (1).»

Las seis víctimas espiatorias se presentaron al rey «que se quedó inmóvil ante ellos mirándolos con torvo semblante, pues aborrecia en extremo á los habitantes de Calais por los grandes daños que en tiempos pasados le habian causado en el mar. Los seis vecinos se arrodillaron ante el rey y le dijeron con las manos cruzadas: «Señor y rey, ved á vuestros piés á los seis mas antiguos vecinos y comerciantes de Calais: si os traemos las llaves de la ciudad y del castillo, y nos ponemos en la situacion en que nos veis, lo hacemos para salvar al pueblo de Calais que ha sufrido ya muchas adversidades; y si quereis tener de nosotros compasion, obre como quiera vuestra altísima nobleza.»— El rey los contempló con semblante iracundo, pues estaba su corazon tan endurecido y era tan terrible su enojo, que no pudo hablar; y cuando desplegó los labios fué para mandar que les cortaran la

(1) Froissard, t. II. p. 462.

cabeza. Todos los barones y caballeros que se hallaban presentes suplicaron con lágrimas que los perdonase; pero el rey no quiso escuchar sus ruegos, y rechinando de furor los dientes, respondió que jamás se retractaría. Entonces la noble reina de Inglaterra, que había llegado del campo de batalla de Nevil-Cross y traía socorro al rey, pidió con tanto ahinco y lloró tan tierna y compasivamente, que como estaba en cinta y muy adelantada, no se pudo sostener en pié. Se arrojó á las rodillas del rey su señor, y le dijo: «Ay, señor! desde que he pasado el mar con grande peligro como sabeis, no os he pedido nada. Os suplico pues humildemente y por gracia del Hijo de la Virgen María y del amor que me teneis, que perdoneis la vida á estos seis desgraciados.»—El rey estuvo largo rato sin responder, y miró á la compasiva señora su esposa que sollozaba tiernamente de rodillas; se enterneció su corazón, que se hallaba hasta tal punto endurecido; y dijo así: «Ah, señora! quisiera que estuvierais lejos de mí. Me suplicais porque sabeis que nada puedo negaros; y aunque con dolor de mi alma, tomadlos; os los doy para que de ellos hagais vuestra voluntad.» Entonces se levantó la reina, se llevó consigo á los seis vecinos de Calais, hizo que se vistieran y comieran, y los condujo fuera del campamento (1).

Este fué el desenlace de la dramática historia que borra todas las faltas de aquel siglo y hace olvidar la deshonra de Crecy. El heroísmo local de Eustaquio de Saint-Pierre es el preludio de las calamidades que terminaron con el heroísmo nacional de Juana de Arc, para atestiguar que durante esta época nada tenía que esperar el pueblo de sus gefes, y que solo de su esfuerzo dependía su salvación.

La suerte de Calais fué muy desgraciada, porque el rey de Inglaterra conocía toda la importancia de su conquista. «Tengo en mis manos las llaves de la Francia,» decía. Arrojó de la ciudad á todos los habitantes, y distribuyó las casas entre sus caballeros y las familias que hizo venir de Inglaterra. Felipe dió asilo en las ciudades de sus dominios á los vecinos de Calais, y alivió su miseria con sus propios bienes y privilegios. Pero Eduardo dejó entrar en su patria á un gran número de ellos, entre los

(1) Froissard t. II, p. 464.

cuales se hallaba Eustaquio de Saint-Pierre, al que devolvió sus bienes y señaló una pensión « para que conservara el orden en Calais y custodiase la plaza (1). »

§. VIII.—*Tregua.*—*Gran peste.*—*Aventura de Juana de Nápoles.*—*Reunion del Delfinado.*—Eduardo se hallaba aniquilado por sus victorias; su adversario era aun el rey nacional, el desastre de Crecy, que debiera haberle hecho caer del trono, no le quitó una sola provincia, y la única ciudad que los ingleses habian ganado, les habia costado inmensos esfuerzos. Se concluyó una tregua de un año (1348), y la prolongó una terrible calamidad que añadió al mundo durante tres años. Una peste terrible, despues de haber devastado el Asia, y se esparció por la Rusia, Grecia, Italia, Alemania, Francia y todas las costas del Atlántico. Horroriza el poco aprecio que se hacia entonces de la vida de los hombres, cuando se ve al cronista de los caballeros que solo menciona este grande azote con una sola frase arrojada incidentalmente en un capítulo de nobles hechos de armas. « Corrió en este tiempo una enfermedad que llamaban epidemia, que mató la tercera parte del mundo (2). » Contábanse en París quinientos muertos por día en el Hotel-Dieu; perecieron las dos terceras partes del Languedoc, y hubo comarcas que quedaron enteramente despobladas. El pueblo se apoderó de los judíos, los acusó de haber envenenado las fuentes, y fueron pasados á cuchillo en muchos países. Recorrieron las ciudades, para calmar la cólera divina, innobles procesiones de hombres y mujeres medio desnudos pegándose con disciplinas y aterrando á la muchedumbre con su frenesí salvaje. Estos *flagelantes* ó disciplinantes se entregaron á tantos desórdenes, saqueos y crueldades, que los persiguieron los señores y los vecinos de los pueblos como á animales feroces. Parecía que un velo de dolor cubria el mundo.

Francia é Inglaterra suspendieron las armas durante esta espantosa destrucción de la especie humana, pero la Italia hallaba aun ocasiones para fiestas y guerras. Una mujer era quien dignamente representaba aquel país del lujo, del libertinaje y del ingenio. Juana reina de Nápoles, la amiga de Bocacio y de Pe-

(1) Breguigny, Memorias de la academia de instrucciones—(2) Froissard, t. III. p. 22.

trarca. Sucedió en el trono á su abuelo Roberto, nieto de Carlos de Anjou: era bella, elegante y apasionada: se hallaba siempre rodeada de poetas y artistas; y se habia casado siendo muy niña con Andrés, hermano del rey de Hungría, que era un caballero brutal y grosero, y que muy pronto le fué odioso. Andrés murió asesinado (1345), y Juana se casó con uno de sus asesinos.

Luis, el rey de Hungría, pasó los Alpes con su caballería bárbara amenazando á Juana con furor para vengar á su hermano; y se hizo aliado del emperador escomulgado Luis de Baviera, para contrarestar la proteccion de los papas en favor de la culpable reina. Pero murió Luis IV, y Carlos IV, el emperador de los sacerdotes, fué reconocido por toda la Alemania. El rey de Hungría no dejó por eso de continuar su marcha. Juana huyó á la Provenza con su corte voluptuosa, y propuso con destreza á Felipe VI que le vendiera este condado. Los barones provenzales irritados con este proyecto la hicieron prisionera, y solo obtuvo su libertad por la mediacion del papa. Durante este tiempo el terrible Luis devastaba el reino de Nápoles. Juana ofreció someterse al tribunal del pontífice para evitar á sus pueblos una guerra asoladora; defendió elocuentemente su causa; el Petrarca la patrocinó y apoyó, y salió vencedora. Luis respetó la sentencia pontificia y evacuó la Italia. La reina entonces, no teniendo dinero para volver á Nápoles, vendió á la Santa Sede la ciudad de Aviñon, que cuatro papas habian tomado ya por corte del orbe cristiano. Carlos IV confirmó esta venta, y Aviñon junto con el condado Venesino fué propiedad de la Santa Sede hasta el año 1790.

Las negociaciones de Felipe VI con Juana de Nápoles atestiguan que el trono francés no olvidaba jamás sus miras de engrandecimiento en el mediodía, y bajo este aspecto siguió con inteligencia la política de los tiempos anteriores. Hizo pues casar á su hijo con la viuda de Eudo IV duque de Borgoña, conde de Artois y de Borgoña, la que gobernaba estas tres provincias en nombre de su hijo Felipe de Rouvre de edad de cuatro años, y preparó la reunion de estos feudos á la corona. Ya en 1348 adquirió del rey de Mallorca el señorío de Montpellier, y en el último año de su reinado terminó un negocio importantísimo que le costara ocho años de continuos esfuerzos.

Humberto II, delfin de Viennois (1), no tenia hijos. Cansado de una vida disipada, abrumado de deudas y medio loco, queria retirarse á un claustro. Hizo un tratado con Felipe, por el cual cedia sus estados á Carlos, nieto del rey, por 200,000 florines, con la condicion de que jamás habian de agregarse á la corona de Francia, que conservarían una administracion separada, y serian siempre considerados como feudos del imperio. Desató á sus súbditos de su juramento de fidelidad y entregó las insignias de la soberanía al jóven Carlos, que tomó posesion de su estado y juró observar los privilegios del país. Despues de la muerte de Carlos se acostumbró dar esta soberanía á los primogénitos de los reyes de Francia que llevaban el título de delfines de Viennois; pero estos nuevos delfines no prestaron jamás homenaje á los emperadores.

Un año despues murió Felipe IV (1350).

CAPÍTULO II.

Reinado de Juan. (1350—1364.)

S. I.—*Primeros actos de Juan.—Carlos el Malo.—Renovacion de la guerra con los ingleses.*—Juan, duque de Normandía, tenia treinta y un años de edad cuando sucedió á su padre. Era enteramente parecido á Felipe: orgulloso, ignorante y cruel, tomaba la brutalidad por franqueza y el valor por grandeza, y se creia buen caballero y gran rey porque era galante y pródigo. Inauguró su reinado con un asesinato. El condestable conde de Eu y de Guines, que habia sido hecho prisionero por los ingleses en Caen, fué á Francia con permiso de Eduardo para reunir su rescate (1350). El rey le hizo prender en su misma habitacion, y le dió muerte dos dias despues sin sumario ni explicacion. Se esparció el rumor de que el condestable habia proyectado vender á Eduardo su castillo de Guines para pagar su rescate,

(1) Durante el siglo XIII los condes de Viennois llamados delfines porque tenían un delfin en sus armas, reunieron sucesivamente los condados de Albon, Gap, Embrun y el señorío de Grenoble. Humberto II sucedió á su hermano Guignes VIII que murió en una guerra contra el duque de Saboya.

y en efecto, irritada la guarnición con la muerte de su señor, entregó el castillo á los ingleses. Esto ocasionó que ambos reyes rompiesen la tregua. Eduardo acusó al rey de Francia de haberle robado el rescate del condestable: Juan al rey de Inglaterra de haberse apoderado de Guines, y los dos se prepararon á emprender la guerra.

Juan, que amaba el fausto y los placeres, habia agotado su tesoro en torneos y viajes al «país conquistado de la lengua de Oca» y á Borgoña, cuyo país gobernaba en nombre de Felipe de Rouvre. Intentó pues volverlo á llenar falsificando la moneda y oprimiendo á los lombardos; y como estos medios eran ineficaces, convocó los estados generales. Pero parece que estas asambleas empezaban á dar inquietud al trono, porque tuvo el rey cuidado de atenuar su efecto convocando, nó los tres órdenes reunidos, sino las diputaciones parciales de las ciudades ó provincias. Comprendia muy bien la composicion de los estados, cuyos miembros se consideraban como delegados de su localidad, y nó de la nación, y sacrificaban sin escrúpulo los intereses generales de la Francia á los particulares de su provincia ó ciudad. En efecto, Juan obtuvo por medio de algunas concesiones, hechas á ciertos países ó ciertos hombres, todos los subsidios que quiso de las diputaciones provinciales. Estas concesiones ocasionaron una multitud de ordenanzas reglamentarias y contradictorias sobre el comercio y la industria, y mas de treinta ordenanzas sobre la moneda, cuyas variaciones fueron tantas (1), que nos es imposible imaginar lo que serian en aquella época las transacciones comerciales. Juan dió principio entonces á una guerra activa en la Saintonge, que muy pronto terminó con una tregua; pero en la Bretaña los caballeros de ambos partidos continuaron entregándose á una multitud de desafíos ó pequeños combates.

El rey dió la espada de condestable á Carlos de la Cerda, hijo del rey de las Canarias, que era un bizarro y valiente caballero,

(1) Hubo en el reinado de Juan ochenta y seis determinaciones de valor del marco de plata. Una de ellas lo hizo subir á 102 libras. El valor medio de estas ochenta y seis variaciones es de 12 libras y 10 sueldos. En el reinado de Felipe VI este valor medio fué de 6 libras 10 sueldos y en el de Felipe IV de 4 libras 12 sueldos.

favorito del rey y aborrecido de toda la nobleza. Esta gracia fué una poderosa causa de envidia para Carlos conde de Evreux rey de Navarra, que habia sucedido á su madre Juana en 1319, y que era un hombre elocuente, instruido y ambicioso, pero lleno de espíritu de intriga y sin conciencia. Como hijo de la hija de Luis X, no podia olvidar que le habian robado la corona de Francia: reclamaba en voz alta la Champaña que injustamente poseia el rey; y pedia por fin el condado de Angulema que le habian quitado para dárselo á la Cerda. Irritado del orgullo del nuevo condestable, le hizo sorprender por sus satélites y asesinar en su mismo lecho (1351); y se encerró despues en su ciudad de Evreux, declarando «que tenia razon y justicia para hacer lo que habia hecho.» Juan, lleno de dolor y de cólera, queria perseguirle hasta aniquilarle; pero se interpuso en favor del asesino el temor de que Carlos se declarase aliado de Inglaterra, y el ver que la nobleza habia sabido la muerte sin disgusto. Firmóse un tratado por el cual el rey perdonó á Carlos y le dió á su hija por esposa, con algunas tierras en cambio de sus pretensiones sobre la Champaña. Pero á pesar de esta reconciliacion Juan solo pensaba en vengarse. Carlos huyó á Aviñon: las tropas reales se apoderaron de sus plazas de Normandía, y entonces hizo alianza con Eduardo.

Inutilmente se trabajó para convertir en paz la tregua. Eduardo queria la soberanía de los paises que dominaba como vasallo, Juan se negaba á renunciar á una soberanía que era, segun decia él mismo, «la joya mas hermosa de su corona.» Los odios de los dos reyes se hicieron nacionales en ambos pueblos. Los ingleses seguian esta guerra con entusiasmo: el saqueo de dos ó tres provincias francesas habian acarreado á aquel país increíbles riquezas: no se veia por todas partes mas que tapices, paños, alhajas y muebles preciosos; y solo de la ciudad de Caen se habian llevado cuarenta mil piezas de ricas telas. El mejor oficio para los ingleses fué el de la guerra, y por esto pasaban el mar que los separaba de Francia. Para los franceses por el contrario la guerra no era mas que un origen de disgusto, temor y desaliento; indignábanse estos de los reyes que hacian decaer al reino de su antigua prosperidad, y solo anhelaban la paz y un gobierno mas equitativo y protector. La misma nobleza habia

perdido su ardor bélico, hacia pagar sus servicios á precio de oro, no pensaba mas que en su interés particular, y no estaba muy distante de abrazar el partido de Eduardo. El rey Juan quiso reanimar el zelo de los barones aumentando su sueldo de guerra, y «para atraer á sus leales vasallos á la gloria de la antigua nobleza y caballería (1)» instituyó la orden de la Estrella, á ejemplo del rey inglés que habia establecido la de la Jarretiera [(1351). Era esto dar el último empuje á la decadencia de la caballería. Esta hermandad nacional de los valientes, en la que todos eran iguales y á la que solo el mérito elevaba, se convirtió en una prerogativa real y un favor de la corte, de modo que la orden de la Estrella cayó muy rápidamente en un profundo descrédito.

Eduardo resolvió atacar á la Francia por tres lados. Él mismo desembarcó en Calais (1355); pero despues de haber asolado el Artois, se vió obligado á volver á Inglaterra para rechazar una invasion de escoceses. Carlos de Navarra desembarcó en Cherbourg, pero el rey Juan le desarmó con algunas concesiones. El príncipe de Gales desembarcó en Burdeos, entró en el Languedoc, tomó á Castelnaudary, Carcasona, Limoux y quinientas aldeas ó castillos, y desoló metódicamente esta rica y populosa provincia, de donde sacaban sus mejores rentas los reyes de Francia, y que hacia casi un siglo que gozaba de paz. Se volvió de allí con un rico botin que llevaban cinco mil carretas, pasando y volviendo á pasar el Garona por delante de Tolosa, sin ser inquietado por el conde de Armagnac, gobernador de la provincia.

Esta campaña apuró los recursos de Juan; y al ver la tibieza y las traiciones de sus caballeros, se resolvió á convocar, á pesar suyo, en Paris, los estados de la lengua de Oï. Habia llegado la época en que, por la incuria del trono y de la nobleza, el pueblo iba á hacer ver que poseía algo mas que las riquezas que le pedian.

§. II. — *Estados generales de 1355.* — Deliberaron entonces los tres órdenes reunidos (2 de diciembre de 1355). El rey les pidió tan solo un auxilio «que fuera suficiente para los gastos de la

(1) Coleccion de ordenanzas, t. IV p. 416.

guerra,» y ellos le concedieron treinta mil hombres de armas ó cien mil combatientes y cinco millones de libras, pero con las condiciones que nos manifiestan las dos ordenanzas reales que pueden mirarse como la primera carta de Francia (28 de diciembre). Los cinco millones debían cobrarlos dos recaudadores nombrados por los estados, á los que únicamente darian cuentas, y distribuirlos «nó á nos, dijo el rey, sino á nuestras gentes de armas y únicamente para costear la guerra.» El impuesto debían pagarlo todos los franceses; pueblo, nobles, sacerdotes y hasta el mismo rey. Los estados se emplazaron para cuatro meses despues, en los que debía hacerse el pago, y autorizaron á los ciudadanos á resistir con la fuerza la recaudacion de otro impuesto. El valor de las monedas se fijó, bajo el registro de tres diputados de los estados, en 4 libras y 12 sueldos el marco de plata, en vez de 18. El *derecho de presa*, es decir, la recaudacion forzada de víveres, de muebles y de carruajes que hacian los reyes y los príncipes en sus viajes, quedaba suprimido, teniendo accion de resistirse á los que lo intentaran con la fuerza armada, y convocando á todos los pueblos vecinos á son de campana. Se abolicieron los empréstitos forzados, lo mismo que los monopolios permitidos á ciertos cortesanos, y todos los obstáculos de la agricultura y del comercio. Se delinearon algunos reglamentos de disciplina para las gentes de armas, y la organizacion de una milicia nacional. El rey no podía hacer ni paz ni tregua sin consentimiento de los estados, ni publicar ninguna ley sin su conocimiento. Finalmente debían reunirse los estados todos los años para arreglar las rentas públicas: para votarias se exigía la unanimidad de los tres órdenes, ó como dice la ordenanza real que promulga estas innovaciones: «de los tres, sin que dos puedan obligar al tercero.»

Estas ordenanzas cambiaron enteramente la constitucion de Francia: el rey partía la soberanía con los estados, cuya permanencia se acababa de decretar: era reconocida la igualdad de los tres órdenes: la nacion tenia la libertad de los impuestos: las cargas eran iguales: los derechos tendian al porvenir, etc. «No se sabe de dónde sacaron los prelados y los señores feudales á un pueblo apenas emancipado, unas nociones tan claras de gobierno representativo en medio de las preocupaciones de la

época y de la oscuridad y caos de las leyes (1) » Aun no hacia dos siglos que el pueblo era esclavo, y medio siglo que se habían establecido las asambleas nacionales. Pero una revolución no solo se crea con escritos y ordenanzas: es preciso que nazca de las necesidades sociales; porque nadie la había pedido, ni nadie se imaginaba que acabase de cambiarse enteramente el gobierno de Francia. Estas innovaciones eran hijas del sufrimiento, de la sorpresa y la desesperación y nadie, ni aun los que las decretaban, estaban dispuestos á hacerlas lograr éxito, porque se habían formado sin anterior reflexión. Aquellas personas de oficio tanto tiempo oscurecidas y despreciadas, que no sabían defender más que los intereses de su municipalidad, se acobardaban á la idea de gobernar y dirigir el reino colocándose sobre los barones y prelados, y de tomar parte en el poder misterioso y divino del trono. Estaban habituados á ser gobernados, y no ponían su mano en las riendas del gobierno sino porque les obligaba á hacerlo la ineptitud del rey. Su adhesión y su energía no podían borrar su ignorancia y su incapacidad, y no debían cometer más que faltas.

La guerra era el hecho principal á que era preciso atender, y los estados para cubrir los cinco millones votados, determinaron, además del impuesto de la sal, la recaudación de un derecho de ocho dineros por libra en la venta de todas las mercancías; de modo que todos los objetos debían pagarlo cada vez que cambiasen de mano, ó su valor se duplicaba, y los agentes del fisco ejercían una continua inquisición en todos los negocios de los ciudadanos, lo que era una medida tan desastrosa como impracticable. Además el espíritu de localidad era tan poderoso que nadie comprendía la omnipotencia y las usurpaciones de la grande asamblea de París, ni que sus decretos dejasen de obtener la aprobación de las asambleas provinciales ó municipales para ser obedecidos. La mayor parte de las concesiones reales no llegaron á ejecutarse, la recaudación de los cinco millones causó muchos disgustos, oposiciones y hasta turbulencias, y no pudo efectuarse. Los estados se reunieron dos meses después, y reemplazaron el impuesto sobre las ventas por una contribu-

(1) Chateaubriand, t. IV, p. 125.

cion en los muebles é inmuebles proporcional, pero tan mal combinado que los pobres pagaron mas que los ricos.

Este impuesto excitó nuevas quejas y críticas (1356). Muchos barones que hacian traicion á su patria en favor de Inglaterra, y principalmente el rey de Navarra, impidieron que se cobrase en sus dominios. Juan «que era tan ligero en tomar una opinion como tenaz en no dejarla, dijo que no queria que hubiera mas soberanos que él en Francia (1),» y resolvió vengarse de ellos. Su primogénito Carlos, delphin de Viennois y duque de Normandía, que tambien habia tomado parte en la conjuracion de los barones y acababa de alcanzar el perdon de su padre, convidó á comer en el castillo de Ruan al rey de Navarra, al conde de Hancourt y á muchos otros señores. En medio del festin aparecióse de pronto Juan, se arrojó sobre el rey de Navarra, y dijo: «Por el alma de mi padre que yo no pienso en comer y en beber mientras tu vivas!» y rechazando brutalmente á los demás señores: «¡Ea, traidores orgullosos, dáos á prision (2)!» De Hancourt y tres señores mas fueron decapitados en el acto y á su presencia. El rey de Navarra, muy maltratado, fué arrastrado de prision en prision, y sus dominios fueron ocupados por las tropas reales.

Tal violencia excitó la indignacion general. Los antepasados de Juan no castigaban con tan traidoras é infames ejecuciones los delitos de sus barones, sino con las condenaciones jurídicas del consejo de los pares. Los parientes de las víctimas se separaron del rey de Francia y abrazaron el partido de Eduardo. Este mandó al duque de Lancastre que hiciese la guerra en Bretaña y entrara en Normandía; y los ingleses, ayudados por sus partidarios de esta provincia, asolaron todo el país hasta Rune. Juan marchó contra ellos con cuarenta mil hombres, se apoderó de Evreux y de Breteuil, y obligó á Lancastre á emprender la retirada.

§ III.—*Batalla de Poitiers*.—El príncipe de Gales asolaba en tanto con un pequeño ejército de gascones el Rouergue, el Limousin, la Auvernia y el Berri, y se adelantaba hácia el Loira para reunirse con el duque de Lancastre. Juan salió de Norman-

(1) Froissard, t. III p. 125.—(2) Id. p. 128 á 150.

día y juntó en Chartres un grande ejército con el que pasó el Loira. El príncipe Negro, pues con este sobrenombre se conocía al rey de Inglaterra por el color de su armadura, llegó á Vierzon. Cuando supo el movimiento de los franceses, quiso volver al Poitou, pero perdió mucho tiempo en el saqueo de Romorantin. Creyendo Juan que estaba delante de él, se apresuró á pasar el Creusse y el Vienne y se acercó á Poitiers; pero habiendo sabido allí que se había quedado atrás su enemigo, se volvió para cerrarle la retirada. El príncipe Negro se vió en una posición terrible, pues no tenía otra salida para la Guiena, el Loira estaba á su espalda, el país era enemigo, no tenía víveres, y era preciso combatir ó rendirse (19 de setiembre de 1356). «¡Dios nos ayudará! dijo; él nos aconsejará como debemos combatir para vencer (1).» Pero no tenía mas que dos mil caballeros, cuatro mil arqueros y dos mil infantes, y veía del ante de sí un ejército de cincuenta mil combatientes, entre los cuales además del rey de Francia y sus cuatro hijos, se contaban veinte y seis duques ó condes y ciento cuarenta barones. Se acordó de Crecy, escogió el campo en Maupertuis, á dos leguas al norte de Poitiers, sobre una falda llena de cercados, matorrales y viñedos, impracticable para la caballería y que favorecía un combate de tiradores: ocultó sus arqueros en los matorrales, ligó los cercados, abrió fosos, se rodeó de palizadas y de carros, y en fin formó un campamento parecido á un gran reducto, abierto solo por en medio por un estrecho desfiladero que defendía un doble cercado. El pequeño ejército inglés esperaba en lo alto de este desfiladero á pié, cerrado y defendido por todos lados; y detrás de una pequeña colina que separaba los dos ejércitos había una emboscada de seiscientos caballeros.

El ejército francés se colocó en línea oblicua y en tres *batallas* ó divisiones. El hermano del rey, duque de Orleans, mandaba el ala derecha que era la mas avanzada; el centro que venia detrás, los hijos del rey; y el ala izquierda, ó la reserva, el rey en persona. Se oían ya los gritos de la batalla, cuando dos legados interpusieron su mediación. El príncipe de Gales consentía en devolver sus conquistas y prisioneros, y en no tomar las armas

(1) Froissard, t. III. p. 480.

contra la Francia en siete años; pero Juan queria vengar la deshonra de su padre, y que se rindiese quedando prisionero con cien caballeros. Negáronse los ingleses, y el rey, pudiéndoles vencer por hambre, ordenó la batalla arrebatado por su ardor caballeresco.

Acometió Juan por el desfiladero con un cuerpo de trescientos caballos; pero lo aniquiló una lluvia de flechas salida de los cercados, y el cuerpo que le seguía, turbado con este ataque, se retiró sobre el ala derecha y la puso en desórden. Este no era mas que un combate de vanguardia; pero la emboscada de seiscientos caballeros se arrojó de pronto sobre la division del centro, y sumida esta en un terror pánico, se dispersó en completa derrota. Al verlo Chandos, que era uno de los mejores caballeros de Eduardo, dijo al caballero Negro: «Montad á caballo y adelante! Es vuestra la jornada.» Y cabalgando los ingleses bajaron de la colina haciendo huir á todo el ejército francés; pues roto el centro de este por todas partes, «huyeron los tres hijos del rey con mas de ochocientas lanzas, que ni siquiera se habian aproximado al enemigo (1). El ala derecha se refugió en desórden detrás de la division del rey, conmovida ya, aunque intacta. Los ingleses salieron en buen órden del desfiladero, y adelantándose por la llanura se encontraron con esta division, en la que estaba el rey con su hijo mas jóven y su brillante nobleza. Los franceses tenian aun toda la ventaja sobre sus enemigos inferiores en número y fuera ya de su reducto; pero Juan, que se acordaba que la causa del desastre habia sido la caballería francesa, empezó á gritar: «¡á pié! ¡á pié! é hizo bajar á todos los ginetes de sus caballos, desmontando él el primero delante de todos los suyos con un hacha de guerra en las manos (2).» La pelea fué ruda y sangrienta; pero los caballeros franceses no podian luchar á pié con los grandes caballos de los ingleses y las flechas de los arqueros; y combatieron hasta quedar todos muertos ó prisioneros, pero sin órden, por pelotones y compañías, y del modo que se encontraban y reunian (3).» El rey quedó casi solo, con la cabeza desnuda, sin temor, blandiendo terriblemente el hacha al lado de su hijo que paraba los golpes de

(1) Froissard, t. III. p. 240.—(2) Id. p. 211.—(3) Id. p. 217.

sus enemigos, pero le fué preciso rendirse. El príncipe de Gales, que habia perdido la mitad de su pequeño ejército, trató á su prisionero con la mayor atencion y cortesía, y se puso en marcha el dia siguiente de su victoria. Atravesó el Poitou y la Saintonge á cortas jornadas por el enorme botin que llevaba, y llegó á Burdeos.

La batalla de Poitiers costó á la Francia once mil muertos, trece condes, setenta barones y dos mil caballeros prisioneros. Fué la tercera herida material y moral de la aristocracia, y «perezó en ella toda la flor de la caballería de Francia, con lo que extremadamente se debilitó este noble reino (1).» Un profundo estupor siguió á esta deshonrosa derrota. El pueblo se indignó contra la nobleza fastuosa é insolente, encargada de la defensa del país, que no sabia hacer otra cosa que perder batallas, y que habia abandonado al rey en el combate. «Los caballeros que volvieron á sus tierras fueron tan aborrecidos y vituperados, que apenas tuvieron valor de entrar en las ciudades (2).» Los vecinos comenzaron á hablar y á quejarse entre ellos del gobierno, y conocieron, y así lo dijeron muchas personas prudentes, que aquel estado no podia durar mas tiempo (3).» Paris se llenó de consternacion creyendo ver á sus puertas al enemigo, pero recobró su aliento á la voz del preboste de los comerciantes Estéban Marcel, que redobló las fortificaciones, cubrió sus muros de cañones y cerró las calles con cadenas. Esta ciudad habia adquirido una grandísima influencia política bajo la tiranía protectora de Felipe IV: hacíala soberana de las provincias su universidad tan sábia y tumultuosa, su poderoso parlamento y su rico é industrioso vecindario; y sus tendencias se dirigian á observar la historia de toda la nacion, tomando la iniciativa en los grandes cambios políticos. Iba á manifestarse por vez primera el genio revolucionario de Paris.

§. IV.—*Estados de 1356.*—La cobardía del delfin Carlos habia sido una de las causas del desastre de Paris. Huyó hasta Paris, donde entró (29 de setiembre de 1356) en medio de la consternacion general; tomó el título de teniente general del reino, y se apresuró á convocar para el 17 de octubre los estados generales que

(1) Froissard, t. III. pag. 240.—(2) Id. p. 253.—(3) Id. p. 254.

se habian emplazado hasta el mes de noviembre. Habia llegado el momento favorable para la clase media de poner en práctica todas las reformas votadas el año anterior, y que habian hecho caer en olvido la guerra, la indiferencia pública y la astucia de los grandes. La excitacion patriótica, causada por el desastre de Poitiers, hizo que la asamblea se compusiera de ochocientas personas, en las que habia cuatrocientos diputados de las ciudades. Asistieron á ella los príncipes reales, los pares y los obispos, y fué una verdadera representacion nacional, en la que faltaban talentos, luces y energía. El tercer estado, aunque menos imponente por su número y sus riquezas, sentaba por principio que de él dependia la salvacion del reino: era su presidente Estéban Marcel, uno de los hombres mas notables de nuestra historia, que habia dirigido todas las peticiones de 1355, y cuyas ideas eran muy superiores á las de su siglo. El clero, que recordaba sus antiguas simpatías al ver las desgracias del estado, hacia causa comun con el pueblo: estaba presidido por un hombre enteramente digno de la amistad de Marcel, y que tenia las mismas ideas y miras; era Roberto Lecord de Montdidier, obispo de Laon y presidente del parlamento de Paris. La nobleza parecia anulada bajo el peso de su deshonra; además «quedaban en Francia pocos nobles á quien pedir su esfuerzo (1);» pero existian entre ellos hombres que por ambicion hacian causa comun con el pueblo, entre otros Juan de Pecquigny, señor de Vermandois, «amigo especial del rey de Navarra.»

Abrió la sesion el canciller Pedro Laforest, y expuso las necesidades del reino y los sacrificios que era menester hacer para libertar al rey, y arrojar á los ingleses. La asamblea deseaba al mismo tiempo rechazar la invasion extranjera y reformar el estado. Las deliberaciones tuvieron principio separadamente en las tres cámaras; pero con el fin de dar unidad á sus operaciones, se creó una comision de ochenta miembros «para determinar como habia de ser gobernado el reino hasta la libertad del rey, y antes que se hubiera recaudado el enorme impuesto que se habia decretado (2).» Esta comision se negó al principio á admitir en sus sesiones á los consejeros reales que habia el del-

(1) Froissard, t. III. p. 254.—(2) Id. ibid.

fin enviado para influir en sus deliberaciones, trabajó durante quince días, se enteró de las excesivas exacciones y prodigalidades de la corte, hizo aprobar sus medidas por los tres órdenes, é invitó al delfín sin poderlo alcanzar, á que se presentase ante ella para oír la lectura de su informe. Pedia, 1.º la formación de causa, ante los jueces nombrados por los estados, del canceller, del tesorero, del director de monedas, del mayordomo del palacio real y de otros ministros por haber vendido la justicia, dilapidado los caudales, impuesto cuotas ilegales, alterado las monedas, etc.; 2.º la libertad del rey de Navarra, preso en desprecio de las leyes; 3.º la formación de un consejo de cuatro preladados, doce señores y doce vecinos elegidos por sus estados, sin cuyo conocimiento no pudiera expedir el delfín ningún mandato, que tendrían su residencia en París, y «serían superiores á todos los empleados del reino en asuntos de gobierno y de guerra, de reforma de la cámara, de las cuentas y demás administraciones;» 4.º el restablecimiento de las antiguas libertades feudales y municipales como antes del reinado de Felipe el Hermoso. Con estas condiciones los estados acordaron un subsidio por un año de un quince por ciento sobre todas las rentas de los tres órdenes (1).

Causa admiración al mismo tiempo que terror el ver á aquellos hombres del siglo décimocuarto llenos de energía, pero sin experiencia, trasportarse de un salto á un terreno desconocido donde se mantuvieron firmes, y á donde la nación ignorante y cegada por los intereses de localidad iba á negarse á seguirles.

El delfín se resistió á las peticiones de los estados. «Es preciso consentir y aprobarlos, dijo el obispo de Laon, si se quiere la ayuda del pueblo.» Pero el príncipe, que prefería no tener dinero á dejar la soberanía en poder de los estados, empleó la astucia para disolver tan temible asamblea. Pretestó un viaje á la corte del emperador; invitó á los diputados que consultasen con sus ciudades y provincias mientras enteraba de las peticiones á su padre; y despues de diez y ocho días de sesión, se disolvió la asamblea llevándose cada miembro una copia del informe de la comisión (4 de diciembre de 1356).

Al mismo tiempo se habían reunido en Tolosa los estados de

(1) Secousse, Prefacio de las ordenanzas de Francia. p. 50.

la lengua de Oc presididos por el conde de Armagnac. Mostráronse menos deseosos de cambios, muy animados de ayudar al estado, pero también entusiastas por conservar sus libertades: votaron un alzamiento de quince mil hombres y el dinero necesario para mantenerlos; pero respetando sus privilegios, decretaron que el dinero solo se empleara en la guerra; que los tesoreros nombrados por ellos solo á ellos debieran dar sus cuentas; que el impuesto hubiera de gravitar igualmente sobre los tres órdenes; que cesara el impuesto en el momento que el rey estableciera otro, y en fin que los estados se reunieran sin convocación siempre que ellos lo quisieran, para tratar de los subsidios (1).

Esta lucha de la monarquía y el pueblo engendró la anarquía en el gobierno y aumentó las miserias del reino. Los señores, prisioneros en Poitiers que habían vuelto á su país bajo palabra de honor, apremiaban cruelmente á sus vasallos para pagar su rescate. Cuadrillas de aventureros ingleses y navarros saqueaban los caminos y las campiñas, incendiaban las cabañas y atormentaban continuamente á los campesinos. Los barones se ponían al frente de estos bandidos, y volvían á la vida feudal, á la guerra de aventuras y de opresión de los débiles. Ni había rey, magistrados ni gobierno. Los campesinos se refugiaban en las ciudades, en las islas de los ríos, y en los subterráneos, que aun existen, donde se ocultaban con sus animales y aparejos de labranza.

El delfín se fué á Alemania, según decían, para pedir su auxilio al emperador contra el pueblo y los ingleses. Pero otros cuidados ocupaban al débil Carlos IV que regresaba de Italia, donde había cedido al papa las pretensiones de los emperadores sobre Roma, el Estado de la Iglesia, Nápoles y Sicilia, prometiendo no volver á pasar los Alpes sin consentimiento de la Santa Sede, proteger á los güelfos contra los gibelinos y vender la soberanía de las repúblicas de Italia á los tiranos que las gobernaban. En Alemania hacía un tráfico con los derechos y dominios del imperio para engrandecer sus estados hereditarios; y con el objeto de poner un término á los desórdenes de aquel país, convocó una dieta en Nuremberg, á la que asistió el delfín Car-

(1) Historia del Languedoc lib. XXXI. p. 289.

los. Publicóse en esta dieta la *bula de oro* (26 de diciembre de 1356) la primera ley fundamental de la confederacion germánica, y en la que se confirmó el derecho hereditario de elegir emperadores que los siete príncipes se habian abrogado en 1280. Carlos IV desplegó en esta dieta el fausto mas ridículo llamándose *cabeza del universo*, y haciendo llevar delante de él los cetros de Italia, Alemania, Galia, etc.

Mientras el delfin asistia á estas inútiles pompas se reunieron en Francia los estados provinciales, que aprobaron la conducta de los generales, los subsidios votados y las reformas por ellos pedidas. Pero el príncipe á su regreso quiso evitar una nueva convocacion de los estados; y como no tenia dinero, recurrió á la alteracion de monedas. Todo París se conmovió no queriendo admitir la nueva moneda, y por mandato de Marcel cesaron de trabajar todos los oficios y los vecinos tomaron las armas. Aterrado el delfin retiró su moneda, convocó los estados, y prometió acceder á sus peticiones.

§. V.—*Estados de 1357.*—*Consejo de los treinta y seis.*—*Perdon del rey de Navarra.*—Los diputados se reunieron el 3 de febrero en menor número, pero con mas energía y resolucion, y trajeron de sus provincias las quejas conformes al informe de la comision de los ochenta que les presentaron Marcel y Lecog. El obispo de Laon acordó en su nombre al delfin treinta mil hombres y el dinero necesario para pagarlos; pero pidió en cambio: 1.º la rehabilitacion de los veinte y dos ministros y empleados del delfin; 2.º la facultad de reunirse dos veces al año sin convocacion; 3.º la formacion de un consejo de treinta y seis reformadores generales elegidos por los estados «para determinar las necesidades del reino, al que debian obedecer todos los prelados, señores y municipalidades de las ciudades (1);» 4.º la remision á las provincias de comisarios extraordinarios encargados con plenos poderes de convocar los estados provinciales, castigar, reformar, recompensar á los agentes del gobierno, etc. El delfin aprobó estas peticiones, y en su consecuencia publicó una gran ordenanza de reforma que confirmaba la del 28 de diciembre de 1355, y que fué leida y sancionada en el parlamento para darle

(1) Froissard, t. III, p. 255.

un carácter legislativo. Renunciaba con esta famosa ordenanza á las imposiciones no votadas por los estados, y se comprometia á no extraer cantidad alguna del tesoro, á dejar imponer y emplear el dinero por « personas sábias nombradas por los tres estados, » á reformar los abusos de poder de sus empleados, á administrar pronta é imparcial justicia, á no vender mas los empleos de judicatura, y á no alterar las monedas que en adelante se acuñarian segun el modelo presentado por el preboste de los comerciantes de Paris. Prohibió además el derecho de *presa*, los empréstitos forzados, las guerras particulares, los enjuiciamientos por medio de comisiones, y la enajenacion de los dominios de la corona; declaró la inviolabilidad de los miembros de los estados, y decretó el armamento general.

Dió principio á sus operaciones el consejo de los treinta y seis, separando enteramente las atribuciones del tribunal de las cuentas y las del parlamento, y renovando los miembros de estos dos consejos: destituyó á todos los empleados de justicia y de hacienda, recaudadores, castellanos, sargentos de armas, notarios, etc.: desterró á casi todos los consejeros reales, se apoderó de los troqueles de la moneda, y creó el tribunal de las *ayudas*, destinado á regularizar el reparto de los impuestos, y al que mas tarde se le concedió una jurisdiccion contenciosa en materias de hacienda. Dirigia estos cambios el obispo de Laon, y el delfin no tenia mas poder que el de promulgar las ordenanzas «votadas por el gran consejo de los estados y de los diputados de las ciudades.»

Los ingleses, satisfechos de su victoria, no habian renovado las hostilidades. La guerra continuó solo en Bretaña, donde Carlos de Blois, saliendo de su prision, luchaba desventajosamente con el jóven Monfort; y en Normandía, donde los partidarios del rey de Navarra hacian sus excursiones llegando hasta las cercanías de Paris. El rey Juan en su cautiverio mostró mucha dignidad y valor, y fué conducido desde Burdeos á Londres, despues de haber firmado una tregua de dos años (23 de marzo de 1357). Luego que supo los acontecimientos de Paris quiso sacar al delfin de su embarazosa posicion, y con este objeto envió una ordenanza que prohibia á los estados que se reunieran y al pueblo que pagase los subsidios votados por ellos. Esta orde-

nanza pedida por el delfin causó grandes clamores en Paris , y los vecinos tomaron las armas , cerraron sus puertas y tendieron las cadenas , resueltos á defender con la fuerza sus libertades. El delfin se vió obligado á revocar la ordenanza de su padre , pero avisó en secreto á los contribuyentes para que no pagasen sus cuotas. Efectivamente casi todos los nobles y prelados , « á quienes empezaban á molestar las ordenanzas de los tres estados (1), » se negaron á pagar el impuesto , que no se recaudó mas que por la mitad de lo que se esperaba , y se introdujo la discordia en el consejo de los treinta y seis , que se cansaba de los obstáculos y entorpecimientos que encontraba en el gobierno.

A pesar de la tregua continuaban asolando las provincias las cuadrillas de aventureros : una de ellas mandada per el arcipreste Cervolles atropelló al papa y su corte , otra saqueó el país situado entre el Sena y el Loira , y los partidarios del navarro recobraron á Evreux. No renacia el orden y eran los mismos los sufrimientos : el pueblo se quejaba de sus nuevos soberanos ; y los partidarios del delfin multiplicaban las oposiciones y envenenaban las quejas. Los miembros del consejo se intimidaron con tantas dificultades , y no tenian otro deseo que el de volver á la oscuridad de donde habian salido. Bien pronto el delfin á quien redeaban hombres adictos y sobre todo sus antiguos ministros , se halló con fuerzas para recobrar el poder. Manifestó á Marcel y á los regidores que no queria mas su tutela , y les prohibió mezclarse en el gobierno. Despues despidió al gran consejo que se disolvió sin resistencia.

Pero faltaba dinero para gobernar , y el delfin salió de Paris , é intentó sin éxito alguno lograr algunos subsidios de los estados provinciales. Bien pronto le vieron entrar otra vez en Paris , restablecer el consejo de los treinta y seis , y hasta convocar los estados generales. Estos buscaron un remedio para dar fin á todos los males del reino , no en las nuevas instituciones que nadie queria comprender ni sostener , sino en un hombre que pudiese ser su defensor. Acostumbrado el pueblo á obedecer y no á mandar , quiso , en ausencia de sus gobernadores ordina-

(1) Froissard t. III, p. 234.

rios, confiar el poder á un jefe de su eleccion. Existia un hombre popular para la Francia por el brillo de su cuna y el encanto de su trato, á quien todos miraban como una víctima, porque habia sido vendido por el delfin y perseguido por el rey, que habia manifestado sus simpatías y su compasion por los padecimientos del pueblo; y que era por fin amado, porque la opinion general en su esperanza veía en él todo lo que deseaba. Este era Carlos, rey de Navarra. Segun una deliberacion secreta de los estados, fué libertado de su prision por Juan de Pecquigny, atravesó el Vermandois y la isla de Francia en medio de las aclamaciones del pueblo que se amontonaba en torno suyo, y entró en Paris con gran pompa. El delfin se vió obligado á permitirle la entrada, y Marcel le dijo á este «que accediera á lo que se le pedia amablemente, pues de lo contrario no respetaria el pueblo su voluntad.» Carlos de Navarra manifestó su adhesion á los intereses del pueblo: arengó á los vecinos en los mercados, y les dijo que queria vivir y morir en defensa del reino de Francia; pero «dió á entender con sus palabras, que si llegaba á disputar la corona, mostraria por sus derechos que le pertenecia mas justamente que al rey de Inglaterra (1).» El delfin quiso luchar en elocuencia con su rival, y desde entonces los mercados y el Prado de los Clérigos tuvieron diarias asambleas políticas donde los señores y magistrados procuraban captarse el aura popular. El príncipe se vió obligado á reconciliarse con Carlos, devolverle sus dominios y rehabilitar las víctimas de Ruan. El navarro partió á Normandía á tomar posesion de sus fortalezas, y fué recibido por los de Ruan con alegres aclamaciones.

El delfin resolvió entonces emplear la fuerza para recobrar el poder, reunió soldados, procuró formarse un partido en Paris, mandó á los capitanes de las fortalezas del navarro que no le entregasen su mando, y publicó cuatro ordenanzas para falsificar la moneda. Viendo el preboste que los ministros estaban en una continua conjuracion para imposibilitar su gobierno, se decidió á emplear contra ellos la violencia. Armáronse por órden suya los parisienses, y para que se conocieran los partidarios de la

(1) Froissard t. III, p. 291.

revolucion, tomaron por insignia una caperuza, la mitad azul y la otra roja con esta divisa: «Vivir y morir por el preboste.» Las ciudades circunvecinas de Paris se confederaron con ella y tomaron su caperuza y sus colores.

El rey de Navarra principió sus hostilidades en Normandía.

§. VI.—*Poderio de Marcel.—La Jaqueria.—Restauracion del poder real.*—Reuniéronse los estados (12 de febrero de 1358), y no se vieron en ellos mas que vecinos y clérigos, pues la nobleza empezaba á volver á unirse al trono. Pero habia pasado ya la importancia de los estados, ó por mejor decir, el poderio de Paris habia anulado su influencia; y desde entonces la contienda era entre la corte y la municipalidad de esta gran ciudad que habia adquirido un aspecto enteramente republicano. Marcel propuso á la asamblea popular la muerte de los traidores que rodeaban al delfin. Era el único medio de apoderarse del tímido príncipe, aterrar á sus partidarios, y de impulsar hácia adelante al pueblo que intentaba ya retroceder. Se aprobó la proposicion: reuniéronse todas las milicias al toque de arrebató, y Marcel se dirigió con una compañía de milicianos al palacio del delfin, que se hallaba entonces con el mariscal de Champaña y el de Normandía (22 de febrero). «¿Quereis, le dijo el preboste, poner fin á los trastornos y defender el reino?—No me pertenece á mí, le respondió el príncipe, la defensa del reino, sino á los que cobran el dinero de los impuestos (1).» Al oír esto Marcel dió la señal á sus milicianos, y pasaron á cuchillo á los mariscales. El delfin, lleno de terror se arrodilló delante de Marcel pidiéndole la vida. Éste le dió por salvaguardia su caperuza con los colores parisienses, y mostrándole los cadáveres arrojados al patio del palacio con estrepitosos aplausos de la muchedumbre, le dijo: «De parte del pueblo os pido que ratifiqueis la muerte de estos traidores, pues lo que se acaba de ejecutar es por voluntad suya (2).»

Desde aquel dia Marcel se presentó como señor de la Francia: dirigió el consejo de los treinta y seis, y mandó nombrar consejos parecidos á este para administrar las provincias. El navarro volvió á Paris y se reconcilió con el delfin. Pero esta

(1) Froissard, t. III, p. 287 —(2) Crónica de San Dionisio.

revolucion solo tenia en realidad á Paris por teatro, y el movimiento de este corazon del estado no se comunicó á los miembros. Los estados generales y hasta los treinta y seis empezaron á cansarse del poder de la municipalidad parisiense: habia excitado su indignacion la muerte de los mariscales y el orgullo de Marcel; y para limitar el poder del temible tribuno, dieron al gobierno una forma mas regular nombrando al delfin regente del reino (14 de agosto de 1358). Entonces la discordia excitada con destreza por los realistas entre los diputados, llegó al extremo de desconocerse unos á los otros, de tener diferentes miras y de cegarse con las preocupaciones y los odios de las provincias. La mayor parte abandonaron su puesto y aun algunos de los treinta y seis y de los consejos provinciales. Marcel los hizo reemplazar con vecinos de Paris, y aconsejó á las provincias que imitaran su ejemplo; pero no solo tenia que luchar contra la corte y los estados, sino tambien contra la ceguera y envidia de algunos vecinos que comenzaban á mirarle á él y á sus partidarios como unos facciosos. El delfin huyó de Paris y se retiró á Meaux. Reuniéronse los estados provinciales para enterarse del informe de los generales, y se dividieron en dos partidos. Los del Vermandois, de Champaña, Auvernia, Delfinado y Languedoc se pronunciaron en favor del delfin y le concedieron subsidios. Animado el príncipe con esta resistencia, trasladó los estados generales de Paris á Compiègne (4 de mayo de 1358); pero las diputaciones del clero de treinta y cuatro diócesis, las de la nobleza y las del pueblo de diez y ocho baillíos y de Paris se negaron á acudir, y los mismos estados de Compiègne se mostraron entusiastas por la reforma. Hubo pues dos asambleas nacionales y dos gobiernos. Estaba declarada la guerra civil.

Marcel atacó el castillo del Louvre y se apoderó de él; fortificó á Paris y tomó á sueldo compañías de navarros y brabanzones. El delfin reunió un ejército de treinta mil aventureros, interceptó el Sena y el Marne, asoló las campiñas hasta los muros de Paris, y propuso á los vecinos una completa amnistía si le entregaban á Marcel y á los concejales «para castigarlos á su voluntad.» Los parisienses se negaron; pero les repugnaba el pelear con el regente y se quejaban del sitio de su ciudad. Los

estados de París parecían mas adictos al delfin que los de Compiègne, pues proscribieron á Roberto Lecog. Marcel vencía todos estos obstáculos, se procuraba soldados por todas partes, [redoblaba su energía y violencias, y llamaba al navarro como el único que podía reanimar el partido popular dándole el apoyo de un buen ejército; pero este rey, consultando sus propios intereses, hizo tratos con el delfin.

Los acontecimientos de París tuvieron tambien eco en las campañas. Los aldeanos y campesinos, que ya no eran aquellos siervos de la época anterior, ni hombres del señor apenas vestidos, miserables y sin asilo; habían adquirido algunas riquezas, tenían fortificadas sus aldeas y alquerías, y hasta gozaban el uso de armas. Pero los señores los habían tiranizado tanto despues de las batallas de Crecy y de Poitiers, arrebatándoles cruelmente sus animales, carruajes, vestidos y provisiones, que los habían reducido á la condicion de bestias atormentándoles á su gusto y matándoles sin compasion. Excitados los campesinos por la guerra de la clase media contra la nobleza, «creyeron que podían sublevarse contra los señores y tomarse el desquite de los malos tratamientos de que habían sido víctimas (1).» «Sería una dicha muy grande, decían ellos, acabar con todos los nobles, pues en vez de defendernos, nos hacen mas mal que los enemigos (8 de mayo de 1358).» Acometieron pues los castillos, los incendiaron, pasaron á cuchillo todos los habitantes, abrumaron de ultrajes y tormentos á sus prisioneros, violaron las mujeres y quemaron los niños, y se gozaron en castigar á su gusto á sus tiranos, devolviéndoles centuplicadas sus atrocidades. No era el amor de la libertad lo que animaba á aquellos bandos salvajes, sino el deseo de venganza. Eligióse un rey que llamaron el *buen Jacques* ó Santiago (2), que era el nombre que los señores daban por irrision á los campesinos. La nobleza salió á pelear contra los *jacques*. La guerra entonces fué general y espantosa la anarquía: bandas inglesas, compañías de aventureros, tropas de *jacques*, milicias urbanas, banderas de caballeros corrian unas detrás de las otras, y no había cultivo, comercio ni seguridad para nadie. La nobleza pi-

(1) Continuacion de Nangis p. 119.—(2) Esta expresion equivale á la del español, el *buen Ju an*.

dió el auxilio de toda la Francia contra los *jacques* de Champaña y de Picardía, «que ya eran mas de cien mil, y se creia que iban á acabar con todos los nobles del mundo.» Las señoras se refugiaron en las fortalezas, y en especial en la de Meaux. Los *jacques* se dirigieron á esta ciudad. Los parisienses, que veían con gusto esta rebelion, enviaron para ayudarles dos compañías de mil hombres, y se unieron tambien á ellos los vecinos de Meaux. Pero á pesar de estos auxilios se estrellaron en el sitio de la fortaleza, y fueron medio destruidos por el conde de Foix, Gaston Febo. El rey de Navarra y el caudillo de Buch los derrotaron en muchos encuentros: cayó prisionero el rey de los *jacques* que fué coronado con unos trébedes candentes, y despues ahorcado, y los nobles iban á caza de campesinos como á la de las fieras, pasándolo todo á sangre y fuego. En fin al cabo de seis semanas las campañas habian quedado silenciosas, pero tambien incultas y despobladas.

La discordia fué entonces mayor en Paris, donde una parte del vecindario trabajaba abiertamente por la restauracion del poder real. Volvió á bloquear la ciudad el delfin, y prohibió la entrada de víveres. Apurado Marcel para alimentar á Paris, buscó el apoyo del rey de Navarra á quien entregó el tesoro de la ciudad y quiso hacer nombrar capitán general del reino; pero no satisfizo esto al ambicioso Carlos, quien pretendia la corona, y en vez de acometer al delfin, negoció con él para entregarle á Marcel y á Paris. Los parisienses le arrojaron de la ciudad con sus soldados ingleses y gascones que cometieron los mas terribles excesos. Se fué á acampar á San Dionisio, asoló la campaña, se puso en relaciones con los dos partidos, y se hizo pagar enormes sumas para contener y perseguir los foragidos que él mismo enviaba. El preboste se hallaba en el mayor apuro; no tenia dinero, víveres, ni guarnicion; sospechando de los vecinos y temiendo por su vida, no pensó mas que en sí mismo é hizo traicion á su causa. Antes de sufrir la implacable venganza del partido real, resolvió arrojarle enteramente en brazos del malvado rey de Navarra, hacerle señor de Paris, dándole la capitania general, y preparar sus miras al trono de Francia (1). Hecho

(1) Continuacion de Nangis, p. 620.—Villani lib. VIII cap. 90.—Secousse, Historia de Carlos el Mulo, t. I, p. 318.

el tratado quedó convenido que se entregarían á los navarros la Bastilla y la puerta de San Dionisio la noche del 31 de julio. Supo este proyecto un concejal llamado Maillard : reunió los jefes del partido realista; y en el momento en que Marcel mudaba la guardia de la puerta de S. Antonio, se precipitó sobre él y le mató con otros seis magistrados (30 de julio de 1358). Los realistas entonces recorrieron todo Paris gritando : «¡San Dionisio y viva el rey!» Pusieron en un calabozo sesenta de los mas ardientes partidarios de la municipalidad, publicaron que el preboste habia vendido la ciudad á los ingleses para saquearla, y enviaron mensajeros al delfin. Este llegó tres dias despues con un gran número de caballos, y en seguida empezó la reaccion. Perecieron en el cadalso de los magistrados, los amigos de Marcel y partidarios de la libertad ; los demás fueron desterrados ó privados de sus bienes, y perseguidos todos los que habian tomado parte en los movimientos populares. Roberto Lecog huyó al campo del rey de Navarra, y despues á Aragon, donde murió siendo obispo de Calahorra. El delfin abolió todas las ordenanzas publicadas bajo la influencia de los estados, restableció sus consejeros, dió todos los empleos á sus hechuras, y quedó el poder real mas absoluto que antes del movimiento.

De este modo terminó este ensayo informe y prematuro de revolucion popular, que forma un episodio curioso en nuestra historia, y que parece por su poca preparacion y sus escasas consecuencias un extraño apéndice. La unidad del poder y de la nacion se hallaba solo en el trono, y si hubiese vencido la clase media del siglo décimocuarto, hubiera sucumbido el porvenir de Francia. Marcel y sus compañeros emplearon su energía y su talento en una empresa que debia abortar: es cierto que su movimiento democrático tan brusco y heroico en medio de la incertidumbre, aturdimiento y terror de la turba, no dejó un resto de institucion ni una garantía de libertad ; pero la vida de estos hombres del pueblo no se sacrificó sin fruto alguno; la revolucion efímera de 1355 dejó recuerdos poderosos entre los parisienses, á quienes veremos durante todo este siglo agitarse bajo el yugo que se les impuso para atestiguar la existencia del pueblo cuya hora no habia llegado.

§. VII.—*Negociaciones para la paz.—Nueva invasion de los in-*

gleses.—*Tratado de Bretigny*.—Indignado el rey de Navarra de la muerte de sus partidarios, reunió á todos sus aventureros gascones, ingleses y alemanes, y dió principio á una guerra cruel entre el Sena, el Marne y el Oisse. A pesar de sus crímenes y los saqueos de sus bandidos, aun era su nombre popular, y en todas partes halló el apoyo del pueblo; pero se reunieron contra él los nobles, eligieron jefes y le hicieron la guerra á su costa. La mayor parte de las compañías de aventureros se alistaban bajo su bandera para recorrer y asolar la Champaña, la Borgoña y la Picardía: no estaban libres de sus saqueos las mas pobladas ciudades, y apenas hubo en el mediodía un pequeño distrito que no fuera devastado. «De modo que el reino de Francia, saqueado y robado por todos, no sabia á qué lado volverse para evitar tantas calamidades (1).» El delfin solo pensaba en conservar su poder en París por medio de suplicios, y en vengarse de las humillaciones que habia sufrido. La ciudad estaba consternada, y todos los días se veian estallar y ser castigadas conspiraciones de amigos de Marcel; y se vió por fin obligado á concluir con el rey de Navarra un tratado vergonzoso, y hasta admitirle en su consejo con la condicion de «que habia de ser francés (2).» Las cercanías de París recobraron la tranquilidad, pero el resto de la Francia continuó siendo asolado por los aventureros.

Durante estas conmociones el rey Juan hacia negociaciones desde su prision, y para alcanzar su libertad no titubeó en ceder á Eduardo en plena soberanía las conquistas hechas por sus antepasados en tiempo de los Plantagénets con Calais, Boloña, y cuatro millones de escudos de oro (1359). De modo que las faltas de los Valois destruian toda la obra de los Capetos, y Eduardo no era en Francia mas que el rey de Paris. Aterró al delfin tan grande sacrificio, y resolvió impedirlo á cualquier precio; y persuadido de que solo la nacion podia anular tan desastroso tratado, tuvo valor de convocar los estados generales. A pesar de su odio á estas asambleas, el movimiento democrático que acababa de ahogar le habia manifestado la fuerza del pueblo; y no podia excusarse del concurso de los estados para hacer prevalecer con-

(1) Froissard, t. III, p. 375 —(2) Continuacion de Mangis, p. 123.

tra la voluntad de su padre y señor, el principio saludable de que el interés general es antes que el del rey, y que es superior á la suya la voluntad nacional.

Pero era tanta la anarquía y tan espantosa la miseria, que solo llegó á Paris un corto número de diputados (22 de mayo). «Estos, despues de leer y volver á leer, oír, considerar y examinar muy despacio las cartas del rey, consideraron muy duro el tratado, y respondieron á una voz á los mensajeros, que preferían que se aumentase la miseria que los afligia, á ver tan menoscabado y defraudado el noble reino de Francia; y que el rey Juan permaneciese mas en Inglaterra, pues ya se pondría remedio cuando Dios quisiera (1).» Despues de haber tomado esta resolucion, que debe atribuirse á la excitacion democrática de los años anteriores, leyóse el tratado al pueblo reunido en el patio del palacio, y no se oyó mas que una voz general que decia «que era imposible aquel tratado y que era preciso hacer la guerra al inglés.» El delfin pidió el subsidio y los soldados: se aprovechó de la preocupacion de los estados para hacer que legitimasen la contrarrevolucion, haciéndoles abolir todos los actos de administracion de Marcel, y rehabilitando á sus veinte y dos ministros «á quienes siempre habia profesado cariño (2).»

Juan se indignó de la resolucion de sus estados, y Eduardo declaró rota la tregua. Bien pronto «los soldados que habian hecho la guerra por el rey de Navarra, la continuaron en nombre del rey de Inglaterra (3).» Pero el delfin se contentó con poner buenos capitanes en las principales plazas, resuelto á no arriesgar una batalla. Abandonadas las ciudades y provincias á sus propias fuerzas no pensaron mas que en su salvacion y no se cuidaron del interés general. Unas lograron á precio de oro la paz de los ingleses, y otras tomaron á sueldo compañías asalariadas. Nunca habia sido la corona tan extraña al gobierno del país.

Eduardo desembarcó en Calais con un ejército considerable, toda su nobleza y un inmenso equipaje (1360). Atravesó la Picardía y la Champaña que estaban enteramente asoladas, y llegó á los muros de Reims, donde queria hacerse consagrar. Pero

(1) Froissard t. III, p. 155.—(2) Ordenanzas de Francia t. III, p. 345.—(3) Froissard t. III, p. 385.

sus habitantes se defendieron tan vigorosamente, que tuvo que abandonar el sitio despues de siete semanas de asaltos. Entró entonces en la Borgaña. Mandaba este país la reina de Francia en nombre del hijo de su primer matrimonio Felipe de Rouvre, é hizo un tratado de neutralidad para la provincia, pagando al inglés 200,000 escudos de oro. El delfin no se movió: creia que sus enemigos se arruinarían al atravesar tantos países asolados, y además se hallaba muy ocupado en defender á Paris de las conspiraciones de los vecinos y de los navarros. Hacíase entretanto una guerra atroz en el mar. Los buques franceses arrasaron la Mancha, incendiaron diez ciudades inglesas y llenaron de terror todas las costas. Todos los ingleses tomaron las armas sin exceptuar los sacerdotes, y Lóndres construyó ochenta naves que incendiaron toda la costa desde Boloña á Harfleur.

Eduardo continuó su marcha, y para obligar al delfin á que saliese de su inmovilidad, entró en la isla de Francia y llegó hasta Paris. «No habia un solo habitante desde el Sena hasta Etampes; pero el delfin, á pesar de los rumores que excitaba su conducta, rehusó la batalla, y dejó á Eduardo que retrocediese hácia el Loira. Debilitado el ejército inglés con tan largas marchas y la falta de víveres, dejaba sus huellas pobladas de cadáveres, y de este modo llegó á Chartres. Los señores aconsejaron allí al rey de Inglaterra que terminase la guerra. «Gastaremos en vano el tiempo, le dijeron, y nos exponemos á perder en un día lo que hemos ganado en veinte años (1).» Eduardo se resistia, pero habiendo desolado su campamento una terrible tempestad, consintió en firmar el tratado de Bretigny (8 de mayo de 1360), por el cual renunciaba á la corona de Francia, adquiria en soberanía directa y para siempre el Poitou, el Aunis, y el Augoumois, la Saintonge, el Limousin, el Perigord, el Quercy, la Ruergue, el Agenois, la Bigorra, el Ponthieu, Calais, Guines, etc. Fijóse el rescate de Juan en tres millones de escudos pagaderos en seis años, y se dejó al arbitrio de ambos reyes la sucesion de la Bretaña. Era tan extrema la miseria, que á pesar de ser la paz mas humillante que hiciera jamás la Francia fué recibida con trasportes de alegría.

(1) Froissard t. IV, p. 35.

§. VIII.—*Saqueos de las compañías de aventureros.—Batalla de Brignais.*—La familia de los Valois había costado bien cara á la Francia: además de la deshonra de dos sangrientas derrotas y de la miseria causada por la anarquía, destruía la obra preciosa de su unidad, desmembrando del estado provincias reunidas con tanto trabajo habituadas ya á la dominación francesa, y que volvían con repugnancia á someterse al yugo de los Plantagenets. Los señores de Albret, de Cominges, de Armagnac, etc., reclamaron con justicia contra el rey Juan diciendo «que no le pertenecía el abandonarlos y que no lo podía en derecho (1).» Los habitantes de la Rochela tan temibles á los ingleses por sus numerosos corsarios, suplicaron que no se les entregase «en manos extrañas, y que preferían pagar la mitad de sus rentas todos los años á pertenecer á los ingleses (2).» Tantas calamidades habían producido pues un gran bien, el espíritu nacional engendrado por el odio contra los ingleses; y la Francia por su influjo era mas fuerte y mas compacta que antes de esta lucha.

El rey Juan regresó á Francia dejando en rehenes á su hermano dos hijos suyos, veinte señores y cuarenta vecinos (1360). El reino se agotó nuevamente para pagar su rescate: se pagó la primera cuarta parte vendiendo en matrimonio por 600,000 escudos, una de las hijas del rey á Galeazo Visconti tirano de Milan; y para los otros pagos se recurrió á hacer pagar dos diezmos al clero, la entrada de los judíos en el reino y un impuesto de doce dineros por libra sobre las mercancías (3). El Languedoc, que había contribuido por sí solo á los gastos del rey durante su prisión, pagó por su rescate 1.451,000 escudos, además de 153,000 florines que se vió obligado á dar á las grandes compañías de aventureros que lo devastaban. La repartición de estos últimos impuestos atestigua que este país había perdido en veinte años la tercera parte de sus habitantes.

Aun era mayor la miseria en las provincias del norte. Los capitanes que tenían fortalezas por el rey de Inglaterra, no qui-

(1) Froissard t. IV, p. 418.—(2) Id. p. 419.—(3) «Poseemos en el tesoro de las Cartas los recibos de estos pagos. Estos pergaminos causan pena al mirarlos, porque cada una de esas sumas representa el sudor, los gemidos y las lágrimas de mil infelices.» (Michelet, Historia de Francia, t. III, p. 423.)

sieron abandonarlas, y á pesar de las amenazas de Eduardo continuaron la guerra. Las grandes compañías se aumentaron con nuevos aventureros conocidos con el nombre de *tardios*, los cuales agotaron las últimas riquezas del país, formando verdaderos ejércitos mandados por jefes hábiles que ocuparon provincias enteras. Las tierras quedaron sin cultivo, se agregó el hambre á los demás azotes, seguidos de enfermedades contagiosas que des poblaron el reino durante tres años. La sociedad cayó en disolución: el gobierno era impotente para impedir y aliviar tantos males; y la Galia no había sido tan miserable cuando fué invadida y asolada por los bárbaros.

La peste arrebató á la reina de Francia y á su hijo Felipe duque de Borgoña (1361). Era el último vástago de la primera casa de Borgoña, que poseía además del ducado los condados de Borgoña y de Artois. Los dos condados volvieron á Margarita, hija de Felipe V y condesa de Flandes (1); y aunque el ducado pertenecía á Carlos de Navarra (2) por derecho de representación, lo pretendió el rey Juan por derecho de proximidad, y se apoderó de él á pesar de las reclamaciones de Carlos que pidió vanamente en cambio la Champaña y la Brie. Además el rey declaró que en adelante formarían parte del reino de Francia la Borgoña, la Champaña, el condado de Tolosa, etc. Fué este sin tardanza á visitar su nueva provincia y á jurar el mantenimiento de sus privilegios; pero al recorrer las ciudades, conoció que la corona no podría conservar bajo su inmediata dominación un país tanto tiempo independiente; y accediendo á la humilde súplica que le hicieron sus súbditos de Borgoña, pensó dar este hermoso ducado á uno de sus hijos para que sirviera de defensa á su reino contra los estados de Alemania.

(1) Othon IV conde de Borgoña y de Artois tuvo por heredera á Juana mujer del rey Felipe V. Esta solo dejó hijas. La primogénita, Juana II, casó con Eudo IV duque de Borgoña y fué su sucesor su nieto Felipe de Rouvre: la segunda, Margarita, casó con el conde de Flandes y heredó los dos condados; y fué hijo suyo Luis de Male cuya hija casó con Felipe el Atevido, primer duque de Borgoña de la casa de Valois, que adquirió de este modo la Flandes y los dos condados.—(2) Roberto II décimotercero duque de Borgoña dejó un hijo y dos hijas. El hijo de Eudo IV tuvo por sucesor á su nieto Felipe de Rouvre. La primogénita casó con el rey Luis X y era su nieto Carlos de Navarra. La hija segunda casó con Felipe IV y tuvo por hijo á Juan.

La presencia del rey en Borgoña hizo salir de esta provincia la mas terrible de las grandes compañías, cuyo jefe se apellidaba «amigo de Dios y enemigo de todo el mundo,» y que ascendia á mas de quince mil hombres. Se dirigió hácia Lyon. Santiago de Borbon, conde de la Marca, reunió toda la caballería de la Borgoña, de la Auvernia, del Borbonés, del Lionés y del Delfinado, marchó contra los bandidos y los alcanzó en Brignais; pero fué derrotado y muerto con sus hijos y los señores de Forez, de Beaujolais, de Chalons, etc. (1361). Fué otro rudo golpe para la nobleza, la cual daba pruebas de su inferioridad hasta con los villanos y foragidos. Casi todo el valle del Ródano quedó bajo la dominacion de los aventureros que osaron atacar á Aviñon. En vano publicó el papa una cruzada contra ellos, pues solo se libertó pagando al marqués de Monferrato, para que los tomase á sueldo, y aun se vió obligado á darles la absolucion de todos sus crímenes.

«Para hacer salir del reino á todas aquellas bandas armadas que lo saqueaban y destruian todo sin misericordia (1),» Juan resolvió hacer una cruzada (1362). Pero como no estaba aun de acuerdo con el rey inglés sobre las cláusulas del tratado de Breigny, no estaba pagado enteramente su rescate; y el duque de Anjou, que era uno de los rehenes, habia huido de Inglaterra y no queria volver. Resolvió ir á Londres para excusar á su hijo y obligar á Eduardo á que tomase parte en la cruzada, y algunos dijeron que «iba solo por su gusto (2).» Antes de su partida concedió á su cuarto hijo Felipe, llamado el Atrevido por el valor que habia desplegado en Poitiers, «el ducado y la dignidad de par de Borgoña para que los poseyera como los antecesores duques de Borgoña, bajo la soberanía de Francia (3).» Y partió dejando la regencia al delfin. Pasó el invierno en festejos en la corte de Eduardo, y murió casi repentinamente (1364).

(1) Froissard, t. IV, p. 156.—(2) Guillermo de Nangis.—(3) Baraute. Historia de los duques de Borgoña, t. I, p. 140.

CAPÍTULO III.

Reinado de Carlos V. (1364—1380.)

§. I.—*Batallas de Cocherel y de Auray.—Ordenanzas de Carlos V.*—El mismo día de la muerte de Juan fueron decapitados veinte y ocho vecinos de Paris, «por el delito de conspiracion para libertar al rey de Navarra.» Era una continuacion de la venganza del nuevo rey Carlos V, llamado el Sábio. A pesar del odio y el desprecio que le profesaba el pueblo por su mala fe y cobardía, no habia cesado Carlos de gobernar, aun despues de la vuelta de su padre, y habia adquirido con el conocimiento de los negocios y de los hombres un profundo disimulo y un espíritu de finura y de templanza que le conquistaron el éxito de la mayor parte de sus empresas. No fué un rey caballero y batallador como sus padres: débil de cuerpo y de carácter, solo empuñó la espada en los campos de Maupertuis; y desde aquella vergonzosa jornada, este príncipe letrado y astuto, y nuevo Felipe IV, aunque menos inmoral y violento, estuvo encerrado en sus castillos redactando ordenanzas, tramando intrigas, y combatiendo desde su trono á todos sus enemigos ayudado de sus procuradores, sus judíos y sus astrólogos. De este modo y á fuerza de habilidad y perseverancia llegó á sacar á la Francia del oprobio de Bretigny, y á convertir el trono en un poder administrativo, inteligente, protector y absoluto, que no solo dejó de implorar el apoyo del papa, sino tambien el de los estados generales.

Luego que empuñó el cetro quiso vengarse del hombre que mas aborrecia, de Carlos de Navarra, que habia triunfado en todas las empresas y se habia apoderado á traicion de Mantes y Meulan. El navarro asalarió compañías de aventureros cuyo mando dió al *adalid* de Buch, señor gascon célebre por sus hazañas. Carlos V le hizo la guerra con tropas de la misma clase mandadas por Duguesclin, el mas famoso de los capitanes de aventureros. Era este un noble breton de extremada fealdad y mala apariencia, pero intrépido en la pelea, hábil en astucias de

guerra, ignorante y brutal, generoso con sus compañeros y feliz en todas sus empresas. Encontró cerca de Cocherel al adalid de Buch (16 de mayo de 1364). Los dos ejércitos contarían de cinco á seis mil aventureros cada uno, y eran franceses, ingleses, bretones, gascones, etc. El del adalid fué completamente derrotado, el cual cayó prisionero « y el nombre de Duguesclin alcanzó mucho honor (1). »

Aquella insignificante guerra se prolongó durante un año, y terminó con un tratado que quitó al rey de Navarra los condados de Mantes, Meulan y Longueville, en cambio de los que se le prometió el señorío de Montpellier. Pero este tratado no dió fin á los saqueos de los aventureros: « todas las provincias estaban por ellos infestadas: unos ocupaban las fortalezas, otros vivían en las aldeas; y nadie podía recorrer los caminos sin grande peligro. Los soldados del rey solo se ocupaban en robar á los campesinos y viajeros; los mismos caballeros que se llamaban amigos del rey asalariaban bandidos. El rey dió á Duguesclin el condado de Longueville con la condicion de arrojar del reino á los aventureros que lo devastaban; pero en vez de hacerlo así, permitió que sus bretones robasen en las aldeas y carreteras el dinero, caballos y cuanto encontraban (2). » Todos llevaban armas para acometer ó defenderse como en el siglo duodécimo, y se fortificaron las aldeas, las ciudades, las iglesias y las casas (3). Solo la Aquitania no estaba infestada por los bandidos, porque temían al príncipe Negro, y además la mayor parte de los aventureros eran gascones ó ingleses. Pero las grandes compañías produjeron un gran bien haciendo caer en desprecio á los ejércitos feudales, á los que sobresalian en disciplina y valor, y formando el núcleo de los ejércitos permanentes.

« No solamente se hacían la guerra ingleses y franceses, á pesar de los tratados, por causa del rey de Navarra, » sino que los dos pretendientes de la Bretaña no cesaban de pelear. Duguesclin marchó á socorrer á Carlos de Blois con tropas asalariadas de Carlos V, y el príncipe de Gales envió á Monfort soldados in-

(1) Froissard, t. IV, p. 210. — (2) Continuación de Nangis, p. 434. — (3) Contábanse en aquella época en Francia diez mil ciudades ó aldeas amuralladas y cincuenta mil castillos ó casas fortificadas. Contando cincuenta hombres por pueblo y diez por castillo, formaban un millón de hombres armados.

gleses mandados por Juan Chandos. Los dos enemigos trabaron en Auray una batalla decisiva. Carlos de Blois fué muerto, Du-guesclin cayó prisionero, y su ejército fué completamente derrotado (19 de setiembre de 1364). Entregáronse á Monfort todas las ciudades, y Juana de Blois se vió precisada á firmar el tratado de Guerande que dió á Monfort el ducado de Bretaña. « Este desastre causó mucho disgusto á Carlos V pues era el que mas perdía (1); » pero no podía defender el partido de Blois sin hacer directamente la guerra á los ingleses. Temió perder su soberanía en la Bretaña, y consintió en el tratado de Guerande aceptando el homenaje de Juan de Monfort; pero asalarió á casi todos los señores del partido de Blois.

Mientras guerreaban estos capitanes quiso el rey restablecer el orden en sus estados: protegió el comercio y á los extranjeros, organizó los gremios de oficios y cofradías, estableció la mas minuciosa policia en los oficios, regularizó la administracion de justicia, fijó el valor de la moneda (2), arregló la imposicion de las rentas públicas que se dieron en arriendo á los judíos, los únicos que tenian conocimientos de hacienda, y que les acarreó el odio del pueblo. Todas estas ordenanzas emanaban directamente del poder real, y el principal ministro de Carlos era el señor Bureau de la Rivière. Desconfió de los estados generales, de las asambleas provinciales y de las libertades municipales: intentó destruirlos ó impedir con astucia sus reuniones, acostumbrar al pueblo á pasarse sin ellos, y borrar el recuerdo de las anteriores revoluciones. Todos los poderes volvían á reunirse en el suyo, y se centralizaban en torno suyo con tanto orden, como lo permitian el estado social y la enconada llaga de la guerra. Era muy instruido en la ciencia del derecho, amaba á los legistas y decía: « No puede honrarse suficientemente á los clérigos que tienen sabiduría, y mientras sea honrado el saber en el reino, se conservará su prosperidad, y cuanto mas despreciado sea, mayor será su decadencia (3). » Es uno de los reyes que mas han trabajado en la legislacion administrativa y civil, y todas sus ordenanzas están empapadas del espíritu de las leyes romanas. Las dos mas célebres son: 1.º la que renueva la ordenanza

(1) Froissard, t. IV, p. 290.—(2) Se fijó el valor del marco de plata en 5 libras y 40 sueldos.—(3) Cristina de Pisan, vida de Carlos V.

de Felipe III sobre la mayoría de los reyes, fijada, como la de los plebeyos, en los catorce años : 2.º la que arregla las pensiones de los príncipes de la familia real, y por el interés de la unidad de poder y de nacion sustituye los títulos y rentas con concesiones de feudos soberanos.

Carlos confirmó la donacion del ducado de Borgoña hecha al mas jóven de sus hermanos ; pero fué la última concesion de este género ; y á los otros dos hermanos, el duque de Anjou y el de Berri, solo les dió el mando del Languedoc y de la Auvernia. Era un gran paso para destruir el feudalismo de los grandes estados: desde entonces los reyes de Francia solo tuvieron que luchar contra tres enemigos interiores : los duques de Guiena, con los que se había comenzado la lucha, y cuya ruina necesitó cien años de guerra desastrosa ; los duques de Borgoña, que fundaron el mayor poder feudal de esta época ; y los duques de Bretaña, cuyo estado será el último que se reunirá á la corona.

§. II.—*Expedicion de las compañías á Castilla.—Batalla de Navarrete.*—A pesar de los desvelos de Carlos V tenia insuperables obstáculos para recobrar la prosperidad de la nacion, y uno de ellos eran las compañías de aventureros, contra los cuales habian salido fallidos todos los medios, las violencias y los ruegos, las indulgencias y excomuniones. El rey halló por fin un medio de librarse de ellos.

Reinaba en Castilla en aquella época Pedro IV, hijo de Alfonso XI (1365). Era un príncipe muy cruel, que habia hecho matar á la querida de su padre, á sus tres hermanos naturales, á su propia mujer que era de la casa de Borbon, y á una multitud de señores. Siendo odioso á sus pueblos y sobre todo á la nobleza, aborrecido de los reyes vecinos, aliado con los moros y rebelde á los mandatos de la Iglesia, bien pronto vió sublevarse contra él á toda Castilla y á su hermano bastardo el conde de Trastámara que le disputaba la corona. Carlos V dirigió este negocio por odio contra Eduardo, con quien estaba aliado don Pedro, y empuñó á los aventureros á que se asalaráisen por Enrique. Encargóse Santiago de Borbon de dirigir la expedicion, ayudado de Duguesclin, que era muy querido de los aventureros, y llegó á reunir treinta mil soldados vascos, loreneses, bretones, brabanzones y provenzales, con un gran número de caballeros de Inglaterra y de Francia. Pasaron por Avifion.

Los bandidos se « llamaban peregrinos de Dios que iban por gran devocion á Granada á vengar á Nuestro Señor :» exigieron al papa 200,000 libras y la absolucion de sus pecados (1); y llegaron á Aragon, donde el rey don Pedro IV el Ceremonioso les dió víveres para la expedicion. El rey de Castilla intentó en vano reunir un ejército, y huyó á Aquitania. Toda la nobleza se apresuró á rendir homenaje á Enrique, el cual fué coronado en Burgos rey de Castilla, de Leon, de Galicia, de Toledo y de Sevilla (1366). Duguesclin que desplegó un talento poco comun para mantener obedientes á sus bandidos, fué nombrado condestable de Castilla. Pero no pudo detener en España á los aventureros, y luego que recibieron su paga y cargaron un buen botin, volvieron á Francia, y apenas quedaron dos mil al servicio de Enrique.

Aquella expedicion se hizo muy popular, y Duguesclin alcanzó tanta gloria por haber dado una corona, que se llenó de envidia el príncipe de Gales el cual habia dado asilo á don Pedro, á pesar de aborrecerle por sus crímenes; « pero conoció que el destronamiento de un rey era un perjuicio para las monarquías, y que no debian permitirlo de ningun modo los demás reyes (2).» Convocó los estados de Aquitania y les pidió su auxilio para restablecer al rey de Castilla (1367). Los gascones titubearon, don Pedro les prometió darles todas sus riquezas, y se resolvió la guerra. El príncipe Negro agotó su tesoro y vendió hasta sus alhajas para esta expedicion caballeresca. Consiguio reunir á casi todos los señores de Gascuña, á quienes amaba por sus virtudes guerreras, llamó á los capitanes ingleses que habian seguido á Duguesclin, é invitó las compañías que volvian de España á que se le asalariasen. Aunque el duque de Angulema que gobernaba el Languedoc se esforzó para impedirlo, la mayor parte de los aventureros fueron á juntarse con el príncipe Negro. De modo que la Inglaterra y la Francia continuaban haciéndose la guerra so color de ayudar á sus aliados. Carlos de Navarra amigo de Trastamara, intentó defender los Pirineos; pero vencido por el oro de don Pedro, le entregó los pasos, y entró en España el príncipe Negro. Dicen que Trastamara habia reunido un ejército de cien

(1) Cerca de dos millones de nuestra moneda.—(2) Froissard, t. IV, p. 316.

mil hombres, pero apenas estaba armada una tercera parte de aquella multitud. Dióse una batalla entre Nájera y Navarrete, cerca del Ebro, y fué larga y encarnizada (3 de abril de 1367). Los castellanos fueron completamente derrotados, y Duguesclin cayó prisionero. Don Pedro fué nuevamente reconocido rey, pero faltó á la promesa que diera á los gascones, y la mitad del ejército murió de enfermedad y de miseria. El príncipe Negro supo entonces que Enrique, á quien habia dado asilo el duque de Anjou, atacaba la Aquitania con los socorros secretos del rey de Francia; y volvió á pasar los Pirineos con la fama de haber ganado las tres mayores batallas del siglo; pero arruinado por su expedición, atacado de la enfermedad de que murió ocho años despues, y perdiendo el cariño de sus súbditos de Aquitania. La mayor parte de las compañías le siguieron á la otra parte de los montes; pero por mas que agotase sus ahorros, no podia pagarles, y los despidió diciéndoles «que se buscasen la vida en otra parte.» Arrojárónse sobre las provincias de Francia; y el rey se admiró del modo encubierto con que el príncipe le hacia la guerra (1368) (1).

§. III.—*Renovacion de la guerra contra los ingleses.*—Carlos V hacia entretanto ocultamente los preparativos de guerra buscando la ocasion favorable de borrar la deshonra del tratado de Bretigny. El duque de Anjou y Duguesclin, libertado este de su prision, reunian en el Languedoc tropas de aventureros: Olivier de Clisson, Albret y otros capitanes del príncipe Negro se asalaraban al servicio de Francia; y estaban casi vencidos por las intrigas y el dinero de Carlos V la mayor parte de los señores de Gascuña, descontentos ya del orgullo y la codicia de los ingleses. El príncipe de Gales pidió á su regreso enormes sumas á los aquitanos; pero cinco veces se reunieron los estados, y otras tantas se negaron á concedérselas. Los señores de Armagnac, de Albret, de Cominges y de Perigord protestaron apoyándose en sus franquicias y diciendo «que en el tiempo que habian pertenecido al rey de Francia no habian pagado ningun subsidio, y que las defenderian como pudiesen.» Despues se marcharon á Paris. Luego que llegaron allí declararon al prínci-

(1) Froissard, t. IV, p. 44.

pe de Gales que reconocian siempre á Carlos V por su soberano « porque no tenia derecho para hacerles abandonar su vasallaje, y porque jamás sufririan su tiranía ; » y le advirtieron que habian elevado sus quejas al consejo. El príncipe se irritó en extremo: sabia que obraban así mas por espíritu de independenciam que por adhesion á los reyes de Francia, porque estos habian tratado siempre con rigor á los habitantes del mediodía, mientras él los habia mirado como compañeros y los habia hecho participar de sus victorias.

Carlos acogió y trató con afecto á los refugiados gascones; pero se negó á admitir su apelacion, diciéndoles que examinaria el tratado de Bretigny. Los señores le amenazaron con renunciar á su señorío si no condescendia á su súplica, y mientras conferenciaba con ellos, terminó sus preparativos. Entonces admitió públicamente la apelacion (1369), y envió á decir al príncipe de Gales: « Habiéndose presentado muchos señores, prelados, barones, caballeros y municipalidades de las Marcas de Gasuña, con otros muchos señores del ducado de Aquitania quejándose ante nuestro consejo de algunos agravios que os proponiais hacerles; nos, que estamos ligados con ellos, os mandamos que os presentéis en nuestra ciudad de Paris, lo mas pronto que podais, para responder á las acusaciones que se han presentado contra vos en la cámara de los pares (1). » El príncipe respondió: « Iremos muy gustosos á vuestro emplazamiento á Paris, pero será con la armadura y 60,000 hombres en nuestra compañía (2). » Carlos entretuvo al anciano rey de Inglaterra con negociaciones al ver que no queria la paz, y cuando los duques de Berri y de Anjou hubieron reunido á la nobleza de Auvernia y del Languedoc, cuando estuvieron convocadas las compañías de aventura y comprometidos los vecinos de las ciudades, y en fin cuando supo que su aliado Enrique estaba muy cercano del trono de Castilla, declaró la guerra (9 de mayo). Sometióse el Ponthieu en una semana: el Quercy se levantó en masa y arrojó á los ingleses: los prelados de Aquitania y de Picardí hicieron sublevar á sus diócesis en favor de los franceses; y el rey, queriendo dar á la guerra un carácter nacional, hizo que los esta-

(1) Froissard, t. V, p. 48.—(2) Id. p. 49.

dos generales aprobasen su conducta, y pidió al clero que se hiciesen rogativas para la salvacion del reino y que se predicase la justicia de su derecho en todas las iglesias.

Debilitado el príncipe Negro por su enfermedad, apenas tuvo tiempo para guarnecer sus ciudades y castillos, volviendo Eduardo III á tomar el título de rey de Francia al mismo tiempo que supo la declaracion de guerra y la pérdida de Ponthieu y de Quercy. Entonces Carlos V mandó pronunciar á su parlamento el fallo de confiscacion de la Guiena y de todas las tierras que poseian en su reino los príncipes ingleses.

Enrique de Trastamara habia vuelto á entrar en España al mismo tiempo que salia el príncipe Negro, y vuelto á comenzar la guerra contra su hermano. Duguesclin le proporcionó sus compañías: los nobles y las ciudades de Castilla se sublevaron en su favor, y don Pedro, abandonado de sus súbditos, hizo alianza con los moros. Tratóse por fin entre los dos hermanos una batalla decisiva cerca del castillo de Montiel. Don Pedro salió vencido (14 de mayo) y se rindió á Duguesclin. Encontráronse los dos hermanos en la tienda del condestable: arrojáronse el uno sobre el otro y rodaron por el suelo: Enrique cayó debajo de su hermano que le iba á clavar un puñal, cuando un caballero, y algunos dicen que Duguesclin, cogió á don Pedro por una pierna y le puso debajo de Enrique que le clavó la daga en el cuello.

La batalla de Montiel fué una victoria para la Francia. Eduardo III perdió un aliado, y Carlos V adquirió otro enteramente adicto el cual puso á su disposicion la armada de Castilla. Los dos reyes buscaron aliados en todas partes: Eduardo se atrajo á los duques de Güeldre y Juliers; Carlos al duque de Brabante y al conde de Hainaut; pero lo que mas se disputaban ambos era la alianza de Flandes. Hacia cinco años que intentaba el rey de Inglaterra casar uno de sus hijos con la heredera de Luis conde de Flandes, pero el papa se opuso á esta union bajo pretexto de parentesco, y de tal modo favoreció al rey de Francia que llegó á casar con la heredera á Felipe duque de Borgoña (1369). Rescataba aquel casamiento á la causa francesa la provincia que con mas constancia se habia mostrado aliada de Inglaterra; mas los flamencos quedaron muy descontentos de este enlace á pesar de

dejarles las ciudades de Lila, Donai y Orchies : siempre fueron enemigos de la Francia, siendo fieles á su amistad con la Inglaterra y negándose á tomar parte en la guerra; y su futuro señor se vió obligado para hacerse obedecer á participar, á pesar de su origen, de su odio natural contra los franceses.

§. IV.—*Pierden los ingleses sus conquistas de Francia.*—Hacía-se la guerra á un mismo tiempo en todos los puntos del reino: era una guerra oscura de sorpresas y de castillos durante la cual Carlos V desde el fondo de su palacio y rodeado de sus ministros «daba sus mandatos aplicando su mano en el corazón de la Francia, y sintiendo reanimar su vida (1).» «Ninguna batalla,» repetía á sus capitanes. La guerra que se proponía, reducíase á pequeños combates, sitios, emboscadas y sorpresas, y en la que los ingleses se cansaban sin provecho, y los franceses adelantaban de un modo notable. Era muy extraña la tarea que imponía á sus valerosos y férvidos caballeros; pero dos grandes desastres habian demostrado que no es el valor sino la disciplina lo que gana las batallas; que la caballería estaba en decadencia desde que habia empezado con la pólvora un nuevo sistema de guerra; y que la cabeza en fin era ya superior al corazón. El mismo Carlos V lo atestiguaba siendo tan tímido y tan feliz, y venciendo siempre sin empuñar jamás las armas.

Confió á sus tres hermanos los principales ejércitos. El duque de Borgoña se preparó á hacer un desembarco en Inglaterra; pero no entraba en los planes del rey tan atrevida empresa, y además Eduardo la hizo abortar enviando á Calais un pequeño ejército al mando del duque de Lancastre. El ejército del duque de Borgoña, siete veces mas numeroso, podia haberlo aniquilado, pero el rey le mandó que retrocediese, y solo tuvieron lugar en Picardía hechos de armas de poca importancia.

Los duques de Anjou y de Berri marcharon hácia Angulema donde se hallaba enfermo el príncipe Negro, dirigiéndose el uno por el Languedoc, y el otro por el Limousin. En efecto, el duque de Anjou, acompañado de Duguesclin y de los barones de Gascuña sometió todo el Agenois, y amenazó á Burdeos mientras el duque de Berri sitiaba y tomaba á Limoges. Salíó á campaña el

(1) Chateaubriand, estudios históricos, t. IV, p. 190.

príncipe de Gales obligando al duque de Anjou á dispersar su ejército en las plazas, volvió hácia el Limousin adonde hizo retroceder al duque de Berri, y puso sitio á Limoges. Estaba vivamente enojado de la rendicion de esta ciudad que siempre habia mirado con predileccion, y juró vengarse. Despues de una vigorosa resistencia Eduardo tomó á Limoges por asalto, y por mandato suyo fué saqueada, incendiada y pasada á cuchillo, y tanta era su cólera, que apesar de hallarse estenuado por la enfermedad se hizo conducir en una litera por medio de los cadáveres y las ruinas. Fué una torpe mancha para la gloria del vencedor de Poitiers, pues sombrío y pesaroso se volvió á Burdeos, y desde allí á Inglaterra de donde no salió jamás.

Mientras los duques de Anjou y de Berri eran vencidos en la guerra de Aquitania, bandas inglesas mandadas por Roberto Knolles desembarcaban en Calais, y devastaban la Picardía, la Champaña y el Orleanés sin encontrar con quien combatir. Llegaron hasta amenazar á Paris (1370). Carlos, «que podia ver muy bien desde su palacio de San Pablo el fuego y las humaredas que levantaban (1),» sin compadecerse de los sufrimientos particulares, que eran sacrificios en favor de Francia, contenia con su impasible mano el ardor de sus caballeros que le acusaban de cobardía «Dejadles ir y atropellar, decia; no me quitarán mi herencia sus humaredas (2).» «Y cuando vió despues á los ingleses debilitados, cansados y dispersos, dió la espada de condestable, nó á un gran señor, sino á Bertran Duguesclin, como al mas virtuoso y afortunado en sus empresas que empuñara las armas en pro de la corona de Francia (3).» En vano la recibió el valiente breton diciéndole «que era un pobre hombre y de baja esfera, y que no se atreveria á mandar á sus hermanos, sobrinos y primos (4);» fué preciso obedecer á un rey tan inteligente y absoluto en sus antojos; y yendo al encuentro de las bandas de Roberto Knolles que se dirigian al Maine, las alcanzó en Pont-Villain, las derrotó completamente, y rechazó sus restos hasta la Bretaña.

Mientras peleaban sus buenos capitanes continuaba el rey Carlos su tarea de negociaciones: «sabia todos los secretos de los

(1) Froissard, t. V, p. 214.—(2) Id, ibid.—(3) Id. ibid.—(4) Id. p. 223.

ingleses, el estado en que se hallaban, y lo que se proponían hacer (1):» tenía relaciones con Carlos de Navarra (1371), á quien dió la ciudad libre de Montpellier, que era un señorío apartado, en cambio de sus condados de Mantes y de Meulan que amenazaban á Paris; y hacia con el rey de Escocia Roberto Estuardo una alianza ofensiva y defensiva que dió á la Francia durante un siglo guerreros enteramente adictos á los Valois. Estrechó además su amistad con Enrique de Trastámara en el momento en que el duque de Lancaster, casado con una hija de don Pedro tomaba el título de rey de Castilla; tenía asalariados á la mayor parte de los señores bretones, y conservaba así neutral al duque Juan su mayor enemigo, el cual hubiera desenvainado abiertamente su espada en pro de Eduardo III á no recelar la cólera de sus súbditos.

§. V.—*Siguen los contratiempos de los ingleses.*—La Aquitania se quedó sin gobernador desde la partida del príncipe de Gales, y Eduardo III envió al conde de Pembroke con cuarenta naves cargadas de dinero y de soldados; pero sabiendo el rey de Castilla que el inglés preparaba esta armada, hizo partir sus galeras que alcanzaron á Pembroke cuando iba á desembarcar en la Rochela. Tratóse la batalla delante de esta ciudad y duró dos días. Los rocheleses que tenían en el puerto numerosos bajeles se negaron á prestar el menor auxilio á Pembroke á pesar de las amenazas y ruegos de su gobernador; siendo los ingleses completamente derrotados, pasada á cuchillo toda su tripulación, y tomadas y echadas á pique todas sus naves (1372).

Carlos V seguía con sus miradas á sus fieles aliados, y apenas supo su victoria, mandó entrar en el Poitou á Duguesclin con los duques de Berri y de Borbon: la mayor parte de las ciudades se sublevaron contra las guarniciones inglesas: abrieron sus puertas Poitiers, Angulema, Saintes y la Rochela: solo la nobleza guardó fidelidad á la Inglaterra, á la que en vano pidió socorro y un general; y bien pronto no le quedó á Eduardo mas que Thouars, Niort y algunos castillos.

A la nueva de estos desastres el anciano rey se embarcó con el príncipe Negro y veinte mil hombres. Las tempestades vol-

(1) Froissard, t. V, p. 370.

vieron á arrojar su armada á las costas de Inglaterra. Rindióse Thouars, y Duguesclin derrotó los restos de las guarniciones inglesas en Chizey: capituló Niort, donde se habia albergado toda la nobleza del Poitou; y no le quedó á Eduardo nada á la otra parte de la Gironda (1373).

«El duque de Bretaña estaba muy enojado por los desastres de los ingleses, y hubiera querido que su país fuera partidario de Eduardo III, pero todos los barones y caballeros bretones eran buenos franceses, y le dijeron: «Antes de veros formar alianza con el rey de Inglaterra contra la Francia, os abandonaremos y saldremos de Bretaña (1). No por eso dejó el duque de hacer una alianza ofensiva y defensiva con Eduardo que le envió tropas; pero cuando los caballeros de Bretaña y el país vieron á los ingleses, miraron con indignacion al duque y cerraron sus fortalezas (1372) (2).» Carlos V que se habia atraído el amor y la lealtad de todos los caballeros de Bretaña (3), les envió á Duguesclin con un ejército. Rindiéronse todas las ciudades: fueron degolladas sus guarniciones: no le quedó al inglés mas que Brest; y el duque se vió obligado á huir á Inglaterra.

Eduardo estaba desesperado al ver que un rey tan cobarde y pacífico como Carlos le quitaba sus mas hermosas conquistas. «No ha existido ningun rey de Francia, decia él, que menos tomase las armas, y que tanto trabajo me diera.» Veia descontenta á la nacion inglesa y á su parlamento que le daban brutales quejas sobre sus gastos, sus queridas y sus guerras. No obstante hizo el último esfuerzo de dinero y de soldados; pero su hijo, vencedor en tantas batallas, estaba casi agonizando, y no podia ponerse al frente del numeroso ejército que enviaba á Calais compuesto de toda la nobleza inglesa, de tres mil caballos y diez mil arqueros. Como él mismo estaba ya agobiado por la vejez y los pesares, dió el mando á los duques de Lancastre y de Bretaña. Consistia su plan de guerra en obligar á los franceses á trabar una batalla atacando las provincias del centro, y marchar despues de la victoria contra las provincias del mediodía que se rendirian sin pelear. Inflexible Carlos el Sábido en sus planes y sin compasion para los sufrimientos del pueblo, no quiso dete-

(1) Froissard, t. IV, p. 28.—(2) Id. ibid.—(3) Id. ibid.

ner á los ingleses; mandó que quedasen desiertas todas las aldeas y ciudades que no pudieran defenderse, aglomeró en las ciudades fortificadas todo lo que pudieran llevarse de las campiñas, y solo dejó á los ingleses devastados campos ó murallas bien defendidas. «El ejército inglés, decia, es una tempestad que por sí misma desaparecerá (1).» Efectivamente los duques de Lancastre y de Bretaña no hallaron ninguna resistencia: pasaron bajo los muros de Arras, Ham y San Quintín acosados por partidas sueltas, las cuales saliendo de todas las fortalezas les arrebatában los víveres y mataban los rezagados; atravesaron el Oise, el Marne y el Sena, y recorrieron la Borgoña, la Auvernia y el Limousin. Ya no tenían caballos, armas, víveres ni vestidos y no habían tomado aun ninguna ciudad importante, siendo así que habían perdido las dos terceras partes de su ejército. En fin despues de una expedicion desastrosa de doscientas cincuenta leguas de marcha, llegaron á Burdeos enteramente arruinados y derrotados sin haber dado una batalla, y se apresuraron á regresar á Inglaterra. Era el último ejército de Eduardo. El duque de Anjou entró en Guiena, se apoderó de todas las ciudades, recibió la sumision de los señores de Gascuña, y no les quedó á los ingleses en Francia mas plazas importantes que Bayona, Burdeos y Calais (1374).

De modo que Carlos V, tan disfamado en su juventud, que á su advenimiento solo hallara un reino devorado por las turbulencias interiores, la peste y los bandidos, inclinada la cerviz bajo la deshonra de un tratado deplorable, sin hacienda, sin soldados, con una poblacion medio destruida; habia devuelto veinte años despues del desastre de Poitiers, el órden y la seguridad á su estado, restablecido el ejército y el tesoro, libertado del poder inglés al Ponthieu, al Limousin, al Quercy, á la Rouergue á la Saintonge, al Angoumois y al Poitou; tenia bajo su dependencia á la Bretaña, ligaba la Flandes á la familia real, obligaba á la neutralidad al rey de Navarra, y ponía un rey en Castilla haciendo de él el amigo mas adicto. Maravilloso era este resultado, y merecia el reconocimiento de la Francia. Probaba además en Carlos V un talento superior, un plan de conducta se-

(1) Froissard, t. VI, p. 66.

guido con tanta firmeza, que era mas digno de alabanza por no ser comprendido y excitar las quejas de sus súbditos. «De modo que desde el recinto de su palacio reconquistaba lo que sus padres habian perdido con la espada en la mano;» y parecia á sus contemporáneos un personaje tan extraño, que les inspiraba admiracion mezclada con respeto, y muchas personas creian que una suerte adquirida por vias tan oscuras procedia de algun poder oculto y misterioso.

§. VI.—*Tregua.—Muerte de Eduardo III.—Renovacion de la guerra.*—La Inglaterra estaba agotada, pero no lo estaba menos la Francia, porque el sistema de Carlos V era ruinoso y cruel para los habitantes de las campiñas. El papa interpuso su mediacion entre los dos estados, y fué causa de celebrarse una tregua de dos años (1376). Carlos se aprovechó de esta paz para restablecer el orden en su reino. Creó una compañía de soldados y prebostes para perseguir á los bandidos y dar seguridad á los viajeros: construyó en Paris el palacio de San Pablo y la bastilla de San Antonio: dió principio á una biblioteca y alentó á todos los sábios. Protegió á los judíos, y les dió excesivos privilegios, pero á precio de oro, porque le atormentaba sin cesar la necesidad de dinero. Aplicóse para alcanzar el derecho de percibir las rentas de los beneficios vacantes, derecho que se llamó patronato, el cual empezaron á establecer sus antecesores, y llegaron á conservar sus descendientes á pesar de la oposicion de los papas (1). No se atrevió á alterar las monedas acordándose de las tribulaciones de su juventud, pero estableció enormes impuestos sin consentimiento de los estados. Esta usurpacion le causó algunos remordimientos; pero su postrer pensamiento en su lecho de muerte fué abolir todos estos impuestos sin que pudieran restablecerse sin consentimiento de los estados.

El príncipe de Gales murió durante la tregua, y le siguió su padre un año despues (1377). Sucedió á Eduardo III su nieto Ricardo II que fué puesto bajo la tutela de los duques de Yorck, de Lancastre y de Glocester sus tres tios (2).

(1) Hállanse vestigios de estos derechos en los reinados francos. Parece que los disfrutaban Felipe Augusto y San Luis. En 127 Gregorio X los autorizó en las iglesias don le estaban establecidos, y los prohibió en las demás.—2) El duque de Lancastre es el tronco de los reyes ingleses de la *Rosa roja*, Enrique IV, Enrique V

Espiró la tregua tres días después de la muerte de Eduardo. Los tres regentes de Inglaterra propusieron renovarla, pero Carlos V volvió á comenzar la guerra. Saqueó las costas inglesas una armada castellana tripulada con tropas francesas: el duque de Anjou entró en Picardía y se apoderó de Ardres; y el duque de Anjou atacó la Guiena, venció á los señores gascones del partido inglés, y les tomó muchos castillos.

Los regentes de Inglaterra buscaron aliados para oponerse á un enemigo tan activo: se relacionaron con Carlos de Navarra prometiéndole Bayona y el gobierno de Aquitania si hacia la guerra á la Francia (1376); y habiendo sabido Carlos V estos manejos vió llegada la ocasion favorable que hacia tanto tiempo esperaba para vengarse de su enemigo y arrojarlo de Normandía. Mandó prender á uno de sus ministros llamado Durue que intrigaba en la corte de Francia, y le hizo confesar por medio de los tormentos un proyecto de envenenamiento de la familia real: hizo lo mismo con el hijo del rey de Navarra, y le obligó á firmar una orden para que los capitanes de las fortalezas navarras las entregasen á los franceses. El duque de Anjou conquistó el señorío de Anjou, el rey de Castilla á Navarra, y Duguesclin el condado de Evreux. Cayó prisionero Dutertre en Bernay, principal ministro del navarro, y fué puesto en el tormento. Negó el proyecto de envenenamiento, y declaró que su rey habia trabajado contra los intereses de la Francia por el derecho que tenia como soberano. Durue y Dutertre fueron decapitados. Retirado el rey de Navarra en San Juan de Pié de Puerto protestó contra estas iniquidades, é hizo alianza con el inglés á quien entregó á Cherburgo.

Humillada la nacion inglesa con tantos desastres hizo nuevos esfuerzos. Desembarcaron dos ejércitos, uno en Guiena y otro en Bretaña. El primero se juntó con el navarro y ambos obligaron á firmar la paz á los castellanos, que sitiaban á Bayona, y el segundo que mandaba el duque de Bretaña puso sitio á San Malo. Fué á socorrer á esta ciudad Duguesclin con toda la nobleza de Francia y un numeroso ejército; y parecia

y Enrique VI, y el duque de York de los de la *Rosa blanca* Eduardo IV, Eduardo V y Ricardo III.

inevitable una batalla cuando Carlos V mandó que no se diera y los ingleses se vieron obligados á-reembarcarse.

No era mas feliz para la Inglaterra la guerra marítima que se hacia con una ferocidad sin igual, sin dar cuartel á los vencidos que se ahorcaban en las entenas (1), ó eran arrojados al mar. Las armadas inglesas fueron casi siempre vencidas por la castellana y bretona: la que iba á tomar posesion de Cherburgo fué destruida por los castellanos, y una tempestad se tragó la que conducia contra sus súbditos el duque de Bretaña. Las costas de Inglaterra fueron asoladas continuamente: Winchelsea, Rye y Haxtina sufrieron tres incendios; y las naves francesas subieron por el Támesis, incendiaron á Gravesend y llenaron de terror á Londres.

§. VII.—*Rebelion del Languedoc.—Turbulencias de Flandes.—Guerra en Bretaña.*—Carlos V afirmaba las victorias de sus capitanes con ordenanzas sábias y prudentes que conservaban y aumentaban los privilegios de las ciudades conquistadas, y arreglaban la administracion de hacienda y de justicia. El éxito que alcanzaban sus empresas hacian en todas partes mas absoluta y fácil su autoridad, y parecian completamente olvidadas las tentativas hechas veinte años antes en pro de las libertades públicas. Rebeláronse no obstante las tres provincias mas extranjas á la Francia, como el Languedoc, Flandes y Bretaña que al mismo tiempo que turbaban la buena suerte de Carlos, atestiguaban que era imposible aun la unidad de nacion, y que si algunos paises consentian en formar parte del reino, era con la condicion de conservar sus libertades, sus leyes y hasta sus recuerdos particulares.

«Encargado el duque de Anjou de algunos proyectos secretos tocantes al estado y mejoramiento del Languedoc (2),» quedó en realidad soberano absoluto de la provincia, levantando tropas, imponiendo subsidios y tendiendo en fin á formar de su gobierno un estado tan independiente como el de su hermano el duque de Borgoña. Carlos V cerraba los ojos ante la conducta de su hermano porque la grandeza de sus miras le hacia insensible á

(1) Despues de la batalla de la Esclusa Eduardo hizo ahorcar de una entena de su nave al almirante francés. Bahuchet, que habia aprisionado.—(2) Historia del Languedoc, t. IV. p. 327.

los sufrimientos particulares, y porque veía en él un representante suyo muy activo en la guerra contra los ingleses. Mas el duque de Anjou no solo trabajaba en beneficio de la Francia sino que abrigaba la ambicion de recoger la herencia de Juana primera reina de Nápoles; y como esta empresa exigia grandes tesoros apuró de tal modo el Languedoc que despobló la provincia. El número de hogares bajó en treinta años de cien mil á treinta mil; es decir, que la poblacion se habia disminuido desde seiscientos mil habitantes á doscientos mil, cálculo que nos parece exagerado. Rebeláronse aisladamente algunas ciudades, unas despues de otras, sin plan combinado, y que volvieron fácilmente á someterse; pero el pueblo pasó á cuchillo á los empleados del duque en Montpellier, con ochenta personas de su dependencia, y este juró destruir la ciudad y exterminar á sus habitantes (1379).

Un legado interpuso su mediacion, y el duque se contentó con la muerte de seiscientos vecinos y el destierro de mil ochocientos. La rebelion del Languedoc abrió los ojos á Carlos V que quitó el gobierno á su hermano; y á pesar de la oposicion de los príncipes de sangre real, se lo dió á Gastón III, llamado por sobrenombre Febo, conde de Foix y del Bearn. Este príncipe independiente, rico é ilustrado tenia en Orthez una corte á donde acudian todos los caballeros de Europa. Era amado de sus súbditos, propicio y buen vecino para los pueblos del Languedoc, y temido de los reyes de Aragon y de Navarra, manteniéndose siempre neutral con los reyes de Francia é Inglaterra. Carlos hizo de él un aliado, y apaciguó al mismo tiempo las turbulencias de una provincia tan importante por su vecindad con los ingleses, «en lo que hizo una eleccion digna del nombre de Sábio que habia adquirido con justicia (1).»

Los flamencos eran reputados como los mas adelantados y felices de Europa por sus riquezas y privilegios. Las grandes municipalidades de Gante, Ipres, Brujas y su campiña que llamaban el *Franco*, estaban divididas en corporaciones de oficios, cada una de las cuales tenia sus magistrados, su justicia y su bandera. Ningun vecino podia ser juzgado, obligado á pagar

(1) El Monje de San Dionisio, Historia de Carlos VI. lib. I. cap. 12.

impuestos ni conducido á la guerra sino por el conde ó sus magistrados. Nada demuestra mejor la vida anárquica de las municipalidades como la existencia continuamente tumultuosa de las ciudades de Flandes. Como el comercio era tan rico y próspero, y los obreros en especial los tejedores y bataneros, ganaban elevados jornales, y se les veía casi siempre en las tabernas y plazas públicas en perpetuas contiendas. Solo en un año hubo en Gante mil cuatrocientos asesinatos. Los flamencos como enemigos constantes de los reyes de Francia aborrecían á su conde por su alianza con Carlos V: Luis de Male, que adolecía de un orgullo y prodigalidad extremos, aumentaba su descontento desatendiendo sus privilegios é imponiéndoles contribuciones ilegales; y para debilitar á un pueblo tan temible alimentaba la rivalidad entre las ciudades de Gante y Brujas. Irritados por fin los ganteses de los entorpecimientos con que se agravaba la navegación de sus rios en provecho de los de Brujas, formaron una confederacion llamada de las *caperuzas blancas*, mataron al juez del conde y saquearon sus castillos (1379). Pusieron en pié de guerra un ejército con el que obligaron á revolucionarse á Brujas y á las demás ciudades, y fueron á sitiar con sesenta mil hombres á Oudenarde, donde se habia refugiado toda la nobleza. El duque de Borgoña se interpuso entre el conde y sus súbditos, y se firmó una paz «de dos caras,» que rompieron bien pronto ambos partidos. El conde fué á Gante, y pidió la disolucion de las *caperuzas blancas*; pero fué arrojado de la ciudad, y perseguido por la mofa y alaridos del pueblo (1380). Entonces se fué á Paris y pidió su auxilio á Carlos V; pero el rey no amaba á Luis de Male, «porque, segun decia, era el príncipe mas orgulloso que hubiera existido y el más fácil de convencer;» y le negó el auxilio que le pedia. El conde intentó entonces sujetar á los flamencos con el terror y los suplicios. Vengáronse estos de sus crueldades incendiando sus castillos y degollando á sus caballeros, y durante muchos años Flandes dió á la Francia el ejemplo contagioso de una lucha la mas violenta entre el pueblo y la nobleza.

Hallábase la Bretaña bajo la entera dependencia de Carlos V. Arrojado el duque por sus súbditos al ver su adhesion hácia la Inglaterra, cuyo auxilio en vano suplicaba, y siendo bretones Duguesclin, Clisson, Rohan, Laval y los demás soldados, y me-

jores soldados del rey, eran estos los que dominaban el país en favor de Francia, y en especial Duguesclin que habia restablecido la servidumbre y recaudado enormes impuestos. Carlos creyó que nada faltaba casi para hacer constar como derecho lo que se habia efectuado de hecho. En su consecuencia hizo decretar por su parlamento, en el que introdujo á los barones y clérigos mas adictos, la condenacion del duque Juan como criminal de lesa majestad, y la confiscacion de su ducado (1378). Pero la Bretaña era la provincia de Francia mas amante de su independencia: queria ser aliada y súbdita del rey y conservar sus leyes y sus príncipes; y los nobles y las ciudades se confederaron para resistir á la sentencia del tribunal de los pares (1379). Carlos llamó á Paris á Duguesclin y demás señores que hacian por él la guerra, y obtuvo de ellos antes de la sentencia la promesa de que se opondrian á la reunion. Mandó que el duque de Borbon entrara en Bretaña con un ejército que no alcanzó ningun resultado, porque los jefes estaban en connivencia con los habitantes. Irritados entonces los bretones de la ingratitud del rey de Francia llamaron de Inglaterra al duque Juan. Desembarcó este en San Malo y fué recibido con entusiasmo. Se formó rápidamente un ejército en el que entraron Laval, Rohan y hasta la condesa de Blois; todos los bretones abandonaron los pendones franceses, y el duque entró en Rennes.

Solo Duguesclin y Clisson permanecieron fieles á Carlos V. Acusaron al primero de tener secretas inteligencias con sus compatriotas porque manifestaba repugnancia á hacerles la guerra. Envió al rey su espada de condestable y resolvió retirarse á Castilla, pero recibió el encargo de arrojar á los ingleses de algunas pequeñas plazas del mediodía, y murió en el sitio del castillo de Randon.

Los estados de Bretaña pidieron al rey que perdonara á su duque prometiéndole servir en todo lo que les ordenase (1380): Carlos insistió en su proyecto de reunion; y no quiso conocer que habia perdido sus mejores soldados, y que iba á obligar á la Bretaña á arrojarse en brazos del partido inglés. Así sucedió. El duque Juan firmó un tratado de alianza con los regentes de Inglaterra despues de obtener el consentimiento de los estados, al mismo tiempo que aquellos príncipes armaban un nuevo ejército contra la Francia.

El duque de Gloucester desembarcó en Calais con cuatro mil hombres de armas y tres mil arqueros con intencion de asolar las provincias septentrionales y retirarse en seguida á Bretaña. Carlos V mandó á sus tropas que se encerrasen en las plazas y no diesen ninguna batalla. Los ingleses atravesaron la Picardía y la Champaña, mientras marchaba por sus flancos un ejército francés que les seguia y buscaba la ocasion de cerrarles el camino, y pasando por el Gatinais, la Bouce y el Maine, llegaron al Sarthe. Allí es donde habia resuelto detenerles el duque de Borgoña; mas al tiempo de comenzar la batalla, llegó al campamento la noticia de que acababa de morir Carlos V (16 de setiembre de 1380).

El ejército francés se dispersó entonces, y los ingleses llegaron sin obstáculo á Bretaña. Allí permanecieron un año apenas, y volvieron á embarcarse despues de haber obligado los señores bretones al duque Juan á que hiciese la paz con Francia. Firmóse una tregua entre Francia é Inglaterra.

De este modo se terminó la primera guerra de los ingleses en Francia; pero la cuestion no habia adelantado un paso. El gran cisma agitó despues á los dos países rivales. En adelante no hubo ya guerras feudales, sino que se agitó la cuestion de la existencia de la sociedad.

SECCION II.

Segundas guerras de los ingleses en Francia. (1380—1453.)

CAPÍTULO I.

Gran cisma de Occidente.—Batalla de Rosebecg.—Locura de Carlos VI. (1378—1404.)

§. I.—*Doble eleccion de Urbano VI y de Clemente VII.*—Siete papas franceses, nacidos en el mediodía y hechuras ó instrumentos de los Valois, se habian sucedido en Aviñon: el colegio de cardenales solo estaba compuesto de franceses; la Santa Sede pare-

cia para siempre desterrada en Francia, y el pontificado parecia complacerse en su servidumbre, siendo así que le habia quedado despues de la ruina de la monarquía teocrática un poder tan inmenso en su supremacía espiritual, en la sumision del clero, en la adoracion de los pueblos y en la unidad de fe, que continuaba teniendo enlazadas al rededor de su trono á todas las naciones cristianas. Su degradada ambicion se limitaba á crearse un dominio temporal en Italia. Ya con este objeto habia tenido interminables guerras con los Visconti, señores de Milan, y habia conseguido con el belicoso genio del cardenal Albornoz someter la Romanía, la Umbría y la Marca de Ancona. Apoyado en Nápoles y en Francia pronosticaba la pérdida de la libertad italiana, para cuyo objeto, mientras yacia tranquilo en Aviñon, habia enviado á la península compañías de feroces extranjeros que la devastaron.

El pueblo se atrevió á levantar la cabeza contra este triunvirato de tiranos, y su primer grito de indignacion y de revolucion fué lanzado contra el poder sagrado que habia engañado su fe y su amor, y al que llamó la *prostituta de Babilonia*. «La Iglesia romana, decian, ha perdido por su lujo, su orgullo y su servidumbre todo el poder que ha recibido de Jesucristo, y no podrá recobrarlo si no vuelve á su estado de pobreza, de humildad y de libertad.» De esto se originó el arrojar miradas de curiosidad, de exámen y de investigacion sobre todas las autoridades; y surgieron de esta fermentacion universal de entendimientos irritados é ignorantes, extrañas doctrinas que llevaban el doble carácter de herejías religiosas y políticas, que conmovian á la sociedad desde sus cimientos y tendian á volver al hombre al estado salvaje. Todas tenian una misma base; el odio de los pobres, de los oprimidos y del pueblo contra los ricos, los grandes y el poder. «Decian unos que los pobres están libres de todos los poderes terrestres: solo los pobres deben gozar la libertad: entre ellos todo es comun, mujeres, dinero y todos los males y bienes de la tierra.» Otros afirmaban que todo lo que es natural es agradable á Dios; que toda especie de libertad es santa; que la materia es impecable etc. Los franciscanos dieron principio á esta revolucion contra la riqueza, continuáronla los *fratricelli* salidos de la misma órden: los *begardos* fueron aun más léjos, lle-

vando hasta el extremo los principios de igualdad y comunidad entre todos los hombres, y otro tanto hicieron los que formaban la *sociedad de los pobres*. Apareció por fin el doctor de esta reforma precoz y exagerada, Juan Wicleff ó Wicliffe, miembro de la universidad de Oxford, que negó la Eucaristía, la excomunión, el purgatorio, la gerarquía eclesiástica, el culto de los santos, los votos monásticos, la supremacía del papa y el derecho de los reyes. «Nadie puede ser dueño de los demás, decía, si no es mas virtuoso que ellos, y el que es vicioso no es soberano de nada y debe ser despojado... El derecho de propiedad está fundado en la gracia, y los pecadores no pueden reclamar ningún servicio de los demás... El pueblo puede corregir como quiera al soberano que peca... La Iglesia no debe poseer nada... Todos los sacerdotes son iguales...» En fin, llegó á predicar la excelencia de la pobreza absoluta, la igualdad natural del género humano y la tiranía de todas las distinciones humanas (1).

Era uno de estos hombres de ciencia y de corazón que no se intimidan por la fermentación de los pueblos, sino que se indignaba de la servidumbre y corrupción de los guías de la fe, y buscaba un remedio á las calamidades que prevenía. Elevábase sobre estas voces inteligentes la de un poeta que debía ser tan célebre en nuestro siglo como lo fué ya en el suyo, no por sus sonetos y sus amores, sino por sus escritos filosóficos, sus trabajos sobre la antigüedad, y sobre todo por su inmenso ascendiente político. Era el Petrarca. Él solo se oponía en sus cartas ardorosas, las cuales eran leídas con avidez por toda Europa, al torrente de herejía y de incredulidad; criticaba amargamente las opiniones y las costumbres de la corte pontificia, á la que llamaba «sentina de todas las abominaciones;» y hacia oír el grito de alarma á los prelados y á los príncipes pidiéndoles que previnieran la reforma que quería hacer el pueblo. El primer obstáculo que era forzoso oponer á aquella revolución amenazadora era el regreso de los papas á Roma. De este modo se salvaba la unidad cristiana y recobraba la Europa su centro espiritual; y solamente desde allí podía hacerse escuchar una voz libre y reformadora que se-

(1) Villani, lib. VIII. cap. 88.—Balucio, vidas de los papas de Aviñon, t. L.—Raynaldi Annales.—Petrarca, Opera, t. II.—John Lingard, Historia de Inglaterra, t. IV p. 277.

ria obedecida del pueblo, de los clérigos y de los señores. La Sede apostólica se conmovió con las elocuentes exhortaciones del sábio, cuya voz era el eco de la opinion pública; y Urbano V, á pesar de las instancias de sus cardenales, partió para Italia y entró en Roma en medio de las aclamaciones del pueblo y llevando á su lado al emperador Carlos IV que tenia las bridas de su caballo (1560). Pero la Italia en medio de sus turbulencias miraba con enojo á un papa tan extraño á sus costumbres y á su lengua. Urbano echó bien pronto de menos el reposo y las delicias de Aviñon y volvió á Francia donde murió (1370). El dominio temporal de la Iglesia se hallaba devorado por terribles turbulencias. Gregorio XI, sucesor de Urbano V y séptimo papa de Aviñon, envió á Italia compañías de aventura mandadas por el cardenal Roberto de Génova; pero á pesar de las atrocidades con que se deshonraron, no pudieron vencer la resistencia de la liga formada por los florentinos en pro de la libertad italiana y para expulsar á los franceses. Viéndose entonces el papa amenazado de perder el patrimonio de san Pedro, y compelido más que nunca por la opinion pública, resolvió trasladar definitivamente á Roma la Santa Sede. Opusieronse á esta idea con todo su poder los cardenales y Carlos V. Publicáronse una multitud de escritos lejitimando la permanencia de los papas en Francia, el país que es «la fuente de la fe, el reino donde la Iglesia ha tenido mas eco y excelencia:» advirtieron al papa las grandes tribulaciones que podian sobrevenir á aquel cambio, y que la permanencia en Roma era tan inquieta y tempestuosa como pacífica y suave habia sido siempre en Aviñon. Pero Gregorio persistió en su opinion sostenido por las exhortaciones de santa Catalina de Sena y santa Brígida, que eran dos mujeres de gran nombradía popular y que no habian cesado de alzarse contra los «asesinos de las almas que tenian su silla en Aviñon,» y llegó á Roma (1376) donde murió (1378).

La Italia estaba decidida á sacudir el yugo de los franceses. La eleccion del papa era pues una cuestion enteramente nacional, y se sabia que los cardenales estaban dispuestos á escojer uno que volviera á Aviñon. El pueblo de Roma tomó las armas y rodeó el cónclave gritando: «Lo queremos romano! un papa romano!» Los diez y seis cardenales que componian el cónclave, de

los cuales doce eran franceses, quisieron retardar la eleccion; pero la muchedumbre invadió su palacio y les amenazó «de poner sus cabezas mas rojas que sus sombreros» si no elejían un papa italiano. Entonces despues de haber protestado de que no eran libres, dieron su voto al obispo de Bari, súbdito de los reyes de Nápoles, pero que habia pasado casi toda su vida en Francia (9 de abril de 1378). Tomó el nombre de Urbano VI, y fué reconocido sin oposicion por toda la cristiandad á pesar del tumulto y la violencia que habian decidido su eleccion.

El espíritu de oposición á los papas franceses que habia elevado á este hombre al trono pontificio, le hizo creer que estaba llamado á reformar la Iglesia; pero aunque sus intenciones eran rectas, tenia un carácter altanero, imprudente y aborrecible, y sobre todo un espíritu de violencia que llegaba hasta la locura. Dióse prisa en anunciar á los cardenales que jamás abandonaria á Roma, les reprendió su lujo, sus excesos y su simonía; y les dió el ejemplo de la reforma desechando con indignacion los tributos que la cámara apostólica imponía á los cristianos. Despues á imitacion de los papas de la edad heróica, declaró que sabria dar la paz á la Europa y sentenciar la causa de los reyes de Francia y de Inglaterra. Un lenguaje tan poco meditado no podia como en otro tiempo inspirar la obediencia y el terror sino el odio y las turbulencias; y las tentativas de Urbano para devolver á la Iglesia sus virtudes y su independencía á la Santa Sede, solo debían servir para la ruina de la unidad cristiana.

Los cardenales se conjuraron para arrojar del trono pontificio al tirano que se habian dado ellos mismos, y con quien tenían todos los dias furiosas contiendas. Cinco meses despues de la eleccion de Urbano VI se retiraron á Angri, atrajeron á su partido al prefecto de Roma y al comandante del castillo de San Angelo, hicieron venir compañías de aventureros franceses, y despues de estar seguros del apoyo de Francia y de la reina de Nápoles, declararon al mundo cristiano que estaba vacante la silla apostólica, que el nombramiento del obispo de Bari habia sido forzado y por consiguiente nulo é ilegal y que se hallaban reunidos en cónclave para proceder libremente á una nueva eleccion. Seis semanas despues eligieron al cardenal Roberto de Génova, quien tomó el nombre de Clemente VII (21 de setiembre

de 1378). Era joven, hábil, belicoso y espléndido, sin creencias y sin escrúpulos, aliado por su familia de todas las casas soberanas de Europa y tenía la ventaja de no ser francés, alemán ni italiano. Carlos V reunió la universidad y el clero de su reino, y decidió que fuera reconocido Clemente como único y legítimo pontífice; resolución fatal que hizo considerar como un castigo de Dios las desgracias que iban á abrumar á la Francia. Siguiéron su ejemplo Escocia, Castilla y Nápoles, que eran aliadas de la Francia. La Germania, la Italia septentrional, Inglaterra, los Países Bajos, Navarra y casi todos los estados del Norte reconocieron á Urbano VI. La Europa se halló dividida en dos facciones; la una en favor del pontificado italiano, y la otra del francés. De este modo estalló el gran cisma de Occidente que duró cuarenta años, y fué tan sistemáticamente sostenido, que la Iglesia católica quedó indecisa entre ambos partidos. Como consecuencia de la ruina de la monarquía teocrática y del envilecimiento de los papas de Aviñon, el cisma rompió la unidad cristiana, destruyó el poder espiritual de la Sede apostólica, conmovió la fe favoreciendo el espíritu de exámen y atrajo la inevitable reforma de Lutero (1).

Los dos papas se excomulgaron mutuamente, rivalizaron en injurias y violencias y predicaron una cruzada el uno contra el otro. El mundo cristiano se escandalizó extraordinariamente: estos dos sacerdotes que devolvían anatema por anatema, no eran los vicarios de Cristo, sino hombres que peleaban por intereses temporales: sus rayos apostólicos, un día tan poderosos y sus bulas tan temibles, solo eran armas humanas entre sus manos y se convirtieron en objeto de desprecio. La guerra fué atroz: los dos rivales tomaron á sueldo compañías de aventureros: mandaban las preladías, y causaron horribles desastres y asolaciones á la Italia. Clemente VII, menos cruel pero mas vil, mendigaba servilmente la obediencia de los reyes y descubría con sus costumbres todas las torpezas del clero. Por fin los franceses fueron vencidos y arrojados del estado de la Iglesia, y Clemente VII y sus cardenales se retiraron á Nápoles. Urbano declaró á la reina

(1) Raynaldi Annales, ad. ann. 1378.—Ciaconius in vita Clement. VII.—Thierry de Niem, Historia del gran cisma.—Froissard, t. IX y X.—Maimbourg, Historia del gran cisma.

Juana excluida del trono, y dió su reino á su primo Carlos de Durazzo. Era el último vástago varon de la casa de Anjou y estaba casado con la nieta y mas próxima heredera de Juana. Dirigióse pues con un ejército á Italia. Clemente se salvó á Francia y estableció su corte en Aviñon, reconociéndose con esto digno sucesor de los siete papas franceses: quiso dar á Juana el apoyo de la Francia haciendo nombrar por sucesor al duque de Anjou hermano de Carlos V; pero antes que hubiese preparado su expedicion, Durazzo entró en Nápoles sin resistencia y mandó matar á la reina Juana (1381.)

En medio de aquella anarquía el pueblo vió caer una tras otra sus ilusiones y creencias; y cuando desesperado de la infamia de sus guías espirituales volvió sus ojos hácia sus guías temporales, los halló tan malvados y tan ineptos. Reinaba en Alemania Wenceslao, el mas desordenado de los hombres, ebrio siempre en las orgías y en los brazos de sus prostitutas; en Aragon Pedro el Ceremonioso, en Portugal Pedro el Justiciero, en Navarra Carlos el Malo, todos tres tan viciosos como crueles; en Italia la impúdica Juana; y en fin en Inglaterra y en Francia Ricardo II y Carlos VI, ambos niños y teniendo por tutores tres tíos ambiciosos y malvados, de los cuales el primero debía ser depuesto y asesinado, y el otro morir loco despues de haber dado á la Francia los cuarenta años mas calamitosos de su historia.

§. II.—*Advenimiento de Carlos VI.—Revolucion universal del pueblo contra la nobleza. — Turbulencias en Paris, Ruan y en el Lanquedoc.*—Apenas tenia doce años Carlos VI cuando sucedió á Carlos V (16 de setiembre de 1380). Disputáronse la regencia los duques de Anjou, de Berri y de Borgoña; y despues de largas conferencias, se convinieron en que el rey seria declarado mayor de edad, que el duque de Anjou seria presidente del consejo y tendria la administracion de hacienda, que los duques de Borgoña y de Borbon se encargarian de la custodia y educacion del rey, y que el duque de Berri seria gobernador de las provincias meridionales con la plenitud de los derechos reales. Observando la recomendacion de Carlos V, se nombró condestable á Oliverio de Clisson, porque era enemigo del duque de Bretaña y arrastraba á aliarse con la Francia á la mitad de la nobleza bretona.

Todos estos príncipes se habian repartido el gobierno como

una presa sin pensar ninguno en el bien público, y sin mirar debajo de ellos el pueblo que empezaba á agitarse. Los sufrimientos materiales habian llegado ya al último extremo: el gremio de los artesanos habia arrojado ya la anarquía lo mismo en los espíritus que en el órden social: las opiniones de Wicleffe se habian hecho populares: el pueblo no se contentaba ya con entrar en el feudalismo como en la época de la revolucion municipal, sino que queria la destruccion de la nobleza; y este movimiento no era parcial y aislado, nó; era una revolucion universal y general que tenia por modelo y centro la insurreccion terrible de Flandes. Los vecinos de Londres y de Paris estaban en correspondencia con Gante, que era el foco revolucionario de Europa, y se animaban mútuamente «contra toda nobleza y distincion». Todos imitaban á los ganteses, y decian los del pueblo que solo los vecinos de esta ciudad eran buenos y valientes, y sabian sostener sus libertades (1).

Reuniéronse en Inglaterra mas de cien mil hombres de officio y del campo, conducidos por un discípulo de Wicleffe. Marchaban cantando: «Cuando Adan labraba y Eva estaba hilando ¿quién era entonces noble? Todos somos iguales. No haya mas señores ni prelados (2)». Se apoderaron de Lóndres, mataron al arzobispo de Cantorbery é hicieron temblar al rey (1381). La nobleza y la clase media se unieron para librarse de estos miserables y los pasaron á cuchillo; pero no se destruyó la herejía de Wicleffe hasta mucho tiempo despues.

Igual brutalidad manchaba los movimientos populares de Francia. El pueblo de Paris se rebeló contra el duque de Anjou, que despues de haber saqueado el tesoro del rey loco acababa de imponer nuevas cantidades, pidió el restablecimiento de las antiguas franquicias de la ciudad, obligó al duque á abolir todos los impuestos establecidos desde Felipe IV, y en el alborozo de su victoria saqueó y mató á los judíos, siempre odiosos como usureros y recaudadores de hacienda (15 de noviembre de 1380). El duque de Anjou, que tenia siempre necesidad de dinero para su expedicion á Nápoles, en vano intentó restablecer los impuestos. Siete veces reunió en un año á los estados, pero se negaron

(1) Walsingham, Historia Anglican. in Bió. t. II.—(2) Froissard, t. VIII, p. 402

á toda clase de subsidio y pidieron el restablecimiento de las libertades nacionales (1381). Pero como las rentas de los dominios reales no eran suficientes para los gastos públicos, el duque de Anjou convocó los estados provinciales, que se manifestaron mas propicios, y quiso poner á la fuerza en Paris una contribucion sobre los consumos. Sublevóse en seguida el pueblo al grito de «libertad!» se apoderó del arsenal y de la casa consistorial, sacó los presos, se armó con mazas de plomo y mató á los recaudadores del impuesto (1.º de marzo de 1382).

Hallábase el rey en Meaux y no se atrevió á entrar en Paris; pero la revuelta habia estallado al mismo tiempo en Picardía, Champaña y Normandía, y en Ruan nombraron rey á un fabricante de paños, que mandó abolir los impuestos y matar á los colectores. Los duques de Anjou y de Borgoña se dirigieron contra esta ciudad; entraron en ella por la brecha, abolieron sus privilegios y su derecho de municipalidad, y volvieron á imponer las contribuciones. Despues en tablaron negociaciones con los vecinos de Paris y convocáron los estados en Compiègne (15 de abril de 1382). Pero los diputados declararon unánimemente que el pueblo no queria oír hablar mas de impuestos. Entonces las tropas reales asolaron las cercanías de Paris. Los vecinos cerraron sus puertas y pusieron las cadenas; y «como entonces contaban con ricos y poderosos defensores armados de piés á cabeza en número de treinta mil, y tan bien adornados de todas las piezas de la armadura como el mejor caballero, decian que estaban dispuestos á pelear con los mas elevados señores de Francia (1).» Al ver estos preparativos el rey y sus tios capitularon con la ciudad, que consintió en pagar un don gratuito de cien mil libras con la condicion de no volver á imponerse los subsidios, y entraron en Paris disimulando su humillacion y con un vivo deseo de venganza (10 de abril de 1382).

Durante estos acontecimientos, los tios del rey solo se ocupaban de sus intereses particulares: el duque de Anjou de Italia, el duque de Berri del Languedoc, y el de Borgoña de Flandes.

El duque de Anjou partió á conquistar la herencia de Juana de Nápoles (febrero de 1382). Con los despojos de Francia reunió un

1) Froissard, t. VIII, p. 182.

ejército de aventureros y quince mil hombres de armas, llegó á Provenza, y sometió difícilmente el país que había recobrado su independencia bajo el gobierno del hermano de San Luis. Después de haber recibido de Clemente VII la investidura del reino de Nápoles, atravesó la Italia sin obstáculo. Durazzo le dejó llegar hasta Calabria, guarneció todas las plazas, se encerró en Nápoles y no quiso trabar ningún combate. Bien pronto una epidemia asoló el ejército de Anjou que no tenía fortalezas, dinero, ni víveres, murió el duque, y los restos de sus tropas se vieron muy apurados para volver á Francia (1384). Su hijo tomó el título de rey de Nápoles y Sicilia.

El duque de Berri había partido al Languedoc antes de terminarse las discusiones sobre la regencia; pero el país se sublevó al saber que iba á reemplazar en el gobierno al prudente Gaston Febo este príncipe avaro y cruel (enero de 1381). «Los de Tolosa que eran fuertes y poderosos, y que veían que el rey era jóven y débil, trataron con el conde de Foix para que conservase su gobierno (1);» y Gaston «juró defender el país y sus derechos contra el que intentara perjudicarlos (2).» Los estados le proporcionaron hombres y dinero para sostener la guerra contra el duque de Berri, y él escribió al rey diciéndole: «¿Quién os ha aconsejado que nombraseis teniente vuestro en Languedoc á M. de Berri? El que así lo ha hecho os ha aconsejado en contra vuestro y del país; y mientras viva no sufriré en el Languedoc señor que me mande (3).» La revolución del Languedoc, tan arrogantemente sostenida por un señor soberano, presentaba un carácter peligroso, y había en Tolosa un recuerdo y un deseo de independencia que era forzoso sofocar. Resolvióse pues la guerra, y el jóven rey tomó el oriflama para ir á pelear contra Gaston. Pero impidieron esta expedición las revueltas de París y de Ruan. Entonces el duque de Berri reunió algunas tropas, entró en el Languedoc, y dió una batalla en Ravel, en la que fué vencido (7 de julio de 1381.) Pero Gaston que había agotado sus recursos y estaba descontento de los tolosanos por mediación de Clemente VII cedió el gobierno del Languedoc al duque de Berri, y se volvió á su hermoso castillo de Orthez, donde murió diez

(1) Froissard, t. IX, p. 302.—(2) Id. ibid. p. 303.—(3) Pruebas de la Historia del Languedoc, I. IV.

años despues. El mediodia volvió á caer bajo el poder del duque de Berri, que con sus exacciones y crueldades fué causa de nuevas revueltas: los campesinos tomaron las armas en el Poitou, la Auvernia y el Limousin, pasaron á cuchillo á los nobles; y esta nueva jaquería solo pudo extinguirse con los suplicios.

§. III. — *Batalla de Brujas.* — *Nuevas turbulencias en Paris.* — *Batalla de Rosebecq.* — Las insurrecciones de Paris, Ruan y Tolosa no eran nada en comparacion de la de Flandes «que servia de modelo y excitacion á todos los pueblos (1).» En vano multiplicaba los suplicios el conde Luis de Male: la extraordinaria energía de sus súbditos burlaba su poder, y le fué forzoso sitiar y tomar una por una sus ciudades. Por fin llegó delante de Gante. Los ganteses le acometieron cerca de Nivelle donde fueron vencidos, pero no por eso dejaron de pelear, y eligieron por jefe á Felipe Artevelt hijo del célebre Santiago. Dicen que la ciudad contaba cuatrocientas mil almas, y tenia además soldados de Lieja, del Brabante y de Holanda. El conde quiso rendirlos por hambre, y alcanzó que le pidieran la paz; pero no quiso concederla sino con la condicion de que todos los ganteses se presentaran con la cuerda en el cuello para obrar segun su voluntad. Entonces determinaron morir peleando. Artevelt escogió cinco mil hombres determinados, se llevó los víveres que le quedaban y salió para sorprender al conde en Brujas. «No abrigueis la menor esperanza de volver, dijeron los ganteses á esta tropa selecta, sino cubiertos de honor; y tan pronto como sepamos que habeis muerto, pegaremos fuego á la ciudad y nos mataremos antes que rendirnos (2).» Artevelt acometió al conde que tenia cuarenta mil hombres, y le derrotó completamente (3 de mayo de 1382). Luis de Male huyó á Lila con los restos de su nobleza. Todas las ciudades se sometieron á Artevelt que tomó el título de regente de Flandes, afectó el fausto y las maneras de los señores y gobernó el país con tiránica firmeza.

La batalla de Brujas fué celebrada como una victoria en Brabante, Holanda y Lieja, etc. Llegó la noticia á Paris algunos dias despues de su pacificacion, y causó viva inquietud y alarmantes rumores. Renacieron las turbulencias por las 100,000 li-

(1) Froissard, t. VIII.—(2) Id. ibid. p. 490.

bras prometidas por los parisienses, cuya administracion pretendian «sin que el rey disfrutase nada de ellas.» Sabíase que estaban en relacion con los ganteses y que estos les habian escrito que se mantuvieran firmes, pues vendrian á defenderlos, y el gobierno real pensó que para poner un término á esta revolucion universal de los pueblos y humillar la rebelion en su centro, no era en Paris sino en Gante donde debia vencerse. El conde y la nobleza de Flandes pedian además su auxilio desesperadamente (1). El duque de Borgoña «que comprendia muy bien el espíritu de esta guerra,» y que era el único regente de Francia á la sazón, dijo al rey: «No es justo dejar tal canalla, como los revolucionarios de Flandes, gobernar un país, y debe ser vencida en honor de la cristiandad y de la caballería (2).» El rey, que se lanzaba á todos los ejercicios corporales con turbulencia febril, estaba deseoso de montar á caballo y empuñar una lanza. Se resolvió la guerra y se izó el oriflama como en las guerras contra los infieles.

Se reunió en Picardía un inmenso ejército que contaba mas de seis mil nobles de todos los países y marchó á Flandes. El país donde se iba á pelear estaba rodeado por el mar, el Escalda y el Lys y era preciso cruzar esta corriente de agua, cuyos puentes estaban cortados á excepcion del de Comines. Fué tomada á la fuerza Ipres que se rindió sin combatir, y siguieron su ejemplo todas las ciudades de la Flandes marítima. Comenzó entonces el saqueo de este rico país donde habia tanto que robar, que los soldados no querian mas que oro ó plata y desdeñaban los vestidos, los muebles y las telas. Solo los bretones manifestaron su codicia no despreciando nada, y abriendo grandes mercados para vender el botin.

Artevelt pidió socorros á la Inglaterra, pero aquel país era tambien presa de las mismas turbulencias que Francia, y se sabia que eran amigos de los rebeldes de Paris y Gante los de Londres. «Los nobles no hicieron caso de la peticion de Artevelt, diciendo que si el pueblo de Flandes vencía al rey de Francia, sería tanto el orgullo de los primeros que destruirian á toda la nobleza (3). Reducido Artevelt á las fuerzas de Flandes, reunió cin-

(1) Monje de San Dionisio.—Froissard.—(2) *Ibid.* t. VIII, p. 231.—(3) *Ibid.* p. 365.

cuenta mil hombres, y marchó contra el ejército francés que estaba detenido en Rosebecg. Mandó á los suyos que no hicieran ningun prisionero, á no ser el rey «que, segun decia, era un niño y se le debía perdonar. Nosotros le conduciremos á Gante para enseñarle á hablar el flamenco y nuestras costumbres: os lo agradecerá el pueblo de Francia, pues estoy seguro que su único afan es que no vuelva mas á su país (1).» Fué terrible la batalla y completa la derrota de los flamencos; perecieron veinte y seis mil, y entre ellos Artevelt con todo el batallon de los ganteses (27 de noviembre de 1382).

Toda Flandes se llenó de consternacion: las ciudades abrieron sus puertas, y los de Gante ofrecieron rendirse con la condicion de depender de la soberanía directa del rey. El duque de Borgoña hizo rechazar estas proposiciones, pues cumplido el objeto de la guerra y sumido en el terror el partido popular, era preciso volver á Paris á completar la victoria de sus nobles. No se ignoraba que los parisienses estaban proveidos de armas y municiones, y que solo esperaban la victoria de los ganteses para destruir el Louvre y todos los castillos que los sujetaban, que las demás ciudades estaban preparadas para cortar al rey la retirada; «que en Reims y en Chalons se rebelaban ya los villanos amenazando á los nobles, y que un sangriento deseo de vengarse animaba á Orleans, Blois, Ruan y Beauvais. Si el rey de Francia hubiera sido derrotado en Flandes, podia creerse que hubiera sucumbido no solo la nobleza de Francia sino la de todos los países, y que jamás habria sido tan terrible y numerosa la jaquería como entonces (2).» La batalla de Rosebecg fué pues la salvacion de la nobleza y la revancha de la batalla de Courtrai. De modo que los señores al salir de Flandes quisieron borrar hasta el nombre de esta jornada en la que habian sido vencidos por primera vez. La ciudad de Courtrai se apresuró á rendirse despues de la batalla, y acogió á los vencedores albergándoles durante quince dias. Al partir de ella el rey mandó con la mayor sangre fria, y á pesar de los ruegos del conde de Flandes, la destruccion de esta ciudad. Las casas fueron saqueadas del modo mas bárbaro, vendidos los niños y mujeres, los hombres pasados

(1) Froissard, p. 330.—(2) Id. t. VIII p. 320.

á cuchillo y la poblacion reducida á cenizas. Dicen que hallaron en ella las cartas que atestiguaban las relaciones de los parisienses con los flamencos.

§. IV.—*Ejecuciones contra los revolucionarios de Francia.*—*Fin de la guerra de Flandes.*—Paris se llenó de consternacion al saber qué llegaban los nobles victoriosos, pues no se ignoraban sus odios y proyectos de venganza (1383). Querian defenderse los oficios y mercados, pero los vecinos ricos decidieron que se entregaran á la bondad del jóven rey, y al llegar el ejército real á San Dionisio los parisienses salieron en número de treinta mil bien armados para manifestar su poder y servir de cortejo á Carlos VI. Aterrados los señores de aquel aparato, les mandaron que dejasen las armas y se volviesen á sus casas. Los vecinos obedecieron con silencio, y enviaron á sus magistrados llevando al rey la sumision de la ciudad. Este no quiso escucharlos, mandó echar á tierra la puerta de San Dionisio, y entró con la lanza en ristre como en una ciudad conquistada. Sus soldados se apoderaron de las principales plazas, pusieron guarniciones en el Louvre y la Bastilla, quitaron las cadenas de las calles, abrieron las puertas y se alojaron en las casas de los vecinos. Tréscientos de los mas notables fueron hundidos en los calabozos, y empezaron las ejecuciones. Las dos víctimas mas ilustres fueron el abogado Desmarests, anciano virtuoso y estimado de todos, que habia intentado durante mucho tiempo unir al pueblo con la nobleza, y que últimamente aconsejara fortificar la ciudad y defenderse, y Nicolás Flamand, mercader de paños y amigo de Marcel. Los últimos compañeros del célebre preboste de Paris perecieron tambien en el cadalso, en castigo segun decian los nobles, del asesinato de los mariscales de Champaña y de Normandía. La ciudad aterrada no sabia hasta donde llegaria el afan de la venganza.

En fin se convocó el pueblo en el patio del palacio para representar una comedia de perdon pagado á precio de oro. El rey estaba sentado en un trono; los señores se arrodillaron á sus piés pidiéndole el perdon de la ciudad, y fué concedido mediante un rescate. Se impuso este arbitrariamente á los jefes de oficios y milicias, y el producto de las confiscaciones ascendió á muchos millones. Restableciéronse todos los impuestos, se abolieron las

libertades municipales, las magistraturas populares y las hermandades. Iguales medidas se tomaron en Ruan, Chalons, Reims, Troyes y Orleans, y abatido el pueblo en toda la Francia, conservó un profundo recuerdo de esta reaccion sangrienta.

La nobleza entonces volvió á hacer la guerra en Flandes. Reanimados, habian los ganteses elegido por capitan á Aekerman, que llegó á obtener el auxilio de los ingleses con pretexto de una cruzada predicada en este país por los urbanistas contra los elementinos (1333). El ejército auxiliar mandado por el obispo de Norwich recobró de los franceses á Dunkerque, Gravelines, Bergues y Cassel. Los ingleses y ganteses sitiaron á Ipres. Carlos VI convocó un parlamento en Compiègne y reunió veinte y seis mil lanzas y sesenta mil infantes. Un vecino de Paris hizo trato con él de dar el trigo necesario para estos cien mil hombres durante cuatro meses (1). Entraron en Flandes y libertaron á Ipres. Fergues fué tomada segunda vez y tratada de modo que no quedó un solo viviente. La estacion empero comenzaba á empeorarse, y el rey se cansaba de una guerra tan interminable. Entabláronse negociaciones, y se firmó una tregua entre los reyes de Francia, de Escocia y de Castilla por una parte, y por la otra los ingleses y ganteses.

Murió en aquella época el conde de Flandes, y Felipe, duque de Borgoña, heredó en nombre de su mujer los condados de Flandes, Artois, Borgoña, Nevers y Réthel (1384). La Flandes vió con profundo disgusto que iba á estar bajo la dominacion de un Valois, y volvió á comenzar la guerra, porque no solo temian por sus libertades interiores como en tiempo de sus condes, sino por su independenciam nacional. Los ingleses intentaron llamar la atencion en la Guiena, y la Francia hizo invadir á la Inglaterra por los escoceses. Fueron muy poco activas en estos dos puntos las hostilidades, y hasta se debilitaron en Flandes. El rey que acababa de casarse con Isabel de Baviera (2) condujo un ejército al sitio de Dam, y redujo esta ciudad á cenizas. Fué horriblemente devastado el país llamado de los Cuatro Oficios, donde se pasaron á cuchillo hasta los niños y mujeres, y los prisioneros rehusaban la vida, porque decian que despues de su

(1) El Monje de San Dionisio, Historia de Carlos VI.—(2) Era hija de Esteban duque de Baviera.—Ingolstadt.

muerte se alzarian sus huesos para pelear con los franceses. Viendo el duque de Borgoña que era inútil la fuerza contra una ciudad tan temible como Gaute, donde se habian estrellado durante cinco años todas las tropas francesas, negoció secretamente con sus jefes, y llegó á alcanzar la paz á fuerza de promesas y concesiones (1385). Dió á todos los flamencos una amplia amnistía y la confirmacion de todas sus libertades, y estos juraron fidelidad á Felipe el Atrevido. Mas para mantenerlos en su obediencia fué preciso que el nuevo conde abrazase las ideas de sus indomables súbditos, mostrándose mas flamenco que príncipe de la flor de lis; y con su influencia en el gobierno de Francia trabajó en pró de los intereses del país. Desde entonces la política de los duques de Borgoña se redujo á sacrificarlo todo á la quietud y felicidad de sus súbditos de Flandes.

§. V.—*Preparativos de una incursion en Inglaterra.*—*Expedicion contra el duque de Gueldre.*—Despues de haber comprimido el movimiento popular no se acordó el gobierno de Carlos VI de cicatrizar los males que habia causado; y no pensó mas que en expediciones ruinosas y exacciones insufribles. Convocó los estados generales; pero los diputados acudieron en muy pequeño número y con mucha repugnancia, y cuando se les pidió nuevos subsidios, se negaron á concederlos, y fueron emplazados para dos meses despues. Pasado este tiempo nadie compareció. Entonces el rey convocó los estados provinciales y obtuvo de ellos una nueva contribucion para la guerra contra los ingleses, «la cual fué causa de que mucha parte del pueblo emigrase del reino, y se recaudó sin compasion, pues arrebataron todo lo que los vecinos tenian de mas valor (1).»

Se resolvió por fin hacer un desembarco en Inglaterra, y se preparó con una magnificencia prodigiosa (1386). Se reunieron mil y cuatrocientas naves de todas las costas desde Cadiz hasta Lenberck, llenas de armas y provisiones de toda especie. Se construyó una poblacion de madera de tres mil piés de diámetro, cuyas piezas conducidas en setenta y dos barcos debian ser reunidas al desembarcar y servir de fortaleza. Reuniéronse veinte mil caballos, veinte mil ballesteros, igual número de infantes y

(1) Juvenal de los Ursinos, Historia de Carlos VI.

una multitud de aventureros. Era el armamento mas formidable que habia visto jamás la Europa feudal, y se creia universalmente «que toda la Inglaterra seria sometida y proscrita, muertos todos los hombres guerreros, y los niños y mujeres de todas edades traídos á Francia y convertidos en esclavos (1).» Estos inmensos preparativos agotaron la nacion, y fueron devastadas la Flandes, el Artois y la Picardía donde se reunieran tanta diversidad de gentes. Los flamencos «que conservaban el odio en su corazon de la batalla de Rosebeg,» gozaronse en asesinar á cuantos pudieron. Solo se esperaba al duque de Berri; pero llegó cuando habia pasado la estacion de hacerse á la vela, y se dejaron abandonados los inmensos preparativos que se habian hecho. Las provisiones fueron saqueadas y esparcidas; los soldados, licenciados sin recibir la paga, asolaron los paises que cruzaran, y el reino padeció mas con esta expedicion que con diez años de guerra con los ingleses.

Al año siguiente volvieron á comenzar los preparativos (1387). Clisson era el motor de esta nueva empresa; pero el duque de Bretaña, su mas mortal enemigo, libertó á los ingleses del peligro que les amenazaba, pues se apoderó á traicion del condestable, y cuando vió frustrada la expedicion, dióle libertad pagando un crecido rescate. Clisson pidió venganza al rey, y no habiéndola podido obtener de los duques de Borgoña y de Berri que protegian á Monfort, principió la guerra contra este con objeto de poner en su lugar al hijo de Carlos de Blois con quien habia casado á su hija (2).

Otro peligro salvaba además á la Inglaterra. El duque de Güeldre, enemigo del de Borgoña y partidario de los ingleses, desafió á Carlos VI y devastó el Brabante. A instigacion de su tío marchó el rey contra él con un ejército de quince mil hombres de armas y sesenta mil infantes, con el que se creyó que queria conquistar toda la Germania. Aquellos armamentos tan frecuentes de cien mil hombres cuando los demás estados apenas podian reunir diez mil, dieron á la Europa la mas elevada idea del poderío de la Francia, que era verdadero, pero del cual

(1) Froissard, t. X, p. 211.—(2) Las tierras de Clisson contenian 18,680 hogares, el resto de la Bretaña 69,748, lo que supone una poblacion de 500 á 600,000 almas. (Naru, Historia de la Bretaña t. II, p. 214).

hacia muy mal uso su gobierno. No queriendo el duque de Borgoña que pasase el ejército por sus pueblos de Flandes y Brabante, fué preciso que atravesase los Ardenas, el Luxemburgo y el Juliers, países desiertos, salvajes y sin caminos. Entabláronse negociaciones, y el ejército se volvió sin haber peleado medio destruido por el hambre y las lluvias.

§. VI.—*Carlos VI gobierna sin regentes.—Expediciones exteriores.—Asesinato de Clisson.—El rey enloquece.*—Todas estas insensatas empresas se atribuían al capricho de los tios del rey; el pueblo se cansaba de su administracion rapaz é inepta, y todas sus esperanzas de salvacion se cifraban en el trono. El jóven Carlos comenzó á escuchar las quejas populares, y los antiguos servidores de su padre le aconsejaban que gobernase por sí mismo el reino. Efectivamente, al regreso de la expedicion de Güeldre, segun parecer emitido en el consejo por el cardenal de Laon, declaró á sus tios que les daba las gracias por los cuidados que habian tenido por su reino y su educacion, y que en adelante gobernaria por sí solo. Los duques no se atrevieron á demostrar su descontento y se retiraron á sus dominios; pero algun tiempo despues (1388) murió envenenado el cardenal de Laon.

Volvieron al poder la Rivière, Noviant y Montaigú, ministros de Carlos V, y ayudados por el condestable Clisson reformaron el gobierno. Su primer cuidado fué hacer una tregua de tres años con Inglaterra; en seguida pensaron en aliviar la miseria del pueblo, no aboliendo los impuestos, porque el gobierno era mas costoso de dia en dia, sino con una buena administracion. Tuvieron su particular legislacion las monedas, las aguas y los bosques; el tribunal de cuentas puso restricciones á las libertades del rey; reformóse de nuevo la administracion de justicia siempre llena de abusos á pesar de los innumerables reglamentos publicados con objeto de impedirlos; y el parlamento hizo por vez primera representaciones sobre las ordenanzas reales, y las admitió con algunas modificaciones. Devolviéronse en fin algunas franquicias á las ciudades maltratadas por la nobleza. Paris recobró su preboste de mercaderes, y se concedió á sus vecinos el derecho de poseer feudos y subfeudos como si fuesen nobles, haciendo de este modo mayor la clase de los privilegiados y disminuyendo la de los enemigos de la nobleza.

El pueblo amaba á Carlos VI por su dulzura y afabilidad, pero aolecía de una extrema ignorancia, una prodigalidad irreflexible é indomable ardor por los placeres; solo buscaba ocasiones para fiestas, ejercicios caballerescos, festines y excesos, y era incapaz de ocuparse en los negocios. La menor contrariedad le irritaba de tal modo que parecía un idiota. Por consejo de sus ministros y siguiendo la costumbre de sus antecesores intentó un viaje al mediodía (1389), para hacer justicia á las quejas que tenían sus habitantes de la tiranía del duque de Berri. Decíase que habian huido á Aragon mas de cuarenta mil individuos para salvarse de su crueldad y avaricia, y «la sangre del pobre pueblo pedía venganza y gritaba en voz alta que merecía la muerte.» Fué preso Betizac, el tesorero del duque y ejecutor de sus exacciones, y condenado á muerte, no por sus crímenes, sino por hereje y hechicero. El rey recibió el homenaje de los señores del mediodía y principalmente de Gaston Febo, libró al Languedoc de los bandidos que lo asolaban, y dió su gobierno á los miembros de su consejo.

Carlos se dirigió desde allí á Aviñon donde hizo consagrar como rey de Nápoles á Luis II, duque de Anjou. Había muerto Carlos de Durazzo en Hungría, donde se proclamó rey y dejó un hijo llamado Ladislao. Revolucionóse en Nápoles el partido angevino, arrojó á Ladislao y llamó á Luis II, que se embarcó con un reducido ejército de caballeros, y fué recibido en Nápoles con entusiasmo. Dejó empero eternizar la guerra, halló un rudo adversario en el papa de Roma, que sacrificó todas sus riquezas por la causa de Ladislao, y se volvió á Francia sin trono y sin dinero (1399).

La nobleza francesa ansiosa siempre de gloria y de aventuras dió pruebas de su valor en todas estas expediciones lejanas. Con el conde de Armagnac marchó á Italia á hacer la guerra al duque de Milan; con el duque de Borbon pasó los Pirineos para asegurar en el trono de Castilla á don Juan I, hijo de Enrique de Trastamara, y arrojar de España al duque de Lancaster, y con el mismo duque se trasladó á Africa en una cruzada formada contra los musulmanes que infestaban el Mediterráneo (1390). Los caballeros de Francia é Inglaterra acudieron al llamamiento de los genoveses, y con trescientas naves limpiaron el mar de

piratas: fueron en seguida á sitiar á Cartago y se encallaron ante sus muros; pero obligaron á los musulmanes á entregarles los esclavos cristianos, y se volvieron á Francia reducidos á la mitad por las enfermedades.

Continuaba en tanto gobernando el consejo real, el cual sostenia contra el odio de los duques de Berri y de Borgoña con el apoyo del único hermano del rey, Luis duque de Orleans, jóven instruido, amable, aunque lleno de fausto y orgullo, y que acababa de casarse con Valentina Visconti, hija del duque de Milan. A quien mas aborrecian los tios del rey era al condestable por sus inmensas riquezas y la influencia que ejercia en el jóven Carlos, buscando continuamente ocasiones de perjudicarlo, y sosteniéndole en su animosidad el duque de Bretaña. Juan IV habia sido condenado por el parlamento á restituir á Clisson sus castillos; pero no solo desobedecia esta sentencia, sino que afectaba cada vez mas ínfulas de soberano independiente, se hacia prestar juramento por sus vasallos sin reservar la soberanía real, se negaba á reconocer al papa de Aviñon, y no queria tomar parte en las guerras contra los ingleses. El consejo resolvió obligarle á que se sometiera y le intimó á que se presentara delante del rey en Tours. El orgulloso duque exigió que no compareciese Clisson á esta entrevista, negóse á ponerse de acuerdo con él, á romper su alianza con los ingleses, y parecia que solo como una gracia concedia la paz al rey (1391). Los ministros estaban indignados, pero protegian á Juan IV los duques de Borgoña y de Berri. Un año pasó antes que consintiera en rendir homenaje á Carlos VI y reconciliarse con Clisson, y muy léjos de ejecutar las condiciones del tratado, no pensó mas que en vengarse de su enemigo. Una noche al volver el condestable del palacio del rey fué acometido por una turba de asesinos mandada por el señor de Craon, dejándole por muerto despues de haberle cosido á puñaladas (1392).

Carlos VI se enojó sobremanera de este crimen y juró vengarlo. Craon fué condenado á muerte, pero se refugió á Bretaña, y el duque se negó á entregarlo. El rey aunque enfermo convocó su ejército, tomó el camino de Bretaña, y obligó á sus tios á que le acompañaran. Al atravesar el ejército el bosque de Mans con un intenso calor, se arrojó un hombre delante de Carlos;

gritando : « No pases adelante , porque estás vendido. » El rey , que en diferentes ocasiones había dado indicios de demencia , se paró lleno de espanto , y algunos momentos despues , habiendo un paje dejado caer su lanza sobre el casco del que iba á su lado , se estremeció al ruido del hierro , desenvainó su espada , y se arrojó sobre los suyos gritando : « ¡ Corramos..... corramos contra los traidores ! » Todos se apartaron aterrados ; y cuando hubo matado á cuatro hombres y le rindió el cansancio , un robusto caballero saltó en la grupa de su caballo , le sujetó por el cuerpo , y le arrojó al suelo donde quedó desmayado (1392).

Los duques de Berri y de Borgoña dieron en seguida órden de volver á Paris , licenciaron el ejército , y se apoderaron del gobierno. El duque de Orleans perdió su preponderancia en los negocios , y Clisson que estaba restablecido de sus heridas , fué arrojado de la corte , y se salvó en Bretaña donde el duque le hizo una guerra encarnizada mientras el parlamento de Paris le condenaba como dilapidador á ser desterrado y privado de su empleo. Montaigú se retiró á Aviñon , y los demás ministros además de sufrir la prision fueron condenados á la confiscacion de sus bienes.

El rey recobró la salud pero bien pronto volvió á caer en la demencia. No ocupaba su vida mas que en placeres para distraerse de su mal ; pero se entregaba á ellos con furor , y fué de dia en dia mas deplorable su estado. Sucedió que en una mascarada donde figuraba con cinco señores disfrazados de salvajes , prendió el fuego á sus vestidos de estopa endurecidos con pez , se quemaron cuatro de los señores , y Carlos se salvó por el heroismo de la duquesa de Berri que apagó las llamas envolviéndole con sus ropajes (1393).

Desde entonces empeoró su mal y no tuvo mas que algunos momentos lucidos hasta el fin de su vida , y que cada vez se iban haciendo mas raros. No se suspendió su poder á pesar de la demencia , y siguió ejerciendo en apariencia las funciones reales : no se estableció la regencia : solamente se confió el gobierno á su consejo compuesto de todos los príncipes de sangre real que presidia el duque de Borgoña , y el rey aprobaba todo lo que hacia en sus dias de sana razon. Un estado tan absurdo de gobierno debia forzosamente engendrar la anarquía , porque bas-

taba ser dueño de la persona de Carlos para constituirlo legalmente, y se vieron los partidos apoderarse del poder, pretendiendo que era libre de gobernar un rey loco. Sin embargo durante los cuatro primeros años de su demencia, como tenía el desgraciado Carlos intervalos de salud bastante dilatados, y su enfermedad le inspiraba ideas serias, se ocupó enteramente de los intereses populares. Hizo por toda la Francia y sobre todo por el mediodía viajes que dejaron por recuerdo útiles ordenanzas (1392 á 1396); llegó á reconciliar definitivamente á Clisson con el duque de Bretaña; entabló numerosas negociaciones con los ingleses, y llegó por fin á hacer una tregua de veinte y ocho años (1395). Ricardo II se casó con una hija del rey, con el objeto de alcanzar el apoyo de la Francia contra la nobleza y sus tios.

§. VII.—*Estado de la Francia.—Consecuencia del gran Cisma.*—A pesar de los desastres de los anteriores reinados y de sus miserias actuales, la Francia era aun el estado mas rico, mas poblado y mas temible de Europa. Cuanto mas padecía, mayores eran sus esfuerzos para reparar sus sufrimientos. Iban en aumento sus cargas todos los años, y redoblaba tambien su trabajo para satisfacerlas. Se habian borrado ya las devastaciones de los ingleses, y las de los príncipes se borraban á medida que se renovaban. La grandeza de los sufrimientos del país es lo que nos prueba la de su sufrimiento. A pesar de no tener gobierno en realidad, la nacion marchaba por sí sola en pos de los progresos materiales: la agricultura estaba floreciente: prosperaban las artes de lujo y las corporaciones de los oficios eran cada dia mas numerosas. Los vestidos, muebles y casas se construian de un modo enteramente nuevo, y con una elegancia y riqueza desconocidas. La nobleza desplegaba el fausto y la magnificencia, se arruinaba en pompósas fiestas, en trajes de seda y oro, y en suntuosos edificios. El rey, el duque de Borgoña y el de Orleans estaban continuamente inventando ceremonias caballerescas; al mismo pueblo gustaban estas fiestas, las entradas del rey en Paris, las brillantes procesiones del clero y las cabalgatas de los príncipes; y al leer los detalles que nos dan los historiadores de tantas diversiones, causa sorpresa la masa de riquezas que debia existir en el país.

Pero si era sensible el progreso material á pesar del mal gobierno, de la locura del rey y de las discordias de los príncipes, continuaba la decadencia moral. El pueblo miraba la enfermedad del rey como un castigo de Dios por el cisma introducido por Carlos V. La mayor plaga social era en efecto este cisma que conmoviendo la fe habia dado rienda suelta á todas las pasiones disolventes, preparaba la ruina de la cristiandad y era «objeto de mofa hasta para los infieles (1).» El escándalo crecía sin cesar. Los dos papas se hacian cada vez mas odiosos, pues despojaban las iglesias para hacerse la guerra, y daban las investiduras de prelados á personas indignas.

«Es preciso confesar, se decia entonces, que si volvieran al mundo los Santos Padres buscarían su Iglesia en la Iglesia católica, y no podrian creer que era la misma que ellos dirigieron (2).» «El cisma fué un castigo de Dios, dice Froissard, para advertir y dar un ejemplo al clero de elevada categoría por las suntuosas superfluidades á que se entregaba; y hubiera caído para siempre la fe si no hubiera estado en nosotros tan firmemente asegurada por la gracia del Espíritu Santo. Muchas personas del pueblo bajo se admiraban de que no pusiesen remedio los reyes y príncipes cristianos; pero nada podian hacer aisladamente el clero y los señores, porque estos estaban gobernados por el clero, el cual si no existiera, los señores no sabrian qué hacer y vivirían como bestias ó salvajes (3).»

Tanto el pueblo como los grandes y los talentos ilustrados deseaban poner término al escándalo. La universidad de París, que era el foco de luces de toda Europa, representó el papel principal en las discusiones entabladas con este objeto, y fué realmente por espacio de mas de veinte años la que marchó al frente del gobierno del mundo cristiano. Combatió sin descanso y con una osadía enteramente democrática con los dos papas: desafió las excomuniones del pontífice de Roma; se opuso á los saqueos y robos del de Aviñon; ilustró la contienda con sus predicaciones y escritos, y tendió á establecer una Iglesia nacional é independiente de ambos rivales.

Muerto Urbano VI, le dieron los cardenales un sucesor, y al

(1) El Monje de San Dionisio.—(2) *Id.*—(3) Froissard, t. X, p. 35.

morir Clemente VII (1394) la corte de Francia escribió á los cardenales de Aviñon para que no hicieran eleccion, pero se apresuraron á nombrar á Benedicto XIII. La universidad de Paris suspendió entonces la declaracion de obediencia de este nuevo pontífice, y trabajó para que se convocase un concilio nacional en el que se resolviera pedir á los dos papas la abdicacion voluntaria de su dignidad. Fueron á Aviñon los duques de Berri y de Orleans, y pidieron á Benedicto que hiciera este sacrificio por la paz de la Iglesia; pero se negó sistemáticamente, aunque sus cardenales solo le hubiesen elegido con esta condicion. El rey escribió entonces á todos los soberanos y la universidad de Paris á todas las universidades proponiéndoles la reunion de un concilio general que depusiera á los dos papas y diera un jefe único á la cristiandad. Y despues se convocó un concilio nacional que declaró á la Francia exenta de la obediencia á los dos papas (1398). Aquella atrevida resolucion fué admitida por el consejo del rey y todo el clero. Se prohibió á todos los franceses que dejaran el reino para ir á Roma, la recaudacion de los impuestos pontificios, y envióse un ejército á Aviñon para obligar á Benedicto XIII á abdicar el pontificado. El papa estuvo inflexible; se defendió de los sitiadores, y quedó prisionero en su palacio por espacio de cuatro años.

§. VIII.—*Batalla de Nicópolis.—Bayaceto y Tamerlan.*—Falta-ba á la cristiandad unidad y accion, cuando la amenazaban mayores peligros exteriores; y la invasion asiática tanto tiempo comprimida por las cruzadas volvió á dirigir sus pasos hácia el Occidente.

Sabemos ya que la invasion de los mogoles fué la causa de la caida de la dominacion de los sultanes de Roum ó de los turcos Seldjoukidas. Otra horda de turcos oriunda de las orillas del Oxus y que habia resistido á los sucesores de Genghis se aprovechó de los despojos de los Seldjoukidas y avanzó hácia el Asia Menor. Othman, que era uno de los jefes de estos turcos, se estableció en la Bitinia, comenzó á hacer la guerra á los griegos, y llegó á someter á todas las hordas turcas que de él tomaron el nombre de otomanos ú otomanos (1339 á 1347). Establecieron sus sucesores en Brusa, llegaron hasta las orillas del Helesponto y pasaron á Europa (1360 á 1389). Amurat I se estableció en

Andrinópolis, y este fué el que creó la temible milicia de los *genízaros* formada de esclavos cristianos convertidos al islamismo. Su sucesor fué Bayaceto, apellidado el Relámpago, que asoló la Bosnia, la Croacia, la Esclavonia y la Dalmacia, é invadió la Hungría. Decía « que llevaba su caballo á Roma para que comiera cebada en el altar de San Pedro. »

Jamás habia sufrido tantos descalabros la cristiandad, ni pareció tan próxima á una completa destruccion: jamás habia sido tan necesaria una cruzada; pero no existia un Gregorio VII para inspirarla, y el espíritu caballeresco solo en Francia estaba reanimado. La alta nobleza tomó la cruz bajo la direccion de Juan, conde de Nevers, hijo del duque de Borgoña, y partió á libertar á la Hungría que desde entonces fué la única barrera contra los bárbaros; pero este pequeño ejército estaba imbuído del orgullo temerario que habia causado los desastres de Crecy y de Poitiers, y su lujo, su aturdimiento, sus excesos y su indisciplina llenaron de asombro á Alemania. Se reunió con los húngaros, llegó á la Bulgaria y puso sitio á Nicópolis. Bayaceto corrió á librar la ciudad y emprendió la batalla con la caballería ligera. Los caballeros franceses no quisieron dejar á las tropas húngaras el cuidado de rechazar esta caballería: se arrojaron sobre ella, la dispersaron; pero bien pronto se vieron rodeados por el temible ejército de los genízaros. Entonces no pensaron mas que en vender caras sus vidas, y rescatar su temeridad con prodigios de valor. De setecientos que eran perecieron cuatrocientos en el combate, y los demás que cayeron prisioneros fueron degollados á sangre fria. Libertáronse tan solo el conde de Nevers y veinte y siete señores mas, mediante un exorbitante rescate que iba á causar la ruina de sus estados (1396).

Esta derrota llenó de consternacion á la cristiandad, inspirando á los pueblos tanta indignacion contra los nobles que ni aun á los infieles eran capaces de vencer. Bayaceto puso sitio á Constantinopla. Un reducido ejército francés, mandado por el mariscal de Boucicaut, fué la única fuerza que marchó á salvar esta ciudad á instancias del emperador Manuel Paleólogo. Todo el mundo creia que no tardaria en sucumbir la capital del imperio de Occidente: solamente la Francia pensaba en la salvacion de la cristiandad, á pesar de sus calamidades interiores: permanecian

inmóviles la Inglaterra, Alemania é Italia, y parecia que el Occidente iba á ser muy pronto conquistado por los turcos. Al Asia empero debió su salvacion.

Habíase dividido en tres grandes estados la dominacion de los mogoles; el de Kaptshak ó de Rusia, el de Persia y el de Zagatai (1260 á 1294). El último que se extendia desde el Oxus al Indo y el Asia central, cayó en extrema decadencia al cabo de un siglo. Timur ó Tamerlan que era uno de los emires de este país, se aprovechó de su decadencia para crearse en la Transoxiana un estado independiente: venció bien pronto á los demás emires, destruyó la dinastía de los mogoles del Zagatai, se apoderó de la dominacion de los descendientes de Genghis en la Persia, y conquistó el Tibet, las Indias, etc. (1370). Su imperio lindaba con el de los turcos otomanos por el Eufrates. Apoderose luego de la Siria y del Egipto, tomó á Bagdad, y erigió sobre sus ruinas una pirámide de noventa mil cabezas humanas; penetró por fin en el Asia Menor y dió en Angora una batalla á los otomanos. Bayaceto fué vencido y cayó prisionero (1402). Su derrota salvó á Constantinopla, y Manuel volvió á esta ciudad con el dinero que habia reunido en Francia.

§. IX.—*Deposicion de Ricardo II y Wenceslao.—Gobierno del duque de Orleans.—Principio de la lucha entre la casa de Orleans y la de Borgoña.*—La Europa habia caido en un verdadero envilecimiento. No era solo el cisma el causador de esta disolucion de su fuerza social sino la cobardía é incapacidad de sus jefes que la habian aumentado. Los pueblos estaban indignados, y las revoluciones de Inglaterra y Alemania atestiguaron que empezaba á debilitarse la fe monárquica.

Ricardo II habia hecho matar en Inglaterra á uno de sus tios despues de haber perseguido á la nobleza y robado al pueblo: no pensaba mas que en los placeres, y se habia hecho odioso á toda la nacion. Durante un viaje que hizo á Irlanda para apaciguar una turbulencia, estalló en Inglaterra una sublevacion general en favor del duque de Lancastre su primo (1) y aunque se dió prisa en volver, fué aprisionado, juzgado y obligado á abdicar (1390). Lancastre fué reconocido rey con el nombre de Enrique IV, é hizo matar á Ricardo en su prision.

(1) Era hijo del hijo tercero de Eduardo III.

Mayor era aun la anarquía en Alemania. El emperador no tenía rentas, jurisdicción ni medios de acción sobre la multitud de pequeños estados en que estaba dividida la Alemania; y el imperio no era mirado ya en el exterior como fuerza nacional. Los príncipes depusieron á Wenceslao, dándole por sucesor á Roberto, elector palatino (1400).

Como aquellos sucesos podían influir en el ánimo de los franceses tan mal gobernados como los ingleses y alemanes, el duque de Orleans manifestó el enojo que le causarían, declarando el designio de restablecer á Ricardo y Wenceslao, aglomerando tropas en las fronteras de Alemania y desafiando á Enrique IV. Mas este jóven frívolo no tenía consecuencia en sus ideas, y el duque de Borgoña desbarató sus proyectos queriendo que se reconociera el nuevo rey inglés. Los dos príncipes nunca estaban acordados en ninguna cuestión, y disputábanse la firma del fantasma real dilapidando á competencia las rentas públicas. Por fin llegaron los dos á reunir tropas, y estuvo á punto de estallar una guerra civil. Llegó á reconciliarlos el duque de Berri que acababa de lograr otra vez el gobierno de las provincias del mediodía, pero estaba ya empeñada la lucha entre las casas de Orleans y de Borgoña (1401).

El duque de Orleans se aprovechó de un viaje de su rival á Flandes para apoderarse del gobierno: hizo alianza con la reina Isabel de Baviera que era una mujer indolente y grosera y que empezaba á mezclarse en los negocios: saqueó el tesoro, y se entregó locamente á todos los caprichos del poder absoluto. Apoyado por los nobles que le miraban como su jefe y no cesaban de ponderar sus costumbres caballerescas, su galantería y su magnificencia, robó á los vecinos de Paris, insultó á sus mujeres y asoló sus casas. El duque de Borgoña era el mas capaz de los príncipes franceses y el pueblo le prefería á todos los demás. Acudió pues en defensa de los vecinos, é hizo de modo que el rey le diera la administración de la hacienda. Se quiso poner fin á la anarquía con una ordenanza en la que se determinaba que el gobierno estaría confiado á un consejo compuesto de los tios del rey, su mujer, su hermano, los príncipes reales «y de otros en número necesario (1403).»

Aumentóse con esta medida el desórden y continuaron las dis-

eusiones entre los duques de Borgoña y de Orleans. El primero se esforzaba en sostener la inobediencia á los dos papas, el segundo arrancó al rey una ordenanza que volvió la obediencia de la Francia á Benedicto XIII, y sacó al papa de su prision. El duque de Borgoña queria mantener la tregua con Inglaterra, y el duque de Orleans hizo comenzar de nuevo la guerra á pesar de Enrique IV que pedia la paz. Pero esta guerra se redujo tan solo á piraterías que asolaron las costas de Inglaterra y de Bretaña.

Hallábase entonces el rey abandonado de todos, hasta de su mujer, y vejetaba en su palacio de San Pablo sin alimento, sin vestidos ni atenciones. El pueblo acusaba á la duquesa de Orleans de haberle hechizado, pues solo esta mujer instruida y elegante podia apaciguar sus accesos frenéticos: aborrecíala por ser hija de un malvado y segun decian amigo de los turcos y mágicos, y profesaba la mas sentida veneracion al rey loco que nada habia hecho por él durante el estado de salud. Cuando supo lo acaecido en la mascarada de los salvajes y los peligros á que exponian los señores todos los dias al rey en sus fiestas, se aglomeró en el palacio de San Pablo queriendo matar á los duques y caballeros (1). El desventurado Carlos era siempre para él la personificacion del trono, el cual tenia aun por benéfico y protector, y al que apelaba contra los tiranos que lo gobernaban. Los clamores del pueblo obligaron á los príncipes á ocuparse del rey. Eran inútiles todos los cuidados de la medicina, y se le entregó á los hechiceros ó charlatanes que le hicieron operaciones mágicas que aumentaron su locura. Intentaron distraerle haciéndole asistir á los juegos de una cofradía llamada los Hermanos de la Trinidad ó de la Pasion, que representaban en las calles los misterios del Evangelio mezclados con groseras bufonadas.

Estos juegos, que son el origen del teatro francés, era un nuevo indicio de la decadencia religiosa. El gran drama que representaba la Iglesia, el magnífico espectáculo que saciaba la imaginacion y los corazones, abandonó el admirable teatro que le habia construido la fe para despertar la curiosidad del vulgo

(1) El Monje de San Dionisio.

en los innobles tablados de las calles. Aun excitaba el interés del pueblo, pero no era mas que un espectáculo. Se debilitaba su fe, y habia nacido del gran cisma la *duda*, ese disolvente fatal que no ha dejado de propagarse y que en la época en que escribimos es la llaga mas incurable de la sociedad. Multiplicáronse los cuentos y las sátiras contra el clero, y se notaba ya en todos los escritos y discursos los albores de la reforma.

Aquella era una época muy miserable. Se sufría, pero los sufrimientos eran oscuros, sin grandeza y sin esperanza. No hubo ninguna de esas revoluciones que conmueven á los hombres y á las ideas, y prometen al menos un porvenir en cambio de los dolores presentes. Todo era pobre, mezquino y miserable, tanto las intrigas de los gobernantes, los robos y tiranías de los grandes, como las contiendas y vicios del clero y las insurrecciones de los pueblos. No existió un solo hombre de bien, uno de carácter ó de talento, y ni aun quien tuviese la triste grandeza del crimen; sino que todos fueron malvados, egoistas y viciosos, pero con tanta bajeza que solo inspiran repugnancia. Uno solo intentó salir de la muchedumbre para volver á caer en la nulidad; fué Juan Sin Miedo, duque de Borgoña que sucedió á su padre Felipe el Atrevido (1404) (1).

CAPÍTULO II.

Borgoñones y Armañacs. (1404—1420)

§. I.—*Rivalidad de los duques de Orleans y de Borgoña.—Asesinato del duque de Orleans.—Paz de Chartres.*—Ya hemos dicho que el gran vasallaje solo tenia tres representantes: el duque de Guena que disputaba á los Valois la corona de Francia, el duque de Bretaña tan temible por su aislamiento geográfico como

(1) Felipe dejó tres hijos; 1.º Juan duque de Borgoña, conde de Flandes, de Artois y de Borgoña, señor de Salins y de Malines; 2.º Antonio, duque de Brabante y de Simbourg y marqués de Anveres. Dejó estos tres estados á su madre en 1401. Juana su tia muerta en 1106 y última heredera de los duques de Brabante, de los cual es el primero es Godofredo el Grande muerto en 1128). 3.º Felipe, conde de Nevers y de Rethel.

por sus alianzas con la Inglaterra, y el duque de Borgoña que era tambien conde de Artois, de Flandes y de Borgoña, y cuyo poder debia doblar un dia su hijo. Los ataques de estos tres vasallos amenazaban con grandes peligros á la corona de los Valois, pero presentaron un carácter muy diferente. El duque de Guiena, como rey de Inglaterra, era enteramente extranjero, y las guerras contra él tenian un carácter nacional. Casi sucedia lo mismo con el duque de Bretaña por la perpetua animosidad de los bretones contra los franceses. Pero el duque de Borgoña era príncipe de la flor de lis, su poder era debido á la munificencia de los reyes, y su vasallaje mas estrecho por razon del parentesco. No obstante como gobernaba pueblos hostiles á la Francia, no podia faltar á los intereses de estos paises, y se veia obligado á defenderlos aun en contra de los del reino. Por su calidad de Valois queria tener parte en el gobierno general, y por la de duque de Borgoña y conde de Flandes debia sostener su independencia. Esta doble posicion daba á sus ataques contra la Francia el carácter de guerras civiles. Añadióse además otra razon, la de que Juan Sin Miedo abrazase la defensa del pueblo, y su lucha con la casa real se mezcló en la contienda de la naciente democracia contra la aristocracia degenerada.

El duque de Orleans se apoderó del gobierno cuando murió Felipe el Atrevido, y no tuvo ningun miramiento con el nuevo duque de Borgoña que era de su misma edad, á quien despreciaba, y cuya mujer, segun dicen, habia seducido. Su primer cuidado fué mandar la recaudacion de una contribucion tan exorbitante, que se negaron los demás príncipes á sancionarla. Extremas violencias fueron precisas para percibirla, y cuando entró en las arcas reales el duque se apoderó de ella á mano armada. Faltaba empero dinero para los gastos del gobierno, y propuso en el consejo (1) otro impuesto general sobre el reino. Se opuso á ello el duque de Borgoña, y declaró que no permitiria que se cobrase en sus estados (1405).

No se llevó pues á cabo el impuesto. Desde entonces los súbditos

(1) El consejo estaba compuesto por los duques de Orleans, de Berri, de Anjou, de Borbon y de Nemours (Carlos III rey de Navarra hijo de Carlos el Malo muerto en 1387, que cambió su condado de Evreux por el ducado de Nemours), y en fin los duques de Borgoña, de Bretaña, de Brabant y de Nevers.

tos de Juan miraron al de Borgoña como un padre, y todo el pueblo de Francia, principalmente el de Paris, como un protector. El duque de Orleans juró á su primo todo el odio que habia tenido á su padre, y se encarnizó contra el pueblo para vengarse. El duque de Borgoña solo participaba del gobierno por su presencia en el consejo: no pudo contener los latrocinios de su enemigo y se retiró á sus estados; pero cuando fué nuevamente convocado para buscar un medio de llenar el tesoro, se puso en marcha con un pequeño ejército resuelto á apoderarse del gobierno por la fuerza. El duque de Orleans y la reina huyeron de Paris. Juan se dió prisa en llegar, se apoderó del delfin, y aprovechándose del terror general, convocó en Paris una grande asamblea donde dominaban los miembros de la universidad y del pueblo. Denunció en ella la mala administracion del duque Luis y se hizo rogar antes de tomar el gobierno. El pueblo abrazó su causa con entusiasmo. Era cosa digna de asombro el ver á un príncipe separarse violentamente de su dinastía para trabajar en pro de los intereses populares, y queriendo fundar su poder, nó en el campo de batalla ó con la espada en la mano, sino haciendo alianza con las masas; y era preciso ser un ambicioso muy inferior para representar este papel. Juan pues se atrevió á hacerlo, y mas debe su mala fama al odio calumnioso que le juró como tráfuga la nobleza que á sus mismos crímenes.

El duque Luis reunió tropas y se aproximó á Paris (1405). Era inminente la guerra, pero como Juan sabia dónde estaba la fuerza, dió á los parisienses sus cadenas y sus armas, hizo entrar víveres en la ciudad y contuvo los desórdenes de sus soldados. El duque de Orleans por el contrario entregó á las llamas la Beauce y la Champaña, saqueó los alrededores de Paris, maltrató á los diputados de la universidad, é hizo declarar traidores á los borgoñones y á sus partidarios. Entabláronse sin embargo negociaciones bajo la mediacion del duque de Berri y se hizo la paz. El duque de Borgoña tenia prudencia y audacia, pero poca constancia en sus proyectos; y ya sea que temiese una derrota, ya que quisiera esperar una ocasion mas favorable, se contentó con partir el poder con el duque de Orleans, poniendo poco á poco las cosas en su primer estado.

No habia cesado la guerra con los ingleses, pero se hacia muy

débilmente por las turbulencias civiles de Inglaterra y de Francia. Era una guerra de aventureros y de piratas en la que casi no tomaban parte los dos gobiernos, y que fué notable tan solo por las expediciones marítimas y saqueos de los bretones en Inglaterra. Enrique IV no cesaba de pedir la paz ó al menos una tregua, pero yacia en el mayor abandono el gobierno de Francia; el duque de Orleans solo se ocupaba en dar fiestas y construir castillos; y no solo no pagaba á nadie, sino que alteraba la moneda y violentaba á los comerciantes. El duque de Borgoña jamás estaba de acuerdo con su primo, pero este no se atrevía á contradecirle y parecia que habia perdido la confianza del pueblo.

Fué tanto por fin el clamor universal que se formaron dos ejércitos para hacer un esfuerzo contra los ingleses. El duque de Orleans condujo el primero á Guiena y sitió á Bourg, pero su incapacidad y sus locos gastos le obligaron á volver vergonzosamente á Paris despues de haber perdido el ejército (1406). El duque de Borgoña se dirigió al norte é hizo grandes preparativos contra Calais; pero como el duque de Orleans habia disipado todo el dinero del tesoro, recibió la orden de licenciar su ejército, y volviósé á Paris lleno de odio contra su adversario y resuelto á vengarse.

El duque de Berri se empeñó en reconciliar á los dos príncipes y llegó á hacerles jurar paz y amistad. Al dia siguiente por la noche al salir el duque de Orleans del palacio Barbette, donde vivia la reina, fué asesinado por unos hombres ocultos en una casa de la calle vieja del Temple (23 de noviembre de 1407) (1).

Se convocó el consejo de los príncipes para descubrir al autor del crimen, y el duque de Borgoña, que al principio titubeara manifestando hipocresía, se acusó audazmente de la muerte de Orleans. Despues huyó á sus estados.

A tal extremo habia llegado la relajacion moral y el odio que inspiraba el duque de Orleans, que exceptuando sus mas próximos amigos, no se alzó una sola voz contra el duque de Borgoña por tan horrible y cobarde asesinato. Los parisienses se alegraron y ensalzaron el crimen: los estados de Flandes y de

(1) Véase el cuadro de aquella época trazado bajo la forma dramática en el *Juan Sin Miedo, duque de Borgoña, escenas históricas*, por T. Lavallée. Tom. 2.º en 8.º Paris 1829-1830.

Borgoña, á los que manifestó «que habia hecho matar al duque Luis y la razon que le habian impulsado á ello,» aprobaron su conducta y prometieron defenderle de todos, «porque era muy querido de ellos, cortés, tratable, humilde y piadoso.» Además los flamencos y borgoñones estaban orgullosos de ver que su señor dominaba el gobierno de Francia. Ninguno de los asesinos fué castigado, pues se retiraron á los estados de Juan, donde vivieron recompensados y tranquilos. El miedo comprimió la indignacion de la nobleza. La duquesa de Orleans pidió justicia al rey, y solo alcanzó promesas (1408).

El duque de Borgoña declaró que habia obrado así por el bien del reino, y jamás se retractó. Se dirigió á Paris con un ejército, y á pesar de las prohibiciones del rey, hizo su entrada en medio de las aclamaciones de los parisienses. Llegó su audacia hasta el extremo de hacer justificar públicamente su crimen por el teólogo Juan Petit. La Iglesia en su degeneracion no solo era incapaz de interponer su autoridad para castigar al matador, sino que se asoció con el asesino, como lo habia hecho con la víctima en sus excesos. El discurso de Juan Petit es un monumento extraño que prueba el envilecimiento de la ciencia y de la moral en el orador y en el auditorio, y la apología del asesinato quitó á las familias reales su prestigio y su grandeza. Carlos VI, «sombra augusta, desgraciada y digna de lástima, en torno de la cual se agitaba un mundo real de sangre y festines (1),» declaró que «no le guardaba ningun resentimiento por la muerte de su hermano;» y el borgoñon se vió soberano del gobierno.

Obligóle á volver á sus estados una revolucion de los habitantes de Lieja. La nobleza recobró su valor para humillar el partido de los mercados y oficios: la reina regresó á Paris, se apoderó del poder, mandó instruir un sumario contra el asesino, y el miedo que inspiraban los parisienses detuvo la reaccion. El duque de Borgoña habia partido á socorrer al obispo de Lieja, Juan de Baviera su cuñado, bandido sanguinario y siempre con las armas en la mano, contra quien se insurreccionaron sus súbditos. Regresó sin tardanza despues de haber vencido y

(1) Crónica de Monstrelet.—El Monje de San Dionisio.—Juvenal de los Ursinos.—Registro del Parlamento.

muerto veinte y cuatro mil hombres en Hasbain, y con el terrible sobrenombre de Sin Miedo que adquirió en la batalla (1408). Celebráronle los parisienses como un héroe y salieron á su encuentro; y la reina y los príncipes huyeron llevándose al rey. Entabláronse negociaciones, y se hizo la reconciliacion en la iglesia de Chartres: el duque de Borgoña pidió perdon al rey «por el atentado cometido en la persona del duque de Orleans por el bien del reino y del trono:» los príncipes de Orleans declararon que no tenian ningun resentimiento contra su primo de Borgoña; y el duque y ellos se juraron mutuamente amistad (1409) (1).

§. II.—*Concilio de Pisa.*—En medio de estas sangrientas contiendas las cuestiones religiosas ocupaban tambien los ánimos: el gran cisma era el negocio mas interesante del siglo, y no le inspiraban los demás mas que un interés secundario. La Iglesia, dividida entre dos jefes que se excomulgaban mutuamente, era una calamidad mas deplorable que el gobierno de la Francia disputado por dos casas rivales. Y como el mejor medio de hallar popularidad era trabajar para lograr la estincion del cisma, este era por lo regular el primer cuidado de los partidos de Orleans y de Borgoña cuando el uno ó el otro se hacia dueño del poder. Pero se estrellaban en la obstinacion de los dos papas los esfuerzos de los príncipes y la ciencia y energía de la universidad y del parlamento: proponian los dos una entrevista en la que abdicaran ambos su dignidad al mismo tiempo: se dirigian á encontrarse mutuamente, se detenian, perdian tiempo en dilaciones, en negociaciones y promesas, y concluian por no encontrarse jamás. Francia se cansó de ser la mofa de dos hombres que se burlaban de todos los juramentos, y convocó un tercer concilio nacional. Se decidió en él que se reuniese un concilio general para reformar la Iglesia en su jefe y en sus miembros, que se sustrajese la Francia de la obediencia de los dos papas y se gobernase por sí misma la Iglesia galicana.

Benedicto puso la Francia en entredicho, pero fué declarado hereje y se vió obligado á huir á España: los cardenales de ambos partidos se pusieron de acuerdo para abandonar á los dos

(1) Crónica de San Dionisio.

papas: los de Roma se retiraron á Pisa, á donde acudieron los de Aviñon; y todos juntos convocaron un concilio general en el mes de marzo de 1409. A pesar de las excomuniones de los dos papas, toda la cristiandad obedeció á esta asamblea. El concilio se compuso de veinte y dos cardenales, noventa y dos obispos, ciento veinte y ocho abades, los diputados de ciento diez y seis iglesias y los embajadores de todos los estados. Declaró legítima la reunion de los dos colegios de cardenales lo mismo que la sustraccion de obediencia: citó á los papas á que comparecieran; y despues de saber su negativa, los declaró herejes, excomulgados y depuestos. Se eligió un nuevo papa llamado Alejandro V que ratificó todos los nombramientos, anuló todas las censuras pronunciadas por las dos obediencias, y juró convocar pasados tres años un nuevo concilio para tratar de la reforma de la Iglesia.

No se habia estinguido el cisma, pues en vez de dos papas hubo tres. Los dos pontífices de Aviñon y de Roma conservaron obstinadamente su título, y reconoció al primero España, y al otro Italia. El resto de Europa experimentó grande regocijo por la eleccion de Alejandro, creyendo haber dado fin á todos los males, «y que en adelante no habria mas que un rebaño y un pastor.» Pero el mal causado por el cisma era irreparable; habia invadido á la sociedad el espíritu de exámen que se manifestaba hasta en los decretos del concilio. Los padres de Pisa querian establecer una república eclesiástica en vez de monarquía pontificia; y aunque habian salvado la unidad, estaba hecha pedazos la autoridad, y la misma fe cada vez se estremecia mas. Habia aparecido ya Wicleffe, siguióle Juan Hus, y no dejó de haber turbulencias en la Iglesia hasta Lutero.

§. III.—*Guerras civiles entre los borgoñones y los armañacs.—Paz de Bicetre.*—La paz de Chartres reconcilió á la familia real en apariencia, pero no puso orden en el gobierno. El duque Juan se interesaba en el bien de Francia por ambicion, á pesar de tener menos defectos políticos que los demás príncipes y administrar prudentemente sus estados, y cuando fué dueño absoluto del poder no pensó mas que en sus venganzas. Destituyó, despojó y persiguió á los miembros de la antigua administracion y á los amigos del duque de Orleans, y llevó al cadalso á Montaigú,

que era uno de los hábiles ministros de Carlos V (1498). Toda su política se redujo á conquistar el aura popular de Paris, devolviendo á sus vecinos todos sus privilegios, milicias y magistraturas, y se convirtió de dia en dia en el amigo de esta poblacion turbulenta.

El duque de Berry y los príncipes de Orleans se hallaban entonces alejados de Paris y del gobierno, y se formó entre ellos una liga en la que entraron los duques de Borbon y de Bretaña y el conde de Armañac (1410). Era este último Bernardo VII (1), señor muy activo y de inmensa influencia en el mediodía y que acababa de casar á su hija con el nuevo duque de Orleans. Bien pronto fué el verdadero jefe del partido orleanés, y le proporcionó con su talento el apoyo de las bandas de aventureros gascones tan célebres en los ejércitos ingleses y el de la nobleza pobre y guerrera del mediodía. Los *armañacs* se dirigieron á Paris, y se hicieron notar por su ferocidad y ardor en los saqueos de las campiñas del centro. Era una verdadera reaccion del mediodía contra el norte.

El duque de Borgoña llamó en su ayuda á los brabanzones, picardos y lorenenses que trataban á los gascones como á enemigos extranjeros. Las cercanías de Paris fueron horriblemente devastadas por ambos partidos, y desde entonces la contienda entre los duques de Borgoña y de Orleans tomó un doble aspecto; fué la lucha entre el pueblo y la nobleza, la del norte contra el mediodía. No era su causa el trono á pesar de la degradacion del rey, pues debía salir mas fuerte despues de esta larga tormenta, y la unidad nacional era ya un hecho tan poderoso, que ninguno de estos señores tan ávidos de guerras civiles pensó en aprovecharse de ellas para desmembrar la Francia y restablecer los grandes estados feudales del siglo oncenno.

Juan Sin Miedo no tenia dinero; impuso enormes contribuciones á los parisienses; comenzaban á quejarse sus estados, y se

(1) Comenzó esta casa en 960 por Bernardo I nieto de Garci-Sancho duque de Gascuña. El Armañac cuya capital era Auch, comprende en la actualidad el departamento de Gers. Sus condes añadieron á sus posesiones la Lomagne en 1137, el Fezensac en 1140, el condado de Rodez en 1298 etc. Rendian homenaje á los duques de Gascuña y de Aquitania, y se intitulaban *condes por la gracia de Dios*. Bernardo VII era el décimonono conde de Armagnac.

vió obligado á entrar en negociaciones. Se hizo la paz en Bicetre (1410) con la condicion de que los duques de Borgoña y de Orleans licenciasen sus tropas, se retirasen á sus estados, y dejaran el gobierno á un consejo compuesto de señores que fuesen príncipes reales. Pero érales imposible á hombres oscuros hacerse obedecer de unos príncipes cuyo poder procedia de sus estados particulares, y que forzosamente habian de influir en el gobierno; y por otra parte nada podia unir á dos familias separadas por un asesinato, la ambicion y la venganza. Las provincias del norte y las del mediodía impelian á sus jefes á que se apoderasen del gobierno de Francia, y no podia durar la paz entre ambos partidos.

§. IV.—*Renovacion de la guerra.—Paz de Auverre.*—El duque de Borgoña se retiró á sus estados con menos nombradía por haber tan fácilmente perdido el poder. Los príncipes de Orleans tomaron las armas y le enviaron cartas de desafío acusándole de la muerte de su padre (1411). Juan les respondió alabándose de su crimen, y despues de reunir dinero en sus estados se preparó á la guerra. Hallábase entonces en una hermosa posicion, pues habiendo sido los armañacs los primeros en romper la paz, se presentaba como el súbdito mas sumiso y con el carácter de defensor del rey. Los parisienses se pronunciaron por su causa con entusiasmo: el populacho tomó parte en su contienda con sus pasiones brutales y feroces, y se formó en Paris una faccion borgoñona cuyos jefes eran los Legoix, los Sain-Yon y los Thibert, dueños de las carnicerías, personas ricas que formaban una especie de aristocracia muy antigua, y cuyos vástagos han subsistido hasta el siglo décimoséptimo. Esta faccion que tenia por verdugo á un desollador llamado Caboche y por orador al cirujano Juan de Troye, se apoderó de la administracion de Paris y dictó su voluntad al consejo real. Una ordenanza declaró traidores y rebeldes á los orleaneses cuyo ejército saqueaba la Champaña y la Picardía, y llamó al duque para que defendiera al rey. Todo Paris tomó entonces la cruz de Borgoña, y los habitantes de las campiñas hostilizaron con furor á los armañacs.

Los dos partidos se disputaron la alianza de los ingleses. Los armañacs prometieron devolverles toda la Aquitania, mediante un auxilio de seis mil hombres, y los borgoñones obtuvieron tan

vergonzoso socorro ignorándose las condiciones. Juan Sin Miedo se puso en marcha hácia la Picardía con toda su nobleza, cuarenta mil flamencos bien armados y sus auxiliares ingleses. El ejército de los orleaneses se componía enteramente de nobles y contaba mas de treinta mil caballeros; ambos se encontraron cerca de Montdidier. Esperábase una gran batalla, cuando los flamencos, que solo se habían empeñado por cuarenta dias de servicio, abandonaron de pronto el campamento, y se volvieron á su país á pesar de las súplicas del duque. No se aprovecharon los armañacs de esta defeccion, se aproximaron á Paris con la esperanza de tomar y saquear esta ciudad, apoderáronse de todas las aldeas vecinas y cometieron horribles crueldades. El duque Juan marchó á defender á Paris, é hizo su entrada en la corte en medio de las aclamaciones del pueblo. Una ordenanza del rey puso en sus manos todo el gobierno y se arrojó tras de los armañacs, tomándoles á Saint-Cloud y todas las posesiones de las cercanías de Paris y haciéndolos retirar hasta el Loira (1412). Se confiscaron las rentas de los príncipes, destituyeron al condestable y á los mariscales, diéronse todos los empleos á los borgoñones ó á personas del pueblo, se devolvieron á Paris sus privilegios, como antes de los sucesos de 1382; y publicáronse los proyectos de gobierno que tenía el duque Juan, «obligando á trabajar en los oficios ó en la tierra á todos los que no fueran nobles,» y el tratado de los armañacs con los ingleses. Los parisienses trataron á sus enemigos como animales feroces, «y era suficiente para matar, robar y saquear á un vecino rico el decir: es un armañac (1)!» Se arrojaban sus cadáveres á los perros, se llevaban al cadalso los prisioneros, se ponía en el tormento á los sospechosos, y excomulgábase en masa á todo el partido. En fin el mismo rey tomó el oriflama, se puso al frente de un numeroso ejército y fué á sitiar en Bourges á los príncipes de Orleans. Pero una epidemia destruyó el ejército real, el delfín entabló negociaciones, y el duque de Borgoña se vió obligado á hacer la paz en Auxerre sobre las bases del tratado de Chartres (1412).

§. V.—*Los carniceros de Paris.—Derrota del partido borgoñon.*—

(1) Diario de un vecino de Paris.

Tratado de Arras.—La nueva paz no dió fin á la anarquía, y los borgoñones quedaron dueños del poder, á pesar de conquistar los orleaneses para su partido al delfín, que era un jóven en quien no brillaba ninguna virtud. Juan Sin Miedo estrechó su alianza con el pueblo, y creyó que aseguraba su poder sobre bases sólidas, dejando á rienda suelta las pasiones del pueblo. El recuerdo de las ejecuciones de 1382 animaba á los parisienses; pero la parte ilustrada y rica habia sido de tal modo diezmada y destruida en aquella época, que habian ocupado su puesto las gentes del pueblo bajo. Habiendo sorprendido la Bastilla algunos orleaneses, los carniceros y el populacho se arrojaron sobre esta fortaleza obligándola á rendirse, despues invadieron el palacio del delfín, matando y haciendo presos á sus servidores y le llenaron de ultrajes. Arrojaron de la ciudad á sus favoritos, sus queridas y á todos los que le hacian la corte, y dieron los empleos, hasta los de hacienda y de guerra, á personas de ínfima clase. Caboche fué gobernador de Saint-Cloud, Juan de Troye del palacio, y el hijo de Juan de Troye de la Bastilla. Todos se adornaron con el caperuzo blanco de los ganteses, y obligaron al rey y al delfín á que se lo pusieran, se unieron con los de Gaat y tratóse de formar una liga entre las ciudades principales del reino (1413). Los carniceros eran los soberanos de Paris por medio del terror, y todos los vecinos que quisieron hacerles oposicion fueron presos, robados ó perseguidos. Intentóse no obstante en medio de aquella anarquía una reforma del gobierno por influjo de la universidad que hacia causa comun con el pueblo. Se convocaron los estados, y como el partido orleanés no quiso acudir, pasaron el tiempo en representaciones inútiles. Reuniéronse entonces la universidad y el pueblo para pedir reformas tan prudentes como atrevidas, y este fué el origen de la ordenanza *cabochienne*, monumento notable de administracion dividido en diez capítulos que regularizaba todos los ramos del gobierno; esto es, dominios reales, monedas, tesoro militar, tribunal de cuentas, parlamento, justicia, canciller, aguas, bosques y milicia.

El delfín llamó á los orleaneses para que lo libertaran de su palacio donde se hallaba cautivo y privado de sus excesos: el vecindario estaba cansado de la brutal y codiciosa dominacion

de los carniceros, y Paris deseaba recobrar el órden. Los armañacs volvieron á tomar las armas, y propusieron una concordia á los borgoñones. Dividióse Paris en dos bandos, los moderados y los anarquistas, y los partidarios de la guerra y los de la paz llegaron á las manos en una gran asamblea convocada en la casa de la ciudad. Al día siguiente se reunieron por cuarteles, la mayoría de ellos optó por la paz, y el pueblo ahuyentó á los carniceros, dió libertad á los prisioneros y llamó á los príncipes de Orleans (1413). Se puso delirante el duque de Borgoña con el terror que le causara esta reaccion, y huyó á Flandes sin fama y sin poder. Tenia en sus manos todas las fuerzas de la Francia, y hubiera podido llevar sus pretensiones hasta el trono; pero no manifestó mas que indecision y medianía en las mas graves circunstancias, y no hizo mas que arrastrar una existencia de miserables y sangrientas intrigas.

Fué completa la revolucion: el poder y el derecho, pues el rey estaba en sus manos, pasaron á los armañacs, y los príncipes de Orleans volvieron á Paris con fastuosa pompa. Carlos VI declaró que todo lo que había mandado contra ellos había sido «obligado por la fuerza y alcanzado traidoramente por sediciosos, turbadores de la paz y culpables de lesa majestad.» Todos los revolucionarios fueron destituidos, desterrados ó presos; se anuló su grande ordenanza como un atentado contra la majestad real: se dieron todos los empleos «á pers nas odiosas al pueblo; y se mandó que nadie se mezclase en lo que hiciesen los señores, y que no fuera permitido llevar armas (1).» Fueron desterrados para siempre trescientos jefes del populacho como culpables de lesa-majestad y perseguidos hasta en Inglaterra, donde fueron designados «como enemigos de todos los reyes (2).» Los armañacs trataron á Paris como á una ciudad tomada por asalto. «Nadie se atrevia á mirarles, ni á hablar reunidos en las calles, pues todos estaban aterrados con sus crueldades. Si alguno se atrevia á hablar del duque de Borgoña, luego era preso, hundido en un calabozo ó con grande fianza desterrado (3).» Cuando los parisienses se quejaron al duque de Berri les respondió: «Esto no os pertenece á vosotros ni debéis mezclaros en los

(1) Diario de un vecino de Paris, p. 490.—(2) El Monje de San Dionisio, libro XXXIII.—Rymer, t. IX.—(3) Diario de un vecino de Paris.

asuntos del rey ni en los nuestros, pues somos de su familia; nosotros nos hacemos la guerra y la paz cuando nos place, y es la guerra y la paz de todo el reino (1).»

El delfin era el príncipe menos noble y virtuoso de todos los que hubo en aquella época; se cansó bien pronto de la dominación de los armañacs y volvió á llamar al borgoñon. Este llegó con un ejército y se presentó delante de Paris, creyendo que todos sus habitantes se sublevarian; pero el conde los contuvo tan rigurosamente, que el duque se vió obligado á volverse vergonzosamente á sus estados. Entonces fué este declarado traidor, rebelde y asesino del duque de Orleans, y se resolvió confiscar sus estados. Marchó contra él un ejército mandado por el rey y el conde de Armañac, y los del mediodía gozaronse en asolar cruelmente los países del norte. Tomaron por asalto á Soissons, que tenia guarnicion borgoñona, é hicieron en ella la mas espantosa carnicería. Juan se encerró en Arras donde fué sitiado; pero intervinieron el duque de Brabante y los estados de Flandes, y se hizo una paz que dejó el negocio sin terminar. El duque de Borgoña conservó todo su poder como príncipe independiente; pero juró no ir á Paris sin orden del rey, y romper su alianza con los ingleses (1414).

Los armañacs quedaron dueños absolutos del gobierno.

§. VI.—*Concilio de Constanza.*—*Suplicio de Juan Hus y Gerónimo de Praga.*—Continuaba la anarquía religiosa al mismo tiempo que la social, y aumentaba las desgracias de la Francia. Alejandro V murió sin hacer ninguna reforma en la Iglesia y le sucedió Juan XXIII. Pero Benedicto XIII y Gregorio XII eran siempre reconocidos en Aviñon y en Roma; el cisma era el manantial de todos los escándalos: hacíase oír en Bohemia una amenazadora voz que pedía la reforma, y todo el mundo pedía la convocacion de un nuevo concilio.

Juan XXIII se vió obligado acceder á este deseo, y de acuerdo con el emperador Segismundo (2), convocó un concilio general en Constanza. No hubo jamás tan solemne asamblea; pues asistieron á ella el papa, el emperador, los diputados de los dos antipapas, casi todos los obispos, abades y doctores de la cristian-

(1) Monstrelet, t. III, p. 234.—(2) Hijo del emperador Carlos IV (Luxemburgo), y hermano de Wenceslao. Sucedió á Roberto en 1410.

dad, los embajadores de todos los estados, los electores del imperio y ciento y treinta barones alemanes (16 de noviembre de 1414). Constanza y las ciudades cercanas albergaban cien mil extranjeros y cuarenta mil caballos. El concilio se dividió en cinco naciones: alemana, italiana, francesa, inglesa y española, y dió principio decretando que los tres papas debían sacrificar su dignidad á la paz de la Iglesia. Aunque Juan XXIII fué reconocido papa legítimo por el concilio, el odio que inspiraba por su ambición, sus excesos y sus crímenes, le hizo huir secretamente; y apoyado por Federico, duque de Austria, que poseía una parte de la Suavia y de la Alsacia, se refugió en Friburgo. No por eso dejó de seguir convocado el concilio, que aprobando la proposición de Juan Gerson, diputado de la universidad de París y el mas sábio doctor de Francia, declaró que era superior al papa, que toda la cristiandad estaba obligada á obedecerlo, y que no renunciaria sus poderes sin haber dado la paz á la Iglesia. El duque de Austria y Juan XXIII sufrieron la persecucion de Segismundo; fueron conquistados los dominios del primero, y el segundo fué traído prisionero, acusado de numerosos crímenes, condenado y depuesto (1415). El concilio declaró que solo á él le pertenecía el derecho de elegir nuevo papa, que no podían serlo ninguno de los tres pretendientes, y que el papa que se nombrara debía convocar un concilio general antes de cinco años. Aquella sentencia contra un pontífice reconocido como legítimo causó grandes rumores, y podia perpetuarse el cisma si Juan se manifestaba tenaz, pero se resignó y abdicó solemnemente su dignidad. Gregorio XII siguió este ejemplo y envió su abdicacion; mas Benedicto XIII se resistió y fué depuesto (1).

Habíanse esparcido por Bohemia las ideas de Wicleffe, y eran allí sus doctores Juan Hus y su discípulo Gerónimo de Praga. Habíalos excomulgado Juan XXIII; pero no por eso dejaron de continuar estos dos hombres elocuentes y austeros sus predicaciones que oía el pueblo con avidez, y empezó la persecucion contra sus sectarios (1411). Sus doctrinas eran mucho menos

(1) El Monje de San Donisio, lib. XXXIV.—Semon. J. Gerson, t. I.—Historia del gran Cisma, lib. V.—Historia del concilio de Constanza por Laefant.—Continuacion de Fleury, lib. XXI.—Acta concil. Constant.

violentas que las de Wicleffe; pero versaban especialmente sobre el poder sacerdotal, y por esto se acarrearón tantos enemigos. Decían ellos «que el sacerdote criminal ó vicioso no es sacerdote ni puede profanar los sacramentos: que son anticristianas las censuras: que el vicario de cristo, que no imita la vida del Redentor, es vicario del diablo: que el poder pontificio es invencion humana; que nadie es soberano ni obispo mientras está en pecado mortal, porque todo derecho humano presupone un derecho divino, y el que vive en pecado mortal no goza del divino, y que por lo tanto tampoco le pertenece el humano.»

Juan Hus fué citado ante el concilio de Constanza, á donde fué con un salvoconducto del emperador, pero fué preso, hundiéronle en un calabozo y le acusaron de herejía. Defendió elocuentemente su causa, se negó á retractar sus doctrinas, negó los errores que le imputaban sobre la Trinidad y la Eucaristía, y respondió con calma á las injurias con que le abrumaron. «Viendo que estaba resuelta su condena, apeló al tribunal de Jesucristo, como testigo de su inocencia (1), y rogó á Dios que perdonara á sus jueces. Fué condenado á la degradacion sacerdotal y á ser entregado al brazo seglar. Apoderáronse de él en seguida los verdugos por orden del emperador, marchó á la hoguera cantando salmos, y no se retractó cuando vió las llamas (1417). Dice Eneas Silvio, que era el secretario del concilio que despues subió al solio pontificio con el nombre de Pio II, que ningun filósofo sufriera la muerte con tanta constancia (2).» Gerónimo de Praga tuvo al año siguiente la misma suerte y murió con igual intrepidez. La muerte de estos dos hombres causó en Bohemia la terrible guerra de los husitas.

Libre el concilio de la reforma exagerada de Juan Hus intentó poner manos á la obra en esta grave cuestion; pero fueron tantas las intrigas, que se temió la renovacion del cisma, y se resolvió para evitarlo dar un jefe á la Iglesia. Eligieron á Martin V, con la condicion de que trabajaria en la reforma de acuerdo con la asamblea; pero aquél se limitó á hacer un concordato con cada nacion para estirpar algunos abusos, apresuróse despues á decretar la disolucion del concilio, y naufragó por segunda vez la reforma (1418).

(1) Fleury, t. XXI, p. 313. — (2) Historia de Bohemia, lib. XXXV.

A pesar de sus guerras civiles la Francia se interesó vivamente en este concilio: representaron en él sus doctores el papel principal: sus discordias excitaron el interés de todos los prelados; y los borgoñones y armañacs se disputaron su influencia. Juan Sin Miedo envió una diputacion para hacer rehabilitar las doctrinas de Juan Petít, que los armañacs habian hecho condenar en un concilio nacional; pero fueron tambien condenadas por el de Constanza á instancias de Gerson, que incurrió en el odio del borgoñon y se vió obligado á vivir léjos de Francia. Prevalecieron no obstante en aquella gran asamblea las ideas democráticas de los borgoñones ó mas bien de la universidad, lo que excitó la indignacion de los armañacs, en especial despues de la deposicion de Juan XXIII. «¿Quién os dió tanta osadía, decia el delfin á los miembros de la universidad, para atacar al papa y deponer la tiara? No os falta mas que quiteis la corona al rey y su categoría á los príncipes reales (1).»

§. VII. — *Renovacion de la guerra con los ingleses. — Batalla de Azincour.* — El delfin era entonces el único soberano del gobierno: alejó de Paris á todos los príncipes de sangre real, hasta los de Orleans, para entregarse sin valla á sus excesos. Sacóle de su indolencia un temible peligro que hizo llegar á su colmo las desventuras del reino.

Enrique IV primer rey de la *rosa blanca*, viendo su reino continuamente agitado por las discordias civiles, prolongó cuidadosamente las treguas con la Francia, y dejó á su hijo un trono bien asegurado. Enrique V era un jóven hábil y ambicioso, y pensó que el medio mejor de librarse de los temores que atormentaron á su padre, seria emprender alguna expedicion. A un era popular en Inglaterra la guerra contra la Francia por el rico botín que producía: las contiendas de los borgoñones y armañacs ofrecian una feliz ocasion de recobrar las conquistas de Eduardo III, y en fin acababan de expirar las treguas. Enrique propuso al gobierno francés una paz definitiva sobre las bases del tratado de Bretigny, añadiendo la cesion de la Normandía, el Maine y el Anjou, un casamiento con Catalina la hija de Carlos VI, enormes sumas por este enlace, y el rescate del rey Juan. Era por

(1) Monje de San Dionisio, lib. XXXV.

decirlo así una declaración de guerra: respondiéronle con la proposición de ceder la Aquitania, dar la hija del rey y un dote considerable; pero se negó Enrique, y se rompieron las negociaciones despues de algunas conferencias.

El delfin llamó para la defensa del reino á los dos partidos que lo dividian, y se preparó á la guerra; pero lo hizo con tanto desorden y tiranía, que mas sufrió el país con el impuesto de hombres y dinero que con una invasion de los ingleses. Además llamó á Paris á los orleaneses, y les confió el mando de todos los ramos del gobierno. Juan Sin Miedo, que queria evitar á los flamencos una guerra desastrosa, declaró que no reconocia el tratado de Arras, y que tomaria las armas contra los ingleses.

Enrique V desembarcó cerca de Harfleur (1415) con veinte mil arqueros y seis mil hombres de armas, sitió esta ciudad que le conquistaba el paso del Sena, la tomó y la saqueó. Pero habiendo asolado su ejército una epidemia, resolvió llegar á Calais atravesando la Normandía y la Picardía. Reunióse en Ruan el ejército francés donde iban los príncipes de Orleans, los duques de Anjou, de Alençon y de Borbon, con catorce mil hombres de armas y cincuenta mil infantes. Hallábase en sus filas toda la nobleza de Francia menos la de los estados borgoñones, y Juan Sin Miedo, impelido por los peligros del reino, ofreció su auxilio. Mas no fué admitido, lo mismo que un cuerpo de seis mil parisienses, y solo entraron en el ejército real sus dos hermanos los duques de Brabante y de Nevers.

Luego que Enrique V emprendió su marcha por la orilla del mar se trasladó á Abbeville, cuartel general de los franceses, los cuales cortaron todos los puentes del Somme y guarnecieron todas las ciudades. En vano probó Enrique en medio de su apuro pasar el vado de Flanche-Tache: subió por la orilla del rio siguiendo su curso hácia su origen, y lo pasó cerca de San Quintin: no tenia entonces mas que veinte mil hombres de los ochenta mil que le seguian, é hizo las mas humildes proposiciones de paz. No fueron oidas. En vez de aniquilarlo rodeándole con fuerzas superiores, se resolvió la batalla, y se apresuraron los franceses á tomar la delantera para detenerle en Azincour (25 de octubre de 1415).

La nobleza francesa, llena siempre de un orgullo brutal y

guiada por la mas grosera ignorancia, se situó en un terreno pantanoso y cerrado por dos bosques donde no podia desplegarse su inmensa caballería, que se hundia en un lodo tenaz en medio del mas espantoso desórden. Todos los señores se precipitaron á la vanguardia: nadie se dignaba mandar á los arqueros y á la infantería, y nadie tampoco obedecia al condestable ni á los mariscales que en vano intentaban formar tres cuerpos de batalla. Aquel grande ejército no era mas que una turba inmensa, estrepitosa, delirante y confiada en la victoria.

En el lado de los ingleses habia órden y sangre fria, y creian ellos que Dios les ponía en las manos aquella nobleza de Francia, cuyos crímenes y excesos escandalizaban á la cristianidad. Enrique V estaba á pié, lleno de firmeza y de prudencia con sus arqueros á la vanguardia, y sus tres líneas de batalla ordenadas como en la jornada de Crecy. Trabóse el combate: la vanguardia francesa, que se hundia en el cieno sin poder avanzar ni retroceder, fué acribillada á flechazos: creció el desórden, y esta turba, cuyas filas caian por los tiros, comunicó su confusión al cuerpo de batalla. Entonces los arqueros ingleses se mezclaron espada en mano entre los caballeros, y los mataron casi sin defensa: no hubo mas que combates individuales: abandonada la retaguardia y sin jefe emprendió la retirada sin haber peleado: y su ejemplo arrastró á todos los que aun resistian. Los franceses perdieron diez mil hombres, de los cuales ocho mil eran nobles, y entre ellos se contaron los dos hermanos del duque de Borgoña, el duque de Alenzon (1), el condestable de Albrét, el duque de Bar y sus dos hermanos, etc. El duque de Orleans cayó prisionero con el duque de Borbon, muchos otros príncipes de la real familia, y el mariscal Boncicaut. Debilitado Enrique con su victoria se apresuró á llegar á Calais y regresó á Inglaterra, donde fué recibido con entusiasmo.

§. VIII.—*Tentativas del borgoñon en Paris.*—*Poder del conde de Armañac.*—*Los ingleses en Normandía.*—Este desastre llenó de consternacion á la Francia y aumentó el odio que tenia ya á los armañacs; y la nobleza demostró por cuarta vez su incapacidad por los peligros á que exponía el país. Juan Sin Miedo se

(1) Era biznieto del que murió en Crecy.

engrandeció con esta derrota, pues mas era él quien ganaba en esta batalla que el mismo Enrique V, y además como no odiaba á los ingleses por su carácter de borgoñon y flamenco, podia pretender igual fortuna que los Lancastré. No existian ya sus enemigos, y era suyo el gobierno de Francia, pues los armañacs habian perdido su fama y solo tenian por jefe al conde Bernardo que era mirado como extranjero.

Se dirigió Juan á Paris con diez mil caballos, pero el duque de Berri se apresuró á llevar allí al rey y al delfin, y fortificó la ciudad. El conde de Armañac acudió desde el mediodía con seis mil gascones, recibió la espada de condestable, se hizo nombrar capitán general del reino y tomó el gobierno de la hacienda. El duque de Borgoña llegó hasta los muros de Lagny, pero halló la ciudad tan bien defendida por los armañacs que no se decidió á poner el sitio; y despues de ser la irrisión de los parisienses, se volvió á Flandes.

El delfin murió debilitado por los excesos (1416). Juan, segundo hijo del rey, fué entonces el legítimo regente, pero permanecia en Hainaut y estaba aliado con el borgoñon. Se negó á ir á Paris sin su tío, y entabló negociaciones con el condestable, durante las cuales continuó la guerra que se hizo notable por su barbarie. Ya estaba por fin firmada la paz, é iba á pasar el poder á manos del nuevo delfin cuando murió, segun dicen, envenenado por los armañacs.

Carlos era el tercer hijo del rey, el cual, contaba apenas catorce años y era enteramente adicto á los orleaneses. Luego que tomó el título de delfin (1417), empezó á perseguir á la reina á la que acusaban de costumbres disolutas, la desterró á Tours, y uno de los favoritos de Isabel fué arrojado en un saco al rio, tambien por orden del rey y sin ning una formalidad judicial. Entonces reinó despóticamente en Francia el condestable: no habia príncipes reales: habia muerto el duque de Berri; y el jóven delfin solo tenia á su lado intrigantes y personas de escasa nobleza que le excitaban á la venganza por el interés de sus fortunas. Los parisienses estaban contenidos tiránicamente por el preboste Tanneguy-Duchatel, noble breton que habia servido al difunto duque de Orleans: se les arrancó el dinero con alteraciones de monedas y empréstitos forzados: quitáronseles sus armas y sus

privilegios: se multiplicaron los suplicios, los destierros y las confiscaciones; y todas las conspiraciones en favor del borgoñon fueron ahogadas con sangre y con terror.

Juan Sin Miedo halló un rudo adversario en el conde de Armañac, cuando se veía ya privado de toda la audacia de su juventud. Sin embargo hizo un llamamiento á la opinion pública en un manifiesto en que se apellidaba jefe del partido nacional, y declaraba á los armañacs una guerra á muerte como extranjeros y traidores. Las ciudades de Picardía se sublevaron en favor suyo, y se puso en marcha con un ejército llegando hasta Paris y apoderándose de las ciudades vecinas, pero no se movió la capital encadenada por los armañacs. Queriendo entonces darse un nombre que fuese tanto como el de delfin, se fué á Tours, libertó á la reina é hizo alianza con ella, la cual se declaró regente durante la esclavitud de su marido y se pronunció abiertamente contra el delfin. Tambien abolió los impuestos, dió todos los empleos á los borgoñones, anuló el parlamento y creó otro en Poitiers. De modo que los dos gobiernos existian y luchaban, y la Francia parecia muy próxima á su ruina.

Agotado Enrique V por su primera invasion quedó un año inmóvil y negociando con ambos partidos; pero reunió al fin un nuevo ejército, desembarcó en Normandía y saqueó cruelmente muchas ciudades (1417). Nadie se le opuso en su camino. Los duques de Bretaña y de Anjou firmaron con él un tratado de neutralidad para sus estados y lo mismo hizo el duque de Borgoña para la Flandes y el Artois. Los armañacs solo pensaban en sostenerse en Paris á fuerza de tiranía rehusando toda especie de acuerdo con sus enemigos, y decididos á destruir la ciudad ó entregarla á los ingleses.

§. IX. — *Toma de Paris por los borgoñones.* — *Mortandad de los armañacs.* — Habian llegado ya á su colmo el odio y los sufrimientos de los parisienses cuando se llevó á cabo felizmente la última conspiracion contra los armañacs (1418). Algunos jóvenes lograron abrir una puerta á ochocientos borgoñones que penetraron en Paris. Todos los vecinos se les reunieron al grito de: ¡Viva Borgoña! Los armañacs fueron sorprendidos, degollados ó hundidos en los calabozos. Tanneguy-Duchatel arrebató al delfin y se encerró con él en la bastilla; pero fué preso el condesta-

ble, y el rey cayó en poder de los borgoñones que le pasearon por París para aprobar la insurrección. Los restos de los armañacs se reunieron cerca de la Bastilla y probaron un combate; mas fueron vencidos y arrojados de la ciudad. La reacción fué completa y terrible. Volvieron los carniceros proscritos y se apoderaron del poder. Hallábase entonces en sus estados el duque de Borgoña, y no había jefes para apaciguar al populacho furioso que temía la vuelta de los armañacs. Las turbas forzaron los calabozos y mataron á los hombres, mujeres, niños y sacerdotes. La carnicería duró veinte y ocho horas sin que se atreviesen á contenerla los señores borgoñones, y en la que perecieron de mil seiscientos á tres mil víctimas. Uno de ellos fué el conde de Armañac. El partido orleanés se vió entonces sin jefe, y se apoderaron del jóven delfín, obligándole á continuar la guerra, intrigantes de ínfima clase como Duchatel, Robert Lomasson, que era presidente, y Louvet «uno de los mas perversos cristianos del mundo (1).» El delfín tomó el título de teniente general del reino, trasladó la universidad á Poitiers, y dejó que sus gascones saqueasen las ciudades del Alto Sena para rendir por hambre á la capital.

El duque de Borgoña llegó á París con la reina y fué recibido con transporte. Se restableció todo al antiguo estado, se abolieron los impuestos, se devolvieron los privilegios y se restituyeron las armas. Pero el hambre y la anarquía assolaban la ciudad; una espantosa epidemia, según dicen, había arrebatado cincuenta mil personas; continuaba la reacción, y volvieron á llenarse nuevamente los calabozos. El verdugo y los carniceros amotinaron al populacho, y, á pesar de los esfuerzos del duque, hubo aun un centenar de víctimas. Juan (pero consiguió alejar de la ciudad á los asesinos y restablecer el orden, y aterrado por la sangre vertida en su nombre, dudó de sí mismo y perdió toda su energía. Titubeaba, estaba inquieto, y «no daba paso alguno si no le impelia el pueblo despues de sentidas y multiplicadas quejas (2).» Proponía la paz al delfín, y se veía rechazado por los ambiciosos que seducían á este niño afeminado y frívolo, y habiendo sido el mayor acusador de los armañacs

(1) Diario de un vecino de París, p. 238.—(2) Id. p. 248.

por el desastre de Azincourt, no hacia nada para detener á los ingleses que continuaban pacíficamente la conquista de Normandía.

§. X.— *Toma de Ruan por los ingleses.—Asesinato de Juan Sin Miedo.—Tratado de Troyes.*—«Dios me conduce aquí como de la mano» decia Enrique V al no hallar mas resistencia que el patriotismo de las ciudades. Sitió á Ruan, ciudad grande y fuerte, con una poblacion de cien mil almas y una guarnicion de quince mil vecinos armados y cuatro mil caballos. Los sitiados se defendieron con heroísmo. Los ruaneses pidieron auxilio á los borgoñones que llegaron hasta Beauvais y se retiraron sin haber visto al enemigo; despues de haber perecido una tercera parte de la poblacion, se rindieron mediante un rescate de 300,000 escudos de oro (1419). Exceptuáronse de la capitulacion Alain Blanchard jefe de las milicias urbanas con seis ciudadanos mas que perecieron en el cadalso.

Llenos de espanto quedaron los dos partidos que asolaban á la Francia con la nueva de este desastre, y concluyeron una tregua. Cansado el duque de Borgoña de guerras y de crímenes, habia abandonado sus proyectos sobre la corona de Francia, que hubiera defendido Enrique mediante la cesion de la Normandía y la Aquitania; pero deseaba ya con afan la paz y una concordia. El delfin no podia alegar razones para continuar la guerra, eternizar su rebelion contra su padre, comprometer la corona que debia ceñir y vengar la muerte de un tio que no habia conocido; y el rey de Inglaterra, que en medio de tanta anarquía no habia podido conquistar una sola provincia, veia muy difícil su posicion si se reunian los dos partidos. Empezaron las negociaciones. Las del duque de Borgoña con Enrique V no tuvieron resultado por las pretensiones exageradas de los ingleses; pero las del duque con el delfin terminaron con un tratado de paz que fué firmado en Corbeil. Los favoritos de Carlos vieron con espanto que esta paz les iba á arrebatár su poder y á entregar al príncipe á las influencias del borgoñon; hicieron pues esfuerzos para impedirlo, y el delfin, en vez de volverse al lado de su padre que estaba en Troyes, fué llevado por sus consejeros á la otra parte del Loira. Continuaron subsistiendo ambos gobiernos en vez de reunirse para rechazar á los ingleses.

Enrique V se apoderó durante este tiempo de Pontoise que trató con el mas extremo rigor, y llegó á amenazar las cercanías de Paris. Llenóse esta ciudad de consternacion. Se hallaba despolada por las guerras civiles, sumida en una profunda miseria, y desamparada por el duque de Borgoña que le habia inspirado odio desde la matanza de las cárceles. El peligro acercó á los partidos. Impelido por sus servidores el delfin pidió al duque Juan una nueva entrevista, pero con la resolucion de no acceder á la paz, sino con un crimen. Consintió este aconsejado por su querida la señora de Giac que le hacia tricion. Verificóse la entrevista en el puente de Montereau, y en el momento en que el duque de Borgoña se arrodillaba ante el delfin, fué asesinado por Tanneguy-Duchatel y demás compañeros del jóven príncipe (10 de setiembre de 1419).

Era una absurda venganza de la muerte del duque de Orleans, que no podia engrandecer el partido borgoñon, el cual solo debia ser favorable á los ingleses, y que en vez de servir al delfin, le iba á precipitar del trono de Francia, y arrojar á la Francia detrás de él en un abismo de adversidades. El jóven Carlos publicó un manifiesto escusándose del crimen, y disimulando traidoramente su connivencia con los asesinos. Nadie se dejó engañar y toda la nacion se llenó de indignacion, jurando especialmente los parisienses vengar la muerte de su amigo. Felipe III hijo de Juan, de veinte y tres años de edad, tomó posesion de sus estados, y se preparó para hacer una guerra terrible contra los armañacs. La locura del rey y el crimen de su hijo hicieron odiosa á la Francia la familia de Carlos V: era una bella ocasion para la casa de Borgoña que podia hacerse enteramente independiente; y todos se resolvieron á quitar la corona á la raza de los Valois.

Todas las miradas se fijaron en Enrique V, pues no veian esperanza de paz por otro lado, y «porque, segun decian los parisienses, valian mas los ingleses que los armañacs.» La Francia que tan grande y gloriosa se viera al advenimiento de los Valois, se hallaba hundida por las faltas de esta familia orgullosa é inepta y con un rey loco en el último extremo de la miseria. Las pretensiones de Enrique V eran infundadas é injustas, pero estaban apoyadas por el talento y las victorias, y se decia que el adveni-

miento de este rey extranjero convertiría por fin á la Inglaterra en una provincia francesa. Hicieron pues alianza para conferenciar con el rey de Inglaterra el nuevo duque de Borgoña y la reina Isabel, que seguía sin reflexion todas las inspiraciones del partido borgoñon, y se firmó la paz en Troyes (21 de mayo de 1420) luego que aprobaron los preliminares los parisienses.

Enrique V dejaba con este tratado el título de rey de Francia que seguía disfrutando Carlos IV, con la condicion de que se le devolvería despues de muerto este, como esposo de Catalina hija del rey, y que entre tanto gozaria el gobierno universal del reino. Debían quedar unidos bajo un mismo rey los dos estados de Inglaterra y Francia conservando separadamente sus leyes y su administracion nacional. Enrique V devolvía la Normandía á la corona de Francia, prometía no hacer ninguna modificacion en el gobierno, y conservar los derechos y privilegios de las provincias, de las ciudades y del clero; y unido con el rey de Francia ambos se comprometían á no tratar jamás con el delfin, y á perseguirle hasta su completa destruccion. Un tratado secreto declaraba al duque de Borgoña independiente de la corona de Francia.

Los dos reyes hicieron su entrada en París, y convocaron los estados generales. Ratificóse entonces el tratado de Troyes, y fué reconocido como ley del reino. La capital y todas las ciudades del norte se adhirieron gozosas á esta revolucion, y se consideró generalmente inevitable el destronamiento de los Valois. La ley sállica no era por otra parte tan popular que fuese imposible violarla en una grande crisis, y se deseaba antes que todo el fin de la guerra. El honor nacional se sublevó no obstante con la idea de tener por rey á un inglés: alzáronse muchas quejas y clamores contra el fatal tratado hasta entre los mas entusiastas borgoñones; y hubo muchos que á pesar de continuar sirviendo al duque, «se negaron á prestar juramento al antiguo y mortal enemigo de la Francia.»

El mediodia seguía oponiéndose á la voluntad de Paris y no quiso reconocer á Enrique V á pesar de su antigua simpatía á la dominacion inglesa, pues esperaba tener un rey particular con el delfin y los armañacs, y continuar bajo una nueva forma su eterna guerra contra el Norte.

CAPÍTULO III.

El rey de París y el rey de Bourges. Juana de Arc. Tratado de Arras.—(1420—1435.)

§. I.—*Situacion de los borgoñones y los armañacs.—Batallas de Baugé y de Mons-en-Vimen.—Muerte de Enrique V y de Carlos VI.*—Repartíanse la Francia dos gobiernos muy diferentes. El partido borgoñon, que dominaba el norte tomaba el nombre del rey, y estaba sostenido por los ingleses; y el partido armañac, defendido por los escoceses y lombardos, que llevaba el nombre del delfin y poseía la Francia meridional. El primero tomaba el poder y la apariencia del derecho y era conducido por dos hombres de talento, reconocido por los estados, por el parlamento, la universidad y la capital; y el segundo, que tenia por jefe á un jóven indolente, voluptuoso y manchado con un crimen, se hallaba sin ejército, sin tesoro y sin el apoyo de un poder público, no teniendo mas defensores que los feroces habitantes del mediodía sin adhesion hácia los Valois, que se reaccionaban mas extranjeros que los ingleses, cuyos jefes hablaban la lengua francesa.

Pero aunque era débil este partido y hostil á las provincias del norte debia ser el salvador de la nacionalidad. Los borgoñones y armañacs parecian que habian combatido hasta entonces para apoderarse del gobierno con iguales derechos; pero cuando los borgoñones se aliaron con los ingleses y se confundieron con ellos, los paises del norte adquirieron el carácter de vencidos y los del mediodía el de defensores de la independenciam nacional, pasando todo el derecho al partido de los armañacs. De modo que este partido tuvo cuidado de apellidarse exclusivamente nacional y francés, y de echar en cara el nombre de ingleses á sus enemigos para cambiar la guerra civil entre borgoñones y armañacs en guerra nacional entre la Inglaterra y la Francia. Toda la nacion debia fundirse en este partido por odio contra la dominacion inglesa, y olvidando los vicios de Carlos, no ver en él mas que á

su representante, unirse á su causa para rechazar á los extranjeros y salir mas fuerte que antes de tan espantosa lucha.

Retiróse el delfin con una tropa de aventureros á algunos castillos de Auvernia, y recibió allí un decreto del parlamento de Paris condenándole al destierro y al desheredamiento de sus estados (1421). Sus principales fuerzas se hallaban en Anjou, donde el señor de Lafayette y el conde de Bucham vencieron á los ingleses en Bougé con un pequeño ejército de escoceses y franceses, y en cuyo combate murió el duque de Clarence hermano de Enrique V. Existian tambien en la Picardía algunos partidarios del delfin, entre otros Poton de Saintrailles, que hacian una guerra de verdaderos bandidos y que fueron vencidos en Mons-en-Vimen por el duque de Borgoña. Enrique V tomó entretanto á Montereau, Melun y Meaux, y trató á estas ciudades con la mayor crueldad (1422). No pensaba mas que en maltratar á sus nuevos vasallos, castigar con la muerte la queja mas insignificante, doblar los impuestos, falsificar la moneda (1), dar los empleos á los ingleses, tan rigurosos y rapaces como él, y en vivir por fin con fastuosa pompa, mientras el desventurado Carlos VI estaba desamparado, ignorado y miserable. La Francia se vió tratada como país conquistado, y maldijo á los ingleses, al tratado de Troyes y á Isabel que habia desheredado á su hijo; porque despues de haber confiado en que la dominacion de Enrique V pondria un fin á sus calamidades, veia que se acrecentaban sin cesar. El hambre y la epidemia despoblaban las provincias: los extranjeros lo recorrian todo ávidos del saqueo del reino: los soldados franceses solo hacian la guerra por la utilidad que les acarrea; y los habitantes de las campiñas, locos de desesperacion y miseria, vivian en las selvas como animales bravíos.

Murió Enrique V dejando por heredero un niño de ocho meses bajo la tutela de sus hermanos, el duque de Bedford para la Francia y el de Gloucester para la Inglaterra. Carlos VI le siguió á la tumba algunos meses despues (1422). Aquel fué un golpe terrible para la causa inglesa; un gran número de nobles la abandonaron, y se pasaron al partido armañac que empezó á ser el partido francés.

(1) El marco tuvo el valor de 5 hasta 16 libras.

§. II.—*Enrique VI y Carlos VII reyes de Francia.—Batallas de Crecant y de Verneuil.*—Mientras Enrique VI, hijo de Enrique V era solemnemente reconocido en Paris rey de Francia é Inglaterra, algunos señores que seguian el destino de Carlos VII proclamaron á este en un pequeño castillo de Auvernia. Desplegábase ante su porvenir un nuevo camino, pues debia dejar el papel de jefe de partido para tomar el de rey legítimo con el afán de reconciliar las facciones y unir las contra el extranjero; pero en vez de lanzarse á la guerra, las fatigas y los peligros para conquistar su corona, solo amaba los deleites y la vida retirada y campestre, dejando obrar por sí mismos á sus partidarios sin darles órdenes ni consejos, mirando su causa como perdida, y resignándose á su desdichada suerte. Todos los que abrigaban un resto de sentimiento nacional creian perdida la Francia con tal rey; y sin embargo lo que salvó su causa fué su carácter afeminado, indiferente y desesperado. El espíritu feudal renació en medio de las turbulencias; una multitud de señores, que no hubieran obedecido al rey si su genio fuera enérgico y fuerte al verle débil é indolente, tomaron su bandera é hicieron la guerra á los ingleses, nó por él, por su corona y por la Francia, sino por utilidad propia y por amor á la independencia y al saqueo; y sus victorias causaron que al fin de su vida fuera Carlos VII el rey mas poderoso y absoluto que existiera jamás en Francia.

La mayor parte del mediodía excepto la Aquitania, obedecia á Carlos, á quien por mofa llamaban el rey de Bourges, y enarbolaban además su bandera algunas ciudades y cuadrillas de aventureros en el Maine, el Orleanés, la Picardía y la Champaña. Los príncipes de sangre real que seguian su suerte eran Luis III, duque de Anjou, que estaba casado con su hermana, René de Anjou, hermano de Luis, que fué despues duque de Bar y de Lorena, el conde de Clermont, hijo del duque de Borbon prisionero en Inglaterra, etc. Eran extranjeros la mayor parte de sus soldados, de los cuales quince mil le habian sido enviados por el duque de Milan; y los escoceses ávidos de saquear la Francia, acudieron en masa. Carlos confiaba mas en estos extranjeros que en los franceses y les daba el gobierno y la mayor parte de los empleos: creó duque de Turena y teniente general del reino al conde Douglas, que habia acudido á su defensa con seis mil hombres

al conde de Buchan condestable, y á Juan Stuardo conde de Aubigni. La envidia de los armañacs contra estos aliados ambiciosos y altivos fué la causa principal de dos derrotas que casi acarrearón la ruina del partido.

Convocáronse en Bourges y en Carcasona simulacros de estados, donde se decretaron algunos subsidios. El consejo del rey resolvió entonces empezar á tener comunicacion con los señores que guerreaban en la Champaña, desfilando por Gien y apoderándose de Crevant-sur-Yonne. Juan Stuardo reunió ocho ó diez mil escoceses, lombardos y gascones, y se dirigió contra esta última ciudad: saliéronles al encuentro ocho mil borgoñones é ingleses: trabóse la batalla en el puente de Coulanges: los armañacs fueron vencidos, perecieron mil y doscientos escoceses, y cayó prisionero Juan Stuardo (1.º de julio de 1423).

Los armañacs del norte quedaron aislados con esta derrota y experimentaron numerosas pérdidas como la de Crotay, Compiègne y Guisa (1424). Los borgoñones intentaron entonces penetrar por la Normandía en el Maine y sitiaron á Lory. El duque de Alençon y los escoceses acudieron á libertar la plaza; siguiéronles el mariscal de Lafa yette y los lombardos, y los dos ejércitos contaban diez y ocho mil hombres. Bedford salió con doce ó catorce mil soldados, tomó una posición delante de Lory, se apoderó de la ciudad, y los franceses retrocedieron hasta Verneuil, la cual tomaron por sorpresa. Bedford les atacó (17 de agosto); la batalla fué muy encarnizada, y parecia decidida en contra de los ingleses, cuando deteniéndose los lombardos en saquear los bagajes, fueron completamente derrotados los franceses, perdiendo siete ú ocho mil hombres, pereciendo Douglas, Buchan y casi todos los escoceses, y cayendo prisioneros el duque de Alençon y Lafayette. Fué una nueva jornada de Azincourt por el número de nobles que quedaron en el campo de batalla.

§. III. — *Expulsion de los asesinos de Juan Sin Tierra.* — *Es nombrado condestable el conde de Richemond.* — *Mata este á los favoritos de Carlos VII.* — *Aventuras de Jacqueline de Hainaut.* — El partido armañac quedó aterrado con estas dos derrotas á las que no podia oponer mas que una insignificante victoria alcanzada en Segré por la nobleza de Anjou, donde perecieron dos mil ingleses. La causa de Carlos parecia á todos desesperada: no tenia

ejército para mantener la guerra : el Maine cayó en poder de los enemigos ; y perdieron todos sus castillos y Lahire, Champaña Saintrailles y Picardía. Pero á pesar de sus victorias, veían por su arrogancia disminuir de día en día sus partidarios. Su fuerza principal consistía en el duque de Borgoña que habia casado con Bedford á una de sus hermanas, y á otra con el conde de Riche-
mont, y que parecia enteramente adicto á sus proyectos de ven-
ganza y á la causa de Enrique VI. Mas comenzaron á cansarse de los ingleses los señores de su partido; algunos permanecieron neutrales, y el mismo conde de Riche-
mont se retiró á Bretaña. Si Carlos no se hubiera rodeado de una corte de favoritos, que aunque personas de resolucion y de recurso estaban manchados para siempre con el asesinato de Montereau, hubiera podido atraer á su partido á Riche-
mont y á muchos otros señores. Sus verdaderos amigos le impelian á que abandonase á unos hom-
bres que imposibilitaban su reconciliacion con el duque de Bor-
goña ; y el papa Martin V y Amadeo VIII, duque de Saboya, conferenciaban con todos los partidos para poner fin á esta guer-
ra. En fin Yolanda de Sicilia, madre de la reina, alcanzó de Car-
los VII que ofrecería al conde Riche-
mont la espada de condesta-
ble ; pues era el único medio de atraer la Borgoña á su partido y de ganarse á su duque. Despues de haber Riche-
mont pedido y obtenido el consentimiento de Felipe, aceptó el trato y formó en Bretaña un pequeño ejército y se dirigió á encontrar al rey (1425). Reuniéronsele todos los señores del Maine, Anjou y Berri ; y todas las ciudades le rogaron que libertase al rey de sus pérfidos consejeros, y de los ingleses al reino. Llegó á reunirse con el rey, que sus favoritos arrastraban de ciudad en ciudad, y le obligó á que los desterrase de su lado. Tanneguy-Duchatel, sinceramente adicto al rey manifestó su sacrificio diciendo: ¡No quiere Dios que quede á su lado para conquistar la paz! Y ayudando á Riche-
mont á alejar á sus compañeros, mató á uno que se resistía(1).» Fué nombrado senescal de Beaucaire. El presidente Louvet se retiró á Provenza, los demás fueron desterrados del reino, y solo quedó Giac que se puso al frente del consejo.

Hallóse entonces Carlos en una nueva posicion ; reprobió el

(1) Memorias de Riche-
mont p. 253.

crímen de Montereau, se separó de los armañacs, y no fué ya mas que el rey de Francia. El duque de Bretaña se reconcilió con él y le rindió homenaje: Felipe, á ruego de todos sus barones y desavenido con los ingleses por una ofensa particular, empezó á olvidar sus antiguos odios; y Richemont por fin volvió á emprender la guerra aprovechándose de un viaje de Bedford á Inglaterra. Mientras Juan, conde de Dunois é hijo bastardo del difunto duque de Orleans (1), libertaba á Montargis y derrotaba á los ingleses delante de esta ciudad, el rey se apoderó de Pontorson y desembarazó las fronteras de Bretaña (1426). Pero Carlos dejara contra su voluntad á sus favoritos, y aborrecia al cóndestable que era un hombre duro, brutal y orgulloso que reprendia sus debilidades, limitaba sus gastos y le imponía á la fuerza su voluntad. Dejó por fin á su favorito Giac que gastase el dinero y los víveres destinados para la guerra, de modo que Richemont se vió precisado á levantar el sitio de Saint-James de Beubron. Volvió este lleno de furor; y creyendo que podía atreverse á todo con un rey que mudaba de favoritos como de queridas, hizo prender á Giac en su lecho, le encerró en un saco y le arrojó al rio (1427). Carlos se enojó sobremanera; pero al momento se calmó su cólera, y un escudero llamado Beaulieu ocupó el puesto de Giac en su privanza. Richemont se volvió á Bretaña la cual habian atacado los ingleses; y tuvo tan poco éxito su empresa, que el duque su hermano se vió obligado á reconocer nuevamente el tratado de Troyes, y regresó á donde estaba el rey, donde halló en Beaulieu un enemigo tan encarnizado como Giac, y tan opuesto como él á la alianza borgoñona. Tambien le hizo asesinar y le reemplazó con el señor de Tremoille. Este era un hombre ambicioso y resuelto que lisonjeó los gustos voluptuosos del rey y su odio contra los guerreros, reunió en torno suyo á los cortesanos y dispuso soberanamente de todos los negocios. Richemond volvió del ejército presurosamente para deshacerse del nuevo favorito; pero Tremoille habia tomado sus medidas, y todas las ciudades se cerraron ante el cóndestable que se vió obligado á retirarse á Bretaña.

Mientras la corte de Carlos VII estaba entregada á estas intri-

(1) Obtuvo el condado de Dunois en 1439 de su hermano el duque de Orleans, y fué tronco de los duques de Longueville, de los cuales el último murió en 1672.

gas, estalló la discordia entre el duque de Borgoña y los ingleses. Jacqueline, condesa de Hainaut, Holanda, Zelanda y Frisa, estaba casada con Juan, duque de Brabante y primo hermano de Felipe: era una mujer malvada y libertina: abandonó á su marido, pasó á Inglaterra, hizo anular su matrimonio por el anti-papa Benédic'o XIII (1) y se casó con el duque de Gloucester (1421). Los dos maridos de Jacqueline empezaron á hacerse la guerra, y el duque de Borgoña tomó en ella una parte muy activa en pro de su primo. A pesar de las súplicas de Bedford llegó Gloucester al Hainaut con un ejército inglés y desafió á Felipe; mas bien pronto tuvo que volver á Inglaterra donde le disputaba la regencia su tío el cardenal de Winchester. Durante su ausencia Jacqueline perdió la mitad de sus estados y cayó prisionera (1425). El papa declaró nulo su matrimonio con Gloucester y le prohibió casarse con él aunque muriera el duque de Brabante. Murió este en efecto y le sucedió su hermano. Jacqueline llamó en su defensa á Gloucester, pero cansado ya de ella tomó otra mujer. Jacqueline pudo escaparse de su prision y se refugió en Holanda. El duque de Borgoña la persiguió allí, le hizo una guerra encarnizada y la obligó á firmar un tratado por el que le reconocía por heredero, dejándole de antemano el gobierno de sus cuatro condados sin reservarse mas que una modesta renta (1428). Murió ella ocho años despues, y Felipe se enriqueció con la posesion de la Holanda, la Frisa, la Zelanda y el Hainaut. Al mismo tiempo heredó el condado de Namur por medio de dinero.

§. IV.—*Sitio de Orleans.—Combate de Rouvray.—El pueblo quiere salvar á la Francia.*—Carlos no se aprovechó ni de la ausencia de Bedford que había ido á apaciguar la contienda de su hermano con el cardenal de Winchester, ni de la partida del duque de Borgoña, cuyas principales fuerzas estaban en Hainaut. Desde la desgracia del condestable había vuelto á sumirse en la indolencia, y la guerra se hacia sin actividad y con derrotas continuas. Las ciudades se rendian sin defenderse; los principales señores abandonaban la causa real; no existia gobierno y no se veía mas que miseria y desolacion por todas partes. En vano se convocaban los estados generales, pues nadie acudia á ellos: los

(1) Benédicto XIII se negó á abdicar su dignidad, á pesar de los decretos del concilio de Constanza, y se refugió en Aragón.

impuestos se cobraban por la fuerza, y apenas tenia con que alimentarse el soberano. Solo se reconocia su autoridad en las ciudades cercanas al Loira donde permanecia: los grandes eran independientes en la mayor parte del reino; y Juan de Grailles, conde de Foix (1), gobernaba soberanamente en el Languedoc y los paises de los Pirineos.

Bedford regresó de Inglaterra, renovó su alianza con Felipe, reunió quince ó veinte mil hombres y decidido á dar fin á la guerra, tomó y saqueó á Nogent-le-Roy, Jargeau, Beaugency, Pithiviers y Chartres. Enseguida sus tropas fueron á sitiar á Orleans, la principal plaza de armas del partido real, «desde donde habian resuelto los ingleses apoderarse del Berri, Auvernia y otros paises cercanos para llegar hasta Lyon (12 de octubre de 1428) (2).»

La salvacion de Orleans era la de todo el reino. Los orleaneses desplegaron un valor heróico y la mas noble lealtad; incendiaron los arrabales, fortificaron el puente y sus avenidas, y rechazaron todos los ataques. Francia entera se conmovió con su peligro: los estados convocados en Chinon notaron subsidios para libertarla, é invitaron á todos los feudatarios de la corona á ponerse bajo el pendon real «para salvar la monarquía de su último peligro:» Dunois, Lahire Santrailles, Lafayette Boussac, Chabannes y dos mil soldados acudieron á reforzar la plaza; y las ciudades cercanas le enviaron socorros de hombres y víveres. Pero los ingleses se apoderaron del puente, atacaron la ciudad por el norte y el mediodía, y construyeron en torno de los muros catorce fuertes de tierra y madera. Estaban estos escasos de víveres, mas Bedford les envió de Paris un convoy de pescado y harina escoltado por mil quinientos hombres. El conde Clermont, que reunia en Blois algunas tropas, resolvió arrebatar el convoy, y Dunois, Lafayette, Lahire y otros caballeros salieron de Orleans con el mismo objeto. Las dos divisiones reunidas ascendian á cinco ó seis mil hombres y encontraron el convoy en Rouvray (12 de febrero de 1429.) Los ingleses se hicieron fuertes detrás de sus carros, pero abrasados con el fuego de cuatro cañones iban á verse obligados á rendirse, cuando los caballeros franceses hicieron cesar el fuego de su artillería para lanzar-

(1) Era hijo de Isabel de Foix heredera de Gaston Febo y de Archambaut de Grailly, adalid de Buch.—(2) Proceso de la doncella de Orleans.

se sobre ellos desordenadamente. Entonces recobraron los ingleses la ventaja, y pusieron en derrota á sus enemigos que perdieron cuatrocientos hombres.

Esta derrota deshonorosa, conocida con el nombre de *jornada de los arenques*, acabó de llenar de consternacion á la Francia. Parecia que los ingleses no podian ser vencidos aunque inferiores en número, y que la caballería francesa era la mas despreciable de Europa. Desalentados los orleaneses trataron con el duque de Borgoña para entregarle la ciudad en custodia hasta que volviese su primo de Orleans, que se hallaba prisionero en Inglaterra. El duque aceptó la proposicion; pero Bedford la rechazó con insolencia, aunque debiera, segun el tratado de Troyes, conservar sus rentas á los príncipes reales, pues decia «que no queria trabajar por cuenta ajena (1).» Cruzáronse vivas discusiones y altercados, y Felipe se retiró muy enojado mandando á sus súbditos que se hallaban en el sitio que abandonasen el ejército inglés.

Era segura la perdicion de Orleans y la de toda la Francia. Sepultado el rey en su indolencia iba á huir al mediódía, y todos los que le rodeaban, entregados á las mas bajas intrigas, defendian á Trémoille ó á Richemont. La nobleza habia manifestado bien claramente en numerosas derrotas que era incapaz de salvar á la Francia; y el clero, cómplice de las tiranías de los señores, estaba deshonorado y desacreditado por el gran cisma... ¡Quedaba el pueblo! el pueblo que tanto habia sufrido con las contiendas que no le interesaban, el cual ya no confiaba en los nobles, ni en los prelados, ni en los reyes, y que en medio de tantas calamidades habia visto engrandecer su fuerza y su poder. Cuanto mas crecian sus miserias, mas se ponía con resignacion en manos del Señor, y su fe crecía con sus sufrimientos. Convenciéndose de que la Francia debia sus desgracias á sus pecados, se humillaba, hacia penitencia y esperaba que su salvacion vendria del cielo. Era voz pública que todas las adversidades del reino de un siglo hasta entonces procedian de las maldiciones lanzadas por Bonifacio VIII sobre la familia real hasta la quinta generacion. Decian pues, «que habiendo pasado esta quinta generacion estaban terminados los males de la Francia (2).»

(1) Proceso de la doncella de Orleans, p. 4.—(2) Juvenal de los Ursinos, Historia de Carlos VI.

En medio de la extrema miseria, del desaliento y embrutecimiento de los espíritus, y de la humillacion profunda en que yacia la Francia, el cielo le habia enviado un consuelo, un libro sin nombre que parecia salido de la misma mano que el Evangelio, y que estaba impregnado de la fe sencilla y resignada del pueblo. Era la *Imitacion de Jesucristo*. La fe sencilla y resignada del pueblo iba á engendrar prodigios. Habia manifestado su patriotismo al principio de esta época con el heroismo de los de Calais; lo manifestaba con el heroismo de los orleaneses, y por fin se iba á alzar personificado en un ser mezquino, en una jóven de veinte años..... una pobre campesina..... ¡El pueblo iba á salvar á la Francia!

§. V.—*Juana de Arc.—Los ingleses alzan el sitio de Orleans.—Batalla de Patay.—Consagracion de Carlos VII.*—Vivia en la aldea de Domremy en el Barrois (1) una jóven llamada Juana de Arc, nacida en 1409 de padres virtuosos, pobres y leales al partido realista. Decia que hacia cinco años tenia visiones extrañas en las que los santos le mandaban que fuera á libertar á Orleans, y á conducir al rey á Reims para consagrarle. El rey era la personificacion de la patria, segun la opinion popular, era amado y respetado, se le creia hermoso, amable y gracioso; le adornaban con todas las virtudes que no tenia, y se le queria salvar á pesar suyo. Juana resumia todos estos sentimientos é ideas del pueblo: era fuerte, hermosa, sencilla, de una piedad exaltada, de una virtud sin mancha, y habia ofrecido á Dios su virginidad. Declaró su mision (enero de 1429) á Baudricourt, capitán de Vancouleurs que al principio la creyó loca. «Es preciso, dijo ella, que llegue hasta el rey, porque nadie en el mundo, sea el rey, duque ó cualquier otro puede reanimar el reino de Francia, que no tiene mas auxilio que mi persona.» Baudricourt se interesó por fin por su constancia y su candor. Convencieron sus palabras á dos nobles, que respetando su fe y su virtud, la ofrecieron conducir hasta el rey y proporcionarle un traje de guerrero. A pesar de las lágrimas de sus padres partió acompañada

(1) El ducado de Bar era vasallo de la corona de Francia desde el año 1301 por un tratado hecho entre Felipe el Hermoso y Enrique III, décimo tercero duque de Bar. La familia de estos duques comienza en 931 y acaba en 1419 con Luis I, cardenal de Chalons sucesor de su hermano Eduardo III muerto en Azincour, y dejó su herencia á René de Anjou nieto de su hermana Yolanda.

de su hermano, de dos nobles y de sus servidores en medio de los temores y bendiciones de los habitantes de Vancouleurs. Era menester hacer un viaje de ciento cincuenta leguas por provincias sometidas á los de Inglaterra y al través de mil cuadrillas de aventureros que recorrían el país; pero Juana no temió ningun peligro, y llegó sin obstáculo á Chinon (24 de febrero). Presentáronla al rey, que le hizo sufrir numerosas pruebas; pero no la desalentaron los disgustos, reprensiones y burlas de aquella corte impía y desordenada, y persistió en sus creencias con una sencillez fuerte y razonada. Jamás dejó de ser firme en su fe, pura en sus costumbres y entusiasta por su misión. «Dios se ha compadecido de vos, decía al rey, de vuestro reino y de vuestro pueblo.» Habló tan maravillosamente del modo con que se podían arrojar de Francia á los ingleses, que quedaron asombrados al oírlo el rey y su consejo, pues los medios que proponía eran tan sencillos como su corazón y ademán de pastorcilla (1).»

Condujéronla á Poitiers donde tenían su permanencia el parlamento y la universidad: la interrogaron los teólogos y los juristas, quedando maravillados de su cándida sabiduría, y «no hallaron en ella mas que humildad, virginidad, devoción y sencillez (2).» Eran universales la sorpresa y la admiración: la reina, la duquesa de Alençon y todas las demás mujeres quedaban extasiadas oyendo la heroína, y los mas incrédulos se prosternaban por fin ante esta jóven tan buena y animosa, tan modesta y exaltada. Todos los que veían aquella figura entusiasta y graciosa se hacían sus admiradores; y «no hubo nadie que después de haberla conocido no dijera llorando que era una hechura de Dios (3).» No se atribuía nin un poder milagroso, pero jamás dudó de su misión. «Mi empresa, decía, es un ministerio.» Santamente convencida del porvenir de su patria, decía sencillamente: «¡Yo debo salvar á la Francia!» Después de Dios, la patria era lo que mas amaba su alma, ó por mejor decir, confundía estos dos amores en uno solo. «Pelear contra el santo reino de Francia, decía, es pelear contra el rey Jesus (4).»

(1) Crónica de la Doncella de Orleans.—(2) Opinión de los doctores de Poitiers, en el apéndice de Buchon, p. 405.—(3) Crónica de la doncella, p. 300.—(4) Carta de Juana al duque de Borgoña.

La fama de la doncella (de este modo se llamaba á sí misma) se esparció bien pronto por todo el reino, y el corazón de la Francia latía de esperanza y de confianza en Dios. El pueblo se sentía renacer: se vió retratado en Juana de Arc, á quien llamaba «la hija de Dios y de gran corazón (1),» y no tuvo más simpatías que en favor suyo. Creíase universalmente en el mundo cristiano que la Francia, tan rudamente castigada cien años hacía, había merecido que Dios la mirase con ojos piadosos, y que Juana iba á hacer milagros. Los ingleses se llenaron de terror; la confianza pasó desde su campo al de los franceses, y se creyeron perdidos, ya que la doncella fuese creación del cielo ó del infierno. Orleans esperó transportada de alegría á la santa doncella.

Dieron á Juana un *estado*, es decir una casa, compuesta de un escudero, dos pajes, dos heraldos y un capellan, y cuyo jefe era el anciano y buen caballero Juan de Authon. Su escolta se componía de doce caballos. «Ella llevaba una armadura enteramente blanca, un hacha en la mano, y montaba un gran corcel negro: un gracioso paje llevaba su estandarte plegado; y la seguía su hermano vestido de punta en blanco como ella (2).» Su bandera era blanca sembrada de flores de lis con una imágen de Cristo y estas palabras: «Jesus y María;» y llevaba con tanta gracia y desenvoltura su traje de guerrero como si toda su vida hubiera usado de él (3).»

Diéronle un pequeño ejército que había de entrar un convoy en Orleans, del que formaban parte el almirante de Culant, el mariscal de Boussac, Lahire, etc. Después de haber inspirado un poco de devoción y orden á su tropa, compuesta de soldados brutales y licenciosos, partió de Blois. Aterrados los ingleses al saber su llegada abandonaron sus fuertes del mediodía, y dejaron pasar el convoy. Juana despidió su tropa, y entró sola en Orleans (29 de abril de 1420).

Fué triunfalmente recibida en la ciudad. Todos se arrojaban á sus piés, besaban sus vestidos y la miraban como un ángel de Dios. No se desmintió su conducta; siempre fué piadosa y sencilla, animosa y sufrida, y de una pureza angelical en medio de

(1) Proceso de la Doncella, p. 99.—(2) Carta de Gui de Laval, testigo ocular.—(3) Crónica de la Doncella, p. 302.

los desórdenes de la guerra, humilde, amada y admirada de todos, hasta de los jefes que la conducian, porque su único deseo era lanzarse á combatir arrastrando trás de sí á todos los guerreros. Siendo la primera en acometer y la última en retirarse, peleaba con humildad, desarmando al enemigo con sangre fria de la lanza ó del hacha. Al ver derramarse sangre francesa se ponía fuera de sí: «¡Ay! decia, jamás he visto la sangre de un francés sin que se me erizasen los cabellos.» Los ingleses estaban ciegos de cólera y de vergüenza, pues solo dos dias bastaron á Juana para tomarles los fuertes despues de recibir dos heridas. Al tercer dia, y viendo el auxilio sobrenatural que hacia invencible á Orleans, levantaron el sitio, abandonaron sus cañones y bagajes, y se retiraron á Jargeau y á Beaugency (8 de mayo).

La doncella partió para Tours, dió cuenta al rey de su victoria, y le impelió á que marchara á Reims, pues su opinion, como la del pueblo, era que la consagracion hacia á los reyes, y ella siempre llamaba á Carlos el bello delfin. «Yo no viviré mas que un año, le decia, y es preciso emplearlo bien.» Pero era difícil el viaje, pues era forzoso atravesar ochenta leguas de país ocupado por las guarniciones inglesas. Se resolvió apoderarse de las ciudades situadas entre el Loira y el Sena para facilitar esta expedicion aventurera, emprendida bajo la fe de una pobre y sencilla jóven. Pusieron sitio á Jargeau cuatro mil hombres mandados por el duque de Alenzon. Llegó Richemont á reunirse á este ejército con dos mil hombres: Tremoille queria que se pelease contra ellos como si fueran enemigos; pero las instancias de Juana convencieron al favorito, y fueron aceptados los leales ofrecimientos del condestable. Jargeau fué tomada por asalto, y la doncella fué la primera que subió por la brecha recibiendo otra herida. Rindióse tambien Beaugency, y Lord Talbot reunió las guarniciones inglesas y emprendió su retirada hácia Paris con cinco ó seis mil hombres. La doncella hizo que se decidiesen á dirigirse contra él, y presentarle la batalla. Tan habituados estaban los franceses á ser vencidos, que pareció una osada resolucion; pero al grito de guerra de Juana se precipitaron sobre sus enemigos, los alcanzaron en Patay y los acometieron con furor. Los ingleses fueron completamente derrotados dejando en el campo dos mil y quinientos cadáveres, y cayendo el mismo

Talbot prisionero (18 de junio de 1429). La batalla de Patay, aunque de poca importancia en sí misma, causó una impresión de mucha trascendencia, y fué considerada como un milagro de Juana que había devuelto la victoria á las armas francesas. Subleváronse todas las ciudades situadas entre el Sena y el Loira, y los restos del ejército inglés á duras penas llegaron á Corbeil.

Aquella victoria abrió el camino de Reims: los ingleses estaban aterrados: Bedford, abandonado de los borgoñones y reducido á sus propias fuerzas, veía las ciudades del norte dispuestas á sublevarse; y los del mediodía corrían en masa á engrosar el ejército real. Carlos VII permanecía empero en la inacción, y por consejo de Tremoille, que no quería que el rey se reuniese con el ejército, se negaba siempre á salir de su corte. Juana fué á Gien, y le suplicó en vano que se dejase conducir á Reims. Finalmente cuando Richemont y Culant dispersaron todos los enemigos del valle del Loira, se decidió á partir impelido por las reiteradas instancias de sus servidores y á pesar de Tremoille. Le acompañó toda la nobleza, la cual acudía en masa sin querer sueldo; y muchos hidalgos que «no tenían con qué armarse iban como arqueros ó soldados rasos, pues todos esperaban en el buen éxito de la empresa de Juana que tan rápidamente había atraído sobre Francia inmensos bienes (1).» Solo se le prohibió la asistencia al condestable que deseaba suplicar al rey, diciendo que haría cuanto quisiera «hasta besarle las rodillas;» pero Carlos se acordaba aun de la muerte de sus favoritos, y dijo «que prefería no ser consagrado en toda su vida antes que serlo en su presencia (2).» El condestable se quedó en el Maine y el Aujou á hacer la guerra contra los ingleses de Normandía.

Compuesto el ejército real de doce mil hombres, se puso en marcha (28 de junio) atravesando el país enemigo, sin provisiones, sin dinero y sin retirada segura; pero disminuidos los ingleses con las derrotas de Orleans y de Patay, y llenos de inquietud por la sublevación de los pueblos, no se atrevieron á detenerlo. Llegaron á Troyes que se preparó para resistirse, y ya el ejército real pensaba en retirarse viéndose sin artillería cuando la doncella prometió rendir lá ciudad, y lo dispuso todo para el

(1) Crónica de la Doncella, p. 359.—(2) Crónica de Richemont, p. 283.

asalto. Al verla despidieron su guarnicion los habitantes de Troyes y se rindieron con la condicion de una completa amnistia. Por fin llegó á los muros de Reims y sus habitantes arrojaron su guarnicion borgoñona y abrieron las puertas. El rey hizo su entrada con grande pompa y fué consagrado al dia siguiente. Se hallaba la doncella en la ceremonia con su bandera en la mano y sus padres presenciaban su triunfo (17 de julio).

Acabada la consagracion abrazó ella las rodillas del rey diciéndole: «He cumplido lo que Dios me ha mandado; alzar el sitio de Orleans y hacer consagrar al hermoso rey, y quisiera ahora que me ordenara volver al regazo de mis padres y á guardar su ganado.» Pero Carlos y sus capitanes, que conocian la importancia de la heroína que tanto entusiasmo excitaba en su ejército, no la dejaron partir. Desde entonces no abrigó tanta fe de sí misma, y se sentia inquieta y sin resolucion, aunque desplegó siempre el mismo valor y la misma lealtad.

§. VI.—*Guerra de Carlos en el norte de Francia.—Ataca este á Paris.—Vuelve al mediodia.*—En apurada situacion se hallaba Bedford, pues en vez de conquistar el mediodia, solo pensaba en conservar el norte, el cual se agitaba ya al aproximarse el rey, y de donde sacaba emperó sus mejores soldados. Laon y Soissons enviaron su sumision á Carlos, y arrojaron sus guarniciones los vecinos de Crecy, Coulombieres, Provins y Chateau-Thierry. El ejército real pensó acometer á Paris desde esta última ciudad, pero Bedford que acababa de recibir cuatro mil ingleses, que hiciera pasar el estrecho al cardenal de Winchester, y que habia reunido las tropas borgoñonas y la milicia parisiense, formó un ejército de diez mil hombres, avanzó hasta Montereau y desafió á Carlos VII. Todo estaba dispuesto para comenzar la batalla; mas Bedford se retiró á Paris despues de haber inspirado un poco de confianza á sus tropas haciéndoles ver al enemigo.

El ejército real no se veia seguro en una posicion tan avanzada y léjos de los paises que le proporcionaban todos sus recursos: los cortesanos querian llevar al rey á las ciudades del centro y hundirle otra vez en la indolencia, pero no se pudo pasar el Sena en Bray, «de lo que se alegraron sobremanera los duques de Alenzon, de Borbon y de Bar, y los condes de Vendome y

de Laval lo mismo que los franceses, porque eran de opinion de que el rey debia pasar adelante la conquista, visto el poder que tenia y que sus enemigos no se habian atrevido á acometerle (1).»

Retrocedieron pues á Chateau-Tierry y amenazaron desde allí á Paris. Sometiéronse Compiègne y Beauvais al acercarse el rey: estas dos ciudades abrieron el camino de la Normandía: la doncella y Dunois precisaron al rey á que arrebatase á los ingleses esta provincia, que habia sido su primera conquista, el país que era su camino hácia Inglaterra y en el que tenian mas arraigada su dominacion. Pensando Bedford en el momento en que vendria evacuar la Francia, queria al menos conservar la Normandía, y con esta idea se adelantó hasta Senlis para cerrar al ejército real el camino de Ruan, y se colocó en una formidable posicion. Halláronse bien pronto los dos ejércitos frente á frente, y se dispusieron á una batalla formal por vivas escaramuzas; pero no pudiendo Carlos sacar á campo raso á los ingleses, alzó las tiendas y se volvió á Compiègne.

Se habian sublevado muchas ciudades de Normandía al saber la llegada del rey, y mientras Bedford las volvió á someter, el ejército real se apoderó de San Dionisio y amenazó á Paris. Desseando los cortesanos eternizar la guerra, se opusieron á que se atacase la capital donde habia inteligencias muy seguras. Pero aunque cansada la ciudad del yugo de los ingleses conservaba aun su odio contra los armañacs, que, segun decian, habian decidido arrasarla; los jefes del pueblo y del parlamento, eran ardientes borgoñones que debian temer la venganza de los realistas, y excitaron al populacho á defenderse con teson. La doncella hizo decidir el ataque de la puerta de san Honorato, á pesar de la oposicion de los cortesanos, «los cuales deseaban que le sucediera alguna desgracia (2):» ganó el baluarte, pero herida y detenida por el foso, se vió obligada, á pesar suyo, á retirarse con sus soldados (29 de agosto de 1429).

Bedford acudió con su ejército, y Tremoille decidió al rey á que regresara al Loira, lo cual era, segun él decia, para favorecer las negociaciones entabladas con el duque de Borgoña que

(1) Crónica de la Doncella, p. 341.—(2) Id. ibid. p. 346.

auguraban un feliz resultado (12 de setiembre); pero abandonábase el campo en el momento en que la sublevacion de todas las ciudades del norte iban á decidir al borgoñon á hacer la paz. El conde de Clermont quedó encargado del mando de las tropas del norte, y se pusieron guarniciones en Compiègne, Senlis, Lagny y San Dionisio, y el rey regresó á Gien con su ejército (1). Esta retirada tan intempestiva alarmó al pueblo, cuyo movimiento contuvo, y enfrió al duque de Borgoña que hizo no obstante un armisticio.

Bedford volvió á Paris para atraer á Felipe á la causa inglesa, y le cedió la regencia á instancias de los parisienses, no reservándose mas que el gobierno de la Normandía y retirándose á Ruan. No tuvo mas empeño en pelear el duque de Borgoña; prolongó su armisticio hasta la primavera siguiente, y partió á Flandes dejando Paris miserable y sin defensa. Casóse entonces con Isabel de Portugal, y para celebrar este enlace y dar un lazo comun á la nobleza de los diversos países que dominaba, instituyó la orden del Toison de Oro (1430).

El rey hizo atacar entonces las plazas del Loira, y el valor de los capitanes unido al heroísmo de Juana de Arc arrebató á los ingleses á Cosne, la Charité y Saint-Pierre-le-Montier. Empezaba á ser olvidada la santa jóven: los señores estaban zelosos del ascendiente que habia adquirido en el ejército: muchos habian concebido por ella impuros pensamientos, «pero al hallarse en su presencia, desaparecian los sentimientos malvados é innobles (2).» Sencilla siempre y modesta, á pesar de la adoracion del pueblo, pudorosa siempre y respetada por los soldados licenciosos que la seguian, inspirada siempre y sostenida por los sentimientos populares, «cuando llegaba á las ciudades, se juntaba con las jóvenes y vivia y trataba solo con ellas; pero nunca abandonaba las armas cuando se hallaba en los campamentos (3).» Su devocion fué siempre tan grande, que cuando los

(1) A su regreso ennobleció para siempre á la familia de Arc y le dio el nombre de Du Lis. Sus armas eran «escudo azul con dos flores de lis de oro y una espada de plata con guarnicion dorada, la punta hácia arriba con una corona de oro.» (Cartas patentes de Luis XIII en favor de Carlos y Lucas Du-Lis hijo de un biznieta de Pedro de Arc, hermano de Juana.—(2) Crónica de la Doncella de Orleans, p. 341.—(3) Id. ibid.

señores la oían que daba gracias á Dios con los ojos vueltos al firmamento, la creían bajada del cielo (1).»

§. VII.—*Sitio de Compiègne.—Juana de Arc prisionera.—Derrotas de los ingleses.*—Reanimóse la guerra con la primavera: el pueblo estaba decidido á salvar la Francia á pesar del rey; fueron rechazados los ingleses en Melun y en Louviers, y por todas partes se encendió una guerra de combates particulares. Acudió en defensa de los habitantes del norte un ejército real que ni Carlos VII ni ningun príncipe mandaba, y la doncella se hallaba sola en él con guerreros brutales é indisciplinados que la miraban con desconfianza y sin cariño. No obstante, su presencia reanimó el zelo del pueblo y el espanto de los ingleses; pero el duque de Borgoña se apoderó de muchas plazas y puso sitio á Compiègne que defendieron vigorosamente los franceses. Precipitáronse dentro de la ciudad la doncella, Santrilles y Chabannes, é hizo ella una salida al campo sitiador aquel mismo día. Fué rechazada despues de haber hecho prodigios de valor; sus soldados se arrojaron tumultuosamente sobre el puente, cubrió ella la retirada retrocediendo la última, y halló cerrada la puerta, cayendo prisionera en poder de los soldados del señor de Luxemburgo (24 de mayo de 1430).

Esta desgracia fué objeto de una alegría sin igual para los ingleses, y de inmensa tristeza para el pueblo que acusó á los compañeros de la doncella de haberla vendido y abandonado. Reclamáronla en seguida la Inquisicion, y Cauchon obispo de Beauvais, que era uno de los partidarios mas crueles de los ingleses, por haber sido presa en su diócesis. Despues de seis meses de distintas prisiones, la vendió á los ingleses el señor de Luxemburgo (2), y entregada al obispo de Beauvais, fué conducida al castillo de Ruan, y encerrada en una caja de hierro donde sufrió mil tormentos, y hasta tentativas de impúdica violencia. Carlos no hizo ninguna demostracion para rescatar á la heroína, aunque le hubiera sido fácil libertarla del señor de Luxemburgo, «que de ningun modo queria entregarla á los ingleses.» Abismado el rey en sus placeres, contemplaba como

(1) Crónica de la Doncella de Orleans p. 355.—(2) Fué proclamada por Bedford segun un uso feudal que dabá al rey el derecho de rescatar á los príncipes ó generales prisioneros mediante 10,000 fr. Juana fué rescatada por ésta suma.

un extraño esta guerra atroz en la que el pueblo sufría tanto, y no le conmovían los sacrificios hechos en favor suyo, ni la energía tenaz y constante de sus ciudades; y la muerte de sus capitanes, ni la suerte que esperaba á la pobre jóven que había puesto en sus sienes la corona. El afán de Tremoille se cifraba en tenerle hundido en el ocio, en la ignorancia y en la indisplacencia: alejaba de su lado sus mejores servidores, dilapidaba su tesoro, dejaba sin paga á los soldados, y sin magistrados á las ciudades; y en esta misma época solo se ocupaba en satisfacer el odio que tenía al condestable, empleando contra él las pocas tropas y el dinero que le quedaban al rey.

Continuó el sitio de Compiègne; pero el duque de Borgoña fué llamado desde sus estados por la muerte del duque de Brabante, de quien era heredero, y añadió entonces á sus títulos los de duque de Brabante y de Limbourg y de marqués de Anveres. Extendióse cada vez mas su dominación en los Países Bajos, adquiriendo el aspecto de un soberano extranjero y dejando de interesarse en los negocios de Francia. No obstante, desde que era regente, era el único que llevaba todo el peso de la guerra, de la que no sacaba ningun provecho y en la que jamás le sonreía la victoria. Á pesar de hallarse Compiègne reducida al último extremo, se defendía con encarnizamiento, y los capitanes realistas reunieron cuatro mil hombres y atacaron á los borgoñones en su mismo campamento, al mismo tiempo que los sitiados tomaban los reductos enemigos. Dispersáronse los borgoñones, se levantó el sitio (28 de octubre de 1430), y los franceses se apoderaron de muchas plazas de Picardía. Reunió entonces Felipe un nuevo ejército; pero habiendo derrotado Saintrailles en Germigny su vanguardia, no se atrevió á admitir la batalla que este le presentaba. Casi al mismo tiempo el señor de Barbazan, que era uno de los mas valientes capitanes de Carlos VII, venció cerca de Troyes á otro ejército borgoñon, y le hizo dueño de toda la Champaña. Finalmente el señor de Goncourt, gobernador del Delfinado, derrotó en Auton cerca del Ródano á un cuerpo de tropas que conducía el señor borgoñon, príncipe de Orange, para conquistar esta provincia, y el mediodía quedó enteramente libre de los borgoñones.

§. VIII. — *Proceso y muerte de Juana de Arc.* — Desesperados los

ingleses con tantas desgracias conocian que iba á terminar su dominacion en Francia, y hasta Paris se cansaba de ellos. La primera causa de sus derrotas era Juana de Arc: su aparicion habia turbado su prosperidad y excitado el patriótico entusiasmo de los franceses; y por esta razon pedian su muerte con furor, «considerando, decia el rey Enrique en sus cartas, los males innumerables que ha causado á nuestro poder ese discípulo y secuaz del demonio (1).» Creian que su muerte les daria la victoria, y que harian ver al pueblo con su condenacion, que no habia tomado Carlos VII por auxiliar al cielo, sino al infierno. El proceso de la doncella empezó ante el obispo de Beauvais y Juan Magístri, vicario del inquisidor de Francia, y hallándose presentes mas de cincuenta doctores y consejeros (12 de enero de 1431).

Fué el proceso un modelo de iniquidad y de deshonra, en el cual se desplegó contra la pobre jóven el mas infame encarnizamiento. Dice el historiador del proceso «que no menos afan impelió al obispo y sus compañeros á hacer morir á la doncella, que á Caifás y á los fariseos para condenar á Nuestro Señor (2).» Empleáronse la mentira, la calumnia y la mas descarada perfidia para hallar un motivo de acusacion. Le dieron por confesor á un hombre que le hacia traicion, imbuyéndole errores y revelando sus confesiones, y no le permitieron ni consejero ni defensor. Le hicieron sufrir diez y seis interrogatorios tortuosos, sutiles y desapiadados (21 de febrero al 27 de marzo), la entorpecieron y confundieron con las mas arduas, extrañas y mas oscuramente teológicas cuestiones, truncaron sus respuestas y las omitieron, obligando á los escribanos á que las falsificaran. La santa jóven estuvo siempre admirable de heroismo, piedad y modestia: no se pudo sorprenderla en ningun error sobre la fe, siendo una pobre campesina que solo sabia sus oraciones, ni fué posible lograr una retractacion de esta débil mujer, que no ignoraba que su constancia la conducia á la muerte. Sus respuestas eran siempre sensatas, sencillas, sublimes y algunas veces satíricas, que confundian á sus jueces y en especial al obispo, á quien ella de-

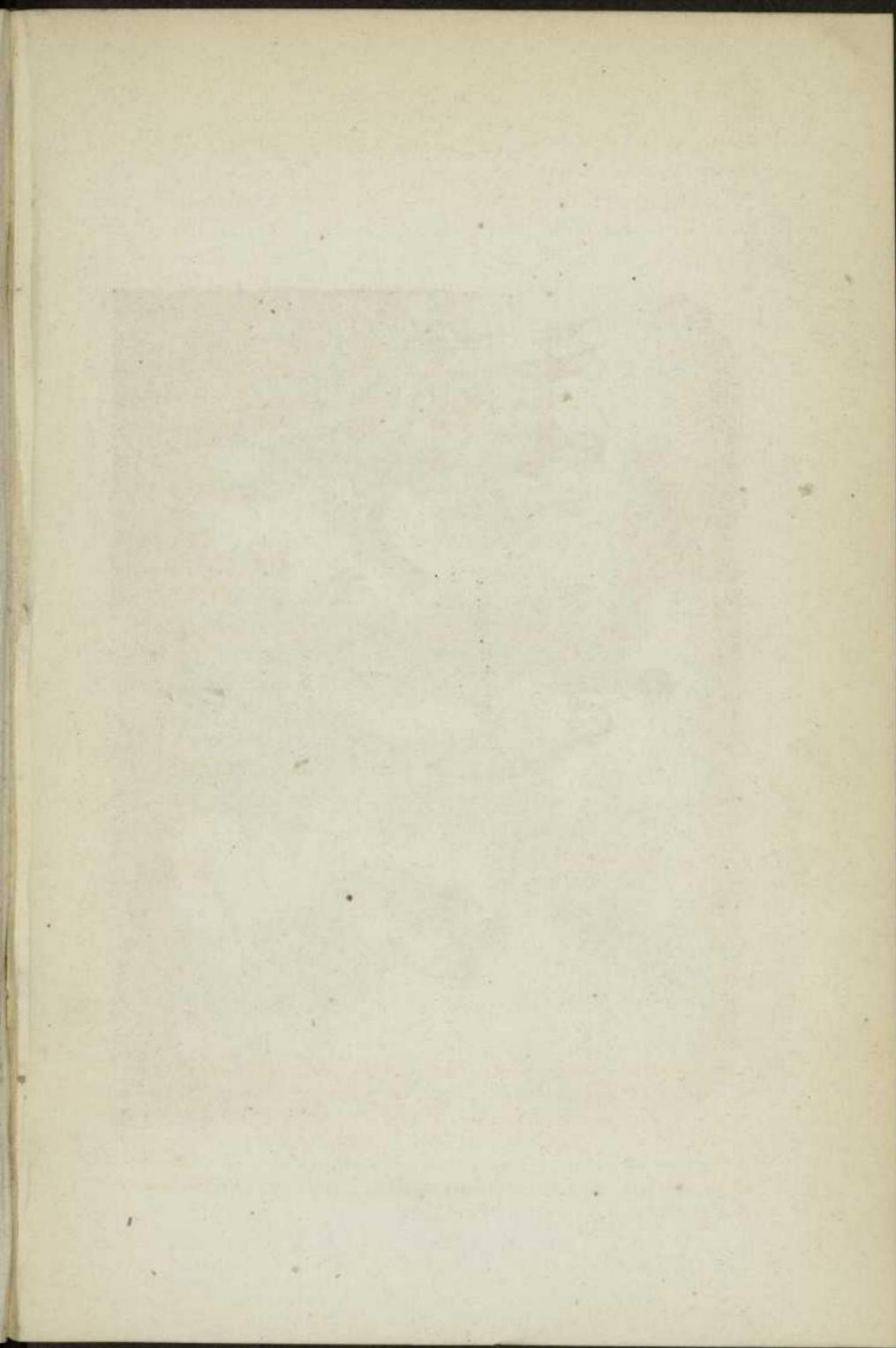
(1) Monstrelet, cap. 72 — Rymer. L. XI. p. 403. — (2) Proceso de la Doncella de Orleans p. 40.

cia muchas veces: «Reflexionad que sois mi juez, y que es inmenso vuestro cargo.»

Le hicieron jurar que diría todo lo que sabía, esperando arrancarle los secretos del consejo de Carlos VII. «Os diré todo lo que tenga referencia con mi proceso, les respondió; pero hay cosas que vanamente me preguntareis.» Y al ver que persistían, añadió con nobleza: «Pasad á otra cosa, eso no pertenece al proceso. Preguntádselo al rey y él os responderá (1).» Apeló al papa; pero Cauchon prohibió al escribano que diera curso á una apelacion «del diablo.» «¡Ay de mí! decía siempre Juana; escribís todo lo que me es contrario, pero no lo haceis así con lo que me favorece.» El obispo le preguntó si sabía que estaba en gracia de Dios: «Señor, dijo ella, es muy difícil empresa responder á esa pregunta.—Es cierto, interrumpió uno de los doctores, ¿cómo es posible que responda la acusada á una pregunta de conciencia?—Obraríais mejor callando,» dijo el obispo al doctor, y repitió su pregunta. «Si no lo estoy, respondió la santa jóven, Dios querrá dárme la, y si estoy en ella, él mismo sabrá conservármela (2).» Le preguntaron porque llevaba una bandera y dijo: «Llevaba una bandera en vez de lanza para evitarme el matar á alguno. Jamás á nadie di la muerte. Yo les decía: «Acometed con valor á los ingleses, y yo con ellos acometía (3).» ¿Fijabais la esperanza de la victoria en vuestra bandera? le preguntaron —No: la fijábamos en Dios y no en otra parte (4).—¿Por qué llevabais esa bandera cuando estabais cerca del altar en la consagracion de Carlos?—Porque era justo que gozase tanto honor despues de haber sufrido las fatigas (5)!»

Tanta animosidad y candor redoblaba el furor de los ingleses, que amenazaron de muerte á los consejeros, de los cuales algunos huyeron; y enviaron una falsa relacion de sus respuestas á la universidad de Paris, que declaró supersticiosas y fingidas

(1) Proceso de la Doncella de Orleans p. 66.—(2) Id. p. 68.—(3) Id. p. 82.—(4) Id. p. 129.—(5) Id. p. 433.—Tambien le preguntaron si el rey habia obrado bien matando al duque de Borgoña. Ella respondió: «Fue una gran pérdida para el reino de Francia, pero sea cualquiera la causa de aquella desgracia, Dios me ha enviado para defender al rey de Francia (Proceso, p. 130) —Aborrece Dios á los ingleses? —No sé si Dios ama ó aborrece á los ingleses, pero sé muy bien que serán arrojados de Francia.» (Proceso, p. 427).





las revelaciones de Juana. Pero no pudiendo probar el crimen de hechicería, Cauchon se ciñó á acusar á la Doncella de su obstinacion en conservar su traje de hombre, y de rechazar el juicio de la Iglesia que declaraba falsas ó ilusorias sus visiones. Empleáronse todos los medios, amenazas, instancias y promesas para prepararla á una retractacion. La pobre jóven estaba fascinada; pues siendo tan piadosa, tan sumisa á los sacerdotes y acostumbrada á creerlos, no comprendia el objeto de aquel conjunto de odios; pero lo mismo se sostenia su fe en la Francia que en Dios. «Yo he hecho bien, decia ella, en todo lo que he hecho. Conozco que me harán morir los ingleses, creyendo conquistar la Francia despues de mi muerte; pero aunque vinieran cien mil *goddem* mas, no seria suyo este reino.»

En fin, cansada, engañada, y exponiéndose á todo, consintió en lo que de ella se queria. «Ya que los sacerdotes dicen que son increíbles mis visiones, no las sostendré mas.» Y le leyeron un escrito en que prometia no vestir mas traje de hombre, y declaraba que se sometia al fallo de la Iglesia; pero sustituyeron á este escrito otro que hicieron firmar á la pobre jóven, que no sabia leer, en el que se declaraba hereje, hechicera y prostituta. «¡Ya veis como confiesa!» exclamó el obispo; y los dos jueces pronunciaron la sentencia que la condenaba á ser encerrada «en cárcel perpetua con pan de dolor y agua de angustia (23 de mayo de 1431).»

Al oír los ingleses esta sentencia que reputaron demasiado suave, desenvainaron furiosos las espadas, y quisieron matar á los jueces. «Ya la volveremos á encontrar» les dijo Cauchon.

Juana fué hundida en un calabozo, y la obligaron á vestir el traje de su sexo; pero allí empezó un nuevo suplicio, pues quisieron violentarla los soldados, y volvió á vestir el traje de hombre que le habian dejado con premeditada intencion. Espiáronla los ingleses y la acusaron al obispo. Ella declaró que no habia contribuido á su abjuracion, y que mas queria morir que estar presa. Cauchon la declaró en seguida relapsa y hereje, y la entregó al brazo seglar para ser quemada. Al oír esta sentencia inundaron las lágrimas á la pobre jóven. «¡Ay de mí! exclamaba, convertir en cenizas un cuerpo tan puro como el mio! ¡Ah! Apelo á Dios de las crueldades que me hacen sufrir.» Arro-

járonse sobre ella los soldados ingleses, y la arrastraron hasta la hoguera. Juana se confesó, comulgó y pidió las oraciones de los circunstantes: su dulzura, su calma y piedad eran tales, que los mismos ingleses manifestaron su emacion y su asombro: y su falso confesor cruzó por entre la muchedumbre, y se arrojó á sus piés pidiéndola perdon de sus perfidias. Su muerte no desmintió su vida. Cuando prendieron fuego á la hoguera declaró que su mision habia sido divina. « Hallábase en medio de las llamas, dice el sacerdote que la asistió en su martirio, y no dejaba de pronunciar en voz alta el nombre de Jesus, implorando é invocando sin cesar el auxilio de los santos y santas del paraíso; y al dar á Dios su espíritu é inclinando la cabeza, profirió aun el nombre de Jesus.» Sus cenizas fueron arrojadas al Sena.

Fué aquella muerte un golpe terrible para la causa inglesa: acreditó la santidad de Juana y la verdad de su mision, y acrecentó el odio contra sus enemigos que tan cobardemente se venegaban de sus derrotas. Sus mismos partidarios se conmovieron, y nunca hablaban de Juana los borgoñones sino como de una mujer maravillosa é inocente. ¡Carlos VII no hizo siquiera una tentativa para salvar á la heroína! La pobre campesina, que tantos servicios le habia hecho, era ya completamente olvidada, y este príncipe ingrato, libertino é insensible á los sufrimientos del pueblo, no tuvo remordimientos de su suplicio! La muerte de Juana de Arc fué pues la redencion de la Francia. La santa jóven reveló al pueblo lo que era: encendió en él el fuego sagrado, y le enseñó á sufrir, sacrificarse y morir por la patria! Es la celebridad mas interesante y pura de la historia; es el ser que mas profundamente retrató el sentimiento nacional; es la misma Francia... la Francia personificada! Y si la misma mano de los ingleses no hubiera reunido los testimonios de esta maravillosa historia, se creeria que Juana de Arc es tan solo el ideal poético de la Francia inteligente y heroica, sacrificada y mártir como ella! Es una epopeya de quince meses que no es posible contar sin impregnarse del entusiasmo del siglo que vió tan noble aparicion!, sin prosternarse ante este ángel, sin llenarse de indignacion contra los malos caballeros que la vendieron tan cobardemente, y contra aquel rey que la abandonó (1).

(1) Rehabilitóse la memoria de Juana de Arc en 1456 por una comision de

S. IX.—*Estado de las provincias.*—*Batalla de Bulleigneville.*—*Tregua con los borgoñones.*—Continuó la guerra, y sus acontecimientos tuvieron tan poco interés como importancia. Su teatro mas comun estaba en la Champaña, la isla de Francia y la Picardía, y los ingleses dominaban toda la Normandía. Hallábase establecido con bastante regularidad el gobierno en el Berri, la Turena y el Poitou, donde se gozaba prosperidad y reposo; y administrado el Languedoc por los condes de Foix y de Cominges, no se resentia de los males de la guerra, siendo esta provincia el origen principal de las bandas de voluntarios que iban á hacer la guerra en defensa de Carlos VII. El Borbonés, el Beaujolais y la Auvernia, que estaban gobernadas por el conde de Clermont durante el cautiverio de su padre, habian firmado tratados de neutralidad con los ingleses; y el Delfinado se gobernaba por sí mismo y estaba libre de la guerra. La Provenza pertenecia á Luis III duque de Anjou, pero este príncipe vivia en Italia bajo la adopción de Juana II (1) reina de Nápoles. Su hermano René, sobrino de los duques de Bar, poseia este ducado por estinción de esta familia. Se casó con la hija única de Carlos II duque de Lorena, y heredó este ducado en 1430 (2); pero halló un competidor en el conde de Vaudemont, sobrino del

obispos nombrada por el papa Calisto III á instancias de la familia de la Doncella (Véase Raynaldi, t. VI. p. 77). De sus dos hermanos ennoblecidos por Carlos VII, Juan el primogenito llegó á ser preboste de Vancouleurs; Pedro, que era el segundo y habia seguido á Juana en todas sus excursiones, fué creado caballero por el duque de Orleans en 1443, y continuó ejerciendo la profesion de las armas. No obstante es cierto, que la familia de Arc se vió reducida á la pobreza, pues existe un acta que atestigua que en el año de 1430 la ciudad de Orleans daba á la madre de Juana tres libras mensuales «para su subsistencia» —(1) Juana era hija de Carlos de Durazzo, y sucedió á su hermano Ladislao en 1414. Luis III hijo el uno y nieto el otro de Luis adoptado por Juana I, no habian cesado de luchar contra la casa de Durazzo por el trono de Nápoles, pero sin éxito alguno.—(2) Carlos II era el décimo quinto duque de Lorena desde Gerardo de Alsacia, cuya posteridad masculina conservó por consecuencia el ducado durante trescientos ochenta y dos años. Los duques de Lorena, aunque vasallos del Imperio, tenian muy frecuentes relaciones de amistad con los reyes de Francia por algunos feudos de esta corona que poseian en la Champaña. De modo que el abuelo de Carlos II murió en Crecy, su padre cayó prisionero en Maupertuis, y él mismo fué nombrado condestable de Francia en 1418 por Isabel de Baviera.

último duque, que era del partido borgoñon, siendo René del armañac.

Temiendo los estados de Borgoña que fuera vecino suyo un príncipe armañac, se pronunciaron en favor de Vaudemont y le proporcionaron tropas. Después de haber tomado posesion del ducado y rendido homenaje al emperador, René marchó contra su rival con un ejército de armañacs mandado por Barbazan, y compuesto de quince á veinte mil hombres. Su contrario apenas tenia la mitad (4 de julio de 1431). Tratóse la batalla en Bullegneville sobre el Vaise. Los armañacs sufrieron una completa derrota, en la que murió Barbazan con la mitad de su ejército, y cayó René prisionero, quedando después bajo la custodia del duque de Borgoña. René y Vaudemont hicieron una tregua, y gobernaron provisionalmente la Lorena seis nobles nombrados por ambos partidos.

La batalla de Bullegneville no fué un triunfo completo para los borgoñones; pues cansado Felipe de una guerra en la que solamente se exponia á perder, y á no alcanzar mas que la paz, sentia que se apagaba su ardor y su deseo de venganza, y se acordaba de su nacimiento y de las flores de lis que habian originado su engrandecimiento. Además sus estados se hallaban agotados de hombres y dinero: estaban devastados el Artois, el Nivernais y la Borgoña: su nobleza le pedia con instancia y sin cesar que hiciera la paz, amenazando abandonarle si no la hacia; y finalmente Carlos VII se sometia de antemano á todas las condiciones que le impusiera. Declaró pues á Bedford, que haciendo la guerra enteramente á sus expensas, no podia continuarla; firmó después con Carlos VII una tregua de dos años, y consintió en entablar negociaciones para la paz general. Convocóse con este objeto un congreso en Auxerre.

Bedford se hallaba sumido en extremas dificultades: el parlamento inglés no queria emplear sus tesoros y súbditos en una guerra cuya inutilidad para la Inglaterra reconocia; y si el borgoñon le abandonaba, veia su causa enteramente perdida. Para reanimar el entusiasmo de sus partidarios, atrajo á Paris al joven Enrique VI y le hizo coronar con gran pompa (1431). Pero estaban los franceses tan disgustados de la dominacion inglesa, que vieron con mal ojo esta ceremonia; y se advirtió que al sa-

ludar á su nieto la anciana reina Isabel desde el palacio de San Pablo, donde vivía abandonada y miserable, volvió en seguida el rostro para ocultar las lágrimas. Los ingleses trataban á los franceses como extranjeros, descuidaban el gobierno, y solo pensaban en recaudar impuestos sin pagar á nadie ni aun los sueldos del parlamento que no administraba justicia. La universidad cesó de abrir sus escuelas, los comerciantes cerraban sus tiendas, y había muchas casas abandonadas ó que eran demolidas para quemar sus maderas. Era perpetua el hambre, los armañacs asolaban las campiñas cercanas y se apoderaban de las plazas que proporcionaban víveres á Paris. Por todas partes recorrían tropas de bandidos llamados *desolladores*, que se adornaban con la cruz roja unas veces y otras con la cruz blanca, que robaban en los caminos, pedían rescate á los campesinos y no respetaban treguas ni tratados. El congreso de Auxerre no dió ningun resultado; ocupado enteramente el duque de Borgoña en restablecer el orden en sus estados, continuaba siempre alejándose de la causa inglesa; y habiendo Bedford perdido á su esposa, que era hermana del borgoñon, se rompieron los lazos que les unían, y se manifestó claramente la divergencia de sus opiniones (1432).

§. X.—*Odio del rey contra sus guerreros.—Caída de Tremoille.—Continuacion de las hostilidades.*—Carlos VII deseaba ardientemente la paz. Sus costumbres suaves, delicadas y voluptuosas repugnaban la compañía y amistad de aquellos capitanes que habían enarbolado su pendon, y que eran bandidos pérfidos y sanguinarios, que hacían la guerra sin observar sus órdenes, siguiendo su capricho y nó por darle su corona y libertar á la Francia, sino por el afan del botin. Presentia que estos insignificantes señores sucederian á la alta aristocracia destruida en las batallas contra los ingleses, los aborrecía como enemigos del trono, y parecia que temía tanto sus victorias como las de los ingleses. Esta es la razon que le impelia á aborrecer al condestable, al asesino de sus favoritos, que se habia apoderado del gobierno sin pedirlo, y la que le hacía amar á Tremoille, que satisfaciendo su gusto, le habia separado de sus guerreros, dejando que la Francia se salvase por sí misma. Pero estos soldados que tanto disgustaban á Carlos le habian conquistado el rei-

no: patrióticos y leales sentimientos animaban al condestable, al conde de Clermont, al conde del Maine y á otros muchos que hacian todos sus esfuerzos para lograr la paz.

Acusaban estos de traicion á Tremoille, creyendo que era él la causa de que el duque de Borgoña no hubiese tomado parte en favor de la causa real, y resolvieron arrancar al rey del yugo del favorito, dar al condestable el mando del ejército, y á la guerra y á las negociaciones tan vivo impulso, que Felipe se viera reducido á hacer la paz con el partido realista. Habia ya terminado la tregua: se formó una conspiración en que entró la misma reina; y Tremoille fué sorprendido en su lecho y hundido en un calabozo (1433). Llenóse el rey de indignacion; pero sea por temor ó por indolencia, aprobó ante los estados de Tours la conducta del condestable y encargó sus negocios al conde del Maine. Richemont volvió á tomar el mando de las tropas, reunió seis mil hombres, y arrojó del Maine á los ingleses. Desde allí se dirigió hácia la Picardía, donde dos años hacia peleaban sin auxilio los jefes de aventureros, rehabilitó las plazas, se apoderó de Ham é hizo una guerra sin descanso á las bandas inglesas. Revolucionóse la Normandía, donde, segun dicen, tomaron las armas mas de sesenta mil campesinos; pero llegaron demasiado tarde los armañacs, pues los suplicios habian ya apaciguado esta rebelion.

El conde de Clermont, duque de Borbon por muerte de su padre, volvió á tomar las armas, atacó la Borgoña donde muchos señores se habian negado á rendir homenaje al duque, y cuyas ciudades conspiraban en favor de los franceses. Llegó Felipe, volvió á someter la provincia, atacó á su vez los estados del duque de Borbon y puso sitio á Villafranca. Hicieron ambos un armisticio (1434) y empezaron las conferencias en Nevers, donde fué admitido el condestable en nombre del rey. Los dos duques que eran cuñados se reconciliaron, y resolvieron que seis meses despues se reuniria un congreso en Arras, al que se llamarian los legados del papa y los embajadores de todas las potencias. El duque de Borgoña se comprometió á romper la alianza inglesa si Enrique VI rehusaba las ofertas de Carlos VII, y prometia rendir á Amiens, Doullens, el Ponthieu, etc.

La guerra continuó con furor, y los bandidos se dieron prisa

en aprovecharse de los seis meses que les quedaban. Los ingleses fueron vencidos en Gerberoy por Lahire y Saintrailles: los armadores se apoderaron de San Dionisio y cercaron á Paris que estaba reducido al último extremo de la miseria. En vano acudió Talbot á socorrer esta ciudad con los mas esforzados capitanes de Inglaterra, pues á pesar de su presencia, los vecinos conspiraron para entregarla á Carlos VII.

§. XI. *Congreso y tratado de Arras.*—Abrióse el consejo el 5 de agosto de 1434. Jamás se había presenciado en Europa una asamblea política tan solemne. Presidíanla dos cardenales; veíanse allí el cardenal de Winchester, jefe de la embajada inglesa; el duque de Borbon jefe de la embajada francesa; el duque de Borgoña; el conde de Richemont y el duque de Bar; los embajadores del emperador, de los reyes de Castilla, Aragon, Portugal, Navarra, Nápoles, Sicilia, Chipre, Polonia y Dinamarca, y de los duques de Bretaña y Milan; los diputados de la universidad de Paris y de las principales ciudades del reino, señores, obispos y una multitud de doctores. Se hallaban presentes en esta asamblea diez pueblos extranjeros, y se iban á discutir en ella los intereses de ambos reinos, cuya contienda había agitado toda la Europa. La guerra entre Inglaterra y Francia era la mas grave que había visto el mundo feudal, y todas las naciones se interesaban en que se terminase.

Tomaron por base los ingleses el tratado de Troyes, y los franceses el de Paris de 1327 ó la tregua de 1395, y no pudieron ponerse de acuerdo. Despues de largas discusiones, los franceses ofrecieron ceder en feudo á Enrique VI la Aquitania y la Normandía; los ingleses se obstinaron en defender su pretension á la corona de Francia, y ofrecieron una tregua de cuarenta años, durante la cual quedasen intactos los derechos de ambas partes. La embajada inglesa partió despues de haber oido la negativa.

El duque de Borgoña entonces, cumpliendo su promesa y por intimacion de los legados, entabló negociaciones con Carlos VII. Gracias al espíritu nacional desarrollado durante esta larga guerra, los borgoñones sentian una profunda humillacion viendo á los ingleses señores de la Francia, y se apesadumbraban de ser aliados de los orgullosos isleños, que no hubieran dado un

paso sin su apoyo. Felipe sentia renacer en su corazon todos los sentimientos de su origen, « hirviéndole en él la noble sangre de que descendia (1);» además, haciendo la paz con la Francia, eran suyas todas las ventajas. Titubeaba empero antes de violar sus juramentos hechos á los ingleses, y se decidió á firmar el tratado de Arras despues de consultarlo detenidamente con los doctores, y movido no solamente por las súplicas de los representantes de la Iglesia, sino por las vivas instancias de los legados y de todos los que le rodeaban (21 de setiembre de 1435) (2).

Carlos VII reconocia por este tratado que Juan Sin Miedo habia sido muerto malvada é inicuaente, que solamente su corta edad le habia impedido oponerse á este crimen, y rogaba á Felipe que le perdonase. Le cedió á Auxerre, Macon, Peronne, Roye, Montdidier y las ciudades del Somme, estas empero bajo condicion de rescate; hizo libre al duque de todo homenaje con derecho vitalicio, pero no para sus herederos, eximiendo además á sus vasallos poseedores de feudos de la corona, de obedecer los mandatos reales; y renunció finalmente á hacer alianzas contra él, jurando ayudarle contra todos sus enemigos. Felipe reconoció á Carlos como rey de Francia con estas condiciones.

Este tratado causó una inmensa alegría á todo el reino, y la misma reina Isabel, que murió ocho dias despues de haberse firmado, manifestó su aprobacion y contento. Terminábanse las discordias civiles, y la Francia conocia que volvía á la vida. Aun tenia que luchar, pero iba á ser la guerra su único pensamiento y podía volver á entrar en el camino del bienestar y de mejoras pacíficas. Toda la cristiandad acogió con regocijo esta paz, pues se hallaba entonces amenazada de grandes peligros por parte de los turcos, agitada por un deseo universal de reformas, y poseída de un deseo de progreso que se manifestó gloriosamente al terminar el siglo. Conocia además que no podría volver á emprender su marcha hácia adelante mientras la Francia estuviera entorpecida, miserable y sumida en la anarquía: y el reposo y la prosperidad de este país, por todos deseados, debían ser la señal del reposo y prosperidad europea.

(1) *Annales* de Olivier de la Marche, t. I, p. 22.—(2) Rymer, t. V.—Crónica de
Monsieur de la Marche, t. I, p. 133.

CAPÍTULO IV.

Concilio de Basilea.—La praguería.—Fin de la guerra con los ingleses. (1485—1453.)

§. I.—*El duque de Borgoña declara la guerra á los ingleses.—Toma de Paris.*—Cuando el consejo de Inglaterra tuvo noticia del tratado de Arras, acusó de traicion al duque de Borgoña, excitando para vengarse turbulencias en sus estados. Felipe, abrumado por sus deudos, hubiera deseado mantenerse neutral; pero los ingleses le hicieron tantas injurias y provocaciones, que al fin les declaró la guerra. Convocó los estados de Flandes, les pidió subsidios y envió las tropas al campamento real para que su presencia facilitase la sumision de las ciudades. Subleváronse Meulan, Pontoise y Corbeil; fué tomada Diepe, cuyo riquísimo puerto era un paso para los ingleses; igual suerte tuvieron Fecamp, Harfleur, Arques y todo el país de Caux; pero los desolladores se arrojaron sobre la Normandía y saquearon esta provincia con tanta crueldad, que los mismos habitantes los rechazaron. Los ingleses entonces llegaron en número considerable, incendiaron las aldeas, exterminaron la poblacion y cometieron tan espantosas devastaciones, que cincuenta años despues aun no se habian borrado sus huellas (1). Acercáronse despues á Paris, volvieron á tomar á San Dionisio y defendieron con valor las cercanías de la capital.

Todas las miradas de la Francia estaban fijas sobre Paris, donde solo habia dos mil ingleses, pero que tenian á los habitantes sujetos y aterrados con los suplicios. Hacian la guerra entre tanto en los alrededores con cinco ó seis mil hombres el condestable y Dunois, y su ejército se componia de borgoñones y armañacs. Vencieron á los ingleses en muchos encuentros y los persiguieron hasta las murallas. Agitóse el pueblo al ver las tropas reales, y á los borgoñones mezclados con los armañacs; le habian prometido una amnistía los emisarios realistas, y no te-

(1) Véase el Diario de los estados generales de 1484 por Masselin.

nia razon alguna para mantenerse adicto al partido inglés. El condestable entabló con los de Paris secretas negociaciones y en especial con un rico comerciante llamado Miguel Lallier, escogió entre sus soldados los mas disciplinados, y se presentó durante la noche en la puerta de Santiago. Entregáronles la puerta, y las tropas reales entraron gritando: «¡La paz! ¡viva el rey y el duque de Borgoña!»

No se cometió ninguna violencia ni saqueo. El condestable estrechaba la mano á los vecinos diciéndoles: « El rey os da gracias una y mil veces por la facilidad con que habeis rendido la reina de las ciudades de su reino. Todo está perdonado (1).» Los inglesés, que se hallaban reunidos en la Bastilla, salieron formando tres columnas y se dirigieron á los mercados y á las puertas de San Dionisio y San Martin, pero fueron rechazados por el pueblo que echó sus cadenas haciendo caer sobre ellos una lluvia de piedras. Se proclamó la amnistía por todas partes, se echaron á vuelo las campanas, se abrazaron borgoñones y armañacs, y Miguel Lallier fué nombrado preboste de los comerciantes. Los ingleses rindieron la Bastilla y se retiraron á Ruan con sus mas ardientes partidarios en medio de los alegres gritos del pueblo.

La toma de París era el complemento del tratado de Arras, dando fin á la guerra civil y ocasionando una guerra extranjera poco temible. Perdiendo los ingleses la capital, el parlamento y la universidad, ya no tenian gobierno que oponer al de Carlos VII: no eran mas que una banda de extranjeros, señores aun de algunas ciudades; y habiendo muerto en aquella época el duque de Bedford, perdieron con él el único hombre que hubiera podido realzar su poder.

§. II.—*Robos y saqueos de los militares.—Carlos VII en Paris.*—Carlos veia con disgusto llegar el momento de salir de su indolencia y olvidar las ideas de su juventud: no se apresuró pues en ir á Paris, cuyos turbulentos habitantes odiaba con toda su alma; y reorganizó desde Bourges, que era su residencia mas habitual, la administracion de su capital, restableció el parla-

(1) Diario de un vecino de Paris p. 473.

mento, fijó el valor de la moneda (1) y dió mas fuerza al gobierno central.

Ya no eran los ingleses los que, siendo soberanos del reino, eternizaban la anarquía y entorpecían el gobierno, sino los servidores de Carlos, que eran mas feroces, mas ambiciosos y mas indisciplinados que nunca. Lahire, Saintrailles, Chabannes y Boussac se creían independientes, y cada cual hacia la guerra en propio provecho; y sus soldados, que no tenían hogar ni patria, esperando ser pronto licenciados, á ningun jefe obedecían. «Es forzoso que vivamos, respondían á las quejas de los campesinos; si fuéramos ingleses no levantaríamos tanto el grito (2).» Y mientras los ingleses por un lado al huir lo arrebatában todo, los soldados realistas hacían la guerra á los mismos franceses á falta de enemigos, peleaban unos con otros sin fe ni compasión, y devastaron el Hainaut y la Borgoña sin hacer caso de la cólera del duque. Algunos se fueron á la Lorena á pelear en favor de René de Anjou ó de su rival el conde de Vaudemont, que se disputaban aun su dominio. Otros mandados por Lahire se pusieron á sueldo del obispo de Strasburgo que intentaba sorprender y poner á rescate el concilio de Pasilea; pero se sublevaron al saber su llegada los campesinos de Alsacia, mataron un gran número y les obligaron á volver por Borgoña al mediodía.

El pueblo sufría y acusaba al rey de causador de sus males. «Tanto caso hacia de la guerra y de su pueblo como si fuera prisionero de sarracenos, y tenía á su lado tantos ladrones, que los extranjeros decían que era el manantial de todos los que existían en la cristiandad (3).» Por esta razón Carlos aborrecía de todo corazón «los modales y las ideas de los militares que le gobernaban de tal modo, que no existía en Francia un solo capitán por insignificante que fuera, á quien pudiera negar la entrada en su cámara (4);» no conservaba ningun recuerdo de sus servicios, y solo pensaba en el modo de alejarse de ellos. Hacía mucho tiempo que era el rey de la nobleza, y tenía deseos de serlo del pueblo; y á pesar de su indolencia, no despreciaba ninguna ocasión que le hiciera recobrar y acrecentar su poder. Había muerto el conde de Foix, y emprendió un viaje

(1) El marco de plata en 8 libras 40 sueldos.—(2) Diario de un vecino de París, p. 511.—(3) Id. ibid. p. 497 y 510.—(4) Olivier de la Marche, t. I. p. 21.

al Languedoc, donde hizo reconocer su autoridad, y rechazó á los aventureros que eran ya tan insolentes, que se atrevieron á atacar su escolta. Esto causó al rey una violenta cólera; y para libertarse mas pronto del yugo de los soldados, se decidió á dar un vigoroso empuje á la guerra contra los ingleses. Citó á sus capitanes en Monteron, plaza fuerte que cerraba el camino que conducia de Paris á Borgoña; reunió seis ó siete mil hombres, hizo grandes preparativos para el sitio, y mostró tanta actividad en los trabajos como valor en los ataques. La ciudad fué tomada por asalto (12 de noviembre de 1437).

Decidióse entonces á entrar en su capital. Hizo en ella su entrada en triunfo, rodeado de todos los jefes que tan lealmente le habian servido, y fué recibido por los vecinos con tantas demostraciones de regocijo, que acudieron las lágrimas á sus ojos; pero nada hizo para reparar sus desgracias, y los abandonó como si solamente hubiera ido á visitarlos (1). Paris fué mas miserable aun; el hambre que doce años hacia le estaba atormentando, engendró una epidemia que arrebató, segun dicen, mas de cincuenta mil personas, y casi todos los habitantes mas notables la abandonaron. Parecia que el gobierno habia resuelto que se convirtiera en escombros, y trasportar sus derechos de capital á alguna ciudad del Loira.

Continuó en el norte la guerra de saqueos y castillos: Carlos dejó que los desolladores se aprovecharan de ella, y cayó otra vez en la indolencia. Esperaba tiempos mejores, además estaba enteramente ocupado en los asuntos de la Iglesia, y le era preciso asegurar su corona respecto á la Sede apostólica antes que pudiera restablecer su autoridad sobre la nobleza.

§. III.—*Concilio de Basilea.—Pragmática sancion.*—Segun los decretos del concilio de Constanza, Martin V convocó un concilio en Siena en 1423, pero no hizo nada esta asamblea. Trasládóse á Basilea y no empezó sus sesiones hasta el 14 de diciembre de 1431. Jamás habia sido tan necesario un concilio general, pues era preciso, como tan repetidas veces se habia pedido, reformar la Iglesia en su jefe y en sus miembros, fortalecer las creencias trastornadas, terminar la guerra atroz y deshonrosa

(1) Diario de un vecino de Paris, p. 334.

de los husitas, detener á los turcos que invadian la Grecia, y efectuar la reunion de la Iglesia griega con la romana.

Los diputados de Carlos VII fueron los primeros que llegaron á Basilea, siguiéronles los del emperador Segismundo, y los dos soberanos tomaron á los padres del concilio bajo su proteccion. Componian la asamblea hombres sábios, austeros y casi todos dispuestos á salvar la Iglesia por medio de una reforma, pero que habian recibido torcidas inspiraciones de la autoridad pontificia, y miraban á la Iglesia mas como una democracia espiritual que como una monarquía. Eugenio IV, sucesor de Martin V, habia visto con enojo reunirse casi espontáneamente el concilio, y puso en planta toda su política para poner obstáculos á sus operaciones, y muchas veces tomó por empeño el disolverlo. Pero los padres declararon el concilio general superior al papa, y á pesar de su oposicion principiaron la reforma aboliendo las *anatas*, *mandatos* y *reservas* por medio de las cuales cobraban los pontífices enormes impuestos en toda la cristiandad. Eugenio quiso que se trasladase á Italia la asamblea, mas se opusieron los padres y citaron al papa para que compareciese ante ellos. Este decretó la disolucion del concilio, y el concilio se preparó á deponer al papa (1437).

El papa convocó en Florencia una nueva asamblea á donde acudieron los disidentes de Basilea y el emperador Paleólogo con el patriarca de Constantinopla, que venia á pedir el auxilio de la cristiandad contra los turcos y á proponer la reunion de las dos Iglesias. Dividióse el concilio en dos partidos; y habiendo sido excomulgado por el papa el de Basilea, sus representantes no tuvieron mas miramientos, depusieron á Eugenio, y nombraron á Amadeo VIII, duque de Saboya (1439). Éste habia abdicado su corona en favor de su hijo y vivia como un ermitaño en Ripaille; aceptó pues la tiara y tomó el nombre de Félix V. Este nombramiento, que podia renovar el gran cisma, causó el descrédito público del concilio de Basilea; y recobrando Eugenio toda su fuerza, adquirió una inmensa popularidad llevando á cabo la reunion tan deseada de las dos Iglesias griega y latina. El emperador y el patriarca de Constantinopla reconocieron su supremacia y se adhirieron á todos los decretos del concilio de Florencia; pero fueron vituperados á su vez por los griegos, y

se vieron obligados á retractarse, quedándose entonces Constantinopla mas aislada que nunca de los latinos y frente á frente de los turcos que la amenazaban.

Los decretos del concilio de Basilea eran no obstante muy favorables á la independencia de las iglesias nacionales y sobre todo á la autoridad real, y casi todas las naciones los adoptaron. Carlos VII, que en el concilio habia abrazado el partido contrario al papa, reunió en Bourges al clero francés y le presentó estos decretos (1438). Aquella asamblea escogió algunos de ellos, modificó muchos, propuso reservas en favor de la Santa Sede, y resultó de todo esto una ordenanza llamada *pragmática sancion* que fué considerada como ley del estado. He aquí sus principales artículos. 1.º La autoridad del concilio general es superior á la del papa; 2.º la Santa Sede está obligada á convocar todos los años un concilio general; 3.º se devuelve á las iglesias y abadías la libertad de las elecciones; 4.º quedan prohibidas las anatemas, reservas y expectativas, y se deja al papa el derecho de apelacion; 5.º las bulas del papa no serán admitidas en Francia, sino despues de la aprobacion real, etc.

Eugenio se llenó de indignacion al saber esta aceptacion parcial y modificada de los decretos de un concilio rebelde; este la consideró como un triunfo, y continuó la separacion de los padres del concilio de Basilea y de los de Florencia.

§. IV. — *Revolucion de Flandes.* — *Toma de Meaux.* — Mientras el rey manifestaba su apego al poder lo mismo que sus antecesores por medio de la pragmática sancion, continuaba la guerra devastando el norte del reino; y el duque de Borgoña, cuya alianza debia apresurar la expulsion de los ingleses, se hallaba entonces ocupado en sus estados. Al pedir á los flamencos su ayuda para hacer la guerra á los ingleses, les habia prometido tomar á Calais que entorpecía su comercio. Puso sitio en efecto á esta plaza con treinta mil hombres de milicias, arrogantes, brutales é indisciplinados; pero la armada que debia bloquear el puerto llegó demasiado tarde, y amotinados los flamencos partieron desordenadamente dejando en el campo bagajes y artillería (1436).

No tenia punto de comparacion la turbulencia de estos groseros comerciantes que abusaban de los miramientos de su sobe-

rano para quejarse de él sin motivo. Estallaron serias turbulencias en toda la Flandes despues de aquella retirada, revolucionóse Brujas, y habiendo llegado el duque á esta ciudad, hubiera muerto con toda su escolta á no ser por la lealtad de dos vecinos que le abrieron una puerta para favorecer su fuga. Siguióse una larga lucha entre Brujas y Felipe, y solo despues de dos años de devastaciones y miseria, volvió á entrar esta ciudad bajo la dominacion del duque (1437). Los ingleses se aprovecharon de estas turbulencias, enviaron á Francia diez mil hombres que saquearon la Flandes marítima, sus guarniciones interiores volvieron á tomar la ofensiva, se apoderaron de Pontoise y amenazaron á Paris (1438).

Pero ambas naciones y Europa entera estaban cansadas de esta guerra interminable, y el concilio de Basilea y el papa Eugenio se esforzaron á porfía en poner un término á los males de la Francia. Entabláronse negociaciones en Gravelines; mas como los ingleses continuaban manifestando pretensiones exageradas, á duras penas se rebajaban definitivamente á acceder á las condiciones del tratado de Bretigny, y, no pudiendo ponerse de acuerdo, continuó la guerra con el mismo encarnizamiento.

El condestable, que habia logrado el cariño y privanza del rey por sus rigurosas ejecuciones contra los bandidos y aventureros, puso sitio á Meaux, ciudad muy fuerte y que privaba de viverès á Paris. El rey le envió tropas, que pagó con el dinero que le proporcionara Santiago Coeur comerciante de Bourges que merecia entonces su confianza, y le dió por maestre de artillería á Juan Bureau, que fué el primero que empleó con reglas de arte el cañon en los sitios de las ciudades. Gracias á este último y al valor de Richemont, Meaux fué tomada por asalto á pesar de un ejército inglés (20 de agosto de 1439).

§. V.—*Estados de Orleans.*—*Creacion de un ejército permanente.*
—*Contribucion de Sangre.*—*La Prageria.*—*Asamblea de Nevers.*
—Hallábase entonces el rey en Paris, y ocupaba todos sus pensamientos la guerra con los ingleses. Viendo que nadie le obedecia lo mismo que al condestable, ni á sus ministros, que el pueblo estaba reducido al último extremo del sufrimiento por la peste y por el hambre, y que la causa de todos los males no eran

los extranjeros sino los desolladores, determinó empezar contra ellos una guerra sin tregua ni descanso.

Muchas actas y especialmente la pragmática sancion habian probado que este rey tan voluptuoso, débil y egoista, tenia actividad, firmeza é inteligencia de sus deberes. Si su pasada conducta habia sido por indolencia ó por disimulo, era tiempo ya de ser activo ó de arrojar la máscara; y Carlos, conservando sus gustos de molicie y de deleites, no desmintió mas este nuevo carácter hasta que descendió al sepulcro. Atribuye la tradicion este cambio tan notable á Inés Sorel, jóven hermosísima que habia traído á la corte en 1431 la mujer de René de Anjou, y á la que hacia mucho tiempo amaba extremadamente el rey. De modo que si es cierta aquella tradicion, fueron precisas las súplicas de una cortesana para arrancar á Carlos del cobarde reposo é indolencia que no hiciera desaparecer el heroismo de Juana de Arc!

Convocáronse los estados en Orleans (octubre de 1439). Carlos los reunia con frecuencia y hasta muchas veces en un año para obtener algunos subsidios; pero por lo regular eran poco numerosos, sin unidad y sin importancia. Fueron muy notables los estados de Orleans, los cuales pidieron formalmente al rey que pusiera un término á los saqueos y crueldades de los soldados, y propusieron con este objeto reducir el ejército á quince compañías de á cien lanzas, y para cada lanza seis hombres y ocho caballos, pagando á razon de 120 libras por hombre, y fijándose para este pago una cuota perpetua de 1.200,000 libras. Una ordenanza del 2 de noviembre de 1439 puso en planta esta importante resolucion de los estados. Pertenecia al rey el nombramiento exclusivo de los capitanes y el derecho de fijar el número de sus soldados, y quedaba prohibido á todos reunir gentes armadas. Prohibíase en ella á los soldados robar y maltratar á los habitantes de las ciudades y campiñas, poner á rescate las personas, hacer daño en las haciendas, casas, granos y cosechas; los capitanes eran responsables de los delitos, y podian ser castigados con la pérdida de sus bienes; su nobleza y aun su vida.

Todos los que profesaban el ejercicio de las armas quedaban bajo la jurisdiccion de los magistrados del rey en todo el reino,

y se les daba derecho á los ciudadanos maltratados por los soldados del uso de la fuerza para conducirlos ante los tribunales. Estaba prescrito á los capitanes tener guarnicion en las plazas designadas por el rey y no salir de ellas sin órden suya: los barones que tenian guarniciones en sus castillos, eran responsables de los delitos de sus soldados, y se les prohibia formar tropas y no admitir las que se determinasen para guarnecer sus fortalezas. La contribucion de sangre debia ser repartida por empleados especiales llamados *elegidos* (1) sobre todos los ciudadanos proporcionalmente á sus bienes, exceptuando el clero, la nobleza, los empleados reales, los estudiantes y los pobres, y solo podia apelarse de los actos de estos *elegidos* ante el consejo general. Votóse esta contribucion tan solo por un año; pero el rey y sus sucesores continuaron exigiéndola sin pedir el consentimiento de los estados, bajo el pretexto de que, habiéndose votado para formar una milicia permanente, debia ser perpetua (2).

Formaban una verdadera revolucion aquellas diversas determinaciones. Hacia ocho siglos que no se habian llevado á cabo empresas semejantes, y se entraba en una via fecunda de provenir con estas innovaciones. Hallábase creado el ejército permanente, y el poder civil sobre la fuerza material con la obediencia exigida á los que la mandaban; y finalmente el trono se atribuia el derecho de recaudar los impuestos sin el consentimiento de los estados. Era el golpe mas violento que recibiera jamás el feudalismo. ¿Quién podia resistir al rey teniendo dinero y soldados? Con el impuesto no habia necesidad de estados generales, y con los soldados pagados era inútil la nobleza. De modo que al publicarse esta ordenanza se alzaron muchos rumores, el rey esperaba que habria oposicion y resistencia, sabia que la ejecucion de su obra ofrecia inmensas dificultades, pero contaba con el tiempo y con el apoyo del pueblo. Los capitanes se negaron á dejar sus compañías, los desolladores se esparcieron sin disciplina, y Richemont, que estaba sitiando á Avranches, se vió obligado á retirarse por la desobediencia de

(1) Se llamaban así porque en tiempo de San Luis los vecinos que repartian los impuestos eran *elegidos* por sus conciudadanos.—(2) Coleccion de ordenanzas, t. XIII p. 316.

sus soldados (1440). Los mas elevados nobles y señores alentaron á sus vasallos para que se insurreccionaran acusando al rey de tiranía y de ingratitud, de haberse dejado seducir por sus consejeros, y de querer la ruina del ejército, la humillacion de los príncipes, y de vender la Francia para que se apoderasen de ella los ingleses. Le echaron en cara sus favoritismos, sus queridas, su indolencia y su incapacidad, y decian que era forzoso dar el gobierno al delfin Luis, jóven de diez y siete años, prudente y de talento. Entraron en el complot los duques de Borbon y de Alençon, los condes de Vendome y de Dunois, Chabannes, Tremoille y casi todos los jefes de los desolladores; unos se retiraron de la corte, otros reunieron sus tropas, y se fueron todos al Poitou. Esta conjuracion se llamó *Pragueria*, por alusion á la guerra que los husitas de Praga hacian entonces á los católicos. El delfin, cuyo genio inquieto é intrigante se dejaba seducir por la ambicion, fué arrebatado con su consentimiento por una banda de desolladores, y conducido á Niort donde se le juntaron todos los nobles. Comenzaron entonces las devastaciones en el Poitou y el Berri.

La cuestion adquiria gravedad, pues en realidad era la lucha de la anarquía contra el órden, y del feudalismo contra la monarquía absoluta. Carlos desplegó mucha actividad y sangre fria para vencer esta resistencia, porque favorecia sus intereses: la ordenanza tenia tambien partidarios entre los barones además de los vecinos de los pueblos y habitantes del campo. Richemont y el conde del Maine, que habian sido los que la habian solicitado, se mostraron sus mas valientes defensores; y tambien se dirigian contra ellos los esfuerzos de los conjurados, porque eran considerados como jefes del gobierno. Además muchos jefes de desolladores, entre ellos Saintrailles, se sometieron con el halago de un crecido sueldo y la seguridad de adelantarse en los favores de la corte, que debian ser la recompensa de su docilidad, y Carlos VII pudo reunir algunas tropas con las que llegó á Poitiers. Acababan de tomar los insurgentes á Saint-Maixent, y se defendian aun sus vecinos en las calles y casas. Montó apresuradamente á caballo y libertó la ciudad. Rindiéronse casi todas las demás plazas; se sometió Dunois, y bien pronto se vió Carlos VII al frente de ochocientas lanzas

y dos mil arqueros, sin quitar las guarniciones á sus ciudades del norte.

Los conjurados condujeron el delfin á Moulins: el rey empezó á perseguirlos; y por todas partes se declaraba el pueblo en favor suyo, abriendo todas las ciudades sus puertas sin que sus soldados causasen el menor desórden. Vióse muy apurada la Pragería y quiso refugiarse en Borgoña, pero se negó el duque á recibirla y puso sus fronteras en estado de defensa. Entonces pidió una conferencia para rendirse, pero el delfin se opuso obstinadamente, irritándose su orgullo al verse obligado á humillarse ante su padre; pero el jóven príncipe tuvo que seguir á sus compañeros y arrojarse ante el rey.

El monarca le recibió con dignidad y le perdonó, pero se negó á conceder la misma gracia á sus malos consejeros, y solamente les permitió que se retirasen á sus respectivos dominios. «Será preciso que me vaya con ellos, dijo el delfin, porque así se lo he prometido.» El rey le respondió: «Podeis hacerlo; abiertas están las puertas, y si no os parecen bastante anchas, haré que destruyan diez y seis ó veinte toesas de pared (1).» Se humilló el delfin, y el rey le concedió el gobierno del Delfinado para saciar la turbulencia y avidez de mandar que abrasaba al príncipe. Los demás nobles le rindieron sus fortalezas, y quedó apaciguada aquella primera revolucion de la nobleza contra el trono.

Los descontentos empero continuaron sus intrigas, y llegó á Francia un príncipe con el que contaban para arrebatarse al rey el gobierno. Era el duque de Orleans que habia sido libertado de su cautividad en Inglaterra, mediante un rescate de 120,000 escudos de oro y el empeño del duque de Borgoña (1440), el cual tenia muchas quejas del rey de Francia: le alarmaba su actividad, y queria ayudar sordamente la Pragería y darle un jefe. Felipe recibió al duque de Orleans con pomposos festejos, y le casó con una de sus nietas; pero este juró el tratado de Arras, y cuando llegó despues á Francia, se retiró á sus dominios sin ir á ver al rey. Se renovó la Pragería; los duques de Borgoña y de Orleans convocaron á todos los príncipes en Nevers, para remediar el mal gobierno de Francia, y dirigieron un manifiesto,

(1) Monstrelet, t. VII, p. 82.

donde afectando tomar la defensa del pueblo, vituperaban el gobierno, la continuacion de la guerra, la enormidad de los impuestos, y concluian pidiendo sus pensiones, empleos, etc. (1442).

Carlos dió á sus quejas una respuesta tan firme como moderada, defendió hábilmente su gobierno, demostró que la guerra continuaba porque los ingleses rehusaban la paz, y que eran necesarios los impuestos para pagar el ejército, guardar las fronteras y administrar justicia. Esta respuesta inclinó la razon y el derecho en favor suyo, reconoció el pueblo que los príncipes solo trataban de su propio interés, y que solo el rey era leal y bienhechor. Viendo los señores que estaba contra ellos la opinion pública, volvieron á obedecer y á callar; el duque de Orleans se sometió enteramente á la voluntad del rey y quedó extinguida la Pragería.

§. VI.—*Actividad de Carlos VII.—Toma de Pontoise.—Guerra en el mediodía.—Tregua con los ingleses.*—Tenian lugar aquellas intrigas al mismo tiempo que las tropas reales volvian al norte, donde los ingleses habian alcanzado algunas ventajas y tomado á Harfleur. Carlos VII partió á Champaña, y castigó severamente á los aventureros que la devastaban; arrasó sus castillos, y para aterrar á la vez á los barones y los desolladores, mandó encerrar en un saco y arrojar al agua á un hermano bastardo del duque de Borbon que se habia hecho célebre por sus atrocidades. Marchó desde allí á Picardía contra los ingleses y resolvió arrojarlos de las cercanías de Paris; se apoderó de Creil y puso sitio á Pontoise, ciudad importante, que facilitaba el camino de Ruan (1441).

Mostróse allí con todo su poderío, rodeado de toda su nobleza, de los mas valientes jefes de bandas, de las milicias de Paris, y bien proveido de víveres y de dinero. Los ingleses hicieron grandes esfuerzos para salvar á Pontoise. Llegaron sucesivamente á auxiliar la plaza tres cuerpos de ejército mandados por Talbot y el duque de York, ofreciendo la batalla á los franceses. Carlos VII se vió obligado á retroceder hasta San Dionisio, y no quiso exponer su fortuna á los peligros de un combate. Los ingleses entonces devastaron desapiadadamente todo el país, y se retiraron en seguida á Normandía sin víveres y dejando á Tal-

bot solo para sostener la campaña. Alzóse un grito general contra el rey que le acusaba de cobardía y de incapacidad, le abandonaron las tropas, y volvió á manifestarse la Pragería. Carlos estaba lleno de inquietud y de irresolucion, y se veia perdido si no tomaba á Pontoise. Tres veces emprendió el sitio y otras tantas se vió obligado á levantarlo; y finalmente gracias á la artillería de Juan Bureau se hizo la brecha practicable. Dióse el asalto, y despues de un combate encarnizado, el rey entró de los primeros en la ciudad (16 de setiembre de 1441).

Habian agotado todas sus fuerzas los ingleses para salvar á Pontoise, é iban á dejar en paz el norte por algun tiempo. Carlos entonces se dirigió hácia el mediodía, pues sitiado en Tartas el señor de Albret, estaba empeñado en rendir la ciudad si el mismo rey no venia á libertarla (1442). Recorrió la Bretaña, el Poitou, el Saintonge y el Limousin, y rechazó á los desolladores. Convocó en Tolosa á los condes de Armañac, de Foix y de Lomagne con ciento veinte barones, y marchó hácia los Landas. Los ingleses levantaron el sitio de Tartas, y abandonaron á Dax, San Sever y la Reole, dejando el país en poder de los aventureros.

El rey se aprovechó de su permanencia en Gascuña para conseguir la dependencia de los señores del mediodía, la de las casas de Foix y de Armañac, que se disputaban la posesion de Cominges, y puso fin á una guerra que desolaba sesenta años hacia á los países cercanos del Pirineo (1443). Conquistó este condado, se lo dió á Mateo de Foix bajo la condicion de volver á la corona despues de su muerte, y la reunion se efectuó definitivamente en 1453.

Enojóse altamente de esta decision Juan IV, conde de Armañac, de Fesenzac y de Rodez, que era un príncipe muy orgulloso y se creia aun el jefe de la faccion que habia elevado á Carlos al trono, intitulándose conde por la gracia de Dios, rehusando pagar subsidios y afectando el tono de príncipe extranjero. El rey determinó aniquilar esta casa poderosa, pero le llamaron al norte de Francia intereses mas importantes.

Los ingleses sitiaron á Diepe; pero el delfin llegó á entrar en esta ciudad, arrojó de sus reductos á los enemigos é hizo levantar el sitio (1442). El conde de Armañac reunió entonces aventu-

ros, invadió el Cominges, é hizo alianza con Enrique VI, á quien prometió su hija. Encargóse el delfin de castigar á este altivo señor; ocupó el Rouergue, sitió al conde en la isla del Jourdain y se apoderó, traidoramente de su persona. Las tropas francesas ocuparon el Armañac (1444).

Los ingleses no defendieron á su nuevo aliado, pues reinaba la discordia en sus consejos, en donde se disputaban la preponderancia el cardenal de Winchester, partidario de la paz, y el conde de Gloucester que anhelaba la guerra. Enrique VI, como débil, indolente y casi idiota, era partidario de la paz, y gracias al anciano cardenal, se firmó con la Francia una tregua general de dos años (20 de mayo de 1444). Causó la tregua una grande alegría, pues iba á volver á abrir el comercio y las comunicaciones, á preparar á la Normandía y la Guiena para convertirse en provincias francesas, y finalmente porque permitia que se restablesiesen tantas provincias devastadas y tantas ciudades destruidas.

Fortalecióse el partido de la paz en Inglaterra con el matrimonio de Enrique VI con una princesa francesa, con Margarita, hija de René de Anjou.

§ VII.—*Aventuras de René de Anjou.*—Este príncipe, espiritual, artista y amable, habia tenido una vida muy llena de aventuras. En la batalla de Bullegneville habia caido prisionero del duque de Borgoña, quedando en este estado hasta que el emperador Segismundo le dió por sentencia definitiva la Lorena. Luis III, su hermano y duque de Anjou, habia sido llamado por testamento de Juana II reina de Nápoles, á suceder á esta princesa, pero murió en Calabria sin posteridad y dejó á René la Provenza y su derecho sobre la corona de Nápoles (1435). Era preciso conquistar el reino, pues el antiguo partido de Durazzo llamaba al trono á Alfonso V el Magnánimo, rey de Aragon y de Sicilia. Hallábase entonces René prisionero, y su mujer Isabel de Lorena partió á la conquista de Nápoles. El partido de Anjou tenia por aliado al duque de Milan, Felipe Visconti, que era tambien protector de Génova. Una armada genovesa venció á Alfonso, le hizo prisionero y le entregó á Visconti, el cual cobró tanto cariño á Alfonso, que era reputado como el hombre mas sábio de su siglo, que le dió la libertad y abrazó su parti-

do. Los angevinos entonces solo experimentaron derrotas, y Alfonso se apoderó de Nápoles.

René compró su libertad al duque de Borgoña, tomó posesión del Anjou y de la Provenza, logró subsidios de sus diversos estados y marchó sobre Nápoles; pero como hombre pródigo, imprudente é inhábil, en vano peleó durante cuatro años, y aunque querido de los napolitanos, se vió obligado á volverse á Lorena (1442).

Tenia un hijo llamado Juan, que era duque de Calabria, y dos hijas, Yolanda, prometida al duque de Vaudemont, y Margarita, que no tenia dote, pero que era tan hermosa como instruida. Carlos VII hizo efectuar el matrimonio de Yolanda cuando fué á visitar á René (1444), y al mismo tiempo el cardenal, que esperaba «alcanzar por este lado una guerra final con la Francia (1), eligió á Margarita por esposa de Enrique VI (1445).»

§. VIII.—*Carlos VII y el delfín conducen los aventureros á Lorena y á Suiza.—Batalla de la Birsa.*—Dándole libertad la tregua para dedicarse á los cuidados del gobierno, Carlos empleó en esta tarea activamente el tiempo ayudado del canciller Jouvenel, el *platero* Santiago Coeur, y sobretodo de Juan de Brece senescal de Normandía, «sábigo y prudente emprendedor que gobernaba la mayor parte del reino y de los príncipes de Francia (2).» Empezaba á ejecutarse la ordenanza de Orleans, aunque penosamente entraba el contingente de hombres, y estaba regularmente pagado el sueldo de las tropas. Se estableció un parlamento permanente en Tolosa para el Languedóc y la Guiena (3), siendo el primer desmembramiento que sufrió el parlamento de Paris cuyo poder empezaba á inspirar inquietudes al trono (1443).

Se intentó dar una redacción uniforme á las leyes tan diversas y opuestas que regian en las diferentes partes del territorio, mandando que «todos los prácticos y arbitradores del reino redactasen por escrito los usos, estilos y costumbres de cada senescalía, bailío y provincia, pues todos ellos debian servir de reglas y de formas para los juicios (1454).» Pero este inmenso

(1) Mateo de Coucy, t. I. pág. 74.—(2) Olivier de la Marche, t. I, pág. 144—

(3) El parlamento que se estableció en Tolosa en el reinado de Felipe III, solamente fué temporal.

trabajo que debía preparar la legislación única y nacional en Francia, no se empezó hasta el reinado de Carlos VIII.

Había no obstante un obstáculo para recobrar la prosperidad, y era la presencia de las compañías de tropas aventureras que había dejado ociosos la tregua, y que saqueaban los caminos y las campiñas. Hubiera sido fácil ahorcar algunos de estos bandidos, pero era imposible su completa destrucción, y además causando su muerte se cometía una notoria ingratitud, pues su valor había sido quien salvara á la Francia y podía necesitarse algun día su esfuerzo. Era preciso pues ocuparlos durante la tregua, enviarlos como en el reinado de Carlos V á una expedición exterior, y hacer que recogieran su botín lejos del reino. Carlos determinó conducirlos á la conquista de Metz, Toul y Verdun, que eran tres ciudades de la Lorena, libres é imperiales que no reconocían la soberanía de René de Anjou. Destinó para la expedición veinte y cinco mil hombres, con los que intentaba formarse un ejército adicto, y bien pronto halló una ocasión de emplear el resto de los aventureros.

Hacia cincuenta años que los montañeses de la Helvecia habían sacudido el yugo de los duques de Austria (1), y desde entonces había cesado la guerra entre el imperio y ellos: pero la casa de Austria intentó cuando subió al trono imperial, hacer que los suizos entraran otra vez bajo su dominación. Fueron sus aliados los nobles y algunos pueblos del país; mas como todas sus fuerzas estaban ocupadas en Bohemia contra los husitas y los turcos en Hungría, fué infructuosa esta guerra. El emperador Federico III pensó entonces llamar contra « aquellos campesinos, enemigos jurados de todo poder establecido por el poder divino, » á las bandas que hacían la guerra en Francia desde cincuenta años atrás; y envió muchas y solemnes embajadas á Carlos VII para decidirle á pelear contra un pueblo que apenas conocían los franceses. Toda la nobleza de Alemania intrigó con este fin en la corte de Francia; hasta el papa prometió aprobar la pragmática si al pasar destruían los franceses á los representantes del concilio de Basilea. El rey accedió á las proposicio-

(1) Sucedió, á Segismundo en 1438 Alberto II de Austria que solo reinó un año. A Alberto II sucedió su sobrino Federico, y la casa de Austria no cesó ya de ocupar el trono imperial.

nes del emperador con la condición de pagarle sus tropas. Se reunieron todas las compañías de aventureros, que partieron alegremente á la conquista de un país nuevo, y se les dió por jefe al delfín.

Este era el medio de ocupar la actividad del turbulento príncipe, gran protector de la clase militar, y que, enteramente opuesto á su padre, impelía á hacer crueles exacciones al pueblo. Su ejército se componía de cerca de veinte y dos mil hombres, cuyos ocho mil eran ingleses, y partió al mismo tiempo que el del rey, de modo que salieron de Francia cerca de cincuenta mil hombres (1444).

El delfín se dirigió á Montbeliard, que le cediera el conde de Wutemberg para convertirla en plaza de armas, y llegó á Birsá. Se estremeció Basilea y se dispersó el concilio. Los suizos eran hombres de una prodigiosa fuerza corporal, de valor salvaje, insensibles á todas las intemperies y trabajos, temerarios hasta morir y orgullosos de sus numerosas victorias ganadas á los caballeros. Sitiaron los franceses la ciudad imperial de Zurich y el fuerte de Farnsburgo cerca de Basilea. Los vecinos de esta ciudad imploraron el auxilio de los suizos contra el terrible ejército de caballeros que iba á envolverlos, y estos destacaron mil seiscientos hombres escogidos en el Birsá para reconocer al enemigo, con órden de evitar toda pelea.

El ejército francés estaba diseminado entre el Jura y el Birsá, y habiendo pasado este rio ocho mil caballeros, encontraron en Prateleu los mil y seiscientos suizos (26 de agosto) que se arrojaron sobre ellos con tal furor, que á pesar de lo guerreros é impetuosos que eran los franceses, quedaron aterrados y volvieron á pasar el Birsá en desórden. Embriagados los suizos con la victoria y el botín, se echaron al rio bajo el fuego de la artillería francesa, pero no tuvieron tiempo de ponerse en órden de batalla, y rodeados por veinte mil soldados de á caballo pesados y cubiertos de hierro, fueron cortados en dos porciones. Quinientos de ellos, acosados en el Birsá, se hicieron matar todos despues de una defensa heróica, y despedazados, heridos y de rodillas pelearon hasta arrojar el postrer aliento. Los demás intentaron cruzar para llegar á Basilea cuyos vecinos habian salido á su encuentro; se refugiaron en el hospital de Santiago, y sos-

tuvieron un espantoso sitio de diez horas en la casa y el cementerio. Despues de haber sufrido tres asaltos y hecho dos salidas, arrasadas las murallas por el cañon francés y recibido el ataque de todo el ejército, perecieron sin dejar un prisionero. Cuentan que su derrota costó á los franceses ocho mil hombres y mil y cien caballos.

Los vencedores quedaron aterrados al presenciar tanto valor, «pues jamás habian peleado con gentes que tanto se defendieran, ni que fueran tan temerarios para perder la vida (1).» La fama de la batalla de Birsia se esparció por toda Europa y empezó la reputacion de los suizos. El delfin, que estudiaba los hombres, reflexionó el partido que podía sacarse de una nacion tan valiente; conferenció con el concilio de Basilea, y como se levantaron los sitios de Zurich y de Farnsburgo á consecuencia de la batalla, declaró acabada la expedicion. En vez de internarse en el país, que sabia que era pobre, montañoso y salvaje, por mediacion del duque de Borgoña, hizo un tratado de paz y de amistad con las ligas suizas, «que le prometieron servir á sus órdenes cuando quisiera en Francia ó en otra parte con cuatro mil hombres (2).»

Precipitóse despues el delfin con todo el ejército sobre la Alsacia, que asoló horriblemente. Se quejó amargamente el emperador, «pero como este no habia dado el sueldo prometido á los aventureros, continuaron los saqueos, no solamente en Alsacia, sino tambien en Suavia; y se declaró la guerra entre la Francia y la Alemania.

Carlos VII conducia sus tropas á Lorena mientras tenian lugar estos acontecimientos. Despues de haber tomado á Epinal y Verdun, puso sitio á Metz, y le intimó que reconociera la soberania feudal de la Francia. Esta república, poderosa y odiada de todos los nobles, respondió que jamás habia pertenecido al reino, é hizo una vigorosa defensa. Viendo el rey la gravedad que tomaba la guerra por el levantamiento de Alemania, consintió en entrar en negociaciones, y Metz conservó su independencia mediante 100,000 florines dados á René y 200,000 escudos á Carlos. Verdun y Toul hicieron iguales tratados. El ejército del del-

(1) Coucy, t. I, p. 28.—(2) Id. ibid, p. 21.

fin se reunió con el del rey: se hizo la paz con el imperio, y las tropas francesas evacuaron todos los países que acababan de devastar.

§. IX.—*Ejecucion de la ordenanza de Orleans.—Retirada del delphin al Velfnado.—Fin del concilio de Basilea.*—Aquellas vergonzosas expediciones á países inocentes y que un dia debian formar parte de la Francia, habian tenido el resultado que se esperaba. El rey, como él mismo decia, habia sangrado su ejército, y era toda la recompensa que recibian los que le habian dado la corona á este príncipe egoísta é ingrato. Dispuestos estaban ya á la obediencia los aventureros disminuidos por mitad, humillados y cansados, y la ordenanza de Orleans se puso entonces en plena ejecucion sin ningun obstáculo (1444).

El ejército fué reducido á quince compañías de cien lanzas cada una, y repartidas en pequeñas divisiones de diez, veinte y treinta lanzas por todas las ciudades: el rey escogió cuidadosamente á los capitanes entre los señores mas valientes y mas dóciles, los cuales eligieron á su vez todos sus ginetes entre los mas valientes y disciplinados. Hubo mucho empeño en entrar en las compañías, donde se admitió de una vez un gran número de hombres. Se les arregló un traje uniforme, armas y provisiones: nombráronse comisarios para inspeccionarlos, y se fijó su sueldo, que fué pagado por las ciudades segun la cuota perpetua repartida entre los bailios. El rey, unido al condestable, llevó á cabo este interesante negocio con mucho tino y habilidad; y estas quince compañías formaron nueve ó diez mil caballeros selectos, núcleo del único ejército en Europa, y con el que ya no podia temer la Francia á ninguna potencia. Cuando se completó definitivamente esta organizacion, se mandó que volbiesen á sus hogares todos los soldados no comprendidos en las compañías, bajo pena de ser tratados como vagos y ladrones. Obedecieron en silencio, sin desorden y con temor, pues el gobierno era muy poderoso y respetado, y en menos de quince dias no se oyó hablar en Francia de desolladores ni de devastaciones. Las compañías estuvieron sujetas á una severa disciplina: habiéndose castigado con rigor los primeros desórdenes que cometieron, se habituaron á respetar al pueblo, á obedecer á los magistrados y á apoyar la ley con la fuerza, y renacieron

en Francia como por encanto el órden, la poblacion, el comercio, la agricultura y la prosperidad pública. « Los labradores y comerciantes, tanto tiempo azotados por los males de la guerra y sumidos en horribles tribulaciones, creian que Dios se habia de ellos compadecido y les enviaba su gracia y su misericordia. Por todas partes se hacian festejos y regocijos públicos en celebracion de la santa y bienhechora mano que les daba la paz y la union (1). »

Completaron la organizacion militar de la Francia muchas y sábias ordenanzas: se determinó que cada parroquia de cincuenta hogares eligiera un hombre diestro en el manejo del arco, lo armase y lo equipase á sus expensas, y estuviese siempre dispuesto á salir en servicio del rey con un sueldo de cuatro francos al mes (1448) (2). Se llamaban estos francos arqueros, porque estaban exentos de la contribucion (3). Otra ordenanza arregló el servicio militar de los nobles. Todos los que podian armar cinco hombres, de modo que completasen una lanza de reglamento, eran pagados como los soldados de á caballo de las compañías. De modo que la Francia podia poner en pié de guerra de ochenta á cien mil hombres con las quince compañías de ordenanza, el ejército feudal de los nobles y la milicia comunal de los francos arqueros.

La monarquía se hacia por decirlo así absoluta, los señores obedecian, no se convocaban los estados, se recaudaban los impuestos por la sola voluntad del rey; pero no se alzaba una queja contra este poder protector que daba á la nacion el bienestar y la seguridad que no habia gozado hacia mas de cien años. Carlos VII no abusó de su poder á causa de su natural fácil y bondadoso: se rodeaba de hombres hábiles elegidos con sagacidad, y podia dar rienda á su afan por el reposo, á su indolencia egoísta y á sus placeres licenciosos, « pues vivió en su vejez muy lujuriosa y carnalmente entre mujeres de mala fama de que estaba llena su casa (4). »

(1) Coucy, t. 1, p. 51.—La Marche, t. 1, p. 449.—(2) Coleccion de ordenanzas, tomo XIV, p. 1.—(3) «Estos soldados tomaron sin ningun permiso ya causa de su exencion el título de noble y de escudero confirmado despues por el tiempo; y muchas casas grandes de Francia descienden de estos francos arqueros que se hicieron nobles y que merecieron serlo pues habian servido á la patria (Voltaire, Ensayo sobre las costumbres, cap. 98).»—(4) Claudio Seyssel, elogio de Luis XII. 61

El delfin no habia cesado desde la Pragería de provocar al rey y á sus ministros; é imprudente en su lenguaje, falso, sutil é implacable, aborrecia á las queridas de su padre, en especial á Inés Sorel, é intentaba formarse un partido entre los cortesanos para apoderarse del gobierno (1448). Se dirigió á Chabannes conde de Dammartin, que le denunció, y se retiró al Delfinado jurando vengarse « de los que le arrojaban fuera de su casa. » Gobernó esta provincia con mucho acierto respetando sus privilegios, constituyendo en parlamento el antiguo consejo del-fin al, y protegiendo el comercio. Se mezcló en los asuntos de Italia, aceptó el protectorado de Génova y de la Iglesia, é hizo alianza con Francisco Sforzia, hijo de un *condottiere*, que á fuerza de talento, perfidias y violencias, acababa de apoderarse del ducado de Milan despues de la muerte del último Visconti (1447) (1).

El duque Carlos de Orleans se enojó altamente del tratado, pues pretendia la posesion de Milan como hijo de Valentina Visconti, y alcanzó del duque de Borgoña hombres y dinero para hacer la conquista; pero este príncipe que hacia versos elegantes y fáciles, « era poco apto para la guerra (2), » y solo pudo apoderarse del condado de Asti, abandonando las pretensiones que hiciera valer desgraciadamente su hijo Luis XII y Francisco I.

El delfin quiso tambien dar la paz á la Iglesia. El concilio de Basilea no halló ningun poder que sostuviera sus proyectos de reforma; y aunque los príncipes habian aceptado al principio con empeño sus decretos que les libertaban de la autoridad pontificia, se reconciliaron muy pronto con la sede apostólica, y abandonaron á los reformadores. Sucedió á Eugenio IV Nicolás V (Tomás de Sarzanne), uno de los hombres mas sábios de su siglo, y negoció con habilidad con el concilio y con Félix V. El concilio de Basilea se disolvió por sí mismo, Félix abdicó su dignidad y se pacificó la Iglesia sin ser reformada (1449).

§. X.—*Conquista de la Normandía.—Batalla de Formigny.*—Prolongáronse las treguas con Inglaterra, pero la Francia no podia temer á esta rival que á su vez se iba á hundir en las discor-

(1) Este *condottiere*, de campesino de Cotignola en la Romanía, llegó á ser condestable del reino de Nápoles. Los *condottiere* eran jefes de aventureros que se vendian alternativamente á todos los estados de Italia.—(2) Coucy, t. I, p. 215.

días civiles. El partido de la paz asesinó alevosamente á Gloucester, príncipe muy querido del pueblo y que deseaba continuar la guerra, y murió el cardenal Winchester (1448). Se apoderó entonces del poder Margarita de Anjou, princesa ambiciosa, odiada de los ingleses, y que dominaba enteramente á su esposo. La nación comenzó entonces á fijar sus miradas en el duque de York, que descendía del segundo hijo de Eduardo III y pretendía ser el lejítimo heredero del trono heredado por los Lancastre; y la renovacion de la guerra con la Francia puso el colmo á los peligros de la impopularidad de Margarita.

Los aventureros ingleses se arrojaron sobre Bretaña y se apoderaron, á pesar de la tregua, de la rica y manufacturera ciudad de Fougères donde hicieron un espantoso saqueo (1449.) Indignése el duque de Bretaña, el rey de Francia permitió á sus barones que partieran á auxiliarle, y fueron tomados Pont-de-l'Arche y muchos castillos. Enrique VI, que no esperaba este ataque, pidió en vano la continuacion de la tregua, se declaró formalmente la guerra, y Carlos mandó á Dunois que invadiera la Normandía.

Mandaban esta provincia el duque de Sommerset y el anciano Talbot, pero olvidados por Margarita, sin dinero y sin víveres, apenas contaban para defenderla con diez mil hombres repartidos en todas las plazas. Superior en fuerzas Dunois, y llevando consigo los mejores caballeros de Francia y la brillante nobleza de Borgoña, se apoderó rápidamente de Verneuil, Pont-Andemer, Lisieux, Mantes y Vernon. El pueblo se apresuraba á rendirse teniéndose por dichoso en volver á la dominacion francesa, sobre todo en una época en que el reino estaba bien gobernado. El duque de Bretaña y el condestable de Richemont volvieron á tomar entretanto á Fougères y rendian todas las plazas del Cocontentin.

Llenos de terror se hallaban los ingleses, y Talbot y Sommerset reconcentraron sus fuerzas en Ruan, bajo cuyas murallas llegó con las suyas Dunois. Revolucionáronse sus vecinos, obligaron á los ingleses á refugiarse en el palacio, y abrieron las puertas al ejército francés. Viéndose en la precision de rendirse, Talbot y Sommerset alcanzaron salvar la vida y la libertad de volverse á Inglaterra mediante cincuenta mil escudos y la ce-

sion de seis plazas. El rey hizo entonces su entrada en la ciudad con gran pompa y confirmó sus privilegios (19 de octubre de 1449). Las tropas victoriosas no cometieron ningun desórden; Santiago Coeur prestó al rey el dinero necesario para pagarlas, y pareció á todos una cosa maravillosa el respeto con que los soldados miraron á las personas y los bienes de los habitantes.

Se resolvió dar fin á la conquista de Normandía, y fueron tomadas por asalto Harfleur y Honfleur. Llegaron entonces socorros para los ingleses, desembarcaron en Cherburgo tres mil hombres, cuyo número se dobló con las guarniciones vecinas, se apoderaron de Valognes é intentaron reunirse con Sommerset, que se hallaba en Caen. Arrojóse sin perder tiempo en su persecucion por Carentan el conde de Clermont con tres ó cuatro mil hombres, mientras que Richemont, que estaba en Saint-Ló, se puso en marcha para caer sobre su derecha. Los ingleses seguian la ribera y fueron atacados en los arenales del desembocadero del Vire por el conde de Clermont, que queria cortarles el camino de Bayeux; pero le rechazaron, pasaron el rio y se hicieron fuertes delante de la aldea de Formigny (13 de agosto de 1450).

Clermont les atacó en aquella posicion, y fué vencido perdiendo su artillería; pero apareció el condestable entonces por la derecha, volvió á empezar la batalla con furor, y los ingleses fueron completamente derrotados perdiendo cerca de cuatro mil hombres.

Esta batalla vindicó el honor de las armas francesas tantas veces desgraciadas en batalla campal, y decidió la suerte de la Normandía. Rindiéronse Vire, Bayeux y Avranches, y se reunieron delante de Caen, que tenia una guarnicion de cuatro mil hombres, todas las divisiones francesas con el rey, los príncipes y la hermosa artillería de los dos hermanos Bureau. Componíase el ejército francés de mil seiscientas lanzas, siete mil arqueros de á caballo y cuatro mil de á pié. La ciudad capituló el 1.º de julio, y su guarnicion se retiró á Inglaterra. No quedaban mas que Falaise y Cherburgo, que sufrieron un sitio de poca duracion, y terminó la dominacion que hacia treinta y un años estaba sufriendo la Normandía.

§. XI.—*Conquista de la Guiena.—Batalla de Castillon.*—Era indispensable dar fin sin tregua ni descanso á la expulsion de los

ingleses del reino y emprender la conquista de Guiena. Era favorable la ocasion. Margarita de Anjou, que tenia en contra suya á la nacion, al parlamento y al duque de York, dejaba abandonadas las guarniciones de Francia sin enviarles auxilio de hombres ni de dinero: el pueblo francés, viendo su dicha en tan rápidas victorias, queria contribuir á arrojar á los ingleses y ofrecia oro y personas; y el ejército estaba aguerrido, bien proveido de todo y lleno de confianza. Se renovaron los reglamentos de disciplina al entrar en un país donde la nobleza y las ciudades eran muy adictas á la Inglaterra, y se tomaron las mas severas precauciones para alcanzar el cariño de sus habitantes, arreglando de antemano el precio de los víveres y del alojamiento de las tropas. Dunois se puso en marcha por el norte, mientras los condes de Armañac y de Albret entraban por el mediodía (1451).

Cayó Bergerac y tras ella las plazas del Dordoña, é igual suerte tuvo Blaye, donde se reunieron los dos ejércitos. Formaban unos veinte mil hombres, y sitiaron al mismo tiempo á Dax, Fronsac, Castillon y Libourne. Los gascones eran amantes de la dominación inglesa que habia respetado sus libertades, pero se veian entonces abandonados por Inglaterra, se consideraban como extranjeros de sus dominadores, y estaban entregados á sus propias fuerzas contra su señor natural. Entabláronse negociaciones para la rendicion de Burdeos y las demás plazas, las cuales fueron tratadas con mucha prudencia. El rey no obligaba á nadie á ser francés, permitia al que quisiera emigrar con todas sus riquezas, confirmaba los privilegios de la provincia, prometia establecer un parlamento en Burdeos, perdonaba las contribuciones de guerra, la informacion de las personas, etc. Burdeos abrió sus puertas con estas condiciones, y Dunois entró triunfalmente al frente de su brillante ejército, el 28 de junio.

Todas las demás ciudades se rindieron excepto Bayona, que fué preciso sitiar, y que capituló dos meses despues. Solo les quedó en Francia á los ingleses Calais y su territorio (1).

No fué definitiva la conquista de la Guiena. Las contribucio-

(1) La-Hire murió en esta campaña. En el sitio de Montargis en 1426 se le oyó hacer esta oracion con su lenguaje gascon y las manos juntas: «O Dios, ruégote que hagas hoy por La-Hire lo que tú quisieras que hiciese La-Hire por tí, si él fuera Dios y tú La-Hire. (Crón. de la Doncella, p. 266.)

nes de sangre y dinero parecieron enormes á sus habitantes, que recordaban el gran comercio que hacian con Inglaterra. «Tal es la condicion de los gascones, decia Froissard; nunca han sido constantes, pero prefieren los ingleses á los franceses (1).» Los nobles, que habian participado de todas las victorias de los ingleses, estaban indignados de verse sometidos á un rey absoluto y á la tiranía de sus ministros: el señor de L'Esparre y muchos otros intrigaron con el gobierno inglés; y Margarita, cuyo poderío era entonces inmenso, resolvió ganarse el afecto del pueblo reconquistando la Guiena.

Aunque contaba Talbot mas de ochenta años, tomó el mando de un ejército de ocho mil hombres (1452): Burdeos abrió sus puertas al saber su llegada, todas las plazas se sublevaron contra los franceses, y parecia irremediable la pérdida de la provincia. Carlos envió á toda prisa un ejército, volvió á tomar muchos castillos y puso sitio á Castillon de Perigord. Talbot se dirigió á libertar la plaza, y los franceses se fortificaron en su temible parque de artillería, rechazaron á los ingleses y los derrotaron completamente. Talbot quedó muerto en el campo con la mitad de su ejército (17 de julio de 1453).

Llenó de consternacion aquella brillante victoria al partido inglés, y Castillon se rindió con muchas otras plazas. El rey llegó con otro ejército y sitió y tomó á Cadillac; y por medio de los señores de Foix y de Albret que avanzaban por el mediodía, redujo finalmente poco á poco á los ingleses á Burdeos, cuya ciudad contenia dentro de sus murallas mas de ocho mil hombres de guarnicion, de los cuales cuatro mil eran ingleses; pero el ejército francés ascendia á veinte mil hombres, el Garona estaba cerrado por una armada castellana y flamenca «y por diez y seis naves grandes de la Rochela que habia puesto bajo el dominio del rey la armada de Burdeos (2);» y por fin los hermanos Bureau amenazaban destruir la ciudad en tres dias si no se rendia. Efectuólo así el 12 de octubre, y los ingleses regresaron á su país. Fueron desterrados veinte señores gascones y cortaron la cabeza al señor de L'Esparre. Burdeos perdió sus privilegios y pagó una multa de 100,000 escudos.

(1) Froissard, t. IX. p. 439.—(2) Coucy, t. II.

§. XII.—*Fin de la guerra con los ingleses.—Renacimiento de las letras y las artes.—Toma de Constantinopla.*—Así terminó la guerra de ciento y quince años entre Francia é Inglaterra; guerra absurda que engendró un odio ciego entre los dos pueblos, pero no infecunda porque este largo combate de la Francia, dedicado á tener una monarquía nacional, contribuyó poderosamente á formar su unidad. Fué entonces cuando por primera vez, al través de las calamidades de la guerra y á pesar de los horrores y traiciones que la mancharon, ciudadanos, campesinos y nobles conocieron que formaban una sola nacion, y que tenian un nombre, un honor y una patria comun. No solo atestigua aquel progreso la unidad nacional la explosion del sentimiento patriótico de que fué viviente y heroica expresion Juana de Arc, sino tambien el aumento del territorio producido por la agregacion de numerosas provincias, y el engrandecimiento del poder real que regularizó definitivamente los tres grandes medios del gobierno, como son el ejército, los impuestos y la justicia.

A pesar de lo mucho que sufrió la nacion en este primer período de la época de transicion del feudalismo, no se derramaron sin ningun provecho sus lágrimas y su sangre, pues no se quedó estacionaria, y empezó para ella á desplegarse un período de creacion y de progreso mientras no tuvo que emplear todos sus recursos para su existencia. Fecundado el entendimiento humano con aquellos largos sufrimientos, parecia que estaba afanoso de recobrar el tiempo perdido y trabajaba para alcanzar nuevos descubrimientos. Habíase ya inventado el papel de lino (1), y solo se esperaban los caracteres de Gutemberg para hacer indestructibles las obras maestras del pensamiento humano. Juan de Brujas habia descubierto la pintura al oleo (2), que hizo desaparecer aquellas groseras y sencillas pinturas á la aguada ó á la cera en las que estaban ignoradas las reglas de la perspectiva y del diseño, pero que no hizo olvidar aquellos cuadros sobre cristal, obras maestras de la edad media que reunen la correccion del di-

(1) Se halló este papel en 1270 pero no fué comun hasta un siglo despues. La mas antigua fábrica de papel que se encuentra en Alemania es la que se estableció en Nuremberg en 1390.—(2) Los dos hermanos Van-Dick, de los cuales el menor es conocido con el nombre de Juan de Brujas, florecieron á fines del siglo décimo cuarto.

bujo á la vivacidad de los colores. Se habia descubierto la virtud del iman y todos los navegantes poseian la brújula, y solo se esperaba á Colon y á Gama para descubrir dos mundos. Finalmente salian á luz pública los ocultos tesoros intelectuales de la antigüedad, y todos se estasiaban, se maravillaban con pasion ante aquella sociedad antigua tan superior intelectualmente á la grosera sociedad en que vivian. Postrábanse ante sus opiniones, su filosofía, sus instituciones y literatura; y como la decadencia religiosa no hacia mas que tomar creces en medio del progreso intelectual y político, se hacian casi paganos. Rendíase un culto fanático á la erudicion antigua, y se precipitaban con extremo ardor á la conquista de sus libros, pidiéndoselos á la Italia, á la Grecia y al Asia. Al agonzar la Grecia bajo el alfanje de los turcos iba á legar á la Europa los preciosos restos de aquella luz antigua que solo ella habia conservado. Los enemigos de los cristianos habian llegado al blanco eterno de su ambicion. Era suya la ciudad de Constantinopla.

Reinaba Amurat nieto de Bayaceto, y el poder de los turcos eclipsado en la batalla de Angora, habia recobrado todo su brillo: los venecianos habian perdido á Tesalónica, estaba conquistada la Servia, sitiado Belgrado; y Ladislao rey de Hungría acababa de ser vencido y muerto en la batalla de Warná (1444). Si se salvó la Europa solo fué por el valor de Juan Corvin Huniade vaivode ó gobernador de Transilvania y de Jorge Castriot ó Scanderberg principe de Albania. Sucedió á Amurat Mahometo II «que derrocó dos imperios, conquistó doce reinos, y tomó á los cristianos mas de doscientas ciudades.» Apenas subió al trono á la edad de veinte y dos años, fué á poner sitio á Constantinopla, donde reinaba Constantino Paleólogo hijo de Manuel. Reduciase entonces á la capital el imperio de Oriente, y los griegos eran aun el vetusto pueblo que no habia regenerado la sangre vigorosa de los bárbaros del norte, sin fuerza política, sin virtudes guerreras, ocupado siempre en cuestiones teológicas y rebosando de odio contra los pueblos del Occidente. Mahometo intimó la rendicion á Constantino, y le respondió el postrer heredero de la última ráfaga del imperio romano (1): «Hasta que Dios lo ordene debo vi-

(1) Phrauzá, lib. III, p. 7.—Gibbon t. XVI, p. 63.

vir y morir defendiendo á mi pueblo.» Pidió el auxilio de los latinos, «pero la cristiandad, dice Eneas Silvio, era entonces un cuerpo sin cabeza y una república sin magistrados, y el papa no era mas que un fastasma deslumbrador.» Además los griegos rehusaron con increíble furor reunirse con los latinos. «Antes el turbante del sultan, decian, que el sombrero de un cardenal.»

Mahometo tenia cien mil hombres, cuatrocientas naves y una formidable artillería. Defendian á Constantinopla cinco mil romanos y dos mil extranjeros: tan solo habian ido en su ayuda cuatro naves genovesas: hizo por lo tanto una resistencia digna del nombre que llevaba aun; y fué tomada por asalto despues de dos meses de sitio. Fué saqueada horribilmente, perecieron cuarenta mil cristianos, y cayó esclavo todo el resto de la poblacion. El emperador estaba muerto en la brecha (29 de mayo de 1453). Mahometo trasladó la corte de su imperio á la ciudad de Constantinopla, que empezó una nueva existencia bajo el nombre de *Estamboul*, y los turcos de las costas del Adriático amenazaron muy de cerca á la ciudad de Rómulo y de Gregorio VII.

SECCION III.

Destruccion de los grandes feudos (1453—1494).

CAPÍTULO I.

Fin del reinado de Carlos VII. (1453—1461.)

§. I.—*Carlos el Bien servido — Poderio de Felipe el Bueno. — Rebelion de Flandes.*—De la postracion completa en que habia estado sumida la Francia, se alzó mas fuerte y compacta que antes, y á sí misma era deudora de tan rápida innovacion. Jamás se habia manifestado la nacion mas activa, mas animada y mas confiada en sus propias fuerzas, y se habia salvado salvando con ella al rey á pesar de todos los obstáculos y á pesar del rey mismo. Carlos VII representó en esta grande obra un papel casi pasivo: habia sido *bien servido*, quedándole esta circunstancia por sobre-

nombre, bien servido por el pueblo que se sacrificó por él con admirable constancia, por Juana de Arc y Santiago Coeur, por sus soldados que envió á morir á Birsá, por sus capitanes que creían trabajar en provecho propio, y bien servido en fin por sus mismos vicios, su astuta indolencia, su egoísmo y su ingratitude. Desde rey de Bourges habia llegado á ser el monarca mas poderoso de la cristiandad, y la monarquía de los Valois, viéndose segura en el trono tanto tiempo bamboleante, iba á volver á emprender y acabar la antigua guerra de los reyes Capetos contra los grandes feudos.

«Felipe, llamado el Bueno, por la gracia de Dios duque de Borgoña, de Brabante, de Limburgo y de Luxemburgo; conde de Flandes, de Artois y de Borgoña; conde palatino de Hainaut, de Holanda, de Zelanda y de Namur; marqués de Anveres y del Santo Imperio, señor de Frisa, Salins y Malinas, poseedor de los países de Picardía, Vermandois, Ponthieu, Boullonais; etc. etc. (1),» era cada día mas extranjero para con la Francia y el trono. Jamás visitaba al rey ni se interesaba por el gobierno general y la felicidad del reino, y conservando una actitud respetuosa con su señor natural, le oscurecía con la grandeza de su poder y el esplendor de su corte. No habia tenido aun el feudo soberano un representante tan temible, y todos los esfuerzos del trono debian dirigirse en adelante contra él, pues su caída acarrearía la de los duques de Bretaña, de Borbon y de Alençon. Esta era la nueva guerra que iba á emprenderse, la que preparó Carlos VII, la que ocupó toda la vida é hizo la gloria de Luis XI y la que terminó Carlos VIII.

Felipe poseía numerosos estados pero exigian continuamente su presencia: no estaba aun del todo sojuzgado el Luxemburgo (2), no cesaba de agitar á la Holanda la guerra civil, y estalló en esta misma época en Flandes una terrible rebelion. El duque aborrecía á los flamencos, especialmente desde que causaron el levantamiento del sitio de Calais, y les impuso una contribucion sobre la sal sin el consentimiento de los estados. Gante se resis-

(1) Coucy, t. II, p. 60.—Duclerg, t. XIII, bella edicion de Bonchon, p. 2.—(2) Era la última adquisicion de Felipe, hecha por herencia de su tia viuda de Juan Sin Compasion, disputándosela á Ladislao rey de Bohemia y de Hungría.

tió, y privó á esta ciudad de magistrados, la sometió á nuevos impuestos y desterró sus jefes (1448—1451).

Rebelóse esta entonces, mató á todos los empleados del duque y resucitó las caperuzas blancas. Dióse principio á una guerra que prosiguió con bárbara crueldad (1452), y los nobles que creían haber dado á luz todas sus virtudes caballerescas por lidiar en los torneos y justas de su magnífico duque, vertían á raudales la sangre de los villanos. No se daba cuartel, se mataba á todos sin perdonar á los campesinos sin armas, se incendiaban las aldeas y las casas, y «los prisioneros preferían morir á pedir perdón, diciendo que morían por una causa justa y como mártires (1).» Los ganteses se defendieron con espantosa tenacidad, su ciudad fué un teatro perpetuo de sediciones, muertes y saqueos; y vencidos por fin en Oudenarde y en Rupelmonde recurrieron á la mediación de su soberano feudal Carlos VII. Hallábase ocupado este entonces en la guerra de Guiena, pero veía con placer el castigo de aquellos arrogantes vecinos enemigos de toda la nobleza, y envió una embajada al duque y á los ganteses para inducirlos á una concordia. Los insurgentes declararon que volvían á poner el juicio de su contienda al arbitrio de los enviados, y siéndoles contrario, salieron tumultuosamente de la ciudad en número de cuarenta y cinco mil, y acometieron en Gavre al ejército borgoñón (1493). Fueron completamente derrotados, perdieron veinte mil hombres, y abrieron sus puertas á su señor. Felipe les perdonó, pagaron una enorme multa, perdieron sus privilegios, y de esta rebelión data la decadencia de esta populosa y rica ciudad.

El rey no se atrevió á mezclarse en aquella guerra, pero se aprovechó de sus dificultades para inquietar al duque en su soberanía con los llamamientos del parlamento, las contiendas de jurisdicción, las quejas sobre el tratado de Arras, etc. Los consejeros de Carlos y sobre todo Dunois y Chabannes, que manejaban todos los negocios de la guerra, le excitaban á que rompiesen abiertamente con Felipe y le atrajese á la obediencia; pero el rey era demasiado amante del reposo para lanzarse en una guerra tan aventurada, se resistía á apoyar tan imprudentes consejos, y se contentó con defender pacíficamente contra el poderoso duque todas las prerrogativas de su corona.

(1) Duclerg, t. XIII, p. 43.

§. II.—*Huye el delfin á Bruselas.*—El delfin continuaba manteniéndose en guardia contra el rey y sus consejeros, vivia en sus dominios donde daba asilo á los descontentos, y se casó á pesar de la oposicion de su padre con la hija del duque de Saboya. Carlos VII se enojó en extremo y le mandó que volviera á la corte; el delfin pidió garantías, «porque algunos decian, que á caer en las manos del rey, lo hubiese puesto donde nunca se pudiese hablar de él, y hubiera hecho rey de Francia á su hijo segundo (1). Los ministros le dijeron que debía fiarse en la palabra de su padre; pero el príncipe, que estaba ligado con la mas estrecha amistad con el duque de Alenzon y el conde de Armañac, sabia que estos dos señores acababan de ser declarados culpables de lesa majestad, y le espantó su desgracia. Se negó á ponerse en poder de los consejeros sin ninguna garantía, rodeóse despues de aventureros, impuso subsidios y se preparó á hacer resistencia. El rey se cansó de las dilaciones, promesas y negociaciones, no quiso oír las proposiciones de sumision de su hijo, y mandó contra él un ejército mandado por Chabannes, cuyo señor tenia reputacion de ser el mayor enemigo del delfin. Viendo este que iba á serle forzoso ponerse en manos de su padre sin condiciones, determinó refugiarse en los dominios del duque de Borgoña; y aunque ignoraba como lo recibiria, estaba seguro de que le apoyaria por la enemistad antigua que existia entre el vasallo y el señor natural. Huyó solo y secretamente dirigiéndose á Bruselas, donde fué recibido con honor y respeto. Chabannes en tanto invadió el Delfinado, á donde le siguió el rey con sus caballeros; rindiéronle sumision los estados y quedó desde entonces esta provincia enteramente reunida á la corona, perdiendo su administracion separada (1457).

§. III.—*Proceso de Santiago Coeur, del duque de Alenzon y del conde de Armañac.*—*Discordia entre el rey y el duque de Borgoña.*—Sobrada razon tenia el delfin al no fiarse de los consejeros del rey, pues aunque habia entre ellos hombres honrados, á quienes debia el reino cosas muy importantes, como el canciller Guillermo Jouvenel, los hermanos Bureau, etc., habia tambien hombres apasionados, cortesanos sin honor, y pérfidos intrigantes que se aprovechaban de la indiferencia y egoismo del rey

(1) Duclerg, t. XII, p. 104.

para incitarle á cometer enormes iniquidades. La mayor malicia que cometió el trono y sus consejeros fué la condenacion de Santiago Coeur.

Este célebre comerciante no tenia mas rival en Europa en la grandeza de sus empresas comerciales que Cosme de Médicis: sus naves surcaban todos los mares, sus especulaciones abarcaban todos los objetos, y tenia factores y corresponsales hasta en las extremidades del Asia. «Mis negocios no se circunscriben á un reino ó una provincia, decia él mismo, si no que abrazan el mundo entero (1).»

Santiago Coeur habia prestado importantes servicios á Carlos VII, y á su dinero era deudor de la espulsion de los ingleses, del primer pago de su ejército, del restablecimiento de la hacienda y de la extension del comercio exterior; pero le aborrecian los favoritos que codiciaban sus riquezas. Acusáronle al principio de haber envenenado á Inés Sorel, muerta repentinamente en 1450; y aunque la acusacion cayó por sí misma considerándola absurda, confiscáronse los bienes del presunto reo, que fueron repartidos entre los cortesanos. Fué entonces citado ante una comision presidida por Chabannes, y acusado de haber perpetrado criminales exacciones en el Languedoc, de haber sacado dinero fuera del reino y enviado una armadura al soldan de Egipto. Con un proceso de tan clara é injusta iniquidad, fué condenado despues de dos años de cárcel y de agonía como criminal de lesa majestad, á ser privado de todos sus empleos y haciendas, á pagar 400.000 escudos de multa (2), y salir desterrado del reino. No pudiendo pagar esta cantidad, pues estaban confiscados sus bienes y debia á la administracion del rey 220,000 escudos, fué puesto otra vez en la cárcel. Pero logró evadirse, y se refugió á Roma donde le recibió favorablemente el papa Nicolás V. Tomó allí el mando de una pequeña expedicion contra los infieles, y murió por fin en la Isla de Chio (3). El rey dió pruebas de la mas odiosa ingrátitud para con su platero, y le abandonó tan vilmente como á la doncella. Santiago Coeur habia sido el representante del pueblo, de aquel pueblo inteligente, adicto y constante que determinó reparar los males de la

(1) Chasteaín, Crónica de Belalain, oficina de Bucion, p. 181.—(2) 4,248,630 libras.—(3) Bonamy, Memorias de la Academia de las Inscripciones, t. XX.

Francia; y por eso debía ser la víctima de la brutal y codiciosa nobleza, que siempre saliera derrotada al lidiar con los ingleses.

Mas justa fué la sentencia de los procesos del conde Armañac y del duque de Alenzon; pero eran príncipes, y su condenacion era uno de los medios de la obra del trono al empezar su guerra contra los grandes feudos.

Encarcelado Juan IV, conde de Armañac, fué envuelto en un proceso que terminó con la condenacion de la pérdida de sus bienes; pero el rey le devolvió la libertad y el dominio de sus estados. Fué su sucesor (1450) Juan V, que era un jóven violento y desordenado, y que sedujo á su hermana Isabel, de la que tuvo muchos hijos. Este escándalo excitó la indignacion de toda la Francia, pero él mismo escribió una falsa bula del papa y obligó á un sacerdote por la fuerza á que bendijera su union con su hermana. En vano Carlos VII le amenazó y le hizo serias reprensiones, pues se rebeló, aprisionó los mensajeros del rey y resolvió aliarse con el delfin y los ingleses. Dirigióse contra él un ejército de veinte mil hombres que se apoderó de todas las plazas y le obligó á huir á Aragon (1454).

Cuatro años despues se presentó con un salvoconducto del rey ante el parlamento de Paris, que hacia dos años instruía su proceso (1457). A pesar del salvoconducto fué preso al momento, pero pudo huir y buscó en Roma un asilo. El parlamento le condenó al destierro y á la confiscacion de sus bienes (1459).

Juan, duque de Alenzon, era uno de los señores que mejores servicios habian prestado á Carlos VII, y uno de los mas fieles compañeros de Juana de Arc; pero era un hombre excesivamente orgulloso, y «se indignaba al ver al rey gobernado por hombres de ínfima clase, mientras los príncipes tardaban cinco ó seis dias en alcanzar audiencia (1).» Entabló amistosas negociaciones con los ingleses, les prometió entregarles sus ciudades de Normandía, y les incitó á emprender la conquista de esta provincia. Aprisionáronle y le citaron ante el tribunal de los pares en Vendome (1458).

Negóse á asistir á él el duque de Borgoña, dando por excusa

(1) Coucy, t. II, p. 65.

las estipulaciones del tratado de Arras que le dispensaba de los deberes de vasallo, y se contentó con enviar una embajada al rey, excitándole á la clemencia. También se negó á asistir como par el duque de Bretaña, que era el condestable Arturo de Richemont, el cual acababa de suceder á su sobrino Juan II, cuyo ducado no tenía la dignidad de par, porque no formaba parte del reino de Francia; y solamente se presentó para obligar al rey á que le perdonase. Sentáronse en el tribunal con los pares eclesiásticos los duque de Orleans y de Borbon, y los condes de Angulema, de Maine, de Foix y de Eu; y les agregaron treinta y cuatro consejeros del parlamento de Paris, todos los empleados superiores y muchos obispos y señores. Convencido el duque de Alenzon de sus relaciones amistosas con los ingleses, fué condenado á muerte y á la confiscacion de sus bienes; pero á instancias del condestable se conmutó su castigo en una detencion perpetua en el castillo de Loches.

Poco ánimo y confianza podian inspirar al delfin estos ejemplos, pues le unian con los príncipes condenados estrechas relaciones de amistad, y estaba en la firme creencia de que los consejeros de su padre habian resuelto su muerte, temiendo su venganza cuando llegase á empuñar el cetro. Alentado con el recibimiento del duque de Borgoña, le pidió hombres y dinero para hacer la guerra á su padre, ó al menos para arrojar de su palacio algunos de los que le aborrecian (1).» Felipe rechazó su peticion. Empleó entonces el tiempo en el estudio y la caza, y determinó no regresar á Francia hasta la caida de los favoritos ó la muerte de su padre. El duque de Borgoña envió al rey una embajada excusándose por haber dado asilo á su hijo, asegurándole que no le habia incitado á pedirselo, pero advirtiéndole que permanecería en sus estados hasta que fuera de su agrado, y le suplicaba que le perdonara. El rey se enojó extremadamente y «determinó en su consejo emplear todas las fuerzas del reino para obligarle á la sumision (2).»

Todos creian que estaba resuelta la ruina de la casa de Borgoña, y se aventuraban á decir que el rey se habia convenido con la Inglaterra para la particion de sus estados. Impelíanle á la

(1) Coucy, t. II, p. 272.—(2) Id. ibid. p. 286.

guerra Dunois, Chabannes, el conde del Maine y René de Anjou que dominaba en el consejo de Carlos VII; se reunieron tropas, fueron mal recibidos los embajadores del duque y desechadas todas las manifestaciones de sumisión del delfín. El rey hizo alianza con todos los enemigos de Felipe, como eran el rey de Bohemia, los suizos, los de Lieja y el emperador; y echó en cara al duque sus treguas con los ingleses, que eran un inmenso obstáculo para la toma de Calais, la desobediencia del delfín, y los entorpecimientos que causaba á la jurisdicción del parlamento. Se alarmó vivamente el duque de Borgoña, pero Carlos se contentó con las amenazas. ¡Era tan feliz como su vida de molicie y de indolencia, pasada en los castillos del Berri, lejos de las miradas y del bullicio de la corte y halagado siempre con las caricias de nuevas queridas! Sabía que se había restablecido el orden en su reino, que nadie desobedecía su poder, que era feliz y próspera la Francia, y no quería que viniese á interrumpir su placer ningún cuidado ni disgusto. Si hubiera podido vencer á su hijo, se habrían acabado todos sus deseos; pero decía con frecuencia: «Luis es variable en el consejo y ligero en sus opiniones, y no hay que dudar que tarde ó temprano volverá á mi presencia (1).»

Graves acontecimientos tenían lugar entre tanto en las naciones vecinas de la Francia.

§. IV.—*Revoluciones en Inglaterra y en Italia.*—*Proyecto de cruzada.*—*Muerte de Carlos VII.*—Abismada estaba la Inglaterra en la mas espantosa anarquía bajo el poder de un rey imbécil, de ambiciosos príncipes y de una reina detestada de la nación que la acusaba de la pérdida de sus conquistas. El parlamento nombró al duque de York protector del reino, levantó tropas contra Margarita y le ganó la batalla de Saint-Alban. No tuvo ningún resultado esta victoria, y los dos partidos pretendieron la alianza de los franceses. Margarita pidió auxilio á Carlos VII, y York al duque de Borgoña, al delfín y á todos los descontentos. A pesar de algunas victorias se vió obligado el duque á salvarse en Irlanda, de donde volvió con un ejército, venció á la reina en Northampton, á quien precisó á refugiarse en Escocia y logró que cayera el rey prisionero (1460).

(1) Coucy, t. II, p. 237.

Pidió entonces la corona al parlamento, y este le declaró sucesor de Enrique VI. Margarita volvió á entrar en Inglaterra y reanimó á su partido; York fué derrotado y muerto en Wakefield y Enrique salió de su prision. Pero el hijo del duque de York continuó la guerra, venció á la reina en Townton, obligándola á huir segunda vez á Escocia, y se ciñó la corona con el nombre de Eduardo IV (1461).

Este fué el primer rey de la *Rosa blanca*.

René de Anjou, despues de haber cedido la Lorena á su hijo el duque de Calabria, se habia retirado á Provenza donde se ocupaba únicamente en la poesía y la pintura. El duque de Milan y los florentinos le propusieron su alianza para arrojar del trono de Nápoles á Alfonso el Magnánimo, y reunió con este objeto un ejército de aventureros y partió; pero salió frustrada su expedicion y se volvió á Provenza (1453).

En esta época nombró Génova protector suyo á Carlos VII, y fué enviado á la ciudad, como representante del rey, el duque de Calabria. Este príncipe preparó una nueva expedicion contra Nápoles. Acababa de morir Alfonso, dejando sus tronos de Nápoles y Sicilia á su hijo bastardo Fernando, príncipe aborrecido por sus crueldades (1458).

Los barones y el pueblo de Nápoles deseaban la vuelta de la casa de Anjou; llegó el duque de Calabria y conquistó tres provincias (1459). Ardió entera la Italia en la mas espantosa guerra. Milan y el papa defendian la casa de Aragon, y solo Génova auxiliaba á la casa de Anjou; pero agotada esta ciudad, se rebeló, arrojó á los franceses, y venció un ejército de seis mil hombres que enviaron contra ella (1461). Derrotado por fin en Troja el duque de Calabria, y abandonado por sus partidarios, regresó á Lorena, y la casa de Anjou perdió definitivamente el reino de Nápoles (1463).

Desaconsalaba esta guerra al papa Pio II. Este antiguo secretario del concilio de Constanza era uno de los hombres mas ilustres que habian honrado la silla pontificia, y mostrándose adicto en favor de la causa cristiana, habia consagrado toda su vida á excitar á la Europa contra los infieles. Nunca habia sido tan necesaria una cruzada, pero no habia desaparecido el terror inspirado por la toma de Constantinopla. Toda la nobleza cristiana

hizo empero alarde al principio de querer imitar las expediciones del siglo XII, y el duque de Borgoña, que presumia de gran caballero porque amaba el fausto y los torneos, hizo ostentacion de su proyecto de cruzada en una gran fiesta, en la que todos sus cortesanos, á imitacion de los héroes fabulosos de la Tabla Redonda, hicieron *voto sobre el faisán* de libertar á Constantino-pla. Recorrió en seguida toda la Alemania con mucha pompa buscando partidarios para su empresa; pero nadie se movió, porque decian «que era menester esperar la voluntad del *gran rey*.» Este gran rey era Carlos VII que no tenia la mas remota intencion de salir de su egoismo, de su prosperidad y su serrallo para exponerse á la suerte de las cruzadas.

Los turcos en tanto llegaron hasta la Iliria y amagaron la Italia, y fué necesario el heroismo del grande Huniades de Hungría para detener su marcha invasora. El pontífice les buscó enemigos en todas partes hasta en Persia y Armenia, invitó á los húngaros á que pidiesen la proteccion de Carlos VII, «siendo la Francia, segun dijeron los diputados, la casa cristiana cuya muralla era la Hungria (1),» y convocó por fin una grande asamblea en Mantua á donde enviaron sus embajadores todos los príncipes de la cristiandad. Léjos de corresponder á los deseos del pontífice, Carlos solo se ocupó de sus negocios interiores, se quejó de la proteccion que daba la Silla apostólica á Fernando de Aragon, le pidió que reconociera la pragmática, se negó á imponer un diezmo para la cruzada, y prometió hacer la guerra á los turcos cuando la Francia estuviese en paz con los ingleses. Pio II contaba de antemano con el duque de Borgoña, con quien le unian relaciones de amistad, y pidió al emperador que le invistiera con la dignidad real por ser el único príncipe que manifestara algun zelo en pro de la guerra santa. Felipe empero se habia cansado de sus proyectos de cruzada; y arruinado además por sus guerras y fiestas se contentó con prometer un socorro de seis mil hombres, poniendo por condicion que enviasen igual número los demás príncipes. Se disolvió la asamblea: desesperado Pio II de tanta frialdad, se preparó á emprender por sí solo una cruzada; pero murió en Ancona cuando hacia sus preparativos.

(1) Duclerg, t. XIII, p. 226.

Continuaba la discordia entre el rey y sus hijos. Carlos cayó enfermo, y su entendimiento «que adolecía también en parte de la demencia de su padre,» se debilitó en extremo. Creyó que quería envenenarlo el delfín, se negó á tomar alimento, y murió miserablemente á los cincuenta y ocho años de edad (22 de julio de 1461) (1).

CAPITULO II.

Luis XI y Carlos el Temerario. (1461—1477.)

§. I.—*Principio del reinado de Luis XI.*—Activo y ambicioso Luis XI (2) y reducido por su padre al reposo y al destierro, recibió con alegría la nueva de esta muerte que le abría el deseado camino del trono y del poder. Partió sin dilacion á Francia acompañado del duque de Borgoña, que habia reunido á todos sus caballeros para hacerle una entrada triunfal y prestarle el apoyo de su nombre; pero fué tan grande su número que Luis temió llegar con cien mil hombres, y rogó al duque que los despidiera. Además no tenia que recelar ninguna resistencia, aun de los que le habian perseguido durante la vida de su padre, que fueron los primeros en asegurarle su adhesion; y todos unánimemente acusaron de todo á Chabannes, que se ocultó en sus castillos.

El duque de Borgoña le prestó juramento de vasallaje por los estados que poseia dependientes de la corona en la ceremonia de la consagracion, y le declaró que le ayudaría con hombres y dinero por los demás señoríos (5 de agosto de 1461). Pidió en cambio que perdonase á sus enemigos. Luis accedió á su peticion, reservándose ocho personas; pero luego que ciñó la corona y se hizo dueño del poder, solo pensó en saciar su venganza (3).»

Tanto tiempo hacia que anhelaba ser rey, que se apoderó del poderío con alegría y afan infantiles, no ocupándose al principio mas que en deshacer lo que habia hecho su padre: despidió sus ministros, cambió todos los empleados superiores, los conse-

(1) Cartas de Eneas Silvio.—(2) Tenia treinta y ocho años de edad.—(3) Comines, edicion de 1795, t. I, p. 395.

jeros del parlamento y los directores de la moneda; quitó los bienes á sus enemigos, recompensando á sus compañeros de destierro; devolvió libertad y haciendas al conde de Armañac, y finalmente empezó á perseguir encarnizadamente á Chabannes.

Desplegó en todos sus actos una actividad terrible, pero llena tambien de exageracion y mezquindad é impregnada de un espíritu bajo y cobarde de venganza. Hablaba continuamente con loca imprudencia de sus proyectos contra los grandes, se rodeaba de personas de baja esfera á quienes nombraba sus mas íntimos ministros, hacia subir la contribucion á mas de tres millones sin consultar á nadie, y revelaba públicamente los odios que conservaba en su pecho, estudiando, nó el modo de hacerse amar, sino temer (1). La mas notable de sus numerosas ordenanzas fué la que abolió la pragmática sancion, por dañar á sus nobles, que ejercian gran influencia en las elecciones eclesiásticas, y por dar gusto al papa Pio II que le habia prometido para René de Anjou la investidura de Nápoles. El parlamento no quiso reconocer la abolicion, y Luis que vió que habia sido la mofa de las promesas del papa, no manifestó ninguna oposicion á la resistencia de los magistrados, de modo que continuó ejecutándose la pragmática á pesar de hallarse abolida de derecho.

Al mismo tiempo entabló el nuevo rey confusas y atropelladas negociaciones por todos lados, y empezó á recorrer una parte de su reino sin corte ni acompañamiento, pues sus vestidos y su casa eran de una extremada sencillez, deseando que el trono se recomendase solamente por sus actos y nó por su fausto y brillo deslumbrador. Se detenia en las ciudades mas insignificantes, hospedándose en las casas de los vecinos, tomando por secretario al primero que se presentaba, hablando con ellos de sus negocios, y haciendo sobre todo un estudio de todos los hombres. Así visitó tambien la Bretaña con pretexto de una peregrinacion, y recibió homenaje del duque Francisco II sobrino y sucesor de Arturo III.

Dió á su único hermano Carlos en infantazgo el ducado de Berri, y los descontentos minaron á este príncipe, cuyo carácter apocado y su escaso talento podia inspirar poco temor. Devel-

(1) Chatelain, t. I, p. 8.

vió á la Guiena sus privilegios, y creó en Burdeos un parlamento cuya jurisdiccion comprendia la Gascuña, la Guiena, el Limousin, la Saintonge y el Angoumois (1462); y fué el segundo desmembramiento del parlamento de Paris. Visitó al conde de Foix, y tuvo una entrevista en el Bidasoa con el rey de Castilla Enrique IV.

En aquella época el rey de Aragon Juan II (1) se hallaba en guerra con los catalanes sublevados, y pidió la alianza de Luis XI y obtuvo de él un socorro de setecientas lanzas por la cantidad de 200,000 escudos; pero como no tenia dinero, le dió en fianza el Rosellon y la Cerdaña que recibieron autoridades francesas.

Luis XI entabló en seguida negociaciones con el rey destronado de Inglaterra, le envió á Margarita dos mil hombres y 20,000 francos, con los que intentó reanimar su partido; pero perdió aquella la batalla de Exham y se refugió en la Eclusa, donde la acogió muy cortesmente el duque de Borgoña á pesar de ser amigo y aliado de la casa de York (1463).

§. II.—*Liga del Bien público.*—A todos descontentaron los primeros actos de Luis XI por el carácter tiránico, astuto y quisquilloso de que estaban animados; al clero por la abolicion de la pragmática, á la nobleza por los «sábios y notables caballeros que habia alejado del gobierno al empuñar el cetro,» y al pueblo bajo, en quien él tenia gran confianza, por sus proyectos dirigidos á convertir en absoluto y único su poder. Alabábase el mismo monarca de sus proyectos, diciendo «que obligaría á la servidumbre á los dos ó tres señoríos que quedaban independientes, aunque debiese de llamar para conseguirlo á los ingleses (2).» Empezóse pues á formarse contra él una liga de descontentos que pronto apoyaron las cortes de Borgoña y de Bretaña.

Habiéndose principiado las negociaciones con Felipe el Bueno concernientes al rescate de las plazas del Somme, Luis manifestó un carácter muy insinuante y usó un lenguaje familiar y lleno de finura. Tenia confianza en los encantos de su genio, y tenia un placer en tener presentes á las personas con quienes trataba, con la certeza de convencerlas y seducirlas; y fué á vi-

(1) Chatelain, t. I, p. 8.—(2) Véase el §. II, del cap. I de la seccion IV.

sitar á Hesdin al anciano duque haciéndole consentir en el rescate (1463). Carlos conde de Charolais é hijo de Felipe, se enojó vivamente de este arreglo que miró como un despojo. Era este príncipe un jóven de una altanería que rayaba en locura, que siempre habia desconfiado de Luis, y que habia convertido en amistad su desconfianza. Fomentó pues los odios de los descontentos de Francia y entabló negociaciones con el duque de Bretaña.

Francisco II despertó todos los antiguos objetos de contienda entre Francia y Bretaña, haciéndose prestar por los bretones juramento de homenaje sin reserva, acuñando monedas de oro, intitulándose duque por la gracia de Dios, y dando asilo al duque de Alençon, el cual, olvidando su condena y su perdon habia renovado su alianza con los ingleses. La cuestión era ya tan grave que el rey le amenazó con la guerra; pero el duque llamó en su defensa á todos los príncipes, y entraron secretamente en su alianza Juan II duque de Borbon, Juan duque de Lorena y de Calabria, y hasta el mismo duque de Berri.

Confiado con exceso Luis XI en su destreza despreció los manejos de los señores, y continuó persiguiéndolos con su cólera imprudente y sus tortuosas negociaciones (1464). Quitó al conde de Charolais el gobierno de la Normandía que le habia dado á su advenimiento: tuvo muchas entrevistas con Felipe y le inspiró desconfianza contra su hijo; negoció con Eduardo IV, cuyos súbditos descontentos anhelaban su alianza: mandó condenar á muerte á Chabannes y conmutó su castigo en prision perpetua; y renovó sus alianzas con el duque de Milan, con el de Saboya, los de Lieja, los suizos etc. Mientras el rey negociaba, iba haciendo mas temible la liga.

El conde de Charolais acusó á Felipe de haber enviado secretamente asesinos contra él; y como se habia apoderado del gobierno de los estados de su padre, que estaba enfermo, hacia pactos y tenia conferencias con los príncipes por medio del conde de San Pol, noble turbulento y ambicioso, que parecia el alma del complot. Entraron en la liga el conde de Armañac, que debia á la liberalidad del rey su libertad y sus estados, Santiago de Armañac, biznieto del famoso condestable, que el rey habia nombrado duque de Nemours, el señor de Albret, el conde de

Dunois y la mayor parte de los capitanes de Carlos VII. Llamábase esta liga del Bien público «porque se llevaba á cabo con la pretension de hacer la felicidad del reino (1).»

Empezaba á inspirar temores esta conspiracion á Luis al ver el general descontento, y conoció que no habia hecho mas que faltas. Se resolvió pues á conjurar el peligro. Convocó en Tours una grande asamblea de señores, y expuso en ella los resentimientos que tenia del duque de Bretaña, se disculpó de los proyectos que se le suponian, y declaró que deseaba gobernar con los príncipes y para ellos (18 de diciembre de 1464). Todos le manifestaron que seria eterna su adhesion, pero todos estaban ya incluidos en la liga que contaba mas de quinientos príncipes, barones y damas.

Apenas se disolvió la asamblea de Tours cuando se declaró la liga. El duque de Berri, que era el jefe nominal, huyó repentinamente á los estados del duque de Bretaña, y llamó en defensa de la nobleza y del reino de Francia al conde de Charolais. Al mismo tiempo Chabannes desapareció de la Bastilla y se refugió en la corte del duque de Borbon, publicando en un manifiesto las intenciones de los príncipes para la reforma del estado y la dicha del pueblo, y dió principio á las hostilidades (marzo de 1465). Era muy temible el plan de los confederados. El duque de Borbon debía marchar al Berri dando la mano por un lado á los príncipes de Armañac, que ponian en conflagracion el Languedoc y la Guiena, y por el otro lado á las tropas de las dos Borgoñas: el duque de Bretaña llegaba por el Anjou con diez mil combatientes, y el conde de Charolais por la Picardía con las fuerzas de Flandes y de Artois; y finalmente el duque de Calabria conducia por la Champaña un ejército de loreses ó italianos, de modo que Luis XI se iba á hallar cercado en Paris por mas de sesenta mil enemigos.

Pero no se intimidó, y desplegó tanta actividad y prudencia en destruir la liga, como imprudencia en dejarla tomar creces. Descubrió con claridad el objeto de los señores y resumió en pocas palabras todo el plan de su reinado contestando al manifiesto del duque de Borbon. «Si hubiera consentido en aumentar sus pensiones y permitido atropellar á sus vasallos como en tiem-

(1) *Con. Ines.*, t. I, p. 203.

pos pasados, no hubiesen pensado en la felicidad pública (1).» Abandonado por todos los príncipes y hasta aborrecido del pueblo, el cual formaba su opinion siguiendo la de la nobleza, contaba mas en el desconcierto y rivalidad de los conferados, para salir de este paso peligroso, que en sus mismas fuerzas. Creyendo que le seria fácil vencer y someter á los del mediodía antes que llegasen los del norte, encargó al conde de Foix que sostuviera el Languedoc y desbaratase los planes de los príncipes de Armañac, opuso en el Anjou el conde del Maine al duque de Bretaña, y confió las Marcas de Picardía al conde de Nevers que eran los únicos señores que permanecieran fieles, aunque á muchos parecian muy dudosos. Dió la defensa y custodia de Paris á Carlos de Meulan, al cardenal Balue y sobre todo á los vecinos de cuya lealtad dependia su salvacion. Invadió despues él mismo en persona el Berri acometiendo al duque de Borbon; y durante su expedicion hizo observar á su ejército una disciplina tan rigurosa, trató tan bien á todas las ciudades, perdonando á todos, dando capitulaciones, gracias y promesas á cuantos las pretendian, que á fuerza de destreza y actividad redujo á la mas completa sumision al Berri y al Borbonés.

§. III.—*Batalla de Montlhery.—Tratado de Conflans.*—El conde de Charolais obtuvo de su anciano padre un ejército y un subsidio de los estados de Flandes para defender al duque de Berri, y pasó la frontera con mil cuatrocientos hombres de armas y ocho mil arqueros. Rindiéronsele sin resistencia todas las plazas; el conde de Nemours se encerró cobardemente en Perona, y el enemigo llegó hasta San Dionisio (5 de julio de 1465). Al mismo tiempo atravesó el Anjou el duque de Bretaña, á pesar del conde del Maine que se habia replegado hácia el Berri, y marchaba para reunirse con el conde de Charolais. Engañado Luis XI en sus cálculos de tiempo, por falta ó traicion de sus dos tenientes, «temió que los parisienses abriesen las puertas á Charolais y al duque de Bretaña, y que todas las ciudades siguiesen el ejemplo de la capital del reino, por cuya razon determinó retirarse á los muros de esta capital á marchas forzadas, cuidando que no se reunieran los dos ejércitos enemigos (2).» Entonces hizo tratos con los príncipes de Borbon

(1) Barante, t. VIII.—(2) Comines. t. I, p. 321.

y de Armañac que le hicieron exorbitantes peticiones, y les obligó con sus tropas disciplinadas á aceptar una tregua. Seguro ya del mediodía, donde por otra parte habia permanecido fiel el conde de Foix, volvió al norte apresuradamente con diez ó doce mil hombres valientes y adictos (6 de julio).

La liga habia ya empezado á minar á Paris; pero esta ciudad, tan borgoñona en épocas anteriores, se defendió con heroismo de los enemigos del rey, ahogando las asechanzas que en su seno se formarían. No habiéndola podido tomar Charolais por traicion ni por sorpresa, se apresuró á pasar el Sena para oponerse al regreso del rey y unirse al duque de Bretaña. Estaba descontento de la inaccion y lentitud de sus aliados, y conocia el peligro que le amenazaba permaneciendo en un país sublevado por los saqueos de sus soldados y tan léjos de sus fronteras. Dirigióse pues á Longjumeau. Luis se hallaba en Arpajon, y deseaba entrar en Paris sin pelear; pero el mariscal de Brezé, que se alababa de haber dado un golpe mortal á los señores en defensa del rey, mandaba la vanguardia, y dijo: «Yo los pondré hoy tan cerca unos de los otros, que ha de ser bien diestro el que los sepa distinguir.»

Encontráronse efectivamente realistas y borgoñones en Montlhery (16 de julio), y como ni unos ni otros se esperaban, la pelea se trabó con el mayor desorden. Se acometieron y persiguieron sin odio ni encarnizamiento durante todo el dia, y salió victoriosa una de las alas de cada parte y vencida la otra.

Volvian á mezclarse segunda vez los ejércitos y á renovarse los combates parciales, cuando Luis XI, viendo despejado el camino de Paris se retiró á Corbeil; y el conde de Charolais «proclamó la victoria por suya sin hostigar al enemigo, cuya inaccion le costó bien cara despues, pues rechazando todo sano consejo, y guiándose siempre por su capricho, perdió la vida y destruyó su casa (1).» Juntáronse con él en Etampes los duques de Bretaña y de Berri, llegó también el duque de Lorena con sus tropas extranjeras, el mariscal de Borgoña con las milicias y la nobleza de las dos provincias; y finalmente violando su armisticio los príncipes de Borbon, de Armañac y de Nemours, se pre-

(1) Comines, t. I, p. 321.

sentaron tambien con los suyos en Etampes. Jamás se habia visto el trono amenazado por una liga tan formidable, y ya no le quedaba á Luis mas que Paris y la Normandía. Vuelto á su capital reformó su ejército, abolió los impuestos, agasajó á los vecinos, confirmó sus privilegios, los admitió en su consejo, se hizo inscribir en su gran hermandad, manifestándose como uno de ellos franco y sencillo, comiendo en su mesa comun, riendo y dando pruebas de la mayor confianza. «¡Leal ciudad de Paris! decía; ¡ah! si te perdiera se acabaria toda mi dicha!»

El ejército de los príncipes llegó hasta los muros de Paris, y antes que se formalizara el sitio, Luis partió á Normandía para dar prisa á los auxilios que de aquella provincia esperaba. Muy fatal fué al rey aquella correría. Los príncipes entablaron negociaciones con los parisienses, se despertó el partido borgoñon, y la parte rica de la ciudad iba á abrir las puertas á los confederados, cuando acudió á las armas el pueblo desbaratando esta traicion que hubiera sido la pérdida del estado; «pòrque, segun dice Comines, si se hubiese ganado la ciudad, estaba enteramente perdida la causa del rey, pues todos los demás pueblos de Francia hubieran imitado su ejemplo indudablemente (1).»

Regresó por fin el monarca, y cesaron las rebeliones y planes de traicion. Empezaron entonces las escaramuzas (28 de mayo de 1465), pues Luis no queria trabar una batalla formal no teniendo seguridad en los suyos, y viendo que cada dia le abandonaban diez ó doce de sus servidores. Sabia además que los príncipes no tenian dinero, y estaban desacordes en sus planes y ambiciones, por lo que solo pensó en negociar, seguro de deshacer mas tarde sus compromisos. Las pretensiones de los señores eran sin embargo tan exorbitantes, que lo que pedian era un verdadero repartó del reino. En vano ensayó Luis toda la seducción de su lenguaje en una entrevista que tuvo con Charolais, y volvieron á empezar las hostilidades.

Finalmente despues de dos meses de combates y parlamentos viendo el rey que el duque de Borbon acababa de apoderarse de Ruan, y que Paris se apasionaba por los borgoñones, consintió en todo para deshacer la liga y vengarse despues de todos

(1) Bonamy, Memorias de la Academia de las inscripciones, t. XX.

aisladamente. Firmóse entonces el tratado de Conflans (29 de octubre), el mas humillante de todos los que hiciera con sus súbditos un rey de Francia, «y por medio del cual, dice Comines, los príncipes despojaron y saquearon al monarca. Cada cual arrebató su presa (1);» el duque de Berri se quedó con la Normandía en soberanía hereditaria, «como la poseian del rey de Francia antiguamente los duques de Normandía (2), «y con el homenaje de los duques de Bretaña y de Aleñzon: el conde de Charolais alcanzó las ciudades rescatadas del Somme con muchas otras que le hacian dueño de Picardía; el duque de Bretaña Etampes y Monfort; el duque de Lorena, Monzon, Sainte-Menehould y Neufchateau, el duque de Nemours el gobierno de Paris y de la isla de Francia: Chabannes recobró todos sus bienes: se dió á Saint-Pol la espada de condestable, etc. Todos lograron dinero, empleos, gracias y compañías de ordenanzas, el rey los abrumó á caricias y obsequios, fingiendo ponerse enteramente á su voluntad, se humilló bajo todós aspectos, y no pudo darles gusto hasta que estuvieron saciados de concesiones.

En cuanto al bien público que era el lema de la liga, nó se habló una palabra. Nada probó mejor el objeto de los confederados.

Jamás el feudalismo habia alcanzado una victoria tan completa; se hallaba por decirlo así reconstituido, y Luis XI no era mas que el señor natural de sus vasallos como Luis VI.

§. IV.—*Luis disuelve la liga de los señores.*—La causa de la derrota del rey habia sido la imprudencia de éste al descubrir sus planes de gobierno, y cuando le devolvieron la libertad la partida y dispersion de los príncipes, volvió á tomar el hilo de sus primeros proyectos, pero con mas destreza, por caminos mas tortuosos y con mas crueldad que antes. Su máxima era, que quien no sabe disimular no sabe reinar, y el odio que tenia á los nobles por política al principio, era entonces un odio por pasion, deseo de venganza y por vergüenza de haber sido vencido. Habian sido todos para él tan ingratos y codiciosos, que no tuvo mas cariño á nadie en adelante; todos los medios le parecieron legítimos, y se dirigió desde entonces al blanco de sus deseos sin debilidad, sin escrúpulo y sin remordimientos.

1) Juan de Troye, l. II, p. 100.—(2) Duclerg, t. XV, p. 66.

Solo el pueblo de Paris le habia sido fiel, y trató mas que nunca de hacer su felicidad, familiarizándose con los vecinos, estando continuamente entre ellos, admitiéndoles en su mesa y en su consejo, arengando en los mercados, siendo padrino de bautismo de sus hijos, escogiendo entre ellos sus agentes y ministros, arreglándolos en sesenta y dos compañías de milicias formando treinta mil hombres (1). Desembarazóse al mismo tiempo poco á poco bajo mano de las personas de baja esfera que le habian vendido y que habian gritado «viva Borgoña!» El preboste Tristan el Ermitaño, á quien Luis llamaba su compadre, empezó sus ejecuciones; las prisiones secretas y las muertes por inmersión en el Sena esparcieron el terror, y Carlos de Meulan fué decapitado por no haber sabido defender á Paris.

Seguro de su ciudad soberana, y viendo que el parlamento dócil á sus inspiraciones rehusaba la aprobacion del tratado de Conflans, intentó el modo de impedir que se reformase la liga comprando uno tras otro á sus miembros. Á fuerza de gracias y promesas se hizo dueño de los príncipes de Armañac y de los condes de Saint-Pol y Dunois; atrajo á su partido al duque de Borbon dándole el gobierno de casi todo el mediodía, hizo alianza con el duque de Lorena y se reconcilió enteramente con Chabannes. Lo mas importante era quitar á su hermano la Normandía, pues se daban la mano por ella el duque de Bretaña y el conde de Charolais. Sabia que el conde estaba ocupado en hacer la guerra á los de Lieja, llegó á desavenir al duque con el joven Carlos, y envió entonces un ejército que sometió sin oposicion toda la Normandía obligando á su hermano á salvarse en Bretaña (1466).

Todos los príncipes se alzaron al saber esta violacion del tratado de Conflans, y Luis dió á Charolais la excusa de que las ordenanzas de sus antecesores se oponian á que fuera dada en infantazgo la Normandía, pues pagaba la tercera parte de las rentas del reino. El conde tuvo que contentarse con esta razon, estando disuelta la liga y ocupándole enteramente la guerra contra los de Lieja.

Estos tenian entonces por obispo y príncipe á un sobrino del

(1) Juan de Troye dice 60 á 80,000, cuyos 30,000 estaban armados de arneses y cotas de malla.

duque de Borgoña que se atribuyó con esta ocasion el derecho de protectorado en el país. Impelidos por las intrigas de Luis XI y cuando conocieron que estaban ocupadas en Francia todas las fuerzas de Charolais, se sublevaron contra su obispo, pero despues del tratado de Confians, aterrados con los preparativos del conde que danzaba contra ellos, se rindieron con la condicion de que los duques de Borgoña fueran *maimbours* y capitanes perpétuos del país. Solamente persistió en su rebelion Dinant, ciudad perteneciente á Lieja y célebre por su industria y sus turbulencias, é injurió mortalmente á Charolais que le puso sitio con treinta mil hombres. Rindióse á discrecion despues de una resistencia desesperada, y por órden expresa del conde fué saqueada, siendo vendidos ó muertos sus defensores, espulsados desnudos los niños y las mujeres, se le prendió fuego por todos los costados, no quedando mas que escombros de una ciudad tan rica y poderosa.

§. V.—*Segunda guerra borgoñona.—Entrevista de Perona.—Toma y saqueo de Lieja.*—Cuando Charolais se vió libre de esta guerra renovó sus quejas contra el rey y no hallando apoyo en los príncipes de Francia, intentó alcanzar la amistad de los extranjeros, en especial la de Eduardo IV, y se preparó á renovar la guerra. Luis XI reunió dos ejércitos, uno en las Marcas de Champaña mandado por Chabannes, y otro en las Marcas de Bretaña. Organizó los francos arqueros, las compañías de ordenanza, y en especial la artillería, esta arma plebeya que tantas brechas había abierto ya al feudalismo, y cuyo mando confiaba exclusivamente á personas salidas del pueblo; y finalmente hizo alianza con el conde de Warwick, señor á quien debía su corona Eduardo IV, y que queria restaurar á los Lancastre.

Murió en aquella época Felipe el Bueno (15 de junio 1467), y ya se creía libre para saciar su venganza Carlos llamado el Terrible ó el Temerario, cuando se sublevaron la Flandes, el Brajante y Lieja. Contuvo fácilmente las rebeliones de Gante y de Bruselas, pero nó la de Lieja, y reunió contra esta ciudad un ejército formidable. Gozoso Luis al ver á su rival tan embarazado, negoció en favor de los de Lieja, pero no se atrevió á enviarles el ejército de Chabannes, pues el duque de Bretaña invadia entonces la Normandía apoyado por el duque de Alenzon y Carlos de Berri.

El duque de Borgoña se dirigió al mismo tiempo contra los de Lieja, y les ganó la batalla de Bruenstein (25 de octubre) obligando á la ciudad á rendirse. Entró Carlos el Temerario, en ella victorioso y engreído con su triunfo, desarmó á sus habitantes, les exigió crecidos impuestos, desmanteló sus fortalezas, y se preparó á reunirse con sus aliados de Francia para castigar la perfidia de Luis XI.

El rey se apresuró á firmar una tregua con el duque de Bretaña (24 de diciembre), y para dar alguna satisfaccion á las quejas del pueblo, convocó en Tours los estados generales, teniendo cuidado de hacer nombrar diputados á los que le eran mas adictos (1.º de abril 1468). Declararon los estados que la Normandía no podia separarse de la corona, y que habiendo faltado el duque de Bretaña á sus juramentos por sus ligas contra la Francia, debia obligársele á la sumision por medio de las armas. Fortalecido Luis XI con el sentimiento nacional, y aprovechándose de la detencion del duque de Borgoña en sus estados por su casamiento con la hermana de Eduardo IV, hizo marchar un ejército á Normandía y otro á Bretaña. Vanamente el duque Francisco reclamó el auxilio de Carlos; se vió obligado á firmar el tratado de Ancenis (10 de setiembre) por el cual renunciaba á la alianza del duque de Borgoña y prometió servir al rey contra todos sus enemigos. El duque de Berri se vió reducido á una pensión, y cuando lleno de cólera llegó el borgoñon á Perona, donde se reunian sus tropas, se halló sin aliados.

Solo le quedaba al rey un enemigo que vencer, era Carlos el Temerario. A pesar de ser un diestro capitán y disponer de un brillante ejército, repugnaba emplear la fuerza, pues la finura y el convencimiento eran los medios predilectos de este hombre mas vanidoso con su talento y su mérito que con su corona y su cuna; y á pesar de las representaciones de sus consejeros «que querian estirpar de raiz la malvada raza borgoñona,» prefirió alcanzar con negociaciones lo que estaba seguro de adquirir con la fuerza de las armas. Confiando pues en la seducción de su lenguaje halagador y jovial, disgustado de todos sus embajadores y aconsejado por el cardenal Balue, que le hacia traicion, propuso al duque una entrevista en Perona, el cual la aceptó gustoso. A pesar de las súplicas y clamores de todos los suyos

partió casi sin escolta, y llegó al campo del ejército borgoñon que engrosaban todos los descontentos y desterrados de Francia (3 de octubre).

Empezaron las negociaciones: el rey quería que el duque dejase la alianza de los duques de Bretaña y de Berri; pero Carlos á pesar de su defeccion, se negaba obstinadamente á abandonarlas á la voluntad de Luis y pedia la ejecucion del tratado de Conflans. Mientras tenian lugar las conferencias llegó de pronto al campamento la noticia de que los de Lieja se habian sublevado, aprisionando al obispo y sus canónigos, y habiendo muerto á algunos de ellos.

El duque se encolerizó horriblemente y exclamó: «El rey es quien ha incitado á los perversos de Lieja, pero tendrá motivo para arrepentirse!» Era cierto; pues en el momento en que Luis quería emplear la fuerza contra su enemigo, habia impelido á los de Lieja á rebelarse, y cuando mudó súbitamente de resolucion, se descuidó de advertirlo. Se estremeció al conocer su imprudencia, y al verse encerrado en el castillo de Perona; y juró al duque firmar la paz con las condiciones que mejor le pluguieran pero no le dió oidos, pues su espíritu fogoso y atrevido premeditaba los mas siniestros proyectos. Se trataba nada menos que de matar á Luis y proclamar á Carlos rey de Francia, resolviendo despues tener al rey hundido en un calabozo toda su vida y dar á su hermano el gobierno del reino. Cuando Luis XI desplegaba su habilidad era en medio de los peligros, y en especial en aquellos que le ocasionaban sus faltas: tenia resignacion y paciencia, sabia humillarse á tiempo, y decia con frecuencia: «Cuando el orgullo camina delante, le sigue detrás la deshonra y el castigo (1).»

Logró á fuerza de súplicas, promesas y hasta bajas corrupciones, con las que sedujo á muchos consejeros borgoñones y principalmente á Felipe de Comines, salir de la difícil posicion, en la que tan locamente se habia precipitado. El duque se aterró de la inmensidad de la traicion que meditaba, prestó oido á consejos mas suaves, y consintió en firmar un tratado, por medio del cual lograba todas sus pretensiones, hasta la que le concedia el

(1) Comines, t. II, p. 44.

derecho de hacer alianzas contra el mismo rey. Confirmáronse con esta modificación los tratados de Arras y de Conflans, la concesion de la Champaña para el hermano del rey por vía de infantazgo, y por fin Luis juró seguir á su vasallo contra sus aliados los de Lieja. De modo que Luis XI se halló por segunda vez arrojado por su culpa en la mas profunda humillacion, y estaba aun por comenzar la obra de su ambicion y su venganza.

Salió de Perona el ejército borgoñon, y el rey mismo llevaba la cruz de San Andrés y gritaba: «¡Viva Borgoña!» Los habitantes de Lieja quedaron aterrados al saber la mudanza de Luis, siendo así que llevaban ellos la cruz de Francia, y su grito de guerra era, «¡viva el rey!» No tenían murallas, armas, ni puertas; ni cañones, soldados ni aliados; y se defendieron por lo tanto con la rabia de la desesperacion. Carlos manifestó tener mucha desconfianza de su cautivo, que creia que iba á huir á Lieja; pero Luis deseaba francamente la victoria de su vasallo, porque era el único medio de salir de su poder, y peleó con valor contra los liejeses, á pesar de los gritos de «¡traidor!» con que le imprecaban. Lieja cayó por fin en manos de Carlos (39 de octubre de 1468); y todo cuanto en ella se halló fué saqueado, destruido y pasado á sangre y fuego, no quedando sin reducir á cenizas en esta desgraciada ciudad mas que las iglesias. Algunos dias despues Carlos consintió en la partida del rey, que hacia tres semanas estaba cautivo; y gracias al buen gobierno que Luis habia establecido en Francia y al terror que habia inspirado su desgracia, nadie se sublevó durante su ausencia. Chabannes pensó en marchar con su ejército para libertarle; pero Luis sabia que causaria su perdicion, y le dió órdenes para que licenciase sus tropas y se alegrase «por la paz que habia hecho con su muy querido hermano el duque de Borgoña, pues, segun le decia, creemos que jamás verá la Francia que nos hagamos la guerra.»

Es fácil de presumir que Chabannes se guardó bien de obedecerle.

§. VI.—*Luis repara sus fallas.—Desgracia de la casa de York.*
—Apenas se vió libre el rey por segunda vez del peligro por medio de la astucia, la bajeza y la paciencia, cuando ya habia olvidado sus yerros, y á pesar de las burlas que los parisienses hi-

cieron de su *compadre*, volvió á emprender sus proyectos con nuevo ardor y tenacidad. Entonces fué cuando mas que nunca se precipitó por desviadas sendas, pues todo camino recto le parecia malo, y solo gustaba de la astucia, la intriga y el espionaje. Toda su política se redujo desde entonces á conquistar á unos y desunir á otros; y cómo le repugnaba ver amigos á todos cuantos le rodeaban, no descansó hasta que introdujo la discordia y la guerra entre sus vasallos y sus vecinos.

No quiso dar la Champaña á su hermano, por ser una provincia contigua á la Borgoña y que abría al duque las puertas de Paris, y le ofreció en cambio la Guiena, provincia mucho mas rica pero mas aislada. Se resistió el príncipe, y el rey supo por unas cartas interceptadas que le hacia traicion el cardenal Balue, uno de sus mas íntimos confidentes y persona de baja esfera, que habia elevado al capelo y nombrado ántes obispo de Angers, y por cuyo conducto el borgoñon estaba enterado de todos sus planes. Luis se irritó en extremo, pues él, á quien todos acusaban de perfidia continuamente, solo veia sin cesar sembrar en torno suyo las traiciones. Mandó aprisionar al cardenal y á su cómplice el obispo de Verdun, les entregó á una comision que les declaró reos de lesa majestad, y les hizo encerrar en jaulas de hierro durante diez años (1463). Efectuóse entonces mas fácilmente el arreglo del rey con su hermano. Carlos tomó posesion de la Guiena, y renunció á la alianza del duque de Borgoña cuya hija rehusó como tambien el toison de oro que le habia ofrecido. Solo le faltaba conseguir la sumision de los príncipes de Armañac, y Chabannes marchó contra ellos. El duque de Nemours alcanzó el perdon, y el conde de Armañac huyó del reino y fueron confiscados sus bienes.

Restablecióse el poder de Luis XI, fundó la órden de San Miguel para estrechar mas los lazos de los príncipes con el trono (1.º de agosto), obligó al duque de Bretaña á que jurase renunciar las alianzas con extranjeros, entabló negociaciones con los suizos, antiguos aliados de la casa de Borgoña, y firmó con ellos un tratado de amistad que sirvió de base cincuenta años despues á la *paz perpétua*, y renovó en fin sus alianzas con el rey de Escocia y el duque de Milan que le auxiliaron con hombres y dinero.

Contemplábanse los dos rivales dispuestos á volver á emprender la lucha ; Luis con el deseo de vengar su deshonra de Perona, y Carlos orgulloso con sus victorias; el uno paciente y sutil, el otro arrebatado y violento, el primero humilde y resignado, el segundo altivo y que no sufría la menor ofensa ; y los dos buscando enemigos para sus contrarios y alegrándose del mal de sus aliados. El rey seguía siempre íntimamente ligado por amistad con el conde de Warwick, y el duque con Eduardo IV. Warwick se sublevó abiertamente en contra de Eduardo; pero fué vencido, y se refugió en Normandía con ochenta naves donde iban sus partidarios (1470). Luis le obsequió con la mas brillante acogida, le reconcilió con Margarita de Anjou, y le ayudó para que volviera á emprender su expedicion. Enojóse el duque de Borgoña, y lanzó al mar todas sus naves.

El rey no queria hostilizar al borgoñon, y trató de entretenerle con embajadas, pero no quiso dar oidos á ninguna el fogoso Carlos y llegó á decir : « Es costumbre entre nosotros los portugueses enviar á los diablos á nuestros amigos cuando traban amistad con nuestros enemigos (1). » Este despropósito disgustó en extremo á sus servidores, descontentos ya con un soberano tan violento, que mas parecian sus enojos locuras que otra cosa, y porque al expresarse de este modo renegaba de ser súbdito del rey, pariente de las flores de lis, y olvidaba su gloria y el honor de su origen. Despreciando el nombre de Francia que tenia, no se atrevia á apellidarse inglés, aunque lo fuera de corazon (2), y se acordaba de que era hijo de una madre portuguesa. Warwick se aprovechó de una tempestad para pasar por en medio de la armada borgoñona, y desembarcó en Inglaterra. Eduardo IV se vió abandonado de todos ; y se refugiaba en Holanda, conducido en una barca, mientras Warwick hacia su entrada triunfal en Londres, sacaba de su prision á Enrique VI, y restablecia en el trono al que nueve años antes habia hecho caer peleando contra sus amigos.

§. VII.—*Tercera guerra borgoñona.—Fin de la casa de Lancastre.*—Aquella revolucion puso á Carlos el Temerario en tan difícil situacion, que se apresuró á renovar su alianza con Ingla-

(1) Chatelain, pág. 346.—(2) Id. id. 347.

terra, diciendo que era mas inglés que los mismos ingleses, y ensalzándose de tener en sus venas sangre de los Lancastre. Luis se preparaba á hacerle la guerra. «No pienso otra dicha ni otro cielo, le decia á Chavannes, que destruir á ese hombre.» Convocó una gran asamblea en Tours, donde por vez primera habló de la traicion de Perona, de los atentados de Carlos contra la Francia, y de sus alianzas con la Inglaterra. Los circunstantes declararon que Luis estaba libre de todos los juramentos que habia prestado á Carlos, y que este era reo de lesa majestad; por lo cual fué citado el duque de Borgoña para que compareciese ante el parlamento, y las tropas reales se apoderaron de todos los dominios que tenia cerca de la frontera (1471). Sorprendióse Carlos de un ataque tan inesperado, pues no tenia ejército, y le habian abandonado sus caballeros irritados con su tiranía. Rindiéronse sin resistencia las ciudades del Somme, el condestable se apoderó de San Quintin, el rey de Amiens, y Chabannes llegó hasta Arrás. Acometia al mismo tiempo las dos Borgoñas Nicolás, duque de Lorena, é hijo de Juan, el duque de Bretaña enviaba tropas al rey, y le acompañaba el nuevo duque de Guéna. Toda la Europa creyó que iba á ser destruido el poder borgoñon; pero los duques de Bretaña y de Guéna estaban en secreta negociacion con el duque; el condestable fingia que le alentaba con viveza enviándole á decir en secreto que no tuviera ningun temor, y era este el principal motor de una intriga en la que se trataba de obligar á Carlos á que diera su hija única al duque de Guéna, cuyo enlace le hubiera alzado, tanto como á la liga de los señores, á una posicion amenazadora para el rey de Francia y el duque de Borgoña. Esperaba Saint Pol, vasallo del borgoñon y empleado del rey, hacerse independiente á favor de las discordias de los dos príncipes; pero descubrieron estos la intriga, y concibieron contra el condestable el odio mas extremo y mortal, no aprobando ni el uno ni el otro el enlace proyectado por los señores.

«Todo lo prefiero á tener un yerno,» decia Carlos, á pesar de ofrecer su hija á todos los príncipes cuya alianza deseaba; y Luis estaba decidido á emprenderlo todo antes de ver fundar á su hermano una nueva dinastía de Borgoña. Los dos rivales hicieron causa comun. El rey veia claramente que estaban dis-

puestos á venderle los señores que habia empeñado en su defensa, y además, aunque contara con fuerzas superiores á las de su enemigo, «no queria exponerse á las eventualidades de una batalla si podia encontrar menos peligrosos medios (1),» y creia en fin prudente no arrojar jamás al enemigo en la desesperacion, y destruirle poco á poco y en muchos y repetidos embates. El duque por su parte reconocia la inferioridad de sus fuerzas, la traicion y el engaño de unos, las exigencias de otros, y se veia amenazado de inminente ruina. Los dos rivales hicieron una tregua. Luis XI fué el mas favorecido en el negocio, pues al mismo tiempo llegó la noticia de una revolucion acaecida en Inglaterra que cambiaba la posicion de ambos partidos.

Desde su destierro de Holanda Eduardo VI habia obtenido secretamente auxilio del duque de Borgoña, y desembarcando en Inglaterra con solo dos mil hombres, se fué aumentando rápidamente su ejército, y entró triunfalmente en Londres. Warwick, llamado el hacedor de reyes, fué vencido en Barnet donde murió (14 de abril de 1471), y Margarita de Anjou en Tewksbury (4 de mayo). El príncipe de Gales fué asesinado despues de la batalla por los hermanos de Eduardo; Enrique murió degollado en la Torre, y Margarita cayó prisionera. Este fué el fin trágico de la casa de Lancastre. Enrique Tudor, conde de Richemont, hijo de Margarita de Somerset y de Edmundo Tudor, era el único que podia representarla, y se refugió en Bretaña.

§. VIII.—*Cuarta guerra borgoñona.*—*Muerte del hermano del rey.*—*Sitio de Beauvais.*—*Tregua con el duque de Borgoña.*—Cambiaron de aspecto los negocios de Francia: Carlos volvió á adquirir la ventaja; los aliados exteriores de Luis le abandonaron, y sus enemigos interiores se hicieron mas audaces. Se formó una nueva liga. El duque de Bretaña «tenia mas que nunca mimado todo el reino (2);» y el hermano del rey, que pudo huir á Guiena, reunió tropas, y tomó por teniente general al conde de Armañac declarado reo de lesa majestad. Eduardo IV prometió desembarcar en Calais, y el rey de Aragon se preparó á atacar el Rosellon. El duque de Borgoña, que tenia en las fronteras de

(1) Comines, t. II, p. 223.—(2) Id. p. 194.

Picardía un ejército formidable, era el jefe de la liga, é impelido por los reyes y señores, para que diese principio á la guerra, respondió: « Deseo mas de lo que se piensa la felicidad del reino, pues quiero que en vez de un rey tenga seis (1). »

Se habia resuelto efectivamente el desmembramiento de la Francia dando á Carlos el Temerario la Picardía y la Champaña, á Eduardo IV la Guiena y la Normandía, y nombrando rey á Carlos de Berri. « Nadie se acordaba de Luis XI, y borgoñones, bretones é ingleses iban á precipitarse sobre él furiosamente, echándole tantos galgos á la cola que seguramente no sabria por qué lado huir (2). »

Amenazado Luis por una liga mas temible que la del *Bien público*, abandonado de todos, hasta del pueblo mismo y de los parisienses que hacian mofa de su cobardía, no se intimidó, « porque era un hombre prudente en la adversidad, » segun dice Comines. Sabia retroceder para avanzar mas despues, hacer el humilde y el amable con encubiertos fines, conceder y dar para recibir doblado, y sobrellevar y sufrir sus propios agravios y resentimientos con la esperanza de poder llegar « por fin al blanco de todos sus deseos.... la venganza (3). » Redobló pues sus negociaciones, sus contra alianzas y sus corrupciones; y escribió á todos haciendo bajas y humillantes promesas; suplicó al borgoñon que hiciera la paz, ofreciéndole condiciones tan ventajosas, que no pudo menos de tentarse á conferenciar; « pero los dos abrigaban la intencion de engañarse (4). » Luis esperaba un acontecimiento que debia libertarle de su apurada situacion, y era la muerte de su hermano, que hacia ocho meses estaba enfermo (24 de mayo de 1472). Luego que logró lo que deseaba, arrojó el tratado diciendo: Ya es mia la partida, y no tengo necesidad de hacer mas juramentos; é hizo que ocupara un ejército la Guiena que no ofreció ninguna resistencia.

Aterrado Carlos el Temerario, acusó al rey en voz alta de haber hecho morir á su hermano « por el veneno, los sortilegios é invocaciones diabólicas (5); » y esta era la opinion mas comun. Se dijo que el abad de san Juan de Angeli habia envenenado un pescado, del cual habia comido la mitad el duque de Guiena y

(1) Comines. t. II, p. 186.—(2) Id. p. 185.—(3) Id. p. 224.—(4) Chatelain, pág. 318.
—(5) Pruebas del libro tercer^o de Comines. Cartas del duque de Borgoña.

la otra mitad su querida, la que murió cuatro meses despues, y el duque al terminar los ocho. El abad fué arrestado y se le instruyó un proceso; pero pasado un año, le hallaron muerto en la cárcel. El jóven príncipe no obstante creyó natural su muerte, y léjos de acusar á su hermano, le pidió perdon en su testamento.

Acaecida aquella muerte tan á punto para Luis XI, fué la señal de un ataque general. El duque de Borgoña entró en el reino lleno de cólera por haber sido engañado tan vilmente, se apoderó de Nesle, donde lo pasó todo á sangre y fuego, siendo la iglesia, donde se habian refugiado los habitantes, teatro de una sangrienta carnicería y no perdonando á nadie; de modo que cuando el duque entró en ella la sangre salpicó hasta sus estribos. «Buenos carniceros llevo tras de mí! exclamó al presenciarse aquel espectáculo (1).» Desde allí fué á sitiar á Beauvais (27 de junio). No tenia esta ciudad soldados que la defendieran, pero sus habitantes se encargaron de rechazar al enemigo con heroismo, peleando hasta las mujeres en el asalto. Llegáronles muy pronto refuerzos de armas, soldados y víveres: la defensa de los de Beauvais excitó el entusiasmo de todo el reino, dando ocasion para que se manifestase el espíritu nacional: todas las ciudades les enviaron armas y hombres, y el rey se portó noble y ardorosamente en este trance. «Ese sitio, decia Luis con admiracion, es un sucesó maravilloso.» Lleno de orgullo y tenacidad el duque renovó en vano los asaltos, y despues de tres semanas de esfuerzos, durante las cuales no cesó de disparar la artillería, se vió obligado á levantar el sitio (2 de julio de 1472).

Partió á Normandía que saqueó con furor salvaje, y llegó á Ruan, á donde habia citado al duque de Bretaña. Sus generales entretanto atacaron la Champaña: el conde de Armañac volvió á entrar en sus estados, y con el apoyo del rey de Aragon intentó sublevar el mediodía: el duque de Alençon recibió en sus castillos á las tropas inglesas, y finalmente Francisco II firmó un tratado con Eduardo IV, por el cual le reconocia por rey de Francia.

Luis desplegó mucha actividad y cubrió todas sus fronteras, Saint-Pol entró en Picardía y devastó el Artois; Chabannes si-

(1) Juan de Troye, p. 232.

guió á los borgoñones hasta Normandía, dirigiéndose contra el duque de Bretaña, el cual no pudo reunirse con los borgoñones, y se vió muy presto obligado á pedir una tregua que Luis se apresuró á conceder. El duque de Borgoña retrocedió entonces hácia Flandes, seguido siempre de Chabannes y disgustado de sus negocios en Francia, de las traiciones de los señores, de la defecion de los bretones; y ocupado además con nuevos proyectos que hervian en su imaginacion exaltada y caprichosa, consintió luego en una tregua que se prolongó durante dos años (12 de noviembre).

§. IX.—*Castigo del duque de Alençon.—Destrucion de la familia de Armañac.*—La confederacion de los grandes se estrellaba siempre en la destreza política de Luis XI. Desembarazado este de su jefe, que iba á dirigir á otra parte todas sus fuerzas y la turbulencia de su genio, se arrojó con seguridad y sin compasion sobre sus enemigos que ponía en sus manos la desaparicion de su rival. El duque de Alençon y el conde de Armañac eran los mas ingratos y los que mas traídoramente habian correspondido á su perdon y sus beneficios. El primero se habia hecho culpable de numerosas muertes y de fabricacion de moneda falsa, de haber negociado con el duque de Borgoña para cederle sus dominios, y con los ingleses para entregarles sus castillos. Fué encerrado en un calabozo, presentado ante el parlamento, y condenado á muerte (julio de 1474). Luis le tuvo en prision perpetua, y en ella murió dos años despues.

Era mas difícil castigar al conde de Armañac, á quien apoyaba el rey de Aragon; pero Luis XI estaba resuelto á destruir esta casa tan popular en el mediodía, que se gloriaba de descender de Clodoveo, y que estaba manchada con tantos crímenes, que parecia herida por un rayo de maldicion. Envió á Gascuña un ejército conducido por sus mas íntimos consejeros. El conde de Armañac se defendió valerosamente en Lectoure, donde se vió obligado á capitular (6 de marzo de 1473). Luego que los soldados franceses se apoderaron de una de las puertas, se precipitaron en la ciudad, la saquearon, y pasaron á cuchillo á sus habitantes. Fiado el conde en la capitulacion, se vió sorprendido en su habitacion y muerto á estocadas; fueron degollados ó cayeron prisioneros todos sus servidores; su mujer, que estaba em-

barazada de ocho meses, se vió obligada á tomar un brevaie que le dieron para hacerla abortar, y murió como envenenada. Finalmente pegaron fuego á Lectoure por todos los lados, y no quedaron vivos mas que tres hombres y cuatro mujeres (1).

Grande fué el regocijo de Luis cuando oyó la relacion de estos horrores, pues el mediodía se hallaba para siempre sometido, y aniquilada la última de sus familias soberanas. El mismo partió á Gascuña y continuó la obra de proscripción: envió á la Bastilla al vizconde de Fesenzac, hermano del conde de Armañac, donde estuvo diez años; y el señor de Albret, aliado de los Armañacs y traidor como ellos, fué condenado á muerte y ejecutado con muchos servidores de la misma familia.

Muerto Armañac, volvió el rey sus armas contra el rey de Aragon, que era el aliado exterior de todos los rebeldes del mediodía, y que habia sublevado el Rosellon empleando todas sus fuerzas para reconquistarlo. Despues de una campaña muy activa, logró Luis hacer un tratado que dejaba en su poder la provincia durante un año (17 de setiembre de 1473).

§. XI.—*Proyectos del duque de Borgoña.—Rebelion de Alsacia.—Quinta guerra borgoñona.—Sitio de Neuss.*—Carlos el Temerario llamado el *gran duque de Occidente*, dirigia sobre la Alemania todas sus miras ambiciosas, mientras sus amigos de Francia eran víctimas de Luis XI. «Habia emprendido tantos y tan inmensos proyectos, que no tenia vida suficiente para llevarlos á cabo, y rayaban casi en lo imposible, pues no satisfacía sus deseos la posesion de una mitad de la Europa (2).» Quería formar un reino único de todos los países que han flotado continuamente entre la dominacion germánica y la francesa, que comprendiera casi todo el valle del Rhin y reemplazara al antiguo reino de Lorena con el nombre de Galia Bélgica. De este modo se libertaba de su vasallaje con el emperador y el rey de Francia; y situado entre estos dos soberanos, les servia de mediador. Además quería conquistar ó comprar todas las partes de la Galia Bélgica no comprendidas en sus estados y otras muchas y ricas provincias.

Ya con este objeto habia prestado cuatro años antes crecidas sumas á Segismundo, archiduque de Austria, por las que le ha-

(1) Juan de Troye, p. 252. — (2) Comines, t. II, p. 439.

bia empeñado el landgravado de Alsacia, el condado de Terrette y ciertas ciudades de las cercanías del Rhin inmediatas á la Selva Negra. Habia intervenido tambien en la contienda de Arnolfo duque de Güeldre con su hijo Adolfo, haciendo que aquel le vendiera el ducado de Güeldre, y reteniendo en una cárcel á Adolfo llamado el Parricida. Algunos años despues puso sus ambiciosas miras en el ducado de Lorena, que separaba la Borgoña y la Alsacia de sus estados del norte; y habiendo muerto el duque Nicolás de Calabria, último heredero varon del rey René (13 de agosto de 1473), y recayendo la Lorena en Yolanda hija de René y casada con Ferri conde de Vaudemont, la cual cedió el ducado á su hijo René, Carlos el Temerario se apoderó de este jóven príncipe con objeto de apoderarse de sus dominios.

Luis XI, que seguia con atenta mirada todos los movimientos de su enemigo, envió sus tropas á Lorena y obligó á Carlos á dar la libertad al jóven René. Entonces el borgoñon cambió de plan: pidió al emperador Federico III, príncipe que no tenia mas riquezas ni dominio que su título imperial, que le hiciera elegir rey de romanos, erigir en reino su estado y nombrarle su vicario en los Países Bajos: con estas condiciones daba su hija María á Maximiliano hijo de Federico, y prometia nombrar á su yerno heredero del imperio y de sus estados. Tuvo con este objeto en Tréveris una solemne entrevista con el emperador, en la que desplegó el lujo mas excesivo y el orgullo mas altanero (29 de setiembre). Sus peticiones eran muy grandes, y Federico no queria conceder ninguna antes de efectuarse el casamiento de María y Maximiliano; pero Carlos prometia siempre sin intencion de cumplir. Disgustó la entrevista á los alemanes, á quienes irritaba el fausto y el orgullo de los borgoñones, y Luis XI se habia mezclado por otra parte en el negocio demostrándoles la insaciable ambicion de Carlos, que no pudiendo poner en guerra á la Francia, lo intentaba con la Germania. El mismo dia en que iba á ser proclamado el nuevo rey de la Galia Bélgica, partió súbitamente de Tréveris el emperador sin decir ni una palabra de excusa ni un adios á Carlos el Temerario.

El *gran duque de Occidente* se enojó de este ultraje; pero como no podia vengarse, entabló negociaciones con el rey René para la venta de su herencia. Era el único medio de renovar el reino

de Provenza , pues agregándolo al de la Galiá Bélgica , lograba ser soberano de toda la antigua *parte de Lotario*. Luis XI estaba en acecho , se apresuró á apoderarse de Anjou y puso trabas y dificultades á la negociacion (1474). Carlos entonces se dirigió á la Alsacia, país que debia unir sus estados del Norte con los que codiciaba en el mediodía , y que deseaba un libertador que castigase la tiranía de su teniente Hagembach. Visitó esta comarca sin hacer caso de los sufrimientos de sus nuevos súbditos, arrojó algunas miradas sobre la Helvecia , que interrumpia la continuidad de sus estados , y se desdeñó de responder á los montañeses que se quejaban de los entorpecimientos que sufría su comercio. Partió despues de hacer ostencion de su fausto, á las dos Borgoñas, y desde allí á sus estados del norte donde se mezcló en una contienda que en nada le tocaba, cual era el restablecimiento de un arzobispo depuesto de la silla de Colonia. Luis XI se regocijaba de ver á su rival enemistarse « con los alemanes cuyo poder era tan grande (1), » y renovó su alianza con los cantones suizos , que le concedieron enviarle soldados, excitando al mismo tiempo á la casa de Austria á que se reconciliara con los montañeses que hacia dos siglos hostilizaba. Las ciudades libres de Alsacia , los príncipes de la Suavia , las ligas suizas y el archiduque de Austria formaron por influencia de Luis XI una alianza para resistir al poder de Carlos. « Esta empresa fué la mas sábia y acertada del rey y la que causó mayor daño á todos sus enemigos (2). » Los de Alsacia se sublevaron entonces apoyados por Luis y se pusieron bajo la dominacion austriaca , y preso y juzgado Hagembach por los diputados de todas las ciudades murió en el cadalso (10 de abril).

Ciego de furor Carlos envió á Alsacia un ejército que hizo espantosos estragos , pero su imaginacion inconstante se hallaba enteramente ocupada en otra empresa , y tramaba una nueva liga contra la Francia en que formaban parte él , el duque de Bretaña y los reyes de Aragon é Inglaterra. Se trataba de sentar á Eduardo en el trono de Francia, y quitar toda clase de vasallaje á los estados del gran duque aumentándolos con la Champagne. Los aragoneses debian atacar el Rosellon, y los bretones

(1) Comines , lib. XI , cap. II.—(2) Id. lib. II , p. 346.

la Normandía. Llegó á noticia de Luis aquella liga y no se intimidó. Eduardo se vió impelido á la guerra por el parlamento inglés que soñaba aun en la conquista de Francia. Como los preparativos habian de durar mucho tiempo, y Carlos no podia permanecer tranquilo, quiso mientras esperaba emplear su hermoso ejército, que era el mas disciplinado y mejor provisto que se habia visto desde los romanos, entrando en los estados de Colonia para restablecer el arzobispo depuesto, y sitió á Neuss que se defendió con inesperado heroismo (30 de julio de 1474).

La Alemania entera se interesó por la suerte de esta reducida ciudad que solo tenia mil y quinientos hombres de guarnicion y que fué una segunda Beauvais para Carlos el Temerario. Federico III acudió á defender la plaza con todos los príncipes del imperio y un ejército de sesenta mil hombres. Los suizos y los austriacos excitados por el oro de Luis XI declararon la guerra á Carlos y entraron en Comté en número de diez mil. El mariscal de Borgoña, que marchó delante de ellos, fué completamente derrotado en la batalla de Hericourt. Por otra parte René de Lorena hizo alianza con Luis XI, Federico III y los suizos, y entró en el Luxemburgo. En fin el mismo rey de Francia estuvo en la frontera de Picardía con un brillante ejército, esperando el fin de la tregua y proponiendo renovarla. Airado Carlos por estas desgracias, se negó, y se obstinó locamente en el sitio de Neuss, donde se hundió su ejército, mientras sus estados estaban invadidos por todas partes, y cuando Eduardo le daba prisa en vano para que marchara á Francia. Entonces Luis entró en Picardía, tomó y saqueó á Montdidier, Roye, etc. y llegó hasta Arras.

Solo uno de los aliados de Carlos, el rey de Aragon, cumplió su promesa entrando en campaña y apoderándose de Perpiñan, pero bien pronto fué sitiada esta ciudad por los franceses, viéndose reducida al último extremo y obligada á rendirse (15 de marzo de 1475). El país sufrió un tratamiento cruel, fueron espulsados los habitantes y despojados los nobles, diéronse á los franceses las tierras y empleos, y se hizo todo lo posible para impedir que esta provincia volviese á ser jamás aragonesa. Luis desplegó entonces toda su habilidad, y descendió en este asunto á los mas pequeños pormenores, pues deseaba de todo corazon

asegurar por aquel lado la frontera natural de su reino. Son curiosísimas las instrucciones que dió para llevar á cabo esta empresa, y ellas nos dan una prueba, no solo de su extrema actividad, sino de su revolucionaria perfidia (1). Se hizo una tregua con la casa de Aragón.

§. XI.—*Desembarco y retirada de los ingleses.*—*Suplicio del conde de Saint-Pol.*—Eduardo desembarcó en Calais con un ejército considerable, pero con gran sorpresa suya no halló los aliados ni los cuarteles que Carlos le había prometido. Este, despues de permanecer once meses delante de los muros de Neuss, empleando fuerzas y peligros casi increíbles (2), cuando solo tenia que esperar diez dias mas para entrar en la ciudad, se apresuró de pronto á hacer la paz y se retiró completamente derrotado (27 de junio). Llegó solo al campamento inglés, siguió á Eduardo hasta Perona, pero no quiso dejarle entrar en sus plazas. Descontento el rey de Inglaterra de su aliado, contaba al menos con el condestable y creía entrar en San Quintín, pero fué recibido á cañonazos. Estalló entonces la discordia entre el duque y el rey, y los ingleses acusaron á Carlos de traición, el cual se retiró á sus estados (12 de agosto).

Constante Luis XI en su política peculiar no queria combatir, «dudando, dice Comines, de las turbulencias y rebeliones que podrian suscitarse en su reino si llegara á perder una batalla, pues preferia á ganar fama de guerrero el conquistarse el cariño de todos sus súbditos, y en especial el de los grandes, pero de quienes no confiaba en caso de una adversidad (3).» Además el duque de Bretaña hacia marchar sus milicias, el duque de Borbon agitaba el mediodía, y venian á Francia las tropas de Borgoña. Entabló negociaciones con Eduardo y tuvo con él una entrevista en Pecquigny (4).»

(1) Señor de Dubouchage; amigo mio, apuntadme en una lista todos los que han sido y serán traidores en la ciudad, para que no haya ninguno dentro de veinte años á quien tenga que cortar la cabeza.—(2) Véase Molinet, t. I. cap. 1, a. 21.—(3) Comines, t. II, p. 237.—(4) En esta entrevista «el rey de Inglaterra, dice Juan de Troye, puso una rodilla en el suelo cuando vió acercarse al rey, cuya accion repitió dos veces antes de ir hacia él, pero Luis le recibió benignamente y le hizo levantar.» No obstante Eduardo tomó en el tratado el título de rey de Francia, y no dió á su adversario mas que el de príncipe, lo que contradice la relacion de Troye.

« Emplearé toda mi vida y mis esfuerzos , decia Luis XI , en arrojar á los ingleses del reino , y no consentiré jamás que tengan dentro de él ningun dominio ; y antes que lo sufra , lo expodré todo á los mayores peligros. » Hicieron los monarcas una tregua de siete años , con la condicion de que el de Francia pagaria al de Inglaterra una pension de 50,000 escudos (29 de agosto de 1475).

Obsequió Luis con víveres , festejos y dinero á los ingleses , que se volvieron con el deshonor de tener que abandonar su bélico entusiasmo y de tener que dejar su empresa por vino , músicas y oro , siendo así que sus antepasados habian llevado á cabo en Francia tan brillantes conquistas con fuerzas muy inferiores.

El duque de Borgoña corrió como un furioso á echar en cara á Eduardo su cobardía , pero se vió también obligado bien pronto á firmar una tregua con el rey de Francia . La condicion principal del tratado fué la vida del condestable , cuyas traiciones habian sido mas patentes que nunca en la última guerra . Hacia mucho tiempo que estaba tramado este proyecto , sabíalo Saint-Pol , y muchas veces intentó libertarse de los dos enemigos que mutuamente vendian su vida para entretener sus discordias . Se convino esta vez que el primero de los dos príncipes que se apoderase de él , lo conduciria al cadalso en el término de ocho dias , ó le entregaria al otro como reo de lesa majestad . Saint-Pol se llenó de terror y desesperacion al saber este convenio ; pero como habia servido mas en favor de los intereses de Carlos que de los de Luis , escogió á Mons por refugio , donde en seguida fué encerrado en una cárcel . En vano Saint-Pol suplicó al duque en los términos mas humildes y dolorosos . « Decidle , respondió Carlos á sus mensajeros , que ha perdido con su nombre la esperanza de salvacion. »

El rey exigió la ejecucion del tratado ; pero el duque quiso sacar partido de su presa , y como se hallaba entonces ocupado en reconquistar la Lorena , no consintió en entregar á Saint-Pol sino con la condicion de que el rey abandonaria al duque René . Ciego Luis en su odio , consintió en este tratado vergonzoso , perdiendo René su ducado y cayendo Saint-Pol en poder del rey . No tardó en empezar ante el parlamento el juicio del condesta-

ble, y sus traiciones eran tan evidentes que nada pudo negar. Fué condenado á muerte y sufrió su castigo (10 de diciembre). Luis supo por medio del proceso el odio espantoso que le tenían los grandes ; muchos de ellos quedaron comprometidos con las revelaciones de Saint-Pol , y numerosas ejecuciones tuvieron lugar por la justicia del preboste Tristan. De modo que cada día se hacia el rey mas cruel y desconfiado.

§. XII.—*Guerra de Carlos con los suizos.—Batalla de Granson.*—La muerte de Saint-Pol era un golpe terrible para los grandes feudatarios , é iba bien pronto á experimentar sus efectos el mismo duque de Borgoña que locamente habia entregado á tan elevado personaje. Solamente él tenia fuerza suficiente para rehacer la liga feudal, pero iba á perderla en otra parte con grande alegría de Luis XI que se aprovechó sin trabajo. No satisfacía al ambicioso Carlos la conquista de Lorena. « El rey René quería entregarle todos sus dominios de Provenza , el duque de Milan era aliado suyo , disponia de la casa de Saboya como de un feudo, y logrando la sumision de los suizos quedaba sujeto á su obediencia todo el país comprendido desde el mar de levante hasta el de poniente (1). » De este modo los franceses se verian cercados en su reino, y cerrado para ellos el continente por una línea de estados enemigos. Carlos resolvió atacar á los suizos que no cesaban de saquear el Comté, llegando con sus devastaciones hasta los paises de Vaud y de Neufchatel ; y como la Helvecia le parecia una posesion necesaria para unir el Comté á la Provenza , soñaba ya en pasar los Alpes como Aníbal, á quien habia tomado por modelo.

Los suizos enviaron una embajada al duque para hacerle mudar de resolucion, ofreciéndole romper la alianza francesa , asalararse bajo sus banderas y repararle algunos perjuicios. « Mas oro y plata hay en vuestras espuelas, le dijeron, y en las bridas de vuestros caballos que en todas nuestras montañas. » Sus mas íntimos consejeros, los consejos de Flandes y el mismo Luis XI, temiendo que sucumbiesen los suizos, trataron de disuadirle, pero ninguna empresa por peligrosa que fuera hacia titubear á este hombre de hierro que ningun sentimiento movia ni hacia caso de ninguna demostracion de odio ó de cariño.

(1) Comines , t. II, p. 333.

Hizo Carlos numerosos preparativos como si deseara conquistar la Europa entera (1476), y en los cuales empleó todas sus riquezas, sus joyas y adornos. Reunió cuarenta mil hombres de todas las naciones muy bien equipados y disciplinados, y con armas, víveres y municiones suficientes para cien mil. Desplegó un fausto que no podía igualar ningun soberano, pues no se veía mas que oro y diamantes en sus vestidos y en los de los empleados de su casa, en sus tiendas, en sus armas y en su capilla; y todo el mundo decia al ver este lujo oriental, que era el ejército de Jerjes que iba á atacar la pobre montañosa Grecia.

La Europa miraba con muda atencion esta expedicion soberana. Luis XI se fué á Lyon para seguir los pasos á Carlos, y envió dinero á los suizos. Los bravos montañeses estaban decididos á hacer una defensa desesperada, pidieron auxilio á todos sus aliados, y les enviaron socorro. Strasburgo, Colmar, Schellesdat, las ciudades de la Selva Negra y el archiduque de Austria. Solo un sentimiento animaba á estos campesinos, era el noble y santo amor de la patria, y el ejército borgoñon, compuesto de mercenarios, no iba á pelear por patriotismo, por honor ó por adhesion á su jefe, sino que lo arrastraba la necesidad y la esperanza del botin. Carlos entró en la Helvecia por el Jura, llegó á Iverdun, le puso sitio y la tomó. La guarnicion se retiró á Granson, se defendió vigorosamente, capituló y fué pasada á cuchillo.

Los suizos y sus aliados en número de veinte mil se dirigieron á Granson y encontraron al ejército enemigo que iba á ponerse en marcha. Lo atacaron con furor y lo derrotaron completamente (3 de marzo). Carlos se salvó á duras penas pasando el Jura, dejando en el campo de batalla cuatrocientas piezas de artillería, su almacen de armas y municiones, todas sus riquezas y sus vestidos de oro y de diamantes. Los suizos, pobres y salvajes, se repartieron aquel inmenso botin cuyo valor casi no conocian: el mas hermoso de los diamantes del duque fué arrojado como un vidrio, recogido y vendido por un escudo, su vajilla de oro la creyeron de cobre, y cortaron como simple tela sus riquísimos paños y sederías.

La batalla de Granson fué una inmensa victoria para el trono de Francia; se hicieron demostraciones de regocijo en todos los

pueblos del reino, y lleno de alegría Luis se aprovechó de la derrota de Carlos para humillar á algunos de sus parciales. El mas importante de estos era el anciano René, contra quien informó el parlamento, pero que se apresuró á romper la alianza que le unia al borgoñon, se dirigió á Lyon y firmó un tratado con el rey, por el cual su herencia no debía pasar á su hija Yolanda duquesa de Lorena, sino á su sobrino el conde del Maine, y despues de muerto este, á la corona de Francia. El rey entonces hizo perseguir en sus castillos al duque de Nemours, que era el último príncipe de la casa de Armagnac y le encerró en la Bastilla. El duque de Milan y la duquesa de Saboya hicieron otra vez alianza con la Francia, y el duque de Bretaña renovó su tratado.

§. XIII. — *Batalla de Morat.* — Tras la derrota de Granson quedó Carlos sumido en la mas profunda tristeza y humillacion, se volvió casi loco, no queria ver á nadie, pasábase todo el dia en su estancia, y terminó por caer enfermo de desesperacion; todos le aborrecian, hasta los que mas lealmente le servian, pues su tiranía y crueldad se habian aumentado con sus desgracias. Recobró por fin su actividad, solo pensó en reunir un nuevo ejército, y pidió á Luis la renovacion de la tregua, quien se la concedió, á pesar de los suizos que esperaban de él un eficaz auxilio, pues temia que Carlos se aprovechase de cualquier pretexto para abandonar la guerra de Helvecia y arrojarse sobre la Francia.

Los suizos entusiasmados con su victoria reunieron nuevas tropas, fortificaron sus ciudades y recibieron socorros de Alemania. Como Berna era la ciudad mas amenazada, pusieron en estado de defensa á Morat, que era su vanguardia y su baluarte, y se reunió en la orilla derecha del Sane su ejército compuesto de treinta mil combatientes. René de Lorena, que era el mas implacable enemigo de Carlos, despues de haber perdido sus estados, fué á unirse á los montañeses con trecientos caballeros.

El duque de Borgoña convocó en Lausana á fuerza de oro y violencias un ejército de treinta á cuarenta mil hombres, « borgoñones, ingleses, brabanzones, flamencos, picardos, lombardos, de Haimur, Lieja, etc. (1).» Entró con él en Suiza, y puso

(1) Molinet, t. I, esp. 6.

sitio á Morat, que se defendió con vigor y entusiasmo. El ejército de los helvecios se dividió en dos cuerpos y atacó al campo borgoñon por el frente y por retaguardia (22 de julio de 1476). El duque se obstinaba siempre en no querer elegir un sitio favorable para combatir, especialmente en un país cuyo terreno montuoso protegía las maniobras de sus adversarios, de modo que á pesar de su artillería tan formidable, se vió rodeado por todos lados y completamente deshecho, no pudiendo él mismo salir del campo sino á duras penas, y seguido solamente de doce de sus servidores. Los Suizos no dieron cuartel á nadie, perecieron diez mil borgoñones, y el resto se dispersó por las vertientes del Jura (1).

Carlos estaba desesperado. Quiso organizar un tercer ejército, con cuyo objeto reunió los estados de las dos Borgoñas y de Flandes. Pero el pueblo estaba descontento de la abolición de sus libertades, el clero de la enormidad de los impuestos, y la nobleza de la continuacion de una guerra en la que solo adquiria deshonra y ruina. Cuando llegó para el duque el tiempo de la desgracia, estalló todo el odio que le tenian y que habia contenido su poderío; y no habia nadie en sus estados, aun de los mas amigos suyos, que no deseara su perdicion.

Las tres asambleas de Dole, Dijon y Bruselas, declararon que no concederian hombres y dinero para una guerra injusta é inútil, y expusieron los sacrificios que habian hecho, del mismo modo que los yerros de su soberano. El duque se puso delirante de indignacion y cólera, no hablaba mas que de cadalsos y venganza; pero si hubiera empleado tan rigurosos medios, sin duda alguna hubiese estallado una rebelion general. Volvió á abismarse en la mas negra tristeza y se encerró en un castillo del Jura, donde permaneció solo, silencioso, sin tomar ninguna resolucion y sin dar señal de que existia. Esto fué su perdicion: sus aliados le abandonaron, se rebeló la Lorena; y sus estados esperaban con impaciencia su completa ruina.

(1) Cuatro años despues de esta victoria se construyó una capilla con los huesos de los vencidos, que se llamó el hosario de los borgoñones, y subsistió hasta el año 1798. En esta época la destruyó un ejército francés, engañado con el nombre de borgoñones que le hizo creer recordaba este monumento una derrota nacional.

La batalla de Morat había colmado de alegría á Luis XI que animó á los suizos para que invadieran la Borgoña, mientras él atacaba la Flandes, y René conquistaba la Lorena; pero los suizos, viéndose libres del peligro, se negaron á salir de su país.

§. XIV.—*Sitio de Nancy por los borgoñones.—Muerte de Carlos.*
—René entró en Lorena con algunos cañones construidos en Strasburgo, 40,000 francos prestados por Luis XI, y mil cuatrocientos hombres reunidos de todas las naciones; y fué recibido en todo el país con trasportes de alegría. Todas las ciudades arrojaron sus guarniciones borgoñonas, y despues de un corto sitio, capituló Nancy. El duque de Borgoña salió de su apatía cuando supo esta nueva adversidad, recogió con gran trabajo un ejército de seis mil hombres, penetró en Lorena, y puso sitio á Nancy (22 de octubre). René dejó en esta ciudad una crecida guarnicion y fué á pedir socorros á sus aliados. Luis XI le dió dinero, y los suizos, á pesar de sus súplicas y del atractivo de la paga, se decidieron, titubeando, á seguirle. Nancy se vió en tanto reducido al último extremo, pero como la estación era rigurosísima, los sitiadores perecian de frio y de miseria. No por eso desistió Carlos de su empresa, y habiéndole hecho mas sombrío y cruel las adversidades, era aborrecido de todos los suyos.

René pudo finalmente ponerse en marcha con ocho mil suizos, uniéronsele algunos alsacianos, loreneses y franceses, y llegó al campo borgoñon con veinte mil hombres. Los caballeros aconsejaron y suplicaron á Carlos que se retirase ante unas fuerzas triples en número á las suyas, pero solo respondió con injurias. « Esta tarde, dijo, entraremos por asalto en la ciudad, y mañana les daremos la batalla » El asalto fué rechazado, y al día siguiente se trabó la batalla en la que quedaron derrotados los borgoñones, y René entró en Nancy victorioso (5 de enero).

Nadie sabía el paradero del duque de Borgoña, sobre cuya suerte circulaban las conjeturas y rumores mas extraños: solamente despues de dos dias de investigaciones se halló su cadáver cerca de un estanque helado: tenia la cabeza atravesada por una larga herida y medio comida por las fieras, y solo le reconocieron por su anillo.

Así acabó la vida del último defensor de los grandes feudos, del tipo de aquella nobleza ignorante y ambiciosa que tantos

males causara á la Francia , del hombre sanguinario , tirano y pérfido que nadie echó de menos , del personaje extraordinario en fin , que la fama habia celebrado tanto , y de quien el pueblo contaba tantas cosas despues de muerto. Quien le habia vencido por medio de los suizos y del jóven René era su implacable , vigilante y astuto enemigo Luis XI, que sin tomar parte en el campo de batalla , no habia dejado nunca de seguirle con sus miradas , siguiéndole y espiándole , sin que se le escapara un movimiento , una accion ni un yerro , y que constantemente le habia observado , atacado , minado y destruido. No ha habido jamás una lucha tan interesante como esta , en la que la fuerza brutal y la impetuosa ignorancia competian con la inteligencia , y en la que el feudalismo caballeresco se hallaba frente á frente con la monarquía popular. El primero no podia ser vencido por la fuerza porque era la misma fuerza , y tan solo podia serlo por la astucia y el arte. Entonces se conoció la inmensa superioridad del compadre y vecino de Tours y de Paris , « tan pobremente vestido como era posible , » sobre el gran duque de Occidente , cubierto siempre de pedrería y abismado en las nubes de su orgullo. Este era un niño voluntarioso y mal educado , entregado á todas sus pasiones caprichosas , corriendo de un lado á otro y guiado solo por su fogosa imaginacion , que impacientándose y gastando todo su poder llegó al fin á destruir su nombre y su fortuna. Luis XI era el hombre positivo , sin gloria vana ni ilusiones , entregado á un solo fin que siguió toda su vida , sin impacientarse jamás , burlando los obstáculos , desliziéndose de las manos de sus enemigos , conociendo sus yerros , y reparándolos con tanta destreza , que se presentaban á los ojos de sus mas allegados como un mérito ; y en fin dejando tras de sí asegurados los cimientos de una grande obra en la que han trabajado todos los reyes de Francia : la unidad de nacion y de poder.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO SEGUNDO.

CONTINUACION DEL LIBRO PRIMERO.

	Pág.
Cap. IV.—Guerra de los albigenses. (1207—1215).	7
Cap. V.—Batalla de Bouvines.—Reinado de Luis VIII.—Fin de la guerra de los albigenses. (1213—1229).	25

SECCION TERCERA.

Decadencia de la monarquía universal de la Iglesia. (1229—1328).

Cap. I.—Federico II y Luis IX. (1229—1243).	46
Cap. II.—Cruzada de San Luis en Egipto. (1243—1254).	61
Cap. III.—Legislacion de San Luis.—Octava cruzada.—Reinado de Felipe III. (1254—1285).	77
Cap. IV.—Felipe el Hermoso y Bonifacio VIII. (1285—1303).	102
Cap. V.—Complemento de la revolucion anterior.—Batalla de Courtray.—Simonia de Clemente V.—Condenacion de los templarios.—Establecimiento de la ley sálica.—Extincion de la raza directa de los Capetos. (1303—1328).	122

Libro segundo.

Los Valois ó la Francia constituida en monarquía feudal con los Estados generales. Época de transicion del feudalismo. (1328—1589.)

SECCION PRIMERA.

Primeras guerras de los ingleses en Francia. (1328—1380.)

Cap. I.—Reinado de Felipe VI. (1328—1350).	147
Cap. II.—Reinado de Juan. (1350—1364.)	173
Cap. III.—Reinado de Carlos V. (1364—1380.)	201

SECCION SEGUNDA.

Segundas guerras de los ingleses en Francia. (1380—1453.)

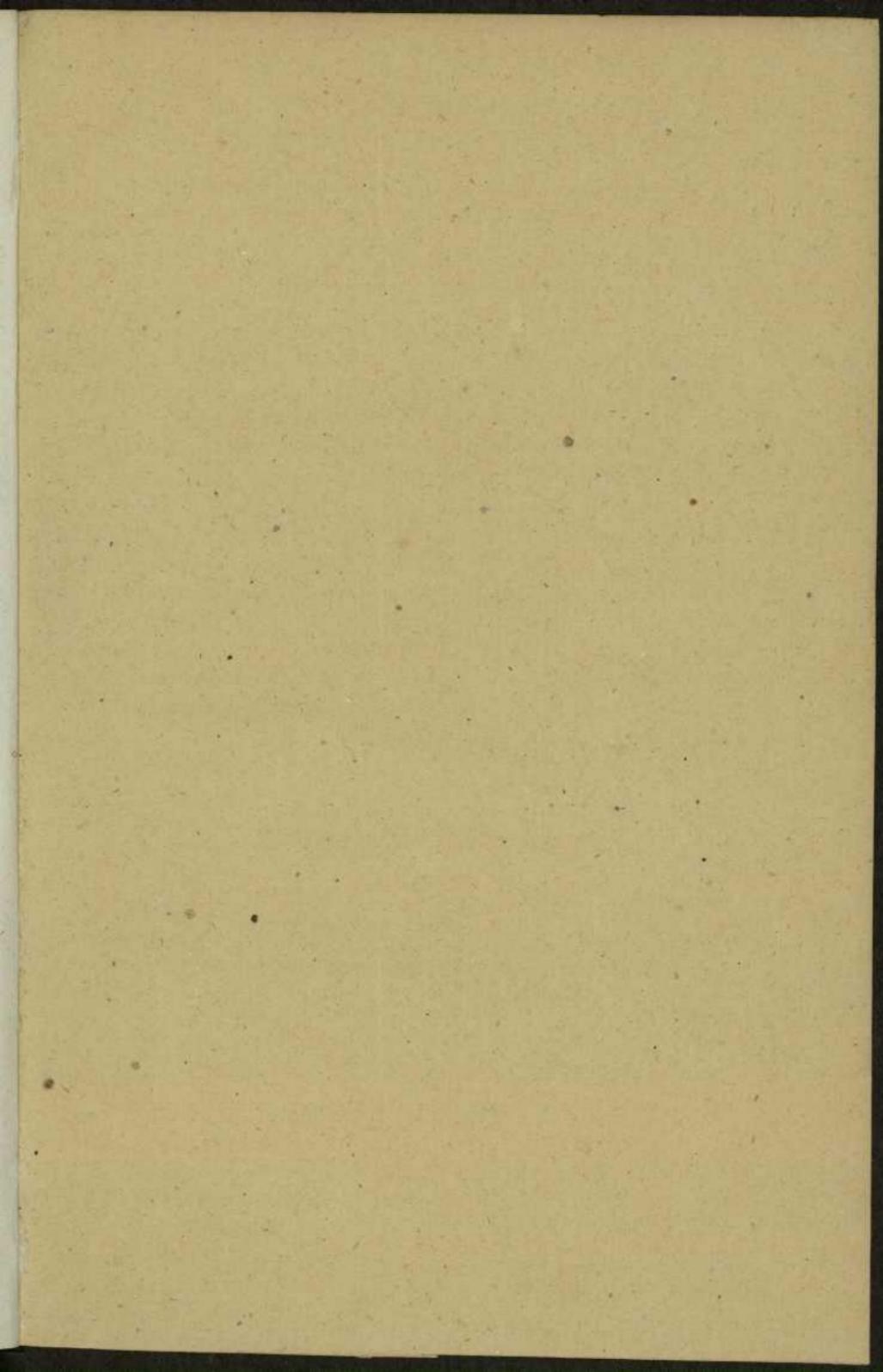
Cap. I.—Gran cisma de Occidente.—Batalla de Rosebeg.—Locura de Carlos VI. (1378—1404.)	220
Cap. II.—Borgoñones y Armañacs. (1404—1420.)	248
Cap. III.—El rey de Paris y el rey de Bourges.—Juana de Arc. Tratado de Arras. (1420—1435.)	272
Cap. IV.—Concilio de Basilea.—La praguería —Fin de la guerra con los ingleses. (1485—1453.)	301

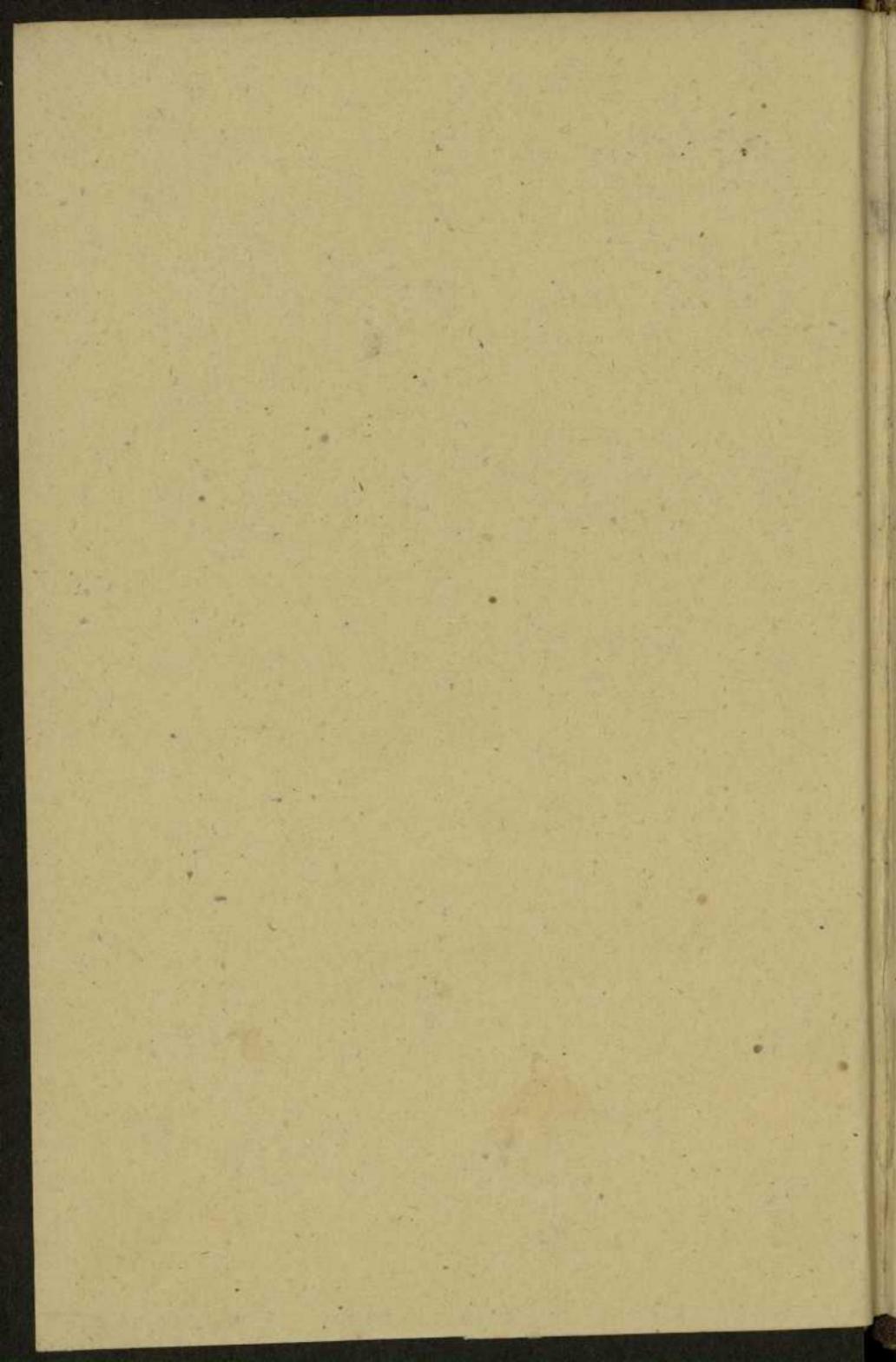
SECCION TERCERA.

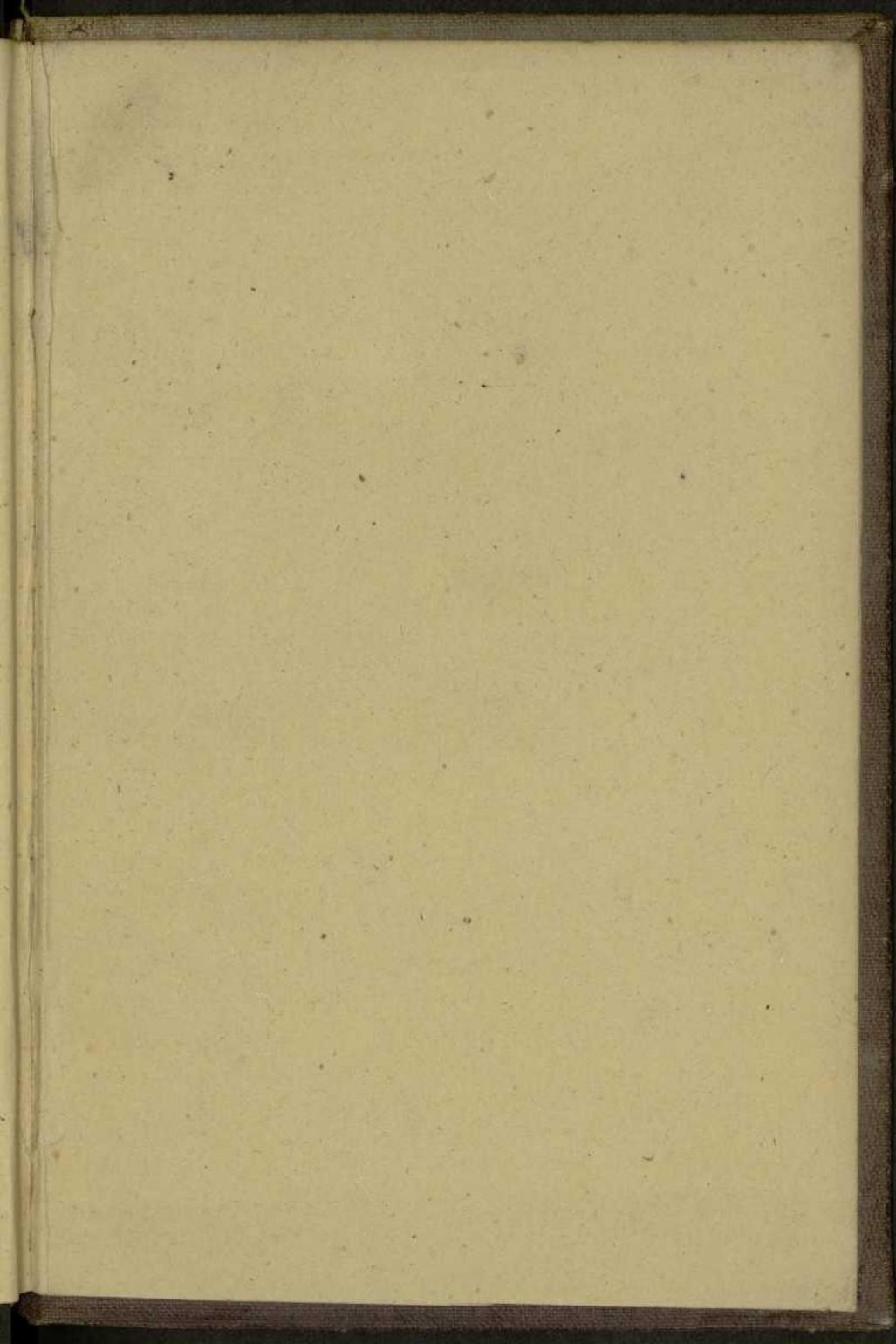
Destruccion de los grandes feudos. (1453—1494.)

Cap. I.—Fin del reinado de Carlos VII. (1453—1464.)	328
Cap. II.—Luis XI y Carlos el Temerario. (1461—1477.)	338

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.









HISTÓRIA
DE
FRANCIA

2

16.124